

Karl Christian Friedrich Krause

EL IDEAL DE LA HUMANIDAD

Pedro Álvarez Lázaro, Ricardo Pinilla Burgos,
Andrea Schäpers y José Manuel Vázquez-Romero (Editores)







EL IDEAL DE LA HUMANIDAD

El lector tiene en sus manos la primera traducción íntegra al español, y podría decirse a cualquier lengua, de la obra más influyente del krausismo: *Das Urbild der Menschheit* (1811). En ella Krause plasmó de modo esencial su teoría de la sociedad, presidida por su concepción y articulación de la humanidad y fundamentada ya en la que sería su concepción panenteísta, que comprendía todo lo existente en y a través de Dios.

La obra nos aporta una de las piezas más originales del pensamiento del filósofo turingio, al concebir un conjunto de alianzas en torno a las obras fundamentales de humanidad (ciencia, arte, educación), posibilitadas por las fuerzas principales de la misma (virtud, derecho, religiosidad y belleza), y que se armonizan en su conjunto en el horizonte de la denominada Alianza de la Humanidad. Junto a pasajes que sonarán utópicos o incluso extravagantes, y otros que sin duda abusan de una combinatoria armonicista obsesiva, esta obra nos regala todavía hoy momentos de rara y templada prudencia, de inteligente sentido común y, en definitiva, una apuesta incondicional por la humanidad de inspiración masónica que se resuelve en una amplia visión cosmopolita.

Krause siempre tendrá esta obra como un referente para la exposición fundamental de su filosofía social, por lo que constituirá, de hecho, una de las fuentes básicas del krausismo y de sus realizaciones en el campo de la educación y de la sociedad en general. Por esta razón, fue uno de los textos a los que acudieron las diferentes expansiones de la escuela de Krause más allá del espacio cultural germano, si bien, acaso debido a su extensión y densidad, en ningún caso se llegó a presentar de ella una traducción completa a partir de la edición original, tal como la que ahora publicamos.

KARL CHRISTIAN FRIEDRICH KRAUSE

EL IDEAL DE LA HUMANIDAD

EDITORES
PEDRO ÁLVAREZ LÁZARO, RICARDO PINILLA BURGOS,
ANDREA SCHÄPERS y JOSÉ MANUEL VÁZQUEZ-ROMERO

TRADUCCIÓN
ANDREA SCHÄPERS y RICARDO PINILLA BURGOS



2022

Servicio de Biblioteca. Universidad Pontificia Comillas de Madrid

KRAUSE, *Karl Christian Friedrich (1781-1832), autor*
El ideal de la humanidad / Karl Christian Friedrich Krause ; editores Pedro Álvarez Lázaro, Ricardo Pinilla Burgos, Andrea Schäpers y José Manuel Vázquez Romero ; traducción Andrea Schäpers y Ricardo Pinilla Burgos. -- Madrid : Universidad Pontificia Comillas, 2022.
XLVI, 490 p. -- (Colección del Grupo de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería ; 28)
Este libro se inscribe en el proyecto de investigación del plan nacional I+D+i del Ministerio de *Ciencia, Innovación y Universidades, con referencia* HAR2016-79448-P.
Bibliografía: p. XLIII-XLV. Índice.
Título original: Das Urbild der Menschheit.
D.L. M 12878-2022. -- ISBN 978-84-8468-869-3

1. Aspectos filosóficos. 2. *Masonería*. 3. *Sociedad*. *I. Título*. *II. Álvarez Lázaro, Pedro F., editor* literario. III. Pinilla, Ricardo, editor literario, traductor. IV. Schäpers, Andrea (1963-), editor literario, traductor. V. Vázquez-Romero, José Manuel (1964-), editor literario

Esta editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional.



Este libro se inscribe en el proyecto de investigación del plan nacional I+D+i del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, con referencia HAR2016-79448-P.

ISBN: 978-84-8468-869-3
Depósito Legal: M-12878-2022

Diseño de cubierta: Belén Recio Godoy

Compuesto y maquetado por Rico Adrados, S.L.
Abad Maluenda, 13-15 bajo • 09005 Burgos

Impreso por Rico Adrados, S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE GENERAL

EL IDEAL DE LA HUMANIDAD[1]

[1] *En este índice, resaltamos entre corchetes los títulos que no aparecen en el texto principal del* Urbild, *pero sí en el sumario que el autor introduce a modo de resumen al final del libro. Aquellos títulos que aun encontrándose en el texto principal tienen una redacción distinta quedan marcados con un asterisco.*

LA OBRA CLAVE DEL KRAUSISMO, *DAS URBILD DER MENSCHHEIT*. Su primera traducción íntegra

El lector tiene en sus manos la primera traducción íntegra al español, y podría decirse que a cualquier lengua[1], de la obra más influyente del krausismo: *Das Urbild der Menschheit* (1811). En ella K. Ch. Fr. Krause plasmó de modo esencial su teoría de la sociedad, coronada y presidida por su concepción y articulación de la humanidad y fundamentada ya en la que sería su concepción panenteísta, que comprendía todo lo existente en y a través de Dios. El mismo Krause siempre tendrá esta obra como un referente para la exposición nuclear de su filosofía social, y constituirá, de hecho, una de las fuentes fundamentales que inspirarían el krausismo y sus realizaciones en

[1] Sabemos por las investigaciones de E. M. Ureña, que el texto *El ideal de la humanidad para la vida*, traducido por J. Sanz del Río, no vierte esta obra, sino unos artículos publicados por Krause en el mismo 1811 en la revista *Tagblatt des Menschheitlebens*: cfr. Krause (1811ª); Krause (T 1860); Ureña (1988); Ureña et. al. (1992, 1997). La traducción al inglés de W. Hastie, que sí lo es parcialmente de esta obra, no es completa: Krause (T 1900). La edición portuguesa traduce el texto presentado por Sanz del Río: Krause (T 1881); y Ferrera Paim (1989), 92. Finalmente, habría sido al menos anunciada una traducción italiana que no hemos podido hasta la fecha localizar, ni aún constatar su publicación: Krause (T 1873/1875). Cfr. Krause (2007), LXIX y LXXI.

el campo de la educación y de la sociedad en general. Por esta razón, fue uno de los textos a los que acudieron las diferentes expansiones de la escuela de Krause más allá del espacio cultural germano, si bien, acaso debido a su extensión y densidad, en ningún caso se llegó a presentar de ella una traducción completa a partir de la edición original de 1811, tal como la que ahora publicamos.

A la luz de las investigaciones de E. M. Ureña, podemos hoy afirmar que esta obra surge desde un contexto preciso en la ocupación de Krause con diversos proyectos y de la evolución de su pensamiento: de un lado, el seguimiento y meditación de la política de su tiempo y su consideración de las campañas napoleónicas; por otro, su actividad dentro de la Masonería como estudioso y reformador profundo de esta institución; y, finalmente, sus preocupaciones filosófico-religiosas.

El resorte que impulsa la confección krausiana de su filosofía de la historia fueron sus propósitos de reforma litúrgica, doctrinal e institucional de la Masonería, que, con la finalidad de abrirla a la actividad pública, hicieron que diera a la luz sus investigaciones sobre la historia e ideales de la Orden del Gran Arquitecto del Universo –las más destacadas reunidas en *Die drei ältesten Kunsturkunden* [*Los tres documentos más antiguos de la Hermandad masónica*][2]–. Este alumbramiento provocará su expulsión de su logia de pertenencia («Las tres espadas y verdaderos amigos»). Como destaca E. M. Ureña: «El filósofo Krause se inició en la Hermandad masónica porque creyó ver en ella *la única Institución* social histórica existente que llevaba esencialmente dentro de sí el ideal de la "pura y armónica humanidad", ideal que tenía para Krause un contenido mucho más rico y complejo que el de una "actitud humanista general"»[3]. Era, pues, en la Masonería donde el filósofo veía el germen de su ideal de humanidad ilustrado que animaba su teoría de la sociedad, un ideal liberado de cualquier autoridad

[2] Cfr. Krause (1810) y Krause (2009).

[3] Ureña (1991), 155. Sobre la relación de Krause con la Masonería: cf. también *Ibid.*, Cap. III; y Álvarez Lázaro (1996), 83 ss.

dogmática y que reuniría a los distintos pueblos del planeta en una alianza universalista.

Si sus concepciones filosófico-históricas cobran dinamismo por mor de sus proyectos de reforma de la Hermandad masónica, el ambiente en el que crece ese empeño ilustrado fue el de la convulsión europea que crearon las campañas napoleónicas, en las que el filósofo intuye la concreción y realización del dinamismo de su ideal de una sociedad humana universal, estimando, por aquel entonces, la empresa napoleónica como el embrión de un proceso histórico-cosmopolita por el que se produciría la convergencia de todos los pueblos, primero europeos, luego asiáticos, africanos y americanos, en un Estado mundial (*Weltstaat*). Sería así Napoleón el héroe de los nuevos tiempos, el agente histórico que vitaliza el ideal, algo de lo que habría dado pruebas ya, tanto como militar, en sus campañas y victorias, como estadista, promoviendo la asociación de los distintos pueblos europeos. En una nota manuscrita de los trabajos que anteceden a la redacción definitiva de *El Ideal de la humanidad*, describiendo los «Momentos principales de la Historia de la humanidad», llega a escribir Krause: «La idea del presente tiene su cúspide en las empresas de Napoleón [...] Nadie ha actuado tanto en el espíritu de la humanidad como Napoleón. Él es para el Estado lo que Jesús es para la Religión»[4].

Pero, como muchos intelectuales y artistas de su tiempo, Krause participó de una admiración y entusiasmo, que paulatinamente se transformará en temor y decepción. Si en 1805 encontramos testimonios de admiración ante las gestas napoleónicas frente a la monarquía austriaca, ya a principios de 1806, en carta del 26 de febrero, declara a su padre alimentar una preocupación ante «la represión arbitraria proyectada por Napoleón y llevada a cabo con la máxima dureza»[5]. Esta preocupación no empañó, en todo caso, la admiración por el personaje de Na-

[4] MD 92 citado en Ureña (1991), 178. [MD = Manuscrito de Dresde, según la signatura del Archivo de K. Ch. Fr. Krause en la *Sächsische Landesbibliothek* en Dresde].

[5] MD 35, III, 330, citado por Ureña (1991), 157.

poleón y por lo que traía su avance desde el punto de vista de la historia. Y es que el filósofo alemán interpreta las campañas napoleónicas desde una perspectiva amplia filosófico-histórica, acaso de modo a cómo lo haría Hegel esos mismos años, en la línea abierta por el romanticismo y la filosofía alemana y europea en general de finales del siglo XVIII de percibir la Revolución Francesa como un acontecimiento de índole universal y como cristalización de todo un cambio de época. En una carta de 1805 de Krause a su padre, dice expresamente: «Bonaparte se comporta como un héroe desde el punto de vista científico»[6]. Este enfoque le permite superar el temor, y aún decepción, respecto a la dureza de los avances franceses sobre Sajonia y otras partes de Europa, pues entiende que pueden traer la implantación de una forma ilustrada y racional de hacer política, frente a los excesos de las monarquías anteriores del Antiguo Régimen, entrañando así un avance para la historia universal. Aunque con el tiempo la decepción respecto a Napoleón acrecentará, y reconocerá haber «esperado [de él] demasiado», no dejará de ver como necesario ese avance histórico, que seguramente corresponderá realizarse a través de «otros hombres», tal como declarará a finales de 1814[7]. En todo caso, en los primeros años en Dresde la admiración por Napoleón y por la relevancia de su cometido histórico será patente. Así concibió Krause, en este sentido, un ambicioso proyecto de un estudio que quería titular *El Estado mundial a través de Napoleón*[8], en el que por testimonios epistolares podemos afirmar que ya tenía partes escritas a comienzos de 1807. Krause se refiere a él como un escrito que publicaría anónimo. El 31 de enero de ese año declara en otra carta a su padre: «Quizás edite Frommann en Jena un escrito que quiero publicar anónimo, aunque todavía no es seguro»[9].

---

6 Krause (1903ª), 144 (Krause a su padre, 31/10/1805), citado por E. M. Ureña, (1991), 157.

7 Krause (1893), V.

8 Ureña (1991), 159 y nota 63.

9 Krause (1903ª), 165 (Krause a su padre, 31/1/1807), citado por E. M. Ureña (1991), 159.

Pero van a surgir dos desplazamientos que afectan a la articulación reflexiva y científica tanto (α) del acontecimiento bonapartista, como (β) de ese impulso reformador de la Masonería. Más allá de su valoración concreta sobre Napoleón, lo que Krause acabará cuestionando es la misma idea de un Estado mundial como cima de su teoría política y social; ese Estado sería, en todo caso, una alianza mundial del derecho, y, englobando esta y el resto de esferas humanas se alzaría la Alianza de la Humanidad, figura inspirada desde sus proyectos de reforma y proyección de la Hermandad masónica en su posible papel crucial en la historia de la humanidad. Sobre este importante giro, nos indica E. M. Ureña:

> «[...] en su *Estado Mundial a través de Napoleón* [Krause] presentaba el Estado como la institución clave y más abarcante de todo el edificio social. Sin embargo [...] este había sido el caso "hasta aproximadamente la mitad de 1808". Efectivamente, entre la primavera y el otoño de ese año se gestará un punto fundamental de influencia en la concepción krausiana de la sociedad humana o de su historia. Si hasta entonces había desarrollado Krause su concepción orgánica de la humanidad alrededor de la idea del *Estado Mundial* como piedra angular del edificio, sustituirá durante esos meses esa piedra angular por otra nueva a la que bautizó con el nombre que ya conocemos de *Alianza de la Humanidad*. Y si había historizado el germen del Estado Mundial en la gesta de *Napoleón*, historizará ahora el germen de la Alianza de la Humanidad en la *Hermandad masónica*»[10].

(α) El primer desplazamiento comienza a producirse a partir de esa segunda mitad de 1808, afectando a aquélla categoría filosófico-histórica del "Estado mundial" –cuajada en el ambiente de seducción por la figura napoleónica y por su consideración de héroe moderno–, que será relevada por la Alianza de la Humanidad (*Menschheitbund*), restando consideradas las campañas del héroe moderno como un síntoma de la entrada en la tercera

[10] E. M. Ureña (1991), 165 s.

y nueva época de la humanidad –la primera sería *hasta Jesús*, la segunda *hasta Napoleón*–, en vez de ser estimadas, como hasta entonces, como el acontecimiento inaugural del proceso histórico que conduciría a la federación de estados mundial.

Entendemos, pues, que la filosofía histórico-social krausiana pasa de considerar el Estado como el sistema o esfera omniabarcante a considerarlo como una subesfera o subsistema más. Si bien nadie dudaría de la relevancia histórica del nacimiento y desarrollo de los Estados europeos, acaso sólo comparable a la Iglesia, y de la eminencia de la función asignada a la institución estatal –el establecimiento de las condiciones y garantías externas que harían posible la armonía dentro del organismo general de la vida de la humanidad o persona social total, lo que, por ejemplo, conferiría al Estado un tutoría transitoria en el caso de aquellos pueblos que todavía no hubieran alcanzado su mayoría de edad–, ese fin del cumplimiento del derecho habría de computarse como uno más en una nómina en la que se contarían otros fines racionales humanos, como la religión, la ciencia, el arte, etc., de cuyo cumplimiento se encargarían otras personas sociales.

(β) El segundo desplazamiento comienza a producirse poco después, y conducirá de la prelatura que gozaba la Masonería como institución emblemática del ideal humano hacia la consideración autónoma de la Alianza de los Hombres (*Menschenbund*), primero, y después Alianza de la Humanidad (*Menschheitbund*). En un importante manuscrito en el que Krause se propone hacer un *Informe franco sobre la esencia y el destino de la Hermandad masónica*, es donde irá depurando la idea de una «hermandad de los hombres», una «alianza de los hombres», que pronto advertirá como una idea, que si bien surge del estudio de la Hermandad masónica, la desborda como tal y no puede supeditarse a ella[11].

Habría que advertir, no obstante el antedicho relevo o desplazamiento que la categoría de «Alianza de la Humanidad»

---

[11] Ureña (1991), 175.

da a la de «Hermandad masónica» (*Freimaurerbrüderschaft*), y de la que resulta que la virtualidad de aquélla es estimada independientemente de cualquier sanción por parte de las logias masónicas –si bien sus hermanos serán siempre muy tenidos en cuenta–, que el élan de la filosofía socio-histórica krausiana continuó siendo indudablemente masónico: no sólo porque genéticamente la obra *El Ideal de la humanidad* resultase, en gran manera, de la reelaboración de los escritos masonológicos anteriores, sino porque su justificación teórica ha de entenderse como la metabolización de los ideales masónicos, ya fueran aquéllos que corresponderían a la Masonería transhistórica, ya aquéllos que corresponderían a su institucionalización efectiva:

> «[...] no era posible construir teóricamente el organismo armónico de la sociedad humana, sin haber llegado a la maduración de la idea de Alianza de la Humanidad su "cabeza, corona y plenificación" [...] el desarrollo concreto de esa idea creció de la mano de sus impresionantes investigaciones sobre las fuentes históricas y litúrgicas de la Hermandad masónica. El esquema conceptual filosófico de una visión panenteísta y armonicista de la realidad en su totalidad, y de la sociedad en particular, que ya poseía Krause en Jena, encontró en Dresden, durante sus trabajos masonológicos, *su concreción socioteórica*»[12].

Sobre la génesis concreta del texto de *Das Urbild der Menschheit*, E. M. Ureña nos proporciona estos datos y testimonios precisos:

> «Sabemos ya que *El Ideal de la Humanidad* tuvo lugar en aquellos "primeros 20-22 pliegos" del *Estado Mundial* que contenían "una visión puramente ideal de la Humanidad" y que Krause de acuerdo con Arnold decidió preparar para su publicación en septiembre de 1808. Y sabemos también que, aunque el autor esperara para esas fechas entregarlo a la imprenta "dentro de unas semanas", esto no sucedió hasta

[12] *Ibid.*, 184.

> pasados casi dos años. Durante ese tiempo, refiriéndose ya siempre al *Ideal* como una obra independiente, [...] Krause repite en su correspondencia una y otra vez que la obra está ya para terminarse y que la está trabajando muy concienzudamente. Por fin, el diez de agosto de 1811 podría escribir triunfante a su padre: El escrito *El Ideal de la Humanidad* está ya terminado para mi satisfacción. Sin embargo, he tenido que suprimir el largo prefacio práctico. Todavía estoy trabajando en las últimas páginas del índice. La próxima vez le podré enviar un ejemplar, espero»[13].

* * *

Atendiendo a la esquematización que E. M. Ureña nos brinda de esta obra, cabe decir que ella nos ofrece la articulación de la sociabilidad humana en el organismo social total que tiene dos engranajes: uno *cuantitativo*, que también podríamos considerar territorial, según el cual los individuos humanos se van reuniendo y asentando en complejos cada vez mayores (familia, tribu, pueblo...) hasta llegar a la humanidad en la Tierra (*Erdmenschheit*); otro *cualitativo*, que podríamos también denominar reticular y transversal, en el que se componen las diversas fuerzas y obras genuinamente humanas (virtud, derecho, religiosidad, belleza, ciencia, arte, educación) y su devenir institucional como personas sociales (las distintas alianzas para cada una de ellas, teniendo algunas ya una cristalización histórica, como el Estado o la Iglesia). Por supuesto, esas dos direcciones son convergentes, por cuanto la progresiva extensión del plano cuantitativo conlleva la progresiva intensión o comprensión del plano cualitativo: «Ambos planos se entrelazan finalmente entre sí y se potencian mutuamente, por cuanto la sociabilidad cuantitativa sólo puede alcanzar su plenitud junto a la sociabilidad cualitativa y viceversa»[14].

---

[13] Ureña (1991), 179. El pasaje de la carta citada se encuentra en Krause (1903²), 269 s. [la cursiva de este pasaje aparece entrecomillada en el original].

[14] Ureña (1991), 182.

Desde su publicación en Dresde en 1811, *El Ideal de la humanidad* fue una obra acogida por un amplio público, no sólo estrictamente filosófico, y también desde un principio se vinculó al trabajo reformador de Krause respecto a la Hermandad masónica y su vocación universalista. En una reseña de la época, aparecida en 1812 en la célebre *Allgemeine Literatur-Zeitung* de Jena, leemos: «El Dr. Krause escribió este libro preferentemente para masones porque en un escrito suyo anterior dedicado a ellos mismos había expresado la opinión de que esta Hermandad tiene el destino de ampliarse algún día a una alianza de la humanidad universal que abarque la humanidad del universo»[15]. El autor anónimo hacía una sucinta pero correcta exposición de las partes y de la estructura del libro, que no dejaba de verse como compleja, debido, en parte, a la posible falta de claridad de algunos conceptos y de la misma noción krausiana de humanidad. Sin embargo, valoraba el esfuerzo del autor por articular en sentido ideal todas las dimensiones de la actividad y la cultura humana, si bien adjudicaba más este mérito a la fantasía que no a las razones que el autor aducía para realizar esos ideales. A pesar de las críticas, no dejaba de exponer con detalle muchos aspectos de la obra, valorando especialmente algunos de ellos, como por ejemplo la exposición de la idea de amor y de amor de Dios[16] y, como comentadores posteriores fueron viendo, no sólo los discípulos de Krause, considerará la propuesta krausiana de la Alianza de la Humanidad como una voz singular y original en el contexto de la filosofía alemana de ese tiempo.

En 1819 apareció una «segunda edición más económica»[17], en la misma editorial Arnold, coincidiendo con la segunda estancia de Krause en Dresde (1815-1823) y también, igual que había sucedido con la primera edición, el filósofo turingio lleva a cabo una reedición de su gran obra sobre la Masonería (*Die*

---

15 Anónimo (1812), "Dresden, in d. Arnold. Buchh.: *Das Urbild der Menschheit*. Ein Versuch *von Karl Christian Friedrich Krause*, Dr. der Philosophie und Mathematik. Vorzüglich für Freymaurer. 1811 XX und 552 S gr. 8. (3 Rthlr.)", 337.

16 *Ibid.* 342; véase Krause (1811), 114 ss.

Krause (1819).

drei ältesten Kunsturkunden der Freimaurerbrüderschaft...), así como la publicación de otros trabajos menores sobre la Orden del Gran Arquitecto del Universo. La edición de 1819 es una reimpresión de la de 1811 en su totalidad. Únicamente se advierte que en el título de la portada no aparece la dedicatoria debajo del nombre del autor, que rezaba: «Preferentemente para masones». Esta dedicatoria tampoco se estampará en las restantes ediciones.

Después de la muerte de Krause se publicó una nueva edición en 1851, en la Dieterische Buchhandlung de Gotinga, con la indicación de ser la «segunda edición inalterada», con un «Prólogo» específico, firmado el 1 de junio de 1851, «en nombre de los descendientes», por el Dr. Carl Krause, el varón mayor de los hijos de nuestro filósofo. En este breve prólogo se da fe del valor de esta nueva edición y de la amplia acogida que esta obra había ido teniendo a lo largo de los años: «La mejor prueba de que la obra que aquí presentamos en su segunda edición tiene un valor intrínseco es el hecho de que ha ganado un amplio círculo de amigos y admiradores, pues no sólo están completamente agotadas desde hace varios años las impresiones hechas en 1811, sino que desde hace tiempo se repite en diferentes instancias la solicitud a los descendientes del autor de realizar una nueva edición»[18].

Carl Krause hijo indica que, aunque a uno u otro podría parecer que hay partes que son demasiado extensas, ha considerado oportuno no acotar nada, pues con ello la obra habría perdido su carácter: «se habría difuminado la impronta de una obra que porta el molde unitario del *Ideal de la humanidad*». Por ello subraya expresamente que ha realizado una edición «*completamente inalterada*» («*ganzlich unverändert*»)[19]. Con esa precisión se refiere a que se trata de una edición completa e inalterada en sus contenidos, aunque en la misma haya saneado las erratas señaladas por su padre en la publicación de 1811.

[18] *Krause* (1851), III.

[19] *Ibid.*, IV.

Las aclaraciones sobre lo inalterado de esta edición podrían obedecer al fenómeno de difusión y popularización que había ido teniendo lugar con esta obra. Su edición original, como indicaba el mismo prologuista, estaba agotada desde hace años, lo que propiciaría su difusión en otro tipo de publicaciones más divulgativas. Así, en 1843 aparecía un librito anónimo con el título: *Die schönsten und wichtigsten Stellen aus Krause's Urbild der Menschheit* [*Los más bellos e importantes pasajes del Ideal de la humanidad de Krause*] (Schaffhausen. Brodmann'sche Buchhandlung. 20 págs.). Un cotejo del texto con el original muestra que no se trata en absoluto de pasajes literales de *Das Urbild der Menschheit* sino de una exposición libre y sin duda entusiasta. En el prólogo leemos: «El conocimiento del fin en la vida, del fin de la humanidad como tal es ciertamente lo más necesario para los hombres. Excelentes ideas sobre esto contiene el "Ideal de la humanidad" de Krause, que aquí transmitimos»[20].

Unas décadas más tarde, en 1881, salía a la calle *Das Ideal der Menschheit. Nach C. Chr. Fr. Krause's Schrift «Das Urbild der Menschheit»* (von Alfred Cless. Stuttgart, Verlag von Carl Krabbe). Cless indica en el prólogo que al estar las ediciones del *Das Urbild der Menschheit* agotadas (también la última hasta entonces, la de 1851), fue anotando algunos extractos de la obra de un ejemplar que le prestaron. La inexistencia de ejemplares por un lado y, por otro también, la amplitud y complejidad filosófica de la obra original, le llevó, como bien nos explica E. M. Ureña, a pensar que «era necesario hacer la obra más accesible a un amplio número de lectores, más allá del estrecho círculo de filósofos de profesión»[21]. Cless publica así una serie de extractos de la obra que había seleccionado al estudiarla. En esta misma línea, como de nuevo nos muestran las investigaciones de Ureña, se plantearán, como veremos, los casos de traducción y difusión de esta obra de Krause en lengua

---

20 Anónimo (1843), *Die schönsten und wichtigsten Stellen aus Krause's Urbild der Menschheit*, 4.

21 Véase: Ureña, Fernández, Seidel (1997), LVI.

inglesa con W. Hastie, y en lengua española con Julián Sanz del Río. Como Cless, y no como la mencionada obra aparecida en 1843, ambas traducciones se atendrán a textos originales de Krause, pero como sabemos, en su totalidad en el caso de Sanz del Río, no todos procedentes de *Das Urbild der Menschheit*.

En el contexto de la segunda generación de krausistas alemanes, con ese horizonte de una expansión de las ideas krausianas más allá de las fronteras lingüísticas alemanas, los que fueran importantes editores de obras e inéditos de Krause, Paul Hohlfeld y August Wünsche, realizaron ya en los albores del siglo XX (1903) una nueva edición de *Das Urbild der Menschheit*[22]. Igual que en la edición de 1851, aparece al final sólo el apéndice sobre *Germanización*, habiéndose revisado las erratas y sustituciones que había señalado el propio Krause. La obra incluye, en primer lugar, el prólogo de la edición de 1851, que va seguido de un «Prólogo a la tercera edición» que firman los editores, en «Dresde, el día de San Juan, 1903». Estos comienzan explicitando la fortuna editorial de esta obra, que habla sin duda de su relevancia: «El Ideal de la humanidad es la primera obra de Krause que vive una tercera edición»[23].

A la luz del esclarecimiento detallado de la génesis de *Das Urbild der Menschheit* que aquí hemos recordado, se comprende bien la explicación que nos dan Hohlfeld y Wünsche del origen y procedencia de este escrito: «En principio estaba pensado como una primera parte pura e ideal de un conjunto trimembre, cuya segunda parte histórica expondría el Estado mundial a través de Napoleón, y cuya tercera parte, con un enfoque filosófico-histórico, mostraría el ideal aplicado o modelo de la humanidad en la Tierra»[24]. Por el trabajo minucioso

---

[22] Krause (1903).

[23] Krause (1903), III. Hohlfeld y Wünsche consideran, como el mismo Carl Krause, la de 1851 como la segunda edición, siendo la de 1819 una reimpresión de la de 1811, a pesar de editarse como "segunda edición más económica" ("zweite wohlfeilere Ausgabe"). En realidad, desde el punto de vista editorial y de difusión, habría que hablar en todo caso, con esta, de una *cuarta* edición.

[24] *Ibid.*

de los manuscritos, epistolario y diversas fuentes que realizó Ureña, sabemos que el *Urbild* se origina efectivamente en esa primera parte del escrito citado, pero no sin más. Ese texto inicial sobre la consideración de la humanidad ideal para esa obra fue creciendo y enriqueciéndose a la vista de otros trabajos de Krause vinculados a su revisión filosófica y reformista de la Hermandad masónica, a la que aspiraba transformar y renombrar como Alianza de los Hombres, o en su denominación definitiva como Alianza de la Humanidad. La Masonería, en sus ideales de reunión y relación de los hombres desde su pura humanidad, podría constituir una semilla inicial. Esta tercera edición fue recibida positivamente, y no sólo como una obra importante de un filósofo del pasado. Al final de una recensión de A. Wernicke, aparecida el mismo año de la edición en el *Deutsche Literaturzeitung*, leemos: «Aún permanece sin duda la influencia de Krause en el ámbito de la filosofía práctica»[25].

Hohlfeld y Wünsche no dejan de valorar el profundo y amplio concepto de *humanidad* que aporta esta obra fundamental, que es una de las enseñas de toda la filosofía krausiana, una humanidad que no sólo abarcaría la humanidad histórica en esta Tierra y que se abría tanto a cada individuo, sociedad y grupo humano, hasta el Estado y la confederación de Estados, como a todas las esferas de la vida: arte, ciencia, educación, religión, virtud, belleza, derecho, esto es, las obras y fuerzas fundamentales de lo humano, que residen ya en cada individuo, y en cada uno de los niveles asociativos que el amor y la libre sociabilidad van trazando y posibilitando en las relaciones interhumanas. Este amplio planteamiento en su triple dimensión política, masónica y metafísico-religiosa, es lo que dota de gran riqueza y potencia, no exenta de dificultad, al conjunto de *Das Urbild der Menschheit*. De la profundidad y alcance no estrictamente político o externo de la idea krausiana de la Alianza de la Humanidad dan cuenta los editores: «La Alianza de la Humanidad puede verse como el cumplimiento

[25] Recensión de Krause (1903) en: Wernicke, *Deutsche Literaturzeitung*, 1903, nº 38, 19 septiembre, 2299. Citado en: Ureña (2007), 147, nota 148.

y la culminación de la idea cristiana del reino de Dios en la Tierra e igualmente de la profunda intuición de la Hermandad masónica de una unión general y puramente humana, por eso el título de la primera edición de 1811 contenía la aposición de "Preferentemente para masones"»[26].

Paul Hohlfeld fue el sucesor del mismo Leonhardi en la segunda generación de krausistas alemanes. Además de su incansable trabajo como editor, junto a August Wünsche, se convirtió en un profundo conocedor de la filosofía de Krause y también de sus implicaciones con la pedagogía de Friedrich Fröbel. En una obra anterior sobre la filosofía de su maestro, obra que había resultado premiada por la Universidad de Jena, Hohlfeld exponía algunos aspectos al comparar la filosofía de Krause con la de Hegel, y de esta indicaba lacónicamente: «falta la doctrina de la humanidad»[27]. Con independencia de la justicia que se haga en su análisis a la filosofía hegeliana, es claro que los krausistas, y el mismo Krause, fueron conscientes de la originalidad y pertinencia de esa idea de humanidad y de la Alianza de la Humanidad como algo más que una propuesta superficial o vagamente utópica. La asunción de lo humano como un lugar ontológico fundamental de la determinabilidad infinita de Dios en su inmanencia omniabarcante y dinámica llevará a Krause a articular lo social en sus diversas esferas, a valorar el papel del Estado, pero sin que eso aniquile o ahogue la riqueza de la sociedad civil desde sus primeros estadios (familia, etc.), ni haga innecesaria la unión y las federaciones de Estados. De otro lado, esa articulación se abre a todas las dimensiones de lo humano, reflejado en ese amplio planteamiento de las diversas alianzas, que se dirían recogen con nitidez el programa de una completa ilustración y realización de la humanidad como sujeto fundamental de la historia, y en relación y responsabilidad con el resto de esferas de lo real.

Con una sentida loa a esta obra que va más allá de su contribución a la filosofía en un sentido estricto, y viendo en

[26] Krause (1903), IV.

[27] Hohlfeld (1879), 128; véase también: Pinilla (2010), 154 ss.

ella un posible instrumento de transformación y mejora de la sociedad y la humanidad en su conjunto, Hohlfeld y Wünsche se hacían eco también de las traducciones que ya en esos años había tenido la filosofía del Krause a otras lenguas: «El Ideal de la humanidad es una obra sin igual, un compendio exhaustivo de doctrina social, un noble libro para las familias, una fuente inagotable de la edificación más pura y profunda, un modelo de enseñanza popular, una joya de la escritura alemana, una perla de la literatura universal, inicialmente en alemán, y vertido las lenguas española e inglesa. Que la humanidad entera reconozca lo aquí ofrecido realmente como el ideal de la humanidad, y que, con la ayuda de Dios, lo utilice con gratitud y conciencia para hacerlo realidad»[28].

El caso de la expansión e influencia de Krause en España es sin duda el más significativo. De nuevo aquí los trabajos e investigaciones de E. M. Ureña aportaron un cambio metodológico fundamental para valorar la dimensión y relevancia del krausismo en nuestro país, no como una suerte de adaptación de la filosofía de Krause a las circunstancias y contexto de la cultura española, sino como una importante influencia y recepción del pensamiento krausiano; influencia que no estará exenta ni en contradicción con la relevancia de las propias aportaciones del krausismo español. Baste citar en este sentido una figura como Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. El mismo introductor y valedor de la filosofía de Krause en España, Julián Sanz del Río, pudo contribuir indirectamente a la idea de que se producía una adaptación y no recepción directa de las ideas originales de Krause, al indicar que su traducción del *Urbild* era, si bien inspirada en su maestro, una adaptación a las circunstancias del pueblo español. En 1860 aparecía en Madrid, publicada por la Imprenta de Manuel Galiano: C. Cr. Krause, *Ideal de la humanidad para la vida, con introducción y comentarios por D. Julián Sanz del Río*, Catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad

[28] Krause (1903), IV.

Central, Madrid (XXII, 286 págs.)[29]. La comparación de la traducción con el original, además de no ser literal, dejaba ver que la traducción española era un libro mucho más breve. E. M. Ureña, en todo caso, defendió la seña krausiana de las ideas allí expuestas, aunque no fueran literales. En 1988 publicaba un importante artículo donde desvelaba que la traducción de Sanz del Río en efecto era un texto de Krause, si bien no el *Urbild*, sino de unos extensos artículos publicados por el mismo Krause en 1811 en la revista que él mismo editaba, el *Diario de la vida de la humanidad* (*Tagblatt des Menschheitlebens*)[30]. Este hecho, lejos de aminorar la importancia de este texto o de la aportación del krausismo español, lo inserta, como bien indicó Ureña, en la línea de la expansión y difusión del krausismo en aquel momento como fenómeno europeo y universal. Con independencia de las causas que llevasen a Sanz del Río a no indicar la verdadera fuente de la traducción, esa elección fue muy acertada. De otro lado, las investigaciones de Ureña han demostrado con creces la existencia de una Escuela de Krause o krausismo alemán de gran influencia y presencia en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX y que tuvo un

[29] Krause (T 1860). Esta obra tuvo diversas reediciones, que llegan a nuestros días. Bajo la influencia del krausismo: Krause (T 1871) y Krause (T 1904 y T 1904²); y a finales del S. XX, en una edición de bolsillo, publicada tres veces, y en la que se nombra a Sanz del Río como autor: Krause/Sanz del Río (T 1985); Krause/Sanz del Río (T 1999); Krause/Sanz del Río (T 2002). Cfr. también una reciente reedición: Krause (T 2021). El comienzo del prólogo de Sanz del Río fue sin duda clave para generar el equívoco de la tesis adaptacionista: "Leyendo atentamente la obra titulada *Ideal de la humanidad* (en nota: *Urbild der Menschheit*, Dresde, 1811, XX y 552 folios) por C. Cr. F. Krause, escribía yo al paso, y sobre lo más importante de aquélla, algunos resúmenes y consideraciones que nacidas a la vez del sentido del autor y de mi propio modo de pensar, concertaban a mi parecer con el carácter y necesidades morales de mi pueblo". Krause (T 1860), XI.

[30] Ureña (1988). En 1992 publicaba Ureña una versión comparada de la traducción de Sanz del Río, junto a un manuscrito anterior de la misma de 1851 y en correlación con los textos originales del *Tagblatt* de Krause: cfr. Ureña, Fernández, Seidel, (1992). A los cinco años tuvo lugar una segunda edición revisada. Ureña, Fernández, Seidel (1997), cfr XIII-LX (Introducción); IX-XII (Prólogo a la segunda edición).

contacto fecundo y constante con los krausistas españoles. Así lo atestiguan, por ejemplo, los epistolarios inéditos publicados por el añorado profesor asturiano en solitario o en colaboración con J. M. Vázquez-Romero[31].

El caso de la traducción y difusión de las ideas de Krause en la lengua inglesa, junto con el ya mencionado caso de Cless en Alemania, refuerza la pertinencia de la selección de textos que Sanz del Río presentó como *Ideal de la humanidad para la vida*. En 1900 aparecía *The Ideal of Humanity and Universal federation by K. C. F. Krause. A Contribution to Social Philosophy*. Edited und translated by W. Hastie, D. D., Professor of Divinity, University of Glasgow, Edinburgh, T.&T. Clark (XIX 92 págs.). En el «Prólogo», William Hastie realiza sustantivos elogios de la filosofía de Krause y de su originalidad en el contexto de la filosofía del XIX, da muestras de conocer la traducción de Sanz del Río en España y de estar en contacto con los krausistas alemanes y advierte, además, que no pretende transmitir toda la filosofía de Krause, sino la parte más popular y asequible. Así señala que ha traducido la primera parte del *Urbild*, dos ensayos de Krause sobre la Federación universal y otro donde muestra su «amplio e inquebrantable optimismo histórico»[32]. Ureña, por su parte, nos indica que ambos artículos aparecen en el *Tagblatt*; es más, el primero, titulado «Menschheitbund» («Alianza de la Humanidad»), es uno de los textos que había traducido Sanz del Río[33]. Una vez comparados los casos de las ediciones compendiadas y de otros textos de Krause relacionados con su filosofía de la humanidad, añade: «Creo que no son necesarios muchos comentarios para explicar la relación de estos dos ejemplos [Cless y Hastie] con Sanz del Río y su *Ideal*. Sanz, Cless y Hastie piensan que la filosofía de Krause es la única verdaderamente iluminadora y trasformadora: la han experimentado

[31] Ureña, E. M. (1993); Ureña y Vázquez-Romero (2003).

[32] Krause (T 1900), XII ss.

[33] Ureña, Fernández, Seidel (1997), LVII.

en sí mismos y por eso quieren transmitirla a los demás»[34]. Eso les lleva a la opción por el compendio y la selección de textos que entendieron más apropiados para esa introducción. La difusión de Krause, y especialmente *Das Urbild der Menschheit*, se convirtió sin duda en un fenómeno europeo y con vocación *universalista*[35]. En sus estudios sobre las realizaciones del krausismo en Alemania en la segunda mitad del siglo XIX, E. M. Ureña certifica la centralidad del *Urbild* en el desarrollo y las actividades de los krausistas alemanes, constituyéndose en la obra de referencia de esta escuela en los congresos de filósofos. Como se ha demostrado fehacientemente, en la organización de estos eventos científicos participaron los krausistas junto a los seguidores de I. H. Fichte y los jóvenes hegelianos. En la segunda generación de krausistas alemanes, en la que Hohlfeld asumirá el liderazgo que había ostentado Leonhardi, el *Urbild* seguirá siendo una obra clave que, habiendo ejercido una influencia directa en el pedagogo Friedrich Fröbel, se erigirá como una fuente fundamental en la gestación de lo que Ureña calificó como krausofröbelismo. Y más allá de la órbita estrictamente krausista, esta obra influirá en diversas corrientes espirituales y sociales de la Alemania de la segunda mitad del XIX[36]. Igualmente se produjo una importante recepción de la obra más allá de las fronteras idiomáticas alemanas, tanto en Bélgica, como en España. Aunque el que fue llamado por Fernando de los Ríos el «libro de horas de varias generaciones españolas»[37] aludiera a la traducción de Sanz del Río como *Ideal de la humanidad para la vida*, que corresponde a los textos del *Tagblatt* ya aludidos,

[34] *Ibid.*

[35] *Ibid.* y Ureña (1999). Recordamos los importantes estudios sobre el krausismo en Alemania y la difusión y recepción de Krause en la segunda mitad del S. XIX: Ureña (2001 y 2002); Ureña (2007).

[36] Cfr. Ureña (2002), 15, 49, 110, 117 (nota 108), 140 ss, 158, 181, 190, 223, 239, 259, 281, 285, 318 ss., 303, 306, 324.

[37] F. de los Ríos Urruti, *La filosofía del Derecho en don Francisco Giner y su relación con el pensamiento contemporáneo*. Madrid, Biblioteca Corona, 1916, 29. Citado en: Álvarez Lázaro (2020), 18.

no cabe duda de que la obra *Das Urbild der Menschheit* tuvo una recepción central entre los krausistas españoles[38].

La difusión y fortuna editorial de esta obra de Krause, y en general de su filosofía, como sabemos fue decreciendo a lo largo del siglo XX. Ya en el siglo XXI, en 2003, en la Editorial Peter Lang, Siegfried Pflegerl reeditaba el *Urbild*, a partir de la edición de 1851, con el siguiente título: *K. C. F. Krauses Urbild der Menschheit: Richtmass einer universalistischen Globalisierung. Kommentierter Originaltext und Aktuelle Weltsystemanalyse*[39]. El texto aparece anotado por Pflegerl y va precedido de un amplio estudio preliminar. Cabe resaltar que Pflegerl es un decidido seguidor de la filosofía de Krause, como atestiguan sus diversas publicaciones y trabajos, junto a otras reediciones anteriores de obras del filósofo turingio[40].

En un sentido de la recepción general a lo largo del siglo X, sólo en España se conocía el krausismo como un fenómeno determinante en la consolidación de su cultura moderna[41]. El trabajo incansable de Enrique M. Ureña desde la década de los ochenta constituye una contribución decisiva para la recuperación de la obra original alemana de Krause destinada a un público filosófico amplio. Buen fruto de ello es la presente edición de sus obras en la editorial Frommann-Holzboog. La nueva edición en Alemania de *Das Urbild der Menschheit*, como el

---

[38] Hoy día aún constatamos la existencia de un ejemplar de *Das Urbild der Menschheit*, en su edición de 1811, en la biblioteca de la que fuera la Universidad Central (hoy Complutense). Está registrado con sellos de la Facultad de Jurisprudencia y de la Biblioteca de Derecho de dicha Universidad Central y contiene en sus márgenes numerosas anotaciones en castellano. Por otro lado, en la biblioteca particular del ilustre krausista Nicolás Salmerón Alonso, parcialmente conservada en su casa familiar de Alhama de Almería, hoy propiedad de sus descendientes que se encargan celosamente de su cuidado, junto a otras obras en alemán de Krause anotadas en castellano por el propio Salmerón, se conserva otro ejemplar de *Das Urbild der Menschheit* correspondiente a la edición de 1851.

[39] Krause (2003). Sobre esta edición: Orden (2007).

[40] Krause (1981).

[41] Sobre el complejo fenómeno de la recepción de la filosofía de Krause en España: Vázquez-Romero (1998).

quinto volumen de una edición crítica de su obra concebida e iniciada por el mismo Ureña, es, sin la mínima duda, un hito imprescindible a considerar en esa rehabilitación de Krause para la historiografía de la filosofía del siglo XIX en nuestros días.

La traducción íntegra del texto de *Das Urbild der Menschheit* completa sin duda ese logro y consuma, en buena medida, un *reto histórico*[42], pues siendo la obra fundamental para el krausismo, permanecía hasta hoy sin traducción a nuestra lengua, y como vemos a toda otra lengua. La extensión de la obra y la dificultad innegable de su traducción no ha de ser ya un obstáculo para pensar en castellano la filosofía krausiana sobre la sociedad y su ideal de la humanidad en todos sus ricos y profundos matices.

Pedro Álvarez Lázaro, Ricardo Pinilla Burgos,
José Manuel Vázquez-Romero y Andrea Schäpers

---

42 Con esta expresión caracterizaba Andrea Schäpers la tarea de la traducción al español de esta obra de Krause, en: "*Das Urbild der Menschheit* en español: un reto histórico", ponencia presentada en el *STIAL IV: Simposio de Traducción del/al alemán*, Universidad de Salamanca, 5-7 mayo de 2021, que se publicará próximamente.

NOTA DE LA TRADUCCIÓN

La presente edición se basa en el texto *Das Urbild der Menschheit. Ein Versuch, von Karl Christian Friedrich Krause, Doktor der Philosophie und Mathematik. Vorzüglich für Freimaurer*[1], de 552 páginas (más XX correspondientes al sumario), publicado en 1811 en la Librería de Arnold en Dresde. La traducción se ha realizado sobre la edición nuevamente preparada y publicada el año 2018 en el tomo V de la colección *K. Chr. F. Krause. Ausgewählte Schriften*, bajo el sello editorial de Frommann-Holzboog[2]. El texto alemán fue editado por Enrique M. Ureña, Pedro Álvarez Lázaro, Ricardo Pinilla Burgos, José Manuel Vázquez-Romero y Andrea Schäpers y prologado por estos cuatro últimos profesores.

Los traductores, Andrea Schäpers y Ricardo Pinilla, se enfrentaron al desafío de llevar a cabo la primera traducción directa y completa al español de esta obra fundamental de Krause. Con ello siguen ampliando el número de traducciones a la lengua de Cervantes de los escritos del filósofo turingio, lleva-

[1] Krause (1811).

[2] Krause (2018). Los derechos de traducción al español para las obras de Krause publicadas en la colección de Frommann-Holzboog fueron cedidos por la editorial alemana al grupo de investigación LKM de la Universidad Pontificia Comillas. El propósito de traducción se llevó a cabo bajo el amparo del proyecto de investigación «Krause y el krausismo del sexenio democrático» (I+D HAR2016-9148-P, 2016-2019), financiado por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.

das a cabo por el equipo de investigadores de la Universidad Pontificia Comillas. Con anterioridad, la colección «Liberalismo, Krausismo y Masonería» que acoge la presente obra, en 1996 ya había facilitado al público hispanoparlante una traducción de las habilitaciones filosóficas de Krause, redactadas originalmente en latín[3], y, muy recientemente, una selección de sus escritos educativos masónicos[4].

Como ya hacía constar el primer traductor de una obra krausista en España, el jurista Ruperto Navarro Zamorano, en relación con el *Curso de Derecho Natural o de Filosofía del Derecho* de Ahrens, traducida del original francés, el reto es considerable:

> «Respecto a la traducción en general, diremos también los principios que nos han guiado. Siempre hemos pensado que, en obras de Filosofía, en obras Metafísicas, el traductor era más esclavo que en obras de pura literatura. En estas cabe más libertad, decimos más, es necesaria la libertad para conservar todo lo posible la belleza del original; en aquellas, por el contrario, el alma que las vivifica no son las imágenes, es el pensamiento, y el pensamiento es lo que debe conservarse a toda costa. De aquí nace el que las traducciones de esta especie sean, si se quiere, más ingratas, menos agradables, pero como hablan a la inteligencia, más que a la imaginación, aquella se da por contenta si se le ha conservado el pensamiento. Esto hemos procurado nosotros»[5].

En el equipo traductor actúa, por un lado, la traductora nativa alemana y germanista, que procede con la mayor cautela y prudencia para preservar al máximo la voz del filósofo alemán Krause, y, por el otro, el revisor español, experto en la filosofía del Idealismo alemán y, en concreto, del filósofo en cuestión, pertrechado, por añadido, de una sensibilidad esmerada hacia la lengua española. Una vez se tuvo la primera versión de la

[3] Orden Jiménez (1996), trad. de Luis y Carlos Baciero.
[4] Álvarez Lázaro y Vázquez-Romero (2020), trad. de Ureña y Schäpers.
[5] Navarro Zamorano en Ahrens (1841), X-XI.

traducción, se procedió a una revisión minuciosa del texto con el apoyo y colaboración de los profesores Pedro Álvarez y José Manuel Vázquez-Romero, a quienes desde aquí agradecemos su labor de lectura y sus valiosas indicaciones para acabar de establecer un texto final que, conservando el rigor y fidelidad al sentido del original, ofrece una lectura ágil y precisa. El método general utilizado sigue rigurosamente al texto alemán original, aunando la mayor literalidad posible con la máxima fluidez del texto traducido, es decir, usando un procedimiento que permita rendir cuentas a ambos extremos implicados en la labor: al texto original y a su autor, así como a la lengua de llegada, la española. Se decide emplear un castellano culto estándar y se renuncia a la opción de usar un registro arcaizante. Se ha prescindido, en la medida de lo posible, de introducir notas a pie de página en el cuerpo del texto traducido para disponer de la prosa limpia y no interrumpir la lectura.

Aspectos formales

La presente edición española corresponde fielmente a la alemana de 1811 y reproduce las anotaciones y los textos del aparato crítico que incluyó Krause en la misma: un sumario extenso, un texto titulado «Germanización» (*Verdeutschung*) que corresponde a un listado de extranjerismos, la mayoría de raíz grecolatina, que recomienda sustituir por términos alemanes, y una relación de correcciones, que da fe de algunas erratas, junto con pequeños cambios de expresiones o palabras. De esta lista de correcciones únicamente traducimos los comentarios generales, ya que la subsanación de erratas y los cambios menores quedan incorporados en la traducción cuando era posible o afectaba al sentido del texto traducido. La paginación de la edición de 1811 figura entre corchetes en los márgenes del texto.

En el *Urbild* se encuentran largos párrafos redactados con sintaxis paratáctica mediante el uso frecuente de oraciones

yuxtapuestas y unidas por punto y coma. Teniendo en cuenta el propósito de mantener la máxima fidelidad al texto original, hemos optado por no simplificar o «embellecer» la disposición de los párrafos subdividiendo o acortando las oraciones, ni tampoco alterar los signos de puntuación más allá de los cambios estrictamente obligados por las normas de la lengua española. Entendemos que la sintaxis de la obra refleja el estilo propio del autor. Por ello hemos intentado, en la medida de lo posible, no intervenir más en la estructura de los párrafos por tratarse de una cuestión estrechamente relacionada con el idiolecto del autor. Así, mediante este escrupuloso respeto a la sintaxis original, hemos querido transmitir la idiosincrasia de Krause. Sin embargo, nos hemos permitido las siguientes excepciones: en aquellos pasajes en los que el autor insertaba un guion largo entre oraciones, hemos dispuesto un salto de párrafo para reproducir esa pausa en el discurso; los guiones en medio de las oraciones han sido sustituidos por puntos y comas; en algunos pasajes muy largos, en ocasiones muy determinadas hemos sustituido el punto y coma por el punto seguido para facilitar la lectura.

Por otro lado, no hemos querido abusar de las mayúsculas para resaltar la relevancia de algunos conceptos, como es propio de los textos filosóficos. Únicamente las hemos usado cuando las reglas de ortografía las requerían, o cuando hacía falta distinguir significados diferentes del mismo término (tierra/Tierra, estado/Estado). También hemos usado la mayúscula para los distintos términos empleados para referirse a Dios (Dios, Él, el Creador, el Ser originario), así como para aquellos que Krause utilizó para acuñar sus emblemáticas alianzas (la Alianza de la Humanidad, etc.), en los casos en los que se refiere expresamente al nombre de cada una de estas alianzas. Finalmente, un uso muy característico que Krause hace de las mayúsculas se refiere a la distinción diacrítica del numeral y del artículo indeterminado. Emplea la mayúscula cuando el artículo «ein/eine» se refiere al número y resalta el carácter unitario, aunque este uso distintivo ya era muy controvertido en su época y,

desde el punto de vista gramatical, no era necesario. A fin de mantener el estilo propio de nuestro filósofo, hemos usado en estos casos la cursiva (*una* humanidad, *una* persona).

En relación con los aspectos formales, puede aducirse que el estilo del *Urbild* es repetitivo y, a menudo, redundante. Esta peculiaridad es llamativa incluso tratándose de un libro redactado en alemán, idioma que admite más reiteraciones que el castellano. El mismo Krause es consciente de ello, pero justifica su estilo por mor a la claridad del mensaje que quiere trasmitir. Así lo aclara prácticamente al final de su obra:

> «[...] no evitaré intencionadamente alguna repetición de ideas incluidas en lo que precede, pues es bueno que lo esencial se aproxime repetidamente ante la vista del espíritu, donde lo ha de englobar en un todo, no pudiendo prevenirse los malentendidos de buena fe de otra forma»[9].

Al final de esta edición incorporamos un glosario de términos, castellano-alemán y alemán-castellano, que recoge las diferentes opciones traslativas y variantes elegidas en la traducción, a la vez que es también reflejo de algunas dificultades léxicas con las que nos hemos encontrado. Cabe advertir que se trata de términos relevantes en esta obra en concreto, y hemos intentado traducir un mismo término técnico por un único equivalente castellano. No en todos los casos ha sido posible. El glosario puede servir al estudioso para identificar algunos conceptos propios de Krause.

Aspectos conceptuales

Como cualquier texto filosófico, se trata de un tipo de discurso denso y con fuerte arraigo en tradiciones semánticas y expresivas a tener en cuenta.

En una reciente traducción de la obra de Krause *Reine allgemeine Vernunftwissenschaft* (*Ciencia universal pura de la*

[9] Cfr. *infra*, p. 358.

razón), un texto póstumo, traducida por José María Artola y Manuel Francisco Pérez y publicada en 1986 por el CSIC, los traductores lamentan la dificultad de la tarea que, desde su punto de vista, se explica en parte por el carácter rebuscado de los términos técnicos, de las creaciones artificiales y de palabras compuestas complejas que huyen de los términos de raíz latina.

Sin embargo, en *Das Urbild der Menschheit*, obra coetánea a la traducida por Artola y Pérez, Krause no emplea gran número de neologismos, y los términos alemanes que usa como alternativos a los tradicionales de raíz grecolatina los esclarece en el listado que figura al final del libro, *Verdeutschungen* («germanización»). De esa manera, se hacen más transparentes en español algunos vocablos como *Gottinnigkeit* = *Religiösität*, *Gliedbau* = *Organismus,etc*. Esta duplicidad terminológica puede ser de gran ayuda para resolver alguna duda traslativa, sin embargo, en nuestra traducción hemos procurado en lo posible recrear el procedimiento de Krause para dejar traslucir su estilo y su voz. De ahí que hayamos traducido *Gottinnigkeit* por «intimidad con Dios» y no por «religiosidad», locución más sencilla en español pero que no cumplía con la misión que nos habíamos propuesto. Por el contrario, sí que traducimos *Urbild* por «ideal», y no por otro término de raíz alemana, por dos motivos. Por un lado, porque este vocablo se ha convertido en cuasi «canónico» al haberlo empleado Sanz del Río en su traducción y así nuestro título puede evocar el suyo. Y, por otro lado, porque Krause nos indica en el listado *Verdeutschung* que su noción de *Urbild* es la de *ideal* (en latín). Sin embargo, en este caso la decisión del equipo de traducción no se tomó a la ligera y ha seguido un criterio más pragmático que lingüístico, ya que también barajó (y descartó) la opción de «imagen originaria» que quizá hubiera sido más capaz de evocar el estilo de Krause. Artola y Pérez, por cierto, optan por «arquetipo» o «arquetípico», aunque también

por «ideal»[7]. Entre otras opciones de traducción, es destacable la del término *Urwesen* como «Ser originario», esto es, ateniéndonos a su traducción más literal. Nos separamos con esto del uso establecido por el mismo Sanz del Río hasta nuestros días de traducir dicho término como «Ser supremo», que ciertamente incide en el sentido que le da Krause, en la medida que es la instancia que alude a la idea de Dios que trasciende a la naturaleza y a la razón[8]. Nuestra opción se basa en que el mismo Krause en esta obra explicita esa relación entre lo originario (*Ur-Wesen*) y lo más alto o supremo (*Höchst-Wesen*). Cabe decir que esta concepción de lo originario permea muchos términos de la filosofía krausiana. En la mayoría de los casos hemos optado por la traducción literal, lo que no resta a que el texto deje ver por sí mismo esta implicación entre originario y supremo. La excepción principal a este criterio es el término *Urbild*, por las razones expuestas ya anteriormente.

En lo que se refiere a las palabras compuestas, es cierto que abundan por toda la obra: *all-* (*allgesellig, allgestaltig, allliebend*), *selbst-* (*selbstig, selbsttätig, Selbstwerk*), *erst-* (*erstwesentlich*), *ur-* (*Urbild, Urbegriff, urkräftig*), etc. Nuestro método consistía en dar cuenta de todos los componentes que integran estos términos compuestos. Como es lógico, los sistemas lingüísticos alemán y español no coinciden en este aspecto y hay que recurrir a otras formas, como la perífrasis, o, en el mejor de los casos, en términos acuñados correspondientes. En ocasiones, hemos creado también algún neologismo que pueda ser capaz de reflejar la intención del autor, por ejemplo, y, en la medida de lo posible, emplear prefijos existentes que puedan significar lo mismo o algo parecido, por ejemplo «omni» para los compuestos con *all* («omniabarcante», «omniforme», etc.).

---

[7] Krause (T 1986), pp. XLVII-XLVIII.

[8] También considera Sanz del Río la traducción como «Ser primero», quedando en cambio como dominante la de «Ser supremo»: Cfr. Orden (1998), 29 s.; 72.

Conclusiones

No es fácil afrontar la tarea de traducir un texto filosófico y, como cualquier propósito traductor, a veces hay que tomar decisiones que atañen a toda la obra. Siempre existe la tensión de los dos modelos en la traducción de textos filosóficos (fidelidad hacia el autor *versus* naturalidad en la lengua de llegada), y la balanza siempre se inclina en uno de los dos lados. Somos conscientes de que seguirá habiendo variedad de interpretaciones, pero, al menos, nuestra traducción sirve para brindar al público hispanoparlante una obra emblemática del krausismo que ha sido muy referenciada en España, pero poco leída en su versión íntegra.

ANDREA SCHÄPERS y RICARDO PINILLA BURGOS

[Nota de los editores]:

Sobre las notas a pie de página: Las notas originales de Krause se señalan con asterisco y las notas de los editores van numeradas.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Obras de Karl Christian Friedrich Krause

Krause (1810), *Die drei ältesten Kunsturkunden der Freimaurerbrüderschaft, mitgetheilt, bearbeitet und durch eine Darstellung des Wesens und der Bestimmung der Freimaurerei und der Freimaurerbrüderschaft, sowie durch mehrere liturgische Versuche, erläutert vom Br. Karl Christian Friedrich Krause, der Zeit Redner der beiden vereinigten gerechten und vollkommnen Logen zu den drei Schwerdtern und den wahren Freunden zu Dresden. Mit III Kupfertafeln*. Dresden, Arnoldischen Buchhandlung.

Krause (1811), *Das Urbild der Menschheit. Ein Versuch von Karl Christian Friedrich Krause, Doktor der Philosophie und Mathematik. Vorzüglich für Freimaurer*. Dresden, Arnoldische Buchhandlung.

Krause (1811[a]), *Tagblatt des Menschheitlebens herausgegeben von Karl Chr. Fr. Krause, Doktor der Philosophie und Mathematik. Erster Jahrgang. Erstes Vierteljahr für die Monate Januar, Februar, März 1811 nebst einem literarischen Anzeiger*. Dresden, Arnoldische Buchhandlung und bei dem Herausgeber.

Krause (1819), *Das Urbild der Menschheit. Ein Versuch von Karl Christian Friedrich Krause, Doktor der Philosophie und Mathematik*. Zweite wohlfeilere Ausgabe. Dresden, Arnoldische Buchhandlung.

Krause (1851), *Das Urbild der Menschheit. Ein Versuch von Karl Christian Friedrich Krause. Doktor der Philosophie und Mathematik*. Zweite unveränderte Ausgabe. Göttingen, Dieterichsche Buchhandlung.

Krause (1881), *Das Ideal der Menschheit. Nach C. Chr. Fr. Krause's Schrift «Das Urbild der Menschheit» von Alfred Cleß*. Stuttgart, Verlag von Karl Krabbe.

Krause (1893), *Der Erdrechtsbund an sich selbst und in seinem Verhältnisse zum Ganzen und zu allen Einzeltheilen des Menschheitlebens. Von Karl Christian Friedrich Krause*. Aus dem handschriftlichen Nachlasse des Verfassers herausgegeben von Dr. Georg Mollat. Leipzig, Otto Schulze.

Krause (1903), *Das Urbild der Menschheit. Ein Versuch von Karl Christian Friedrich Krause, Doctor der Philosophie und Mathematik*. Aufs neue herausgegeben von Dr. Paul Hohlfeld und Dr. August Wünsche. Dritte durchgesehene Auflage. Leipzig, Dieteriche Verlagsbuchhandlung Theodor Weicher.

Krause (1903ª), *Der Briefwechsel Karl Christian Friedrich Krauses zur Würdigung seines Lebens und Wirkens*. Aus dem handschriftlichen Nachlasse herausgegeben von Dr. Paul Hohlfeld und Dr. August Wünsche. Leipzig, Dieterichsche Verlagsbuchhandlung Theodor Weicher.

Krause (1981), *Vorlesungen über das System der Philosophie. Unveränderter Nachdruck der Ausgabe Göttingen 1828 mit einem neuen Vorwort und Anmerkungen von Siegfried Pflegerl*. Herausgegeben von Siegfried Pflegerl. Breitenfurt.

Krause (2003), S. Pflegerl, *K. C. F. Krauses Urbild der Menschheit. Richtmaß einer universalistischen Globalisierung. Kommentierter Originaltext und aktuelle Weltsystemanalyse*. Frankfurt am Main, Berlin, Bern, Bruxelles, New York, Oxford und Wien, Peter Lang.

Krause (2007), *Ausgewählte Schriften*, Herausgegeben von Enrique M. Ureña und Erich Fuchs, *Band I, Entwurf des Systems der Philosophie. Erste Abtheilung enthaltend die allgemeine Philosophie, nebst einer Anleitung zur Naturphilosophie*. Neudruck der Ausgabe Jena und Leipzig 1804. Herausgegeben und eingeleitet von Thomas Bach und Olaf Breidbach. Mit einem Vorwort und einer Einführung in Krauses Gesamtwerk sowie einem Verzeichnis von K. C. F. Krauses Werken von Erich Fuchs und Enrique M. Ureña. Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog.

Krause (2009), *Ausgewählte Schriften*, Herausgegeben von Enrique M. Ureña und Erich Fuchs, *Band II. Philosophisch-freimaurerische Schriften (1808-1832)*. Herausgegeben und eingeleitet von Jo-

hannes Seidel, Enrique M. Ureña, Erich Fuchs und Pedro Álvarez Lázaro. Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog.

Krause (2018), *Ausgewählte Schriften*. Herausgegeben von Enrique M. Ureña, Pedro Álvarez Lázaro und Ricardo Pinilla Burgos, *Band V: Das Urbild der Menschheit. Ein Versuch. Dresden 1811*. Herausgegeben von Enrique M. Ureña, Pedro Álvarez Lázaro, Ricardo Pinilla Burgos, José Manuel Vázquez-Romero und Andrea Schäpers. Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog.

Traducciones de obras de Krause

Krause (T 1860), *Ideal de la humanidad para la vida, con introducción y comentarios por D. Julián Sanz del Río, Catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad central*. Madrid, Imprenta de Manuel Galiano.

Krause (T 1871), *Ideal de la humanidad para la vida, con introducción y comentarios por D. Julián Sanz del Río*. Segunda edición. Madrid, F. Martínez García.

Krause (T 1873-1875), *L'ideale dell' Unmanità. Saggio di Carlo Cristiano Federico Krause, dottore di filosofía e matemática*. Traduzione del Tedesco con introduzione e note per Giuseppe Giuliani, (Trani)» [Publicación no constatada].

Krause (T 1881), *O Ideal da Humanidade para a vida*. Traduçao de J. A. Freitas, Buenos Aires, com introduçao de Eduardo Perié [Según G. Veiga, «A doutrina de Krause», en: *Revista Brasileira de filosofia*. Abril-Maio-Junho, Vol. XXXI, Fasc. 122, 1981, p. 115]; y A. Ferrera Paim, «El krausismo brasileño», en: VV AA (1989), *El krausismo y su influencia en América Latina*. Fundación Friedrich Ebert e Instituto Fe y Secularidad, Madrid, p. 92.

Krause (T 1900), *The Ideal of Humanity and Universal Federation. A Contribution to Social Philosophy*. Edited in english by W. Hastie, D. D., Professor of Divinity, University of Glasgow. Edinburgh, T. & T. Clark.

Krause (T 1904), *Ideal de la Humanidad para la Vida. Traducción de D. Julián Sanz del Río*. Nueva edición económica con permiso de los testamentarios. Tomo primero. Madrid, Biblioteca Económica Filosófica. Volumen LXX.

Krause (T 1904²), *Ideal de la Humanidad para la Vida. Traducción de D. Julián Sanz del Río.* Nueva edición económica con permiso de los testamentarios. Tomo segundo. Madrid, Biblioteca Económica Filosófica. Volumen LXXI.

Krause/ J. Sanz del Río (T 1985), *Ideal de la Humanidad para la vida.* Orbis, Barcelona.

Krause (T 1986), *Ciencia universal pura de la razón o iniciación a la parte principal analítica de la estructura de la ciencia.* Traducción de J. M. Artola y M. F. Pérez con estudio introductorio. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Krause (T 1992, 1ª edic.; 1997, 2ª edic.), *El «Ideal de la Humanidad» de Sanz del Río y su original alemán. Textos comparados con una introducción.* E. M. Ureña, J. L. Fernández Fernández y J. Seidel. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Krause (T 1996), *Las habilitaciones filosóficas de Krause. Con estudio preliminar y notas.* R. V. Orden Jiménez (Ed.). Traducción del latín de Luis y Carlos Baciero, Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Krause / J. Sanz del Río (T 1999), *Ideal de la Humanidad para la vida.* Barcelona, Folio.

Krause / J. Sanz del Río (T 2002), *Ideal de la Humanidad para la vida.* Barcelona, Folio.

Krause (T 2020), *Karl Christian Friedrich Krause: La educación masónica. Escritos.* P. Álvarez Lázaro y J. M. Vázquez Romero (Eds.). Traducción y revisión de E. M. Ureña, A. Schäpers y los editores. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Krause (T 2021), *Ideal de la Humanidad para la vida.* Madrid, Verbum.

Otra bibliografía citada

Ahrens, H. (1841), *Curso de Derecho Natural o de Filosofía del Derecho, formado con arreglo al estado de esta ciencia en Alemania*, traducido y aumentado con notas y una tabla analítica de

materias por orden alfabético por Ruperto Navarro Zamorano. Madrid, Boix editor.

Álvarez Lázaro, P. (1996, 1ª edic.; 2019, 5ª edic.), *La masonería, escuela de formación del ciudadano. La educación interna de los masones españoles en el último tercio del siglo XIX.* Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Álvarez Lázaro, P. (coord.) (2020), *Los límites del Estado. Una revisión krausista con proyección en Iberoamérica.* Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Anónimo (1812), «Dresden, in d. Arnold. Buchh.: *Das Urbild der Menschheit.* Ein Versuch *von Karl Christian Freidrich Krause*, Dr. der Philosophie und Mathematik. Vorzüglich für Freymaurer. 1811 XX und 552 S gr. 8. (3 Rthlr.)», en: *Allgemeine Litteratur-Zeitung*, Band 3., num. 254, den 16. Oktober 1812, S. 337-345; num., 255, den 17. Oktober 1812, pp. 345-347.

Anónimo (1843), *Die schönsten und wichtigsten Stellen aus Krause's Urbild der Menschheit. Aus dem Vorläufer für 1843.* No. 19 – 22 besonders abgedruckt. Schaffhausen, Brodmann'sche Buchhandlung.

Ferrera Paim, A. (1989), «El krausismo brasileño», en: V.V. A. A., *El krausismo y su influencia en América Latina.* Madrid, Fundación Freidrich Ebert, Instituto Fe y Secularidad, pp. 83-98.

Hohlfeld, P. (1879), *Die Krause'sche Philosophie in ihrem geschichtlichen Zusammenhange und in ihrer Bedeutung für das Geistesleben der Gegenwart.* Von der Philosophischen Fakultät der Universität Jena gekrönte Preisschrift. Jena, Hermann Costenoble.

Orden Jiménez, R. V. (1996), *Las habilitaciones filosóficas de Krause. Con estudio preliminar y notas.* Traducción del latín de Luis y Carlos Baciero. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Orden Jiménez, R. V. (2007), «Pflegerl, Siegfried, *K. C. F. Krauses Urbild der Menschheit. Richtmass einer universalistischen Globalisierung. Kommentierter Originaltext und aktuelle Weltsystemanalyse* (Peter Lang, Frankfurt am Main, 2003). 551 pp., 21 × 14,5 cm., ISBN: 3631506945», en: *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, Vol. 63, núm. 235, pp. 165-166.

Orden Jiménez, R. V. (1998), *Sanz del Río: traductor y divulgador de la Analítica del sistema de la filosofía de Krause*. Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra.

Pinilla, R. (2010), «Krausismo y humanismo: la idea de Humanidad en la filosofía de Krause», en: Pedro Aullón de Haro (Ed.), *Teoría del Humanismo VII*. Madrid, Editorial Verbum, pp. 151-174.

Ureña, E. M. (1988), «El fraude de Sanz del Río o la verdad sobre su 'Ideal de la Humanidad'», en: *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, núm. 173, vol. 44, pp. 25-47.

Ureña, E. M. (1991), *Krause, educador de la Humanidad. Una biografía*. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Ureña E. M., Fernández Fernández, J. L., Seidel, J. (1992, 1ª edic.; 1997, 2ª edic.), *El «Ideal de la Humanidad» de Sanz del Río y su original alemán. Textos comparados con una introducción*. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Ureña E. M. (1993), *Cincuenta cartas inéditas entre Sanz del Río y krausistas alemanes (1844-1869). Con introducción y notas*. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Ureña, E. M. (1999), «El krausismo como fenómeno europeo», en: Ureña, E. M., Álvarez Lázaro, P. (Eds.), *La actualidad del krausismo en su contexto europeo*. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas, pp. 15-35.

Ureña, E. M. (2001), *Philosophie und Gesellschaftliche Praxis: Wirkungen der Philosophie K. C. F. Krauses in Deutschland (1833-1881)*. Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog.

Ureña, E. M. (2002), *El Krausismo alemán. Los Congresos de Filósofos y el Krausofröbelismo*. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Ureña, E. M. (2007), *Die Krause-Rezeption in Deutschland im 19. Jahrhundert. Philosophie – Religion-Staat*. Stuttgart-Bad Cannstatt, Frommann-Holzboog.

Ureña, E. M., Vázquez-Romero, J. M. (Eds.) (2003), *Giner y los krausistas alemanes. Correspondencia inédita. Con introducción, notas e índices*. Madrid, Instituto de Metodología e Historia de la Ciencia Jurídica de la Universidad Complutense.

Vázquez-Romero, J. M. (1998), *Tradicionales y moderados ante la difusión de la filosofía krausista en España*. Madrid, Colección del Instituto de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería (LKM), Universidad Pontificia Comillas.

Wernicke, A. (1903), recensión de la edición de 1903 de *Das Urbild der Menschheit* en: *Deutsche Literaturzeitung*, n.º 38, 19 de septiembre, 2299.

Das

Urbild der Menschheit.

Ein Versuch

von

Karl Christian Friedrich Krause,
Doktor der Philosophie und Mathematik.



Vorzüglich für Freimaurer.

Dresden, 1811.
in der Arnoldischen Buchhandlung.

EL
IDEAL DE LA HUMANIDAD

Un ensayo

de

Karl Christian Friedrich Krause

Doctor en Filosofía y Matemáticas

Preferentemente para masones

Dresde, 1811

Librería de Arnold

Pensar y sentir a Dios es el más preciado tesoro del hombre. En la armonía del espíritu y del ánimo se le hace Dios presente para que viva bajo su luz y su amor. Por la fuerza de Dios florece toda unión; Dios consolida los lazos íntimos de las familias y fundamenta la fuerza y el poder de los Estados. En la intuición de Dios se forma la ciencia, en ella nace, en ella permanece y a ella vuelve. El entusiasmo del artista es divino; Dios y lo divino son la esencia del arte auténtico. El hombre verdadero debe la dignidad de su vida, la plenitud de su obrar a su capacidad de mantener la intimidad con Dios en espíritu y ánimo. Solo por medio de Dios son concebibles, tanto al entendimiento infantil como al pensar adulto, la armonía interna de la razón y la naturaleza y la unión del alma y del cuerpo. El trato interno del hombre con Dios, la religión, es avivado ahí donde Dios es el pensamiento originario que da alma a todo, donde su amor supone la vida más íntima del ánimo; la religión congrega a los hombres en *una* alianza de la vida con Dios. [3]

Cuando la intuición suprema de Dios como la idea originaria es acogida en el ánimo y se arraiga profundamente en el corazón, despierta el amor y, bajo su luz, se revela la comprensión de la naturaleza de las cosas y la alegría de vivir. El convencimiento de la existencia de Dios no se obtiene mediante prueba doctrinal proporcionada por verdades más elevadas, pues este convencimiento es la primera verdad, presente al espíritu en visión inmediata, principio y contenido originario de toda verdad, del mismo modo que el amor de Dios constituye la vida original del ánimo. La fe del corazón puro no teme el examen del entendimiento, porque conocimiento y sentimiento [4]

son *uno*, igual que la luz y el calor. La fe vive contemplando lúcidamente la verdad suprema y total que abarca toda verdad en armonía global; y por este motivo, la comprensión coincide con la auténtica fe, y en cada espíritu vive indestructiblemente la intuición suprema de Dios, y en el organismo del conocimiento la fe misma se esclarece y se refuerza, y en la armonía de la fe y del saber se hace Dios nuevamente presente al hombre. ¡Feliz el hombre y feliz la humanidad que han alcanzado la armonía del ánimo y del espíritu, de la religión y de la vida! Solo en esa armonía pueden colmar su destino. Solo aquel, que goce en su interior de una parte de aquella armonía y que participe con amor verdadero en la humanidad y unido a ella como hombre completo, puede aspirar a tener voz, con la conciencia alegre, en los asuntos de la humanidad.

Como nosotros, en armonía del entendimiento y del corazón, sentimos y reconocemos a Dios y lo vislumbramos por medio de sus obras, deseamos renovar en nosotros su recuer-
[5] do, y prepararnos de esta forma para la intuición de la humanidad y de su vida, a fin de reconocer su esencia eterna y dibujar dignamente su ideal al que podamos seguir también nosotros durante nuestra vida.

¡Y así comenzamos con Dios!

El ánimo lo siente y el espíritu lo reconoce: Hay *un* Ser originario, infinito y eterno: Dios; y el mundo con todos sus seres internos y sus armonías internas es divino, una obra digna y a semejanza de Dios. De la abundancia del poder, de la sabiduría y bondad eternos procede todo lo que es; todo en su mundo es digno de Dios y lo será. Por este motivo, cada criatura es autónoma, esencial para el todo e incorruptible por su propia naturaleza; ella incorpora de un modo propio la semejanza divina. Todo es y vive en, con y por medio de Dios. Ningún ser es Dios, excepto Dios solo. Pero lo que Dios creó eternamente, lo creó en sí mismo, incorruptible y a su semejanza. El mundo no existe fuera de Dios, porque Él es *todo* lo que hay: tampoco es Dios mismo, sino que existe en y por medio de Dios. Lo que creó Dios en secuencia eterna, sin tiempo y por encima de

todos los tiempos, revela, viviendo y perpetuando su existencia eternamente y por todos los tiempos, lo esencial heredado de modo ancestral de Dios adoptando constantemente formas nuevas; y Dios, en tanto que es por encima de todos sus seres, antes y por encima de todos los tiempos, actúa de modo perpetuo en la vida de todas las cosas, la cual existe eternamente en, con y por medio de Él como *una* vida global. El mundo está perpetuamente sometido al poder del Creador; y Él nunca deja de amar, conservar y modelar su obra.

Dios es este Ser originario uno infinito, pero cada ser en [6]
Él es finito y limitado. Mas ser finito no significa ser malo, ser limitado no significa ser imperfecto. Porque todos los seres participan en el ser de Dios e imitan la perfección global de Dios en sus límites; sin embargo, para poder participar en Él de una manera propia, son en forma, límite y acotación determinados. De ningún modo, esto corrompe lo divino en ellos; sino que por ello ganan en particularidad, belleza y fuerza. Configurarse de modo armónico dentro de estos límites y vivir una vida divina en ellos, es el destino originario de cada ser. La tranquila planta con su riqueza de formas, el alegre animal lleno de vida, cada ser que tenga salud en su interior ama la limitación de su naturaleza y la figura que recibe por la plenitud de la fuerza suprema interna; y vive en pura inocencia según la ley de Dios. También el hombre, en estado de inocencia, o habiendo regresado al mismo tras librar luchas internas, ama la limitación de su ser y quiere llenarla de vida y conformarla con belleza, para anunciar en palabra y obra la semejanza divina que le es propia por medio de la creación. El hombre siente y ama la belleza; la belleza empero es lo divino de la forma, y en las figuras hermosas se reflejan Dios y la ley de su universo. Las formas del espíritu y cuerpo del hombre son las más ricas, las más versátiles e íntimas de todas, y por eso son las que, de entre todo lo bello, son capaces de las más abundantes y profundas armonías y la belleza más perfecta. Honrarse y amarse [7]
a sí mismo y a todos los seres en la limitación de su naturaleza finita es inseparable del modo de sentir religioso. Valoramos a

todos los seres en su calidad de miembros consustanciales de aquella creación infinita; y en la forma y la vida características de cada cosa reconocemos al Dios presente, quien se refleja en cada una de sus criaturas y, de esta forma, atrae al hombre hacia Él. También el tiempo es honrado por un espíritu religioso, porque constituye la forma de vida de los seres finitos y de su armonía. Los límites de cada ser son, considerados en sí, capaces de adoptar formas de una riqueza infinita; sin embargo, cada ser no puede acoger a todas las formas a la vez y llevarlas en sí, porque cada una excluye a la otra debido a que sus destinos son contrapuestos. El lactante tiene una forma determinada de vivacidad y belleza, el niño otra, y otras diferentes el muchacho, el hombre y el anciano. Cada forma, a su modo, es una expresión completa de la vida y de la belleza; es el mismo hombre que las lleva todas en sí, sucesivamente, pero que, pensadas en su todo y en el mismo momento, se excluyen mutuamente. Mas solo en la coexistencia real y permanente de todas las formas que cada ser en sí puede adoptar, reside la perfección de su naturaleza y toda su semejanza a Dios; solo ese mismo hombre, pensado como lactante, niño, muchacho, hombre y anciano, ofrece la imagen del hombre en sí. A fin de que los seres pudieran unir la determinación característica de la forma y de la vida con la perfección y omnidireccionalidad de las mismas, y así, cada uno a su modo, pudiera recibir toda la semblanza divina, Dios les otorgó configuración continua e in-
[8] finita, y vida en el tiempo; en la cual cada criatura, conforme a la armonía divina del mundo, se transforma, en bello orden, de una forma a la siguiente, hasta que colma su esencia completa dentro de todos sus límites, cierra el círculo de su vida temporal y, en este mismo momento, comienza uno nuevo. Así, la vida de todo ser en sí solo es un momento, una coexistencia real de todo lo que en él es digno y divino.

Y de esta forma, al hombre religioso cada ser le aparece en genuina inocencia, plenitud y alegría, estando a la par con él en Dios. En todas las cosas resplandecen a su ojo puro la forma elemental del universo, la unidad, la pluralidad y la ar-

monía; las vuelve a encontrar en las formas de su vida interna y externa, y ama en ellas el testimonio del amor divino, los rasgos elementales de la belleza originaria. Se proclama bienaventurado por haber recibido un ojo y un oído espirituales, para sentir y conocer de qué forma Dios se muestra a sí mismo amorosamente en todas sus criaturas y convierte a cada ser en un monumento permanente y elocuente de su sabiduría y bondad. Y cuando sonidos de la gran armonía universal alcanzan, ruda y disonantemente, su oído, entonces sabe y cree, incluso desde el dolor, que se resuelven bellamente en la sinfonía de toda vida, aunque su resolución se encuentre más allá de la perceptibilidad de su oído. ¿Quién dudaría de que Dios aviva y rige el mundo según leyes eternas e inamovibles y que siempre logra su obra tanto en lo más grande como en lo más pequeño?

Ya sea que nuestra mirada goce de la plenitud vital de la naturaleza o la volvamos a dirigir hacia el santuario interno [9]
del espíritu, la elevemos a Dios o la dejemos reposar sobre el mundo y la humanidad, en todo hallamos *un* orden divino y las mismas leyes. Los seres no existen simplemente alineados unos junto a otros y viviendo solitariamente, sino que viven en sociabilidad omnilateral, luchando y amando. No todas las esferas del ser alcanzan inmediatamente a Dios; porque se contraen formando esferas cada vez más estrechas y conforman *un* gran organismo del mundo, en el que los miembros están dispuestos unos junto a otros, o bien uno debajo del otro, como ocurre también en el cuerpo orgánico. Contemplar este gran organismo del mundo, la vida característica y el lugar de cada uno de sus miembros y su vida de intercambio omnilateral, supone comprensión y ciencia; honrarse a sí mismo como miembro del mismo en su lugar correspondiente, amar el *todo* y a uno mismo en él y querer y vivir según las leyes de la salud del *todo* y de cada uno de sus miembros, es sabiduría y virtud. También la esfera vital del hombre está subordinada; existen otras y superiores entre él y Dios. Sin embargo, no por ello lo subordinado es lo inferior, no pierde nada de su plenitud vital y su dignidad. El hombre depende de las esferas vitales exter-

nas y está unido a ellas en sociedad. Pero en la vida en unión no sucumbe lo singular de los seres que se compenetran por la fuerza de Dios; es más, su singularidad y libertad se transfigura y contribuye a crear una esfera vital superior, que representa,
[10] en los seres unidos, la imagen de Dios de modo más completo e íntimo. De este modo, el universo constituye un todo orgánico rico en miembros libres y autónomos, en el que todos los miembros se encuentran omnilateralmente bien ordenados y unidos, dignos de su creador. También el cuerpo humano es una imagen digna, a su modo completa, igual al universo; un espíritu religioso lo ha llamado con razón el pequeño mundo.

La mirada ecuánime de cada hombre puede reencontrar los números fundamentales del cosmos y las condiciones fundamentales de su vida en la experiencia externa e interna, y siempre las ha encontrado. Lo que es el fundamento de toda ciencia verdadera y el resultado con frecuencia frustrado de la más profunda metafísica, se presenta de forma abierta y pura al ojo que quiere ver. La razón y la naturaleza son, después de Dios, lo primero, lo superior y más amplio que contemplamos; y experimentamos que estas dos esferas vitales se compenetran vivamente y de modo múltiple. La unión más íntima de la razón y la naturaleza la vemos en el ser humano, en el cual las obras más íntimas de ambas, el espíritu y el cuerpo, conviven constantemente. La naturaleza anuncia al espíritu su vida y su amor y belleza en los sentidos, y este se apropia de sus mensajes internamente y en fantasía vivaz, y los devuelve a la naturaleza, a través de la belleza espiritual libre y de modo glorificado, en las obras de arte. La naturaleza tampoco recibe las obras, el amor y la belleza del espíritu de modo descuidado ni desagradecido; al que explora descubre sus secretos, y al que busca revela la plétora de sus bienes. El buen sentido religioso del hombre reconoce en la razón y la naturaleza, cuya
[11] vida recibe fluyendo desde todos los lados, ambos hemisferios supremos del mundo mismo, tal y como están en Dios, alegre y poderosamente, como imagen y semejanza reales de Dios. Al hombre, que vive fiel a su propia naturaleza, la naturaleza

le es tan sagrada, digna y divina como la razón; el cuerpo le es tan caro y merecedor de los mismos tiernos cuidados como el espíritu. Su ojo puro está abierto en la misma medida a toda la vida y a toda la belleza en la naturaleza y en la razón; ambas le conmueven y animan con la misma intensidad y, por su armonía, en lo más íntimo; su sentido moral y su amor por la justicia se despliegan a favor de todo lo vivo y bello que le rodea. La vida de la razón no le parece arbitrio sin ley, ni la vida de la naturaleza necesidad inerte; en ambos reconoce la libertad y belleza divinas. Aunque solo es consciente de la libertad moral de la razón en el reino de las ideas mismas, encuentra y honra, en las obras elevadas y tiernas de la naturaleza, una libertad no menos divina, aún no nombrada, de la naturaleza, como reino orgánico de lo individual. Auténticamente religiosa es la alegría que siente el hombre en su amor por la naturaleza y en el trato de la vida con ella; y honrosa es para el espíritu la delicada atención y el cuidado hacia el cuerpo con los que da respuesta a la bondad de la naturaleza. De este modo, Dios, la razón y la naturaleza se muestran, en su independencia y en su interacción, como las esferas supremas de los seres y de la vida; y la independencia, la contraposición con el ser superior y con el ser congénere, y la unión de esta contraposición en una interacción armónica se muestran como las formas fundamentales del cosmos y de toda belleza. [12]

El hombre religioso conserva también sentido puro y fe en la interacción de Dios con el mundo y con cada una de sus criaturas, preferentemente con el ser humano, su obra maestra; cree en el trato de las criaturas con Dios, sin violentar, por medio de vanas creencias en milagros, la contemplación del eterno orden del mundo y la belleza libre e imborrable de las criaturas. Dios no ha concluido su obra en el tiempo, y tampoco la ha depositado como algo acabado fuera de sí mismo; en todo momento mantiene el mundo en su mano, su ojo reposa sobre él con agrado, y cada vez nuevas corrientes de vida, de amor y de belleza se vierten en su interior y penetran todas sus partes vivas. Con esta convicción, el hombre religioso vive

con Dios, consigo mismo y con todas las cosas, en amorosa amistad, sereno y alegre; se configura a sí mismo, imitando a Dios, en vida y belleza; quiere merecer el amor de Dios, es consciente de las influencias superiores con serenidad y calma del ánimo, sin declararse digno de las mismas ni vanagloriarse de ellas.

¿Tendremos derecho a encontrar en la dignidad de nuestro proyecto la disculpa para confesar en voz alta las convicciones y sentimientos del hombre religioso y hacer públicos los santuarios del ánimo? Amamos a nuestros congéneres, honramos al género vivo como el más grande y el más prolífico en obras, y, de entre todos sus predecesores, el más susceptible para todo lo sublime y lo hermoso. Lo que decimos es justo como
[13] lo creemos lo que le debemos y lo que nos ha enseñado. ¿Por qué no confesar en voz alta a tales contemporáneos de lo que rebosa el corazón? ¿Por qué ocultar algo de lo que creemos que es beneficioso que se diga? Así nos atrevemos a exponer aun nuestras convicciones fundamentales más íntimas acerca de la razón, la naturaleza y la armonía de las mismas entre ellas y con Dios.

La razón y el reino de los espíritus

El espíritu reclama tener luz sobre su propia esencia, contemplarse a sí mismo en él mismo como en un espejo. Todo conocimiento, toda virtud parte de la autoobservación y del autoconocimiento. Recordar los aspectos principales del autoconocimiento y de la autoobservación y, con ello, contemplar el espíritu puro en sí mismo, sería el siguiente cometido. El espíritu es capaz de contemplarse y formarse a sí mismo; es consciente de sí mismo, puede elevar cada una de sus acciones para que sean objeto de acciones aún más elevadas, puede dominarse y regirse a sí mismo. Reconoce la actividad libre como su esencia, y la conciencia como la forma característica

de aquella. Cuando las actividades subordinadas del espíritu actúan individualmente, muchas, incluso la mayoría, existen en las profundidades del espíritu sin que lleguen a la conciencia en forma singular. Solo cuando el espíritu mismo con toda su actividad superior interviene en sus actividades subordinadas, se produce conciencia, y cuando se contempla en ellas y en la obra misma, se produce autoconciencia. Cuanto más íntimamente profundiza un espíritu en su obra y en el crear, tanto [14]
más actúa sin conciencia; y aunque la conciencia es continua e ininterrumpida, la autoconciencia solo despierta en la reflexión, y cuando la visión de la obra lograda sorprende al espíritu.

Cada espíritu es consciente de tener ideas, de igual modo que percibe en sí mismo un mundo espacial y corporal que le es singular. Y el que se observa a sí mismo, encontrará que, inicialmente, toda su actividad espiritual únicamente se ocupa de contemplar estos dos mundos internos y de ponerlos en armonía recíproca. Pues, por un lado, el espíritu aspira a conocer la verdad y configurarla pluralmente como ciencia. Cada ciencia trae a la conciencia alguna idea con sus ideas subordinadas, en cuanto conecta la contemplación de la idea con una creación continua de figuras individuales, que sirven para esclarecer y configurar la idea. De este modo, la ciencia natural desarrolla la idea de la naturaleza en su organismo interno, en tanto que muestra a la misma en determinados hechos de la naturaleza, escogidos y formados según la idea; y la *mathesis* se sirve de determinadas figuras y esquemas para poner a la luz las ideas puras de las formas de todas las cosas. Por otro lado, frente a la verdad y la ciencia, el espíritu forma lo individual a partir de las ideas en el mundo natural interno rebosante de vida; él poetiza. Mientras al producirse la ciencia, las ideas rigen lo individual, por el contrario, en la poesía interna, lo individual rige la idea; y así como en la primera, lo individual sirve para esclarecer la idea, así, en la [15]
segunda, la idea sirve para avivar y embellecer lo individual. El espíritu poético, o bien desea crear lo individualmente bello,

una obra de la poesía interna del espíritu, en la cual también toda obra artística representada en el exterior ha de recibirse primero; o bien desea crear algo libremente vivo según las leyes internas del mundo natural interno. Y lo que el espíritu en su interior conoce y crea, lo une, y se deleita en él en un juego de vida espiritual libre y grácil, en momentos en los que no pretende comprender determinadas ideas ni formar algo individual determinado. Este entretenimiento libre y autoactivo del espíritu consigo mismo es más íntimo, rico y bello cuanto más sabe el espíritu de ciencia y arte interna y cuanto más comprende y crea. El espíritu es actividad pura y solo la actividad es la que pertenece al espíritu mismo cuando conoce, crea o se ocupa consigo mismo de forma armónica. Mas las ideas y el mundo de lo individual natural en la razón son los objetos que siempre están abiertos a su actividad; ambos aparecen subordinados al espíritu para poder ser puestos por él en una vida de intercambio constante. El espíritu no puede crear ni las ideas ni lo corporalmente individual del mundo de la fantasía, ni tampoco prescribir leyes para ellos; ya encuentra a ambos existiendo, con todo su orden y organización inalterables y eternos. La ciencia, al formar y secuenciar sus observaciones, ha de seguir fielmente e imitar el orden y la concatenación
[16] eternos de las ideas; no debe añadirles nada, no eliminar nada, no modificar nada en ellas; solo puede contemplar y hacer intuible la idea por medio del mundo de las imágenes que le corresponde; reconoce la idea tal y como es, eterna antes de todo conocimiento; y solo de este modo concibe la verdad. El mundo de las ideas existe eternamente sin intervención del espíritu, cada idea en sí es infinita, y todas las ideas conforman un todo infinito abierto hacia todos los lados; ni en un tiempo sin fin, el reino de los espíritus entero puede agotar el mundo de las ideas de forma omnilateral y llevarlas a la conciencia. Cualquiera que haya profundizado tan solo en una ciencia, entenderá sin duda nuestro punto de vista. Como tampoco el mundo interno de lo individual concebido por la fantasía es creado por el espíritu o sometido por él a nuevas leyes. Viene

a la conciencia en sueños, en el deleite, en la profundización espiritual de cada hombre conocedor y poeta, a saber, de forma pura y separada de todos los objetos externos, y obedece en ello a sus propias leyes. Si el espíritu no pudiera moverse libremente en ese mundo y conducir sus productos según las ideas, tampoco sería posible reconocer la naturaleza y actuar en ella; porque las imágenes que reciben los sentidos externos entran a través de este mundo interno de la fantasía para llegar ante el espíritu. También, en ciertos estados, el espíritu puede mirar simplemente la vida libre de este mundo natural interno para recrearse en ella, o bien porque precisamente no puede intervenir de modo autoactivo. Esto sucede en el juego involuntario de las imágenes que se presentan espontáneamente, en un estado medio dormido, y cuando el espíritu se abandona [17]
voluntariamente al juego libre de los pensamientos; entonces las imágenes e ideas que van pasando con alegre colorido se llaman a sí mismas, se acompañan, se configuran y se expulsan. En el mismo poeta, en el que las imágenes son dominadas por las ideas, y en las construcciones de la ciencia, siempre están presentes las leyes internas de las configuraciones individuales y toman parte en cada obra del espíritu.

La experiencia inmediata en sí mismo le enseña a cada espíritu la unidad e indivisibilidad de su ser; un sentimiento fundamental expresa la unidad de toda actividad espiritual. Pero la actividad una del espíritu contiene un organismo de varias actividades subordinadas, que se reparten simétricamente en la creación de la armonía de las ideas producida por el espíritu y en el mundo de lo individual. Las actividades particulares más elevadas del espíritu son el entendimiento, en el sentido más noble de esta palabra polisémica, y la fantasía, y por encima de ambas, gobernando y guiándolas, está lo que generalmente se denomina razón. Esta no se debe confundir con aquel hemisferio del mundo, opuesto a la naturaleza, que hemos identificado con el mismo nombre. Ninguno de estos tres poderes está nunca solo, sino que los tres están simultáneamente activos en cada momento, tanto en el conocimiento, como en la creación

poética, como también en el libre trato del espíritu consigo mismo; solo que, a veces y alternativamente, uno domina al otro y, en ocasiones, se produce una bella armonía de los dos primeros, dependiendo de *si en ese* momento se trata de ciencia, de creación poética o de libre conversación armoniosa del
[18] espíritu. En todo caso la razón debe guiar al entendimiento y a la fantasía y ponerlos en bella y buena relación. *No siempre* cada una de estas actividades *alcanza* la autoconciencia. *Encadenarse a sí mismo* en la conciencia y desatarse de ella, en el tiempo adecuado y para la obra adecuada, constituye una parte elevada de la autoeducación.

Los hombres exigen de *sí mismos coincidencia* espiritual con *respecto a lo verdadero*, lo bueno y lo bello, bajo la condición de actividad e intuición conformes a la razón. Esta confianza se basa en el convencimiento de que el mundo interno de las ideas sea uno y el mismo para *todos los espíritus*, y de que el mundo *interno* de lo individual se forme para todos los espíritus conforme a las mismas leyes, y también de que todos los espíritus posean el mismo organismo de la actividad espiritual. El espacio infinito, justamente por ser *infinito, es único*; las creaciones *internas generadas* por la fantasía de todos los espíritus están en su totalidad en este único espacio, en parte, parecen estar en el mismo sitio, tal como las intuiciones internas de un todo congregado en un mismo lugar; *sin penetrarse* y sin perturbarse. *Están incluso en el mismo* espacio único que llena la naturaleza externa, sin perturbar o penetrarla tampoco a ella. En la misma medida en la que el cuerpo orgánico se apropia de una esfera corporal determinada en la naturaleza externa, sin perturbar por ello a *otro cuerpo*, ni tampoco inhibir el *gran* curso de la naturaleza de alguna forma, lo hacen de forma similar los espíritus dentro del mundo único corporal, interno y común a todos; bien es cierto que según las leyes propias del espíritu y de dicho *mundo corporal*. De este
[19] modo, nos *aparecen* todos los espíritus moviéndose sobre un mismo terreno en el mundo de las ideas y de lo individual; cada espíritu forma una serie libre e independiente de activi-

dad espiritual que produce una serie libre correspondiente de conocimiento, de creación poética y de vida interna libre. La posibilidad de que las ideas y lo individual puedan unirse armónicamente por medio de los espíritus se basa en que ambos son dos esferas internas opuestas de un ser superior, es decir, de la razón misma. Y los espíritus no podrían actuar todos del mismo modo sobre los mismos dos mundos internos de la razon y uniéndolos, si no fueran, por su esencia y número, verdaderamente *una* actividad, como rayos de un mismo sol espiritual. Y esta actividad espiritual suprema una, cuyas partes orgánicas son los espíritus, no podría actuar inmediatamente sobre el mundo de las ideas y el mundo natural en la razón misma, si no fuera ella misma aquella actividad precisamente de esta misma razón una. Y es la razón en sí misma la que la completa al unir sus dos mundos internos.

De este modo, incluso la autoobservación imparcial ya lleva al espíritu al verdadero autoconocimiento, que resuelve fácil y satisfactoriamente en términos generales los enigmas de su interior, aunque el espíritu siempre guarda nuevos secretos en sus profundidades internas. El espíritu aprende a contemplarse a sí mismo y a todos los espíritus como partes internas de una única sustancia, la razón, que se opone de forma libre y autónoma a la naturaleza. Reconoce el mundo de las ideas y de lo individual como sus dos esferas internas, y a todos los espíritus |20|
como miembros del uno todo de aquella actividad en la razón, la cual flota por encima de las ideas y de lo individual y une a ambos en vida de intercambio constante. Y así, la razón misma retrae sobre sí sus mundos internos como un todo verdadero e imita de esta forma en su interior la relación de Dios con la razón y la naturaleza. Además, el espíritu se eleva hacia la idea de un reino de los espíritus, es decir, todos los espíritus como uno para producir la armonía interna en la razón del todo bien ordenado, en el cual las capacidades y asuntos de cada uno de los espíritus se encuentran distribuidos de forma simétrica y eurítmica. Cada espíritu es libre, independiente, peculiar, ninguno se parece a otro, y lo propio de cada uno tiene valor ab-

soluto; pero ninguno puede vivir separado de todos los demás espíritus. Su separación del reino de los espíritus supondría la muerte espiritual, al igual que la separación de un miembro del cuerpo supone su muerte. Todos los espíritus extraen luz y fuerza de la misma fuente de vida espiritual, y solo en bella sociabilidad florece la salud de cada uno de ellos. La formación armónica de la propia vida autónoma, la amable sociabilidad con espíritus afines que le rodean por un orden superior, y la armonía con la razón misma, suponen dignidad y bienaventuranza para cada espíritu.

La actividad de cada uno de los espíritus solo se encauza de modo unidireccional porque forma una serie temporal consciente; mas esta unidireccionalidad no es censurable ni fea en sí, siempre y cuando sea enérgica y esté llena de vida. Porque se cuenta a la vez para todos los posibles cauces uni-
[21] direccionales en el reino de los espíritus, para que el todo, en el que todos ellos y todas sus obras singulares se encuentran unidos de forma bien lograda y armónica, sea aún más espléndido y rico. Y es que también el espíritu individual solo puede actuar de forma unidireccional porque alberga, a su propio modo, el organismo completo de toda actividad de la razón y los gérmenes espirituales de toda formación racional. Pues la esencia del espíritu es inseparable y orgánica. Mas en cada espíritu individual dominan, para la glorificación del todo, facultades singulares, y todas las demás se encuentran en él con fuerza y habilidad decrecientes, del mismo modo en el que se alejan de aquéllas que son las predominantes en su individualidad. Y esta simetría y euritmia, en cierto modo perspectivas de las facultades espirituales y de sus obras, que son esenciales e inseparables para cada espíritu individual, no obstante, no se deben al individuo, sino que este solo las puede adquirir en libre sociabilidad omnilateral en el reino de los espíritus. Porque lo que no puede producir de modo autoactivo debido a las barreras de su individualidad, lo recibe de modo autoactivo de otros, quienes se lo transmiten desde la plétora de su particularidad. De este modo, el atrac-

tivo siempre renovado y el alimento para la propia vida, así como la posible universalidad de la formación, radica en la sociabilidad que existe entre los espíritus. Aunque debemos presuponer un número infinito de espíritus, es decir, que el propio reino de los espíritus se componga de un número infinito de ciudadanos, también un determinado número finito de espíritus puede darnos una imagen completa del reino uno infinito de los espíritus, cuando las determinadas predis- [22]
posiciones e individualidades de sus miembros se dividen de modo simétrico y proporcional en el entero destino interno espiritual. Y cabe esperar de la armonía general del mundo fundada por Dios, que el entero reino infinito de los espíritus sea dividido, conforme a leyes superiores desconocidas para nosotros, en determinadas sociedades de espíritus finitas, orgánicas, del mismo rango o subordinadas. Aquí se halla el límite del saber, pero no el de la certeza religiosa. Tan eterno como Dios y la razón, y tan inmortal como el ser y la vida de cada espíritu individual, así de eterna y constante y uniforme ha de ser también la relación entre los espíritus y la constitución del reino de los espíritus. En todas partes, sin embargo, acorde a la naturaleza, el todo prevalece sobre todas sus partes y las domina, sin herir o debilitar por ello la autonomía y la vida particular de las partes. Precisamente por esto el reino de los espíritus mismo, su vida general y cada sociedad de espíritus que contiene, es anterior y superior a cada espíritu individual; si bien la vida particular de cada espíritu individual existe libre e imperturbada en el todo. Por lo tanto, toda vez que la sociedad humana también forma parte del reino de los espíritus, el todo de la humanidad es superior y anterior a cada hombre individual; y el todo es digno de gobernar al hombre individual.

Como un todo orgánico de esta índole, la razón se opone autónomamente a la naturaleza, capaz y dispuesta a unirse con ella. Con objeto de trazar ahora los rasgos fundamentales de la [23]
vida de intercambio de ambas, la naturaleza merece aún que le dediquemos una mirada atenta.

La naturaleza y el género orgánico

En los sentidos del cuerpo, el espíritu recibe reflejada la naturaleza. En contraste con las esferas de vida superiores de esta, empezando ya con la Tierra, el tamaño y la fuerza del cuerpo menguan, pero no la armonía y la belleza de su formación, no la delicadeza del ojo, este órgano creado para el cielo. En el ojo la naturaleza nos muestra desde los rasgos fundamentales del universo hasta la estructura del infusorio. A la vez que reconocemos las nebulosas, vías lácteas y sistemas solares, seguimos la naturaleza con el mismo ojo adentrándonos en los órganos más tiernos de la criatura más pequeña. De este modo, la naturaleza nos enseña la escala entera de sus esferas de vida internas, que nos permite deducir una escala similar de sus fuerzas vitales. Aunque en las ondas de la luz el universo nos parezca exento de reglas, el espíritu, gracias al sentido superior que posee para la belleza y la vida, siente en él una simetría y euritmia de una belleza inimitable. La visión del firmamento, cuando colma el pecho de sentimientos puros y elevados, recuerda al hombre que no debe encadenar su espíritu a sí mismo y a esta Tierra; y en tanto que esta visión enseña la imposibilidad de mirar con determinación hacia la profundidad del cielo, advierte a la vez que hay que vivir con todas las fuerzas para esta vida y ser un ciudadano digno de esta Tierra. Cuanto
[24] más ha progresado la ciencia de la naturaleza, tanto más se ha mostrado la similitud de la vida de la naturaleza con la de la razón, y tanto más nítido resulta el paralelismo de sus fuerzas y sus obras. Este paralelismo es necesario e imperecedero, porque ambas, naturaleza y razón, representan la misma esencia de lo divino. También la naturaleza contiene en sí dos esferas supremas, que corresponden a las ideas y a lo individual en la razón, y la actividad *una* e imperecedera de la naturaleza misma une a ambas por los siglos de los siglos. La ciencia de la naturaleza y el sentimiento humano general hacia la armonía y la belleza unen sus voces cuando declaramos que los reinos orgánicos son el santuario más íntimo de la naturaleza y cuan-

do reconocemos en el cuerpo humano la flor más excelsa de todas las organizaciones.

El reino natural orgánico de la Tierra entera se muestra como un único organismo indivisible, como *un* gran cuerpo que se glorifica en la abundancia de sus plantas y especies animales en cuanto sus miembros libres. Del mismo modo, también la fuerza vital de la naturaleza, que crea este gran organismo, es solo una, y las fuerzas vitales libres independientes que cada planta, cada animal individual produce y forma, son las partes orgánicas esenciales subordinadas a la fuerza vital orgánica general. La eterna fuente de vida de la naturaleza adorna cada cuerpo celeste, que haya madurado para ello, con un manto colorido de plantas, y lo alegra con la vida libre de los animales, siendo en cada cuerpo celeste siempre la misma creadora y aun así individualizada según la particularidad del mismo. [25]
Esta fuente de vida eterna de la naturaleza se opone libre y autónomamente a aquella actividad una de la razón, cuyos rayos individuales son los espíritus.

Las obras individuales de esta fuerza vital orgánica y única de la naturaleza, incluso su obra más preciada, el cuerpo humano, pasan rápidamente con el transcurso del tiempo; pero no reciben su verdadera vida ni su belleza esencial del tiempo, y tampoco se las devuelven a este al morir. En todo momento, el cuerpo vivo lleva en sí la eternidad, su entera vida es *una* presencia constante de lo eternamente esencial. Y por encima del cuerpo, en la vida y en la muerte, reina libre e inmortal la fuerza vital orgánica que lo ha creado, como una parte esencial de la fuerza vital orgánica única de la naturaleza, del mismo modo que libre e inmortal flota el espíritu, un rayo con fuerza originaria de la actividad única de la razón por encima de sus obras internas de la ciencia, del arte y de la libre armonía de estas. La naturaleza misma, en la gran totalidad única de su vida orgánica, forma reinos, clases, géneros, familias, individuos, abarcando con ello toda suerte de contradicciones internas y peculiaridades de la vida. Y todo lo que haya representado libre y autónomamente en formaciones especiales, lo reúne nuevamente en

bellas proporciones y equilibrio certero en *un* género supremo conformado omnilateralmente. En este, la naturaleza se recrea configurándose completamente en la interacción armónica y uniforme de todas sus fuerzas, completando y coronando sus creaciones internas con una imagen pura y fiel de sí misma. Y de
[26] este modo, ofrece en dicho género orgánico supremo a la razón y a la deidad el espejo más puro de sí misma en su infinitud. Así la naturaleza prepara a ambos un lugar digno para unirse amorosamente y adentrarse vivamente en ellos a fin de representar las relaciones armónicas más íntimas en el universo. Todos los individuos de este género orgánico supremo único son, original y perpetuamente, un individuo superior, una estirpe completa. Todos los cuerpos humanos individuales se marchitan, pero la fuerza vital de la estirpe entera mantiene en cada uno de ellos la contradicción orgánica de lo masculino y de lo femenino; y donde la misma, alcanzando su madurez, se casa orgánicamente en bella sociedad, allí es donde la vitalidad de toda la especie actúa, con fuerza originaria, para generar individuos florecientes en los cuales cada contradicción se renueva repetidamente, asegurando la vida de la especie. De la asociación íntima florecen los recién nacidos hacia la vida, y solo gracias al cuidado amoroso de los progenitores y de toda la estirpe prosperan su crecimiento y su conformación orgánica. Cada uno de los cuerpos lleva en sí, en figura y movimiento y en todas las expresiones de la vida, lo particular de toda la estirpe, de la tribu, de la familia y de los progenitores, lo que, conformado según el carácter orgánico propio del individuo, no impide que cada cuerpo singular y propio para la eternidad no sea alcanzable nuevamente en su particularidad. Mas en el hombre, con una riqueza inconcebible de individualidad, las mismas figuras vuelven a aparecer en los
[27] tiempos más dispares y en diferentes tribus y familias, similares en lo esencial, pero nunca idénticos en lo individual; y de sus relaciones mezcladas por el amor sexual y aparentemente sin obedecer a ninguna regla, rejuvenecen y se conservan, a pesar de ello, todas las formas fundamentales de los cuerpos humanos que están en eterno retorno. En ello, la naturaleza sigue

leyes profundas, armónicas y bellas, conforma con seguridad infalible a los cuerpos humanos según determinados, innumerables ideales individuales de la vida y de la belleza. Este hecho innegable, aunque el espíritu del hombre no está aún preparado para adentrarse en estas profundidades, anima a emprender investigaciones cada vez más profundas. Mediante profanación que los hombres ejercen contra estas leyes eternas por falta de entendimiento, pueden perturbarse orgánicamente, en figura y expresión vital, familias enteras, tribus y pueblos enteros. Por contra, cuando la sociabilidad de los géneros se concatena conforme a la naturaleza, entonces florece una estirpe sana, llena de fuerza y belleza, y la estirpe hundida y marchita se eleva y rejuvenece de nuevo.

Incluso al formarse el cuerpo humano la naturaleza se muestra como *un* todo de la vida; también aquí puso ella el todo antes que sus partes orgánicas internas. La naturaleza quiere el género, toda la estirpe, y dentro de la misma, el cuerpo individual vivificado libremente según las leyes de esta. También aquí la naturaleza quiere una interacción continua, conforme a ley y omnilateral, del todo superior y de todos sus miembros; de toda la estirpe, de las tribus, de las familias y de los cuerpos individuales. El cuerpo individual vive únicamente en el género, solo en él puede prosperar su particularidad y su belleza; la [28]
vida indivisible una del género es lo que se conforma de modo característico en cada cuerpo individual.

Por ello, en tanto que la humanidad es género orgánico, como humanidad entera es superior y anterior que el hombre individual; este solo posee vida y dignidad cuando se mantiene unido con la humanidad entera conforme a ley.

La razón y la naturaleza unidas por Dios; y la humanidad

La razón y la naturaleza, estos dos hemisferios del universo, no viven solitarias y separadas una de la otra, sino que Dios,

quien las creó a ambas y les otorgó vida libre interna, y une a las dos en sociedad para que vivan en la armonía suprema completa y omniconcordante en toda su esencia, eternamente según leyes inmutables. Mas nuestros ojos no son capaces de adentrarse en los secretos que albergan los sucesos del mundo de orden superior. Los podemos vislumbrar desde el sentido religioso y atenderles en el ánimo, pero sería pretencioso querer sentenciar sobre ellos con determinación. Pero somos capaces de ver con más claridad la parte más íntima de esta compenetración de la razón y de la naturaleza, porque nosotros mismos pertenecemos a esta parte, y todas nuestras fuerzas espirituales y corporales están dedicadas a ella. Y es que en la misma medida en que el espíritu y el cuerpo son las obras maestras y los santuarios más íntimos de la razón y de la naturaleza, también la unidad viva de ambas, el hombre, es
[29] la parte más íntima y gloriosa de aquella armonía de la razón y de la naturaleza fundada por Dios. También la alianza de los espíritus y los cuerpos es tejida y mantenida por Dios y sin Él ambos quedarían solitarios, no se buscarían ni se encontrarían y no podrían interactuar el uno con el otro. Si Dios retuviera en sí su fuerza, que une a ambos, de repente se rompería el lazo que une el cuerpo y el alma. El hombre no es solo espíritu ni solo cuerpo, tampoco ambos juntos pensados uno junto al otro, sino que es un nuevo ser con cuerpo y espíritu creados por Dios, destinado a configurar la vida de la naturaleza y de la razón como una vida común, y a representar la misma en obras comunes mediante la interacción armónica de todas las fuerzas vitales, corporales y espirituales, unidas. Por ello, espíritu y cuerpo son en la misma medida originales, vivos, divinos; es preciso mantenerlos en la misma medida puros y santos, amarlos y formarlos; y un alma sana ha de vivir en un cuerpo sano si el hombre pretende ser un hombre completo y cumplir todo su destino. El espíritu del hombre desea y exige a su cuerpo que le corresponda ayudándole amorosamente en todas sus necesidades espirituales, que amplíe su comprensión, ejercite su arte, que le una con otros hombres a través del lenguaje; y

la naturaleza bondadosa no le decepciona en sus expectativas, pues ama y aprecia al espíritu; le colma de amor y bienes. Pero igual de apreciado y valioso ha de ser el cuerpo para el espíritu, lo ha de valorar igual que a sí mismo, y venerar como una obra igual de grande y rica nacida del poder y del amor de [30]
Dios; apoyar, ayudar y deleitarlo en su formación orgánica de la salud, la fuerza y la belleza; convertirlo en el espejo de un alma bella, y consagrarlo y santificarlo al servicio libre de las finalidades únicamente buenas y dignas.

Cada espíritu solo puede existir como espíritu individual, porque es miembro del reino de los espíritus; por ello, esto mismo vale también para todos los espíritus que, unidos a cuerpos orgánicos, son hombres. La comprensión y la fe nos han motivado a asumir *un* reino de los espíritus que se compone de sociedades individuales de espíritus, completas y colmadas en sí mismas, que contienen mayormente, por medio de sus ciudadanos individuales, todas las predisposiciones y configuraciones de tal modo que todas las partes implicadas en el destino interno de la razón puedan ser alcanzadas de forma simétrica y armónica y en crecimiento uniforme. Por los mismos motivos, algo parecido creemos que existe también en la sociedad de los espíritus, la cual conforma la humanidad en la Tierra en una secuencia continua de almas que vienen y se van. Sin querer adentrarnos precipitadamente en el cómo y el de dónde, creemos que los miembros individuales de la humanidad de todos los tiempos se incorporan a la humanidad, cada uno con sus predisposiciones particulares y con toda su individualidad, y cada uno bien dispuesto según la sabia providencia. Sin embargo, no osamos determinar qué relación han llegado a tener los espíritus vivos como humanidad con la sociedad de los espíritus de la cual proceden, ni cómo será en el futuro. Los cuerpos de los hombres en la Tierra viven originariamente como *un* género individual con una deter- [31]
minada particularidad planetaria, y cada uno de los cuerpos tiene, en forma y vida, un algo propio que le es esencial, lo cual, a la eterna naturaleza le es inasequible por perpetuidad

realizarlo una segunda vez. Y así, según esta creencia, algunas sociedades particulares de espíritus están destinadas para algunos géneros particulares orgánicos en Tierras particulares, algunas familias particulares de espíritus están destinadas a algunas familiares particulares de cuerpos, incluso algunos espíritus particulares a algunos cuerpos particulares, por medio de la individualidad armónica correspondiente. Y me invade un pensamiento vivo acerca de la sabiduría y la bondad de Dios, es decir, que únicamente vincule las sociedades de espíritus correspondientes con los géneros orgánicos correspondientes, incluso que a cada espíritu le asigne un cuerpo que se encuentre en armonía con su individualidad. Sin esta creencia, según la cual aquellos hechos pertenecientes a órdenes superiores, en cuya historia ningún ojo mortal podrá adentrarse, son regidos no por el azar, sino por la bondad y la sabiduría de Dios, todas las esperanzas que nos animan acerca de la humanidad se derrumbarían por hueras y vacías. Una sociedad de espíritus, sin embargo, que viva unida a un género orgánico que le corresponda como humanidad en una Tierra, puede conformar más íntima y elevadamente la particularidad que le corresponda a dicha humanidad considerada como sociedad de espíritus, y otorgarle la perfección a la particularidad del género orgánico, así como conformar un todo verdaderamente individual y superior como humanidad, en tanto que una armónicamente la particularidad espiritual de la sociedad de espíritus con la
[32] particularidad corporal del género, despierte a ambas una por medio de la otra, las enriquezca y las represente a ambas, una en la otra recíprocamente, en el mundo de las percepciones de los sentidos en el espíritu, en el mundo del arte en el cuerpo y en toda la naturaleza que nos rodea. Y así, también el hombre individual puede llevar a la madurez su propia particularidad espiritual y corporal, cada una en sí y ambas en armonía, y unirse como digno miembro a los todos cada vez más elevados de sociabilidad espiritual y corporal y armónica. Considerando así la humanidad, vemos congregarse en el hombre rayos de vida procedentes de lo más íntimo de todas las esferas, y ve-

mos a las influencias recíprocas omnilaterales perfeccionar en la humanidad la armonía más íntima de todas las cosas. Pues en la humanidad encontramos la libre actuación omnilateral de los espíritus sobre los espíritus, de los cuerpos sobre los cuerpos, de los espíritus sobre los cuerpos y de los cuerpos sobre los espíritus, y en ello, la interacción más perfecta de los individuos entre sí, de los individuos con todas las esferas de vida superiores y de todas estas esferas de vida superiores entre ellas mismas. Bien es cierto que, originariamente, cada uno de los espíritus individuales solamente se encuentra unido con su cuerpo, y únicamente a través de este cuerpo se comunica amorosa y vivamente con los espíritus individuales que viven como hombres, así como con la entera sociedad de espíritus que vive como esta humanidad, y recibe de ahí siempre un nuevo estímulo y nuevo alimento para su vida interna autónoma.

Unido con su cuerpo de forma inseparable e íntima, el espíritu lo modela para que se convierta en obra de arte espiritual, expresión fiel y reflejo vivo de su salud y excelencia espirituales. Pero el espíritu también puede tener trato espiritual con los cuerpos de otros hombres, puede extender su vida espiritual [33] al ennoblecimiento y mantenimiento de todo el género orgánico, e incluso el espíritu puede, a través del cuerpo, mantener una relación viva con toda la naturaleza orgánica e inorgánica sobre la superficie de la Tierra, y con los sistemas de sistemas solares puede mantener una relación espiritual de conocimiento. Y de todas las esferas de vida de la naturaleza recupera su amor y benevolencia en las sensaciones del cuerpo, que es el lugar en el que se recogen todas sus buenas obras. Igual de libre y omnilateral es el trato corporal de la especie humana entre sí para glorificar y embellecer tanto al género como al cuerpo individual. También la naturaleza, a su vez, actúa de forma autoactiva, a través del cuerpo y de modo omnilateral y libre, con el espíritu, tanto con el individual como con toda la sociedad de espíritus. Finalmente, como hombre, el individuo puede y debe unirse en sociedad con amigos, seres

amados y sociedades cada vez más elevadas, incluso algunos pocos pueden llegar especialmente a formar parte de toda la humanidad a través de sus pensamientos con fuerza originaria y sus actos elevados. Cada hombre recibe los tesoros de toda la humanidad, en la medida que es capaz, a través de la educación y vida social, y está destinado a presentar también con agradecimiento su ofrenda en el altar de la humanidad desde el tesoro de su propia vida espiritual, corporal y humana. Recibe lo infinito, y según su capacidad lo que puede ofrecer es poco, pero es algo bello e imperecedero. Como miembro vivo de to-
[34] da la humanidad el hombre gana, cumple y embellece su vida autónoma más propia; y adquiere la profundidad, la dignidad y la humildad solo en el trato vivo con el admirable todo de la humanidad, y su único orgullo es formar una parte viva y digna del mismo. De este modo, también la humanidad en la Tierra, de forma originaria y superior, existe como un todo, y todas las sociedades humanas y los hombres como individuos, existen como sus partes orgánicas y con vida libre, dignas en sí mismas, pero subordinadas, cuya salud y dignidad consisten en servir al todo a través de su vida particular y consagrar su vida entera al mismo. La humanidad es y debe ser *un* gran hombre en la Tierra, como *un* espíritu sano y bello en *un* cuerpo sano y bello. La humanidad como el todo, originariamente, no se compone de sus partes últimas, los hombres individuales, sino que es anterior a todas sus partes vivas; forma, mantiene, domina a cada hombre, le regala a cada uno una vida propia, autónoma, que solo puede llevar alegre y libremente en el todo. Supone la máxima dignidad para cada hombre individual vivir como parte libre e íntima de la humanidad entera y ofrecer con agradecimiento su vida adquirida y elevada en el todo a toda la humanidad. La esencia y el destino de la humanidad y del hombre originalmente son uno, y solo están separados como el cuerpo y sus miembros para ser *una* vida. Solo en, con y a través de sí mismos, pueden el hombre y la humanidad alcanzar su destino en progreso uniforme y constante. El
[35] destino de cada individuo es una parte digna de respeto del

destino de toda la humanidad. Y dado que la humanidad es anterior y superior a toda asociación individual, a todo hombre individual, pero cada una de las partes se debe esencialmente a la salud y belleza del todo, así el asunto más preciado, santo y primero del género humano en esta Tierra es el de constituirse como humanidad, y actuar cada vez más y más como humanidad, como *un* todo armónico y cerrado. La historia de la humanidad en la Tierra solo puede adquirir más riqueza en vida, dignidad y belleza cuando los hombres se unen cada vez más íntimamente y desde todos los lados, para convertirse en *una* humanidad, *una* criatura de Dios y, de este modo, colmar la voluntad de Dios, de la razón y de la naturaleza y el anhelo que alberga cada uno en su pecho.

Esta es la verdad que creemos que, justo en este instante, está expresando y haciendo realidad la gran vida de la historia a través de la generación actual. Pensar y actuar en el espíritu de dicha verdad es el espíritu mismo de la época, y también es la esencia de nuestra vida. Es la idea de la humanidad, cuyo capullo nutrido y henchido a través de los tiempos pasados rompe ahora para abrirse como la bella flor de la humanidad; es la idea de la humanidad, que anima también esta nuestra obra. Esta idea divina fundamenta ahora su reino tanto en el todo como también en las partes; debe convertirse, y así será, en lo que reina, anima y crea en la ciencia y en el arte y en todas las relaciones sociales de la vida, en el Estado, en la Iglesia, en la fraternidad del amor, en la familia, en las amistades [36] y en la libre sociabilidad. La idea de la humanidad, la que Tú, ¡oh divino fundador de la religión del amor!, lanzaste primero como chispa de sabiduría celestial a los corazones renacidos, se ha convertido ahora en llama viva y resplandeciente, y en su luz renacerá también tu fundación eterna y ganará nueva vida, nueva fuerza beatificante. El fuego sagrado que calienta cada corazón, la llama pura que, flameante sobre el altar de cada familia, ilumina y alegra la casa, y la lumbre divina que, desde el altar de la humanidad, penetra fluyendo todo el género humano; ellos son la luz eterna una, el calor íntimo uno del

poder y del amor de Dios, y se vierten desde Él sobre todos los seres, como la fuente eternamente joven y alegre de toda vida y todo amor.

Captar esta verdad y vivir en ella no es privilegio del científico, sino que pertenece a todo hombre sensato y religioso. Y a este nos dirigimos cuando recordamos aun los hechos internos y externos que demuestran que los hombres están capacitados y destinados a ser *una* humanidad en todo lo que emprenden; hechos que convocan también incesantemente a cada individuo a reconocerse, amarse y formarse a sí mismo como miembro de este gran todo y a llevar voluntariamente a ofrenda su cuerpo y su vida cuando Dios y el deber lo exijan.

[37] Cada hombre es un espíritu y cuerpo libre y autónomo, y contiene los gérmenes de toda excelencia humana. Todos los hombres tienen las mismas predisposiciones fundamentales corporales y espirituales, en cada uno de ellos están todas, pero están presentes en cada uno en proporciones muy particulares en cuanto a profundidad, intensidad y secuencia. Y aunque por naturaleza se encontraran en equilibrio, debido a la situación diferente en la que se encuentra cada individuo en la naturaleza y en la sociedad, no podría conformarse ninguna de las predisposiciones de modo uniforme, y en ninguno de los individuos en la misma medida de modo no uniforme. Ya por esta razón, ningún hombre puede realizar a la vez todo lo posible, y tampoco lo que en sí es capaz de conseguir, puede hacerlo por sí solo, sin sociabilidad. Aunque tan solo hubiera una única disposición que debiera desarrollarse de modo preferencial, tampoco entonces el individuo puede realizar por sí solo todo lo que le es posible hacer en sociedad. Pues cada objeto al que hace referencia cualquier disposición humana, igual que la disposición misma, es verdaderamente infinito, y ambos se encuentran en determinación esencial recíproca con infinidad de otros objetos y talentos. El individuo se puede dedicar al desarrollo de un talento individual solo cuando recibe una cantidad de cosas ya acabadas por otros, solo si los demás trabajan para todo el resto de sus necesidades espirituales y cor-

porales. Incluso en el ámbito particular de este talento necesita de trabajos previos, ejemplos y enseñanzas ajenas para poder alcanzar un cierto grado de excelencia en el breve tiempo de una vida. La infinitud y la determinación recíproca universal de [38] todas las cosas y de todos los empeños humanos se manifiestan por doquier en la ciencia y el arte y en la vida en sociedad. Un examen tranquilo e imparcial de todo lo que uno ha llegado a ser por sí mismo o por la sociedad, le demostrará a cualquiera que ni la naturaleza ni la razón le llevan a formarse y mantenerse como un ser individual. La ciencia pura, basada en nuestras afirmaciones arriba expresadas, niega incluso que un hombre individual pueda existir o pueda pensarse como individuo. Solo la sociabilidad puede prevenir las enfermedades y flaquezas del espíritu y del cuerpo que golpean inevitablemente al hombre solitario y le deberían sumir en la desesperación; solo en sociedad el individuo comprende la perspectiva en la cual quedan representados su propio ser, Dios y el mundo. Por ello, la máxima sabiduría y bondad han depositado en cada pecho el anhelo de estar con otros seres humanos, de tener trato con ellos y de amarlos, y tan solo este impulso originario jamás corruptible es garantía de que los hombres, según la intención de Dios, deben existir como un todo sociable.

Pero además de que el individuo solo es perfeccionado como individuo en sociedad, también la sociedad realiza cosas que el individuo no podría realizar ni siquiera parcialmente, y a lo que solo unido en sociedad con otros también puede contribuir con lo suyo. Nos referimos a todas las obras particulares de la sociedad que, según su naturaleza, ganan cuantos más y más idóneos colaboradores se encuentran, y que tan solo pueden alcanzar su esplendor y su entera dignidad cuando, para su creación, los hombres se hayan unido en la humanidad [39] *una*. En dichas obras: o bien el ámbito que debe alcanzar el individuo es demasiado amplio e inaccesible por falta de tiempo y fuerza, de modo que la aportación del individuo quizá no consiga más de lo que haría una gota en el mar; o bien la participación del individuo, debido a que la manera y la habilidad

requeridas son tan diversas, solo los trabajos más diversificados, ordenados y unidos según determinadas leyes aportan la obra. En cada obra verdaderamente social se dan siempre las dos cosas, solo que en alguna de ellas predomina la magnitud y la duración del trabajo, en algunas la diversidad de los trabajadores, y en otras, son igual de admirables, sin embargo, las dos. Del primer tipo son preferiblemente el cultivo de la tierra y todas aquellas obras de arte en las que reine la sublimidad y cuya perfección requiera más de una generación. Al otro tipo pertenecen todas las representaciones sociales de la ciencia, del arte y de la religiosidad, que pueden llevarse a cabo quizá en pocos días, años, horas o incluso minutos, pero en los que los diversos talentos deben unirse armónicamente y expresarse con entendimiento mutuo y moderación artística para poder crear la obra, tales como una sinfonía, un baile, una ópera, una conversación, un acto social religioso. Las obras de la sociedad que merecen nuestra máxima admiración son las lenguas, los caracteres de los pueblos, el arte de viajar por agua, tierra y
[40] aire, las ciencias y las artes como tales, las familias, los Estados, las amistades, el arte del trato social, la alianza fraternal del amor y las uniones de religiones. Todas ellas son infinitas, todas ganan con el número y los talentos de los trabajadores individuales, todas ellas solo pueden perfeccionarse orgánica y bellamente cuando todos los pueblos de la Tierra se hayan unido en *una* humanidad.

La unión de los hombres en todos sociales cada vez más elevados, en la más amplia y polifacética sociabilidad que sea posible, es requerida tanto a los espíritus por la razón, como a los cuerpos por la naturaleza, así como al hombre completo por ambas. En la misma medida en que un espíritu difícilmente puede subsistir sin ser mantenido en la razón completa a la vez con todos los espíritus y sin poder extraer el condimento y el sustento de su vida del trato con otros espíritus, igual de difícil es que el cuerpo se pueda arrancar a sí mismo de la naturaleza completa, de su cuerpo celeste en cuanto todo inmediatamente superior de su vida, y tampoco de su especie.

solo persiste en plenitud y belleza cuando todas las relaciones existentes con todas sus esferas vitales superiores son sanas. Sin la salud de ambos, del cuerpo y del espíritu, el ser que se compone de estos dos, el hombre, tampoco puede estar sano; y aun con espíritu y cuerpo sanos no podrá subsistir, ni mucho menos perfeccionarse, cuando como hombre no se una armónicamente a la totalidad de los todos superiores de sociabilidad humana y, en esta sociabilidad múltiple, a la totalidad de los todos vitales superiores, a Dios y al mundo. Y así los hombres son llamados con determinación por Dios, por la naturaleza y [41]
por la razón a formar *una* humanidad.

Y es que, si contemplamos la Tierra como un todo, entonces la abundancia y belleza y la pura armonía de su construcción y de su vida son innegables. A continuación nos detendremos más en su imagen edificante. Sus productos están, referidos a sí mismos y al margen de las necesidades humanas, repartidos y ordenados en ella, en proporciones variadas, bellas, rítmicas, hasta diría musicales. La Tierra misma se ocupa de generar en toda su superficie una interacción omnilateral de los climas, una comunicación y concatenación de sus productos inorgánicos y orgánicos y, con ello, una expansión uniforme de la vida, especialmente del reino vegetal y del reino animal. Pero el hombre va por delante de la Tierra en esta aspiración, ya que es quien necesita de todas las demás cosas terrenales para su sustento y gozo, extendiendo su amor y cuidado sobre todos los productos de la tierra, cuya belleza y vivacidad le conmueven. Impulsado por el espíritu y por un destino no exento de providencia se mueve por toda la Tierra. Su especie se extiende hasta acercarse a los polos para repartir incluso hasta allí vida y alegría, para adornar la naturaleza con su obra maestra y los monumentos del espíritu incluso en aquellos lugares donde esta parece haberse olvidado por completo de sí misma y de los hombres. La unión social de los hombres trabaja sin descanso para fomentar las diferencias climáticas de las zonas allí donde son bellas y útiles, y neutralizarlas o hacer- [42]
las inofensivas allí donde son adversas y perjudiciales; intenta

calentar y ennoblecer las zonas frías por medio de cultivo, y distribuir uniformemente los animales y plantas más bellos y útiles en todas partes donde haya tierra buena o simplemente productiva o, incluso, preparar un suelo adecuado por medio de las artes e invirtiendo mucho esfuerzo. Y así, el poder mágico del espíritu, no sin Dios, embellece la Tierra misma como conjunto y la adorna por doquier con su habitante más bello, más vivaz y agradecido, el hombre. Si la naturaleza pudiera llegar a ser consciente de sí misma, estaría encantada por verse tan puramente ideada, tan bien entendida, tan tiernamente amada y penetrada, y por encontrar fomentada por los hombres la armonía de su vida omnilateral según sus propias leyes, incluso verse elevada por encima de sí misma. Pero solo en sociedad los hombres son capaces de lograr todo esto. De este modo, la naturaleza llama a los hombres, en virtud de la belleza y abundancia de su vida particular y armónica, para que se presenten ante ella como *un* todo sociable y armónico; como *una* humanidad, y por ello ganarse también su gracia superior y, por todas partes uniformemente, recibir en regalo de ella con agradecimiento todos sus bienes, abundantemente según su necesidad y receptividad.

Dios mismo, por medio de fronteras naturales y por el aislamiento de la Tierra en sí misma, ha separado completamente a
[43] nuestra humanidad de todas las demás humanidades del universo, las cuales constituyen la humanidad suprema *una*. Solo de Él podemos esperar que la antes mencionada integridad simétrica y eurítmica de los caracteres y de los dones del genio se halle repartida justa y adecuadamente también en nuestra humanidad y constantemente rejuvenecida y elevada en la descendencia. Por medio del anhelo corporal y espiritual de cada hombre de amor, sociabilidad y compleción superior de su propia esencia, Dios mismo ha llamado a los hombres a unirse y formarse para llegar a ser *una* humanidad en la Tierra como en un todo completo bien ordenado, sano y bello en todas sus partes preparándole a la humanidad un lugar de residencia paradisiaco rebosante de vida que, separado de todos los demás cuerpos

celestes, se basta a sí mismo. Este lugar de residencia digno de la humanidad, la Tierra, madre y cuidadora de toda vida orgánica, por medio de la red maravillosamente entrelazada y las altitudes armónicamente definidas de las montañas, sirviéndose de la interacción de orogénesis y de flujo de agua en luchas volcánicas, y con rupturas suaves y violentas de aquella red provocadas por mareas vivas, se divide en un número inabarcable de áreas montañosas y fluviales características que existen una al lado de la otra o se contienen una en la otra, las cuales son rodeadas por mares o rodean ellas concéntricamente los mares interiores. La vista amplia y clara de la belleza conforme a ley, de la múltiple simetría y euritmia de las altitudes, de los ríos y valles, de la tierra firme y del mar, en contorno y forma y en sus productos diversos, deleitará a las futuras generaciones [44]
aun más que a nosotros, cuando, con la ayuda del Estado y por medio de viajes planificados y extensos por ríos y mares, tierra y aire, hayan llegado hasta allí donde los exploradores solitarios y los pueblos más civilizados anhelan llegar en vano. Aquellas áreas montañosas y fluviales, mayores y menores, diferentes en clima y situación, ofrecen al género humano en expansión igual número de lugares habitables particulares, completos y apaciguados en sí mismos. En ellos se reparten los pueblos separándose, y se forman característicamente conforme a sus disposiciones espirituales y a la naturaleza que les rodea, y poco a poco llegan a ser capaces de unirse, a través del ingenio humano y el derecho, en uniones de pueblos menores y mayores, ordenadas al mismo nivel o subordinadas las unas a las otras, sirviéndose y avivándose mutuamente. Y estas uniones singulares de los pueblos, más reducidas o más amplias, pueden finalmente, en la era de las naciones emancipadas, integrarse por el amor y el derecho en el todo supremo armónico de *una* humanidad. Y entonces, en tal unidad suprema, cada pueblo que haya alcanzado la autonomía podrá purificar, conservar y desarrollar sociablemente su particularidad.

Si la humanidad no fuera destinada por Dios y por la naturaleza del lugar que habita a desarrollarse en la Tierra como

un todo supremo social, ni tampoco fuera llamada por la ne-
cesidad y las disposiciones naturales a acotar determinadas es-
feras de la sociabilidad que se interponen intermediando entre
[45] el individuo y la humanidad entera: debería ya, tan solo por
su estado interno siempre puramente humano, impulsar a los
hombres a buscar la sociabilidad omnilateral, espiritual, cor-
poral y humana con el mayor número posible de individuos.
Porque a cada hombre mínimamente formado le será evidente
que la condición humana es infinitamente capaz y se ve preci-
sada, en un número infinito de dimensiones y con una riqueza
infinita, de individualidad característica en su actividad y en
las obras. El hombre que ha alcanzado la autoconciencia y la
auténtica autoestima siente cuán poco puede satisfacerse a sí
mismo y a la humanidad y cuánto más cuando lo hace unido
a otros. Admito de buen grado que también un menor núme-
ro de hombres, y bajo ciertas condiciones favorables, pueda
vivir ordenadamente y no sin algún éxito de acuerdo con la
completa condición humana. Una especie sana y vigorosa en
una isla solitaria, inmersa en la naturaleza bella y espléndida,
sin injerencias de tribus a las que una naturaleza más indómita
habría formado de modo más salvaje, y aunque solo contara
con unos centenares de individuos, viviría feliz y contenta en
envidiable inocencia, y desarrollaría sus fuerzas lenta, pero se-
guramente, en la medida en que lo permitiera el disfrute de las
bendiciones de la naturaleza, llegando allí donde el amor y la
alegría la llamase. Muy diferente, sin embargo, y mucho más
bello y elevado, lo ha querido la sabiduría eterna que gobierna
el reino de los espíritus, funda la Tierra y forma a los hom-
bres, obligando a la especie humana en su devenir, a través de
[46] medios trágicos, a que se autoeduque, a que se expanda por
toda la Tierra y desarrolle todos sus talentos. Incita en ella, en
cuanto su cultura haya progresado más, el deseo, la esperanza
y la fuerza para multiplicar la sociabilidad humana y hacerla
más noble y más abarcante. Todos los pueblos que viven en
la Tierra son, en todo momento, capaces y dignos de ciertas
condiciones sociales, y pueden llegar a serlo cada vez más

por medio de la educación de los pueblos ya emancipados. El aumento de la sociabilidad en sí y con otros pueblos constituye la premisa de la cultura y la vivacidad de cada pueblo. Dios, la naturaleza y la razón favorecen la representación de hombres cada vez superiores y de lo más elevado que pueda aparecer en la Tierra: la humanidad. Y la naturaleza del espíritu que se está desarrollando cada vez más une su voz a esta gran empresa. En ello reposa nuestra esperanza; también los pueblos de esta Tierra serán algún día *una* humanidad en su interior múltiple y armónicamente sociable. Aunque hoy en día esta idea no se haya hecho del todo realidad, merece un examen histórico en el que la antorcha de la ciencia ha de adelantarse con su luz para saber si los hombres hasta ahora han trabajado, constante, inmediata y, en parte, felizmente, en la representación de todos los pueblos como *una* humanidad. Si se confirma esto, entonces nos puede consolar el pensamiento de que la historia no haya concluido, y que nosotros los contemporáneos seamos todos una fuerza de Dios, y que nos seguirán generaciones llenas de vida que serán más perfectas y se acercarán más a aquel gran objetivo en la medida en que superemos a nuestros padres e intentemos promover la gran obra de la humanidad, allá donde aquellos la abandonaron. Ciertamente, esta [47]
esperanza no la depositamos sin fundamento en nuestra época, la cual reconoce todo el destino humano originalmente como el destino de *un* solo gran hombre, de toda la sociedad humana de todas las épocas, y que sabe estimar con más certeza y más humanidad que todas las épocas anteriores los poderes que recibe como regalo la humanidad con cada pueblo y con cada ser humano recién nacido. Ojalá el espíritu de la época siga progresando con fortuna en su empeño por desarrollar las fuerzas de cada individuo y de cada pueblo con amor y sabiduría según la idea del todo, y unirlas a la gran obra de la humanidad justo en el momento y el lugar adecuados. Ojalá todos los hombres se unan cada vez con más intimidad, de tal modo que, para todos los aspectos de la condición humana, haya trabajadores con vocación interna que laboren en número, momento y lu-

gar adecuados de forma simétrica y armónica. Entonces pronto todos los hombres y todos los pueblos, como miembros de un cuerpo orgánico, serán una verdadera humanidad desarrollada en todas sus partes, sana y bella. Así aparecerán ante los ojos de la deidad como un hombre creciendo alegremente, que nacido en posesión de todas las disposiciones en las mismas proporciones, las desarrolle a todas con el mismo amor y la misma lealtad y, de esta forma, realice la obra que ansían todas sus fuerzas de forma proporcionada, bella y vigorosa.

Hasta aquí hemos intentado exponer la esencia del hombre y de la humanidad y su relación con Dios y el mundo, y nos
[48] dirigimos ahora a trazar el destino del hombre y de la humanidad en su estructura básica. Hemos de examinar ahora qué es lo que hay que hacer, y con qué fuerzas y cómo se hace. Por este motivo, dirigiremos nuestra atención primero a las obras de la humanidad, seguidamente al organismo de sus fuerzas y, finalmente, a las formas acordes a la razón de toda actividad humana.

Las obras originales de la humanidad

Al considerar las obras, las fuerzas y la sociabilidad del hombre debemos observar las partes integrantes de su ser. Porque no es un ser simple, sino armónico; se compone de alma y cuerpo, y de la unión armónica de ambos. Para perfeccionar todas sus obras se requiere de la actividad del espíritu, de la actividad del cuerpo y de la actividad en unión social de ambos. Mientras el espíritu prosigue su vida interna pensando y creando espontáneamente, también el cuerpo, independientemente de él, está activo en cada momento para avivarse y configurarse, y a la vez, también el espíritu está presente en el cuerpo y el cuerpo en el espíritu con efecto activo. Esta última interacción tiene lugar siempre, durante toda la vida, ya se trate de la formación de obras comunes o de aquellas que

sean propias del espíritu o del cuerpo. Todo lo que sienten los sentidos del cuerpo le llega íntegramente al espíritu a través del mundo de la fantasía, aunque no llegue siempre ni por completo a la conciencia; y todo lo que perciben los sentidos [49]
internos del espíritu se refleja en los sentidos del cuerpo y es percibido por el cuerpo. En este trato admirable gana el espíritu para su mundo interno otro mundo externo, el cuerpo y toda la naturaleza que se le representa, y se lo apropia según las leyes de su propio ser. Convierte al cuerpo en la imagen del espíritu y en el ejecutor de su voluntad en la naturaleza. De la misma manera, el cuerpo recibe en su vida orgánica un mundo que le es exterior, el de la fantasía del espíritu que habita en él, y así se apropia de la esencia interna de la razón en forma y movimiento. Las vidas del cuerpo y del espíritu están mutuamente ligadas, padecen y sienten alegría juntas, enferman y sanan, recuperan fuerzas y decaen una con la otra. Espíritu y cuerpo, como *un* hombre, actúan constantemente juntos con las actividades correspondientes en sus respectivos organismos, cuando concuerdan en obras comunes y cuando se forma una obra del espíritu o del cuerpo. Pues también en este último caso, ninguno de los dos puede dejar que tenga efecto una determinada actividad sin que reaccione en él, a la par, la actividad similar del otro. El espíritu y el cuerpo se pueden inhibir y despertar mutuamente, tienen receptividad para el otro y fuerzas para resistirse mutuamente a sus efectos según las consecuencias internas; pero no pueden proveer ni aniquilar ninguna actividad del otro. Y la efectividad de ambos en la exposición de aquellas obras que pertenecen a la vez a [50]
la razón y a la naturaleza está del mismo modo concatenada y es igualmente esencial y poderosa, como ocurre en cada práctica artística que expone su obra en la naturaleza y en cada experimento.

Y aun de modo más íntimo para el espíritu, se hallan unidos los vínculos del cuerpo, dado que la parte espiritual del hombre, el alma, no puede tratar individualmente con los espíritus, excepto con aquellos que también son hombres, y dado

que esto solo es posible por medio del cuerpo. Porque solo mediante la visión de los cuerpos, al percibir mutuamente sus movimientos, solo por el lenguaje de los sonidos y de la escritura, pueden comunicarse espiritualmente las almas, sin tocarse físicamente o juntarse. ¿Será posible entre los hombres, alguna vez o en un futuro lejano, la sociabilidad espiritual, sin necesidad del cuerpo y de las fuerzas naturales y de un mundo de signos representados físicamente? ¿No serán un engaño los indicios esporádicos de comunicación puramente espiritual que se muestran en algunos fenómenos psicológicos, los presentimientos de simpatía puramente espiritual de amantes y amigos? ¿Acaso nuestra especie no ha madurado aun lo suficiente como para tener un trato puramente espiritual con los espíritus? La finalidad de nuestra obra nos permite no proseguir con estas reflexiones. Pero el espíritu individual, como hemos visto, solo tiene vida particular como miembro de una sociedad de espíritus, y según el estado actual de la humanidad no le es accesible ninguna otra que la de sus congéneres; y en sus cuerpos, los espíritus se miran, se reconocen y aprenden a amarse. El cuerpo y la naturaleza, ambos en sí ya dignos del respeto y del
[51] amor del espíritu, reciben por esta referencia a su propia vida interna una nueva consagración.

Aquí, donde un espíritu humano habla a otros espíritus humanos para rejuvenecer el puro entusiasmo por los asuntos sublimes de la humanidad, es de prioritaria importancia comprender lo que los espíritus de los hombres pueden y deben efectuar para perfeccionar a los individuos y a toda la humanidad por su propia fuerza o por las fuerzas de los cuerpos que les obedecen. Mas también los cuerpos de los hombres, por sí mismos y por medio de los efectos que causan en los espíritus que les obedecen, contribuyen incesantemente por su parte a la completa condición humana. Esta actividad humana de los cuerpos, que reconocemos en sus efectos, y sobre la cual actuamos de nuevo espiritualmente como consecuencia de este mismo conocimiento indirecto, queda como tal fuera de la esfera de la conciencia. Ciertamente podemos llamar nuestro

al cuerpo, pues somos verdaderamente con él *un* ser; sin embargo, nosotros mismos, como espíritus, somos solo una parte del hombre. El espíritu y el cuerpo son *un* hombre, pero ambas partes no se desvanecen la una en la otra, las esferas de sus actividades no se disuelven una en la otra, sino que únicamente se compenetran y actúan juntas e inseparables. Si el cuerpo pudiera llamarse Yo a sí mismo, también él, por su parte, contaría al alma como parte de sí mismo, en tanto que es hombre, y, sin embargo, como cuerpo, se diferenciaría del espíritu.

Por este motivo, en ninguna de las partes de la condición humana, el espíritu puede estar simplemente subordinado y al servicio del cuerpo ni tampoco el cuerpo respecto al espíritu. [52]
La razón con la naturaleza y el espíritu con el cuerpo ocupan un lugar del mismo nivel en el universo y en Dios, y la vida de ambos goza de la misma intimidad y belleza. Ambos en sí son dignos, y precisamente por este motivo capaces de servirse mutuamente, pero no como siervos, sino como amigos. Ciertamente el espíritu tiene el poder y la facultad para apartar y limitar en el hombre los impulsos y placeres del cuerpo que pudieran inhibir, corromper y destruir la vida interna del espíritu; y en general para llevarle al cuerpo a aquella afinación simétrica y eurítmica que corresponde a la vida interna de su individualidad espiritual y mantenerlo en ella. Mas un poder y una facultad similares, pero contrapuestos a los anteriores, también los posee el cuerpo a fin de salvaguardar su salud, sus fuerzas y su belleza ante las apropiaciones egoístas del espíritu, las cuales quizá, en lo que se refiere al propio espíritu, puedan ser loables y excelentes, pero, cuando corrompen el cuerpo, también son perniciosas para el hombre cuya perfección consiste en la consonancia de un alma bien ordenada con un cuerpo bien ordenado. Y aunque la naturaleza y el cuerpo son menospreciados en ciertas épocas y en ciertos pueblos, y considerados subordinados al espíritu e, incluso, indignos del espíritu o simplemente destinados a servirle, creemos que se trata de una equivocación inevitable, pero pasajera, en la evolución de la especie humana. Los hombres, también en este aspecto, han de convertirse en

[53] niños, que tratan al cuerpo y al espíritu con el mismo cariño al no separar de ninguna manera el uno del otro; como los amantes y los amigos que se sienten conmovidos del mismo modo por la belleza del cuerpo y del espíritu; y como los griegos, cuya excelencia en el arte y la ciencia surgió debido al equilibrio entre las vidas espiritual y corporal. Con el reconocimiento de la misma dignidad del cuerpo y del espíritu y con la efectividad armónicamente unida de ambos, basada en esta premisa, empieza una nueva vida en la historia.

Por ello, de las obras, fuerzas y sociabilidad de la humanidad pertenece el mismo número de cosas e igualmente buenas, tanto a la naturaleza y al cuerpo, como a la razón y al espíritu. Las obras, fuerzas y uniones características del espíritu que pertenecen a la esfera de la humanidad han de diferenciarse claramente de las opuestas que pertenecen puramente al cuerpo, y ambas han de considerarse primeramente por separado. A partir de ahí, también las obras, fuerzas y relaciones sociales comunes a ambos podrán comprenderse bien. Dejemos que la naturaleza y el cuerpo se ocupen de lo suyo, pues nunca han defraudado al espíritu que actúa racionalmente sobre ellos; y hablemos solo de lo que los espíritus por sí solos y en sociedad con los cuerpos pueden completar, o al menos fomentar, para aportar con buena diligencia su parte al todo *uno* de excelencia humana, que solo podrá conseguirse cuando los espíritus y los cuerpos unan sus esfuerzos.

[54] Cuando a continuación tratemos las obras que constituyen la finalidad de toda aspiración humana, consideramos primero la ciencia, pues ella es la llama divina que precede con su luz a todas las demás obras humanas, irradiando sobre ellas un colorido espiritual propio.

La ciencia

Involuntariamente, el hombre piensa en todo momento y aspira al saber; y en todo momento le son ya presentes co-

nocimientos, tanto despierto como soñando, tanto durante la reflexión científica como en la broma más ligera. Con el aumento de la autoconciencia y la creciente perfección de su ser en todos los sentidos, incrementa su sed de verdad y el afán de ir en su busca, y con la alegría de la satisfacción se renueva constantemente el placer de la búsqueda. Pues comprender, hacer ciencia, es el cometido fundamental del espíritu, como la constante aspiración de traer ideas a la conciencia y consolidarlas en ella, transfigurándolas a través de imágenes del mundo de la fantasía individuales y llenas de vida. El espíritu abre los sentidos internos y externos a las influencias vivas de Dios y de todas las cosas. De la vida omnilateral y sociable alcanza la transfiguración de las ideas; y emanando de la vida, la ciencia regresa a ella, como fuente de belleza y de fuerza.

El conocer está constante e inseparablemente unido a la fantasía. Para el conocimiento la idea es lo reinante; contemplarla a ella misma en lo individual correspondiente, como en [55]
su imagen, es el objetivo del pensar. El mundo de las ideas es una repetición autónoma, eterna y libre del universo entero dentro de la razón. Es infinito, completo, antes de todo tiempo, y único, abierto a todos los espíritus para unirse con el mundo de lo individual. Su organización es conforme a Dios y al universo. Una idea, la idea originaria de Dios, es todo su contenido, en ella reposan como sus partes libres las ideas de todos los seres en el mismo orden inamovible en el que las ha creado Dios. Entre las ideas no hay un antes o un después temporal, sino algo eterno, conforme a la naturaleza fundamental interna del universo. La idea de cada cosa es la esencia completa indivisible eterna de la misma, junto con todas sus partes eternas, internas y esenciales; la oposición misma de lo general y de lo particular, así como la unión de estos opuestos queda dentro de la idea. Es decir, que contemplando la idea nunca se pierde la intuición de su riqueza interna de esencia y vida; y más bien al iniciarse la contemplación, la idea transfigurada misma llama al espíritu a perfeccionar la imagen de su abundancia interna; y cuando una idea, tal como es en sí

misma eterna, surge en su verdad ante los ojos del espíritu, aparece como un todo concluido, rico en miembros interiores y vida. De este modo, la idea de la naturaleza no es el puro concepto general de lo corpóreo, sino la intuición de *un* mundo infinito y eterno, como un todo orgánico, en toda la riqueza de su vida eternamente nueva. La idea del Estado se transfi-
[56] gura en la intuición de una sociedad determinada de hombres que unidos representan el todo orgánico del derecho. La idea de Dios abarca a Dios y su mundo, en su unidad, infinitud y abundancia vital. Como concepto genérico, sin embargo, la idea se enfría como mero concepto formal de la cosa como tal. No obstante, el mundo de los conceptos genéricos es una parte esencial, si bien subordinada del mundo de las ideas.

Al igual que todas las cosas están en Dios, también la idea de Dios comprende en sí todas las demás ideas como sus partes subordinadas. Todo conocimiento es pues una conciencia de la esencia eterna de Dios, toda reflexión significa tenerla presente mentalmente; y en Dios, la ciencia contempla lo eternamente esencial de todas las cosas y de su vida de intercambio armónica. Dios, la razón y la naturaleza y su armonía omnilateral son los objetos inagotables del saber. Si el conocimiento pretende tener luz, abundancia y verdad, el espíritu debe imitar el eterno orden de las ideas en el tiempo, debe partir de la intuición de Dios, permanecer siempre en esta intuición, observar las eternas leyes universales y expandirse así sobre la razón y la naturaleza, reconociendo a ambas tanto en su vida interna autónoma como en su armonía entre ellas y con Dios. Y al igual que todo es en Dios y Dios en todo y el orden de las ideas es infinitamente polifacético, también el espíritu contemplativo sabrá ascender y descender la escala de los seres y moverse por ella hacia todos los lados. De este modo, el espíritu contiene a Dios y al mundo y a sí mismo en una segunda creación en sí
[57] en el mundo de las ideas; y así está elevado en sí mismo sobre sí mismo. La vida de Dios, de la razón y de la naturaleza, allá donde se dé, es conforme a las ideas, y sirve, allá donde el espíritu se haga dueño de su intuición, para transfigurar la idea

y glorificar el conocimiento. Tal como la planta y el animal y todo ser vivo están dotados de sentidos y receptividad para acoger y responder a los influjos de la vida que lleguen desde arriba y de sus iguales, también cada *espíritu tiene sentido* y receptividad para los influjos espirituales, naturales y divinos. Y, de esta forma, se comprende el sublime milagro de cómo el espíritu puede elevarse sobre sí mismo y puede *situarse fuera de sí mismo*, para poder contemplar a su lado a otros espíritus y a la naturaleza, y por encima de él, a la razón y a Dios, con mirada humanamente limitada, pero religiosa y segura.

Lo primero certero que se le presenta al espíritu es él a sí mismo con su personalidad; el primer conocimiento es autoconocimiento. Tiene entrada en la conciencia toda vez que el espíritu compara *la imagen de su propia vida* con la idea de un espíritu individual. Este autoconocimiento es el vínculo externo de todo el conocimiento restante; mas según su naturaleza hace que el sujeto conocedor *sea llevado más allá de su* personalidad. Pues en el autoconocimiento está tanto lo eternamente esencial de la persona como sus límites individuales. Al contemplar la idea del espíritu, cada persona *espiritual ve claramente* que sus límites individuales le bastan a la esencia del espíritu en parte, pero no totalmente. De este modo, al principio, se obtiene la idea de un mundo de espíritus, y el espíritu *está destinado a percibir* las expresiones vitales de otros [58]
espíritus y responderlas. En la medida en que el espíritu en seguida reconoce que sus límites no agotan su esencia como espíritu, llega *a la idea de la razón*. Si, además, limita de modo contrario lo esencial de la razón, alcanza de esta forma la idea de la naturaleza; y cuando el espíritu, finalmente, también reconoce estos límites como *tales, se le hacen perceptibles* la razón y la naturaleza como seres internos del Dios ilimitado. De este modo, se remonta el espíritu a la pura idea de la deidad. Si en todas las cosas no se hallara lo mismo *esencial único*, si todas las cosas no fueran una igualdad finita de Dios, el espíritu no podría conocer nada que no fuera él mismo. El conocimiento puro de Dios, sin revelaciones individuales, so-

lo le es posible al espíritu por la semblanza divina que le fue otorgada. Mas con este reconocimiento interno de Dios, de la razón y de la naturaleza, al espíritu no le ha sido otorgada *aun* la intuición de la propia *vida interna*, en *sí* real e individual de *los mismos*, ya que Dios, la naturaleza y la razón llevan esta vida eternamente más allá del espíritu, independientemente de él y de su conocimiento. Tampoco puede conocer sin lenguaje los pensamientos individuales y *las ideas* de otro espíritu. El espíritu *no puede* hacer llegar como por arte de magia desde sus propias profundidades la intuición de ningún acontecimiento individual que haya ocurrido fuera de él; pero en aquel reconocimiento interno de todos los seres *a través* de la fuente de *conocimiento pura interna* se abre su sentido interno, y se hace receptivo a la experiencia y la vida de intercambio omnilaterales.

[59] La experiencia como tal es la intuición de cosas y acontecimientos individuales, los cuales, como partes de la esencia y de la vida de objetos externos, entran, en imágenes fieles, en el mundo de lo individual en la razón, y son reconocidos y concebidos espiritualmente por el espíritu cuando *ya ha comenzado* la intuición de las *ideas* correspondientes. El espíritu *concibe* la idea de su propia esencia en su vida interna personal, pero no puede cumplirla ni completarla sin aceptar mediante la experiencia la individualidad de otros espíritus. *Sin revelaciones* individuales de *Dios mismo*, el espíritu solo puede *intuir la esencia* general de Dios, sin volver a encontrar a Dios en las expresiones individuales de su vida suprasensible; y de aquellas revelaciones debería dar testimonio una experiencia propia. Espíritus que vivieran *sin cuerpo podrían* y deberían reconocer *internamente* la naturaleza según su esencia y representarla en su mundo interno corporal, según prescribe la idea, pero no podrían saber nada de las obras y expresiones vitales individuales de la naturaleza, ni siquiera *vislumbrarlas*. Sin embargo, ¡con *cuánta riqueza* y fuerza fluye la vida de la naturaleza hacia el espíritu en los sentidos del cuerpo! El hombre llega a asistir a miríadas de sus múltiples obras, en la abundancia y

frescura de la vida, no alcanzadas por ningún conocimiento, y su mirada se eleva para contemplar el universo entero. En cada sentido la naturaleza se dibuja a sí misma, y sus imágenes, tal como nacen, cobran vida y se hacen presentes en el mundo de la fantasía. Aquí el espíritu las siente y comprende, las fusiona con imágenes individuales internas de la fantasía [60] que dócilmente acogen la imagen externa, y las lleva fiel y completamente hacia las ideas para producir conocimiento de la naturaleza real y de la idea de la naturaleza. Es la naturaleza misma a la que el espíritu ve, escucha y siente en su interior.

Así todo el ámbito de la experiencia es un regalo precioso del Divino para reconciliarnos con los límites de nuestra naturaleza también en el conocimiento. Al igual que en sí todas las ideas, del mismo modo también toda vida del universo es *un* todo; y el ojo de Dios contempla a todo lo vivo como experiencia *una*, indivisible, eterna y continua. Y aunque el espíritu no puede contemplar con los ojos de Dios, sí puede reconocer y conformar todas las experiencias que le son ofrecidas como expresiones de una gran vida digna de respeto por igual en todas sus partes. Por eso es tan importante para el sabio, y también para toda la humanidad, mantener el espejo interno del espíritu tan puro, el ojo interno tan vivo y la mirada tan imparcial como sea posible y, con ello, colmar y ampliar hacia todos los lados y de forma simétrica y eurítmica el círculo de la experiencia. El sabio extrae de todas las fuentes de conocimiento, apreciándolas todas, conocimiento vivo y transfiguración del mundo de las ideas, mas sin confundir las diferentes fuentes de conocimiento ni dejarlas confluir una en la otra de forma indeterminada. Y así el investigador inocente y perseverante consigue contemplar el sistema entero de las ideas a su particular manera limitada, pero luminosa y leal, y convertir su espíritu en un espejo de la deidad y del universo.

Y así, como todas las ideas son la idea una de Dios, también [61] la ciencia en sí es una. Pero en la idea originaria, cada idea subordinada es autónoma en el lugar que le corresponde, conclusa orgánicamente en sí misma. Por lo tanto, también a cada idea

autónoma le corresponde una ciencia, cuyo alcance y estructura interna se rigen según la idea, la cual es representada en lo individual. Cada idea tiene en la idea originaria otra opuesta a ella, igualmente autónoma y totalmente independiente de ella; por este motivo, también a cada ciencia particular se opone otra igualmente autónoma. Además, todas las ideas opuestas se asocian entre sí para expresar, también en su armonía, la esencia de la idea superior en la que se encuentran ambas; por ello, también todas las ciencias libremente opuestas forman una tercera armónica. Y dado que Dios, la naturaleza y la razón son las ideas supremas y únicas, la ciencia se divide, según su objeto, en la ciencia de Dios como Ser originario, en la ciencia de la naturaleza autónoma pura, en la ciencia de la razón pura y en la ciencia de la armonía y de la vida de intercambio de la razón y la naturaleza entre sí, y de ambas, por sí solas y unidas, con Dios. Para poder formar esta ciencia uniformemente en todas sus partes, en la medida en que lo permite la naturaleza humana, todos los hombres de todas las épocas han de recurrir unidos a todas las fuentes de conocimiento accesibles.

En cada conocimiento, las ideas son contempladas por la unión con lo individual correspondiente; pues la idea y lo individual
[62] son inseparables en la conciencia en cada conocimiento. Pero el espíritu puede elegir para ello dos vías opuestas, igualmente esenciales y dignas. Así, en la primera, la idea es lo reinante, la serie de pensamientos se ciñe a la esencia interna de la idea, los fudamentos probatorios son extraídos de la esencia interna de la idea, y lo individual se diseña libre, según la idea, como imagen de esta. En la segunda, el espíritu se entrega a la contemplación de lo individual y de su formación interna y reconoce qué idea y de qué forma está expresada en aquel; la serie de pensamientos se atiene entonces a la articulación y la construcción interna de lo individual, y los fundamentos probatorios se toman de lo individual mismo. El conocimiento primero, puramente ideal, es denominado, generalmente, filosófico, y el segundo conocimiento puramente real es denominado experiencial o empírico, porque la experiencia le aporta

la mayoría de los hechos. Pero ambas vías opuestas del espíritu convergen en una tercera intermedia, en la cual las ideas puramente conocidas y las ideas representadas en lo individual son confrontadas y puestas en unidad armónica, en conocimiento armónico. Los tres tipos de conocimiento se refieren todos al mismo ámbito completo de las cosas cognoscibles, y los tres usan para su construcción la contemplación inmediata interna del espíritu cognoscente en sí, y no menos el ámbito completo de la experiencia, cada uno a su propia manera. Un ejemplo de conocimiento puramente ideal es la actual metafísica y la matemática; la última no se puede configurar sin un imaginario [63]
individual, si bien el orden y la construcción de las ideas determinan el orden de sus objetos, y los fundamentos probatorios se toman constantemente de la idea misma y nunca de las determinaciones individuales de la figura. Las ciencias naturales puramente empíricas son un ejemplo de conocimiento puramente real; se entregan pura y abiertamente a la experiencia sensible, y solo acogen aserciones que la naturaleza misma haya pronunciado y probado. Excelentes obras sobre filosofía de la historia y de las religiones y sobre política demuestran cuán bello y gratificante es el conocimiento que llamamos armónico, y cuánto merece ser expandido uniformemente, por parte de las futuras generaciones, sobre el campo completo del saber humano. Este conocimiento armónico busca resolver el conflicto de la idea y de lo vivo en los pensamientos, y poner a ambos en armonía; diseña una imagen individual, llamada ideal, a partir de la idea puesta en armonía con lo real, lo individual; e inserta al hombre en el corazón y el ánimo de todo lo vivo, contempla cómo Dios y la razón y la naturaleza exponen eternamente las ideas en el tiempo, y enciende el ánimo para que también él, por su parte, con el corazón puro y con todas sus fuerzas, una su voz a la sinfonía de los seres. El conocimiento armónico es teodicea y humilde presentimiento íntimo del futuro.

De esta manera, la ciencia en sí es *un* todo orgánico. Según los objetos, es conocimiento de Dios, de la razón, de la

naturaleza y de su armonía. Según las fuentes de conocimien-
[64] to, es extraída de las intuiciones inmediatas en el interior del espíritu cognoscente, o de la experiencia, o de ambas fuentes de conocimiento a la vez. Y, finalmente, según el tipo de conocimiento, es conocimiento puramente ideal, o puramente real, o armónico. Cada hombre debe aspirar a convertir en visión propia, de este todo infinitas veces infinito, todo lo que su espíritu y su fuerza puedan captar. Si bien en una culminación superior la ciencia es solo una obra social de la humanidad de todos los pueblos y de todas las épocas. La ciencia es una obra de la historia, pero también una fuerza de la misma. Con cada nuevo auge de la ciencia se rejuvenecen y se embellecen todas las cosas humanas sobre la Tierra. ¡Que se alce ante cada nueva generación un sol cada vez más poderoso, cada vez con más pureza, en el horizonte de la vida!

Igual de digno que la ciencia e igual de infinito es el arte, su hermano divino. Por él arden todos los pueblos más nobles en su época más bella, y por él arden también hoy en día los pueblos más cultos de Europa. Es la segunda obra originaria del espíritu y de la humanidad.

El arte

El mundo de la fantasía, o lo individual corporal en la razón, se opone pura y autónomamente a las ideas. Este mundo tiene su propia vida interna, la razón forma en él según sus propias leyes, sin necesitar la influencia de las ideas. Mas el espíritu le acerca la ley de la idea, le regala una vida nueva ideal, crea. Solo aquello formado libremente según las ideas en este
[65] mundo de lo individual, alcanza la conciencia. La naturaleza, incluso en el mundo orgánico, es para sí misma siempre igual en una serie invariable de productos. En cada una de sus obras las partes están firmemente determinadas en el todo y por medio de este; y forma todo a la vez en un solo acto, la parte con

el todo, la figura solo en el ser vivo mismo, la figura humana solo en el hombre. Pero cuando el espíritu casa lo individual con las ideas, las leyes de la individualidad adoptan la libertad de la idea; y cada una de sus formaciones es autónoma y primer miembro de su serie, y solo para exponer completamente una idea libre, varias de estas formaciones constituyen un todo vivo superior. El espíritu poetiza, en el orden que le gusta, la primavera, el invierno, la flor, un cuerpo humano, un sol, un mundo puro de colores, un mundo puro de figuras; y el escultor presta a la piedra la figura humana, el pintor convierte la superficie en espejo de la vida y de sus formas, el músico confiere al aire la delicada vida móvil del sentimiento.

En la poesía, el hombre no está limitado únicamente a su mundo interno espiritual, él forma de este lo que quiere, transfiriéndolo a otros espíritus y enviándolo fuera a la naturaleza. Lo que en creatividad recibió y dio a luz en el santuario del espíritu, puede ser capaz de exponerlo en otros espíritus y en la naturaleza. La creación interna precede como imagen modélica a cada obra externa. Un maestro del arte interior podrá llegar a serlo también en el arte externo, y la altura e intimidad de su arte interior es el límite hasta el que se podrá elevar su [66]
arte externo.

Una obra de la poesía interna, una obra de arte interna, está acabada cuando toma cuerpo y vive según el grado de su esencia y existencia, cuando es verdaderamente formada e individualizada hasta en sus últimas partes orgánicas, cuando debe su existencia a la idea, libremente reposando en sí misma, y cuando, como parte libre, está ligada, o bien autónomamente o bien por medio de la idea, a un todo superior de la creación. El espíritu poético crea en el todo todas las partes siguiendo libremente la idea y su orden interno, insufla a cada parte la vida del todo hasta que el todo le responde completamente en la vida de su interior íntegro, asemejándose al pintor cuando ve nacer su obra gradual y libremente. Mas cuando un espíritu poético ha alcanzado la bella maestría, ve crecer nuevos retoños de la creación como surgidos por fuerza propia y brote es-

pontáneo. Vida nueva, plena y sana es lo propio de cada obra interna *de la poesía*, al igual que cada obra de arte externa que es conforme a su ideal interno.

Cada ser representa a su modo la estructura y las leyes fundamentales del *universo como* igual de Dios concluso y completo en su clase, de acuerdo con el nivel que detenta en la serie de los seres. Naturaleza y razón, espíritu y cuerpo, la idea y lo individual: *todos ellos portan el* sello de su origen divino. Cuanto más rico en formación y vida sea un ser, cuanto mayor número de opuestos y cuanto más íntimos se hallan armónicamente unidos en su interior, *tanto más rica y maravi-*
[67] *llosa* imagen viva de Dios constituye. Y así, el cuerpo, la obra maestra de la creación corporal, es receptivo a la exposición más diversa e íntima de las armonías fundamentales del universo, y supone el igual más excelso de Dios en la naturaleza. Esta semejanza a Dios, pura, clara y llena de vida de las naturalezas finitas en su finitud es la belleza. La fuente originaria de toda belleza en la que se mueven todas las cosas es Dios mismo y su fuerza. En la belleza de las criaturas se contempla Dios a sí mismo con agrado, y a las criaturas como dignas de Él. En la belleza, el mundo se evidencia como obra del maestro eterno. Donde se le expone al espíritu esta excelencia divina es conmovido íntimamente y elevado y le atraviesa un sentimiento religioso, suprasensible y sagrado, pues el espíritu siente al *Dios presente* y su unidad interna con Él. De este modo, el espíritu siente maravillado la eufonía celestial de la música cuando las ondas de los sonidos se mueven dentro de las relaciones *fundamentales* de los números eternos, según las cuales el mundo está construido y vive en Dios. También el mundo de las ideas tiene su serena belleza que conmueve al sabio igual que la verdad. *Cada ser recibe* belleza cuando se forma inocentemente y fiel a su propia naturaleza. Cada vida dichosa, rica e íntima es bella por sí misma, pero vive para vivir, no solo para ser bella. *Y Dios otorgó belleza a cada ser* según su capacidad, sensibilidad, deseo e impulso artístico. Todos los seres no deben ser partes meramente formadas, sino personas

formadoras y agentes de la obra artística divina del mundo. El hombre, como flor más bella de la creación, es quien siente y [68] crea de modo más íntimo la belleza. Todo lo que el hombre más ama lo reviste de belleza; cuanto más formado es un pueblo, con más universalidad y señorío defiende en él la belleza sus derechos; la ciencia, la sociabilidad, la religión, el Estado, todo se transfigura en su esplendor. La vida interna espiritual se eleva a belleza moral y a gracia. La belleza es fuente y alimento del amor.

También el mundo completo de la poesía interna de cada espíritu es capaz de belleza particular, y cada una de sus obras y cada todo superior de las mismas puede participar de ella. Basta que el espíritu rija libremente la formación de lo individual según la idea para que la belleza venga dada por sí misma, como a través de un amable destino. Pero también en este mundo de la poesía interna actúa una contraposición interna parecida a la del conocimiento ideal y real en la ciencia. El fundamento de esta no puede ser la belleza, porque de ella es capaz, al igual que cada ser, también cada obra de la creación interna. Esta contraposición se debe más bien a una relación esencialmente opuesta de la idea y de lo individual durante la formación de la obra fruto de su unión. Pues, o bien el ser y la eterna estructura interna de la idea son lo dominante y determinan el diseño y el progreso de la formación y el perfeccionamiento de lo individual unido con ella, o bien el ser y la estructura interna de lo individual dominan la idea que ha de presentarse en ellos, delinean el todo, determinan el diseño de las partes y dirigen la ejecución hacia la culminación. En [69] el primer caso, lo individual es formado como idea viva, así como cada parte libremente en el todo según idea propia y unida al todo por la unidad de la idea, sin debilitar o dañar la individualidad de la obra. En el otro caso, la obra se asemeja a una obra de la naturaleza, esto es, es algo vivo ideal en lo cual la exposición de la idea está subordinada a la individualidad y determinada y ligada a esta; las partes son individualmente determinadas a partir del todo, de modo contingente a su esencia

interna, pero sin dañar la idealidad de la obra ni contradecir la idea a cuya exposición está destinada la obra. Las obras de aquella primera poesía ideal gozan de una belleza libre, ideal; las obras de la poesía real, por el contrario, de una belleza ligada, real. La libre belleza de la primera interpela al espíritu más perceptible e intensamente, porque la libertad es el carácter fundamental de la razón y de toda actividad del espíritu; la *belleza libre es belleza espiritual*. Por este motivo, el arte ideal se denomina con derecho preferentemente arte bello. Y dado que el arte real acaba íntimamente su obra según las leyes internas *de su vida autónoma, y la refleja en la íntima vida* de la idea, llamemos arte íntimo al que se opone dignamente el arte bello. Igual que cada contraposición requiere ser armónicamente unificada, *también el arte bello y el íntimo forman una* unión omnilateral llena de vida. El espíritu que unifica armónicamente ambas tendencias artísticas crea obras igualmente
[70] excelentes en intimidad y belleza; pues una y otra se hallan en equilibrio dentro de ellas, unidas amigable y sabiamente para formar una obra superior. Un lenguaje musicalmente bello, un cuerpo configurado y animado con íntima belleza, una obra de bella arquitectura deleitan a la vez por su intimidad y por su belleza. Este tercer arte armónico es en el mundo artístico lo que el conocimiento armónico en la ciencia. Bien es cierto que, en él, el arte íntimo y el arte bello se limitan recíprocamente, pero también mantienen una interacción amigable, que genera vida superior en abundancia.

El espíritu no crea solitariamente en su mundo interno; como hombre recibe en los sentidos la vida de los espíritus, de la naturaleza y de Dios, y las obras de su amor y su arte. En su ánimo abraza al mundo con sentimiento e inclinación, recoge *activamente* en su interior lo que le revela. Conforma lo recibido, según su esencia interna, con la libertad de las ideas de forma íntima, bella y armoniosa, y lo eleva a las obras del libre *arte de la razón. Todo, incluso él en sí mismo,* deviene para el hombre objeto de aspiraciones artísticas. Expresa en palabra, gesto, canto y danza la vida de su ánimo, íntima y bellamente

movido. Toda su actividad está adornada con dignidad moral, gracia y belleza; y todas sus relaciones sociales con Dios y los hombres y con la naturaleza son obras de arte armoniosas. Forma incluso la ciencia con intimidad y belleza particulares. Como artista íntimo, bello y armonioso, el hombre interviene de modo autoactivo en la vida de intercambio de la creación; y [71]
solo rodeado de vida y belleza se gusta a sí mismo y se siente bienaventurado.

Cuando el mundo entero y su vida omnilateral completa son acogidos en un ánimo humano y renacen vivos con *inclinación y amor en el mundo de la fantasía, libremente según* las ideas y de acuerdo con la particularidad característica de la persona, entonces el hombre ve florecer un mundo íntimo *bello de la poesía, en cuya formación el espíritu imita la libre* creación de Dios. Este mundo poético es rico e inagotable en formaciones autónomas y bellas de todo tipo. Pues la poesía es la fuerza mágica del espíritu, con la que reproduce la creación del mundo en libre belleza y juvenilmente vuelve a dar a luz en su interior la vida de todas las cosas. El mundo de la poesía, por medio de las continuas influencias de la vida misma del mundo en los hombres y por su relación con la historia del mundo, es constantemente fecundado por Dios, por los espíritus y por la naturaleza. Lo que se forma en él con fuerza originaria, sale a la luz con ímpetu, vestido de la obra de arte figurativa armónica del lenguaje, en toda su abundancia e intimidad, amenizado por la eufonía y el ritmo de los sonidos. O bien se hace presente a sí mismo en la verdad de la naturaleza como imagen, como pintura, como música, como mímica y danza, representado autónomamente por una de estas artes, o como una obra conjunta en unión social de las mismas en el canto y en el drama. Y la vida de la poesía vertida por todas las artes en la naturaleza resuena como un eco del espíritu devuelto a los espíritus, los cuales se rinden a las influencias benditas [72]
de la belleza para embellecerse a sí mismos.

Cuando el espíritu concibe la vida del mundo en su individualidad y vivacidad plenas y puras, y la reconstruye libremen-

te en su interior según el íntimo arte de la razón, entonces ve nacer un mundo más estrecho, a veces más amplio, del arte íntimo, en el cual todo lo formado y vivo renace espiritualmente en íntima individualidad. Todo, incluso su propia esencia, su ánimo, su pensar, su crear, se le convierte al hombre en objeto de arte íntimo. El espíritu concibe sabia y formativamente la ley natural de cada ser, tanto de la naturaleza orgánica como de la inorgánica, e incluso de la Tierra entera. Interviene como poder extraño, pero amigable y cuidadoso, en la fábrica de la naturaleza y despierta en ella una segunda creación íntima, pero conforme a la naturaleza; anuncia a la naturaleza el poder y la dignidad del espíritu en la perfección y el ennoblecimiento de sus propias obras. Cuida y educa con sabiduría el mundo vegetal y animal y la especie humana. Actúa en el espíritu de la naturaleza misma, en la agricultura y en los oficios, así como en las artes superiores de la química, la física, la educación corporal y el arte divino de curar. La naturaleza entera habla del arte íntimo del hombre, pues asegura, cuida, propaga, eleva y completa toda vida en ella. A la naturaleza no le es concedido liberar sus fuerzas de los lazos del todo para completar obras singulares, pero el espíritu las desata. En las artes mecánicas, en cuanto parte del arte íntimo, se apodera él mismo de la
[73] masa y de los elementos, modera y orienta sus fuerzas, cómo y hacia dónde quiere, para estímulo y promoción de toda vida superior de la naturaleza y a favor de las necesidades superiores del espíritu.

Y, de este modo, el arte bello y el arte íntimo se contraponen en un paralelismo completo de las artes individuales que contienen con la misma dignidad y autonomía, desde la formación de las cosas más sencillas hasta la configuración artística del reino entero de los espíritus, de la Tierra entera y de la humanidad entera. Ambos requieren una disposición del ánimo particular opuesta y una habilidad artística excluyente, y requieren, cuando sus obras superiores han de colmarse con éxito, al hombre entero solo como artista. Un espíritu bien formado, empero, conserva y cultiva el sentido para ambos.

Cuando, finalmente, el mundo del arte bello se une y se funde en un gran espíritu con el mundo del arte íntimo, entonces nace, engendrado en amistad y amor de ambos, un mundo armónico del arte. En él lo bello es formado íntimamente y lo íntimo bellamente, y contiene obras en las que se muestran con el mismo poderío, por ser a la vez íntimas y bellas, el dominio de la idea y el impulso de la vida íntima. El espíritu mismo y el cuerpo y todas sus facultades y fuerzas, así como su vida de intercambio en el hombre, pueden y deben completarse en la educación armónica como obras de arte armónicas. Cada unión social de los hombres y, en su instancia más elevada, la humanidad de todos los tiempos alcanza la dignidad máxima como obras de arte íntimas y bellas. La lengua es un digno monumento del arte armónico del hombre. El arte de la [74]
construcción en obras singulares y en agrupaciones rurales y, en su triunfo superior, las bellas grandes ciudades; el bello arte de la jardinería en sus instalaciones individuales, así como en el espléndido cultivo de regiones, territorios y continentes enteros; y la potencia superior de ambos, esto es, el elevado arte de colonización de la Tierra entera: todo ello es parte esencial y admirable del arte armónico *uno*. Al arte armónico pertenecen las obras más grandes y sublimes de los hombres en la naturaleza; y, para producir sus obras, se requiere la unión social bien calibrada de los talentos más diversos y de los artistas del arte íntimo y del bello, pero, sobre todo, un gran ánimo con formación armónica y omnilateral y capaz de concebir la idea de la obra, proyectarla y dirigir con sabiduría a los trabajadores hasta alcanzar el objetivo.

La Tierra y el reino de los espíritus que la habita engloban el ámbito del arte supremo único que contiene el arte bello, el arte íntimo y el arte armónico, en sus actividades y obras, en autonomía y armonía omnilateral de todas sus partes, como la obra *una* mayor reconocible y representable para nuestra humanidad. Este maravilloso todo, tal y como lo representan los pueblos unidos social y artísticamente, en reposo y en bello movimiento, como una criatura íntima, bella y armónica en to-

das sus edades, recibe constantemente las influencias superiores artísticas de la naturaleza misma, de la razón y de Dios. Se
[75] forma libremente en el regazo de la eternidad. Con serenidad sagrada recorre el firmamento. Un fiel retrato de la obra de arte suprema de la naturaleza se proyecta a través de las ondas de la luz en nuestra obra en la Tierra, y hace que reconozcamos el lugar y vislumbremos la dignidad que caracterizan esta suprema obra de arte humana. Que las generaciones venideras se unan más íntimamente como humanidad y formen, con fuerza y amor siempre crecientes, la obra de arte única de la humanidad en la Tierra cada vez más bella, más íntima y más sublime. Que cuiden con el mismo amor y la misma fortuna el arte y la ciencia y funden, entre estas obras eternas de la humanidad, aquella armonía íntima que es el orgullo de la humanidad y la sal de la vida.

Ciencia y arte, obras del mismo espíritu, *igualmente originarias y dignas*, nacen de actividades opuestas. En ambas se trata de casar el mundo de las ideas con el de lo individual, pero en esta unión la ciencia está orientada hacia las ideas y el arte hacia lo individual. Ciencia y arte se hallan opuestos en su relación como *espíritu y cuerpo*, como *masculino* y femenino, y esta oposición es tan eterna como el mundo. Sin embargo, ambos poseen un organismo que se corresponde en todas sus partes, el cual solo hemos podido esbozar aquí en sus rasgos fundamentales. Y están destinadas, como *dos seres verdaderamente opuestos*, a compenetrarse mutuamente y a expresar en unidad armónica la unidad del Ser originario. Esta armonía de
[76] la ciencia y del arte es la tercera obra de la humanidad, con la que se cierra el círculo de sus obras originales.

La unión armónica de la ciencia y el arte

Sobre la ciencia y el arte flota libremente el espíritu, y sobre las actividades que los crean viven con quietud, formando y

amando, la voluntad y el ánimo. Verdad, intimidad y belleza deleitan al ánimo y conceden al espíritu pura satisfacción. En el deleite dichoso del logro obtenido se levanta con las alas de la imaginación el entusiasmo por una nueva formación. El espíritu persiste en su exploración y formación del arte cuando y donde quiere, y dirige a ambas con libertad. Lo que ha logrado en ciencia y arte lo encuentra a su disposición por doquier en la memoria, y su actividad creadora se convierte en bella habilidad para repetir las formaciones. El espíritu reconoce la armonía interna de la ciencia y del arte tal y como están hechos en su organismo entero el uno para el otro. Lo semejante en ambos se llama y se responde en la conciencia, y el espíritu se mueve libremente desde el mundo de la ciencia hacia el del arte y viceversa. Contempla las obras del arte a la luz de la sabiduría y anima al organismo de la ciencia por medio de la creación poética; y en el arte de la vida expone sabiamente y con destreza artística las doctrinas de la ciencia. La vida de cada espíritu se divide en la profundización del ánimo y en la actividad en ciencia y arte, y en aquella contemplación desde el ánimo y libre de esfuerzo en la cual el espíritu [77] disfruta de toda su esencia, y comienza sin intención un libre juego de bellos pensamientos y contemplaciones. Lo que ha reconocido en ciencia y formado en arte se encuentra en esta relación espontánea del espíritu consigo mismo formando una unidad en todo. Algunos espíritus prefieren formar ciencia, otros, por su ánimo y fuerza innata, se inclinan por el arte, y otros están llamados a aventurarse en la ciencia y en el arte del mismo modo y dar vida a una armonía íntima de ambos en interacción libre y bella. Mas un espíritu no puede vivir exclusivamente para la ciencia y descuidar por completo el arte, ni tampoco, al contrario, el artista desdeñar completamente la ciencia. Tampoco puede formarse la armonía de la ciencia y del arte sin tener fuerza en ambas, y tampoco pueden florecer ciencia o arte, o ambas, sin que el espíritu se mantenga a la vez libre sobre y dentro de ambas y dé vida armónicamente a sus formaciones. Pues la vida interna libre recibe todo alimento de

ciencia y arte, y tanto la ciencia como el arte no moverían su ánimo completo ni mantendrían ocupado al espíritu entero si el hombre no tuviera trato libre consigo mismo. En el libre juego de la ciencia y del arte el espíritu es tan sabio como artista, y *más aún, pues es ambas cosas en la misma proporción*. Lo que cada espíritu en este trato interno libre es a sí mismo lo será también para la sociedad.

¡Cómo se expande la vida interna del espíritu cuando trata
[78] como hombre a los hombres, a la naturaleza y a Dios! En todas las esferas de la sociabilidad humana es constantemente llamado a la exposición social de su vida interna y a la unión con fuerza ajena para producir obras conjuntas. Las flores de su vida espiritual más propia, los frutos de su conocer y crear, hacen cobrar valor a la sociedad a la cual hace partícipe; y esta participación y receptividad para la participación ajena determinan el alcance, la intensidad y la dignidad de su vida social. *El espíritu expresa su interior en palabras y obras*, y lo que su individualidad le impide producir por sí mismo lo recibe acabado por otros seres con los que tiene trato. El espíritu goza conociendo e intuyendo esto, reconfortando y embelleciendo, de este modo, su propia vida. Al recibir el espíritu las influencias de todo lo vivo ajeno a él *devolviéndolo revestido de su* particularidad, gana en universalidad, riqueza y profundidad. Se hace consciente de su particularidad, es animado con nuevo amor y fuerza para su destino interno y cobra cada vez más valor para sí mismo y para la sociedad.

También en la armonía social de todos los seres la compenetración y la libre vida de intercambio de la ciencia y del arte *es una; es solo un todo de la vida, al igual* que lo son la ciencia y el arte, cada una por separado. Y también la vida interna del espíritu, que nace de la unión de su ciencia y de su arte, se fusiona, sin perder su autonomía, con la vida de otros espíritus,
[79] con la de la naturaleza y con la vida de Dios. Se forma sobre la Tierra, el campo de la acción humana, un *todo individual lleno de carácter también de esta vida armónica*, el cual en todo tiempo mantiene su esencia, pero se halla también a la vez y

en cada momento individualizado y en formación progresiva conforme a las leyes. Bien es cierto que en ello el hombre individual también porta en su peculiaridad la perspectiva, el claroscuro y el colorido de su familia, de su pueblo y de su época. Pero *la vida armónica de la humanidad solo es una*, al igual que lo es la humanidad. Cuanto más íntima y firmemente se cierne la unión de la humanidad, tanto más individual, y aun con ello omnilateral, será el individuo, y tanto más orgánica y espléndida será la vida armónica social de la humanidad.

Ciencia y arte y la unidad y armonía libres de ambos son las obras originarias de cada hombre y de la humanidad. Se producen *con fuerzas determinadas y de un modo determinado*. Por este motivo, nos toca hablar ahora del organismo de las fuerzas humanas y de las formas de actividad humana.

Las fuerzas humanas y las formas de estas

El espíritu es una vida libre entera, mantenida en sí misma, de la razón, un organismo de actividades con fuerza originaria; es *y actúa según su naturaleza en la riqueza de toda su esencia*, como espíritu entero. El espíritu es alma. Del alma nace toda actividad y creación espiritual. Cuanta más alma posee la armonía de todos los esfuerzos singulares, cuanto más polifacético es el desarrollo de todas las fuerzas individuales, tanto más perfecto es el espíritu. [80]

El espíritu toma conciencia de su fuerza originaria como de *un impulso originario*. En su origen la fuerza *una* del espíritu se orienta hacia el interior, a las profundidades de la razón misma, para generar las obras originarias del espíritu en la imaginación. Entonces la fuerza del espíritu se impulsa también hacia el exterior para unirse con la vida entera, con la fuerza de Dios, pues el espíritu es un órgano de Dios, conoce e intuye a Dios; con todos los demás espíritus, pues todos son en sí *un* todo vivo; con las fuerzas naturales, pues razón y naturaleza

están destinadas por Dios a compenetrarse. La fuerza del espíritu se denomina preferentemente racional, en la medida en que como fuerza indivisa tiene a la vista el todo de su obra; y con entendimiento, en tanto que, gracias a sus facultades particulares, lleva a cabo cada parte de la obra, pero distinguiendo bien las partes en el todo; y armónica, en la medida en que deja actuar sus facultades singulares bien moderadas en toda su fuerza, para llevar a cabo todas las partes individuales de la obra según la idea del todo, uniformemente y para glorificar el todo.

Y junto con la fuerza, el alma ha recibido el sentido y la serenidad; y ella es capaz de intuir, y tener presentes en el espíritu los objetos sobre los que se dirige la fuerza. También el sentido, en su origen, está orientado hacia el interior y hacia la razón, para intuir en ella las ideas, lo individual y lo
[81] armónico. Pero se abre también a Dios, a la razón entera, a todos los demás espíritus y, como sentido externo, al cuerpo y a la naturaleza. El sentido externo es receptividad para ser conmovido por cosas externas y encontrarlas presentes en uno mismo, en cuanto se representan al espíritu por mandamiento de Dios. También con el sentido, así como con la fuerza, el espíritu se pertenece a sí mismo, a Dios y al mundo. El sentido es abarcante, rico y armónico, pues intuye el todo, sus partes y la armonía del todo con las partes y las partes entre ellas.

Mas el alma, como el todo vivo, encaja la fuerza con el sentido, hace que se compenetren íntimamente y mantiene su interacción constante y activa. Determina la fuerza a través del sentido, y el sentido a través de la fuerza, y se contempla en esta determinación recíproca a sí misma; es ánimo. Cuando la fuerza es determinada por el sentido, el ánimo siente placer y dolor: placer, cuando la fuerza es conmovida conforme a la razón; y dolor, cuando la fuerza es inhibida en su libre movimiento. Cuando la fuerza es determinada de ambos modos a la vez, entonces el sentimiento es una mezcla de placer y dolor. Cuando la fuerza es conmovida por el sentido, no se detiene nunca en el sufrimiento, sino que retroactúa con impulso so-

bre aquello que se le representa a través del sentido; y el ánimo siente este impulso de la propia fuerza como inclinación y resistencia, como amor y odio. Inclinación y resistencia se refieren al interior y al exterior, sobre todos los seres que se presentan al espíritu en el sentido. En tanto que el espíritu busca apropiarse de los seres por medio de su fuerza y acogerlos vivamente en su esencia, o bien rechazarlos, la inclinación es [82]
deseo y resistencia, rechazo. Sensación e inclinación son las dos expresiones vitales opuestas del ánimo, y el ánimo entero es capaz de hacer que se compenetren nuevamente, de modo que se eleven y atenúen mutuamente y se pongan en armonía temperada. En esta unión armónica de la sensación y de la inclinación, el ánimo es corazón, tal y como lo expresa sabiamente el habla, pues este juego rítmico, armónico y melódico de la sensación y de la inclinación en el ánimo aviva y mueve todas las fuerzas del espíritu como el manantial de toda vida espiritual. El corazón humano está abierto a todo lo bueno y lo bello dentro y fuera de la razón; late por cada ser que actúa armónicamente en el alma; es por naturaleza justo, y está lleno de amor, bondad y alegría.

Mas por encima del ánimo, vive y dispone el alma como voluntad libre, pura y sagrada. Las emociones e inclinaciones del corazón, su amor y su odio, están sometidos al tribunal del alma, como del espíritu entero. El espíritu deviene propiamente como espíritu objeto de su propia actividad, cae bajo sus propios sentidos, como cuerpo, tiene autoconciencia y, de este modo, se eleva convirtiéndose en su propio legislador y educador. El ánimo reclama que el alma disponga y determine en cada momento las fuerzas del espíritu de tal modo que le siente bien al corazón. Mas el alma no sigue ciegamente esta llamada, detiene su fuerza, se recoge en sí misma para examinar y probar su ánimo y corazón; somete las solicitudes del [83]
ánimo, sin sentir amor ni odio, con calma y sin tomar partido, a la idea de su naturaleza racional íntegra; y reflexiona, se decide, tiene voluntad y actúa. El alma recibe constantemente el alimento de la vida del ánimo por medio del corazón, mas

solo acoge lo que vale y lo asimila según las leyes de la vida puramente espirituales, en dignidad moral y belleza.

El espíritu actúa en el tiempo, pero libre de sus cadenas. Lo pasado no es pasado para el espíritu; le queda presente al espíritu en tanto pertenece a su esfera vital. Puede hacer presente para sí todo lo pasado en fuerza, sentido y ánimo, y ordenarlo libremente según ideas sin estar ligado al orden temporal de los acontecimientos. El espíritu rememora, recuerda, reconoce y vive en el pasado, el presente y el futuro, como en *un* gran presente, su vida moralmente libre.

A este organismo de las actividades y facultades espirituales corresponde exacta y completamente aquel de las corporales. A la fuerza espiritual le corresponde la fuerza orgánica del cuerpo en todas sus fuerzas subordinadas, que se expresan en un sistema de órganos; al sentido espiritual el corporal, al ánimo la unidad de los sentimientos e inclinaciones corporales; al corazón el corazón. Y así como la voluntad y su ley gobiernan al ánimo y al corazón, también en el cuerpo encontramos un gobierno supremo del principio vital en su totalidad, del que emanan todos los movimientos, todas las direcciones de cada uno de los sentidos y de cada una de las fuerzas; y esta volun-
[84] tad del cuerpo parece ser pensada bajo el instinto. Así como el espíritu, también el cuerpo es captado por sus propios sentidos, y también él puede retroactuar sobre sí mismo formando y destruyendo.

Por ello, la unidad del espíritu y del cuerpo fundada por Dios es tan completa y está tan íntimamente cerrada que ambos solo pueden ser activos y sanos simultáneamente. A la vez que se debilita y expira el sentido corporal, también lo hace el sentido correspondiente espiritual, y a la inversa sucede, asimismo, con el espiritual en relación con el corporal; y con la fuerza espiritual también se paraliza y destruye la corporal que le corresponde, y lo mismo sucede con la corporal en relación con la espiritual; y cuando se mueve un órgano espiritual, lo hace espontáneamente el corporal correspondiente, y lo mismo sucede con el corporal en relación con el espiritual. Los movimientos espirituales del ánimo

se comunican con los órganos corporales, y los movimientos corporales del ánimo con los órganos espirituales. Estos hechos los conoce y experimenta en general cualquier ser humano, y de modo aun más íntimo el naturalista y el médico; e incluso las lenguas de todos los pueblos son monumentos de esta correspondencia del cuerpo y del espíritu.

Cuerpo y espíritu se hallan en unión constante e involuntaria, pero también son capaces de acoger recíprocamente, con acción libre y voluntad, la vida de su organismo completo y cada movimiento individual de las fuerzas individuales. Entonces, ambos se coordinan para realizar obras comunes según ideas comunes; y sus fuerzas se estimulan, se encienden y se moderan mutuamente; y ambos son en el hombre *una* vida en armonía dichosa. Actúan, sienten, aman y aborrecen en consonancia y aspiran a una salud común del hombre completo. [85]
Solo esta sana armonía del espíritu y del cuerpo permite exponer la unidad general de la vida de la razón y de la vida de la naturaleza. Los espíritus puros únicamente tendrían que ocuparse del espíritu, pero cada hombre tiene la vocación próxima e inmediatamente presente de crear aquella armonía del cuerpo y del espíritu. Mas, precisamente por este motivo, el espíritu considera su formación espiritual como el asunto más importante y esencial; pues esta solo es posible por sus propias fuerzas, y solo por ella puede llegar el espíritu a ser capaz de unir su voz con fuerza y sentimiento a aquella armonía.

Hemos recordado el organismo de las actividades humanas para no adentrarnos sin preparación en el templo de la virtud, de la justicia y del amor, donde pretendemos dar lectura a las leyes según las cuales el hombre crea todo lo perfecto y bello.

La ley moral y la virtud

La ley interna de la voluntad pura y libre es el santuario más elevado del alma, pues esta tiene constante e ineludiblemente

presente esta ley, viviendo por encima de la fuerza, del sentido y del ánimo, y forma, como el yo completo, fuerza, sentido y ánimo según esta ley. La ley misma, sin embargo, es inalterable y eterna. Conforme a esta ley, la voluntad es pura, pues solo sigue la naturaleza propia del espíritu; y es libre, pues solo desea, independientemente de temor y esperanza, de alegría y sufrimiento, de amor y odio, lo que se halla en su esencia y en su esfera vital conforme a la idea, simplemente porque así se
[86] halla y porque es bueno. La vida entera de la razón y del espíritu es libre, como las ideas. Cada elemento de su actividad y cada obra inicia su propia serie; y no ha surgido de todo lo que le precede, sino solo de un impulso nuevo y primero del espíritu completo, por el cual se explica, y solo reconoce la ley de su idea. Solo aquel que posee una voluntad pura y libre, posee un sentido abierto y delicado, un ánimo íntimo y un corazón puro y afectuoso. Una voluntad pura y santa es la fuente originaria de toda vida y de toda alegría para cada espíritu.

Cada aspiración humana que haya nacido de una voluntad pura y libre y sea gobernada por ella es moralmente buena, y, a la vez, conforme a su naturaleza, como imagen viva de la actuación divina, moralmente bella. Vivir constante y armónicamente en voluntad pura y libre es la virtud del espíritu. La virtud es la salud y la flor de toda la vida espiritual. La voluntad moralmente buena se dirige originariamente al espíritu mismo, a toda su esencia, a todas sus fuerzas, a todos sus sentidos, a todo su ánimo y a todas las consonancias internas de su esencia. Mas el primer mandamiento, el inicio de su virtud, consiste en que el espíritu siempre actúe como espíritu completo, con toda su alma y todo su ánimo, y que realice los actos individuales en adecuada relación con su esencia y vida enteras. Por ello, el espíritu virtuoso aspira a adentrarse en sí mismo, a conocerse a sí mismo, y a mantener siempre presente la idea de su esencia. De este modo, la virtud es a la vez el arte supremo y el estado más bienaventurado. El espíritu virtuoso considera igualmente
[87] te sagradas sus fuerzas, su entendimiento, razón, intuición e imaginación, al igual que todos sus sentidos y su ánimo. For-

ma todas sus fuerzas uniforme, autónoma y armónicamente, ejerce y purifica sus sentidos en bellas proporciones, forma y santifica su ánimo y corazón. Todo ello no suprimiendo sus sentimientos e inclinaciones, sino purificando y sublimándolos y poniéndolos en consonancia entre ellos, entregándose a ellos solamente según las exigencias de la pura voluntad. De este modo, el virtuoso despliega la eterna excelencia de la razón sana y vivazmente en el tiempo. La forma moral de su vida le es infinitamente valiosa al espíritu, pero ello no le vuelve insensible hacia los frutos de su aspiración, ni hacia el éxito de sus obras. Solo puede lograrlos, sin embargo, cuando su aspiración en la perfección moral sea a la vez conforme a la naturaleza de las cosas a las que se dirige y conforme a la idea de la obra que pretende ejecutar. Por ello, el virtuoso honra la naturaleza de las cosas, la explora y se ajusta a ella cuidadosa y amorosamente en todo lo que emprende. Tanto virtud como ejecución artística tienen valor puro en sí, pero en su unión ambas merecen la máxima apreciación.

Cada espíritu es particular en cuanto a alma, fuerza, sentido y ánimo. Es cierto que la virtud aspira en cada espíritu alcanzar todo lo bueno y bello que buenamente sea capaz de conseguir la naturaleza del espíritu, pero siempre solo en la medida en que lo pueda producir la particularidad de ese mismo espíritu. Cada espíritu tiene su ideal particular. Para adecuarse a este ideal, el espíritu virtuoso explora su individualidad, la purifica [88]
y santifica y forma su vida para que sea un organismo rico en arte y moralmente bello. La esencia de la virtud no solo consiste, en general, en desear y ejercer exclusivamente lo bueno; también debe desear precisamente esto bueno, en ese preciso instante y lugar, por cuanto y en tanto que es conforme a la obra individual de la vida, y ejecutarlo con destreza artística, con entendimiento sensato y amor puro. Así, cada espíritu conforma su modo de vida individual, su carácter virtuoso individual; y, como toda belleza, también la virtud se hace real en un número infinito de ideales igualmente bellos. Todos los caracteres particulares de los espíritus individuales, esencialmente

opuestos entre sí, pensados en interacción forman el carácter virtuoso de la sociedad de espíritus a la que constituyen.

También la fuerza vital orgánica, que edifica el cuerpo, tiene su ley natural pura y libre y la capacidad de determinar libremente todas sus fuerzas y sentidos subordinados y todos los movimientos del ánimo según esta ley; una capacidad que corresponde a la voluntad del espíritu en el cuerpo. El cuerpo encuentra lo bueno y bello que es suyo propio, sin que requiera para ello la instrucción del espíritu. Y cuando toda la fuerza vital, como instinto, se dirige autónomamente solo hacia lo bello que le es esencial al cuerpo, entonces, según la lengua del entendimiento sensato, se trata de la virtud del cuerpo. Y esta virtud la vemos expresada pura y peculiarmente en cada animal sano. El cuerpo humano sabe conformarla de modo más
[89] rico, delicado y uniforme, pero también en él puede su virtud corromperse de la forma más terrible mediante la actuación insociable e inmoral del espíritu. En la misma medida en que el espíritu y su virtud son individuales, también lo son la vida y la virtud de cada cuerpo.

Cuando el espíritu vive como hombre, su virtud espiritual se extiende también a su cuerpo; escucha la voz virtuosa del instinto, la honra y se somete a ella, en tanto que está en armonía con la virtud puramente espiritual. Nunca somete los órganos y las fuerzas del cuerpo a los deseos inmorales de un alma corrompida y no destruye ni profana al cuerpo por medio de las fuerzas propias de aquel. El espíritu virtuoso procura más bien elevar aún más la salud, belleza y fuerza del cuerpo y su virtud pura, principalmente por la dignidad propia del cuerpo, pero también para prepararse a sí mismo un templo puro de su vida espiritual. Procura fundir la virtud del espíritu con la virtud del cuerpo en *una* virtud humana que ennoblezca a ambas y produzca bellos frutos de la ciencia, del arte y de la sociabilidad. El carácter virtuoso peculiar del espíritu, unido con el del cuerpo, fundamenta y sostiene el carácter virtuoso peculiar de cada hombre.

Dios, razón y naturaleza rodean al hombre con su vida superior; el virtuoso les abre sentido y corazón con inocencia

infantil y devoción al orden divino de las cosas, piensa y actúa en el espíritu de Dios, y su vida interna y externa se mueve armónicamente con la vida del mundo. En el trato con Dios y [90] en sociabilidad amorosa con todos los seres, su virtud gana en intimidad y belleza, fuerza y gracia, su carácter adquiere aquella actitud inquebrantable, aquella grandeza elevada del alma singular que es capaz de crear las obras grandes que pertenecen a la humanidad misma.

De este modo, la virtud perfecciona al hombre entero puro en sí mismo, fiel a su propia naturaleza. Esta naturaleza suya particular le exige al hombre respetar y tratar a cada ser según su naturaleza y mantener todas sus relaciones con todos los seres puras y sanas, conforme a la voluntad de Dios. Pero esta exigencia es en sí misma más bien una parte de *una* exigencia elevada de Dios que concierne al mundo, es anterior y superior que el espíritu, el cuerpo y el hombre. Es del derecho de lo que hablo y de la justicia que emana de Dios.

El derecho y la justicia

Hemos reconocido la autonomía y la interacción armónica de todas las cosas como las formas fundamentales del universo, de toda vida y toda belleza. Según el orden del mundo establecido por Dios, todos los seres están puestos en relación mediata o inmediata entre ellos; establecen relaciones de unión y de sociabilidad. Pero cada ser es cautivo de su naturaleza, y solo cuando conforma su propia naturaleza independiente, libre y llena de fuerza, puede ser acogido en armonías gradualmente superiores de las cosas. La comunidad y la sociabilidad de los seres no pueden renegar de su naturaleza propia, ni suspenderla, sino que han de confirmar la misma y elevarla a [91] una esfera vital superior: de lo contrario, el segundo acto de Dios, que consiste en poner en armonía a los seres, destruiría su acto primero, que consiste en conceder eternamente a todos los seres su naturaleza particular.

Por este motivo, todas las relaciones en las que todos los seres están puestos entre sí deben estar dispuestas de modo que todos los seres que son miembros de cada una de ellas subsistan en esta relación con su naturaleza particular; y que en y a través de cada relación, la armonía por la cual esta se establece se produzca efectivamente conforme a la naturaleza particular de los miembros y a las leyes eternas del mundo. En cada una de las relaciones es preciso que todos los seres que formen parte de las mismas sean sanos y florezcan cada uno por sí solo y todos juntos en la armonía requerida por Dios. Dado que la armonía de todos los seres del mundo es una sola, también todas las relaciones existentes entre ellos y las armonías individuales que se generan en las mismas han de estar en consonancia con aquella gran armonía *una* de la vida general de todas las cosas en Dios. Por ello, cada relación no solo ha de estar dispuesta en sí misma de tal modo que en ella todos los miembros por sí mismos y en su armonía sean sanos y florezcan, sino que, a la vez, debe estar puesta en armonía con todas las demás relaciones con las que establece contacto, es decir, debe estar dispuesta de tal forma que, hasta donde alcance ella misma, la naturaleza y la armonía de cada ser y la armonía divina de todas las cosas permanezcan y sean promovidas por ello. Una relación de dos o más seres así dispuesta correctamente
[92] y conforme a la naturaleza podría denominarse precisamente una relación sana. Por ello, cada relación debe ser sana en sí misma, e igualmente sanas deben ser sus relaciones con todas las demás relaciones. Esta rectitud, conformidad con naturaleza o salud de todas las relaciones de todos los seres es la voluntad santa de Dios; y por ello, esta misma voluntad santa requiere de cada ser que, en toda su comunidad con otros seres, determine su propia fuerza de tal modo que contribuya a mantener y promover aquella salud omnilateral de todas las relaciones con la armonía general de los seres en Dios.

La misma conformidad con la naturaleza y salud de todas las relaciones de todas las cosas entre ellas, en y con Dios es el derecho *uno*, y la creación y ejecución de dicho derecho

por Dios y por cada ser en su parte es la justicia *una*. Es decir, que el derecho es la forma general esencial de las relaciones de todos los seres contra todos, según la cual, en la comunidad de todos los seres cada uno es completado en su propia naturaleza y la armonía de todos es y llega a ser real. Cuando los seres entran en comunidad, sufren mutuamente limitaciones; la suma de todas las limitaciones que un ser sufre por todos los demás con los que entra en comunidad y por la vida del mundo entero mismo, puede denominarse constricción del mundo de este ser. Incluso estas relaciones limitadoras, la completa constricción del mundo, han de determinarse de tal modo que se mantenga en ello la naturaleza de cada ser, del limitado y del limitador, y su armonía; también ellos pertenecen al organismo uno del derecho. [93] La idea del derecho es, pues, una idea divina del mundo y se extiende a todos los seres, no solo a los hombres. El derecho es verdad eterna, fuente de la belleza del mundo, mientras que lo que se opone al derecho es mentira y desfiguración; la justicia edifica y adorna cada vida, mientras que la injusticia la corrompe y deshonra. Un ser es justo en tanto que, en lo que es, produce y mantiene, sin beneficio propio, el derecho para sí y para todos los demás seres. Dios es justo en su ser, mantiene y forma todas las cosas y su armonía, con justicia uniforme, por los siglos de los siglos. El mundo es *un* reino de Dios, Dios el monarca, y todos los seres son ciudadanos de este. Por ello, todas las cosas están en armonía predeterminada; la justicia es indisociable de su esencia. Se resuelven todas las disonancias de la vida del mundo; en sí el derecho *uno* entero es real, y visto con los ojos de Dios también nos parecería real a nosotros. Pues Dios, el legislador y juez del reino universal, es santo e infalible. El fundamento del derecho *uno*, así como los derechos que contiene referidos a cada ser individual y a cada comunidad de seres, es en máxima instancia únicamente Dios, y así también por la naturaleza propia conferida por Dios a cada ser, y la naturaleza de la armonía de todas las cosas fundada por Dios. Por ello, cada ser, fundado en Dios, reclama su

derecho serenamente y no en vano, y su justicia es parte de la justicia *una* de Dios.

[94] Todas las criaturas son sujetos de derecho libres y autónomos en el Estado de Dios. Cada ser, por su parte, ha de conceder su derecho a cada ser y está autorizado a reclamar de todos los seres el derecho para sí y para otros y a hacerlo real desde todas las fuerzas. De ahí que Dios haya sembrado en cada vida un sentido inextinguible para el derecho y la justicia; por ello adquiere el mismo sentido que Dios, pues se eleva por medio de la idea divina del derecho muy por encima de las limitaciones de su propia naturaleza, y se purifica, en tanto que es justo, de todo vano beneficio propio. Los derechos que ha de prestar un ser se refieren a la naturaleza y a la armonía de los seres a cuyo beneficio se prestan. Por este motivo, para el derecho, cada ser está vinculado a Dios y al mundo; así también, todos los seres están autorizados a obligar a cualquier otro a que de este modo le reconozcan su derecho, en tanto que en sí sea conforme a derecho, es decir, que sea conforme a la naturaleza del prestatario y al orden divino de todas las cosas, por ende, al derecho *uno* entero mismo. El derecho es reclamado por Dios mismo, y cada ser es por tanto siervo de la justicia divina formando a su modo parte del amparo jurídico divino. Cuanto más rico y vivo sea un ser, y cuanto más variada e íntimamente se encuentre enlazado con otros, tanto más amplia y polifacética es su esfera de derecho, tanto más desarrolladas, orgánicas y delicadas se vuelven sus relaciones de derecho, y tanto mayor es su parte en el amparo jurídico divino.

Por ello, la humanidad con todas sus totalidades internas
[95] y hasta el hombre individual, es el mayor y primer sujeto de derecho en la Tierra. En el pecho del hombre se expresa espontáneamente el honorable sentimiento del derecho; contempla amplia y claramente esta idea divina y siente que sea sagrada por medio de Dios, el mundo y su propia naturaleza. El hombre está obligado a honrar el derecho incluso antes de que lo ame, aunque su corazón apasionado aun luche contra el rigor sublime del derecho, incluso cuando haya infringido

el derecho. El sentimiento del derecho eleva al hombre sobre sí mismo, le purifica con poder divino de todo provecho propio y egoísmo, y con ello espíritu y ánimo se convierten en semejantes a Dios. La justicia ha de animar a la humanidad y a cada hombre uniformemente frente a todos los seres, para que se completen a sí mismos en consonancia con todos los seres y contribuyan a crear la armonía divina de todas las cosas haciéndose valer de todas las fuerzas.

El justo no considera a ningún ser para su propio provecho, como si estuviera destinado a él solo, sino que lo reconoce como un ser congénere libre en Dios, como compañero de la vida y de la armonía del mundo. Por ello, trata a la naturaleza en cada una de sus obras como algo digno y bello en sí, no como sierva y auxiliar subordinada a la razón. Atribuye al cuerpo los mismos derechos originarios que al espíritu; vive en y por medio de él, como con un ser digno y bello en sí, y entabla amistad con él, como con un órgano libre de la razón. El justo no ofende a ningún ser, ni a la flor, ni al gusano, ni al hermano, ni a Dios. Da y proporciona, tanto como puede, a [96]
cada ser lo suyo, y entonces vive, feliz por su fuerza, sin miedo y en armonía con todas las cosas. Cuando sufre la injusticia, no se siente por ello autorizado a corresponder a la injusticia con más injusticia; pues sus responsabilidades con el derecho se basan en la naturaleza eterna de Dios y los seres, y no pierden su validez ni se modifican por el comportamiento de cosas finitas; deja en manos de Dios mismo compensar cualquier injusticia. El arma del justo únicamente es la justicia, no emprende nada contra el injusto salvo resguardarse de él y reconducirle de manera justa hacia la justicia.

Cualquier hombre lleno de ánimo siente que también a él le ha sido conferida por Dios una parte de la creación y vivificación del derecho; la virtud misma, en cuanto salud interna de su esencia entera, reconoce el derecho como la fuente de salud de la vida general del mundo. La voluntad pura consagra corazón y ánimo al derecho eterno y el hombre es embargado por el entusiasmo divino para concebir y acoger el derecho co-

mo obra de arte; comprende la justicia como parte esencial en la obra de arte de su vida entera. Así como todo arte que haya de florecer y madurar requiere al hombre entero, así también la obra de arte del derecho consagra una posición honorable entre los hombres a los investigadores y artistas del derecho.

Dado que la humanidad es, en espíritu y cuerpo, en el lugar más elevado *una* humanidad y vive como un organismo en sí mismo, en totalidades que se van estrechando progresivamente
[97] hasta descender al individuo, habiendo originariamente solo *una* esfera suprema de los derechos humanos, *un* derecho de los hombres y *una* justicia. Este derecho *uno*, empero, se reparte en determinadas esferas de derecho propias de las uniones sociales individuales y de cada hombre individual, sin que, sin embargo, estas esferas se separen. Por ello, cada hombre individual, cada familia, cada unión social libre, cada pueblo posee su derecho particular, su amparo jurídico y justicia particulares. Pero dado que todas las esferas del derecho subordinadas se comportan frente al derecho de la humanidad entera como partes orgánicas frente a su todo orgánico, como los miembros al cuerpo, de esta forma, todas las esferas del derecho subordinadas permanecen también vinculadas, sometidas y comprometidas hacia la esfera entera del derecho de la humanidad. Han de reconocer las leyes del todo y observarlas en su esfera particular; han de determinar su propia esfera de derecho conforme a la naturaleza de la humanidad entera; y como lo demanda la idea, la cual, surgida de la idea *una* de la humanidad, señala el alcance de la esfera individual del derecho individual. La esfera del derecho superior ha de decidir en qué medida debe dejar a la subordinada a su suerte. Sin embargo, la esfera del derecho superior no debe, y ello ya por su propio bien, infringir ni destruir la libertad del derecho y el amparo jurídico de la esfera del derecho subordinada; y ningún sujeto de derecho subordinado, movido por el ansia de dominar, debe sobrepasar su esfera, sin perjudicarse a sí mismo y a
[98] la armonía de las esferas de derecho, ni a la salud del derecho *uno* de la humanidad. Incluso a cada hombre individual le

corresponde su propio amparo jurídico, pues muchos son los actos de justicia a su alcance cuando voluntariamente ya ha satisfecho todas las leyes del derecho de su pueblo, de su familia, y de su posición, y aun cuando no interviene arbitrariamente en el amparo jurídico de ninguna unión social superior de los hombres.

La humanidad en la Tierra es y se convierte en *un* todo, y por este motivo, como ser que crea y practica el derecho y la justicia debe ser y convertirse en *un* todo; *un* gran artista del derecho y de la justicia, el cual vivifica el gran todo del derecho *uno* de la humanidad en todas sus partes orgánicas como *una* gran obra de arte. La idea del derecho de los hombres se refleja en toda su riqueza y belleza, en primer lugar, en el ánimo puro de los hombres clarividentes; es recibida por ellos como idea artística, por ellos es distribuida a lo largo de la estirpe entera, para que también aquella humanidad se convierta en ciudadano digno en el reino de Dios, y, en consonancia con todos los seres, se una en la justicia de Dios que, como destino justo omnireinante gobierna todos los tiempos. Tras la humanidad, son los pueblos los sujetos de derecho supremos en la Tierra. Por ello, cada pueblo debe formar de modo particular su esfera de derecho como obra de arte, cada una independiente de todas las demás, con su propia legislación, con sus propias fuerzas, no sometida a nadie, ni responsable ante nadie, como hombre supremo en la Tierra, en la humanidad. Algún día la humanidad de esta Tierra ha de decidir, [99]
como humanidad entera, sobre las circunstancias de los pueblos conforme al derecho, y formar un organismo superior del derecho en relación al cual los pueblos se comporten como cada hombre individual se comporta respecto a su pueblo. Hablamos de pueblos emancipados, de la edad madura de la humanidad; pues mientras la humanidad misma no se declare sujeto de derecho supremo y actúe como tal, los pueblos deben su situación del derecho a su poder omnilateral y superior, o bien a un interés común, o bien a la tutela benéfica de pueblos poderosos y emparentados. Es solo paulatinamente

como la razón misma y la humanidad ocupan el lugar del poder puramente externo.

Si llamamos Estado a la obra de arte social de cada uno de los pueblos a favor del derecho, podemos conferir a la recientemente concebida idea de un Estado general de hombres en la Tierra, que engloba a todos los Estados individuales de pueblos con carácter propio en la Tierra como a sus partes esenciales armónicas, el nombre de Estado en la Tierra, la Alianza del Derecho en la Tierra o incluso el de Estado mundial. Pues, aunque nuestra Tierra solo constituya una pequeña parte del mundo, es un reflejo vivo completo del universo, y su dignidad y belleza se deben, en primer lugar, al organismo de su vida, al número y a la medida de sus partes y a la interrelación de estas, no al tamaño individual.

Más adelante, ya hablaremos con más detalle acerca de la elevada idea del Estado en la Tierra. Detengámonos ahora en sus ideas hermanas, las ideas de la vida de intercambio, del amor y de la belleza. Pues virtud y derecho se dan la mano
[100] para conducir al hombre al amor, para perfeccionarlo en pura belleza y semejanza a Dios.

El amor y la vida de intercambio

Si queremos recibir el calor de la sagrada llama del amor y en su pura luz descubrir el laberinto de la sociabilidad humana, el espíritu y el ánimo han de elevarse a Dios; pues Dios es el amor eterno mismo. La humanidad sociable sigue el curso general del amor insuflado a todos los seres por el amor de Dios; también ella venera la ley universal del mundo de compenetración armónica y recíproca de toda vida como vida *una* en Dios.

La vida de intercambio del todo supremo y de todos sus miembros la vemos expresada en el cuerpo humano con tanta perfección como es posible en un organismo finito. En él se

compenetran la vida del todo y la vida autónoma de todos los miembros, la vida de cada órgano levanta el vuelo hacia la vida del todo, y embargado por el impulso vital del todo, la vida de cada órgano penetra la de todos los demás. Solo en la salud y la fuerza de la vida entera prospera la vida de cada órgano individual, y en la salud y la fuerza de todos los órganos florece la vida del cuerpo. Todos los órganos están verdaderamente presentes entre sí y en el todo, sin renunciar a su propia vida libre y autónoma, la cual solo reciben y mantienen en vida de intercambio saludable entre sí y con el todo. Es esta la imagen de la vida *una* de todas las cosas en Dios, a la que ahora que- [101] remos dirigir los ojos del espíritu.

Razón y naturaleza son las obras y los órganos supremos de Dios, y la expresión suprema de su vida de intercambio interna es la siguiente: penetrar vivamente razón y naturaleza cada una por sí sola, ponerlas a ambas en vida de intercambio y también estar vivamente presente en esta vida de intercambio suya. Dios está inmediatamente presente en ellas, como su alma superior; las vuelve a acoger en sí mismo en constante interacción libre como órganos suyos llenos de vida, sin perturbar su vida autónoma libre, sin alterar o suspender las leyes que creó eternamente para ellas. Y ambas, razón y naturaleza, por el amor de Dios, extraen constantemente alegría y fuerza para la propia vida de Él, fuente originaria de su ser y existencia. El amor de Dios les precede por influjos superiores; su vida en Dios, empero, empieza ahí en su interior solamente en la medida en que han sabido adquirir por su propia fuerza la madurez para ello. Naturaleza y razón conforme a su ser están en Dios, y viven en Él por el amor de Dios; son seres en intimidad con Dios. En su intimidad con Dios se encuentran ambas para penetrar recíprocamente su vida característicamente opuesta; el amor de Dios las conduce a su encuentro, para que por medio de influjos recíprocos funden una comunidad. Entonces, acogen entre ellos estos influjos en acción espontánea, los atienden y mantienen, tal y como es conforme a su propia naturaleza y a la esencia de Dios, y finalmente, elevan

su sociedad a la vida de intercambio suprema armónica, a la
[102] sociabilidad suprema del mundo. Uniforme y rítmicamente se atraviesan en todas sus esferas vitales internas, viva y bellamente. Nos hallamos aquí en el umbral de un mundo de acontecimientos de orden supremo, del que sabemos que existe, del que podemos vislumbrar su interior, pero el que no somos capaces de ver con claridad.

Esta vida de intercambio de Dios y de sus órganos supremos se refleja con una imagen renovada, pero fiel, en la naturaleza y la razón, al igual que en cada esfera vital de estas. También el órgano más interno y rico para la compenetración de la razón y de la naturaleza, la humanidad, la representa en sí mismo y en su vida de intercambio con todas las esferas superiores. Cada ser libre y autónomo se halla penetrando de manera mediata o inmediata por la vida de todo otro ser libre y autónomo; y en esta comunidad omnilateral y sociabilidad íntima, todos los seres se acreditan como órganos divinos, existiendo la vida orgánica *una* de Dios solo en ella. Para Dios mismo, cada uno de sus órganos se halla abierto a influir de manera mediata e inmediata; y cada ser es capaz de vivir en Dios conforme al grado de su existencia; todos los seres tienen intimidad con Dios. La razón actúa en la medida que es un todo en cada una de sus esferas vitales internas, y cada una de ellas es capaz de relacionarse con ella en verdadera unidad de la vida. Y lo mismo ocurre con la naturaleza. Y en la humanidad, en cuanto órgano más completo de su vida de intercambio, confluyen los influjos de todas las esferas superiores para
[103] celebrar el amor más íntimo y bello, la vida de intercambio social más rica.

Del mismo modo en que razón y naturaleza se unen por medio de Dios, y elevan con libertad la comunidad concedida por Dios a la vida de intercambio social, se repite esta relación en todas las naturalezas que son las ramas que se encuentran a la misma altura si bien enfrentadas en el árbol de los seres. Son unidas en comunidad por medio de su esfera inmediatamente superior, que son sus órganos superiores. En ella se reconocen

como órganos de este todo vivo compenetrándose amorosamente en la plenitud de su ser. Un carácter propio adquiere la sociabilidad de los individuos, los cuales, en número infinito, semejantes más aun así característicamente diversos, constituyen *un* órgano de una esfera universal armónica. Del mismo modo, lo constituyen también los individuos del reino de los espíritus en la razón, los individuos de los reinos orgánicos en la naturaleza, y los hombres en cuanto individuos de la humanidad *una* en el universo. También ellos imitan en su interior, sea en círculos más estrechos, sea en círculos más amplios, aquella vida de intercambio supremo de Dios y de sus órganos.

Toda sociabilidad presupone una comunidad, y se forma en ella. El fundamento de toda comunidad, empero, es, por encima de todo, el amor precedente de Dios que desea y crea la armonía de toda vida en Él. Cada comunidad fundada por Dios es necesaria para los seres que han sido unidos por ella, mientras perduran los motivos superiores de esta y hasta donde ella alcanza. Esto vale para la asociación de la razón con la naturaleza, la del espíritu con el cuerpo en el hombre y la de los hombres entre sí en la Tierra, su esfera de vida común [104]
superior. La comunidad de seres superiores con inferiores es inmediata, mientras que la sociedad de seres cohabitantes del mismo rango en y mediante sus esferas superiores comunes es mediata. Comunidad hay en todos los lugares donde tienen lugar las expresiones vitales internas de los seres, donde reaccionan y se limitan mutuamente, pero manteniendo su autonomía y aspirando a elevarla. E incluso hay ya comunidad donde los seres retroactúan recíprocamente, sin formar una verdadera unidad de vida, sin reconocerse mutuamente como *un* ser ni relacionar sus vidas en el espíritu de una unidad superior. Incluso cuando varios seres son útiles los unos para los otros en su comunidad, promueven mutuamente su vida interna y llegan a producir obras comunes con fuerzas comunes, pero no unidas en *una* vida, incluso en estos casos hay solo comunidad, aunque no verdadera sociabilidad, pues falta la verdadera unidad de una vida superior que consista en su

comunión. Todas las sociedades del tipo mencionado en último lugar solo son mantenidas por un interés común externo, y solo tienen valor y continuidad cuando en ellas los seres no se rebajan hasta convertirse en meros medios, manteniéndose unidos por la justicia.

La comunidad impuesta a los seres cohabitantes por una esfera superior, como por un destino inexcusable, es el terreno en el que florece la sociabilidad; pero también es el terreno de la disputa, en el que brotan las fuentes de la desventura y de
[105] la perdición. Pues cada ser puesto en comunidad, movido por su impulso vital interno referido a inclinación y deseo, actúa en la esfera vital superior común a todos; cada uno se mueve en ella libremente siguiendo las leyes de su propia naturaleza, sin prestar consideración a otros seres. De este modo, las fuerzas opuestas de los seres unidos en sociedad se encuentran entre sí por azar, se obstaculizan, se limitan, se incomodan. Entonces, se despierta en los caracteres fuertes y heroicos la lucha por la independencia y la salud interna. Pero esta constricción del mundo, aunque tan terrible en sus apariencias, no requiere de ninguna *teodicea*. Pues los contrincantes aprenden a conocer las fuerzas propias y las ajenas, y se despierta entonces la idea del derecho. La disputa justa crea respeto, purifica a la comunidad paulatinamente de todos los elementos no sociables, acalla el egoísmo y el deseo de beneficio propio. Las partes en conflicto se reconocen entonces como órganos igualmente dignos de vida superior, se reconcilian y comienza una disputa más bella, la disputa por el amor y la alegría. Pasan, a través de la disputa, a la amistad y la sociabilidad fructífera.

Verdadera autonomía, perfección de la naturaleza propia e individualidad característica constituyen el único terreno sobre el que pueden prosperar el amor y la sociabilidad. El anhelo que siente cada ser por ser autónomo y perfecto en su género existe en él antes que el amor. E igualmente originario y esencial es el impulso por calmar este anhelo, por luchar con valor y perseverancia contra todos los obstáculos puestos a la feliz
[106] autonomía. Este es el heroísmo propio de cada ser, sin el cual

no puede ni amar ni es digno de ser amado. La autonomía no es superior ni más digna, pero es anterior al amor; sin ella no existe dignidad ni vida. Incluso el amor y la disputa, aunque posibles, serían, sin ella, igualmente desdeñables, aunque también fueran posibles sin autonomía. En la disputa con las hostilidades desencadenadas contra la vida más propia es donde se conforma toda naturaleza espléndida, y en esa lucha heroica esta naturaleza se purifica y se convierte en amor.

Solo una vez que la comunidad de los seres ha madurado, y se han encontrado los seres superiores e inferiores, y los opuestos se han llegado a tener amor a través de la disputa, es cuando empieza su verdadera vida de intercambio, en la cual son unidos por medio de una interacción armónica constante de sus fuerzas dirigida a *un* ser vivo superior. Solo llamaré sociedad a esta convivencia íntima y constante de seres libres y enfrentados como *un* ser verdaderamente único, en amor y en justicia desinteresada, y llamaré sociabilidad al estado de los seres en ella, elevando con ello estas palabras muy por encima del uso convencional del idioma. Una vez que nace una relación social, esta sigue creciendo constantemente alentada por el éxito de la unión, hasta que los asociados llegan a compenetrarse desde todos los lados y uniformemente. Es este el estado de satisfacción dichosa, donde los seres son un solo corazón y una única alma, la cual permanece eternamente, en tanto un destino superior no disuelva la asociación. Toda asociación reside en aquella unidad originaria de los seres, según la cual son miembros de este todo, y en la oposición esencial inextinguible que los distingue como miembros orgánicos de [107] aquel todo y fundamenta su libertad y particularidad. Debido a la igualdad son capaces de reconocer la unilateralidad de su propia naturaleza y la excelencia igualmente esencial de la naturaleza opuesta y de unirse en comunidad con esta última, recibir sus influjos y retroactuar sobre ella; y debido a la oposición su vida de intercambio es alimentada y mantenida. Por ello, la sociabilidad no pretende debilitar o anular la particularidad de sus miembros y tampoco perturbar o corromper

sus caracteres; tampoco es capaz de ello. Más bien conforma a *los mismos* y los acoge en la armonía superior de la vida que crean los asociados. Los seres sociablemente unidos, en lo que se refiere a su sociabilidad, solo son *un* ser único, con *libertad y autonomía comunes*; por ello, también son capaces, considerados tomo totalidad social, de alcanzar una sociabilidad aun mayor, siempre que ellos mismos no constituyan ya la suprema. Entonces *disputan, como una persona*, contra todas las fuerzas del mundo que actúen hostilmente contra algunos de los miembros o contra toda la sociedad. Las más íntimas y duraderas son aquellas asociaciones *que unan los seres en su totalidad*. Donde solo un órgano, o solo algunos de ellos se compenetran con sus fuerzas, los seres son concebidos solo mediatamente como seres completos.

Cada sociedad, como representación de *una* vida superior en la vida de intercambio de varios seres, es una obra de arte de todos sus miembros, a saber, una obra de arte social, en la cual predomina la intimidad o la belleza, o bien ambas se hallan en equilibrio. Y entonces, en esta obra de arte social
[108] que es la sociedad, nace lo más espléndido de lo que son capaces los seres sociables, sea cada uno por sí solo o todos en unión. Cada sociedad es rica en bellos frutos, en obras de arte sociales, íntimas y bellas. Bien es cierto que cada sociabilidad, en un principio, solo está dirigida a la unión de la vida entera o de algunos miembros de esta, y solo mediatamente a algunas obras sociales; pero estas últimas le siguen por sí mismas, como los frutos a la flor. Hay que decir que cuando una obra *se quiere llamar verdaderamente social*, ha de surgir, como tal, solo de la sociabilidad. Ciertamente, cada miembro individual de la sociedad debería ser capaz, por su propia naturaleza, de superar *por sí solo las fuerzas de cada* individuo y completarse solo por la armonía de las fuerzas opuestas de los asociados. Cuanto más originales sean y más carácter tengan los asociados, tanto más *excelentes serán las obras sociales* de las que son capaces; y cuanto más elevada, polifacética y rica sea la obra, tanto más fuerte será el lazo externo de la asociación que

constituye. Sin embargo, las obras a las que los trabajadores prestan la misma contribución con fuerzas iguales solo son obras comunes. Las obras más elevadas y bellas del mundo son a la vez comunes y sociales.

La humanidad, como la vida más íntima, nacida ella misma de la sociabilidad más íntima de la naturaleza y de la razón, es capaz de constituir una comunidad y sociabilidad omnilateral, que es la más polifacética, solo superada por Dios mismo. Al igual que la sociabilidad es en general el alma de toda vida de intercambio en el universo, del mismo modo la sociabilidad humana es el alma de toda vida de intercambio armónica interna y externa de la humanidad. Esta misma socabilidad está [109]
destinada a vivir como *un* todo en sociabilidad cerrada interna y externa, como *una* humanidad en la Tierra. Pues vive en cada hombre individual y en todos en todo, los cuales, en cuanto órganos de esta, originalmente en igual medida dignos y esenciales, son destinados a unirse en *una* gran comunidad y sociedad entre ellos y con todos los seres externos. Escuchamos cómo Dios, la razón y la naturaleza, la ciencia y el arte y su armonía exhortan a todos los hombres. Por este motivo, cada hombre es capaz de abarcar en *una* justicia y en *un* amor a todos los seres y acoger en sí sus impresiones con los sentidos. El hombre es universal en su amor y sociabilidad, y en esta universalidad puede alcanzar intimidad y armonía temperadas. Es receptivo a un bello equilibrio entre la propia armonía y la entrega amorosa a cada ser digno de ser amado. La sociabilidad externa del hombre merece igual admiración que la interna. Pero toda sociabilidad humana porta el carácter de la dimensión humana: libertad moral del espíritu en el gobierno de las ideas, en armonía con la intimidad orgánica del cuerpo. En el mundo de las ideas, el hombre atisba a todos los seres, como en un espejo fiel, para que pueda reconocerlos y aprender a amarlos en el rico ámbito de su experiencia. Cuando el hombre se halla iluminado y alumbrado por la idea de Dios, se reconoce y siente a sí mismo, a la humanidad y a todas las cosas, como órganos de Dios y obras amadas por Él: de este

modo, entra en una relación suprasensible e inefable, del amor
[110] y de la vida con Dios, y recibe la consagración de la religión. Por ella, todo amor que conmueve el corazón del hombre es sagrado y armónico con todo otro amor distinto; por ella, toda sociabilidad humana se vuelve conforme a la vida de Dios y del mundo. Solo la religión completa al hombre como órgano lleno de vida y sociable de Dios, en consonancia con todos los seres. Solo aquel hombre, solo aquella humanidad, cuya sociabilidad entera haya recibido, por medio de la virtud, del derecho y de la religión, unidad, actitud, fuerza y belleza, está socialmente completa.

Toda sociabilidad de todos los seres del mundo es originalmente como *una* sociabilidad en Dios, como *un* trato lleno de vida de Dios consigo mismo, eternamente completa. El amor, un impulso potente e inextinguible, hace que todos los seres sigan la ley universal de la sociabilidad. Es la forma viva de la unificación orgánica interna de toda vida en Dios; es la eterna voluntad de Dios de estar vivamente presente en todos los seres y de volver a acoger la vida de todos sus miembros en sí mismo, como en la plenitud de la vida. El amor *uno* de Dios hace con bondad eterna de cada ser su imagen viva, completa a todos los seres como *una* creación armónica y sociable. Y, desde Dios, el amor eterno se vierte en todos los seres como el impulso divino por deleitarse en la perfección y belleza de cada ser, de fundir su propia vida con este y de sentir dichosamente esta unidad de la vida. En sí el amor de todos los seres está contenido en el amor de Dios, en cuanto su amor propio *uno* interno. Dios conduce a todos los seres en comu-
[111] nidad para despertar y alimentar en ellos el impulso del amor, haciendo que, primero, demuestren su valía en la lucha y se purifiquen en la desdicha. Pero en esta prueba de las naturalezas los acompaña amorosamente la piedad divina, que no permite que sean destruidos o desfigurados por la constricción del mundo, sino glorificados y embellecidos.

Al amor precedente de Dios responde en cada ser un amor puro hacia Él. Dios está presente en cada ser, según su grado

de existencia; por ello, cada ser concibe su vida como parte de la vida divina, anhela asemejarse a Dios en sí mismo. Cada vida sana se eleva ascendiendo hacia Dios, siendo el amor por Él el más originario e íntimo que anima a cada ser. Solo este amor lleva a la perfección de la vida particular en armonía con Dios y el mundo. Cada ser, conforme a su naturaleza, ama a Dios e intima con Dios. En este amor recíproco entre Dios y sus seres nace el puro amor de todos los seres entre ellos, que constituye toda comunidad y sociabilidad gratas a los ojos de Dios. Pero cada ser es un órgano libre y autónomo de Dios, magnífico y bello en sí mismo; por ello, también el amor de los seres entre ellos es libre, autónomo y bello. Pueden deleitarse entre ellos en un amor puro y grato a los ojos de Dios, antes de que el amor por Dios se haya adueñado de ellos y formado en ellos. Mediante el amor puro y alegre entre ellos, los seres se elevan para amar también puramente a Dios; pues encuentran presente a Dios recíprocamente en sí y en la sociabilidad entre ellos. Mas en donde el amor por Dios se ha convertido en fuerza gobernante e inspiradora en ellos, entonces santifica, [112]
refuerza y deleita también su amor recíproco; entonces se vuelven nuevamente dignos de amor, porque ven que son amados todos por Dios. Es imposible amar verdaderamente a Dios sin abrazar amorosamente a todas las cosas, y, de este modo, cada ser amoroso es colmado del amor *uno*, del amor por Dios y por todos los seres en Él.

El amor se despierta contemplando la excelencia, la salud y belleza internas del ser amado, como el anhelo de ser con él *una* vida superior. El amor es la madre y, a la vez, el alma de toda sociabilidad. Precede a la socialidad, la mantiene y configura, aun sobreviviendo a ella; pues tampoco se extingue cuando la socialidad se halla separada por un destino superior. Sigue al ser amado mientras que los efectos de su sociabilidad deleitan aún la vida del amante. Así, el amor es a la vez el impulso más íntimo y el estado más dichoso; impulsa a los seres a perfeccionarse armónicamente y los conduce a la salud y la belleza supremas.

Tan íntima y amplia es la sociabilidad del hombre como lo es su amor. En él, el amor libre e ideal del espíritu se compenetra con el amor íntimo y orgánico del cuerpo; por ello, el hombre es capaz de abrazar a todos los seres en amor puro. Ahora bien, lo que se les brinda al espíritu y al cuerpo y a su vida de intercambio, mueve el ánimo del hombre con su exce-
[113] lencia y belleza. La contemplación de lo perfecto y de lo bello es íntimo gozo; el hombre entero se siente elevado por ello, se olvida de sí mismo y anhela acoger la vida extraña en sí, sumergir la suya propia en él, y formar con él *un* ser superior y más excelente. Una vez que el amor ha encendido el pecho del hombre, no puede y no quiere vivir alegremente sin el ser amado; las alegrías y las penas del amado son las suyas, forma con él *un* espíritu y ánimo. Cada amor verdaderamente humano es benevolente, vive en el espíritu de la pura bondad, pues percibe al ser amado como parte del propio Yo superior.

El amor es producido en el ánimo mediante fuerzas libres, y por ello es libre, no reconoce ninguna coacción, exceptuando la dignidad de amor a través de la vida y la belleza: es inaccesible a cualquier coacción externa. Cuanto más íntimo sea el amor que el hombre sienta, tanto más sano y completo es en sí mismo; su amor bello es muestra de un alma bella, de delicada receptividad para todo lo bueno y bello; y gracias al amor se conserva su origen divino. Quien ama profundamente la ciencia y el arte, quien tiene un corazón puro y virtuoso, es un sacerdote del amor bello. Cuando a la vista de lo perfecto y bello, ordenado por el destino e irresistiblemente, se enciende el amor en él, entonces el hombre se encuentra con algo divino. El amor es un estado divino, bienaventurado. Pero supondría destruir el amor si se pretendiera conseguir placer; entonces incluso el placer se marchitaría, pues este solo florece en donde acompaña voluntariamente al juego sano de la vida más interna.

[114] El amor más puro, más originario y bienaventurado que vive en cada corazón puro es el amor por Dios, el impulso de reconocer a Dios, de sentirlo y de ser uno con él en el interior. En

este amor supremo, el hombre se hace santo a sí mismo. Aspira a la sabiduría divina para ver la idea de Dios cada vez más pura y clara; aspira al arte divino para imitar en lo vivo y lo bello la vida de Dios; busca en el vasto ámbito de la experiencia todo lo vivo y bello para venerarlo como huella que habla del amor de Dios. Incluso toma cariño a las limitaciones de su individualidad y, siendo el ámbito de la semejanza a Dios, busca cumplirlas gratamente a los ojos de Dios para hacerse digno de ser amado por Él. No espera convertirse en bueno y digno de amor por medio de influjos sobrenaturales y sin poner nada de su parte; más bien explora y mide sus fuerzas y las impulsa para formar todo lo bueno y bello que pueda alcanzar. El hombre que ama a Dios tiene a Dios ante sus ojos y en el corazón; en todas partes ve y siente a Dios. Todo con lo que se encuentra, todo lo que la creación despliega ante él, lo concebible e inconcebible, lo afortunado y desafortunado, lo considera una conversación de Dios con el mundo y con él; la historia se convierte para él en *una* revelación constante de justicia y amor divinos. Consagra espíritu y ánimo a Dios; la virtud, en cuanto que arte de actuar en el espíritu del amor divino, se le hace sagrada. Ama a Dios sobre Todo, y a todos los seres, porque Dios los ama, porque son órganos de Dios; a todos los seres los ama como a sí mismo, y a sí mismo solo como hijo de Dios, como miembro de la [115] gran familia de todos los seres. El amor por Dios le hace amar la imagen viva divina en sí mismo, y aspirar a conformarla en todas direcciones; pretende ser, en las limitaciones de su naturaleza finita, tan perfecto como lo es el Padre eterno de todos los seres en su infinitud. Se pone amorosamente en el lugar de todos los seres, les hace a todos, no solo a los hombres, lo que también desea experimentar de ellos, y no solo por justicia, sino por el impulso puro de bondad y de amor.

Cuando el hombre se siente conmovido íntimamente por la riqueza y la belleza de la creación, por los destinos de la humanidad, por las desdichas y alegrías de su propia vida; cuando Dios le sale visible al encuentro en los caminos de la vida y en igual medida le habla en él de modo audible: entonces el amor

por Dios, unido con la confianza y la esperanza, llena todo su corazón y su ánimo, y su espíritu se sume en una contemplación superior, toda su esencia responde a Dios en la oración, percibe la bienaventuranza de ser y vivir enteramente en Dios. Entonces le recorre nueva fuerza juvenil de la vida, su corazón se purifica y es capaz de todos los bellos y grandes sentimientos, y el amor refuerza el gobierno sobre su ser entero. ¿Qué es lo que supone esta intimidad con Dios del hombre en Dios?, ¿cuál es la relación suprasensible que establece el hombre con Dios quien lo ama?, ¿de qué modo Dios se le muestra amorosa y compasivamente?: hablar de ello sobrepasaría la intención de nuestra obra, y lo percibo, también mis fuerzas. ¡Que cada ánimo sagrado intuya esta bienaventuranza a su manera!

[116] El amor por Dios y la actitud semejante a Dios que emana de él, a la vez que la relación de bienaventuranza interna del hombre hacia Dios como el hijo hacia el padre, que se conforma en aquel amor, es la intimidad con Dios, religión del hombre. El hombre, conforme a su ser, es religión, es el ser más íntimo con Dios del mundo; en él, desde todos los mundos descienden juntándose los rayos de la vida divina, su sentido es el más delicado y el más fuerte, su ánimo el más lleno de sentimientos y el más rico, su virtud la más polifacética y la más bella. El amor es el alma de la religión, su primer mandamiento. Cuando el amor por Dios se enfría en el hombre, entonces pronto su conocimiento se vuelve estéril y frío, su arte vano y vacío, su vida egoísta y desierta. Solo el amor le puede reconducir hacia Dios; es el amor por el que Dios trae nuevamente hacia sí al hombre caído. Dios hace pasar delante de los ojos de cada hombre la vida y belleza en naturaleza y razón y humanidad; y estas le devuelven el saludo, como genios amables, señalándole su residencia en los cielos. Cada hombre que ama verdaderamente se encuentra en el camino hacia Dios, porque en lo que ama, ama, sin ser consciente de ello, la obra y vida de Dios. Y en cuanto le vuelve a brotar el amor por Dios, se siente caldeado y reconfortado, como la tierra por los rayos del sol de la mañana.

Así como el amor del hombre se dirige primeramente hacia Dios, al igual y en la misma medida se dirige libre e inmediatamente hacia la razón y la naturaleza, y hacia todos los seres autónomos que ellas contienen. En cuanto le iluminan las ideas de estos dos hemisferios del mundo, su amor interno se dirige hacia ellos, antes de unirse con ellos en comunidad y de que [117]
se haga consciente de ellos. Pero este amor interno precedente del hombre no es capaz de ponerle en comunidad y en vida de intercambio, ni con la razón, toda vez que se halla por encima del hombre, ni tampoco con la naturaleza, toda vez que vive fuera y por encima del cuerpo. También esta comunidad es, como toda en el mundo, una obra libre del amor precedente de Dios. Por medio de la convivencia del espíritu y del cuerpo, esencial al hombre, fundada por Dios y ennoblecida por el amor, el hombre entra en próspera comunidad con el género orgánico, con todos los reinos orgánicos, con la Tierra entera, e, incluso, a través de la luz, entra en contacto espiritual con el sistema solar y con todos aún superiores del universo. Como espíritu tiene la posibilidad de mirar hacia arriba adentrándose en la pura razón; puede intuir un reino de los espíritus superior y una humanidad superior, pero no le es permitido, por mandato de Dios, llegar a establecer una interacción con ellos, al menos según alcanza actualmente nuestra experiencia. Incluso la individualidad de los espíritus que conviven con él como hombres y su amor solo puede reconocerlos y sentirlos a través del cuerpo, en un mundo de imágenes y a través del lenguaje. Debemos únicamente a la naturaleza el que nos podamos formar espiritualmente en una sociedad de espíritus de hombres vivos y muertos, y humanamente en y hacia una humanidad. Pero, donde la luz de las ideas ilumina al hombre, y donde se extiende su experiencia en el reino de la razón y de la naturaleza, allí también reina y crea su amor íntimo.

Mas el amor por el hombre, después del amor por Dios, [118]
es el amor más íntimo del hombre. Pues el hombre armónicamente formado es en sí el ser de la creación más digno de amor y es, a la vez, para el hombre la imagen viva de Dios más

comprensible y tangible. El amor interno de la humanidad es el creador de toda sociabilidad interna humana. Solo por él se forma y mantiene en cuerpo y espíritu la unidad vital de la humanidad interna y omnilateral, siendo el sentimiento del amor humano la prueba más luminosa de que los hombres en sí son verdaderamente *un* ser, *una* humanidad; siendo el garante más certero de que los hombres se conforman como humanidad y de que constituirán en la Tierra un individuo lleno de vida y de amor en cuanto se haya completado el desarrollo de la estirpe entera. El amor por la humanidad entera y por cada hombre, por ser en puridad miembro de la misma, es el amor humano supremo y más puro que habita en el pecho de cada hombre, y que contiene y transfigura cada amor individual hacia hombres singulares. Mas no puede encenderse en el hombre hasta que este no se eleve mediante la experiencia a la intuición de la humanidad entera en la Tierra y lo puramente humano en cada hombre.

Todo amor humano dirigido hacia todos sociales superiores de los hombres parte, según la secuencia de su desarrollo, en primer lugar, del amor por seres humanos individuales, cuya individualidad es digna de amor, cuyo corazón es benevolente y cuyo amor es precedente. Este amor humano individual, que no solo ama en el ser amado lo puramente humano, sino
[119] precisamente lo más particular en toda su esencia y vida, es tan esencial para el hombre, tan imprescindible, como lo son el trato y la sociabilidad humanos en general. Este amor individual es el impulso dominante por fundar una verdadera unidad de la vida con la bella individualidad opuesta del ser amado, en la esfera de su dignidad de amor, y de ser con él *una* persona superior, *un* corazón y *un* alma, *un* hombre y no ya dos hombres separados. También este amor personal del hombre se despierta en general para cada hombre, conforme a su naturaleza precedente, ansiando que cada hombre sea bueno y perfecto, característico y bello de una manera particular, haciéndose digno y partícipe de la bienaventuranza del amor personal. Se esfuerza así por descubrir en cada hombre lo que es digno

de amor y por verlo siempre desde su lado más favorecido. Mas si el amor íntimo personal debe unir permanentemente a los hombres, deben estos haberse encontrado en comunidad pacífica dignos de amor, haberse reconocido como buenos y bellos, y como creados el uno para el otro. Cuanto más íntimo y bello sea un hombre, tanto más íntimo y bello es también su amor, tanto más vívidamente es conmovido cuando reconoce al amado, y tanto más rica en vida y belleza es la sociabilidad de su amor. Solo quien en su interior esté lleno de vida y sea bello y bueno es capaz de sentir amor por los hombres con formación superior, a la manera del que siente el niño por sus padres. Ve y ama en el amado superior a la vez su propio ideal, y cuanto más alto lo ve por encima de sí en el éter puro, con tanto mayor ímpetu moverá sus alas para alcanzarle y [120] sanar en su amor.

El hombre amoroso abraza la humanidad entera; quiere abandonarse a sí mismo en su bella vida para recuperarse en ella sublimado y bienaventurado. Su corazón no se enfría ante ningún hombre, por insignificante que le parezca, por desfigurado que sea por la lucha desigual con los poderes de la tierra y del cielo; sigue reconociendo en el infeliz un miembro de la amada humanidad entera, un socio de su magnífica naturaleza; pues nunca se marchitará por completo lo humano en el hombre. De este modo, el amor se convierte en compasión y misericordia íntimas, no consintiendo nunca que broten la rabia y la venganza; así se muestra el amor en bondad activa, en benevolencia inquebrantable. Incluso a la beligerancia justa añade bondad mitigadora y compasión apaciguadora, que rehúsan hacer daño al enemigo; el verdadero amor de los hombres es amor por los enemigos, que convierte al enemigo en amigo y la disputa en sociabilidad.

El amante siente que solo en la vida de intercambio con el ser amado puede llegar a ser completo, a dar abasto a su idea propia y a una idea superior; por ello, el amor está mezclado con el sentimiento de una necesidad propia. En esa tensión nace una disputa entre el placer por la autonomía propia y el

impulso de la entrega amorosa, que califica el sentimiento puramente humano de la vergüenza. Por este motivo, el primer reconocimiento del amado está unido a un estremecimiento
[121] del ser completo con santo temor y con asombro. Cuanto más excelente es un amante, tanto más puro y dulce es su pudor; cuanto más elevada la necesidad, cuanto más íntima la deseada unión con el amado, tanto más intenso es el sentimiento de vergüenza. La vergüenza garantiza la excelencia y dignidad de amor internas y promete un cielo de amor. Solo el amor puede resolver la vergüenza en casta unión, pues en la vida de intercambio se abandona una parte de la autonomía. Pero el hombre solo podrá hacer esto sin sentir vergüenza ante sí mismo, cuando en la vida de intercambio gane mayor autonomía y personalidad, las cuales solo podrá conseguir por el amor. El pudor acompaña al amor mientras vive, como un ángel de la guarda, para que se mantenga puro y casto, para que celebre su vida de intercambio en armonía con Dios y con el universo, y para que rechace cualquier impulso externo de lujuria o egoísmo exento de amor. Quien contemplando la idea del hombre y de la humanidad no puede encontrarse digno de amor a sí mismo, y en quien la vergüenza ante sí mismo se halla extinguida y la castidad interna marchita, no amará nunca en ninguna relación social, solo atentará contra Dios y las obras de Dios y contra sí mismo. Amor santo y puro que funda el orden divino de las cosas conforme a la sociabilidad grata a los ojos de Dios, es entre los hombres la exhibición que más levanta el corazón; pero lo más indignante ocurre cuando la sociabilidad es deseada por el interés propio, o por lujuria, cuando el hombre solo es utilizado como medio, cuando el amor es mentira. La iniquidad de la lujuria y la falsedad constituyen la deshonra más profunda de la humanidad, mientras que el amor errado,
[122] el censurable por imprudencia y el amor desdichado merecen la compasión más sentida.

Así, el hombre y la humanidad son capaces de sentir amor por Dios y por todos los seres en Dios; es *un* amor que los

impulsa hacia todo lo bueno y bello, es *una* intimidad que les otorga alma. La bondad y belleza internas del hombre se reflejan en su amor. Cuando ha llegado a la perfección bella y armoniosa omnilateral en sí mismo, entonces también su amor se ha convertido en universal, bello y armónico. Pero en la misma medida en que en cada hombre prevalece una parte de la determinación de la razón según la cual las restantes son formadas proporcionalmente, y en la misma medida en que cada hombre tiene un modo particular de pensar, de sentir y de actuar en calidad de su carácter propio; de la misma forma, según esta particularidad suya, en cada hombre prevalece también una parte del amor *uno* que le anima; a esta siguen todas las partes del amor en intimidad y vivacidad proporcionales, y su amor tiene en todas sus expresiones un carácter exclusivamente propio, que en todo el universo y por toda la eternidad no se repite. Y en donde el amor en un hombre haya alcanzado su perfección, ahí está el amor único de Dios, desplegado en un organismo que atesora y hermosea todo el amor humano. Pero incluso donde en la humanidad el amor por Dios está aún dormitando en el germen sin brotar, incluso allí el amor íntimo por los hombres, por la naturaleza y por las bellas obras de esta puede caldear el pecho humano: pues todas las cosas son, en cuanto que equivalencias libres y órganos de Dios, en sí dignas de amor. En los [123]
pueblos que aún no se hayan adentrado en la pura intimidad con Dios, el amor íntimo, puramente humano y bienaventurado, por la naturaleza y por la humanidad, puede florecer alegremente en todas sus ramas y portar bellos frutos. Aquel que solo cuenta con un amor puro, es capaz de levantar alas hacia el amor por Dios; pero al que no le conmueve la belleza humana ni la de la naturaleza, aquel que no ama al hermano, tampoco ama a Dios. Mas quien ama a Dios, también ama a los hermanos, y a todo lo bueno y lo bello. Para el hombre religioso, los seres no se desvanecen en Dios, ni tampoco el amor por ellos desaparece en el amor por Dios; más bien, en ellos el amor por cada ser digno de ser amado renace de

nuevo, es purificado y recibe por ello la medida justa. Además, hasta donde alcanza la receptividad del amante, ningún amor puede de suyo debilitar a otro; tampoco el amor por un todo superior debilita el amor por una parte orgánica de este. Así, especialmente el amor por la humanidad debe vivir en todos sus todos subordinados y en cada hombre; y el amor por cada hombre individual debe animar tanto a la humanidad misma como a cada persona superior que forma parte de esta. El amor personal, el amor familiar, el amor entre amigos, el amor por la nación y el puro amor humano coexisten en el mismo pecho y se moderan y se elevan mutuamente siempre que sean verdaderos y santos.

En la misma medida en que el amor de Dios funda la comunidad y la sociabilidad de todos los seres, también el hombre debe ser, dentro de su círculo, un creador y sacerdote del amor. El cometido más bello del amor humano consiste
[124] en propiciar el amor en su entorno, unir a amantes, educar a hombres en el sentido del amor, guiar su amor y protegerlo de la perdición interna y externa.

De este modo hemos reconocido las tres formas vivas de la vida verdaderamente humana, tanto en el hombre individual como, supremamente, en toda la humanidad; son la moral, la justicia y el amor. La moral perfecciona al hombre puramente en sí mismo según las leyes de su propia naturaleza, forma al hombre completo, como ser autónomo y en todas sus relaciones hacia Dios y hacia el mundo. La justicia le impulsa, en todas sus relaciones comunitarias y sociales, a producir todo lo que se precise y a ayudar a que se produzca, sin perseguir el interés propio, lo que pertenece a la salud interna de cada ser y a la armonía de todas las cosas. Y el amor anima al hombre para que funde una vida de intercambio libre y desinteresada en bella e íntima sociabilidad con todos los seres con los que tenga contacto en su círculo de vida, y a completarse a sí mismo como órgano de Dios, de la razón, de la naturaleza y de la humanidad. Justicia y amor amplían el campo de visión de la humanidad sirviéndose de todos los seres hasta elevarse

a Dios y hacen que su vida interna sea completa, íntima y bella. La virtud y la justicia hacen ser amable, la virtud y el amor hacen ser justo, la justicia y el amor incrementan la virtud, y los tres son completamente indisolubles y orgánicamente unidos en cada hombre que llega a ser capaz de pronunciar su ideal. Ahora bien, en algunos caracteres prevalece la moral, en algunos la justicia y en otros el amor, y otros disfrutan de un [125]
bello equilibrio de estos. El alcance, la intimidad y la armonía recíproca de la aspiración moral, de la justicia y del amor determinan preferentemente los caracteres infinitamente variados de los hombres.

El derecho no discute con el amor, está en eterna armonía con él, pues prepara el camino al amor y es inseparable de él; e incluso es aún activo allí donde se ha extinguido ya el amor. Incluso la disputa es compatible con el amor por el combatido. Pues el combatiente que llegue primero a la consideración de que también el enemigo sea respetable y digno de amor, siente el primer impulso de amor incipiente; se muestra dispuesto a apaciguar la disputa y solo persigue en ella vigorosamente hasta que también haya inspirado el amor al corazón del adversario. De este modo, el amor unido con la compasión y la piedad crea la paz a partir de la lucha y la sociabilidad fructífera a partir de la destrucción.

Virtud, justicia y amor solo pueden llegar en su armonía a perfeccionar a la humanidad según está destinada a ser en el reino de Dios. Son los cuidadores celestiales de todo lo bueno y lo bello en el hombre, y se convierten ellos también en objeto de su amor y esfuerzo más íntimos; pues puede elevarse hasta ellos con conciencia y darles vida y conformarlos en sí mismo con libertad. Completan al hombre en sí mismo y lo hacen digno de amor impulsándolo vigorosamente hacia la sociabilidad en todas direcciones; es su espíritu el que vierte sobre la vida social humanidad, belleza, dignidad y gracia. [126]
Así, caminamos guiados desde el templo de la virtud, de la justicia y del amor hacia el magnífico edificio de la sociabilidad humana.

El organismo de la sociabilidad humana

La sociabilidad humana entera se muestra en dos esferas igual de grandes y dignas, igual de autónomas y libres, que se compenetran armónica y simultáneamente en todas sus partes. Pues la humanidad es omnilateralmente sociable en sí misma; su amor interno une a los hombres en su vida individual completa, en todas las partes de la misma, que se eleva hacia todos sociales cada vez superiores. Pero enseguida también une su vida y su amor con todas las esferas externas, superiores, con Dios, con la razón y con la naturaleza. Estas sociabilidades interna y externa suyas es como si estuvieran hechas la una para la otra; pues la humanidad se conecta armónicamente en todas sus sociabilidades internas con Dios y con la naturaleza, y su vida de intercambio con Dios y con la naturaleza penetra, a su vez, toda su sociabilidad interna. Ahora bien, la sociabilidad externa y la interna y la sociabilidad de la humanidad que une a ambas, consisten en un rico organismo de sociedades especiales. Cada una de ellas se fundamenta en una idea esencial y autónoma y forma un todo particular superior de la vida, lo que primeramente requiere ser reconocido y valorado en sí;
[127] pero todas se interrelacionan en sus múltiples penetraciones inmediatas y mediatas formando una magnífica concatenación en forma de red, que nunca podrá contemplarse sin producir un alegre asombro.

La sociabilidad humana une primero por sí mismos a los individuos completos, o bien por solo un aspecto de su vida, para producir y representar determinadas obras sociales. A las sociedades mencionadas en primer lugar las llamaré sociedades fundamentales, y sociedades operativas a las otras. Pero el hombre es a la vez su propio maestro y su propia obra; se convierte a sí mismo y a toda su individualidad en objeto de sus esfuerzos propios y también sociales; funda por todas partes sociedades para la educación y para la formación recíproca. Y a estas sociedades, en las que la humanidad se rejuvenece y forma socialmente, las llamaré sociedades autooperativas.

A través de esta perspectiva se divisa un orden conforme a naturaleza en el cual, sin perder nunca de vista el todo de la humanidad y de su sociabilidad, podemos contemplar con mirada certera todas las sociedades individuales en su autonomía y en su armonía social omnilateral. Dirijamos primero nuestra mirada hacia la sociabilidad interna de la humanidad.

La sociabilidad interna de la humanidad

Toda sociabilidad interna de la humanidad solo es posible porque todos los hombres son en sí y originariamente, en cuerpo y en espíritu, *un* ser y los miembros característicos individuales de este. *Por ello, en cada hombre, en el grado en el que* [128] vive en su propia idea y en la del todo de la humanidad, habita un impulso inextinguible de convivir con todos los hombres en comunidad armónica y, a continuación, en sociabilidad llena de amor. La esfera de la sociabilidad humana interna es el espíritu o el cuerpo, o ambos a la vez. Pero, dado que el hombre es la unidad viva del cuerpo y del espíritu, ni el espíritu por sí solo ni el cuerpo solo pueden entablar ninguna relación social: solo lo pueden hacer los hombres completos, y solo en la unión de los hombres completos puede prevalecer el cuerpo o el espíritu, o también pueden ser atendidos los dos a la vez.

Cada sociedad humana interna se basa en una verdadera oposición interna de la naturaleza humana, que distingue a los hombres por su modo y no por su medida. Esta oposición puede ser corporal o espiritual o se puede repetir en cuerpo y en espíritu de forma correspondiente. Mantiene la sociabilidad y reaviva su llama en cada momento. Cuando esta oposición es esencial a la naturaleza humana, nunca podrá extinguirse, sino que solo podrá ser unida en una vida social llena de amor; y la misma idea se expresa en la diferencia característica de sus miembros, lo que confiere a la sociedad que ha sido construida sobre esta oposición solidez inquebrantable y compostura

rítmica. Y dado que los miembros de toda verdadera oposi-
ción forman parte de *una* idea, que solo representan de mo-
[129] do sociable en el todo de su organismo armónico interno, los
hombres que casan una verdadera oposición se convierten en
realidad en *una* persona superior, en un hombre superior. Pe-
ro si una oposición, sobre la cual se basa una sociedad, se di-
suelve o debilita por mandamiento superior, entonces también
se disuelve o marchita la sociedad que vive en dicha oposición.
Igual de múltiples son las oposiciones internas de la naturaleza
humana que sus impulsos sociables, y quien los posee siente
como un anhelo y un afecto por lo que anhela. Los impulsos
sociables son igual que las oposiciones sobre las que se basan,
corporales o espirituales o una mezcla de ambos; los últimos,
como los más íntimos e intensos, podrían denominarse prefe-
rentemente impulsos humanos, porque empiezan a moverse
en la consonancia del cuerpo y del espíritu. El hombre vive
y ha de vivir siempre como hombre completo, como armonía
vivificada de su cuerpo y de su espíritu, y por este motivo no
se puede abandonar incondicionalmente a ninguno de los im-
pulsos como tal, ni espiritual ni corporal; sino solo a uno de
ellos, cuando se encuentra en armonía con todos los impulsos
corporales y espirituales y con la vida interna y externa entera
del hombre completo. Cuando se encuentran individuos en la
esfera de un impulso sociable, movidos por el anhelo de este
impulso, descubren recíprocamente que ambos conforman dig-
na y bellamente la oposición social, así nace, atendiendo a la
idea de la humanidad en general, el respeto, y, en este, unido
al anhelo de la socialización, el amor personal. Este amor, don-
[130] de ha de florecer la sociabilidad, debe ser recíproco, e incluso
en su intensidad no debería ser muy desigual. También el amor
es puramente corporal, o puramente espiritual, o corporal y es-
piritual a la vez. Dado que este último amor armónico prende
al hombre completo, es el más íntimo; en este amor armónico
no se excluyen el amor puramente corporal y el puramente
espiritual, sino que ambos deben existir a la vez para producir
una armonía verdadera.

Cada sociedad humana representa un todo superior de la vida; por ello, existe por sí misma, igual que el hombre, sin que haya finalidad externa. Pero, dado que las sociedades solo colman la naturaleza humana todas a la vez, en efecto, ellas también conforman un todo orgánico y armónico, cuyas partes existen y conviven todas en, con y mezcladas unas con otras: se fundamentan, apoyan y conforman recíprocamente. Cuando una sociedad en sí es sana y bella, acreditará por sí misma su finalidad externa para todas las demás cosas humanas y podrá ser fácilmente puesta en relación orgánica recíproca con todas las demás sociedades humanas. La propiedad más sagrada de toda sociedad es la pureza de su propia esencia y la libre autonomía, pues por ellas gana fuerzas para combatir contra todo poder que quiera oprimirla o imponerle servidumbre. Solo ellas hacen a cualquier sociedad ser amable y verdaderamente sociable.

Las oposiciones internas de la naturaleza humana se refieren o bien a la individualidad en su todo o bien a actividades vitales individuales, espirituales, corporales o armónicas. Por ello, la sociabilidad une a los hombres completos o bien la [131] esfera de estos está definida externamente por una obra social determinada. Mas la naturaleza humana es entera e indivisible; por lo tanto no es posible alguna sociabilidad operativa de los hombres que sea parcial, sin que ellos, ya de por sí, como hombres completos, y al menos como hombres en general, sean sociables. Con el fin de recordar primero las ideas de las sociedades fundamentales internas que casan a los individuos completos según los distintos órdenes que las caracterizan, partimos de la oposición fundamental más esencial que se extiende, al igual que sobre toda vida, sobre la humanidad.

Las sociedades fundamentales internas de primer orden

La familia

La oposición más original de la naturaleza humana es la del hombre y la mujer. Es eterna e inalienable, y porque se extien-

de sobre la vida entera, espiritual y corporal y armónica de los individuos, es a la vez la más rica en vida y la más digna de amor. La mujer y el hombre son igualmente opuestos en cuerpo y espíritu y en cuanto seres humanos completos. Al hombre le caracteriza la libertad ideal de todos los órganos y fuerzas espirituales y corporales; a la mujer, sin embargo, la intimidad y cohesión natural de todos los órganos y fuerzas en y a través del todo de su naturaleza autosuficiente y satisfecha en sí misma. El hombre vive en el carácter de la razón y del espíritu,
[132] y la mujer en el de la naturaleza y del cuerpo; y por ello, el libre mundo de los animales es un símbolo de la humanidad masculina, y el tranquilo mundo de las plantas un símbolo de la humanidad femenina. El varón dirige libremente la fuerza autónoma a donde quiere y, al igual que sucede con las ideas, nada le es extraño, nada le es inaccesible; abarca todo lo que hay en él y fuera de él, la humanidad, Dios y el mundo, con el mismo impulso; es capaz de profundizar en todas las cosas, luchar con puro amor por todos los seres; sabe transportarse libremente fuera de sí mismo y volver a su ser. Pero la mujer, inocentemente recluida en sí misma, mantiene solamente en él toda la pureza, la intimidad y la armonía de su propia naturaleza, y tiene el centro de su anhelo únicamente en ella misma; solo anhela apropiarse amorosamente de lo que entra en contacto con su círculo vital para incorporarlo a la armonía más propia de toda su esencia, con el fin de consagrarse completa y enteramente al hombre que ama y encontrar en él su mundo externo completo. Al hombre le es propio arrancar libremente de cualquier fuerza, y a la mujer la dulce gracia armónica; al hombre la estricta perseverancia en cada empeño singular, a la mujer la ligera movilidad armónica de todo su ser. Este carácter opuesto domina igualmente al cuerpo y al espíritu; se expresa en el ánimo, en el sentimiento y en la inclinación, en el juego del querer y del actuar, así como en la figura y el movimiento y en todas las expresiones vitales del cuerpo. Sin la mujer el hombre sería incompleto y su fuerza se perdería infructuosa en el universo; y sin el hombre la mujer se consumiría en sí

misma, pobre y estéril en espíritu y ánimo. Solo hombre y [133] mujer, unidos en amor duradero, viviendo armónicamente en y a través del otro, forman *un* ser humano entero, completo, floreciente; y el afecto amoroso del hombre y de la mujer es lo más íntimo y fuerte, lo más rico en frutos de la vida y de la belleza. Solo al ser elevados a ser seres humanos completos y armónicos a través de esta unión, el hombre puede configurar con perfección la naturaleza masculina y la mujer la naturaleza femenina, en pureza, plenitud y belleza. Cuanto más pura, libre y completamente el hombre sea hombre y la mujer sea mujer, tanto más íntimo será en ambos el sentimiento de su dignidad y de su limitación esencial, tanto más íntimo será su anhelo de unidad de la vida, tanto más digno y duradero será también su amor. Por ello, del amor íntimo y bello se puede deducir con certeza la bella individualidad, la bella masculinidad y femineidad. También el ser humano entero, surgido de la unión de hombre y mujer, será más bello y excelente cuanto más puros, autónomos y vivos sean hombre y mujer. La sociabilidad del hombre y de la mujer es la primera esencial, originaria e íntima de todas las uniones sociales humanas.

Hombre y mujer son igualmente esenciales para la humanidad, es decir, que la mujer no está subordinada de ninguna manera al hombre. La mujer es, en todas las fuerzas del espíritu y del ánimo y del cuerpo, capaz de cumplir íntegramente el destino humano tan originalmente como el hombre. Aunque todo su pensar y hacer, así como cada una de sus obras, se ven dominados por el carácter particular de bella femineidad, [134] la vida entera del hombre, por su parte, sufre también una limitación similar, aunque opuesta. Así como la mujer nunca puede ni debe alcanzar el carácter masculino, tampoco el hombre puede apropiarse del femenino; pero ambos son en sí igualmente humanos, igualmente dignos y representan solo en su viva unión el carácter entero y completo de la humanidad. El sexo femenino es igual de capaz de formación omnilateral, particular y armónica que el masculino; y la humanidad misma solo permanece defectuosa y parcialmente formada mientras el

sexo bello y más débil de las mujeres es oprimido, desagradecida e insensiblemente, por la fuerza bruta de los hombres y tiene que permanecer retrasado en alguna parte del destino humano respecto al sexo masculino. Virtud y amor, ciencia y arte, derecho y religión, todos estos aspectos han de conformarse y perfeccionarse según las características de lo masculino y femenino antes de que la humanidad pueda vanagloriarse de haberse expresado armónicamente en todas sus partes. Solo la formación masculina y femenina igualitaria, en libre interacción armónica, constituye el triunfo de la humanidad.

La observación ordinaria reconoce solo en lo corporal la oposición entre el ser humano masculino y el femenino respecto a los diferentes sexos. Pero los espíritus originariamente no son menos masculinos y femeninos que los cuerpos. De la misma manera en que los cuerpos serían masculinos y femeninos
[135] antes de unirse con los espíritus, también los espíritus poseerían condición masculina y femenina si pudiéramos reconocerlos puramente y antes de que tomen vida en sus cuerpos. Según una ley universal divina esencial, los espíritus masculinos se encuentran unidos para toda la vida a cuerpos masculinos, e igualmente los espíritus femeninos a cuerpos femeninos; e incluso la armonía del cuerpo y del espíritu, el ser humano completo, adopta o el carácter masculino o el femenino. Por ello se encuentran espíritus masculinos y femeninos y cuerpos masculinos y femeninos solo en seres humanos masculinos y femeninos; y el amor sexual es a la vez de naturaleza puramente corporal, puramente espiritual y armónica. Un espíritu masculino es *un* espíritu completo solo cuando está ensamblado a un espíritu femenino; un cuerpo masculino solo *un* cuerpo completo cuando está unido con un cuerpo femenino; y un ser humano masculino íntegro solo cuando convive con un ser humano femenino también íntegro es un ser humano completo que reposa en sí mismo y se halla concluido. De este modo el amor sexual concatena una triple unión. En toda su vida, el hombre debe ser, antes que nada, completa e indivisamente hombre; por ello, la unión de los sexos pretende unir al ser

humano completo; y la unión corporal y espiritual solo puede florecer y vivir en perfecta dignidad, intimidad y belleza en la unión armónica de los seres humanos completos. Este amor sexual y esta unión en armonía albergan en sí a la vez al amor puramente espiritual y corporal y a la unión, sin debilitarlos en su armonía.

Al igual que para conformar la personalidad verdaderamente separada se bastan *un* hombre y *una* mujer, también en la unión de los sexos se bastan *un* hombre y *una* mujer para alcanzar la verdadera personalidad completa del ser humano superior que constituyen en su unión. Por ello, la unidad del esposado en el amor sexual es igual de esencial que la unidad de la propia persona del hombre individual. Solo por la continuidad e intimidad constante del amor y de la unión es posible que dos seres humanos se unan amándose omnilateralmente y unan sus vidas para formar una verdadera personalidad superior concluida en sí misma de modo autosuficiente. La unión de un ser humano femenino entero con uno masculino entero constituye el matrimonio. Es decir, que el matrimonio, según su esencia, es fundado y mantenido por el amor sexual, y une íntimamente los espíritus y los cuerpos, los amantes enteros, durante toda la existencia para formar exclusivamente *una* persona superior con bella vida; y en su máxima perfección, en su celebración verdaderamente humana, es monógama. La unión pura y casta de los cuerpos es doblemente sagrada para los amantes, en sí misma, física y espiritualmente. Pues los espíritus se contemplan y se reconocen únicamente en sus cuerpos, se penetran espiritualmente solo a través de las expresiones vitales artísticas de los cuerpos; y la belleza de los cuerpos, digna en sí misma, es a la vez una imagen natural y artística de una belleza espiritual similar; y en los bellos movimientos y en la convivencia íntima entera de los cuerpos se refleja la belleza de las almas. [136]

Dado que en todo hombre prevalecen la excelencia y dignidad de amor espirituales o corporales, o ambas se hallan en un bello equilibrio, también el matrimonio recibe una confor- [137]

mación triplemente diferente. Porque en él puede prevalecer o reinar, o bien la belleza y unión corporal, o bien la espiritual; en otros matrimonios, sin embargo, en los más bienaventurados de todos, la belleza y el amor espirituales y corporales se hallan en la misma medida íntimos y en bello equilibrio. Y aún mayor parece la riqueza de esta relación original y divina considerando que esta prevalencia y aquel equilibrio en el hombre y en la mujer pueden hallarse del mismo modo o del modo opuesto. La diferencia de las edades en las que se contraen los matrimonios, y la conformación del mismo matrimonio cada vez renovada durante la vida aportan una nueva variedad. Y aunque el matrimonio, conforme a su esencia, es la armonía del amor corporal y espiritual, no por ello disfruta menos del amor espiritual y del corporal, cada uno puramente por sí mismo. Pues el ánimo inocente y casto de los desposados es más receptivo para disfrutar del amor corporal más bello y delicado; y con la misma intimidad se aman y conforman recíprocamente sus espíritus en la interacción de todas las actividades espirituales. A la vez, el verdadero amor conyugal está en consonancia con el amor a Dios; y la piadosa intimidad con Dios que ennoblece toda alegría verdaderamente humana, no incomoda ni debilita las alegrías ingenuas del amor corporal, del espiritual
[138] y del armónico, cuya tríada armónica constituye la esencia y la bienaventuranza del matrimonio.

Unirse corporalmente, sin amarse como seres humanos completos, lo encuentra el hombre armónico, cuando es fiel a la naturaleza puramente humana, prohibido y desagradable. Pero su parecer adquiere todavía más peso cuando reconoce en qué relación íntima y esencial con Dios y el mundo se encuentra la procreación. Procreando los amantes no se pertenecen solo a sí mismos, sino también a Dios, a la naturaleza, a la humanidad, al pueblo y a los procreados. Las fuerzas creadoras más íntimas del cielo y de la tierra, llamadas por amor familiar, actúan juntas en los amantes; anuncian su presencia a través de un elevado gozo; coronan la intimidad de los desposados por la encarnación de un espíritu, cuyo amor entretejen cual flor

primaveral en la corona de la sociabilidad de los desposados. Los destinos de los recién nacidos, toda su futura efectividad, que puede llevar fortuna a sus amigos, a su pueblo, quizá incluso a la humanidad entera, son depositados por los poderes superiores, en su mayor parte, en las manos de padres amorosos. Por ello, la procreación y su placer es para los amantes tres veces sagrada; por ello se consagran el cuerpo y el espíritu como una digna morada para los poderes creadores que muestran tanta benevolencia hacia su amor.

La procreación de nuevos seres humanos, el rejuvenecimiento continuo y el crecimiento legítimo del género humano en la Tierra, la manutención y la educación de los hijos y la convivencia llena de amor de los padres y de los hijos con [139]
personalidad superior constante y en crecimiento, todo ello es en sí, visto de un modo divino, *un* acto. Dios no ha destinado el santo acto de la cópula a ser una obra de placer pasajera y variable. Lo que es perpetua y esencialmente *uno*, no ha de ser separado por el hombre religioso y repleto de ánimo. Por estos motivos religiosos, la humanidad solo ha de rejuvenecerse dentro de una unión del hombre y de la mujer que permanezca íntima y perpetua, como de seres humanos completos, solo en el matrimonio. En cambio, que hombre y mujer disfruten de sus cuerpos en lujuria pasajera y variable no se podrá conciliar con la idea de la humanidad en sí, ni tampoco con la idea de una humanidad religiosa.

Por ello, desde la abundancia del corazón elogiamos el matrimonio como la relación más original, más bella, más grata a los ojos de Dios y más sociable entre los hombres. Convierte al hombre en la imagen del universo eterno; le consagra como templo de Dios; es una raíz esencial de toda vida humana, de toda virtud, justicia y amor. El matrimonio crea primero en los desposados un ser humano superior autónomo, armónicamente satisfecho de sí mismo y del mundo; en el matrimonio pueden completarse armónicamente el hombre y la mujer y, mediante ellos, la semilla joven de la humanidad. Los matrimonios son los puntos de vida más originales,

los primeros en cobrar vida de toda la sociabilidad humana; de ellos nace diariamente una nueva estirpe, la cual, receptiva para todo lo grande, lo bueno y lo bello del tiempo pasado,
[140] crea con nuevas fuerzas inéditas un nuevo futuro. Los bellos matrimonios son los santuarios y refugios inviolables de íntima amistad, ciencia y arte familiares, y de todo lo bueno y bello de que sea capaz la humanidad.

El matrimonio como vida de intercambio de los sexos conforme a Dios, la razón, la naturaleza y la humanidad es, al igual que todo lo íntimo y bello, susceptible de una configuración rica y continuamente renovada, inagotablemente variada según los pueblos, climas, épocas y estamentos. Aquí solo pienso en aquello que debe hallarse generalmente como esencial en cada configuración de la relación entre los sexos que quiera ser digna de la humanidad y grata a los ojos de Dios. Amor íntimo de los desposados como seres humanos completos que contenga armónicamente amor puramente espiritual y puramente corporal, una pura animación amorosa del cuerpo, del espíritu y del hombre completo, sin buscar nunca el placer como finalidad y utilizar al amado como mero medio para alcanzar cualquier tipo de satisfacción: esta es la fuente originaria y la característica esencial primera de cualquier matrimonio verdadero, no importando, dicho sea de paso, su configuración nacional, climática ni estamental. Y este amor ha de fundar una relación tal entre los desposados que concuerde con la voluntad de Dios, con las leyes vitales de la naturaleza y de la razón, del cuerpo y del espíritu, que en toda la esfera de actuación de los desposados no conlleve ninguna injusticia y más bien ayude a edificar toda justicia, y
[141] en ello corresponda armónicamente a la costumbre existente del pueblo, a la procreación de una tribu humana sana y vigorosa, al amor por los hijos y a la educación omnilateral, verdaderamente humana de estos. El amor sexual del hombre armónico está aliado con el amor uno por Dios y por todo lo bueno y bello; ¿cómo podría fundar una sociabilidad que estuviera de algún modo en conflicto con el amor por todos los

hombres, por los amigos, por los hijos, por el pueblo patrio y por la humanidad?

Mas el amor puramente corporal en general, y la sociabilidad corporal fundada por él, no se refiere ni se limita exclusivamente a la relación entre los sexos. También el hombre puede amar al hombre, y la mujer a la mujer, de modo puramente corporal, de múltiples formas y en secuencia infinita de niveles. Y tampoco el amor corporal entre el hombre y la mujer conduce necesariamente a la unión matrimonial entre los sexos. Fuera del matrimonio, y sin este, el amor puro une sin quebranto al hombre y a la mujer en belleza corporal individual y en beso y abrazo castos, siempre y cuando todas las expresiones y manifestaciones de este amor queden exentas de cualquier relación corporal y esencial con la procreación que es solo santa en el matrimonio. La humanidad masculina y la humanidad femenina han de tener libre trato entre ellas en cualquier lugar y a cualquier edad, en todas partes de la vida humana y del destino humano, y han de socializarse de modo omnilateral y omniforme, cuando la formación humana ha de florecer en la Tierra y cuando la humanidad misma ha de ser
perfeccionada. Es decir, que tampoco el matrimonio, fuera del [142]
ámbito de la sociabilidad que le es particular, en absoluto separa insociablemente a los hombres de las mujeres; sino que está en armonía con todas las demás formas puramente humanas de amor corporal, espiritual y armónico, y promueve él mismo multiformemente el trato omnilateral sociable entre la humanidad masculina y la humanidad femenina; nada como él abre el sentido y el corazón para la bella particularidad corporal, espiritual y armónica. Del mismo modo, todas las demás relaciones sociales fuera del matrimonio, cuando son puramente humanas, mantienen santo al matrimonio; no violan sacrílegamente la propiedad del amor casto, sino que honran en el matrimonio lo santo más interno de las familias y de los pueblos.

Cuando el amor reúne alrededor de los desposados al dulce círculo de los hijos, se amplía el matrimonio para convertirse en familia. Los amantes contemplan en el hijo la semejanza de

su espíritu y de su cuerpo, y con alegría ven rejuvenecerse en él su bello amor. Cuando pensamos en cómo los desposados y sus hijos se unen en vida de intercambio sociable por medio del amor para convertirse en un todo orgánico, en una persona superior, en *un* ser humano superior, entonces obtenemos la imagen de una familia, siempre y cuando exista puramente en sí misma. El amor de los padres es la fuente vital y el centro vital de la familia, la cual no puede florecer ni ser digna de la humanidad sin este amor. Pues solo en el amor matrimonial nace el amor individual de los padres por los hijos y de los hijos por los padres, así como el amor de los hermanos. El amor familiar es amor personal esencial de la individualidad
[143] entera; y todos los miembros de la familia se aman como a *una* persona superior. Ambos desposados aman en cada hijo a sí mismo y al amado, y cuidan en él el fiel reflejo creciente de su particularidad corporal y espiritual armónicamente unida; y los hijos aman a los padres con entrega femenina como a su propia vida superior. Los padres adoran y aman en los hijos los seres inocentes y despreocupados confiados por Dios a su cuidado. Para el hijo indefenso, colmado en sí mismo con dulzura femenina, los padres son el Dios presente y los representantes de una parte de la divina providencia. El amor de los padres por los hijos equivale al amor y a la compasión eternos de Dios hacia los hombres, al igual que el amor abnegado de los hijos es el símil más bello de la entrega amorosa del hombre armónico e íntimo con Dios en el orden mundial divino. El amor de los hijos amados, bienaventurados en el puro amor de los padres, es el puro amor de los ángeles, el amor de la amistad celestial. La educación de los hijos es el asunto más dulce y más gratificante de los padres, que profesan puro respeto por el estado divino, bello y colmado en sí mismo de la primera infancia y viven con sus hijos en el espíritu del amor y de la bondad; exploran cuidadosamente la particularidad de cada hijo, prestos a reconocer cada vocación interna de este y ayudar a que se forme; procuran llevar esta vocación gradualmente a la madurez, siempre honrando y despertando su libertad en

todo, y se alegran cuando se ven superados por su hijo en algo bueno y bello.

Los hijos pertenecen a los padres como miembros de sus familias; el amor y la sabiduría de los padres los incita a la obediencia voluntaria, hasta que ellos mismos hayan madurado y hasta que la mayoría de edad les otorgue el derecho a ocupar su lugar en la sociedad humana como seres humanos autónomos. Entonces son despedidos por los padres con amor y eligen su propia profesión apoyados por estos con consejo amigable; y entonces, cuando el ánimo los impulsa y el amor los atrae, se unen también en santo matrimonio y forman jóvenes familias. Estas son completamente libres y autónomas, y solo se encuentran en una relación subordinada hacia los padres de los cabezas de familia en la medida en que se lo imponen el amor, la gratitud y el respeto. Y cuando los padres ancianos se quedan solos, las familias de sus hijos, dichosas gracias a ellos, los acogen con gratitud, como honorables cabezas de familia; y en los juegos y muestras de afecto de los nietos les florece la compensación más dulce por la educación laboriosa de sus hijos, y el amor de los nietos les hace recordar la juventud de sus hijos. Cuando de un matrimonio nacen varios hijos, los cuales desposados con hijos de otras familias forman nuevos matrimonios, entonces se originan dos bellas relaciones familiares sociables, es decir, de las familias que mediante el matrimonio de sus hijos establecen una relación familiar entre ellas, y de las familias cuyos fundadores son hermanos; así como una larga serie de bella sociabilidad familiar de sus miembros según las distintas ordenaciones de su parentesco, de las cuales cada una tiene su propio amor y su propio carácter. [144]

Una familia, para existir, solo requiere que los desposados tengan a un hijo, pero si quiere ser completa, a un niño y a una niña; y se recocija cuando hay varios hijos, siendo su configuración más perfecta cuando los niños y las niñas se alternan por parejas. Los padres entre ellos, los hijos entre ellos, y los padres y los hijos en su totalidad son, según su génesis, *un* solo cuerpo, *una* sola vida orgánica, y por este motivo, [145]

su amor no puede basarse en la oposición del sexo. Entre padres e hijos no debe fundarse ningún matrimonio, porque supondría un retroceso en la causa precursora de la procreación, en la que los hijos viven a través de los padres, es decir, subordinados a ellos; y tampoco entre hermanos, porque la línea de descendencia que se dividió en el amor de los padres no debe cerrarse inmediatamente, sino que ha de expandirse con la mayor multiplicidad posible. Pues la suprema fuerza vivificadora de la estirpe entera busca, como todo lo orgánico, en la especie en germinación a la vez la mayor riqueza de los opuestos y la *concatenación omnilateral* de los miembros; pero ambas solo pueden lograrse cuando se desposan únicamente los miembros más alejados del parentesco. Esto lo muestra la experiencia; pues cuanto *más cercano sea el parentesco, tanto* menor suele ser la atracción para que se desposen los sexos opuestos incluso en la suprema belleza en flor corporal. Solo más allá de los hermanos se mueve el impulso de la cópula. Y cuando algunas familias por motivos externos rechazan el amor del resto de la humanidad, podemos observar como su
[146] ideal familiar, quizá en su origen bello, se vuelve en los nietos cada vez más desfigurado y exánime; hasta que estas estirpes en su origen tan nobles, después de pasar por la debilidad espiritual y corporal se extinguen finalmente por completo. Los matrimonios aquende el parentesco de los hermanos son obscenos y contrarios a la idea del carácter bello y acorde a la ley del desarrollo de la humanidad. Por ello, nuestros castos antepasados sentían lo correcto cuando llamaban deshonra de la sangre a estos matrimonios erróneos; al igual que los griegos cuando consideraban el enlace inconsciente de padres e hijos y de hermanos como el infortunio más impío.

Un sistema familiar que, nacido de *una* familia o de algunas pocas que se desposan entre sí por doquier y libremente, cuidando en ello el factor de la amistad de sangre, forma una *unión de familias*. Esta es tanto más bella, cuanto más variada y uniformemente represente todos los grados del parentesco; constituye entonces *un* parentesco completo, *una* familia su-

perior. Y cuando la tribu es muy numerosa y se extiende por un área natural amplia, se forman paulatinamente en su interior profusos grupos familiares individuales, como otras tantas tribus en germinación. Cuando las tribus germinales reciben y desarrollan unidad de vida de intercambio omnilateral y verdadera personalidad característica, entonces la tribu madre alcanza el rango superior de pueblo. El amor familiar, que se asemeja en su esencia al propio amor personal, disminuye en intimidad y fuerza en la medida en que se abren los círculos del parentesco y los hombres se alejan de su fuente común. Pero justo en esta relación florecen continuamente nuevas y [147] más fuertes oposiciones de naturaleza corporal y espiritual, y con ellas el amor amistoso y el amor sexual. Así, el hombre amoroso que está vinculado a los miembros de su familia en todas las formas y grados del amor familiar siente cómo su amor familiar se pierde en sutiles transiciones hasta convertirse en amor amistoso y en amor sexual. Y el amor familiar regresa en cada ánimo bien formado con nueva fuerza y en orden superior cuando se eleva para contemplar a su tribu, como a una familia superior, y a su pueblo, como a una tribu superior. Por eso es lo apropiado que los desposados, cuando formen a su familia, conciban el bienestar de su tribu y de su pueblo como su todo superior. Pero la elección de la persona amada ha de ser cosa exclusiva del amor personal, y por ello no puede sacrificarse por el bien de la tribu y del pueblo; y tanto menos cuando es parte de la providencia el que tribus y pueblos y estamentos se mezclen reproduciéndose por doquier, para que pueda germinar una humanidad en la Tierra que esté concatenada armónicamente en todas direcciones. Por este motivo Dios no ha concedido ni belleza corporal ni espiritual en propiedad exclusiva a solo un pueblo, una tribu o a un estamento, sino que las ha otorgado uniformemente a todos aquellos que sepan cuidar de sus simientes.

La idea de la familia requiere que todos sus miembros sean y se conviertan en *un* ser orgánico, un ser humano completo superior. Es decir, que la vida de intercambio, fundada por el [148]

amor familiar, ha de completar a los miembros de la familia para que sean *un* espíritu y *un* cuerpo. Por ello, los miembros de la familia, cada uno con bella particularidad, han de vivir en el espíritu y carácter de la familia entera; han de actuar sociable y armónicamente a favor de todas las partes del destino humano. La familia tiene un altar común, una costumbre virtuosa común, una justicia y un amparo jurídico comunes, ciencia y artes comunes, sociabilidad libre y artística común hacia el interior y el exterior, con la humanidad y con la naturaleza. Si esto ha de ser así, a la familia se le debe conceder una determinada esfera espacial propia e inviolable que corresponda a aquella vida común por doquier, para que en ella pueda desplegar libre y tranquilamente su vida familiar entera en su particularidad y representarla como una gran obra de arte bien estructurada y proporcionada. Casa, patio y jardín son tan esencialmente necesarios para toda familia como lo son el alimento y la vestimenta para el hombre individual. La casa misma es a la vez la obra y la esfera de la intimidad con Dios, de la virtud, de la ciencia y del arte y de la justicia comunes de la familia; es su excelencia espiritual, corporal y humana realizada artísticamente en su exterior. El patio es la esfera de libre movimiento de todas las fuerzas en la contemplación del cielo, envuelto y refrescado por el soplo vivificante de la libre naturaleza. Y el jardín es la esfera del trato habitual más propio de la familia con las fuerzas creadoras de la tierra; aquí demuestra su ma-
[149] nera más peculiar de sentir la vida y la belleza de la naturaleza y une su arte humano con las formaciones de esta en bello arte de jardinería. Aquí, en el seno de la madre de toda vida, se deleitan y alegran espíritu y cuerpo y adquieren alimento y amor de bella vida.

Esto constituye el fundamento entero y original de la propiedad familiar, no siendo de ninguna forma solamente necesidad física unilateral de protección y de comodidad corporal. Incluso allí donde falta el fundamento último, las familias se asientan con riqueza artística tan pronto como llegan a contemplar su formación humana y a desarrollar sus fuerzas. En

la misma medida en que la belleza, la intimidad y la riqueza son características esenciales de la naturaleza humana, lo son igualmente esenciales para la propiedad familiar. La solidez, la comodidad y la seguridad son ciertamente los requisitos aparentemente más urgentes, pero no son ni los únicos ni los más originales o exclusivamente esenciales de la propiedad familiar. Por ello, la idea de la comunidad de los bienes, bella y valiosa desde el punto de vista superior, no corresponde con la idea de la familia ni con la del pueblo ni de la humanidad, cuando se amplía también a individuos singulares y a familias y pueblos singulares, pues destruiría la autonomía y la libertad de las familias y, por ende, mutilaría la vida del individuo, debilitaría la vida interna del pueblo y combatiría inútilmente la institución fundamental de Dios de la que ha de surgir en el futuro la humanidad completa en perfecta articulación. La propiedad fundamental de las familias es un templo de Dios, la obra de [150] arte más original y sociable de la humanidad, y un fiel espejo de la bella particularidad familiar. Esta naturaleza de la propiedad familiar y los motivos de la misma han de ser reconocidos también por el pueblo cuando establece el derecho del Estado; y en este espíritu ha de conceder y permitir conservar a las familias su propiedad fundamental. La casa, el patio y el jardín han de ser inviolables, un íntimo santuario de la familia satisfecho en sí mismo, cerrado y solo accesible por amor y respeto. Esto es lo que debe el Estado a cada nueva familia que está germinando, no porque se haya fundado por hijos de estos padres o de aquellos, sino porque todos los amantes han de fundar una familia, porque también esta familia pertenece en su esencia a la gran vida del pueblo y de la humanidad. Y, además, de la misma manera en la que cada familia siguiendo su naturaleza se perpetúa en una o varias familias jóvenes, y todas las especies venideras han de ser junto con las anteriores un todo continuo de vida individual, así ha de perpetuarse también la propiedad como obra de arte, como germen de nueva propiedad familiar. La novia y el novio tienen presentes a sus familias paternas por la dote completa que reciben, y

representan a través del carácter expresado en los bienes de estas *un* carácter armónicamente unido; encuentran en la presencia sensible de su origen un continuo impulso para formar su familia naciente como digna de este. Y cuando los padres se hacen mayores y se distribuyen entre las familias nuevas como dignos cabezas de familia, o cuando su muerte diluye la vida
[151] de su familia, lo apropiado es que su propiedad familiar, como monumento de su amor y de su sabiduría y arte, pase a formar parte de la propiedad familiar de los hijos. Tan profundamente arraigado se halla el derecho de la dote paternal y de la herencia en la naturaleza humana, que sin este las familias no podrían conformarse en sí mismas, incluso contempladas como un todo vivificado que avanza continuamente en el tiempo. Ciertamente la familia en sí, en general, es posible sin que haya dote ni herencia, pero sin estas no puede completarse ni ser miembro de una línea familiar continua. A menudo las jovenes familias han de iniciar una nueva línea, cuando el espíritu, el ánimo y circunstancias superiores en la vida del pueblo impongan que los amantes funden una familia con nuevo espíritu y carácter. Y, además, en relación con la dote y la herencia, las familias han de someterse y estar en armonía con los derechos de propiedad y leyes superiores requeridos por la vida común del pueblo y la uniformidad de la propiedad de bienes.

En la misma medida en que el hombre individual solo puede completarse como tal en sociabilidad omnilateral, y que esta sociabilidad es debida a Dios y al mundo, también la familia solo puede conformarse como tal en concatenación continua y simétrica con todas las uniones sociales, y esta sociabilidad es debida al todo superior de la humanidad. Tiene que existir por fuerza interna para ser sociable, ahora bien, para existir con perfección y belleza, es a su vez necesario ser sociable. La sociabilidad armónica de la familia acoge en sí misma a todas las uniones sociales con su propia manera de ser y según
[152] sus propias leyes de vida, y ella misma se representa a todas las uniones sociales como *una* persona, y como tal es reconocida y recibida por ellas. Por medio de su concatenación

social con el resto de las uniones sociales, la familia recibe nuevos miembros permanentes o meros visitantes; y solo por ello el estado doméstico se hace íntegro y completo. La familia acoge amorosamente en su seno a los queridos familiares, amigos y miembros de su sociabilidad operativa, pudiendo ser estos últimos también familiares y amigos, aunque no necesariamente. La actividad operativa de la familia se refiere bien a la profesión externa que le es propia y con la que se une al pueblo, o bien a su libre vida en ciencia y arte y a la formación general familiar humana y universal. La profesión externa de la familia es una profesión superior y libre o bien subordinada y artesanal; por ello se determina preferentemente la figura y el grado de todo el estado doméstico. La actividad referida a la familia misma como arte de administración doméstica se ocupa de la educación de los hijos, de la adquisición, reparto y administración de la propiedad familiar y del gobierno del todo. Los ayudantes, sin embargo, toman parte como aprendices y como colaboradores subordinados o coordinados en la actividad doméstica. Además, la familia ejerce una hospitalidad verdaderamente humana y artística, dentro de los límites que le son impuestos por su propia autonomía, su posición social, su carácter y la salud y plenitud de la vida familiar interna. Las visitas periódicas y libres de los familiares, de los amigos y de [153]
los compañeros de la obra, los amigables saludos a los miembros de la tribu, a los conciudadanos y al viajero desconocido honran y decoran la casa y conceden a la vida humana las alegrías más puras y santas.

Hemos expuesto la imagen de la familia en todos sus rasgos fundamentales, como un todo orgánico bien unido a la humanidad, como un estamento doméstico y una economía doméstica completos. En todo esto observamos un rico organismo de oposiciones sociales armonícamente encajadas (hombre y mujer, padres e hijos, miembros de la familia y parientes, amigos y amigos, preceptores e hijos, dueños y criados, maestros, oficiales y aprendices), cada una de ellas unidas entre sí y todas entre ellas para formar una vida en amor y paz y

en íntima laboriosidad. El amor del padre y de la madre de familia constituye el sol de este *todo*, funda y vivifica toda *sociabilidad* doméstica y alrededor de él se mueven todas las sociedades internas de la familia; si se extinguiera, se arruinaría la familia entera y se disolvería en sus elementos. Venerable y beatífico es el estamento del padre y de la madre de familia. Su matrimonio amoroso los deleita a cada edad con nuevas alegrías nunca antes disfrutadas, y su bello arte para *ordenar* y gobernar la casa *conjuntamente* en amor y justicia, crea vida y sociabiliad en su alrededor. Dan a la familia y a la casa su constitución, procuran que cada miembro de la familia viva de forma autónoma en la *casa temporal* y localmente, y que
[154] todos los miembros se relacionen entre ellos libre, omnilateral, simétrica y rítmicamente, y que lleven una vida sociable en el espíritu de la familia con la sociedad *humana entera*. Disponen en el derecho familiar según lo que da y mantiene el amor. Ejercen, en consonancia social con todos los demás miembros de la familia, el gran y bello arte del gobierno *de la casa, como* el arte de *crear, mantener* y representar sociablemente la vida familiar, para que la familia sea una vida humana completa y omnilateral, una imagen rejuvenecida de la perfección *armónica* de la estirpe *humana entera*.

Esta es la idea de la familia que, a los ojos del espíritu, se presenta en infinitos ideales igualmente esenciales y con características distintas, y *cada uno de ellos* tiene las mismas *pretensiones* de hacerse realidad en la humanidad. La familia se configura en la Tierra con infinita riqueza; edad del mundo, clima, lugar y costumbre del pueblo, *tribu, estamento,* edad y carácter de los desposados y la figura particular de su amor. Todo ello nos brinda una abundancia inagotable de particularidad en esta sociedad fundamental, la más *sencilla* y *santa*. Cada estamento *doméstico* conforme a su ideal es igualmente digno e igualmente esencial para la humanidad, igualmente sagrado para el derecho, y cada uno es rico en belleza y alegría propias. El elevado estamento *doméstico* de una corte imperial, el discreto de la tranquila burguesía, y el ingenuamente patriarcal

de la población rural, todos son igualmente venerables, igualmente gratos a los ojos de Dios, y llenan el ánimo del observador filantrópico con el mismo respeto y la misma alegría.

Una sociabilidad tan íntima, rica y bella se vincula con la vida de intercambio armónica de los sexos; pero una no menos bella la promete la oposición interna de los caracteres y la expresión libre y la fusión social de la particularidad opuesta entera. [155]

La amistad

La naturaleza humana, una e indivisible, conforma, siguiendo a la oposición del sexo, una nueva oposición de la individualidad entera. En el organismo *uno* del hombre se mueven todas las fuerzas de forma autónoma, armónicamente entre sí y con el todo, y la vida entera en, con y por medio de sus fuerzas singulares. Ahora bien, en el hombre o bien predomina la efectividad autónoma de fuerzas singulares sobre la vida entera, o bien predomina la efectividad de la vida entera sobre sus fuerzas singulares; o bien la vida entera está en armonía temperada con la efectividad libre de todas sus fuerzas. De ahí nacen los tres caracteres fundamentales del hombre que podemos denominar el riguroso, el apacible y el armónico. Su oposición se expresa en toda la configuración de la individualidad, así como en el modo en que se relaciona con todos los seres y con todas las influencias de la vida mundial, y en el modo particular en el que acoge en sí expresiones vitales extrañas y responde a estas interna y externamente, activa y pasivamente.

El carácter riguroso mueve libre y audazmente todas sus fuerzas individuales; el carácter apacible actúa en toda expresión vital individual con todo su ser; el armónico, sin embargo, deja actuar toda fuerza libre y autónoma, pero, en buena medida, en la abundancia de la vida entera presente por doquier. El carácter riguroso, cuya vida es dominada por la energía indi- [156]

vidual, es audaz, valiente, severo, sin recurrir a consejo, adentrándose en todo hasta en el detalle y formando el detalle; a todo lo que es libre y autónomo y a todo lo que incita tan solo una fuerza individual vivificada en él, le llama al trabajo; actúa para dominar en la esfera de su excelencia y formar todo lo que pueda alcanzar por sí mismo, toda resistencia le incita a la lucha valiente y perseverante; y su imagen es la figura vigorosa *masculina con estructura corporal* marcadamente definida. Por el contrario, el carácter apacible es premonitorio, expectante, dulce, tranquilo, silencioso y avanza con toda la fuerza de su ser; busca y observa *en cada detalle únicamente* el todo, y lo ama solo por virtud del todo; recibe las influencias externas con entrega y las acoge en todo su ser, lleno de entrega y paciente; le mueve y activa únicamente *aquello que puede colmar* todo su ánimo y hacer reaccionar su naturaleza entera. A este carácter lo representa simbólicamente la figura femenina, delicada y suavemente redondeada en todos sus miembros. Pero cada uno de los dos caracteres, cuando es abandonado a sí mismo, entra en una lucha insoluble consigo mismo, con la naturaleza, con Dios y con la humanidad. Aquel sentido rigo-
[157] roso se convierte fácilmente en siervo de su propia inclinación limitada, y se vuelve rudo y parcial; mientras que el sentido apacible que se inclina más hacia el sufrir y recibir, cae fácilmente en reino ajeno, se torna débil y falto de sustancia. Pero el carácter armónico en el que se encuentra vivificada la armonía de la naturaleza humana entera con todas sus fuerzas individuales une autonomía y entrega, gobierno y obediencia, el dar y el recibir, valentía y dulzura, lucha y paciencia, y de este modo alcanza una armonía recíproca satisfecha consigo misma y con el mundo, en la cual obedece amorosamente a Dios y al *mundo* y defiende firmemente y gobierna su propia esfera vital entera. Solo el sentido armónico es capaz de pensar, actuar y sufrir desapasionadamente en el espíritu de la humanidad entera *y en el espíritu del pasado y del futuro*. Esta oposición de los caracteres la experimentan el cuerpo y el espíritu cada uno por sí mismo y en su convergencia y, por ello, el carácter del

espíritu se expresa perfectamente en la figura y el movimiento del cuerpo y de la lengua. Y dependiendo de si uno u otro de estos caracteres es el propio de la mayoría de las personas o de las más decisivas, también las familias, las tribus y los pueblos, incluso los pueblos de continentes enteros adoptan uno de ellos que será el que rija por completo su vida entera.

Estos tres caracteres fundamentales se conforman entre los hombres con variedad y particularidad imprevisibles. Cada uno de ellos es capaz de encontrar perpetuamente un nuevo destino, dependiendo de si en el hombre prevalece el afán de *perfeccionamiento moral interno*, o de *justicia* o de *amor*, o [158] si todas estas aspiraciones se encuentran en armonía, y dependiendo de si su amor se inclina más hacia Dios o hacia *la naturaleza*, hacia *la humanidad* o hacia *todos los seres del mismo modo*. Y, además, ejerce una influencia decisiva sobre el carácter del hombre si la ciencia o el arte es su objetivo principal, o si ambos le ocupan por igual, y si vive precisamente de una de estas ciencias o artes. Y a esto se añade la diferencia del sexo, del estamento y de la edad, el carácter peculiar de la familia, del pueblo y de los pueblos de su continente, y las diferencias de clima y época. Todo ello, en unión con el avance particular de su destino, influye en cada hombre para otorgar a su carácter dirección y conformación y para darle su propio claroscuro y su propio colorido. A las mujeres y a los niños, en líneas generales, les es propio el carácter apacible y dulce, y a los hombres y a la juventud el pujante y atrevido. El muchacho percibe un sentimiento de felicidad cuando en su interior resuenan los acordes armónicos de la formación omnilateral que le anuncian que ha alcanzado la edad viril y que ha conseguido el carácter armónico luchando en las olas de la vida. Finalmente, reconfirmado en sí mismo y colmado en la vida, el anciano vuelve a la suavidad y ternura del niño.

Cuanto más perfecto y conseguido es un carácter en sí mismo, tanto mayor es su necesidad y su receptividad para tener trato con el carácter opuesto. Cuando una persona encuentra [159] en su vida a un carácter opuesto que está en consonancia con

su ambición y su campo de acción, y cuando ambos pueden manifestar completamente al otro su modo de vida particular, entonces a ambos les embarga el puro amor, desean formar unidos un carácter completo superior y, en su vida de intercambio amorosa, confirmar y embellecer el propio carácter. Esta vida de intercambio continua de dos caracteres opuestos, en la que representan ahora *un* carácter superior, es la amistad. La unidad del estado de ánimo, de la eficacia y de las inclinaciones es tan esencial a la amistad como la oposición de los caracteres, porque sin la primera no se elevarían a su idea superior común y su sociabilidad no tendría estabilidad, y sin la oposición de los caracteres, la sociabilidad carecería de estímulo y alimento. La esencia y la necesidad de la amistad son tan antiguas e inamovibles como lo es la naturaleza humana; sin ellas no se podrían formar omnilateralmente ni los hombres individuales ni las uniones sociales, ni se podría desarrollar toda la riqueza de caracteres humanos como un todo orgánico. La amistad es después de la familia el santuario más íntimo de la humanidad, y concede las alegrías más puras e íntimas, solo superadas por las del matrimonio.

La amistad se conforma entre los hombres estableciendo todos autónomos cada vez superiores, que a la vez se concatenan y atraviesan magníficamente. Es completa cuando entre un carácter
[160] riguroso y otro apacible aparece un carácter armónico, y, como amigo común, como ser superior mediador, dirige y da vida a la amistad de ambos. Este mismo hombre está a la vez unido con otros por lazos de amistad, e intenta que todos sus amigos lo sean también entre ellos: y así cada amistad es fecunda en nuevas amistades y enlaza amorosamente entre sí a todos a los que toca. Un pensamiento eleva el corazón: el constatar cuántas amistades singulares de dos, tres y más miembros puede abarcar la misma amistad cuando tan solo se compone de unas pocas personas; y cómo en la compenetración amorosa de las amistades el hombre bueno y bello puede influir inconscientemente y sin intención, a través de una cadena invisible de amigos, de corazón a corazón, en los hombres con ideas afines.

Al igual que el matrimonio, también la amistad forma una esfera de vida autónoma y libre; y también ella requiere, considerando el factor carácter, la unidad de todas las aspiraciones humanas. Los amigos íntimos se convierten en *un* corazón y *un* alma, conforman una intimidad con Dios, virtud, justicia, ciencia y arte comunes y un común trato con la naturaleza. Por ello, la amistad, al igual que la familia, requiere también legítimamente una esfera externa consagrada a su convivencia. Pero, como la amistad no casa integralmente a los hombres como sucede en el matrimonio, y muy pocos amigos están en condiciones de poder convivir ininterrumpidamente, la relación de amistad solo requiere una amigable acogida en las familias y casas, jardines y espacios de ocio públicos preparados [161]
para el trato de confianza. Los diferentes sistemas de amistades se mueven libremente a través de las familias y de todas las demás uniones sociales; y los amigos son reconocidos por el Estado, por la Iglesia y por las sociedades profesionales como personas superiores y así son acogidos en su seno. La amistad es compatible con cualquier amor, puede convivir en el mismo pecho con el cariño matrimonial, con el amor por el pueblo patrio y con el amor general por los seres humanos. Tan bello como el arte de administrar el hogar es también el de la amistad, el arte de hacer amigos y mantener y desarrollar su amistad. Pero la riqueza con la que la noble amistad se desarrolla adoptando las figuras más diversas, no puede ser agotada jamás por la vida, ni mucho menos por la idea. Pues la idea de la amistad ciertamente es una sola, pero sus ideales son infinitos y todos son igual de esenciales, igual de santos e igual de honorables a la humanidad.

Así se fundamentan el matrimonio y la amistad, las relaciones sociales más intimas de los seres humanos, sobre el amor personal, y así se juntan las dos oposiciones más originarias de la naturaleza humana, sin cuya unión la vida del hombre no podría ser ni completa ni verdaderamente sana. Las personas unidas a través de estas dos relaciones son como *una* persona, como *una* vida, unida en cuerpo y espíritu, en entendimiento

y corazón, indisolublemente para compartir trabajo y descanso, alegría y pena. Nacido en la familia y en la amistad, educado
[162] y mantenido en ellas, cada hombre se perfecciona como su propia obra de arte en una particularidad llena de vida. Pero mientras su propia esencia se vivifica más íntima y originalmente, a la vez se forma en él un sentido delicado por toda bella particularidad que, dispersa y armónicamente le brindan los hombres en infinitas oposiciones y delicadas transiciones por donde quiera que encuentre la comunidad fundada por Dios en la Tierra. El mismo respeto, el mismo amor y la misma bondad con los que el hombre bien cultivado abraza la propia individualidad, se mueven también en él al contemplar la particularidad extraña de la vida externa e interna, corporal y espiritual y armónica. Movido por el impulso más interno de su naturaleza, cada hombre se representa instintivamente al otro como su propia obra particular, glorificada en el espejo de su cuerpo, de su discurso y de todas las obras externas de su arte. Al igual que todos los hombres son miembros esenciales de la humanidad *una*, también despierta el sentimiento de esta unidad la presencia de la particularidad extraña, llena de vida y digna de los hombres. Embargado por esta sensación, el hombre anhela fundir su propia individualidad con la extraña en presentación artística externa, y convivir en libre sociabilidad con todos los hombres honorables y dignos de amor con los que la vida le pusiese en contacto.

La libre sociabilidad

El libre trato interno de cada hombre consigo mismo, en el
[163] que sin trabajar se deleita en ciencia y arte propios, despierta la necesidad de tener libre sociabilidad, habilita internamente para ella, la aviva y la nutre. Fundar verdaderamente la deseada libre sociabilidad únicamente es posible cuando todos los hombres son miembros de la humanidad *una*, y pertenecen a

la misma razón y naturaleza, y cuando, gracias a lo dispuesto por Dios, desarrollan su propia vida en la misma Tierra y rodeados por la bella naturaleza. La idea de esta libre sociabilidad es la siguiente: exponer recíproca y artísticamente la particularidad de su vida humana, unirla orgánicamente en la libre interacción de las fuerzas en *una* obra de arte social, disfrutar el uno del otro y refrescar de esta forma la vida más propia. Ésta es la idea que debe determinar la organización interna y los límites de la libre sociabilidad.

En este ámbito de la sociabilidad humana observamos dos esferas esencialmente separadas por ideas autónomas. Primero los hombres se unen en libre sociabilidad para agrupar orgánicamente toda su individualidad externa en libre actividad artística, para olvidarse en este libre juego vital recíproco de todas las preocupaciones y fatigas de la vida y de la propia formación, para disfrutar alegremente y sin esfuerzo de lo bueno y bello alcanzado, y para volver a crear lo mismo cada vez de nuevo en obras de arte sociales. A continuación, los hombres se encuentran todavía por doquier en los caminos de la vida, unidos por la misma vocación íntima y bella, y viven en libre sociabilidad, no uniendo su indiviualidad como tales indivi- [164] duos, sino solamente en interacción de su vida individual común como miembros de la misma humanidad. La primera sociabilidad libre, que solemos llamar preferentemente sociedad, podría denominarse libre sociabilidad individual o íntima; y la segunda en la cual los hombres se encuentran como miembros libremente vivificados de la misma persona superior moral, podría denominarse libre sociabilidad puramente humana.

El comienzo de la libre sociabilidad individual o de la preferentemente llamada sociedad, es que los asociados se representen en toda su individualidad en un libre juego mutuo de la vida, actuando en ello cada uno con referencia artística al espíritu y al ánimo del otro. El ámbito de su comunicación concierne a la individualidad entera, la corporal, espiritual y la armonía; por ello, esta libre sociabilidad íntima es también tan rica en estructura y belleza internas como lo es la individuali-

dad humana. La expresión llena de ánimo de la vida interna de todos los miembros ha de estar armónicamente en consonancia con un todo orgánico artístico; todos tienen que desplegar su particularidad como la particularidad de *una* persona superior; unidos tienen que representar orgánica y perfeccionada *una* idea determinada de la vida según un ideal; y ninguna persona puede aparecer en esta sociabilidad como accidental, superflua o simplemente pasiva. Únicamente el trato interno libre de cada persona consigo misma es la esfera en la que los miembros de una libre sociabilidad individual se comunican y compe-
[165] netran; es decir, que todo lo que caracteriza aquel libre trato consigo mismo es también propio de esta sociabilidad. Pero allí es donde vive el hombre completo sin esfuerzo en sí mismo, se entretiene a sí mismo con los bellos frutos de su reflexión y de su destreza; todo lo que se halla en él vivificado y acogido en toda su esencia, se mueve entonces espontánea y libremente. Solo en los bellos momentos de este trato animoso e indiviso consigo mismo avanzaría el hombre en libre sociabilidad, pues si está entonces enteramente presente en la sociedad, se expresará libremente y sin esfuerzo en bella habilidad de la vida y solo llevará voluntariamente al centro lo bello y lo libremente vivo que pueda captar el espíritu y el ánimo de cualquiera. Pues solo en el disfrute de la pura cordialidad, todos los partícipes de la sociedad desean ser entretenidos y vivificados; en bella concordia desean jugar libremente con fuerzas libres, no trabajar, no educar y formarse mutuamente, no hacer valer ni admirar talentos individuales; quieren disfrutarse mutuamente jugando como hombres completos, olvidar cualquier verdadera laboriosidad, y restablecerse del esfuerzo, con el que las naturalezas finitas han de conseguir lo digno y bello. Y del mismo modo en el que en el trato interno cordial consigo mismo el hombre se restablece olvidando todos los esfuerzos de la vida, igualmente también se eliminará en una sociedad libre todo lo que recuerde a la fugacidad e inseguridad de cuanto es noble y bello en la Tierra y que por ello pudiera perturbar el disfrute alegre de la plena naturaleza humana. Aquí es preciso que se

silencie todo lo que solo concierna a la propia persona y que [166] cualquier asunto del corazón que no esté esencialmente ligado a la vida de la sociedad, cuando pudiera enturbiar la alegría, permanezca en el propio pecho para el reservado al amor y la amistad. Mas todos los miembros de la sociedad comparten íntimamente y en silencio los destinos y asuntos personales de cada *uno* que pertenezca a su círculo; protegiendo siempre con la mayor delicadeza el noble sentimiento de sí, están ocupados en alegrar a los demás de modo inadvertido, y en consolar y ayudar sin que se manifieste su intención.

Y si es esencial y honorable para el hombre merecer la ciencia, el arte y la felicidad por medio de trabajo laborioso, no le es menos natural ni menos honorable deleitarse jugando animosamente con los logros alcanzados. La humanidad brinda en su trabajo y en sus juegos y diversiones socialmente bellos una visión igualmente bella y honorable. El estado de libre vida social, cuando despliega en el juego lo más bello, es verdaderamente divino, y el hombre solo es capaz del mismo cuando por medio de trabajo continuo ha entrado en el santuario de su esencia eterna y entonces, sin esfuerzo ni envidia, intuyendo la excelencia humana dentro y fuera de sí mismo, es similar a Dios mismo. Juego y diversión suponen el elemento de libre sociabilidad en el que se despliegan libremente, sin finalidad externa ni esfuerzo, todos los bellos talentos de la humanidad. Este juego bello y libre de todas las fuerzas del cuerpo, del espíritu y del ánimo lo inicia la lengua, como base de toda conversación sociable. Como órgano de la libre sociabilidad la lengua debe ser puramente humana, libre de cualquier ter- [167] minología parcial que delate la parcialidad del hablante, importune la conversación y conlleve disgusto y aburrimiento. La bella sociedad libre se construye necesaria y espontáneamente su propia lengua, puramente viva y humana. El siguiente rango después de la lengua lo ocupa el arte íntimo y bello que se expresa libremente y sin esfuerzo: adornarse, por medio de figura, movimiento, vestimenta y adorno del cuerpo; mostrarse fiel y auténtica, íntima, bella y grácilmente por el tono del dis-

curso, por la expresión de la cara y la mirada, para que todo lo que en nuestra individualidad es bello y puramente humano se haga presente en el momento y lugar adecuados, y para que aparezcamos transparentes y dignos de amor a todos los miembros de la sociedad. En ese sentido la música, el canto y el baile son las esferas artísticas preferentemente consagradas a la bella sociabilidad; pues en ellas toda particularidad bella despliega su profundidad más secreta, y cada inclinación y amor puramente sociales sus momentos más tiernos y dulces; en esas esferas aparecen las personas sociables, ligadas por la extensión y por las leyes internas de vida de la obra de arte social, verdaderamente como *una* persona libremente vivificada, como una vida orgánica. A estas obras de las musas y de las gracias se junta aún la variada e imprevisible serie de los propios juegos sociales. Cada uno de ellos representa a su propia manera la vida interna de los jugadores, y figurativamente la vida del hombre y de la humanidad en general, e incluso de la vida del universo misma; todos ellos necesitan ser aderezados
[168] con todas las bellas artes, preferentemente por la poesía, la musica, el canto y el baile y por los bellos momentos del amor y de la bondad. Cuanto más parciales sean el ámbito y la actividad que asumen, tanto menos son capaces de mantener la vida de una bella sociedad, pues separan esta en grupos individuales inconexos y, de este modo, destruyen la unidad, primer requisito de una buena sociedad. Sin embargo, cuando ocupan a pocos pero enteramente, cuando son propios de un solo sexo, de una sola edad, pero desarrollan su bella particularidad, entonces son capaces de mantener la vida del todo en las partes bien ordenadas de la misma, y de desarrollar la riqueza interna de la sociedad en partes individuales, bien unidas y estimulantes.

Quien sabe tratarse íntima y bellamente a sí mismo, habiéndose vivificado en él la idea de libre y bella sociabilidad, quien se ha formado en el espíritu del amor y de la virtud y de este modo ha alcanzado la bella habilidad del trato libre y sociable, solo alguien así es capaz de formarse en verdadero

honor social, en observación proporcionada de lo decoroso, en decencia libre, bella y social, y dotarse de aquella gracia social que conquista cualquier corazón. Cuando se compone solo de miembros de este tipo, una sociedad puede tener verdadera unidad orgánica y desarrollar en libre movimiento de todas sus bellas partes una hermosura y gracia sociales superiores. Lo que es un individuo como hombre completo, lo que son los hombres como personas superiores, como familias, amigos, [169]
pueblos y como humanidad, queda fielmente dibujado en la formación de su libre sociabilidad, en la elección de sus conversaciones sociales.

De este modo, la libre sociabilidad invidividual revela los tesoros comunes de la vida anímica, científica y artística indivisa y la une y configura en arte social. Por este motivo, nada como ella es capaz de conceder un alegre campo de actuación a cada talento en ciencia y en arte, siempre y cuando tenga un interes general humano y social. Preferentemente el poeta, el orador, el músico, el pintor, el escultor, el bailarín, el actor, el arquitecto y el jardinero y sus asociaciones operativas encuentran aquí la oportunidad para expresar, de forma permanente y en su debido momento, cuando la sociedad se encuentre en buena sintonía y receptiva para el impulso externo, sus más bellas obras, seguros de recibir el aplauso que sabe arrancar el despliegue artístico de su talento en las almas bien formadas. Una sociedad alegre y bella constituye el mejor público para las artes, pues forma un ánimo en buena sintonía, abierto para todo lo bueno y bello. Así, los artistas crean, en representaciones de alternancia rítmica, un mundo bello externo alrededor de la sociedad, como una naturaleza superior en la que se puede mover libremente el entretenimiento social y de la que puede extraer cada vez nueva vida, nuevos impulsos.

Una sociedad libre individual solo es completa cuando en ella se presentan y mantienen uniformemente cuerpo y espíritu, cuando en ella se encuentran vivificadas armónica y uni- [170]
formemente todas las capacidades del hombre, cuando en ella participan hombres y mujeres en idéntica esencialidad y belle-

za, cuando abarca amorosamente a niños, muchachos, adultos y ancianos, cuando se compenetran libremente en ella todos los estamentos y pueblos. Solo así es una expresión completa de toda individualidad humana y una imagen completa de la *vida humana* entera. Pero cada una de las esferas individuales que contiene una libre sociabilidad completa ha de conformarse también libre y autónoma en sí misma, para que ellas mismas sean *sociablemente* bellas y para que también puedan todas, en armonía y uniones diversas, formar una sociedad cada vez más rica y polifacética que, en su culmen, sea una sociedad libre completa. Hombres y mujeres ejercen entre ellos la sociabilidad vivificada en el carácter de la masculinidad y la femineidad. Y así sucede también con cada una de las edades. Los niños se juntan para disfrutar de juegos encantadores, los chicos entre ellos y las chicas entre ellas, o bien ambos en bella armonía, y trasladan a la Tierra los juegos celestiales de los dulces ángeles. La juventud más madura, el muchacho y la doncella, solos y en decente unión, se abrazan sociablemente para despertar y alimentar los santos instintos que han de unirlos en familias y amistades. Alegre seriedad e íntima confianza unen a los adultos, hombres y mujeres, entre ellos y en digna armonía para compartir las alegrías de la edad vigorosa y de conciencia clara. Y los ancianos disfrutan rejuveneciéndose en
[171] íntimas conversaciones y dulce sosiego, recreando su vida bien conducida; han vuelto a ser niños para anticipar amorosamente, en el atardecer de su vida presente, los juegos infantiles que jugarán en el amanecer de su nueva vida. Algunas sociedades se dedican mayoritariamente a los entretenimientos y juegos corporales, otras a los espirituales y otras a los armónicos; a menudo a un único entretenimiento social, como el baile y el canto, a menudo a un único acontecimiento social, como el nacimiento y el matrimonio, el comienzo del trabajo y de la cosecha; algunas edades, sexos y estamentos, frecuentemente también todos a la vez, invitan al puro deleite sociable y a la alegre celebración; y no menos dignas son las celebraciones y el dulce disfrute del duelo social.

La libre sociedad adquiere una nueva diversidad a través del lazo que une a los asociados en cuanto hombres completos ya de por sí, o para las labores conjuntas. Los hombres unidos íntimamente por matrimonio y amistad, así como los hombres de diferentes naciones, son capaces de tratarse entre ellos en libre sociabilidad. Las familias ejercen una libre sociabilidad particular, cada una en sí misma y en unión con otras y en círculos familiares de confianza que se abren solo parcialmente a amigos y extraños. Del mismo modo, la amistad une en libre sociabilidad más confidencial o solo a pocos amigos o a muchos cuando se cruzan libremente sus amistades; se forman libres sociedades cerradas, accesibles a los extraños solo bajo ciertas condiciones, que ofrecen a los amigos un tranquilo lugar de reunión para disfrutar de confidencialidad afectuosa y secreta. Algo similar sucede con los estamentos especiales, [172] pues la formación particular y armónica de cada uno de ellos produce una sociabilidad que le es exclusivamente propia, que solo para él puede ser completamente gustosa y entretenida. La sociabilidad de cada estamento tiene su propio atractivo y su propia belleza; las sencillas fiestas pastoriles de los habitantes de los Alpes regidos por costumbres patriarcales, y también las fiestas más espléndidas de una soberbia corte imperial son partes igualmente esenciales y bellas del cuadro entero de la libre sociabilidad humana. Y también se unen por doquier los cohabitantes de un mismo lugar, de una misma comarca, de una misma provincia en libre sociabilidad y forman un carácter social particular, en cuya mezcla se funden también armónicamente la naturaleza que los rodea y el sereno poder de la atmósfera que los envuelve. Una esfera aún superior de libre sociabilidad la crean los miembros de *un* pueblo, pues son capaces de formar una libre sociabilidad más íntima por su formación conjunta en cuerpo y espíritu, por su amor total por el suelo nativo y el pueblo patrio como *una* persona superior. En juegos y fiestas populares cada pueblo mueve su juego vital interno y en libre sociabilidad. E incluso por encima de esta esfera se forman aún personas superiores en grupos de pueblos

libremente sociales. La libre sociabilidad encuentra su único techo en la humanidad como la persona suprema en la Tierra. Juegos y fiestas comunes de todos los pueblos de la Tierra, como la máxima potencia de aquellos juegos y fiestas populares de las tribus griegas, flotan como amable imagen ante mis ojos entusiasmados.

[173] Igual que la familia y la amistad, también la libre sociabilidad íntima necesita su propia posesión natural, una propiedad en bienes externos y un uso periódico libre del tiempo y de las fuerzas; cada esfera de la sociabilidad tiene esta necesidad a su propia manera. A ella se le ha consagrado un ámbito digno de bella naturaleza y arte dentro de los bienes familiares y de la propiedad de la amistad. En cada lugar han de ser sagradas bellas plazas libres, edificios, jardines, paseos y lugares de ocio. Cada pueblo ha de tener en cuenta también, en el reparto de su propiedad y en el uso periódico del tiempo, su vida interna de libre sociabilidad en la que se glorifica a sí mismo y renace perpetuamente. Tan esencial y digna es la libre sociabilidad individual para la humanidad, como lo es el derecho a todas las condiciones externas de la misma. Igualmente inextinguible es también el cuidado de todas las instituciones jurídicas de las familias y de los pueblos por parte del Estado para que se establezca esta propiedad y este libre uso del tiempo y de las fuerzas para la libre sociabilidad, promoviéndola externamente con todas las fuerzas.

Un carácter muy diferente lo tiene la segunda esfera de la libre sociabilidad, la cual nace por doquier, como transitoriamente, ahí donde se encuentran los hombres en todos los caminos de la vida. En esta libre sociabilidad los hombres se acreditan como miembros de *una* humanidad; aquí no se trata del desarrollo social de su particularidad en determinados juegos y obras de arte sociales, sino solamente de la tranquila presentación de la propia persona y del tierno respeto omnilateral
[174] de cualquiera como congénere que tiene los mismos derechos y es igualmente digno de amor. El alma de esta sociabilidad puramente humana es el amor por el hombre en general, ya

sea porque se haya transformado en amor por el pueblo patrio y por la tierra patria o porque aun no haya sucedido. El objeto de la libre sociabilidad puramente humana es cada hombre, no como tal hombre, sino como miembro de personas morales superiores y, en su culmen, de la humanidad; y el ámbito de la misma es su individualidad, toda vez que se le considere como miembro de una persona superior común y que merece respeto y atención. Esta sociabilidad la practican tanto los hombres que se ven por primera vez como los conocidos más íntimos, siempre y cuando también ellos se cuenten como miembros de personas superiores y, en su culmen, de la humanidad. A pesar de ello, tampoco esta sociabilidad es mera comunidad, sino que funda la determinación recíproca más delicada de la vida humana entera: que se encuentren los hombres por doquier como hombres, y que todos sean *un* ser, *una* humanidad. También esta sociabilidad es intencionada por los individuos, también ella concede entretenimieto propio y las alegrías humanas más puras.

Donde quiera que se encuentren los hombres en lugares públicos, en paseos, en el bullicio de la vida común y en libre naturaleza, donde quiera que se unan para crear obras comunes donde a menudo el interés común solo los junta como individuos o grupos pequeños sin nexo de unión, donde los hombres en cuanto comunidad, incluso en cuanto pueblo, se congregan en los templos, en las negociaciones públicas del Estado y en los escenarios para contemplar obras de arte so- [175]
ciales, donde tan solo un negocio pasajero o un peligro común une a los hombres como hombres, por doquier se abre una rica esfera de esta sociabilidad puramente humana. Cada uno ha de mostrar al otro atención continua, respeto público, con delicada consideración de estamento y carácter que se expresa exteriormente. Cada uno ha de mostrar disposición para servir y ayudar en cada momento, y verdadera participación como hombre en todo lo que encuentra. El comportamiento entero ha de expresar conciencia de la propia dignidad humana en armonía con todos los sentimientos sociales puramente hu-

manos, y ha de ennoblecerse manifestando un corazón puro y lleno de amor. Cada uno ha de demostrar que reconoce el valor personal del otro, que nunca prefiere a su persona frente a la del otro, y todo ello sin perturbar de ningún modo la libertad de dirección y movimiento de las fuerzas y el recogimiento del otro. En ello se basan las ideas sociales de la gentileza, de la cortesía, del comportamiento noble y digno en público, de la servicialidad y hospitalidad verdaderas y puramente humanas. Estas virtudes sociales, si se quiere, pueden concebirse todas en armonía bajo el nombre de *Humanitas*. En este libre trato puramente humano de todos con todos se basa la personalidad superior de los hombres como *una* humanidad, por ello resulta esencial para la humanidad y es rico en bellos y elevados frutos. En consecuencia, el hombre bien formado dedica el mismo amor y cuidado a la sociabilidad puramente
[176] humana que el que invierte en la sociabilidad de la familia y de la amistad; pone toda la atención que le permiten sus obligaciones superiores para aparecer en el libre trato a todos los hombres tan respetable y tan digno de amor como le sea posible. La sociabilidad puramente humana transforma ante sus ojos los mayores fenómenos de la vida en una riqueza inabarcable de individualidad de hombres singulares, y mantiene su espíritu y su ánimo en un estado puro, imparcial, omnilateral, participativo, humano. El modo de presentarse públicamente el hombre en cuanto hombre es decisivo para conseguir atraer a personas buenas y nobles hacia el amor y la amistad más cercanos, así como de encontrar a los amigos y a los seres amados sin los cuales la propia vida sería inerte y triste.

También la sociabilidad puramente humana requiere dentro de las familias y de las amistades un santuario; también requiere legítimamente que el Estado le confiera bienes externos y un rico organismo de instituciones públicas, para que pueda florecer y moverse siempre y libre por doquier. Y justo en este esmero, el Estado demuestra su apertura plural y su sublime dignidad.

Bien es cierto que esta doble sociabilidad libre es la esfera más amplia del trato humano, en la que los hombres singula-

res se compenetran amorosamente como individuos y como miembros de la escala entera de personalidad humana superior y viven en el todo de la humanidad como libres compañeros de la misma naturaleza humana. Pero ella también es autónoma y requiere ser ejercida y formada pura y libremente. En ella [177] las familias y las amistades abren sus círculos estrechamente entrelazados, se unen los individuos de diferentes territorios y continentes, rejuvenecen familias, amistades, tribus y pueblos, pues en ella se atraen los espíritus y ánimos afines, mientras que los extraños evitan el más mínimo contacto voluntario en sus vidas. En libre sociabilidad los inidividuos se acercan, independientemente de los estrechos lazos de la familia y de la amistad, para que el amor hacia los hombres en general y el sentido común por lo humano los una y los eleve hacia las labores sociales en la ciencia y el arte.

La libre sociabilidad se basa tan de inmediato en lo fundamentalmente esencial de la humanidad como la vida familiar y la amistad; mas estas tres sociedades fundamentales de la humanidad solo prosperan cuando viven como un todo orgánico en, con y por medio de los demás. La familia alberga en su interior amistad y libre sociabilidad; el trato en libre sociabilidad alegra y vivifica la amistad; en libre sociabilidad se reconocen los hombres destinados a ser amigos y esposos, e incluso las familias, como conjuntos, se unen con más intimidad por medio de la libre sociabilidad.

Este es el ideal de las sociedades fundamentales de primer orden, que unen vivamente a los individuos como individuos, al casar en la vida las oposiciones fundamentales del sexo, del carácter y de la individualidad. Pero, igual que los individuos ganan en la familia, en la amistad y en la libre sociabilidad una unidad superior de la vida y una autonomía superior, también nacen en el seno de las familias, como personas completas, las [178] mismas tres oposiciones fundamentales con nueva figura y con alcance ampliado, y requieren nuevamente ser unidas para que también las familias puedan fusionar en totalidades superiores de la vida. Y si de este modo las familias se han elevado a una

personalidad superior, aquellas oposiciones vuelven a aparecer en medida superior y de modo particular tantas veces como el reino de los espíritus y el reino natural ofrecen a los hombres nuevas esferas superiores de comunidad y de vida de intercambio, en las que las sociedades fundamentales a las que se han elevado ya han de *unirse nuevamente en un todo superior* de la vida entera. Cada asociación superior aún de individuos se da a reconocer esencialmente porque varios individuos *verdaderamente opuestos* de la asociación inmediatamente inferior conviven verdaderamente en *un* ámbito superior común como *un* hombre, porque comparten todo lo humano, porque se dividen simétrica y armónicamente en el destino entero de la humanidad, y porque en esta asociación todos los ámbitos inferiores viven *libre y autónomamente y en interacción armónica*, regidos y mantenidos por el ámbito superior. Son tantos los órdenes de estas asociaciones superiores que, a menudo, *una asociación verdadera de este tipo se transforma en un ser* humano superior en el universo. Estas sociedades fundamentales superiores encuentran en la humanidad de la Tierra su límite más próximo, y en la humanidad del universo su límite infinito. Vamos a dirigir primero la mirada del espíritu sobre estas sociedades fundamentales superiores.

[179] ***Las sociedades fundamentales internas de órdenes superiores***

Las condiciones fundamentales que se dan para que en varias familias que conviven una al lado de la otra nazcan nuevas *oposiciones uniéndose en una* vida superior, residen en la razón y en la naturaleza. La razón es *una*, y contiene en sí *un* infinito reino de los espíritus, cuyo destino también infinito *uno* puede ser alcanzado por todo espíritu individual, y, en mayor medida, por espíritus unidos en matrimonio, amistad y libre sociabilidad. Cualquier espíritu, sin embargo, solo puede ser alcanzado dentro de la vida orgánica del reino *uno* de los espí-

ritus. En esta relación de los espíritus con el destino de la razón nacen las oposiciones de la vida puramente espiritual, que destacan en todo también en los espíritus unidos como hombres con la naturaleza. Pero también la naturaleza va amorosamente al encuentro de la humanidad, que quiere alzarse hacia la sociabilidad superior de las familias: su vida *una* se despliega en la estructura armónica del cielo en un número infinito de cuerpos celestes con vida particular, libre y bella, de los que cada uno, diseñado y conformado en su interior del mismo modo que la naturaleza misma, es la fiel imagen de su vida entera. La forma original de la unidad, de dos opuestos en ella y de un tercero armónico, también se le expresa a la Tierra en la figura y la ubicación de su parte firme habitable por la humanidad. La tierra firme consiste primero en *un* todo en el que se hallan opuestos dos hemisferios fundamentales que allí donde más se alejan uno del otro expanden recíprocamente sus ramas para unirse. Cada uno de estos hemisferios fundamentales de [180]
la tierra firme se halla dividido, a su vez, por la naturaleza en dos partes, que igualmente, partiendo de donde más alejadas se habían formado la una de la otra, se unen recíprocamente a uno tercero. Y, además, cada una de estas partes de la segunda división muestra nuevamente una estructura similar, que concluye, siguiendo relaciones regulares de altitudes y su ramificación reticular polimorfa, en regiones individuales llenas de carácter, destinadas a acoger a las primeras asociaciones superiores situadas por encima de las familias. De este modo, la Tierra representa un todo orgánico de regiones naturales subordinadas y coordinadas de la tierra firme, que determinan las relaciones y límites naturales de todas las asociaciones superiores de hombres en la Tierra, y según las cuales los hombres de este planeta han de perfeccionarse como humanidad. En primer lugar, una región natural común mantiene juntas a las familias individuales que viven autónomamente y promueve el desarrollo de oposiciones superiores, así como la unión armónica de estas. El atractivo de la vida natural individual y bella que se vierte sobre una región artísticamente separada

por la naturaleza misma, el trato igual de varias familias con la naturaleza y las necesidades y bienes naturales comunes para los que adquieren receptividad en la medida en que avanza su vida, todo esto mantiene a las familias que habitan la misma región unidas a la amada tierra y las sujeta entre ellas.

[181] ***La libre sociabilidad de las familias, la amistad entre familias y la unión de familias***

Si queremos ahora conocer las relaciones sociales superiores que las familias entablan entre sí, debemos observar cómo de su región natural común nacen oposiciones superiores de la vida que las unen amorosamente. Estas oposiciones son corporales o espirituales, o atañen al hombre entero, tienen lugar de forma individual o unida, y convierten a las familias a la vez en autónomas y dignas de amor.

Cuanto más se alejan las familias de su origen común, cuanto más se extienden los grados del parentesco corporal, tanto más se va perdiendo también la similitud familiar de los cuerpos, la formación familiar de los individuos se opone cada vez en mayor grado y, justo por ello, se hace particularmente bella y atractiva; y precisamente en estos grados el amor entre los sexos vuelve a ocupar el lugar del amor familiar. La idea de la belleza corporal abarca un número infinito de ideales, que son diferentes según el diferente destino de las oposiciones fundamentales de la vida y según la distinta formación y vivificación de cada uno de los miembros y órganos, considerados particularmente cada uno en sí mismo y todos en sus relaciones recíprocas. Están subordinados y coordinados entre ellos y cada uno tiene una belleza particular que ha de valorarse inmediatamente en sí misma. Los ideales individuales de la belleza corporal de los distintos miembros de la familia se asemejan según el grado de
[182] la filiación y del parentesco, y en la misma medida en que se alejan estos grados desaparece la similitud familiar; y las fami-

llas se alejan entre ellas para adquirir una belleza cada vez más particular. La perfección de un cuerpo individual, como miembro de la familia, solo ha de valorarse siguiendo el criterio de que represente completa y sanamente el ideal familiar, pero de modo particular. La influencia uniforme de la gran vida natural en *todos*, y el carácter particular de la región cerrada en sí misma que habitan, otorgan a todas estas familias *un* carácter común en figura, sentimiento y movimiento; toda su formación corporal sigue *un* ideal común. Pero dentro de lo común, se van formando ideales familiares singulares, fundamentalmente opuestos, que por su atractiva belleza unen a los miembros de familias diferentes en amor íntimo formando familias nuevas, mientras despiertan y mantienen la amistad y la libre sociabilidad.

Una relación similar se desarrolla en los espíritus de los miembros familiares. También ellos como miembros de familias emparentadas reciben una formación similar en pensamiento, sentimiento, voluntad y acción consonante con su formación familiar corporal. Pero en la misma medida en que las familias se alejan en su afiliación, también en la vida espiritual de sus miembros se forman nuevas oposiciones que favorecen el amor entre los sexos que empieza a brotar. Ya tan solo el amor *uno* con el que la naturaleza los abraza a todos, la misma vida particular con la que se dirige a todos, hace nacer en ellos un común estado del espíritu y del ánimo. Siendo amados de la [183]
misma forma por la naturaleza, ellos también aman a la naturaleza de forma similar y aumentan así su receptividad para contemplar su belleza espiritual opuesta y unirla amorosamente. Lo particular, que la vida familiar imprime a cada miembro en cuerpo y espíritu y, de este modo, lo convierte en digno de ser amado por el que ha sido formado de modo opuesto, se manifiesta especialmente en la administración del hogar, en cuanto su obra de arte común, en sus ocupaciones más preciadas, en sus fiestas y alegrías y en toda la vida personal de cada uno de los miembros de la familia.

Dentro de esta oposición de la vida entera corporal y espiritual se desarrolla también la oposición especial del carácter

familiar, como el modo particular de vivir humanamente. El carácter personal del padre y de la madre de familia determinan el carácter común de la familia, en tanto que su persona superior, pues todos los miembros de la familia lo adoptan en mayor o menor medida atraídos por el amor que sienten por él, como por su ideal, y la vida entera de la familia le sigue. También las familias tienen un carácter severo, apacible o armónico, y por lo tanto son capaces, según estas leyes, de casar en amistad la oposición de los caracteres como personas enteras superiores, como las personas individuales lo hacen como individuos.

El destino humano es infinito hacia todos los lados; y aunque cada hombre está destinado a satisfacerlo completamente de modo particular, no es capaz de hacerlo uniformemente por sí solo. Una parte de este destino prevalece para cada
[184] hombre como su vocación particular, pero las demás partes las conforma solo relativamente según su destino principal y solo con ayuda social de los demás, a los que está unido en un todo superior de la vida. De un modo similar se comporta cada familia, como *un* todo sociable, en relación con el destino humano entero. Ciertamente los hombres unidos en la familia son capaces de ser omnilaterales en una medida superior, y de alcanzar de modo más uniforme el destino humano mediante la distribución planificada de sus fuerzas en todo lo humano; pero también en ellos espíritu y cuerpo de todos los miembros son tan afines y uniformes en inclinaciones, fuerzas y ocupaciones; y también, cuando varias familias conviven en covecindad, cada una de ellas y la perfección de la humanidad ganan por medio del reparto de las fuerzas con tanta esencialidad que familias enteras e individuos se dedican solo a algunas partes o solo a una parte del destino humano, y conforman las demás solo en la medida relativa y sociablemente unidos con otros. Esta oposición de la vocación preferencial y de la inclinación preferencial relativa a ella se muestra triplemente considerando los componentes principales del hombre, las obras fundamentales y la esfera externa de la actividad; determina, uniendo

estas tres oposiciones subordinadas, la individualidad externa íntegra de las familias cuando las consideramos como personas enteras. Pues o bien en una familia predomina la vida corporal o la espiritual o ambas son cultivadas en equilibrio armónico, mas el predominio de una de las vidas en sí no implica menos- [185] precio o abandono, sino solamente conformación disminuida o subordinada de lo opuesto. Con respecto a las obras fundamentales, una familia ama preferentemente la ciencia o el arte o bien aspira a la armonía con igual intensidad de ambas, pero la ciencia y el arte y su armonía son de una infinitud tan múltiple que una familia entera, o un individuo solo, pueden dedicarse a una ciencia o arte, y solo a una parte de estas. Y cuando una familia se dedica preferentemente a la ciencia, no ha de desatender o dejar de formarse en el arte, y, por el contrario, tampoco debería despreciar o abandonar la ciencia en favor del arte. Finalmente, la oposición del ámbito de su actuación se basa en la oposición de la vida de la naturaleza y de la vida de la razón y en la armonía de ambas en general, así como en la oposición y la armonía del amor por la naturaleza y del amor por la razón. En todo hombre o prevalece el amor por la razón o por la naturaleza, o bien se encuentra en equilibrio entre ambos. Este amor otorga a su ser completo un color y una vivificación particulares, una orientación particular hacia la ciencia y el arte y determina, junto con otros motivos, la elección de sus amigos, de sus cónyuges y de su libre sociabilidad. En quien prevalece el amor por la naturaleza, por su vida y por su belleza, se da un anhelo de contemplarla libremente, de intervenir en ella con tierno esmero y de cuidar sus formaciones. Aspira a criar plantas y animales alrededor de él y a hacerse uno con la naturaleza por ciencia y arte naturales cada vez más íntimos. Alrededor de su vivienda se conjuntan [186] jardín, prado, campo arado y las casas para los animales domésticos y le rodea en alegre prosperidad la vida más íntima de la naturaleza. Las plantas más bellas adornan su residencia y los animales más nobles se congregan alrededor de él en sociabilidad similar a los hombres; aparece como padre del

mundo hermano orgánico completo, como señor y maestro de la creación. Por amor actúa sobre la naturaleza según sus leyes propias, y la acerca al espíritu; bajo sus cuidados, la naturaleza se abre floreciendo más íntima, rica y armónicamente, recibe agradecida los dones del espíritu libre y lleno de sentido y recompensa el amoroso esmero del hombre con dones más ricos que mantienen, alegran y embellecen su vida. Cuando los fundadores de una familia se consagran a este amor y a esta laboriosidad, la familia entera se llena de este espíritu y vive en íntima confianza con la naturaleza; sus miembros unidos se dedican a la sagrada profesión de cultivar la tierra, cuidar las plantas y animales, congregarlos a su alrededor y aprovechar en intimidad con Dios todo lo que produce la naturaleza para la perfección superior de la vida de la humanidad. Y en esta actuación de identificación con la naturaleza, la familia completa adopta un carácter femenino e infantil. De este modo, el amor por la naturaleza fundado en cada individuo se muestra más abarcante y fructífero en la familia, para, a continuación, representarse en toda su extensión, en toda su dignidad en las uniones sociales superiores.

Por contra, en quien prevalece el amor por la razón y la vida espiritual ciertamente se manifiesta un amor a contemplar
[187] y explorar la naturaleza en sus obras íntimas y bellas, pero no a intervenir formando en ella. El amor por la naturaleza y por el arte natural vivificado en ella no gobiernan toda su vida y su obrar, sino que en él más bien prenden la ciencia y el arte como las obras fundamentales de su vida espiritual. Su casa, patio y jardín, todo lo que le rodea se convierte en expresión de libres ideas de la razón, en un monumento del arte del espíritu. La aspiración espiritual del amante de la razón se representa también en la naturaleza. Todo lo que perfecciona creativamente la naturaleza que le circunda, lo interpreta desde la ciencia y con sentido artístico, y aspira a convertirlo en la pura imagen de lo vivo y bello en la razón, en figura y movimiento, en sonido y color; y lo que ofrece la naturaleza, lo transforma razonablemente para el mantenimiento y el embellecimiento

de la vida y para que sea material y herramienta para la ciencia y el arte. En esta aspiración prevalece la actividad del espíritu, mientras que la del cuerpo da un paso atrás. La casa se convierte en taller en el sentido más amplio y noble, y se hace el bien más importante para todos los miembros de la familia que se hallan animados por el mismo amor a la razón y se dedican sociablemente a esta actividad.

Pero si ha de prosperar aquel amor por la naturaleza y este amor por la razón y si han de dar frutos de vida y de belleza, ambos han de estar uniformemente vivificados y ser eficaces en individuos diferentes. Por ello, los individuos y las familias opuestos en este sentido están destinados a honrarse y amarse, a deleitarse mutuamente en el otro, a intercambiar sociablemente los productos de su actuación y a actuar conjuntamente según un plan común en pos de la perfección y el embellecimiento de la vida de la humanidad. [188]

Y, finalmente, aquel en el que conviven equilibradamente el amor por la razón y por la naturaleza extiende su aspiración y su diligencia artística con el mismo esmero sobre razón y naturaleza, y sus obras contienen a la vez armónicamente el carácter de la razón y de la naturaleza; está destinado a emparentar la vida de aquellos que preferentemente aman la naturaleza o la razón y a mediar en su unión social. Las familias que se hallan embargadas por este amor armónico reflejan su aspiración sociable en su casa, su patio y su jardín de un modo particular igualmente bello y armónico; aparecen del mismo modo dignas de respeto y de amor tanto a los amantes de la razón como a los amantes de la naturaleza.

Sobre esta triple oposición se fundamenta preferentemente la sociabilidad superior que une a las familias, como sociedades completas, en *una* vida superior. Esta sociabilidad de las familias es triple, dependiendo de si se hallan unidas por la libre sociabilidad, o por los lazos de la amistad o concentran su vida entera en *una* persona; y del mismo modo en que la vida de las familias supera ampliamente el alcance y abundancia de la vida del individuo, también esta triple sociabilidad de las

familias es más rica y grande que la similar que une a solo algunas, y prepara, por este motivo, un terreno más libre y más rico para las relaciones finitas sociales de los individuos entre sí y para la formación autónoma de cada invididuo.

Al igual que la individualidad completa, que se expresa en la entera vida y actuación, une a los individuos en libre socia-
[189] bilidad, también la particularidad opuesta de las familias invita primero a miembros individuales a que se unan en libre sociabilidad en ciencia y arte, en trato amoroso y puramente humano. De este modo, se reparte el amor y la alegría sociables sobre familias enteras para que se compenetren como dos personas en *una* vida superior sociable. El ritmo y la música armónica de la vida de la naturaleza que les rodea uniformemente entonan su ser completo de modo similar; y el sol y las estrellas se levantan y se ocultan ante sus ojos al mismo tiempo y las estaciones les brindan a todos los mismos dones; comparten alegrías y tristezas, trabajo y peligros en la naturaleza; se sienten todos uniformemente incitados y vivificados para el trabajo y el ocio, para fiestas y juegos en libre sociabilidad; pensamientos y sentimientos afines resuenan en sonidos similares saliendo del pecho para estimular del mismo modo; figura, movimiento y gesto, como expresión de espíritu y ánimo igualmente conmovidos, se unen en la obra de arte superior de la libre sociabilidad. En cada familia llena de carácter, la ciencia y el arte y su trato interno en libre sociabilidad adquieren una vida propia, fresca y potente, que se representa como originalmente propia y única con particular encanto.

Para la libre sociabilidad se requieren al menos dos familias, pero solo se desarrolla en todo su esplendor cuando son varias las familias que se unen libremente, en las cuales se reúnen uniformemente todos los opuestos de la vida al poder desarrollarse completa y armónicamente la idea de una humanidad en libre sociabilidad. Bien es cierto que la libre sociabilidad de las familias convive con la libre sociabilidad
[190] de todos sus miembros y la encierra en sí misma: pero solo en su propia libre sociabilidad las familias han de exponerse

como personas completas superiores, autónomas y libremente unidas, y los miembros individuales de estas han de ser tan sociables entre ellos que tejen y glorifican esta unidad superior. Ahí donde los individuos solo se penetran socialmente como individuos, donde se han extinguido los círculos de las familias, solo hay libre sociabilidad de individuos en cuanto que individuos. La libre sociabilidad que abraza a varias familias sin aniquilar sus opuestos y las presenta siempre como todos autónomos, satisfechos en sí mismos pero glorificados en libre sociabilidad, es más rica en vida y belleza, en magnitud y fuerza, que la libre sociabilidad de individuos. Si esta libre sociabilidad de las familias ha de florecer en trabajo común y también en alegrías y festividades sociales, incluso fuera de cada una de las familias, fuera de los santuarios de cada una de ellas, entonces ha de dedicárseles un organismo de bienes externos: casa, patio y jardín, como propiedad exclusiva de ellas, y la vida entera individual de las familias sociablemente unidas y de sus miembros ha de formarse de tal forma que en tiempo y lugar y en todas las expresiones vitales puedan concordar en el ejercicio de la libre sociabilidad. En este ámbito superior todas las ciencias, todas las artes íntimas y bellas adquieren una vida más rica y una perfección superior, todos los juegos y festividades sociales se hacen más elevados, más vivos y más alegres y la libre sociabilidad se convierte en imagen más bella de la libre sociabilidad de la humanidad entera. Al igual que cada hombre individual aspira finalmente a presentarse en relaciones puramente humanas como hombre completo, puro, [191]
digno de respeto y de amor, del mismo modo, cada familia debería aspirar a ser como un hombre completo superior, bella y digna de amor, y aparecer como tal a los ojos de otras familias, para que en su personalidad superior honren de un modo superior a la humanidad, y para que pueda vivificarse la libre sociabilidad íntima entre ellas. Pero los miembros de familias diferentes no deben honrarse y amarse solamente como hombres, sino también como miembros de familias opuestas igualmente libres.

La particular oposición del carácter de familia que hemos reconocido más arriba hace abrirse mutamente a las familias para crear la unión más íntima de la amistad de familias. Los individuos de familias opuestas son ya capaces y están necesitados de amistad personal. Se les abre mutuamente el santuario de sus familias y, a continuación, al conectar varias amistades de individuos entre sí, expanden los sentimientos de la amistad sobre sus familias completas. Cada miembro de cada una de las familias amigas se une en amistad a cada uno de los otros miembros, y la misma amistad vincula a todos con todos y las familias enteras actúan juntas como personas superiores con carácter social superior formando hombres amigos superiores unidos en amor personal, una amistad de orden superior. Esta relación divina vierte en ellos deleite inefable y vida eternamente joven, y cuando ya de por sí la amistad de varios individuos se mostraba admirablemente rica en amistades individuales, no puede dejar de contemplarse sin alegre
[192] admiración la abundancia de las relaciones de amistad que unen íntimamente a familias amigas enteras.

Cuando se han unido amorosamente varias familias de origen común, en un espacio natural también común, para compartir la libre sociabilidad y la íntima amistad maduran creando una verdadera unión de la vida entera y de sus personas enteras en la que ya no son ni viven como varios, sino como *un* solo hombre superior. Se establece una relación bienaventurada, que se asemeja en intimidad, dignidad y belleza al matrimonio, y se eleva a las familias al rango de familias del orden inmediatamente superior. Familias con libre sociabilidad y relación de amistad se unen recíprocamente para la contemplación íntima y perpetua de su particularidad entera, de su vida entera espiritual y corporal y humana; y la visión de la vida opuesta, libre y bella, el sentimiento de la propia particularidad, la contemplación de la idea superior de una unión social que ha de unir la particularidad opuesta en *una* vida superior llena de carácter, despierta el anhelo de desposarse entre sí para llegar a ser un todo superior de la vida de la humanidad, una imagen

viva más completa de Dios, *un* hombre superior. La contemplación de la belleza de vida opuesta prende en el pecho la llama divina de amor superior, y este amor desposa a las familias en un matrimonio superior, en el cual todos los indiviuos íntimamente unidos forman *una* vida social superior en *una* persona de familias unidas, sin por ello violar ni disolver los círculos más íntimos de amor casto corporal y espiritual, en los que cada una de las familias mantiene su vida peculiar.

Cada una de las uniones de familias es, por consiguiente, un todo autónomo y orgánico de varias familias, satisfecho en sí mismo, en el cual adquieren *una* vida superior natural, razonable y humana. [193]

Al menos dos familias con bienes familiares separados son esenciales para constituir una unión de familias. Esta unión va creciendo en perfección con el aumento del número de familias, hasta que el espacio natural común se haya simétricamente completado y hasta que todas partes del destino humano hayan sido repartidas uniformemente entre las familias unidas. Pero la máxima perfección la alcanza una unión de varias familias, cuando cada una de ellas esté unida en libre sociabilidad y en amistad y, a la vez, en intimidad de su vida entera. Cada familia que pertenezca a esta unión ha de encontrarse en íntima unión de las vidas con al menos *una* de las familias unidas. Pero aquí, donde contemplamos a la humanidad tal y como se halla completada perpetuamente en el todo del mundo y sobre cada uno de los cuerpos celestes, debemos asumir que todas las familias de la misma unión se hallan en la unidad de la vida entera. Además, se puede considerar completa la unión de familias cuando contiene a tres familias que representan el mismo universo eterno en imagen rejuvenecida, en la cual cada una se halla opuesta a la otra considerando el ideal de la familia, el carácter y la profesión predominante, y la tercera, que une a ambas, es absolutamente de naturaleza armónica en sí misma.

Las familias de la unión de familias, y todos los miembros de las familias individuales, forman un ser vivo superior; comparten, por lo tanto, todo lo esencial, todo lo espiritual y todo [194]

lo corporal; son *un* espíritu, *un* ánimo, *un* corazón y *una* voluntad. Habitan el mismo lugar según un plan conjuntamente diseñado y según reparto justo y amoroso. Cada familia recibe según este diseño superior su propiedad familiar, casa, patio y jardín, pero para la unión de familias, en cuanto que persona superior, es separado un terreno común y es consagrado a la exposición omnilateral de su vida social superior como una casa superior, como un patio y un jardín comunes, que supera con creces en tamaño y belleza a cada uno de los bienes familiares individuales, así como la unión de familias es mayor en tamaño y belleza en comparación con cada familia individual. De este modo, los hombres que viven en la unión de familias se convierten en habitantes de la misma localidad, la cual, según las características de la zona y la profesión que predomina en la comunidad entera, o bien se mantiene en un lugar inalterado, o bien es modificada su localización según determinadas leyes.

Y ahora, en esta convivencia, se forma un mundo común de signos, como una lengua propia para la vista y el oído, por medio de sonido, escritura y gesto, como espejo de su personalidad común. Por ella, y por el íntimo cuidado de la vida social, se forma la particularidad superior de la unión entera de cada una de las familias y de cada uno de sus miembros; y en esta particularidad común, como en su base común, se configuran los ideales individuales de todos los miembros individuales de la familia. Los miembros de la asociación actúan sobre la naturaleza según un diseño artístico común y adquie-
[195] ren, gracias a la distribución uniforme de las fuerzas y de las obras, un amor más íntimo y dones mucho más ricos y bellos de dicha naturaleza que los que en conjunto habrían adquirido si cada uno, por sí solo, actuara al lado del otro. La comunidad formada por la unión de familias tiene en común todo lo humano y, por ello, también aspira sociablemente, como *un* hombre, a obtener la perfección moral, el derecho, la intimidad y la belleza. La diligencia operativa de cada una de las uniones de familias se nos presentará, como veremos más

adelante cuando tratemos las alianzas operativas para estas formas básicas de la vida, como un todo libre y autónomo en la Alianza de la Obra *una* de la humanidad entera. La comunidad vive según un plan social para la ciencia, el arte y la armonía de ambos; reparte sus fuerzas entre todas las ramas individuales de los mismos de acuerdo con la profesión libre de las familias individuales y de los hombres individuales, para que estas obras fundamentales sean perfeccionadas cada vez más esplendorosamente por ellos unidos como *un* solo hombre y como *un* todo orgánico. Y también en este cometido hacen mucho más como comunidad de lo que podrían hacer todos juntos trabajando simplemente cada uno al lado del otro. Análogamente, cada unión de familias constituye *un* todo orgánico de la actividad autooperativa en la que la humanidad se rejuvenece constantemente a sí misma educando y formando a sus miembros recién nacidos. La comunidad se forma a sí misma como un todo, en interacción sociable con Dios, con la razón, con la naturaleza y con los todos superiores de la humanidad, educa a las familias individuales que nacen y viven en ella y las forma según el ideal individual y el ideal social de toda la unión de familias. Incluso educa y forma a cada uno de sus [196] miembros inmediatamente como miembro de toda la unión, y vigila que en cuanto miembro familiar reciba dentro de su familia la formación peculiar que le corresponde de esta, como hombre, en tanto que miembro de la unión de familias y como miembro de esta familia. Incluso su sociabilidad externa con la razón, la naturaleza y con Dios la conforman las uniones de familias conjuntamente y entran en la vida de estos seres superiores y, en máxima instancia, en la vida *una* de Dios, como *un* solo hombre.

Si el hombre individual debe perfeccionarse como hombre completo, ha de reconocerse y conformarse a sí mismo como tal. Con hábil prudencia, ha de pensar, sentir y querer siempre como ser indiviso, y con el uso armónico de todas sus fuerzas uniformemente vivificadas ha de cumplir de modo particular el destino humano completo. La humanidad dirige la misma

llamada a la familia. También ella ha de unirse con diligencia social en *una* alianza de todos sus miembros a favor de todo lo humano y de toda la humanidad, a fin de que también viva como un hombre superior entero, completo y sano. Por ello, tanto más íntima y artísticamente debe cada unión de esas familias, como la persona inmediatamente superior a ellas, perfeccionar lo puramente humano en sí mismo para producir así, con autoconciencia serena, la contemplación de su ser entero, de su destino entero, y llevar su vida sabia y llena de arte como *una* vida humana entera, pura y completa. Es decir, que
[197] la unión de familias une a todos sus miembros en *una* alianza de la humanidad, en la cual son y viven como *un* hombre superior entero.

Ahora bien, en el seno de la unión de familias, como el todo superior, se mueve pura, libre y sociablemente cada vida subordinada, cada fuerza y acción eficaz subordinadas. La vida del individuo, sus amistades, su libre sociabilidad, sus uniones en familias por medio del matrimonio, de la libre sociabilidad familiar y de la amistad de las familias mismas celebran en él una vida más libre y más bella que se alimenta de la vida de la comunidad. Todas estas esferas de la vida están subordinadas a la unión de familias, se forman según el plan de la vida social global de la asociación y se encuentran por ello de cierto modo supeditadas a vivir una vida superior. Pero cada una de ellas defiende su propia libertad y su libre interacción, incluso en la esfera superior, sin sufrir daño alguno, pues los santuarios superiores de la humanidad se edifican exclusivamente desde los santuarios florecientes inferiores, y la dignidad y belleza del todo superior solo es posible cuando se produce la compleción superior de la dignidad y belleza de todas sus partes orgánicas. Todo hombre libre de espíritu y lleno de ánimo gana vida superior en su familia, y cada familia en su unión de familias; y todo singular puede llegar a ser más individual y en su modo más excelente cuanto mayor es la excelencia de todo lo humano que le ofrece la vida social superior.

De este modo, las familias se unen primero para formar *una* vida superior, entrelazada omnilateralmente en forma de red; y los lazos de la libre sociabilidad, de la amistad y de la vida entera transitan libremente en todas las direcciones; y los lazos aun más íntimos de la consanguinidad tejen esta red maravillosa con más intimidad y firmeza. Mas donde quiera y como sea que un número finito de hombres se una en *una* vida superior en el universo y gane autonomía superior, esa unión no alcanza la cumbre de la vida y necesita formar una sociedad fundamental superior con todos parciales que le son simultáneamente similares y opuestos, constituyendo, a su vez, un todo superior. Los mismos opuestos de la vida regresan para este número de hombres, y unidos en libre sociabilidad y amistad con sociedades similares, elevan sus alas para alcanzar la sociedad de vida de rango inmediatamente superior de la humanidad en el universo. [198]

Cada unión de familias, cuanto más perfecta sea forma una particularidad tanto más determinada de la vida entera y de todos sus miembros y fuerzas; igualmente, el grupo humano limitado solo abarca predominantemente una parte del destino humano, y anhela casar la particularidad de su vida con la vida ajena, y perfeccionar, embellecer y refrescar su unilateralidad por medio de la omnilateralidad de un todo de vida superior.

La libre sociabilidad de las uniones de familias, la amistad de las uniones de familias, la tribu

Tal y como los individuos nacen de las familias, las familias nacen de las uniones de familias y, según la ley del incremento de la humanidad, lo hacen siempre en mayor número de las que se disuelven por el fallecimiento de sus miembros. En consecuencia, y mientras aumenta la humanidad en un lugar [199]
habitable en el universo para colmarlo omnilateral y uniformemente, en las uniones de familias se forman jóvenes familias

en mayor número del que pueden abarcar el área natural determinada y el plan social de su vida. Se asientan alrededor del grupo asociado del que proceden cuando la naturaleza les ha preparado lugares de residencia o permite que sean dispuestos con arte. Pero si la Tierra ya se halla proporcionalmente habitada, hay fundamentos eternos que aseguran que la fertilidad natural de la especie orgánica superior con su todo orgánico inmediatamente superior, esto es, la vida de la Tierra, incluso entonces permanece en correcta proporción, es decir, que perderá intensidad y disminuirá poco a poco, a su debido tiempo, con la habitabilidad de este cuerpo celeste para, finalmente, desaparecer. Y dado que aquí reconocemos a la humanidad en su eterna perfección, presuponemos un cuerpo celeste autónomo en estado de florecimiento extremo y la población del mismo perfeccionada por *una* especie humana armónica. Aunque en la vida misma no hay parada de ningún tipo, a pesar de ello la inmovilizamos, al igual que lo hace el artista sensato con la vida que él crea, en este momento de su máxima floración. Pensamos que la máxima perfección de la sociabilidad se ha alcanzado en el cuerpo celeste, y en las sociedades fundamentales subordinadas contemplamos las partes perfeccionadas de un todo orgánico completo.

Hemos visto cómo cada unión de familias se eleva a la particularidad completada de la vida. En consecuencia, cuando varias uniones de familias autónomas, de las que cada una
[200] habita una región que ha formado la naturaleza, se hallan dentro del misma área natural superior, limitada por costas marítimas, montañas, lagos terrestres y ríos que mantienen una determinada unión, se representan entre ellas recíprocamente en la individualidad de su vida entera. La vida natural superior en común otorga, por si sola, a las uniones de familias que habitan el área superior una disposición, una formación y un carácter comunes, y las invita desde todos los lados a que se unan en sociabilidad superior. Igualmente, todas las oposiciones internas de la vida de la humanidad se hallan ya conformadas en las diferentes uniones de familias y se atraen

poderosamente a un amor personal recíproco. Cada unión de familias recibe formación particular en cuerpo, espíritu y en su vida entera, que abarca armónicamente la formación particular de las familias de las que se compone. El carácter común de su lugar de residencia, junto con las oposiciones íntimas de todos los miembros y fuerzas de la vida, determinan dicha particularidad dentro de lo común, lo que le imprime la misma ascendencia y la particularidad del área natural inmediatamente superior. Esta particularidad opuesta de la vida entera es la condición para que diferentes uniones de familias se consideren mutuamente dignas de amor, y para que se comuniquen recíprocamente el anhelo de unirse con el ser opuesto en vida superior. También en el modo entero de vivir humanamente las uniones de familias autónomas son tan opuestas entre ellas como lo son los hombres y las familias individuales. La infinitud omnilateral del destino humano ya de por sí hace que cada [201] unión de familias se dedique, aun abarcando el destino entero, principalmente solo a una parte de esta. Por ello, mientras en una unión de familias domina la vida corporal, en otra prima la espiritual y en otra tercera se aspira a encontrar el equilibrio armónico de ambas. Una se ve impulsada por el amor íntimo preferentemente hacia el arte, la otra hacia la ciencia y la tercera hacia la armonía uniforme de ambas. Una siente mayor inclinación a reconocer la naturaleza y recibe un impulso artístico más íntimo para vivir en unión con dicha naturaleza y formarla a su alrededor como amiga de la razón, como órgano de la humanidad. Otra se siente más poderosamente impulsada hacia la pura ciencia de la razón y hacia el puro arte de la razón. Y la tercera se recrea desarrollando en el equilibrio de ambas actividades la dignidad de la humanidad. Sí, el destino humano entero puede ser alcanzado con tanto mayor equilibrio, belleza y sublimidad cuanto mayor sea el número de hombres que se unan a *una* vida en un área natural, cuanto mayor y más rica sea esta, y cuanto más fuerte sea la decisión y la planificación con la que se distribuyan por todas partes de la misma. Solo de este modo *todos* pueden ofrecer cada vez más al todo, y

recibir del todo lo ya formado, lo que ellos creativamente no son capaces de formar. Por consiguiente, del mismo modo en el que se encuentran en un área natural común las uniones de familias formadas de manera particular, y del mismo modo en el que cada una contempla su propia particularidad y la de la otra, la alegría por la particularidad ajena ha de juntarse al
[202] anhelo de unirla con la suya propia en *un* todo superior para seguir formando en esta unión lo propio particular aún con mayor decisión, riqueza y profundidad, y para elevarlo así a la omnilateralidad de vida superior. Es decir, que cuando se reconocen entre sí las uniones de familias que se admiran y aman nace vida de intercambio omnilateral en libre sociabilidad, en amistad y en unión de su vida entera. Esta vida de intercambio transcurre en relación con las uniones de familias como la de estas en relación con las familias. En esta sociabilidad superior de las uniones de familias se conforman también de forma pura y más decidida las oposiciones fundamentales de la vida, entre las que merecen especial atención las oposiciones de la vida en la naturaleza, de la vida en la razón y de la vida armónica con ambas. La perfecta separación y unión de los miembros de esta oposición se convierte en característica fundamental del todo superior de la vida que conforman las uniones de familias.

El arte de vivir con la naturaleza, de modelar sus obras, de cultivar amorosamente sus plantas y animales, y de perfeccionarlos y beneficiarse de ellos devotamente para los fines superiores de la vida de la humanidad, sale victorioso cuando se realiza en sociedad, cuando varias familias que se dedican prioritariamente a la vida de la naturaleza, vinculadas en uniones de familias, cultivan la misma región con amor y diligencia compartidos y según un plan común. Y ahí donde la naturaleza conforma su vida más libre y más rica, en llanuras y valles que reciben los rayos del sol y abundante riego y en suaves colinas, viven, movidas por amor compartido, familias cuya vocación
[203] es la de cultivar la tierra. Vinculadas en uniones de familias, reparten sociablemente sus fuerzas y sus trabajos para alcanzar el mayor éxito posible y, de este modo, establecen su lugar

de residencia en medio rural. Los hombres que cultivan la tierra desean que jardín, tierra cultivada, prado y arbolado estén dispuestos en un círculo alrededor de la casa, en proximidad edificante, y así, con la particularidad propia de cada familia, pretenden representar en escala pequeña una imagen completa de la tierra y de su fertilidad. Así, las casas de los habitantes del campo, rodeadas por jardín y prado, se distancian una de la otra, y alrededor de todas las viviendas de la unión de familias rurales se expande la campiña conjuntamente cultivada con arte social dando un testimonio conmovedor de su amor íntimo y dedicación incansable a la naturaleza. Las viviendas rurales se adornan con una decoración sencilla e infantil, pues el corazón y el ánimo del hombre rural no se encuentra en ellas, sino en la campiña rebosante de vida. La vida de la naturaleza es bella en el sentido femenino e infantil, y lo es también la vida de los habitantes del campo. Su actividad es sencilla y vigorosa, sus costumbres venerables y honradas, su ánimo armónico y limpio de corazón, como lo es la naturaleza. Infinitamente variado y rico de formas es el amor hacia la naturaleza y el arte natural; es tan inagotable como la vida de la naturaleza y del espíritu. Los amantes y los artistas se encuentran, en una larga escala, ordenados entre ellos en rangos subordinados y coordinados, tal como lo son las formaciones y fuerzas de la naturaleza misma a la que hacen referencia y las fuerzas espirituales y corporales con las que actúan en la naturaleza. Por ello, para que el cultivo de la tierra tenga éxito, para que la naturaleza recompense con su mayor premio la diligencia de los cultivadores, todas las familias rurales unidas en un lugar de residencia han [204]
de ligarse íntimamente, como formando *un* artista íntimamente familiarizado con la naturaleza, y dividirse simétrica y armónicamente en todas las ramas del arte de la naturaleza.

Por otro lado, del mismo modo, se congregan en *un* lugar de residencia las familias que se dedican preferentemente a la vida y al arte de la razón formando *un* todo sociable. Para estas familias el cuidado y el cultivo de la naturaleza pasan a un segundo plano y la casa es el más importante de todos los

bienes familiares. El ámbito del arte de la razón es infinitamente versátil. Requiere la unión social de los artistas con la máxima cercanía, el auxilio recíproco y la separación de estos en lugares de trabajo aislados y alejados de los molestos influjos de la vida natural. Por este motivo, en el lugar de residencia de aquellas uniones de familias en las que prevalece la actividad espiritual, las viviendas, los patios y jardines se concentran, y las casas se elevan con mayor y más libre belleza, siendo a la vez edificios bellos e íntimos. Estas construcciones conforman una ciudad que, como obra más íntima y bella de las uniones de familias, es en sí misma un monumento honorable y grande del arte de la razón. De este modo, tan pronto como varias uniones de familias se unan en sociabilidad, se oponen radicalmente la vida de la ciudad y la del campo. Son tan opuestas entre sí como lo son la razón y la naturaleza, lo masculino y lo femenino, el espíritu y el cuerpo. Por ello solamente pueden tener éxito las uniones reticulares de familias si están relacionadas entre sí tan íntimamente como lo están espíritu y cuerpo. La ciudad como sede común de todas las familias en las que prevalece la vida espiritual está destinada a ocupar el centro
[205] de todo el ámbito de las uniones de familias. Alrededor de ella han de distribuirse los pueblos, cual lunas alrededor de su Tierra, para que se distribuya armónicamente el ámbito completo de la vida natural unida. Los ciudadanos y la gente del campo están destinados a estimarse y a amarse profesionalmente, al dedicarse a ocupaciones igualmente dignas y opuestas, pero con idéntica esencialidad, y a unirse afectuosamente en libre sociabilidad, en amistad y en íntima unión de la vida entera.

Esta oposición de la vida en el campo y de la vida en la ciudad, es, en primer lugar, transmitida a través de las familias repletas de idéntico amor por la naturaleza y por la razón, y se dedican de igual manera al cultivo del campo y a las artes espirituales. Construyen sus viviendas cerca de la ciudad cuando la profesión armónica que tienen asignada y su amor requieren más de la vida en la ciudad. En este caso, en sus viviendas queda expresado a la vez tanto el carácter rural

como el urbano. Del mismo modo se asientan en la bella naturaleza y con proximidad a los pueblos las familias urbanas que aman la naturaleza. Las casas y posesiones rurales de esas familias se erigen armonizando la vida de la razón en el contexto de la vida natural. En estos dos miembros que unen la oposión de la vida rural y de la vida urbana prevalece en sí mismo y de modo múltiple lo urbano unido con lo rural, y lo contrario, o bien ambos están en perfecto equilibrio. En ellos se hacen mutuamente presentes la vida urbana y la vida rural, y el carácter racional de la vida urbana actúa con efecto ennoblecedor y edificante en los pueblos a su alrededor, y el sentido natural sencillo y de corazón puro que caracteriza la vida rural otorga nuevo atractivo y gracia a la vida urbana. Una ciudad y los pueblos del entorno que ocupan la misma [206] región son edificados y conformados allí donde florecen en perfección conforme a las leyes de la naturaleza y a las del espíritu simultáneamente. El lugar de cada uno es determinado por la naturaleza y por la vida espiritual de los habitantes, y para todas las localidades se ofrecen accesos a la vida de intercambio libre común.

De este modo, y triplemente opuestas, las uniones de familias son capaces de unirse en libre sociabilidad y en unidad de la vida entera. La libre sociabilidad inicia entonces su interacción, la amistad entabla sus lazos más estrechos y solo entonces sus vidas enteras se abrazan mutuamente y se unen formando *una* persona superior. No obstante, y en sentido contrario, la libre sociabilidad y la amistad de las uniones de familias solo adquieren su máxima intimidad y perfección cuando las uniones de familias ya se encuentran verdaderamente enlazadas formando *una* persona superior. Lo que se ha dicho de la libre sociabilidad y de la amistad de las familias, también vale, aunque en mayor medida, para las uniones de familias. Eminentemente, la actuación recíproca de la vida urbana y de la vida rural, ahora decididamente separadas, vierte nuevo atractivo e intimidad sobre la libre sociabilidad y la amistad de uniones de familias enteras. Dirijamos por ello ahora la mirada

hacia la unión íntima de la vida entera de varias uniones de familias.

Cuando varias uniones de familias unen en amor personal su vida entera y su particularidad entera, y cuando conforman *una* vida superior, *una* persona verdaderamente superior, en-
[207] tonces forman la sociedad fundamental inmediatamente superior situada por encima de ellas mismas, a la cual podemos atribuir, sin disconformidad con el uso de la lengua, el nombre de tribu. Una tribu es por lo tanto un todo orgánico, satisfecho en sí mismo y autónomo, constituido por uniones de familias libres, autónomas y unidas en amor personal, las cuales, en este sentido, son *un* solo ser. Para la existencia de una tribu son necesarias al menos dos uniones de familias, con separación de bienes familiares y con formación y profesión principal opuestas. Pero la tribu se completa por medio de tres uniones de familias, cuando la tercera, formada armónicamente en todo lo humano, facilita la unión de las otras dos opuestas. La vida de una tribu crece cuando aumenta el número de sus uniones de familias o de las comunidades que habitan las diferentes localidades hasta que la región natural común se haya llenado uniformemente con ellas, hasta que se cumpla uniformemente el destino humano en todas sus partes y hasta que la vida urbana y la vida rural se hayan conformado completamente y hayan unido armónicamente su oposición.

Las uniones de familias agrupadas en una tribu constituyen verdaderamente *un* hombre superior, como la persona inmediatamente superior por encima de la unión de familias en la humanidad; y todas las uniones de familias, familias e individuos congregados en la tribu comparten como miembros de la misma todo lo humano. Su verdadera unidad vital se muestra, en primer lugar, en que habitan la misma región natural que les asigna la naturaleza misma como *un* todo espacial, según
[208] un plan social, como su propiedad natural social. La oposición de la vida urbana y de la vida rural y la unión armónica de la misma es esencial a cada tribu en la humanidad perfeccionada; por ello los lugares de residencia de las comunidades rurales

y de las urbanas han de diseñarse como *un* todo conforme al plan social, de modo justo y afectuoso, y unirse unilateralmente. Cada comunidad recibe su región natural libre y autónoma y su parte individual de todos los bienes naturales, pero una parte de toda la región y de los bienes naturales se separa como propiedad común de la tribu y se consagra para la vida social superior de toda ella. Del mismo modo en que los pueblos se asientan de forma circular alrededor de la ciudad concentrada en sí, y en que, en general, lo superior común, para que sea accesible a *todos*, requiere su lugar en el centro del todo, el área santa común de la tribu, sobre la que se erigen todos los santuarios sociales de la humanidad, ha de ocupar el centro de la región de la tribu, es decir, el centro de la ciudad. Ese centro depende de la fuerza y la ubicación natural individual, que no siempre puede establecerse aplicando solo el criterio de una misma distancia. Este bien común de la tribu es para ella lo que para las familias individuales son la casa, el patio y el jardín. Se dispone de modo absolutamente similar y ha de superar en magnitud, dignidad y belleza la propiedad fundamental de cada una de las uniones de familias, tanto más cuantas más uniones de familias individuales comprende la tribu. Sin embargo, todos los bienes naturales, y la vida entera de la tribu, han de disponerse de acuerdo con el espacio de tal modo que, libre y sin perturbación, toda sociabilidad interna de la tribu, toda unión de familias, toda familia y todo [209] individuo viva y florezca libre y bellamente en sí mismo; que se desplieguen de modo autónomo y en armonía omnilateral todas las relaciones de la libre sociabilidad, de la amistad y de la unión de la vida entera.

En su vida compartida en la misma región natural, las uniones de familias agrupadas en la tribu se fabrican un mundo de signos común, una lengua común para el ojo y para el oído, como fiel expresión de su particularidad en la tribu, como verdadera imagen de su modo de pensar y sentir, y de los tesoros compartidos en ciencia y arte, espíritu y ánimo. Dentro de esta lengua de la tribu, en clara oposición, se generan las formas de

hablar de las personas rurales y de las urbanas cuya armonía queda expresada en la lengua social de la tribu. Y preferentemente a través de la lengua común el ideal social de la tribu es adquirido por cada una de sus asociaciones subordinadas, incluso por cada uno de los individuos que conforma, constituyendo la lengua la base común sobre la que alegremente se acomodan los ideales individuales subordinados de las uniones de familias, de las familias y de cada individuo. Todos los individuos unidos en la tribu intervienen en la naturaleza como un ser humano superior según el plan social, y la forman según las leyes del arte natural con social esmero. A través de la vida de la tribu la naturaleza adquiere, en su vida entera, en el mundo animal y en el vegetal, aún mucho mayor armonía, uniformidad y belleza, y naturaleza y razón retroactúan en cada tribu de modo mucho más íntimo de lo que pudieran hacerlo
[210] en las uniones de familias individuales, y mucho más de lo que intervendría en la naturaleza el mismo número de uniones de familias relacionadas en simple yuxtaposición, aunque aplicaran el mismo esmero.

Y como, además, la tribu comparte todo lo que es humano, también forma *una* actividad operativa y *una* sociabilidad externa. La tribu se consagra, como un solo ánimo y una sola voluntad, a la realización moral interna de aspiración social. Su virtud se forma como la virtud de *un* hombre superior, y su particularidad moral tiene reflejo en su moral pública y en los hábitos sociales de su vida entera. La tribu crea, como *un* sujeto de derecho, *una* vida del derecho superior, en un Estado superior, por encima de las uniones de familias, las familias individuales y los individuos. Esta vida contiene orgánicamente, de acuerdo con el ideal de la vida del derecho de la humanidad y que pronto examinaremos, todas las esferas del derecho subordinadas de las uniones de familias, de las familias y de los individuos. Además, todos los miembros de la tribu se unen en amor social e intimidad con Dios, la razón y la naturaleza. Estos se presentan ante aquellos como *un* hombre superior digno de amor y reciben de ellos sus participaciones superiores.

Como con un solo entendimiento y un único sentido artístico los miembros de la tribu desarrollan omnilateralmente la ciencia y el arte y la armonía de ambos, se distribuyen uniforme y armoniosamente por toda la región y hacen, unidos de este modo, mucho más de lo que podría hacer el mismo número de uniones de familias juntas, cuando investigaran y formaran en simple yuxtaposición, aunque aplicasen el mismo esmero. Pues lo que *uno* inventa y crea lo reciben *todos*, y lo [211] que *todos* investigan y completan socialmente deleita y estimula a cada individuo y eleva su particularidad a la compleción omnilateral y uniforme. Asimismo, la tribu es un todo superior de actividad autooperativa o de autoformación, pues se educa y forma máximamente a sí misma, como tribu entera, con arte consciente. Además, también ejerce la educación y formación de todas las personas subordinadas según *un* plan superior. Procura que cada unión de familias, como miembro de la tribu, se rejuvenezca constantemente, y que incluso cada familia y cada individuo, dentro de las uniones de familias, se eduque y forme como miembro de la tribu.

Todos los hombres unidos en la tribu toman consciencia del ideal social de la tribu, de su vida particular y de su vocación. Igual que cada individuo, cada familia y cada unión de familias solo viven en compleción cuando actúan como personas completas, en armonía de sus fuerzas y miembros, del mismo modo, cada tribu ha de dedicar esmero social a estas intuiciones y a esta vida total en el espíritu de la dimensión humana y de la humanidad. Ha de mantener siempre presente, como tribu entera, su plan vital entero, formar todo lo individual en su vida según la idea indivisa *una* de la humanidad y gobernar y vigilar para que todos los miembros y personas, todos los esfuerzos profesionales y todas las uniones sociales subordinadas existan puras, autónomas, libres, conformes a sus ideas y en armonía absoluta, que se mantengan sagrados y se completen bellamente. Viviendo de [212] este modo en sí misma, cada tribu forma una esfera autónoma de vida de intercambio externa con Dios, la razón y la

naturaleza, para lo cual se prepara por medio de la intimidad social en Dios.

Ahora, dentro de la tribu, la amistad y la libre sociabilidad de las uniones de familias adquiere un ámbito más libre y mayor; las uniones de familias se reconocen mutuamente como conjuntos y se asocian para representaciones omnilaterales de libre sociabilidad, las cuales son mucho más ricas y amplias que las familias, y por las que la tribu ha velado al distribuir su propiedad. Incluso cada individuo adquiere un ámbito más amplio y bello de actuación, un círculo más amplio para la amistad y el trato en libre sociabilidad, y puede vivir por la tribu entera y convertirse en su benefactor y amante. La libre sociabilidad y las amistades de los individuos, al igual que las de las familias, aparecen dentro de la libre sociabilidad y de la amistad de las uniones de familias como grupos subordinados. Su vida se hace más rica, cada excelencia individual se hace más variada, las obras sociables más polifacéticas y complejas. La vida entera de la humanidad como conjunto y en cada una de sus partes se hace más amplia, íntima y bella.

La libre sociabilidad y la amistad de las tribus, y la unión de tribus

Y de este modo conviven las tribus, unidas por razón y naturaleza y, originalmente, por Dios; libres, autónomas y sa-
[213] tisfechas en sí mismas en regiones naturales determinadas, desarrollando cada una su particularidad específica, en cuanto a formación espiritual, corporal y humana, en carácter y profesión principal para la vida. La calidad de su lugar de residencia otorga ya de por sí una dirección determinada a su vida y entona el espíritu y el ánimo de todos sus miembros de un modo particular. El hecho de que una tribu habite una costa o el centro de un territorio, una sierra, un valle o una llanura, es decisivo para su particularidad en todo lo humano, para sus cos-

tumbres sociales y para su vocación principal. Así, aquellas tres oposiciones fundamentales que unen a los individuos en familias, en amistades y en libre sociabilidad vuelven a mostrarse también en las tribus como individuos superiores, y despiertan en ellas la capacidad y la necesidad de unirse entre ellas en aquella triple sociabilidad y de formar la sociedad fundamental de la humanidad inmediatamente superior. Las tribus que tienen el mismo origen y se desarrollan autónomamente una al lado de la otra, habitan una misma región natural superior y llevan en sí, a pesar de toda similitud, una oposición decisiva, reciben el nombre de tribus vecinas. Son llamadas por la razón, por la naturaleza y por Dios a formar una unidad superior de la vida, a completarse en ella como partes orgánicas y a llevar incluso su particularidad opuesta a la máxima madurez. Si habitan el mismo río, la misma montaña, el mismo mar o el mismo golfo, cuando viven su vida particular dentro del mismo círculo de montañas, en una isla mayor, o en un grupo de islas [214]
relativamente grandes y distanciadas una de la otra, entonces la naturaleza ha asegurado su autonomía, ha depositado en ellas la necesidad de asociación de vida superior y ha deseado y preparado por su parte dicha vida superior.

Cuando se encuentran dos o más tribus vecinas emparentadas, llevadas a su encuentro por Dios, la naturaleza y la razón, cuando se reconocen su similitud y su oposición, es cuando se aprecian, se cogen cariño y desean unirse omnilateralmente para formar *una* vida según la idea superior social a la que apunta su particularidad opuesta. Se despierta un triple amor y una triple sociabilidad de las tribus: el amor de la particularidad humana entera las une en el trato con libre sociabilidad; el amor que se basa en el opuesto de su carácter otorga amistad indisoluble entre ellas; y, finalmente, el amor de su personalidad completa las une en *un* ser vivo, en *un* ser humano superior, en la sociedad fundamental inmediatamente superior, a la cual denominamos unión o grupo de tribus. Si consideramos esta triple unión de las tribus en su devenir, precede la libre sociabilidad que comienza exactamente con el libre trato de

individuos, familias y uniones de familias; después sigue la amistad; y la unión de su esencia entera, su compenetración en una unión de tribus corona su vínculo. Ahora bien, solo en su unión de vida entera se perfecciona omnilateralmente el libre
[215] trato y la amistad de las tribus y se eleva a la máxima intimidad y belleza; del mismo modo en que también su individualidad opuesta solo se puede expresar perfecta y decididamente y puede alcanzar la máxima dignidad de amor cuando viven como un grupo de tribus. Vamos a presentar ahora la vida entera de una unión de tribus en sus primeros rasgos fundamentales para, a continuación, reconocer también la amistad y la libre sociabilidad de las tribus unidas en esta asociación.

Lo esencial de cada unión de tribus consiste en que las tribus congregadas en ella se comportan como partes opuestas e igualmente esenciales de *un* todo superior, en el cual se une armónicamente su particularidad opuesta. Así pues, han de unirse tantas tribus en este todo superior como partes esenciales de un todo superior de vida han creado la naturaleza y el desarrollo espiritual de la vida a fin de que se completen. Las tribus unidas han de constituir *un* ser en todo lo humano. Por ello, en primer lugar, la región natural que habitan requiere que todas ellas la consideren y formen como *un* todo, como su propiedad fundamental común y conforme a la naturaleza y a la razón. Las tribus que se vayan adhesionando a esa región natural han de recibir su región tribal, sin embargo, una parte de esta, ubicada en el centro de todas, ha de separarse para la vida total de la unión de tribus, sobre la cual se erigirán a continuación todos los santuarios comunes de la vida de la humanidad y donde las tribus unidas vivirán como *un* ser humano superior, sano en todos sus aspectos, por encima de sus personas fundamentales internas y en interacción con ellas.

[216] Aunque el santuario común de la unión de tribus no pertenece a ninguna de las tribus counidas, sino que ha de ser autónomo y formarse como tal, el cuidado por las condiciones externas que son necesarias para que las tribus puedan congregarse en ese lugar y para que las personas que se dediquen a

la vida total de la unión de tribus puedan actuar sociablemente se otorga, en parte, a *una* de las tribus unidas como su vocación determinada a ella. La ciudad de esta tribu se erigirá por ello como capital de la unión de tribus. En esta convivencia superior de las tribus, sus dialectos emparentados se conforman también como *una* lengua común que comprenden todas y que une armónicamente lo particular de las diferentes lenguas de las mismas.

Las tribus unidas en una unión de tribus ejercen la actividad operativa entera como *un* todo en sociabilidad orgánica: convierten en real la idea entera de la virtud en voluntad común libre; vivifican el derecho *uno* en *un* Estado como una vida del derecho orgánica; se dedican a la intimidad con Dios sociable; y forman unidas su vida entera según el ideal de la belleza. Viven por la ciencia y el arte según *un* plan social, se distribuyen uniformemente en todas las ramas de estas dos obras fundamentales y forman la armonía superior de ambas. La unión de tribus se muestra también más grande y más acertada en el arte de formar la vida natural y de cultivar la tierra, pues sobre una región más grande y más variada son capaces de obtener de la naturaleza mayor variedad y mayor cantidad, calidad y proporcionalidad. También el arte de la autoformación gana con la diligencia social de las tribus unidas, pues el área de la vida [217]
entera se ha ampliado, la vida del todo ha ganado en riqueza y la vida de cada tribu, de cada familia y de cada individuo puede por ello formarse con más particularidad, simultáneamente con más variedad y abarcar el todo en mayor grado. La unión de tribus se ocupa de la educación y la formación de todas sus personas internas como *una* obra sociable siguiendo un plan único. Y del mismo modo en que cada individuo ha de dedicar a su vida, como conjunto, siempre atención y vivo esmero, así también la unión de tribus ha de animarse a ganar la autoconciencia de su personalidad superior entera, ha de reconocer todo su destino, ha de diseñar en esta contemplación su plan de vida entero y ha de perfeccionar todo lo singular en el todo único de su vida completamente sana. De este modo unidas,

las tribus aliadas se presentan a la naturaleza, a la razón y a Dios como *un* ser vivo y semejante a Dios, y reciben nuevos influjos de su vida superior.

La libre sociabilidad y la amistad de las uniones de tribus, y su unión en un pueblo

Las regiones de las diferentes uniones de tribus se forman por la naturaleza disponiendo en toda tierra firme como partes simétricamente opuestas de todos superiores. La vida natural que se despliega en ellas está destinada a la unión superior, pero, preferentemente, en ella es la vida del cuerpo orgánico supremo la que ha de ganar en fuerza y belleza en unión su-
[218] perior. Sin embargo, también su esencia espiritual llama a las uniones de tribus a unirse socialmente en *un* todo de vida superior, a fundir armónicamente los opuestos de su individualidad y perfeccionarlos en esta unidad superior con mayor excelencia. Las uniones de tribus que habitan alrededor de la misma corriente principal o de varios afluentes que nacen en la misma cresta de la montaña, las que se distribuyen a este u a otro lado de un sistema montañoso principal o sobre *un* altoplano o *un* amplio valle, las uniones de tribus que se encuentran rodeadas por *un* círculo montañoso, las que están unidas por el mismo mar interior o acogidas por las costas del mismo mar interior y, finalmente, aquellas uniones de tribus que habitan *una* isla grande o un grupo de islas relativamente grandes y distanciadas una de la otra pero a la vez unidas, todas ellas son preferentemente llamadas a unirse en *un* todo de vida único y, manteniendo su autonomía, glorificarse en mayor armonía, fuerza y belleza.

Dondequiera que en la Tierra se encuentren uniones de tribus vecinas y contemplen su particularidad opuesta se aprecian y se cogen cariño, y aquella triple sociabilidad que une todas las personas fundamentales inferiores se expande tam-

bién desde las fronteras de sus áreas penetrándolas a todas. Lo opuesto de su individualidad en todas las expresiones de su vida las une en libre sociabilidad, lo opuesto de su carácter las invita a la íntima amistad, y cuando el trato en libre sociabilidad y la amistad hayan acercado a las asociaciones entre sí su vida se funde en *un* todo superior, al cual, siguiendo el uso de [219] la lengua, denominamos "pueblo". El pueblo, como un todo orgánico, libre, autónomo, autosuficiente de varias uniones de tribus que se han unido en amor personal en *una* vida, es la siguiente persona fundamental, la siguiente sociedad fundamental por encima de las uniones de tribus.

La verdadera personalidad del pueblo consiste en que uniones de tribus vecinas, en toda su particularidad, en su vida entera corporal, espiritual y humana, se comportan como partes opuestas y complementarias de la misma idea superior. Sólo así es posible que formen una vida superior completa, que las tribus individuales, en su convivencia, desarrollen sus oposiciones de modo cada vez más decidido, y que glorifiquen cada una el todo, el todo a cada una y cada tribu a todas las demás en interacción omnilateral. Para que pueda existir un pueblo deben juntarse al menos dos uniones de tribus con toda su personalidad sin fundirse una en la otra, pero para que el pueblo sea completo tiene que haber tres uniones de tribus de las cuales dos sean esencialmente opuestas y la tercera se posicione como miembro armónico entre las dos primeras. Sin embargo, para que un pueblo llegue a perfeccionarse ha de acoger al mismo número y al mismo tipo de uniones de tribus en la unidad de su vida como las que han llamado la naturaleza y la razón para formar partes orgánicas complementarias de sí mismas como *un* todo superior de estas.

Si se pretende que las uniones de tribus formen un pueblo, han de tener en común todo lo humano, sin disolver ninguna esfera subordinada de la vida. Esta unidad de la vida se muestra, en primer lugar, en que las uniones de tribus unidas [220] habitan la misma región natural como *un* todo cerrado en sí

y la cultivan y conforman, según la idea de su vida social, en justicia y amor.

En la configuración de los lugares de residencia aptos para los pueblos la naturaleza es sumamente diversa, al igual que sucede con la distribución interna de los mismos en todos subordinados, las uniones de tribus, tribus, uniones de familias y familias, aunque no podemos describir aquí la riqueza de esta configuración en detalle. Las regiones del pueblo se distribuyen como territorios costeros alrededor del mar, o bien en medio del territorio, como vida en la montaña, altiplanos y anchos valles, o bien son *una* isla o *un* todo de islas. Pero la más ventajosa ubicación la tienen aquellos territorios rodeados por círculos montañosos en forma de anfiteatros, de los que se vierten ricas fuentes, cuya agua es recogida en fecundos ríos que trasvasan después a *una* corriente principal que atraviesa el centro del territorio y se une hacia el Sur o el Este con un mar navegable, donde se abre la región del pueblo entera con una costa llana y segura. Pero como quiera que sean las características de la región natural de un pueblo, este ha de considerarla y cultivarla según las determinaciones de la naturaleza y de la razón como un solo conjunto, ha de repartir el todo entre todas las tribus, entre todas las uniones de familias y entre todas las familias, según la idea de su vida total y las ideas de todos estos subordinados para que la región del pueblo completa se componga de tantas áreas principales subordinadas como uniones de tribus que contiene. Además, cada área
[221] principal ha de dividirse en tantas áreas como tribus contiene la unión de tribus, y cada área, finalmente, en tantos lugares como uniones de familias contiene cada tribu. La particularidad de cada unión de tribus prueba su eficacia en la particularidad propia de su región y en el cultivo de esta, en el predominio opuesto entre la vida rural y la vida urbana, en la individualidad de sus pueblos y de sus ciudades, y en su combinación armónica. Es decir, que el territorio ha de ser repartido por el pueblo tal como lo exige la particularidad de sus uniones de tribus: para que puedan mantener su autonomía y su dignidad

de amor y para que pueda glorificarse como parte el todo superior del pueblo. Pero, para que la vida superior del pueblo, como vida entera, pueda desplegarse y conformarse por encima de la vida de sus uniones de tribus, el pueblo se reserva en su región entera un santuario propio, en el cual, protegido por elementos naturales de los que se apropia el pueblo entero, representa su vida entera como *una* gran obra teatral en la que se ejerce toda su actividad operativa social de un modo digno de su grandeza. La zona dedicada a la vida del pueblo y a sus santuarios, dado que abarca a todas las uniones de tribus, debe encontrarse en su centro, en un lugar apto para acoger a muchas personas y mantenerlas en cuerpo y espíritu. La zona que ocupa el centro del territorio, con lo cual es el lugar más accesible a todos los demás y el más importante en la vida del todo, está destinada a acoger el santuario común del pueblo y la vida total del pueblo. En su centro se erige la capital de todo [222]
el pueblo, la ciudad del pueblo, como el lugar de residencia de todas las familias e individuos a los que se ha confiado el cuidado de la vida común del pueblo; y se convierte a la vez en el lugar consagrado, en el que se congrega el pueblo entero para la actividad operativa social, la libre sociabilidad y la celebración festiva. Sobre el espacio consagrado donde se despliega la vida total del pueblo, se erigen, en orden y simetría determinados, las casas, los patios y los jardines destinados a las diferentes funciones de la vida del pueblo, cuya imagen aparece con más nitidez delante de nuestros ojos cuando desde un punto más elevado abarcamos con la vista la vida de la humanidad como *un* todo orgánico. En su capital el pueblo representa la particularidad entera de su vida y se convierte en el centro de fuerzas de la misma y en su órgano más noble. La capital constituye, en cierto modo, el corazón y la cabeza del pueblo, atesora en su interior lo más elevado en ciencia y arte y desde ella se distribuye por todo el territorio en mil corrientes y en simultaneidad y simetría, todo lo bueno y bello, todo lo noble y elevado, todo lo verdaderamente humano. En ella el pueblo se hace presente y en imagen a cada unión de tri-

bus, a cada tribu, a cada asociacion de familias, a cada familia e incluso a cada miembro del pueblo como *una* persona, en toda su dignidad y plenitud de vida. Alrededor de la capital del pueblo se ubican en forma de círculo las diferentes capitales de las uniones de tribus y reciben de ella luz más intensa y mayor calidez. La convivencia omnilateral de las tribus de un pueblo congrega las diferentes lenguas de las tribus en *un* imaginario
[223] superior común, en *una* lengua para la vista y el oído, que es simultáneamente la imagen externa y el órgano externo de la vida entera del pueblo. Esta lengua del pueblo se construye armónicamente desde las lenguas de las diferentes uniones de tribus, contiene lo más bello de cada una de ellas y es formada en *un* todo según un ideal superior. La riqueza y la bella vivacidad de la lengua es un testimonio certero de la salud y plenitud de vida del pueblo.

Vinculadas de este modo por una lengua compartida y por la misma tierra amada, todas las uniones de tribus actuan de modo artístico en la naturaleza según *un* plan social y aspiran a elevar a su territorio en fuerza, abundancia y belleza a una imagen digna de la vida entera de la Tierra, incluso de la naturaleza misma. Mediante una distribución adecuada, las fuerzas y obras son más poderosas en la naturaleza de lo que lo serían si las uniones de tribus cultivaran la tierra cada una por su lado, recibiendo por añadido de ella dádivas más ricas y espléndidas. Las uniones de tribus que viven como pueblo se dedican, como *un* hombre superior, a la actividad operativa humana íntegra, forman *una* alianza de la virtud, del derecho, de la intimidad con Dios y de la belleza que contemplaremos con más detalle cuando tratemos las sociedades operativas. El ámbito de estos esfuerzos se expande por el pueblo, al igual que se incrementan todas las relaciones y los bienes sociales. Además, el pueblo forma ciencia y arte y la armonía de ambos como *un* todo orgánico en el que se acogen vivamente los esfuerzos autónomos de las diferentes uniones de tribus como partes subordinadas. También en este aspecto el pueblo
[224] adquiere una particularidad superior respecto del contenido y

de la configuración llena de arte. Y del mismo modo en que la lengua es la imagen de toda la vida espiritual y corporal, también la ciencia y el arte particulares del pueblo han de expresarse en bellos monumentos, mantenerlos para las generaciones venideras y, de este modo, conectar vivamente el afán de todos los tiempos anteriores con el de los futuros.

Un pueblo presenta su grandeza exquisita en su autooperatividad, en su autoformación, pues únicamente puede mantener y aumentar la salud y plenitud de la propia vida cuando todas sus sociedades internas y todos sus miembros son y crecen acordes al ideal del pueblo y a sus propios ideales. Mas esto solo puede suceder cuando el pueblo educa y conforma con arte sensato y ajustado al plan a todos los recién nacidos, a hombres y mujeres y a uniones de tribus, tribus, uniones de familias y familias, que están en constante rejuvenecimiento. Por ello compete al pueblo educarse y formarse a sí mismo como un todo y a todas sus partes orgánicas según *un* plan.

Vivificado de este modo en sí mismo como *un* ser, el pueblo se presenta también como *un* ser a la vida superior de Dios, de la razón y de la naturaleza que actúa en él. Recibe como *una* persona sus influjos superiores y da respuesta a ellos en *una* actividad sociable para la cual se dignifica y habilita en su intimidad sociable con Dios.

Al igual que, finalmente, todas las diferentes sociedades fundamentales ascendiendo hasta el pueblo llegan a la autoconciencia plena y deben vivir como seres humanos completos, también el pueblo es llamado a vivir como verdaderamente [225]
un hombre en plena salud antes y por encima de la separación de sus miembros y fuerzas internos. El pueblo ha de producir con diligencia social una clara conciencia de la humanidad, del destino humano entero, del ideal de cada uno de los pueblos y, especialmente, de su ideal particular, y ha de diseñar su plan de vida entero considerando esta valoración, a fin de que cada uno de sus miembros, cada una de sus fuerzas, cada una de sus obras, sean perfeccionados en uniformidad y armonía como parte de *un* todo orgánico. Todo lo humano ha de

proporcionarse uniformemente y distribuirse entre todos los individuos y personas superiores en simetría y armonía con la configuración natural del territorio y las demandas de la razón. Esta vida total social del pueblo a favor de todo lo humano vela por que los individuos, las sociedades fundamentales, las sociedades operativas y autooperativas, las internas y las externas, vivan cada una por sí misma con libertad y autonomía, que a la vez prosperen como *una* vida de intercambio de amor y belleza y que estén en consonancia con *una* excelencia personal del pueblo. Que la vida del pueblo presente una imagen digna de la humanidad entera, para que virtud y derecho, intimidad y belleza florezcan y maduren uniforme y libremente en todo el territorio. Solo en esta vida total del pueblo se hace posible que este adquiera verdadera particularidad, que *un* espíritu y carácter anime a todos sus miembros alcanzando a cada uno de los individuos, que todos vivan según *un* ideal común, que todos se encuentren con todos en relación omnilateral, [226] en interacción orgánica que actúe lo individual en el todo y el todo en lo individual. En esta vida total el pueblo es capaz de relacionarse con todos sus miembros y todos sus miembros con él, y de ser, en plena interacción, *una* vida.

Con pura alegría nos embarga el pensamiento de que, en el pueblo, en cuanto persona fundamental superior tal y como hemos reconocido ahora, ninguna persona subordinada se disuelve, se debilita en su vida o se corrompe, sino que cada una de ellas emerge de la vida elevada del pueblo con más libertad, riqueza, belleza y alegría. Cada individuo se convierte en un hombre múltiple, pues al acoger en sí la vida de su familia, de su amistad, su libre sociabilidad, su unión de familias, su tribu, su unión de tribus y su pueblo, se hace más fuerte de lo que pudiera llegar a serlo dentro de un colectivo de personas, por muy grande que fuese, cuyos componentes actuasen de forma individual, simplemente uno al lado del otro. Y es capaz de actuar en la vida del conjunto de los todos superiores de modo esencial, sublimando y ennobleciéndolos. La amistad adquiere en la vida del pueblo superior que la rodea, y con la

que está íntimamente ligada, siempre nueva fuerza y efectividad más libre y más bella. La humanidad masculina y femenina, cuya formación característica y particular es constantemente rejuvenecida por el matrimonio y la familia como santuario más íntimo de la sociedad, florece más bella y más llena de vida desde la vida superior de las familias, de las uniones de familias, de la tribu, de las uniones de tribus y del pueblo. Y cada una de las edades del hombre: niños, adultos y ancianos, se hace en estas interacciones superiores cada vez más particu- [227]
lar, más bella y más digna de ser amada.

De forma óptima, la libre sociabilidad, como la representación social e íntima de la individualidad entera, se glorifica en la vida del pueblo, ya de por sí por el mayor número de individuos que abarca, pero más aún por el crecimiento general en espíritu superior y en receptividad pura e íntima, cada ciencia y cada arte encuentra en el pueblo a sus agraciados por el don, sus numerosos admiradores, su público digno y agradecido. Las personas más excelentes de todas las clases se congregan alrededor del centro de vida del pueblo en la ciudad principal y en las ciudades rurales, pues aquí se pueden presentar ante las tribus e incluso ante el pueblo entero y desarrollar toda su excelencia en un deleite puro y dignamente humano. El arte de la vida superior de la libre sociabilidad se distribuye con todas sus alegrías desde la ciudad principal hasta las localidades rurales, e incluso en las viviendas tranquilas y sencillas de la gente rural se encuentran rastros de sociabilidad superior y más noble del pueblo.

También el trato puramente humano adquiere idóneamente dentro de la vida del pueblo mayor intimidad, delicadeza y belleza. Pues cuanto más íntima y diversa es la vida de un pueblo, cuanto más alegres han florecido todas sus uniones sociales internas, tanto más noble, delicada y bella se forma en ella la costumbre pública del trato puramente humano y tanto más completo se refleja en ella el carácter del pueblo entero, el paisaje, la unión de familias y la familia. La sociabilidad general humana y libre de un pueblo es la flor más delicada de su vida, [228]

y el uso propio de la vestimenta, de la lengua social general y del comportamiento social en su conjunto, merece de cada miembro del pueblo un respeto puro y un esmero cuidadoso. La participación humana general en todas las manifestaciones públicas, mayores y menores, de la vida humana, la vista de la riqueza inagotable de individualidad que se le presenta siempre en figura, gesto de la cara, movimiento, vestimenta y trato abierto de un sinfín de personas cada vez que participan en la vida pública, es siempre instructiva, conmovedora y esencial a cada persona armónicamente formada para ennoblecer y reafirmar su propia vida, para aumentar su amor y su esmero por todos los asuntos humanos y para mantener con eficacia y fuerza la razón y el entendimiento, la inclinación y la voluntad hacia todos los lados.

La libre sociabilidad de los pueblos, la amistad de los pueblos y la unión de pueblos

Cada pueblo, a su manera, puede y debe abarcar el destino entero de la humanidad y ser la imagen fiel y completa de toda ella. A pesar de ello, también en él prevalece una vocación particular, un talento particular o, al menos, un ámbito determinado de talentos; y todo lo demás humano lo conforma en proporción descendente, en la medida en que se aleja de aquella vocación predominante. Ya de por sí la naturaleza despierta en cada pueblo una determinada aspiración predominante, por medio de la configuración propia de la región del pueblo, por sus bienes y por las necesidades a las que urge, y tam-
[229] bién por la particularidad del clima y por la constitución corporal. He aquí que la distribución de la vocación completa de la humanidad de una Tierra entre sus diferentes pueblos es esencial para que pueda alcanzar su máxima y más rica perfección. Esta oposición de los pueblos se conforma con mayor intensidad cuantos más pueblos entren en interacción. Cada pueblo se

puede dedicar con más exclusividad a su vocación predominante y llegar a ser excelente en ella si los otros pueblos que lo rodean conforman con más perfección las excelencias opuestas que son partes complementarias de la perfección humana entera, y si la intimidad que une a estos pueblos, destinados uno para el otro, es mayor. Así, uno de los pueblos es grande en lo corporal y natural, el otro en lo espiritual y razonable; uno domina en la ciencia, el otro en el arte; mas en otro tercero estos aspectos se hallarán en equilibrio. Entre varios pueblos que expresan todos estos opuestos completamente en la vida, se posiciona como mediador un pueblo que se siente atraído en puro amor con igual intensidad por todo lo humano, igualmente grande en todas las partes del destino humano, y que es una imagen uniformemente similar y completa de la humanidad. Los pueblos a los que la naturaleza ha destinado a vocaciones diferentes son proclives y capaces de unirse en *un* todo superior. Los pueblos de las regiones centrales están más destinados a expandir, mediante el cultivo de la tierra y el rico desempeño de los oficios, las bendiciones de la naturaleza y el arte entre sus pueblos vecinos; sin embargo, los pueblos costeros son más aptos para el comercio y están más llamados a establecer el vínculo entre los pueblos a través del mar. Pero, [230] a la vez hábiles para la unión superior son aquellos pueblos que habitan de forma circular el mismo mar interior, o los que pueblan varios territorios interiores que se unen en círculo formando un todo o que desarrollan su vida en islas vecinas, más unidas que separadas por el mar.

Y, de este modo, vemos nuevamente como también en los pueblos se repiten por completo las oposiciones que forman la base para todas las sociedades subordinadas y, por este motivo, también aquella triple sociabilidad une a los pueblos. Pues establecen entre ellos, como pueblos, libre sociabilidad, amistad y unión de su esencia y vida enteras, contemplándose y estableciendo lazos de afecto en su natural vecindad regional y en su particularidad opuesta. Al comienzo está la libre sociabilidad, sigue la amistad y, en su culmen, hallamos la unión

omnilateral de la vida. Ahora bien, la amistad y la libre sociabilidad de los pueblos solo consigue su máxima formación y dignidad dentro de la completa unión de vidas de los mismos. En el comienzo y en la formación de todas estas relaciones de los pueblos influye también su origen común, así como su composición con tribus emparentadas, y las condiciones comunes, aunque sean esencialmente opuestas, de su región natural.

La relación de la libre sociabilidad se expande desde las fronteras y los lazos de amistad entre individuos y familias hacia las tribus más cercanas y, a continuación, hacia las diferentes uniones de tribus y, finalmente, hasta los territorios enteros. De un modo similar, también la amistad se eleva hasta
[231] alcanzar los pueblos. La relación entre la libre sociabilidad y la amistad de los pueblos y la que enlaza las uniones de tribus es la misma que existe entre los pueblos y las uniones de tribus. Ahora bien, de especial importancia para nosotros es aquella unificación completa de varios pueblos en *un* ser y *una* vida, por la que forman la persona fundamental y la sociedad fundamental inmediatamente superiores de la humanidad por encima del pueblo, la cual está más próxima a la humanidad entera de la Tierra, como lo es la extensión de su localización en comparación con el suelo firme de la Tierra.

Si los pueblos que son uniformemente opuestos entre ellos han de compenetrarse en toda su esencia para poder formar *una* persona superior, también han de corresponderse de modo similar sus lugares de residencia; y sus territorios, conforme a su ubicación en relación con el sol y a todas sus cáracterísticas han de cualificarse por la naturaleza misma como *un* todo superior, el cual se compone de los territorios de los pueblos que han de unificarse como las partes que los constituyen. Porque también para los pueblos es válida la ley mundial universal: cuanto más esencial, uniforme, diversa y formada sea la oposición de la vida, tanto más íntima y armónica es su unificación. Los pueblos que están reunidos en *una* unión de pueblos han de ser como *una* persona, como *un* espíritu, *un* cuerpo, *un* ánimo, *un* entendimiento, *una* voluntad, *una* fuer-

za. Por lo tanto, han de tener en común todo lo humano; y todo lo humano, en su unión, ha de convertirse en algo más puro, más armónico, más elevado, más bello y más perfecto. Los territorios individuales del pueblo, vistos desde la naturaleza, conforman un todo, el cual, en un sentido superior, se encuentra completo en sí mismo, igual que cada territorio individual del pueblo por sí mismo; y los pueblos unidos reco- [232]
nocen y forman este territorio común superior como *un* todo, como *una* propiedad de todos los pueblos unidos. Uniones de tribus, tribus, uniones de familias, familias y los individuos, contenidos en la gran unión de los pueblos: todos tienen en ella el mismo derecho, todos le dedican el mismo cuidado, el mismo amor. Según la idea de la vida entera de los pueblos unidos, y según las ideas subordinadas de cada individuo en ellos, según las necesidades del todo, así como de cada una de sus partes orgánicas, se reparte el territorio entero entre los pueblos unidos. Aunque cada pueblo unido permanece como un todo autónomo también desde este punto de vista, para que haya sociedad y relación de vida omnilaterales, los territorios de todos los pueblos se hacen accesibles a cada uno de ellos y para cada individuo. Mas no todo el territorio es repartido entre los diferentes pueblos, sino que una parte digna del mismo es separada, para que se mantenga como propiedad común de todos, como de la unión de pueblos misma, y para que en ella se muestren los pueblos unidos como *una* persona superior en vida de intercambio sociable omnilateral. Este lugar consagrado a la vida de la unión de pueblos es, en comparación con cada uno de los santuarios de pueblos individuales, más grande y dispuesto con más solemnidad y belleza, y la vida que se desarrolla en él es tanto más rica cuanto mayor en individuos sea la asociación en comparación con cualquier otro pueblo, y tanto más íntima cuanto mayor sea la determinación con la que se expresan en la vida natural y espiritual las oposiciones [233]
de la vida que fundan la sociabilidad de los pueblos. En este lugar consagrado a la unión de pueblos se erigen todos los santuarios comunes de las actividades dedicadas a la virtud,

al derecho, a la intimidad y a la belleza, a la ciencia y al arte y a la autoformación, a la sociabilidad externa y a todo lo humano como conjunto. Todos estos santuarios son formados como un organismo bien ordenado, cuyo ideal se nos presentará con más nitidez cuando tratemos del lugar de la humanidad entera en una Tierra. El lugar de residencia común de los pueblos unidos es cultivado por ellos con arte social como *un* todo; los regalos de la naturaleza bondadosa y los productos del arte humano son recibidos y adquiridos como *un* todo; y cada parte subordinada recibe de ellos su parte justa y actúa en su lugar de forma particular y bien calculada en el todo para mantener y producir los bienes naturales. Dado que los territorios de los diferentes pueblos, al igual que los pueblos mismos, son opuestos en carácter y talentos, también en su territorio unido los productos de la naturaleza en sí son más variados y, considerados en su generalidad, más completos y satisfactorios, y los productos artísticos más polifacéticos y peculiares. En la unión de pueblos se inicia un intercambio de bienes naturales y de productos artísticos que alegra, completa y deleita la vida de todos. Todos reciben en este enlace íntimo y artístico de la vida, en este círculo maravilloso de las fuerzas y de los bienes, dádivas de la naturaleza con mucho mayor número, magnitud y belleza, con menos gasto de tiempo y fuerzas superiores, de
[234] lo que alcanzarían si cultivaran la tierra y se dedicaran con arte y esmero sin un plan social, cada uno por su lado. Una parte de todos los bienes y productos artísticos externos se distingue como propiedad de toda la unión de pueblos, asociación en su todo, y es consagrada para la dignidad y belleza de su vida social.

Para formar una unión de pueblos hacen falta al menos dos pueblos opuestos en su carácter, de los que cada uno encuentra en el otro su complemento para la dimensión humana perfecta. Sin embargo, la unificación de tres pueblos, de los que el tercero ostenta un carácter armónico, es más perfecta y completa. Dado que las oposiciones de la vida de la humanidad son variopintas, dado que también la naturaleza, en ascen-

so continuo, ha determinado distintos terrenos de pueblo para que se forme *uno*, y dado que la razón y la naturaleza ofrecerán en este la máxima variedad, han de unirse, en todas partes y conforme a su destino natural y su destino razonable, tantos pueblos vecinos como sean necesarios para formar un ser y una vida completos, que correspondan a la humanidad en la Tierra y, en su culmen, a la humanidad en el universo. Ahora bien, cuanto mayor sea el número, con cuanta mayor claridad se expresen los opuestos y con cuanta mayor uniformidad se hallen unidos en ella, más rica en vida y belleza será una unión de pueblos, de modo más exhaustivo y exitoso se pueden distribuir sus pueblos en el destino entero de la humanidad y colmar todas las excelencias humanas indivuales con mayor acierto y compleción. A la vez, con mayor libertad puede cada uno de los pueblos unidos dedicarse a su profesión y talento específico, y tanto más peculiares, atrayentes y bellas pueden [235]
llegar a ser sus obras sociales.

Por muchos que sean los pueblos que se hayan unido en *una* vida, el santuario común de ellos ha de estar en el centro de fuerza de su territorio, es decir, dentro de aquel territorio del pueblo que ocupa este centro. En las representaciones omnilaterales de la vida social en la que se congregan todos los pueblos aliados, se ha de velar por sus necesidades corporales y espirituales para que las bellezas de la naturaleza y de la razón glorifiquen este lugar consagrado, para que todos los bienes naturales se encuentren aquí en abundancia. Por este motivo, alrededor de este santuario del pueblo se forma una ciudad de la unión de pueblos, la cual, en estados subordinados de la humanidad, podría ser también la capital de aquel pueblo cuyo territorio rodea el santuario del pueblo, pero según las leyes del organismo perfeccionado es autónoma, y no pertenece a ninguno de los pueblos unidos en exclusividad. Todos los pueblos de la unión son perfectamente iguales en dignidad y vida, y ninguno es preferido a otro en su vida total, sino que participan del mismo modo en la vida total superior, aunque el pueblo en cuyo centro se encuentra el santuario

está más cercano a la vida total de esta, por lo que es llamado a proporcionar las circunstancias externas de la misma en espacio y tiempo. Lo que vale para la capital de cada pueblo también vale en mayor medida para la capital de la unión de pueblos, en la que se compenetran todos los opuestos de la
[236] vida del pueblo individual formando *una* armonía que se revierte sobre cada uno de los pueblos unidos.

También lo opuesto de las lenguas adquiere en la unión de pueblos una configuración superior, pues las lenguas de los pueblos unidos se compenetran sin disolverse la una en la otra: a cada uno le es familiar la lengua de cada uno de los otros, y con las lenguas intercambian pensamientos y sentimientos y se comunican lo particular de cada uno. Pero si en su unión viven *una* vida superior, también forman, con arte social, una lengua común a todos ellos, la cual, uniendo las perfecciones de todas las lenguas de los pueblos unidos, es un fiel espejo de su vida social superior.

Todos los pueblos de la unión forman *una* actividad operativa social; aspiran a realizar su vida conforme a las formas originarias de la virtud, del derecho, de la intimidad y de la belleza. Dotados de una personalidad genuina, son *un* ser moral superior, forman *una* voluntad superior y determinan su vida según las leyes eternas de la perfección interna humana. La vida del derecho de cada uno de los pueblos forma entonces un todo orgánico subordinado en la vida del derecho de la unión de pueblos, que vivifica todos los derechos de todas las personas subordinadas como *un* derecho en *una* obra de arte social, en ese Estado único de la unión completa de pueblos. En la unión de pueblos, el ejercicio social de la intimidad con Dios adquiere una esfera superior, un carácter superior y más digno, una individualidad más rica y más bella: Dios, la razón y
[237] la naturaleza se revelan más grandes y más sublimes en la vida superior de los pueblos unidos, haciéndose presentes a cada uno de los pueblos, incluso a cada individuo para su contemplación más clara y su amor más íntimo. Los pueblos unidos se les presentan como *un* hombre superior, ofrecen a los pueblos

particulares regalos más ricos y más bellos para que estos puedan ser un espejo más fiel y una semejanza más completa de la vida global en Dios. Asimismo, igual que los pueblos unidos alcanzan la contemplación de la belleza más completa y más sublime en sus esferas de vida superiores, ahora también son capaces de figurar artísticamente la dignidad de la superior belleza de su vida total y particular.

De la vida de la unión de pueblos como un todo mayor y más rico, cada vez más espléndido, nacen las obras fundamentales de la humanidad, la ciencia y el arte y su unidad armónica; se amplían el terreno de la experiencia y el entorno de la vida artística, y en opuestos cada vez mayores y más diversos brotan las semillas de las armonías cada vez superiores y más ricas. Lo que cada uno de los pueblos investiga científicamente y crea artísticamente se une en *un* todo superior, y acorde con su ley se diseña el plan de la investigación y de la vida artística de cada uno de los pueblos unidos. Su riqueza se vierte sobre cada uno de ellos y su particularidad se complementa hasta alcanzar la omnilateralidad superior. Del mismo modo que cada pueblo se hace presente a sí mismo como objeto de continua autoformación, también en la unión de pueblos nace una autoconciencia superior, una aspiración social superior a conformar la unión de pueblos como *un* ser superior, con arte consciente, cada vez más puro, más lleno de vida y más [238]
bello. En esta actividad autooperativa superior de la obra vive la actividad autooperativa de cada individuo de los pueblos unidos, ganando la educación de cada todo subordinado, en esta educación y formación superiores, unidad superior, variedad y armonía, fuerza más poderosa y actitud más firme. Cada persona subordinada, alcanzando hasta los individuos, se halla unida inmediatamente como pupilo a la unión de pueblos, y la unión de pueblos es su maestro superior, su educador y su formador, quien vela con arte, cual padre y tutor superior, para que sus pueblos, sus tribus y sus familias eduquen y formen a sus individuos en la idea de la humanidad y conforme al ideal individual de la asociación entera, y para que su actividad

autooperativa sea conforme al todo orgánico superior de esta unión de pueblos.

Los pueblos asociados en una unión de pueblos son verdaderamente *una* persona, *un* espíritu, *un* ánimo, *un* entendimiento y *una* voluntad, *un* cuerpo superior y *un* ser humano superior. Por ello no solo deben tener en común todos los diferentes aspectos de lo humano, sino también deben adquirir la plena conciencia de esta personalidad superior y vivir como *un* hombre entero superior, sano en todos los aspectos. Han de consagrarse a lo humano en ellos como a *un* todo orgánico, y han de perfeccionar todas las diferentes partes del destino humano en este todo en justa medida y relación, en armonía entre ellas y con el todo, cada vez con más esplendor. Forman *una* vida total superior en el espíritu de la humanidad del universo, como parte y miembro de esta, en pro de todo lo humano: son una alianza superior de la humanidad. En la intuición social, superior y más pura de la humanidad del universo, y de la vida interna de Dios, los pueblos unidos ven claramente el ideal individual de su asociación, diseñando en intimidad con Dios en esta intuición el gran plan de su actuación social global, y distribuyendo a personas y fuerzas y bienes, según el lugar y el tiempo adecuados, entre todas las partes y ocupaciones individuales de su vida unida. Valoran y forman cada vida subordinada en la idea de su vida total, según su ideal social superior. En esta vida total de la unión de pueblos, el ideal de esta se hace evidente y sagrado a cada uno de sus pueblos, tribus, uniones de familias, a cada una de las familias, así como a cada individuo, y todos lo abrazan con amor y fervor y desarrollando su vida particular en, con y a través de la vida total de la unión de pueblos, que unen sus voces en *una* armonía gozosa. En su convivencia, todos los opuestos subordinados son formados con más decisión, y la particularidad y autonomía, así como toda la vida de intercambio subordinada es confirmada, reforzada y perfeccionada. Todo lo subordinado adquiere una esfera superior de vida y actuación particulares: las esferas subordinadas de la virtud sociable, del derecho,

[239]

de la intimidad, de la belleza, de la ciencia, del arte y de la autoformación viven su vida autónoma con más libertad y armonía en la vida total de la unión de pueblos en favor de todas estas ideas eternas. Sin aprovechamiento propio, sin celos ni envidias, con amor y dichosa satisfacción, como en *una* familia [240] superior, florecen todas las personas fundamentales subordinadas con cada vez más belleza. Su amistad y libre sociabilidad, y la unión omnilateral de sus vidas, adquieren tanta más intimidad, sublimidad y belleza cuanto más sobrepasa la unión de pueblos a cada uno de los pueblos individuales en plenitud de vida, extensión y belleza.

Solo en consonancia con la naturaleza puede la humanidad unificarse formando todos sociales cada vez superiores. Donde tenga que surgir una unión de pueblos, la naturaleza la ha preparado previamente. La ley universal única, según la cual también las esferas supremas del mundo han nacido en Dios como cada uno de los seres parciales últimos, esa ley según la cual dos seres opuestos uniformemente en *uno* superior han de unirse con y a través de este ser superior en un tercero armónico, ha de repetirse también en la configuración de la tierra firme que cada uno de los cuerpos celestes destinados para ello ofrece a la humanidad que va floreciendo en él. Un todo del territorio se separa y se aleja en dos mitades que abarcan el globo uniformemente y son de formación similar, pero unilateralmente opuesta, como continentes del primer orden. Estos ofrecen a la humanidad los lugares de residencia de máxima oposición, los escenarios supremos de la vida de la humanidad en oposición característica. Desde cada una de estas partes supremas de la Tierra, se extiende *una* rama principal hacia la rama principal de la otra con la que se encuentra, formando un tercer territorio de carácter natural armónico, en el que también los dos todos supremos opuestos entre sí de la humanidad se encuentran en *una* vida de intercambio armónica, como la humanidad única de este cuerpo celeste entero. Esta ley de la tri- [241] ple división se repite en cada una de las primeras partes de la Tierra, formando en ellas continentes del segundo orden des-

cendiente, los cuales imitan la forma y todas las condiciones de vida de las primeras partes con su limitación característica, y en los cuales se repite también la vida de toda la humanidad del cuerpo celeste rejuvenecido en su figura, con fidelidad, pero peculiarmente. También estas partes del segundo orden obedecen a la misma ley, observando que la naturaleza sigue siempre este ideal hasta en lo que toca a la formación de cada montaña y cada valle. De este modo, podemos ver la ley de la formación y división interna de la humanidad expresada en la naturaleza y esencialmente ordenada según las cifras "tres" y "nueve" y aquellas incluidas en esta secuencia. El número de pueblos de un continente no es, por lo tanto, arbitrario, sino determinado por la estructura del cosmos mismo. El número y la relacion de los niveles en los que se congregan en la humanidad de *una* Tierra los individuos que habitan un cuerpo celeste en familias, uniones de familias, tribus, pueblos y uniones de pueblos, están predeterminados por los escalafones según los cuales la naturaleza ha preparado a estas personas fundamentales sus lugares de residencia.

Y del mismo modo en que la naturaleza une en todo la unidad con la variedad y la armonía, la eterna uniformidad con la plenitud de vida y la particularidad, de este modo también sus cuerpos celestes ofrecen en la tierra firme, conforme a aquella triple división general, la suprema riqueza en la formación de todas sus partes, de modo que una estructura así solo exista en el universo una sola vez, teniendo cada una
[242] vida y belleza particulares. También el reino de los espíritus sigue en su formación autónoma las mismas leyes de la vida, y una clasificación absolutamente similar del reino de los espíritus se corresponde con las clasificaciones naturales del género orgánico. Por ello, tampoco el número de pueblos que se vinculan en una unión de pueblos es arbitrario en ninguno de los cuerpos celestes y en ninguna de sus partes, sino que la razón y la naturaleza colman, también aquí, en, con y a través de Dios según leyes generales y eternamente iguales, la riqueza infinita de la configuración individual.

Si concebimos la humanidad del universo como *un* todo eterno, como *una* vida eterna en el tiempo, entonces su idea eterna es completamente idéntica consigo misma como la del individuo único a su manera. La humanidad global es su idea propia, entera. Mas, eternamente igual en sí misma, se desarrolla a sí misma en el ciclo de vida del número infinito de individuos que la componen, se rejuvenece eternamente a sí misma, une a los individuos en todos cada vez superiores, y se retrae de nuevo en sí misma. Del mismo modo en que el individuo nace de la unión de vida íntima del hombre y de la mujer, cada todo social superior, aunque formado ascendiendo por la unión de individuos, es, sin embargo, acogido y perfeccionado en todos superiores y en su vida de intercambio. También las familias, las tribus, las uniones de tribus, los pueblos, las uniones de pueblos, los pueblos de los continentes, las humanidades de cuerpos celestes singulares, todos ellos nacen, son educados, crecen, florecen, maduran y fallecen, al igual que los individuos. Ninguna asociación subordinada, ningún hombre individual, puede gozar de su suprema perfección en una Tierra hasta que la humanidad no haya nacido en ella como [243]
un todo orgánico y se haya formado en armonía y en intimidad con Dios, en la unión de vida con los todos superiores de la vida del mundo en Dios. Hasta entonces la vida subordinada únicamente se desarrolla en la constricción del mundo, cada vez más subordinada e intensa, que es en todos los aspectos similar a la constricción total del mundo que rodea la humanidad que nace en un cuerpo celeste.

En tanto la humanidad no pueble una Tierra con sus individuos de modo uniforme, armónico y lleno de carácter, mientras haya todavía nuevos lugares de residencia disponibles para las uniones de pueblos, los pueblos, las tribus, las uniones de familias y las familias, seguirán proliferando nuevos pueblos, procedentes de pueblos y tribus, que son acogidos en la vida de sus congéneres, pendiendo sobre algunos pueblos y pueblos de continentes el terrible destino de sucumbir en la lucha de la vida aún niños y en la flor de la madurez. Hasta

entonces, esta Tierra muestra el espectáculo de la lucha entre pueblos y del genocidio, y todos los niveles de la unión de vida parcial. Se encuentran en ella pueblos que empiezan a establecer contacto en libre sociabilidad, pueblos que ya se encuentran unidos en amistad y pueblos que ya han establecido diferentes uniones de la vida entera. Esto será así hasta que todos los malentendidos hayan sido resueltos y todas las luchas apaciguadas, cuando *un* lazo de amor y de vida abrace a todos los pueblos de la Tierra, y vivan todos como *uno* en plena armonía y belleza para alabanza de Dios.

[244] Aquí, donde tratamos a la humanidad de una Tierra entera en su viaje, presuponemos que la Tierra entera sea habitada por los hombres de modo uniforme y proporcional, habiéndose formado las personas fundamentales superiores según las condiciones naturales de sus lugares de residencia. Tampoco el número de las personas fundamentales de la humanidad que están gradualmente contenidas unas en otras en una Tierra es arbitrario, sino que, como vimos, se encuentra dispuesto por la naturaleza y la razón. Tomemos ahora, como ejemplo y no como prueba, a nuestra Tierra. Como miembro del todo eterno de la naturaleza, expresa las leyes del mundo generales igualmente en la formación de su tierra firme, que en partes se está aún formando: vemos que la naturaleza ha querido que en nuestra Tierra haya una graduación de las personas fundamentales multiplicada por diez, de la que ya hemos visto algo hasta aquí y de la que todavía trataremos más adelante. Si asignamos en nuestra parte de la Tierra a los individuos, a las familias, a las uniones de familias, a las tribus, a las uniones de tribus y a los pueblos el terreno que les corresponde, a cada unión de pueblos le corresponde un territorio que, juntamente con los territorios de sus uniones de pueblos vecinos, conforma un continente del segundo orden, tales como Europa, Asia, África, Norteamerica, India Occidental, Suramerica y las tres partes del archipiélago del Sur, continente, este último, que aún no ha sido claramente definido por la naturaleza. Nos queda, por lo tanto, tratar aún de tres personas fundamentales superiores: la

humanidad de un continente de segunda partición, la humanidad de un continente de primera partición y la humanidad de la Tierra.

La libre sociabilidad y la amistad de las uniones de pueblos y su congregación en la humanidad de los continentes de segunda partición [245]

Del mismo modo en que las sociedades fundamentales aumentan en número de individuos y en el tamaño de su lugar de residencia, así gana también su vida omnilateralmente en extensión, uniformidad, riqueza y belleza. La perfección de la vida no aumenta en la misma proporción que el número de personas y el tamaño de su lugar de residencia, sino en proporción mucho mayor y muy diferente. Pues la naturaleza desarrolla en un territorio más amplio no solo un mayor número, sino también mayor variedad de fuerzas y obras; y con el mayor número de individuos se encuentra una mayor riqueza de particularidad espiritual y corporal. Los individuos, unidos según un plan social y distribuidos entre todas las ramas del destino humano, consiguen cosas más variadas, más completas y más bellas de lo que pudiera indicar su solo número. Con cada ampliación del ámbito de vida también destacan más decididamente, con trazos aún más amplios y expresivos, los opuestos fundamentales de la vida espiritual y corporal. El lugar de residencia de cada una de las uniones de pueblos abarca ya una parte importante de la curvatura del globo terráqueo, por lo que ya de por sí se da entre ellas una oposición marcada de calor y frío, del cambio de las estaciones, del emplazamiento en relación con los océanos, y, por consiguiente, con respecto a toda la creación orgánica. Pero por ello, tanto más son llamadas a unirse en tal todo social superior que llene [246]
un todo autónomo inmediatamente superior de la tierra firme. Suponemos que este terreno superior sea la futura parte de un

continente principal de la Tierra, es decir, una de las nueve partes complementarias del mismo, que se forman mediante nueva partición de los continentes primeros. Cada una de estas partes de la segunda partición está rodeada por el magno océano continuo y abarca un mar interior de primer rango, y *una* cordillera principal determina sus partes subordinadas en sus ramificaciones reticulares subordinadas y la configuración de sus costas. La orientación principal de su cordillera principal en relación con las zonas del mundo determina en gran manera su clima físico. Cuando, por medio de las elevaciones montañosas, las uniones de pueblos, los pueblos, las uniones de tribus y las tribus se mantienen más separadas y apartadas entre ellas, son unidos todos, entre ellos y con el todo superior de la humanidad, por el océano que baña el continente entero, por el mar interior principal contiguo, así como por los laberintos arteriales de los ríos. Pero en la humanidad ya formada, que ha perfeccionado el arte de navegar por los aires al igual que por los mares, incluso las elevaciones y las cordilleras dejan de ser fronteras difíciles de franquear por los pueblos.

Las uniones de pueblos vecinas, llamadas por la naturaleza y la razón a unirse en una asociación superior, tejen entre ellas lazos de libre sociabilidad y de la amistad y unen finalmen-
[247] te su vida entera en *una* persona autónoma superior, en *un* hombre superior. En la humanidad en su devenir, que puebla la Tierra poco a poco y uniformemente, precede a la unión superior de vidas de varias uniones de pueblos la disputa por la autonomía. Esta disputa se alterna con circunstancias de libre sociabilidad, a continuación se forman las relaciones de amistad, y solo cuando toda disputa se haya agotado en sus fuentes internas, se unen en su vida entera formando *una* persona superior, en donde su libre sociabilidad y amistad también adquieren la máxima perfección.

Todo lo que vale para la unión de pueblos y para cualquier unión subordinada como persona autónoma y sociable, es válido para la humanidad de un continente subordinado. Las uniones de pueblos que se compenetran en ella comparten

todo lo humano y viven como *un* hombre sano y armónicamente formado. Reconocen y cultivan todo el continente en el que habitan como un todo autónomo y sólidamente unido a la Tierra entera, pues su propiedad fundamental común ha sido distribuida entre las diferentes uniones de pueblos según las leyes de la naturaleza y de la razón, de acuerdo con principios justos y en favor del bien general. Pero un terreno del total ha sido segregado como bien común permanente y consagrado a la vida total del pueblo del continente. Del mismo modo en que se comporta la humanidad del continente respecto a la unión de pueblos, se comporta el santuario de su vida total en relación con el santuario de cada unión de pueblos, habiendo de ocupar el centro de fuerzas del continente y, por lo tanto, estar ubicado en el centro de aquella unión de pueblos que más en medio se encuentre, para que en él se desarrolle [248]
libremente la vida social entera del continente como vida total. Pues su vida social está ciertamente por doquier en todo su territorio, pero aquel santuario es el centro del que parte, donde se forma como un todo y donde viven las personas que conocen la disposición, el gobierno y las funciones supremas de la vida social de la humanidad entera del continente. También, en relación con las lenguas, no solo todas las uniones de pueblos del mismo continente tienen un carácter similar, sino que también se compenetran formando un todo superior que une todo lo bueno y bello de las diferentes lenguas de modo sociable y armónico. La diligencia operativa en pro de la virtud, del derecho, de la intimidad y de la belleza adquiere en la vida de cada una de las humanidades de continente una esfera superior, viviendo según *una* voluntad moral, libre y bella, según *un* plan de vida social. Determina su vida de acuerdo con la idea universal eterna del derecho como *un* todo orgánico, en el que el derecho de cada una de las uniones de pueblos, de cada pueblo y de cada sociedad fundamental subordinada, así como el derecho de cada uno de los individuos, es determinado, formado y mantenido como una parte subordinada y autónoma, pero bien cohesionada con el todo. En *una* inti-

midad social, la humanidad se forma estableciendo una unión superior omnilateral de la vida con la razón, con la naturaleza y con Dios; y configura con *un* amor y esmero su vida entera según la idea eterna de la belleza. La ciencia, el arte y la armonía de ambos nacen como un todo superior con mayor carácter, riqueza y belleza, de la diligencia social que muestra la huma-
[249] nidad en el continente. El individuo sabe y crea en la fuerza y en el espíritu de la entera humanidad del continente, y esta se apropia con agradecimiento de todo lo verdadero, bueno y bello que ofrecen el individuo y las sociedades subordinadas para mayor gloria del conjunto/todo. Toda la humanidad del continente se brinda a sí misma y a sus partes orgánicas, hasta educar y formar al individuo según *un* plan social, recogiendo también en sí las influencias educativas y formativas de todas las sociedades subordinadas y de todos los individuos. Al igual que, finalmente, cada hombre singular y cada asociación debe primeramente tomar conciencia de sí mismo como de un ser entero indiviso, reconocer su destino entero y vivir como un ser completo y armónico en el espíritu de la humanidad, también la unificación de los pueblos en la humanidad de un continente subordinado se basa en que convivan como *un* hombre superior y sano en todos sus aspectos. La humanidad de cada uno de los continentes de segunda partición, por lo tanto, ha de reconocer la esencia y el destino de la humanidad entera, intuyendo en ello su vocación y su ideal particulares; por fin, ha de distribuir a todas sus personas y fuerzas uniformemente en todas las ramas del destino humano y velar por que su vida entera se desarrolle como *un* todo orgánico. Cada sociedad subordinada, incluso cada individuo, ha de vivir en el espíritu de este todo superior, ha de adquirir proporcionalmente en su vocación individual una intuición omnilateral del continente y
[250] de la vida entera de los pueblos unidos en él. Al llegar a hacerse presente el todo a todas sus partes, y todas las partes a sí mismas y al todo, el todo, y en él cada una de sus partes, florece con más esplendor y belleza. En esta vida superior no se encuentra anulada la autonomía de cada persona subordinada

y de cada armonía de vida subordinada, y ningún opuesto es eliminado, sino que todo lo subordinado es dispuesto, confirmado y asegurado en su esfera particular de modo subordinado. Todas las armonías se forman con todas las partes de vida en el todo para ser cuidadas con el mismo esmero. Cuanto más grande, sublime y bello sea el todo en el que viven todas las personas subordinadas, tanto más pueden consagrarse a la formación de sus talentos más particulares, sin riesgo de que por ello empobrezcan y enfermen, o que pierdan algo de lo humano. Pues cada una de las excelencias diferentes se les ofrecen con la misma calidad de formación en la vida total de las uniones de pueblos asociadas, donde están simétricamente distribuidas todas las personas y fuerzas singulares entre todo lo humano, y donde todo lo individual entra en consonancia con la vida *una* individual y llena de carácter que supera con creces todas las fuerzas y sociedades unidas, como individuales, en ella. Una formación más uniforme y, por ello, más llena de carácter se extiende por todas las partes de este gran todo de vida hasta alcanzar al hombre singular, pues cuanto más completa se le presente al hombre la vida entera de la humanidad, cuanto más pueda recibir desde fuera aquello que no es capaz de producir por si mismo, con mayor riqueza y salud se desarrolla su propia vida llena de carácter y tanto más puro y completo será como imagen viva de la humanidad entera. Las [251]
relaciones de libre sociabilidad y la amistad también adquieren en este todo superior de la vida mayor intimidad y conceden mayor gozo, pues no solo las uniones de pueblos congregadas en la humanidad de un continente se abrazan con amor sublime a la amistad y a la libre sociabilidad, sino que del todo emana vida y alegría sobre la sociabilidad de todos los pueblos, tribus, familias e individuos que viven en él. Ya de por sí la producción y la distribución general de todos los bienes de la naturaleza aumenta las alegrías, pero, aún más, en el interior, aumenta la unidad superior de la vida entera, en la que son como *un* corazón y *un* alma.

La libre sociabilidad y la amistad de las humanidades en continentes de segunda partición, y la unión de estas en humanidades sobre continentes de primera partición o continentes principales

Cada continente de segunda partición es un todo autónomo y en sí cerrado, y la humanidad que habita en él es *una* vida abarcante y formada en todos sus aspectos. Sin embargo, también en ellos nuevamente se forman aquellos opuestos que otorgan particularidad, plenitud de carácter y dignidad de amor, en mayor medida y con más decisión, haciéndose receptivos y menesterosos de una vida de intercambio superior.
[252] La naturaleza otorga a cada continente de segunda partición un carácter propio y único en su manera, y lo hace gracias a la forma del globo y la inclinación oblicua del eje de la Tierra en relación con el plano de su órbita alrededor del Sol, con tanta perfección, que en el cuadro de todos los posibles opuestos y elementos intermedios armónicos de los climas, de la forma y ubicación de los territorios en relación con los polos, con el ecuador y con la atmósfera y el océano, no se echa en falta ningún elemento ni ningún trazo. En estos aspectos fundamentales generales, nuestra Tierra puede servirnos de modelo para la formación del suelo firme, sin perjuicio de la infinita variedad de formas que se desarrollan en todos los demás cuerpos celestes. Observamos en nuestra Tierra cómo se unen de modo similar cada tres partes de tierra firme formando tres continentes de primera partición que constituyen *un* todo dispuesto uniforme y convenientemente sobre el globo entero, en opuesto simétrico con el océano y la atmósfera. Cada uno de estos tres continentes principales está determinado por *una* cordillera principal. Dos cordilleras principales, que van en paso de arco oblicuo de polo a polo, pero que unen cerca del ecuador sus mitades superior e inferior permitiendo que el mar tenga acceso más libre, forman las dos partes principales opuestas de la parte de la Tierra. Los dos grandes pasos de arco de las altitudes terrestres se encuentran

distribuidos alrededor del Polo Norte y, a partir de allí, se alejan uno del otro, giran sus concavidades, sus correspondientes arcos principales huecos hacia el mismo lado, enfrentándolas, y despliegan, en correspondiente ramificación de las altitudes dentro de la concavidad de su paso de arco, cada uno de [253]
ellos en dos mitades, como dos hojas grandes, de formación parecida con costas *similarmente opuestas*; y, de este modo, forman un océano menor entre ellos en el punto en el que se aproximan y se muestran las ramas correspondientes, y otro océano mayor en el otro lado del globo, donde, apartándose el uno del otro, se muestran los lados elevados de los pasos de arco de sus altitudes principales y donde aparecen, allí donde se alejan más el uno del otro, cada uno completo en sí mismo. Al incluirse el Polo Norte, al que rodean sus cordilleras principales en forma de anfiteatro prácticamente volado por encima de él, dentro de aquel océano en el que se acercan dichos pasos de arco inclinándose sus vertientes principales enfrentadas, se muestran ambos como *un* todo. Por ello, el lugar de la primera partición de cada uno de ellos en dos mitades, ascendiendo por encima del ecuador hacia el norte, por lo que el hemisferio norte se hace más rico en tierra que el sur, y el hemisferio sur, donde los cabos de estos dos continentes se extienden hacia el mar abierto a una distancia entre ellos que mide casi solo la cuarta parte de la curvatura del globo, se convierte en un territorio libre marítimo. Ambas partes de cada una de estas partes principales de la Tierra se envían una a la otra, dentro de los lados cóncavos de sus altitudes principales, dos cordilleras subordinadas, las cuales se encuentran y forman su tercera parte que une las dos primeras. El carácter natural de esta resulta, en armónica mezcla, de los caracteres naturales de las dos primeras, siendo su figura más compleja al interconectar de forma óptima la vida de las dos primeras, esencialmente opuestas, mediante el mar interior dividido en [254]
dos, el cual, como el centro de vida del continente principal entero, está rodeado por las costas de cada una de sus tres partes principales. Y así, cada una de las partes principales

originarias de tierra firme es en sí un todo tripartito completo. Pero entre ellas forman un opuesto decisivo en todas las condiciones naturales: la primera es más rica en tierra, la dirección principal de su altitud va más de Este a Oeste, es más pobre en agua, más antigua y más formada; en la segunda, sin embargo, la dirección principal de su altitud va más de Norte a Sur, es más estrecha entre Este y Oeste, más larga entre Norte y Sur, más pobre en tierra, más rica en agua, es más joven y no está formada aún en todos sus miembros subordinados. Cada una de las dos es particular en sus formaciones preorgánicas, así como en el reino vegetal y en el animal, estando destinadas por la naturaleza a unir su vida opuesta para intercambiar sus productos naturales, alentadas a ello por la ubicación de sus partes y costas. Ambas son un escenario autónomo de vida de la humanidad llena de carácter, la cual, opuesta como lo masculino y lo femenino, está destinada a unirse en *una* vida de la humanidad entera, a congregar a todos los hombres en *un* hombre, y, al igual que en el matrimonio supremo, formar la familia suprema en la Tierra. A esta unión de vida suprema los hombres han sido llamados a través de la naturaleza, la cual
[255] les ha preparado en la tercera parte principal del territorio un tercer lugar de residencia, que se encuentra a la misma distancia de las dos partes principales opuestas de tierra firme. Pues justo en los lados en los que las dos primeras partes principales se alejan más la una de la otra, y donde, mostrándose el lado elevado de la línea de dirección principal de su cordillera, se encuentran en la mayor medida dadas la vuelta con respecto a la otra, cada una de ellas le manda a la otra una cordillera subordinada entre Este y Oeste, las cuales muestran su lado cóncavo la una a la otra y en ascenso hacia el Norte y desarrollan su tierra en la zona tropical de belleza armónica, a ambos lados del ecuador, pero la mayor parte en la zona meridional. Al establecer de este modo el equilibrio entre la tierra firme y el agua en el hemisferio meridional, su tierra es accesible desde los dos continentes principales opuestos por dos lados: por un lado, desde el océano menor que, como el mayor mar interior

de la Tierra, une sus lados que se miran y se abren recíprocamente, alrededor de sus lenguas de tierra meridionales; pero, además, inmediatamente, desde todas las costas de ambos que encuentran su unión de vida en este tercer continente separadas por un ancho mar. Mientras en el primer continente principal predomina el ciclo de las aguas y en el segundo la tierra firme, en el tercero están los dos en pleno equilibrio. Incluso en el reino vegetal y en el animal, especialmente en las formaciones ya maduras, particulares de este continente, se muestra la unión armónica de todos los opuestos de la vida.

Este tercer continente armónico está destinado a acoger algún día la vida entera de la naturaleza y de la humanidad en armonía plena, omniconcordante y uniforme en un archipiélago paradisíaco. La parte superior del océano grande está rodeada por las costas muy lejanas de los dos primeros continentes y [256] por el bello cinturón del tercer continente y unirá algún día los tres continentes en *una* armonía dichosa de vida. Este primer océano es el único verdadero lugar en el que aparece la vida de la Tierra y de la humanidad como *un* todo orgánico. Desde él contemplamos al viejo mundo, Asia, África y Europa, por la tarde, América por la mañana, y Australia al mediodía; y vemos como el suelo firme de la Tierra se compone de una tierra de la tarde, una tierra de la mañana y una tierra del mediodía.

Cuando en nuestra Tierra el segundo continente principal, el cual se extiende preferentemente del Norte al Sur y expresa el predominio del agua sobre la tierra, es visiblemente más joven y aún no completamente formado en todos sus miembros, aún en mayor medida el tercer continente está aun en proceso de formación de toda su vida, y únicamente en sus archipiélagos principales se ha desarrollado ya alegremente. La naturaleza sigue en ello la eterna ley universal de toda la vida, es decir, que en un individuo se desarrollan primero dos miembros uniformemente opuestos, primero el uno y después el otro, y se unen después al desarrollarse su vida en un tercer elemento, para solo entonces perfeccionarse la armonía del ser vivo completo. Así, la Tierra representa en sus tres continen-

tes principales a la vez las edades de su vida: en el primero la juventud, en el segundo la infancia, en el tercero la edad temprana de la vida, y, en el todo, la juventud en devenir de la
[257] vida de una Tierra. La vida de la naturaleza se desarrolla según escalas conformes a ley: primero, se conforma lo preorgánico, y cuando sus elevados opuestos y sus fuerzas originarias en conflicto hayan sido apaciguados, emerge en el fondo del mar y en la tierra nacida en el mar la vida tranquila y alegre de las plantas en el juego armónico de sus colores; entonces empieza a brotar la libre vida del mundo animal, que añade al vivo colorido de las plantas el movimiento general de sus miembros y la vida de sonidos llenos de sentimientos; en último lugar, aparece en el escenario de la vida el hombre, el santuario más íntimo del mundo, la imagen más completa de Dios, de la naturaleza y de la razón, un amigo y ser querido por Dios, un amigo y maestro de todo lo vivo. Cuando un día la vida de la Tierra haya completado la construcción de la tierra firme y haya perfeccionado la formación del mundo vegetal y del animal de modo armónico y uniforme, entonces también los hombres, congregados en *una* humanidad en intimidad con Dios, con plena conciencia de su esencia y de su destino, y en puro amor, coronarán y perfeccionarán la obra de la razón y de la naturaleza en la Tierra. En bienaventurada armonía con los influjos superiores de Dios iniciarán una edad no dorada, sino verdaderamente humana y divina, y vivirán dichosamente hasta que la edad de esta formación de la Tierra dure según las leyes de la naturaleza y la razón. Y esta edad madura y adulta suya en la que se deleita con el juego armónico y libre de todas sus fuerzas, como *un* hombre íntimamente unido con Dios, la razón y la naturaleza, durará más tiempo que la edad de su infancia y juventud. Entonces, el centro de fuerzas de su vida será el tercer continente armónico, y la vida de los dos
[258] continentes opuestos estará en su pleno florecimiento. La mitad superior del océano mayor une entonces las tres partes principales de la tierra continua para su actuación recíproca omnilateral y armónica.

Puesto que aquí tratamos la humanidad de la Tierra en su formación acabada, presuponemos que sus tres áreas principales se encuentran ya uniformemente pobladas y llenas de vida particular de la humanidad, para poder así describir la vida autónoma y social que se desarrolla en ellas. Que desde la región principal situada en Occidente, en continuo progreso de formación, se van poblando todas las regiones principales de la Tierra; que las tribus humanas, partiendo del centro de vida de la primera, se distribuyan hacia todas las zonas del mundo en forma de círculo, encontrándose primero, en dirección opuesta, en la región principal de la Tierra situada en Oriente; que cuando la vida de la humanidad de esa región ya haya madurado relativamente, se unan armónicamente las humanidades de las regiones principales occidentales y orientales con la humanidad de la parte de la tierra del mediodía; que, finalmente, este desarrollo de la humanidad avance en número, distribución y plenitud de vida con la constante configuración de la tierra continua entera por actuación de la naturaleza, uniformemente y en periodos correspondientes, de modo que la perfección de la estirpe humana suceda al mismo tiempo que la perfección de su lugar de residencia: todo esto es un objeto digno de estudio científico y es tarea encomendada a la ciencia de la historia de la humanidad de una Tierra.

Nos hemos elevado hasta el estudio de la humanidad de un continente principal o de un área principal de la Tierra. Las leyes universales generales, de las que la visión de nuestra [259] Tierra ha sido un ejemplo vivo, nos han mostrado que, como consecuencia de la disposición natural de la tierra firme, la humanidad de la Tierra está destinada a componerse de tres partes supremas, las cuales desarrollan su vida llena de carácter y particularidad en un territorio autónomo y están destinadas a formar *un* todo de vida completo superior.

En cada uno de los tres continentes principales viven tres conjuntos de pueblos que habitan los continentes de segunda partición y son formados por varias uniones de pueblos. Entre las tres humanidades de los continentes de segunda partición

existen todos los opuestos de la vida, que llaman a la libre sociabilidad, a la amistad y a la unión omnilateral en *un* todo de vida superior, como humanidad de un continente principal. Todo lo que vimos en cada humanidad de continente subordinada, es valido para su compenetración de vida en *una* persona superior, solo que, en mayor medida, pues con el territorio omnilateralmente aumentado también crece la vida misma en plenitud, fuerza y salud. Las humanidades de continentes inicialmente subordinadas unidas en *una* humanidad de un continente principal viven como *un* hombre superior, distribuyen y forman su territorio entre ellos como *un* todo, como en *una* persona, y consagran un digno lugar en el centro de su territorio para el desarrollo de su vida total. La unión de pueblos de la humanidad del continente mediano abarca el santuario superior y más elevado del continente principal entero, distribuyéndose la unidad, la armonía y la plenitud de carácter de su vida total sobre todas las humanidades de continentes
[260] subordinados, uniones de pueblos, pueblos, uniones de tribus, tribus, uniones de familias, familias e individuos. Aquí se forma la vida de *todos* como la de *uno*: se convierten en *un* espíritu, *un* cuerpo, *un* entendimiento, *una* voluntad, *un* artista de la vida, *un* corazón y *un* alma. Su unidad de vida superior se refleja fielmente en la lengua del continente principal, pues no solo las diferentes lenguas de todas las personas subordinadas forman un todo global completo y con carácter común, sino que la humanidad de cada uno de los continentes principales es llamada a formar una lengua que le sea propia a ella, como persona superior, como expresión de su vida total, que una en sí las perfecciones esenciales de todas las lenguas subordinadas a ella, y que sea conocida por todos los pueblos unidos.

La naturaleza ofrece en cada región principal de la Tierra ricos dones particulares con colmada perfección, pues cada región principal de la Tierra contiene todos los climas. Por ello tiene mayor autonomía y autosuficiencia en relación con los bienes naturales que cada uno de los continentes subordinados. No obstante, se desarrolla en esta riqueza natural com-

pleta de cada una de las regiones principales de la Tierra un carácter tan particular en todas las formaciones de vida preorgánica y orgánica, que se renueva la tarea de asociación de vida superior, de comunicación de la vida y de los bienes de la naturaleza, dirigida a la naturaleza y a la humanidad, en favor de la perfección, digna en sí misma, uniforme, y armónica, de la vida de la naturaleza y de la vida de la razón en la Tierra entera, y, de modo indirecto, en favor de la satisfacción superior de las necesidades vitales externas.

La humanidad de cada una de las regiones principales de la Tierra forma la misma como *un* gran artista de la naturaleza, según un plan social diseñado en virtud, justicia, intimidad y belleza que se rejuvenece constantemente, para que la vida de la naturaleza, de la razón y de la humanidad sea perfeccionada en él como *un* todo armónico, en intimidad con Dios y con carácter particular. La humanidad de cada uno de los continentes principales forma una alianza superior para las formas fundamentales de la vida de la humanidad, *una* alianza superior para la virtud, *una* alianza superior para el derecho como *un* Estado superior, *una* alianza superior para la intimidad con Dios, *una* alianza superior para la belleza. La ciencia, el arte y la autoformación ganan en alcance, en profundidad, dignidad y belleza de la configuración, pues la humanidad de cada uno de los continentes de la Tierra dedica esfuerzo social también a estas obras fundamentales como *un* solo hombre. En ella nace mayor autoconciencia de todas las personas unidas en sí misma, como de *una* persona superior. Al intuir la esencia eterna de la humanidad y de su destino eterno en el tiempo, al alzar constantemente la vista hacia la humanidad en el universo y en la Tierra entera, también la humanidad de cada uno de los continentes principales de la Tierra empieza a entender su particular destino de vida, lo abraza con amor entero e indiviso y se conforma a sí mismo como *una* persona completa, armónica y sana en todos sus aspectos. Consagra su fuerza social uniformemente a todo lo humano, traza constantemente su plan de vida entero y distribuye a todas sus personas y fuer- [261]

zas uniformemente entre todas las ramas de destino humano. Entonces, la vida de todas las esferas subordinadas une alegre y bellamente su voz para formar *una* vida completa dirigida en
[262] gobernanza y formación por su vida total. Cada persona subordinada gana en fuerza, dignidad y alegría, cada una vive libre y autónoma en su esfera y unida justa y amorosamente con todas las esferas colaterales y superiores. La libre sociabilidad y la amistad de todos con todos alcanzan un área superior, una vida más libre y más deliciosa. Y así se representa la humanidad de cada uno de los continentes principales a la naturaleza y a la razón y a Dios como *una* vida armónica por encima de ellas, digna de ser acogida mediante influjos superiores del amor eterno, como ser completo, en todos superiores de la vida en Dios.

La libre sociabilidad y las amistades de las humanidades de los continentes principales y la humanidad de la Tierra

Los tres continentes principales del territorio terrestre desarrollan una vida natural particular. Cada uno de ellos tiene mayor autonomía, independencia y autosuficiencia que los continentes de la segunda partición, pero, a la vez, detenta un opuesto más pronunciado, una particularidad más llena de carácter. Han sido formados por la naturaleza en *un* todo, como *un* todo, una semblanza fiel del universo eterno. De modo similar son formadas y determinadas las humanidades que habitan en él para que unan los opuestos de su vida en libre sociabilidad, en amistad y en unidad perfecta como *una* persona superior y para configurarlos con arte. Han de alcanzar, como *una*
[263] humanidad orgánica de la Tierra, máxima autonomía y armonía de la vida, que es esencial dentro de este lugar habitable en el universo y representa con más perfección, dentro de estos límites, la idea entera de la humanidad en el universo. Del mismo modo que la Tierra solo desarrolla su gran vida natural en cre-

cimiento progresivo y se configura en periodos determinados, llegando a ser un lugar de residencia suficiente en todos los aspectos para *una* humanidad orgánica, así también los hombres solo alcanzan su personalidad suprema poco a poco, en periodos similares, y solo se unen poco a poco formando una humanidad orgánica, en armonía con Dios, la razón y la naturaleza. En este devenir de la relación social suprema de todos los hombres, nace primero la libre sociabilidad como fruto de luchas intensas por la autonomía y prepara el camino para la amistad y la unión íntima de la vida entera: solo cuando todas las sociedades fundamentales subordinadas ascendiendo hasta las humanidades de los tres continentes de la Tierra hayan alcanzado el grado de perfección que les es posible alcanzar sin estar mantenidas y gobernadas por el todo orgánico de la humanidad de la Tierra, solo a partir de entonces pueden los hombres unirse en *una* humanidad, declararse *una* humanidad, y organizarse como tal. Este desarrollo histórico de la humanidad es el objeto digno de estudio de las ciencias históricas, según las ideas de la vida en Dios eterna en el tiempo, según la experiencia viva que se nos revela, y según la armonía de la idea eterna de la historia con la vida individual misma. Pero aquí, donde observamos a la humanidad de la Tierra en su edad madura, donde se expone su idea eterna en su totalidad, presuponemos que los hombres de una Tierra ya están [264]
imbuidos omnilateralmente de la lucha por el amor, que las humanidades de los tres continentes ya están formadas como personas verdaderas y, pasando por la libre sociabilidad y la amistad, han sido unidas omnilateralmente en *una* vida superior, en *una* humanidad superior en la Tierra.

Todos los hombres de un cuerpo celeste han de estar unidos en *un* ser vivo, en *una* humanidad. Han de abrazar, como *una* persona, en toda la parte de la Tierra, todo lo humano como *un* todo con diligencia social, como *una* vida total, como una vida parcial completa, y ambas en armonía. Como *un* hombre han de formar todo lo individual humano, y ser y vivir en cada parte individual del destino humano como humanidad

completa, y tener en común todo lo humano. La vida de la humanidad ha de ser *una*, múltiple y armónica, entera, completa, uniforme y homogénea. Por ello, la vida corporal de la humanidad ha de conformarse con la misma autonomía, pureza y armonía en sí misma que la espiritual, y ambas vidas han de compenetrarse omnilateralmente en la armonía de una vida humana completa y con salud global. Lo que es para ella el mundo interno de la razón de las ideas y lo individual en la fantasía como propio de *un* espíritu, lo mismo es para ella la vida de la Tierra en la contemplación del cielo como propio de *un* cuerpo. En la humanidad *una* de la Tierra, el género femenino es formado con la misma perfección, igual de omnilateral, uniforme y armónico que el masculino, y solo ambos en su vida de intercambio armónica constituyen el ser humano *uno* supremo y omniperfecto de la Tierra.

[265] Incluso cada edad de la vida, la edad del lactante, del niño, del muchacho, del adulto y del anciano, cada una desarrolla en la humanidad perfecta su bondad y belleza particulares.

La verdadera unidad de la vida de todos los hombres como de *una* humanidad se acredita en el exterior por intuir la Tierra como su lugar de residencia común, como *un* todo, y cultivarla como tal y distribuirla según las leyes de la virtud, de la justicia, del amor y de la belleza entre todas sus personas internas, fuerzas y obras de la humanidad. La Tierra ya es en su vida natural pura un verdadero todo, pero para ser perfeccionada como tal y a la vez libre según las leyes de la razón, también ha de tener en consideración al hombre. Solo la humanidad, cuando actúa con arte de la vida consciente sobre la superficie de la Tierra según las ideas de la vida de la naturaleza y de la razón, puede otorgar la suprema perfección a la vida de la naturaleza en la Tierra. Los límites que la naturaleza se ha de imponer a sí misma en relación con los climas, las estaciones del año y los periodos de vida aún superiores son resueltos por la humanidad con sabiduría y belleza haciéndolos inofensivos para la vida. Cada zona climática comparte con las demás las plantas y los animales, los productos bellos y útiles que requieran el

ideal de esta y el ideal de la Tierra entera. Así comienza un trato omnilateral y uniforme de toda vida natural en la Tierra consigo misma, y la naturaleza ofrece sus dones a la humanidad con mayor riqueza y seguridad, recibiendo cada hombre de ella la justa parte de amor y de ayuda. En el centro de la tierra firme, en la parte de la Tierra del mediodía, la humanidad consagra a la vida como humanidad entera un territorio bello [266]
y armónicamente formado; y aquí se construye el santuario de la vida de la humanidad entera como vida total. Desde aquí se distribuye sobre todas las personas internas y miembros; aquí se congregan en orden armónico los santuarios de la virtud *una*, de *un* Estado en la Tierra, de la intimidad con Dios *una* y de belleza *una*, los templos supremos de la ciencia y del arte, como en *una* casa de la humanidad entera. Entonces, la unidad de la vida de la humanidad entera en la Tierra se refleja también en la lengua *una*, común a toda la Tierra, que no aniquila las lenguas particulares de las personas subordinadas, sino que une armónicamente en sí lo bello de estas como la obra de la diligencia artística social de la humanidad entera.

La humanidad, como verdaderamente *una* persona, ha de formarse y vivir en todo lo individual humano como *un* ser humano, y ha de estar ordenada en todo lo humano de modo semejante al individuo con salud general. Por ello, ha de formar *una* vida por la virtud, *una* vida por el derecho, y por la intimidad y la belleza, y, es más: únicamente en esta aspiración omniabarcante de la humanidad entera a favor de estas formas fundamentales de toda vida pueden florecer completa y perfectamente la virtud, el derecho, la intimidad y la belleza. Todos los hombres unidos en la humanidad *una* en la Tierra viven como *un* ser humano moralmente bello moviéndolos un impulso originario puro en pro del bien originario hacia *una* voluntad común libre, hacia *una* actuación moral conforme al plan, en el que la vida moral de cada todo subordinado y de cada individuo empieza a moverse verdaderamente con libertad y éxito. Con fuerzas unidas en sociedad vencen los [267]
hombres la constricción externa del mundo y los obstáculos

internos para el bien que existen en ellos y superan las barreras de su naturaleza con vida moralmente bella. El derecho es eternamente *uno* en el universo, y, en este territorio *uno* del derecho *uno*, cada cuerpo celeste es un territorio subordinado, autónomo, pero orgánicamente unido al todo. Todos los hombres están unidos en *un* hombre y son el sujeto de derecho supremo *uno* en este territorio en la humanidad del universo. Y entonces el derecho *uno* de este territorio solo puede avivarse de modo omnilateral y armónico cuando la humanidad entera se dedica a la formación de *un* Estado en la Tierra. Solo en esta vida *una* del derecho se le puede conceder a cada sociedad subordinada e, incluso a cada individuo, su pleno derecho equilibrado. También todos los hombres del mismo cuerpo celeste, destinados por lo originariamente esencial en ellos a unirse en *una* humanidad, están llamados a ser *un* ser en intimidad con Dios y a vivir como tal. Gracias a esta máxima intimidad con Dios de ese hombre supremo en la Tierra, la vida íntima con Dios de cada sociedad subordinada y de cada individuo cobra también máxima claridad, plenitud, belleza y alegría. Incluso la belleza suprema solo puede adornar la vida de la humanidad cuando todos, unidos en *una* vida y animados por *un* amor por lo bello, aspiran a imitar en su vida con esmero social el ideal de la belleza eterna. También las obras fundamentales de la humanidad, ciencia y arte, y su armonía viva solo pueden
[268] ganar su máxima unidad, alcance, formación orgánica interna, claridad y profundidad en la vida de la humanidad entera. Solo en ella pueden abrirse todas las fuentes del conocimiento y de la fuerza y beberse uniformente de ellas; solo en ella pueden perfeccionarse de modo particular la ciencia y el arte y su armonía como *una* estructura orgánica armónica, como fiel contraimagen de Dios y de su mundo. Solo en esta excelsa vida social pueden moverse la investigación y la formación artísticas de modo rítmico y armónico según *un* plan para lograrse cada vez von más esplendor, y puede vivir la humanidad como un sabio y artista cada vez superior y más semejante a Dios. Del mismo modo en que el individuo solo puede ejercer el arte de

la autoformación de forma completa y llena de fuerzas cuando ha conseguido, con plena autoconciencia, el libre uso de todos sus órganos y fuerzas, de este modo también la humanidad únicamente consigue el ejercicio del arte supremo de formarse a sí misma en conciencia tranquila y omnilateralmente cuando lo alcanza en la unidad de su vida, en armonía con Dios y el mundo, cada vez con más libertad y belleza.

Pero esta perfección de la humanidad en todo lo individual humano solo es posible cuando y por el hecho de que todos los hombres unidos en *una* humanidad sean claramente conscientes de la totalidad de su naturaleza humana armónica indivisa, que, reconociendo la idea de la humanidad global en el universo en su totalidad y en su organismo infinito y lleno de luz, formen su ideal individual para esta Tierra intuyendo la vida natural que los rodea y los influjos de la vida suprema de Dios y que aspiren en unidad sociable a exponer y expresar este ideal individual en su vida. En esta conciencia y aspira- [269]
ción supremas, todos los hombres unidos en *una* humanidad forman *una* alianza de todo lo humano, *una* alianza de la humanidad en, con y a través de la cual, y por mor de su vida total, únicamente puede perfeccionarse la vida de la humanidad en su interior, así como en sus circunstancias externas. En esta autoconciencia, y en esta vida total suprema para todo lo humano, la humanidad procura distribuir todas sus personas y fuerzas, buenamente ordenadas en tiempo y espacio, entre todas las ramas de su destino, para que la vida total se proyecte libremente en cada vida parcial, y para que cada vida parcial se encuentre unida con la vida total en la medida justa en *un* organismo. De este modo, la vida espiritual y corporal, la humanidad femenina y la masculina y cada edad de la vida serán formadas uniformemente y enlazadas en *una* vida con salud global, facilitándose la sociabilidad interna y externa como *un* todo, y así todas las sociedades fundamentales subordinadas, las sociedades profesionales y todos los individuos, serán y vivirán como miembros libres y partes orgánicas de la humanidad entera.

Al vivir la humanidad entera en unidad, pluralidad y armonía, en virtud, justicia, intimidad y belleza su destino entero, también cada persona subordinada participa en esta excelencia, y vive según la unidad y en la medida de sus fuerzas, de forma íntegra, completa, omniabarcante y con salud general. Todas ellas no viven solamente una al lado de la otra, sino en, con y por medio de la otra en la humanidad *una*. Pues del mismo modo en que cada personalidad superior de los hombres no [270] disuelve a todas las subordinadas con menor alcance, sino que abarca a todas en sí misma, les asegura a todas su independencia y armonía con todo lo exterior, esto también es válido para cada cuerpo celeste y en su culmen para todos los hombres, siempre y cuando unidos en *una* humanidad, vivan como *una* persona suprema en la Tierra. La humanidad abarca todas las humanidades de los continentes, a las uniones de pueblos, a las familias y a cada individuo en sí como en *un* todo orgánico, y los abarca a todos con la misma justicia, el mismo amor y el mismo cuidado. A todos les ofrece las condiciones superiores completas de verdadera autoperfección y sociabilidad externa omnilateral. Cada individuo gana en la familia un yo superior, otro superior en la unión de familias, en la tribu y en el pueblo; pero el yo supremo en la Tierra solo lo gana en la humanidad entera. Una suerte similar les es otorgada a las familias y a todas las personas fundamentales superiores en la humanidad. En la vida entera *una* de la humanidad se forman armónicamente, de modo omnilateral, la libre sociabilidad, la amistad y la asociación entera de vida de todas las personas subordinadas; y todas ellas viven ahora según el ideal de la humanidad de esta Tierra, en el espíritu de la humanidad en el universo.

Siendo de este modo *una* en sí misma, la humanidad íntima se representa ante Dios, la razón y la naturaleza como el ser digno de ser amado, que contiene en sí las armonías de todos los seres, y les dedica a todos ellos el mismo amor y recibe cada vez amor más elevado, relevaciones más elevadas y cada vez vida de intercambio más íntima por parte de Dios, de la razón y de la naturaleza. Vive con ellos en amor íntimo y en

unión de amistad, y la Tierra se convierte en un escenario, en una imagen completa y pura de la vida global en Dios. [271]

Las uniones de hombres de órdenes superiores, y la humanidad del universo

Todo lo individual en el mundo posee un carácter pleno y es particular, y así es la expresión de su esencialidad individual y el fundamento por el que está en el mundo como tal ser y como el garante interno de su vida. Pues solo en productos constantemente renovados y nunca antes vistos, en un sinfín de alegorías de su esencia eterna que en toda la eternidad no existen más que una vez, se revela el eterno Creador. Y también nuestra Tierra posee lo suyo particular, también en ella está el cielo; y el espacio y el tiempo globales no vuelven a contener una misma vida de la naturaleza y una misma humanidad. Si nuestra visión pudiera ya ahora, elevándose por encima de las barreras de nuestro actual campo de visión, percibir las humanidades de otros cuerpos celestes, se nos revelaría la particularidad y el carácter muy determinado de esta Tierra y de esta humanidad en comparación con aquellas.

Ningún ser vivo permanece solitario en el reino eterno de Dios, pues esto equivaldría a una división de Dios en sí mismo; y la armonía y la vida de intercambio de los seres son tanto más íntimas, cuanto más ricas sean ellos mismos en su interior y a cuanto mayor número pertenecen a la vez como partes orgánicas. Por ello, la armonía interna y externa de la vida de la humanidad, la sociabilidad interna y externa, es la más íntima y rica, la más elevada y bella, e incluso la única [272]
omniabarcante, completa, uniformemente orgánica y semejante a Dios de todas las cosas creadas. Cuando ahora observamos cómo se mueven alrededor del sol, como fuente de vida superior común, los cuerpos celestes afines al nuestro, armónicamente distribuidos y en movimiento rítmico; cuando

vemos que cada vez se prueban más eficaces como *un* organismo en todas las condiciones de vida en relación con el sol y entre ellos, en que mayor medida la astronomía, llevada sobre las alas de la idea, amplía su campo de visión externa y su arte de visión, entonces nace en estas observaciones la certeza interna esperanzadora de que también las humanidades en todas estas Tierras hermanas están destinadas a ser *un* todo de vida superior individual, *una* humanidad de este sistema solar, y que, formadas en *un* todo eternamente esencial, también vuelven a congregar a todos los individuos en dicho sistema; y que cuando se encuentre este sistema solar en la madurez de su vida también esté madura la humanidad que habite en él, y que configure con alegría y autonomía todos los miembros orgánicos en cada uno de sus cuerpos celestes y los haya unido en libre sociabilidad y amistad en *una* vida individual. En esta idea elevadora vislumbramos que también la humanidad de esta Tierra, ya en estos momentos, aunque inconscientemente para nosotros viva como parte orgánica de la humanidad de nuestro sol, sea educada y se forme como tal. Que sus individuos pertenezcan ya a este todo superior, que espíritus con formas superiores desciendan a este valle solar guiados por Dios, como el amor eterno, y según leyes orgánicas, para desarrollar aquí su excelencia y adornar y en-
[273] noblecer la vida de la humanidad en esta Tierra. De ahí nace la firme confianza en el poder eterno de Dios y su sabiduría y amor de que también perfeccione a nuestra humanidad educándola como un miembro digno de esta humanidad superior y que la lleve según los grados de su ennoblecimiento, en constante crecimiento en relaciones de interacción cada vez más íntimas con la humanidad de este sistema solar y con las humanidades al mismo nivel de nuestras Tierras hermanas, que un día han de florecer y perfeccionarse en unión íntima como hijos de *una* gran familia. Si pudiéramos ya en vida expandir nuestra vista sobre este sistema solar entero, como probablemente nos sea concedido en el momento iluminado de la muerte, nuestro sentimiento sería una mezcla de alegría

y tristeza y colmaría nuestra adoración de Dios y nuestra admiración de la naturaleza y la humanidad.

Donde la visión del cuerpo ya no alcanza mucho más allá de toda experiencia sensible, allí se eleva aún el espíritu sobre las alas de la idea originaria eterna a través de la intuición suprasensible. El ojo externo, armado con el cristalino inteligentemente formado, todavía reconoce, aunque a distancia amplia, entre nieblas de nubes luminosas, los todos supremos de la creación corporal perceptibles para él. La ciencia transforma, bajo la luz sagrada de la idea originaria, estas nieblas luminosas en ejércitos de soles; y el todo de estrellas, denominado vía láctea por la facultad imaginativa de pueblos originarios infantiles, es reconocido como *uno* de estos incontables ejércitos de soles, y nuestro Sol nos permite verlas en su centro de vida, con sus Tierras, lunas y cometas aun sin contar, *un* ser [274]
orgánico entre cientos de miles de soles hermanos. La eterna idea de Dios, como del Ser originario, y las leyes supremas de la formación de los mundos, sin cuyo entendimiento el hombre es incapaz de pensar, sentir y vivir de modo semejante a Dios, esta imagen suprema de toda vida, que se refleja en un sinfín de contraimágenes con particularidad originaria en la naturaleza, en la razón y en la humanidad, en ejércitos de soles y también en cada Tierra, esta imagen suprema nos permite saber que la naturaleza al crear y dar vida a sus cuerpos celestes supremos es *un* todo orgánico, que una estructura similar a la que se muestra en el firmamento también se halla vivificada para la eternidad en el tiempo, en la razón y en su reino subordinado, según su particularidad, y que la humanidad enlaza esta estructura eterna correspondiente, esta vida semejante a Dios de la razón y de la naturaleza, en el espacio y el tiempo globales, como *un* ser formado semejante a Dios, la razón y la naturaleza, libre y autónomo, en pura virtud, eternamente justo, íntimo con Dios y bello, en *una* vida armónica; y que perfeccione el amor y la vida de todas las cosas en Dios, como el ser más íntimo del mundo, como el Dios que se ha hecho perfectamente igual en la criatura misma, como *una* humanidad

en el universo. Desde el individuo, las familias, los pueblos y las humanidades de la Tierra, discurre una eterna cadena de personas superiores y de sociedades fundamentales superiores, enlazada firme e íntimamente según la ley eternamente igual hasta la humanidad *una* del universo. Cada individuo ha de sentirse incluso como eslabón en esta cadena, como órgano de esta vida suprema, cerca de Dios, elevado y dichoso, y vivir
[275] en el espíritu de la humanidad del universo su vida más particular. Al igual que Dios mismo, la razón y la naturaleza son como todos eternamente iguales a sí mismos en el espacio y el tiempo globales, igualmente perfectos y bellos, así también es la humanidad en el universo una vida eternamente perfecta y libre en sí misma, en cada momento igual de grande, igual de particular y bella, y una imagen viva eternamente nueva del Ser originario. Y mientras que en ella se forman, florecen y perecen continuamente un número infinito de humanidades de las diferentes Tierras y los individuos en todas ellas, aun así, representa en todas sus humanidades finitas en número infinito, en cada momento, todos los niveles del desarrollo de la humanidad con su constricción del mundo, cada una con su formación y belleza particulares, y todas las edades de la vida a la vez igualmente perfeccionadas; e inmutable persiste su rostro infinito.

En esta intuición alcanza cada hombre, cada familia, cada pueblo y cada humanidad su autonomía superior, el verdadero sentimiento de sí, su verdadera plenitud de fuerzas, y solo en ella se forma también la verdadera sabiduría de la vida y el arte de la vida. Cualquiera que sea la limitación del círculo de vida del individuo y de cada sociedad finita, a pesar de ello, todas son las partes orgánicas esenciales, no arbitrarias, íntimamente unidas con el todo supremo. Dentro de sus barreras son capaces de una verdadera y bella expresión e imagen viva del todo, cuya medida no es la magnitud, sino su bondad y belleza internas. Y cuando esta comprensión concede al hombre la serenidad dichosa, le mantiene erguido en las tormentas de la vida y refuerza el lazo de su amor con Dios, la

razón y la naturaleza, le fortalece también con energía invencible, pues en las barreras de su naturaleza se aprecia digno de la imagen viva divina. [276]

Con esta visión hemos completado la consideración de las sociedades fundamentales humanas. Contemplamos al individuo en toda su esencia, comprendimos cómo los individuos, uniendo los opuestos fundamentales de su vida, forman sociedades libres, amistades y familias, y cómo esta triple vida de intercambio que se renueva en cada persona superior encuentra solo en la humanidad del universo su verdadera totalidad. Todas las sociedades fundamentales se mostraban semejantemente formadas según las mismas leyes fundamentales; y en todas ellas vimos cómo se configuraba la esencia inamovible de la humanidad enteramente y cada vez con mayor magnitud, libertad y belleza, cuanto más elevado fuera el orden de la sociedad en la que es vivificada. Vimos cómo solo en la salud y plenitud de la vida de la humanidad entera se completaba cada individuo, cada fuerza individual y cada obra singular. Pero para poder reconocer completa y bien ordenadamente la vida de la humanidad en sus partes y en todas las sociedades fundamentales y en su estructura interna, debemos dirigir primero la mirada hacia la otra esfera de la sociabilidad humana interna, en la que la humanidad, juntamente con sus fuerzas de vida individuales y unidas, forma todas las obras de la vida y colma así su vida interna. La actividad operativa completa de la humanidad se comprende dentro de sus personas fundamentales, dentro del círculo de vida del individuo y de todas las sociedades fundamentales; sin embargo, la sociabilidad operativa es formada autónoma, libre y puramente según las leyes de las fuerzas y de la obra. Cuando hayamos reconocido cómo [277]
todas las sociedades fundamentales fomentan la obra *una* de la humanidad, cuando finalmente hayamos tratado también la vida de intercambio en la que la humanidad se encuentra íntimamente unida con Dios, con la razón y con la naturaleza, entonces volveremos a contemplar la vida de la humanidad como un todo orgánico omniabarcante.

Las sociedades operativas internas, en cuanto Alianza de la Obra una

Cada hombre aspira por medio de su esencia a obtener virtud y derecho, vida de intercambio y belleza, promueve con dedicacion constante las obras fundamentales de su vida, es decir, ciencia y arte y la armonía de ambas, y con arte prudente se educa y se forma en todo lo humano.

Cada familia, cada pueblo y cada persona fundamental superior ha de cumplir con esta exigencia cada vez en mayor grado y con mayor belleza. Pero ni el individuo ni el hombre superior pueden realizar ninguna de las obras mencionadas de modo unilateral, singular y aislado, sin que colaboren todas las fuerzas del espíritu y del ánimo. Solo en el juego de vida orgánico continuo de todos los miembros y fuerzas se encuentra cada uno unido de modo a la vez autónomo y orgánico con todos los demás, y cada obra solo puede tener un digno éxito si está en armonía con todas las demás. Por ello, no hablamos de las obras individuales de la humanidad en otro sentido al que se refiere el fisiólogo cuando habla de las diferentes actividades y formaciones de miembros y fuerzas individuales del cuerpo, los cuales solo pueden existir y vivir en perfeccion
[278] cuando toda la fuerza de vida del cuerpo está sana y cuando todas las fuerzas y todos los miembros se encuentran uniforme y armónicamente en flor. Es más, la actividad operativa humana no puede ni siquiera completarse pura y solamente por la humanidad, independiente de la vida de intercambio con Dios, la razón y la naturaleza. A pesar de ello, debemos dirigir la mirada exclusivamente hacia el uso de la fuerza interna libre de la humanidad misma, pues sin autonomía interna libre no puede haber ninguna vida de intercambio y, desde el punto de vista de la humanidad, la vida pura y autónoma de la humanidad misma es lo más próximo, aunque, según la esencia y la eterna causalidad, la vida de Dios, de la razón y de la naturaleza sean superiores y anteriores. La perfección interna y las influencias superiores externas se condicionan mutuamente y

siguen en el devenir de la humanidad de una Tierra moviéndose en paralelo ascendiendo y descendiendo. Incluso Dios solo se revela con más claridad y esplendor al hombre que aspire en el *interior* y con fuerzas ancestrales a elevarse en unión con Él; y la humanidad con el creciente desarrollo interior de sus miembros y fuerzas se hace capaz, necesitada y digna de una vida de intercambio cada vez más íntima con la naturaleza, con la razón y con Dios.

La misma esfera de la actividad operativa que abarca el individuo la ha de colmar también *cada* sociedad fundamental con fuerza y belleza transfiguradas, sociablemente en su propio terreno y con todo lo exterior. Todas las aspiraciones y obras humanas individuales requieren la diligencia de *toda* la humanidad en la Tierra si ha de alcanzar la perfección que aquí es posible, y requiere que también la sociabilidad externa de la humanidad esté en su mayor apogeo. Con cuánto mayor [279]
esplendor y mayor belleza nos aparecería la vida de la humanidad entera si pudiéramos vislumbrar por un momento las sociedades fundamentales, las asociaciones operativas y la vida de intercambio externa de la humanidad con Dios, la razón y la naturaleza, tal y como son y serán entre ellos, a la vez en, con y por medio del otro. Pero tal comprensión solo existe en Dios; y a nosotros solo nos es concedido que al contemplar lo esencial general de la idea podamos emular en orden temporal el eterno orden de lo que es a la vez, y solo tras contemplar todo lo individual comprendido a la vez en la *idea eterna*, deleitarnos en la visión finita en todo del área vital completa de la humanidad.

La idea del todo es en cualquier lugar anterior a la idea de las partes, y las partes solo pueden completarse en, con y por medio del todo. Por ello, también la idea de la operatividad humana íntegra es anterior y superior a la idea de sus partes internas individuales. Todas las actividades y obras humanas individuales se comportan en subordinación y yuxtaposición inamovibles como partes esenciales de *un* todo. Por consiguiente, también el hombre operativo ha de *captar* primero en

espíritu, ánimo y corazón esta idea *una* de su actividad íntegra y de toda su obra, mantenerla siempre presente y proyectar y realizar todo lo individual en ella según su ley. Y dado que la actividad humana abarca a todos los individuos y a las sociedades fundamentales individuales hasta llegar a la humanidad del universo, los miembros de las familias, amigos, tribus, pueblos,
[280] humanidades de los continentes principales y la humanidad de un cuerpo celeste entero han de unirse sociablemente para dedicar su actividad íntegra a la obra *una* de la humanidad, como obra entera, y completar en su todo cada actividad individual y cada obra individual con buen orden temporal y belleza. Y así todos los individuos y todas las sociedades fundamentales nos aparecen como la Alianza de la Obra *una* de la humanidad de esta Tierra. Así como nosotros, partiendo de la unidad eterna y originariamente esencial de todos los hombres en el universo, consideramos al hombre individual y lo elevamos hasta la unión de todos los hombres en *una* humanidad, también aquí pretendemos contemplar, en la idea de la Alianza de la Obra en su totalidad, todas las uniones sociales individuales para las diferentes obras, y a continuación, para la contemplación más plena, volver a la Alianza de la Obra *una* de la humanidad.

Si consideramos ahora el objeto de la actividad operativa, es decir, la idea de la obra que se ha de producir sociablemente, la aspiración activa se orienta o bien en las formas de la vida misma y de todas sus obras, como las formas generales del mundo, que incluso la humanidad ha de formar en sí de modo particular, o bien está orientada hacia las obras internas y externas de la humanidad misma. Dado que las formas eternas de toda vida vuelven a aparecer en toda actividad y en toda obra, es menester considerar aquí primero la actividad que se dedica a ellas. Estas formas eternas valen para cada ser: la perfección moral interna, según la propia ley de vida, como su virtud, la justicia, la intimidad y la belleza. En estas formas fundamentales eternas de sagrada actividad, los hombres forman entonces
[281] ces *una* cuádruple alianza para las formas fundamentales: una alianza para la virtud, una alianza para el derecho, una alianza

para la intimidad y una alianza para la belleza. Sin embargo, la actividad que está dirigida a las obras fundamentales mismas une a los hombres en *una* triple alianza para las obras fundamentales: en una alianza para la ciencia, como el fiel reflejo de Dios en el hombre; en una alianza para el arte, como la representación libre y particular de Dios en lo vivo, y en una alianza para la armonía de la ciencia y del arte. Finalmente, aquella actividad operativa que regresa a la humanidad misma como un ser vivo, como su propia obra, congrega a los hombres en *una* gran alianza de la formación la cual, a su vez, contiene la alianza para la educación, la alianza para la instrucción y la alianza para la armonía de la educación y la instrucción. Por ello, vemos marcado el camino para la siguiente consideración; y recorriéndolo reconocemos la actividad para las formas fundamentales de toda vida, y, en primer lugar, la alianza para la perfección moral de la humanidad.

La Alianza de la Obra Interna para las Formas Fundamentales de la Vida

La Alianza de la Virtud

Que el espíritu reconozca la ley suprema de la libertad de razón, es decir, la formación pura y libre según ideas eternas como forma general de su vida, y de este modo viva como espíritu entero disponiendo con libre voluntad sobre el sentido y el ánimo y sobre todas las fuerzas individuales de la vida, y forme todo según aquella ley en armonía con Dios, con la razón y [282]
con la naturaleza conforme a su ideal personal particular: esta es la virtud del espíritu, son la bondad y la belleza morales. Que, además, la vida del cuerpo se desarrolle observando la ley suprema orgánica de la naturaleza, la formación conjunta de todas las partes a la vez en, con y por medio del todo, fielmente, en impulso originario puro del cuerpo y, según ello, configure artísticamente su vida particular: esta es la virtud del

cuerpo. Pero unir esta perfección corporal y aquella perfección espiritual en *una*, y completar ambas en, con y por medio de la otra, es propio de la virtud humana, de la belleza moral humana. El hombre puede alcanzar también la perfección moral del cuerpo en su vida interna y externa, al igual que todo lo interior, *solamente por medio de la aspiración libre y consciente*, y la clara intuición de la ley de la razón, de la ley de la naturaleza y de la armonía de ambas precede en el hombre al puro entusiasmo por estas y al querer y actuar moralmente bello. Por ello, cada hombre individual ha de dedicar durante toda su vida reflexión y atención artística permanente a su perfección moral.

La misma reflexión y la misma atención la requiere también *la vida moral de cada sociedad humana*, pues, dado que cada sociedad forma a *un* hombre superior, también su vida sigue la misma ley moral eterna que abarca la humanidad entera. Esta ley eterna requiere por lo tanto ser aplicada en clara intuición
[283] a la idea fundamental de cada sociedad y a la esfera entera de su convivencia. Según esta ley han de unirse los asociados y desarrollar su vida social entera. Es por lo tanto esencial que cada sociedad humana, ya sea interna o externa, *sociedad fundamental u operativa, dedique y aúne sus esfuerzos* en la observación general de la ley moral y en el reconocimiento de lo moral para su tarea social determinada; y que disponga y gobierne su vida social de modo moralmente bello y con arte prudente. Cada persona superior de la humanidad, desde la familia ascendiendo hasta la humanidad de la Tierra, y más allá aún, incluso cada sociedad operativa ha de unirse en su interior en constitución y actividad operativa para el ejercicio artístico de la virtud. *Así han de establecer todos*, unidos en la humanidad de la Tierra, la Alianza de la Virtud *una* en la Tierra. Esta alianza de la virtud es esencial para la perfección de la humanidad, y constituye la base para la unidad, la armonía, el vigor y la belleza de todas las fuerzas humanas. Solo ahí donde está establecida en la Tierra comienza una verdadera vida humana virtuosa; da vigor a la humanidad para que, en clara

autoconciencia, perfeccione con belleza su vida entera. En ella encuentra, incluso el hombre individual moral, la condición externa de su vida moral más propia. Entonces desaparecen los obstáculos para la virtud y los estímulos para el vicio que los individuos encuentran en su aspiración superior moral en la sociedad todavía incompleta. La vida pública moral es el ejemplo y el alimento para su formación moral particular.

Todos los hombres están destinados a ser miembros de la Alianza de la Virtud de la humanidad en cada esfera de unión social y a tomar parte activa en su vida social moral. Pero, [284]
puesto que al ampliar la esfera de la vida social también aumenta el alcance de su creación y formación moral, puesto que todos los hombres viven en su principal profesión enteramente individual y, puesto que, finalmente, también el área de lo moral es infinita, dado que, para ser considerada y generada con dignidad, reclama al hombre entero y quiere ser elevada a la vocación principal de la vida, de este modo destacarán en la comunidad de la Alianza de la Virtud hombres entusiastas que dedicarán su vida entera a estudiar lo moral en todas las cosas humanas y relaciones sociales y son llamados, por lo tanto, a dirigir y gobernar, como elegidos de la Alianza, la actividad operativa de esta en libre colaboración de la comunidad.

Igual que cada sociedad, también la Alianza de la Virtud requiere una constitución social determinada, la cual, según el ejemplo general de cualquier constitución social, ha de seguir determinándose por el ideal particular de la misma. Por este motivo, la constitución social ha de estar en armonía incluso con la ley moral y conforme al derecho, la intimidad y la belleza, y formada de tal modo que la vida moral de la humanidad se desarrolle en ella como *un* todo orgánico. Por ello, la conducta moral de cualquier sociedad es pública en su ámbito, para que cada uno pueda participar en ella. Solo el amor personal abre el corazón del hombre individual al miembro de [285]
la familia o al amigo, para confiarle su aspiración moral más íntima en su vida más propia. Pero, con la misma apertura y sin reservas ha de tratarse cada individuo a sí mismo cuando ha

de percibir clara y nítidamente la voz de lo moral en él y obedecerla incondicionalmente, como abiertamente ha de negociar cada sociedad sus asuntos morales con sus miembros.

La actividad operativa de la Alianza de la Virtud es un todo orgánico rico, principalmente constituido por el conocimiento, el entusiasmo, la decisión y la ejecución. El conocimiento propio de la Alianza de la Virtud contiene primero la eterna idea de la perfección moral de la humanidad entera y de cada persona y cada esfera de vida individual en ella, y seguidamente el entendimiento individual de la vida real de la humanidad en todas sus partes internas, la apreciación de su pasado, su presente y su futuro según la eterna idea. Con ello, el conocimiento forma el proyecto de la perfección moral del plan de vida de la humanidad entera y de todas sus personas y fuerzas. La intuición social y uniformemente distribuida de lo moral despierta ya en sí el entusiasmo por la virtud, y despertar y reforzar este entusiasmo es otra parte principal de la actividad operativa de la Alianza de la Virtud. En concordia y libre sociabilidad celebran los miembros de la Alianza, apoyados por todas las artes bellas e íntimas y armónicas, la comunicación de las consideraciones, sentimientos y proyectos morales; y la vida de Dios, de la razón, de la naturaleza y de la humanidad misma que les rodea les ofrece en su movimiento rítmico y periódico
[286] la ocasión para la celebración de un ciclo de fiestas y actos sagrados de sentido moral. Iluminada por aquel entendimiento e impulsada por este puro entusiasmo instaura la Alianza de la Virtud, en cada momento y constantemente, la voluntad moral común de la humanidad como de un solo hombre; y la toma de la decisión moral va acompañada siempre por un examen del momento presente, de la entera situación vital vigente, que valora de modo estricto e imparcial todas las cosas humanas según la idea de la virtud *una*. Cuando por voluntad puramente moral la fuerza de la humanidad se dirige hacia lo bueno, a la decisión tomada le sigue, sin solución de continuidad, la ejecución llevada a cabo con arte, para que en igual perfección concuerden todas las partes de la vida de la humanidad con la

belleza moral del todo, y para que gocen de la misma dignidad y belleza moral la humanidad masculina y femenina, las distintas etapas de la vida, todas las uniones sociales, la ciencia y el arte y la armonía de ambas, la autoformación de la humanidad y la vida de intercambio con Dios, la razón y la naturaleza. La aspiración moral de la Alianza de la Virtud entera contiene la aspiración moral de todos sus miembros individuales, incluyendo la de cada hombre particular, como partes libres, pero orgánicamente unidas con el todo. Tal y como cada aspiración moral subordinada corresponde a la de toda la humanidad, así se mueve también la vida moral de cada comunidad subordinada y de cada hombre individual de forma pura, libre y fortalecida en la vida moral del todo. El plan de vida del todo deja margen libre total para la determinación individual del plan de vida de cada miembro individual de la humanidad, y la [287]
voluntad social superior no limita la libertad de la subordinada, sino que le ofrece más bien un ámbito puro y sagrado en el que pueda desarrollarse con pureza, libertad y belleza la vida moral de cada individuo.

La humanidad rejuvenece constantemente en sus recién nacidos. Le es esencial educar a sus hijos para que sean hombres en todo lo humano y elevarlos a intuir el destino de la humanidad y de su vocación muy determinada en esta Tierra, pero, sobre todo, ha de cuidar la particularidad de cada individuo y llevarla a su madurez con tierno esmero, para que cada uno a su manera, según el plan de vida del todo, diseñe el plan de su vida más propia y perfeccionándose a sí mismo glorifique el todo. Por ello, incumbe a la Alianza de la Virtud la educación moral de todos los recién nacidos y velar para que cada individuo en la familia, en la tribu, en el pueblo, en todas las asociaciones operativas, reciba una educación puramente moral, para que desarrolle libremente su propia aspiración moral y la sume a la aspiración moral social superior de su familia, de su pueblo y, en máximo lugar, de la humanidad entera. La formación de la vida moral es una tarea sin fin y, por lo tanto, también todos los adultos están llamados, como miembros de

la Alianza de la Virtud, a formarse constantemente y en libre sociabilidad en el ámbito moral. La Alianza de la Virtud está destinada a ser a la vez *una* alianza de formación para la virtud, que comprende la educación e instrucción de todos los hombres individuales y asociaciones humanas para una vida puramente moral.

[288] Igual de esencial que la perfección interna de todos los seres según su propia ley es también la perfección de todas sus relaciones relativas a la idea del derecho, a la que Dios y todos los mundos convierten en realidad en *una* vida. Cuando ya de por sí la perfección moral de cada hombre individual y de cada comunidad de hombres requiere diligencia social, cuánto más esencial es la misma para la formación de la vida según la idea del derecho en esta relación más estrecha, dado que el derecho urge a una determinación recíproca de las relaciones de los seres, para lo cual, por lo tanto, han de actuar siempre juntos todos los miembros de estas relaciones.

Y con ello se nos abre la siguiente esfera de la actividad operativa humana en la Alianza del Derecho *una* de todos los hombres en la Tierra.

La Alianza del Derecho

Todos los hombres en la Tierra son en sí, según el cuerpo y el espíritu, en su origen *un* ser, y están destinados a que cada uno enlace su vida particular con la vida particular de otros en las sociedades fundamentales, en personas cada vez superiores, y que por ello todos ellos sean, en grado supremo, una humanidad bien ordenada y armónicamente avivada. La reivindicación del derecho *uno* eterno se dirige, por ello, tanto al hombre individual como a todas las sociedades fundamentales; y cada individuo, cada familia, cada amistad, hasta ascender a la humanidad de cada cuerpo celeste y, en grado supremo, a la humanidad global, ha de prestar a todos los seres, inclu-

yéndose a sí mismo, el debido derecho y recibir de todos los seres su propio derecho. Este prestar y recibir, considerado en [289] sí mismo, ha de ser *una* obra orgánica. La humanidad como un todo, y su vida como vida en conjunto, es según su esencia anterior y superior a todo lo individual y toda vida individual en ella. Y algo similar vale también para el derecho de la humanidad en relación con los derechos de todos sus miembros y partes individuales hasta descender al hombre individual. La humanidad de la Tierra es *un* sujeto de derecho y su derecho es *uno*. Así como, además, la humanidad es *un* organismo rico en su interior y del mismo modo en que en ella se encuentran subordinadas y coordinadas sus personas y sociedades internas, también el derecho de la humanidad *uno* ha de avivarse como *un* organismo del derecho, el cual, imitando al organismo de la humanidad misma, contiene en sí las esferas de derecho subordinadas de todas las personas y sociedades de la humanidad, hasta descender al orden de los hombres individuales, como sus partes orgánicas. Por consiguiente, el derecho de la humanidad contiene, tanto considerando lo que ha de prestar como lo que ha de recibir de Dios en el universo, todas las esferas de derecho inferiores, que se encuentran subordinadas y coordinadas entre sí según las personas y las partes internas de la naturaleza del hombre, y han de avivarse en *una* obra de arte, como *un* todo, a fin de que la vida de la humanidad entera, en conjunto y en todas sus partes internas, sea conforme a la idea eterna del derecho, en sí misma y en todas sus relaciones con la naturaleza, con la razón y con Dios; y para que también fuera de sí genere en todas partes el derecho y que se forme a sí misma en un estado del derecho perfecto, como *una* vida del derecho.

Si por ello llamamos *Estado* a esta vida del derecho de la humanidad perfeccionada en todas sus facetas, entonces también ha de haber en cada Tierra, cuando su humanidad haya [290] alcanzado la madurez, *un* Estado, y en él *un* organismo de Estados subordinados, y una parte fundamentalmente esencial de su destino es que se eleve a la unidad del Estado.

Cada ser en el universo comparte con todos la vocación divina de hacer real el derecho en su lengua y, a su manera, de constituir y mantener un estado del derecho y de actuar de tal forma que se haga derecho a él mismo y a todos los seres con los que está relacionado en vida, y para que su propia vida y toda vida con la que esta esté relacionada llegue a ser una vida del derecho, esto es, una parte armónica de la vida *una* del derecho en Dios. El estado del derecho de todas las cosas, el Estado de Dios *uno* y el Estado mundial *uno*, ha de nacer él mismo vivamente en la vida de Dios y de todas las cosas. Este impulso constitutivo dirigido a la generación del derecho es esencial a Dios, al mundo y a cada uno de sus seres; por ello han de determinarse todas las relaciones de todos los seres entre sí de tal manera que puedan satisfacer esta exigencia divina de constituir la vida del derecho. Pero el derecho *uno* exige que todas las relaciones de todos los hombres estén determinadas de tal forma que cada uno y todos ellos cumplan su destino en vida de intercambio omnilateral. Mas también la constitución de la vida del derecho se muestra como parte del destino de todos los seres, es decir, que el derecho vuelve orgánicamente sobre sí mismo y exige ser aplicado a sí mismo;
[291] existe un derecho de poner en práctica el derecho *uno*, de constituir este derecho *uno*. Este derecho de constituir la vida del derecho misma es, en relación con los derechos originarios, un derecho de orden superior, pero es a la vez una parte subordinada del derecho *uno*, que solamente puede ponerse en práctica como un todo orgánico. También la humanidad, como ser completo, posee este derecho por voluntad del derecho mismo, como el derecho de constituir su vida del derecho y su Estado. Este derecho de Estado de la humanidad es *uno*, al igual que su obra es el Estado, pero comprende nuevamente un organismo de derechos individuales que corresponde exactamente al organismo del derecho originario de la humanidad.

Cuando observamos la idea eterna del derecho, constatamos que el hombre, como ser en Dios más completo y más íntimo en su esencia, poseía la parte más íntima y polifacética en

el amparo jurídico de Dios en el universo. Por ello, la actividad operativa de la humanidad es para la activación del derecho la más rica en arte, la más polifácetica y delicada; al igual que su vida del derecho, o su Estado como la obra viva de aquella actividad, es omniabarcante y uniformemente armónica. La fuerza íntegra de la humanidad adopta por ello en conformidad con el derecho la única dirección en la que constituye el Estado, y el Estado es una obra de la humanidad esencial y conforme a derecho, pero es solo obra individual y subordinada a su vida total. Para la implantación del derecho han de estar en activo el hombre individual, pero también cada familia, cada tribu, incluso cada sociedad activa en las obras humanas; cada uno dentro de su esfera, cada uno libre y autónomamente. Pero también en esta aspiración han de estar todos sociablemente [292] unidos y subordinados a los todos personales superiores, y, en lugar supremo, a la humanidad misma. Y justamente por ello, en el devenir de la humanidad y del Estado, cada hombre individual, así como cada persona subordinada superior de la humanidad, tiene el derecho de actuar de cualquier modo conforme al organismo mismo del derecho *uno* de tal forma que los hombres se unan para completar en arte sociable el Estado de la Tierra *uno*.

El derecho *uno* está en perfecta armonía con lo eterna y temporalmente esencial de todas las cosas, y todos los seres solo pueden y deben actuar para constituir el estado del derecho del modo que corresponde a su particularidad eterna y temporal. Es decir, que solo están unidos según sus propias formas y leyes de vida, solo del modo conforme con la naturaleza, para establecer todas las relaciones de derecho en su esfera de vida completa. Por ello, el hombre y la humanidad deben y pueden constituir el derecho solamente según las leyes generales de su vida interna, es decir, en virtud y en bondad y belleza morales. La representación del estado del derecho es parte esencial del destino humano, y la virtud abarca el destino completo de la humanidad como deber para realizarlo en bondad moral. Por este motivo, todo ánimo bien ordenado reconoce

y percibe como su deber ser justo, y emplea todo su esfuerzo a que se aplique el derecho por todas partes y que por todas partes lo que suceda sea conforme a derecho. Por otro lado, la perfección moral es esencial para que se cumpla la ley,
[293] por ello se establece un derecho a la moralidad, es decir, a que cada hombre, y supremamente la humanidad entera, esté en condiciones de alcanzar la perfección moral. La aspiración moral abarca también la jurídica, como una parte individual de todo su ámbito, y la virtud *una* comprende también la justicia como parte subordinada. La vida *una* del derecho en Dios constituye, como parte individual de todo su organismo, las condiciones externas para que cada hombre y la comunidad de hombres, e incluso todos los seres en Dios, se perfeccionen con belleza moral en *una* vida según las leyes particulares de su propia vida.

Por ello, independientemente de los derechos que entrañe el derecho en general y el derecho de Estado en particular, contienen a la vez los derechos a favor de la moralidad y a favor de la perfección de su vida interna, y se hallan, en general, en armonía con la vida moral de todas las cosas. El camino del derecho puro y perfecto nunca coincide con el camino del vicio, sino solo con el de la virtud. Y, exactamente del mismo modo, la actividad operativa para el derecho se encuentra en conformidad y armonía con todas las demás fuerzas de la humanidad y con sus esfuerzos a favor de todas las demás partes de su destino eterno.

El cometido artístico del derecho se emite, como veíamos, a cada hombre individual y a todas las sociedades fundamentales, incluso a cada una de las sociedades operativas, y en todo su alcance solo puede ser resuelto por la sociabilidad general. Así como el derecho mismo abarca toda la vida de la humanidad, también la vida del derecho, es decir, el Estado, solamente es la obra de la humanidad en la Tierra cuando incluye
[294] la unión social. Todos los hombres de un cuerpo celeste, por lo tanto, han de unirse en *una* alianza a favor del derecho, en una alianza del derecho, en la cual han de formar en arte so-

cial, moralmente libre y bello, el Estado *uno* de la Tierra como *una* vida del derecho en este lugar de residencia del cosmos. Esta alianza y su obra, el Estado de la Tierra, son nuestro siguiente objeto de estudio. Y dado que aquí contemplamos la humanidad de la Tierra en su perfección eterna, en su edad de vida completamente madura, reconozcamos primero la Alianza del Derecho íntegra y el Estado de la Tierra íntegro en su esencialidad, y señalemos el conocimiento de las partes individuales del mismo en su todo.

Hemos presentado claramente la meta de la Alianza del Derecho, que consiste en que la humanidad reciba y ejerza su derecho interno y su derecho externo, y en que configure su vida interna y sociable completa conforme a la eterna idea universal del derecho. La Alianza del Derecho ha de esmerarse en abarcar todo lo humano, y ha de relacionar todo con aquella idea y configurarlo conforme a ella hasta donde alcanza esta relación. Ahora bien, a fin de obtener una visión clara de dicha meta de la Alianza del Derecho, deberíamos describir el organismo divino del mundo y de la humanidad, si con esta exposición no sobrepasáramos la proporcionalidad de nuestras consideraciones.

La esencia del derecho no se basa en la arbitrariedad de la humanidad, de hombres individuales o de cualquier otro ser, sino más bien en la esencia inmutable de Dios, en la naturaleza de las cosas y en las leyes de la vida. Por este motivo, la voluntad del hombre no está dirigida a convertir algo en derecho, sino que ha de reconocer y ejercer lo que es derecho [295]
eterna y temporalmente. La eterna idea del derecho no es ni modificada, ni confirmada, ni debilitada, se la reconozca o no o la intuyan uno o millones; hay individuos que en la comprensión del organismo del derecho pueden superar a millones y pueden convertirse en sus benefactores comunicando estos conocimientos.

Todos los hombres individuales son miembros de la humanidad y, supremamente, del reino *uno* de Dios, es decir, que también son miembros del Estado *uno* de Dios y de la Alianza

una para el Derecho en la Tierra. Tienen el derecho de serlo y de tomar parte del amparo jurídico de la humanidad a su manera particular y justa. En definitiva, que todos los hombres constituyen la comunidad del derecho en la Tierra. Cada uno de ellos ha de conocer lo que es el derecho y a cada uno le ha de animar la pura justicia. Cada hombre ha de contribuir socialmente a la construcción del Estado de la Tierra. Pero la implantación de la condición jurídica en el Estado es una obra de arte polifacética, que requiere conocimientos íntimos de lo esencial y de la vida de todas las cosas y de la vida entera de la humanidad y de todas sus relaciones interactivas. Por lo tanto, el perfeccionamiento de la vida del derecho en la Tierra presupone una disposición particular y polifacética del entendimiento y de todas las fuerzas espirituales y corporales, exige el florecimiento de todas las relaciones sociales de la humanidad con Dios, la razón y la naturaleza, y requiere, basándose en todo ello, práctica y habilidad artísticas propias. Es esencial, por lo tanto, que la comunidad confiera a un número relativo de hombres el derecho de dedicarse exclusivamente
[296] a la constitución del Estado, a reconocer el organismo del derecho y aplicarlo en todas sus facetas a la vida de la humanidad. Aquellos a los que se haya confiado esta noble vocación, pueden llamarse elegidos de la Alianza del Derecho, artífices del Estado o constructores del Estado. Al igual que su obra es *una*, ellos mismos también tienen que formar *un* todo, *una* sociedad bien organizada dentro de la comunidad entera del derecho en la Tierra, que se expande en ramas individuales orgánicamente enlazadas sobre todos los territorios y pueblos de la Tierra. La sociedad de los constructores del Estado no debe actuar a su libre albedrío, como tampoco debe actuar así la comunidad entera, sino que ha de representar el derecho de la comunidad que se ha reconocido como necesario. La comunidad ha de reconocerlo en libertad y hacerlo suyo propio. A continuación, los artífices del Estado, en libre unión artística con la comunidad entera, han de ordenar y formar la vida de la humanidad entera según la idea eterna del derecho y según

el ideal individual de la humanidad de este cuerpo celeste, de este continente, de este pueblo, de esta tribu y de esta familia. La comunidad del derecho *una* contiene, en los niveles naturales de las personas fundamentales, las comunidades del derecho de todos los pueblos individuales, tribus, localidades y familias, las cuales, aunque en su propio ámbito libres y autónomas, están subordinadas en las esferas superiores del derecho y obedecen a las leyes de derecho superiores de estas.

En primer lugar, hemos de contemplar las formas de constitución de derecho o de la vida del derecho en general, tanto las que pertenecen al derecho en sí mismo, como las que se [297] basan en la esencia de la humanidad como tal. Hemos reconocido la idea del derecho en su universalidad sublime, tal y como se halla fundada eternamente en la esencia de Dios y de todas las cosas, y que, por consiguiente, afirma la validez universal y la necesidad y autonomía omniabarcantes. Los derechos de un ser se basan en su esencia, en las leyes de su vida, en su ubicación entera en el universo y supremamente en Dios. Que se perfeccione una esfera del derecho no solo afecta a la propia perfección de cada uno de los seres, sino también, indirectamente y en parte, a la perfección de todos los seres que hayan unido sus vidas a él. En esto se fundamenta la fuerza particular y generalmente transversal del derecho, que exige, independientemente de la vida individual del individuo, que cada ser individual reciba y preste su derecho a favor de la armonía del mundo y supremamente a favor de la perfección de la vida global misma. Y precisamente de ello nace también el derecho que todos los seres tienen sobre todos, es decir, que actúan obligándose mutuamente en la vida del derecho, y especialmente en lo que se refiere al hombre, a instruir al ignorante en el ámbito del derecho y tutelarlo con justicia hasta que haya alcanzado el conocimiento y la voluntad puramente justa, así como a concederle su derecho en cada momento y de forma completa, independientemente de su propia comprensión, y obligarle de forma justa, esto es, conforme al organismo del derecho y de la vida de la humanidad entera, a atenerse a la

vida del derecho. Este derecho de obligar a la vida del derecho por medios jurídicos se refiere tanto a cada individuo como a
[298] las familias, tribus, pueblos y a humanidades de cuerpos celestes enteros, para que ejerzan este derecho y para que sea ejercido sobre ellos. Bien es cierto que este derecho de obligación reposa primeramente en la persona de la humanidad como el supremo sujeto de derecho de su esfera, pero en el *mismo grado que en general* el derecho íntegro y cualquier derecho tampoco se adquiere y confirma por la mayoría y su arbitrariedad, sino que es totalmente independiente, y cualquier persona *subordinada participa de él en su propio ámbito*, pero subordinado al todo, de forma proporcional, particular y viva. Esta obligación tiene que estar por doquier conforme al derecho íntegro, y también a la *moralidad*, la *intimidad* y la *belleza* de todas las cosas y, especialmente, a la vida de la humanidad entera. Para el que reconoce y ama el derecho, esta obligación ya no es percibida como obligación, porque aquel obedece al derecho como un deber esencial con libre voluntad.

Además, la necesidad del derecho se expande uniformemente sobre todos los seres. En tanto que los seres son iguales y están en las mismas condiciones, tienen los mismos derechos, pero cuando son desiguales y su situación difiere, tienen derechos desiguales. Cada uno ha de recibir exactamente del mismo modo el derecho que le corresponde en virtud de lo esencial suyo que permanece en todo tiempo, según su individualidad y su situación particular en relación con otros seres.
[299] Por este motivo, el derecho es exactamente idéntico para todos los hombres, siempre y cuando sean hombres en general, es decir, en tanto que son y portan en sí lo esencial de la humanidad que permanece igual en todos los tiempos. Pero en tanto que en cada hombre lo humano en general está determinado de forma particular, el derecho que es idéntico para todos en términos generales sufre determinaciones particulares. Es decir, que el *derecho* está *determinado* por la edad, el sexo y el estamento, por la diferente situación de los hombres en la naturaleza y en la razón, o por las diferentes relaciones sociales

que unen a los hombres en su culmen a formar la humanidad del mismo cuerpo celeste y con todos aún superiores de la humanidad.

Del mismo modo en que el derecho es necesario en sí mismo, también en la institución de la vida del derecho, los hombres unidos en la Alianza del Derecho han de permanecer absolutamente puros y no dejarse influir por inclinaciones egoístas, por preferencias personales o por cualquier parcialidad; y de igual modo en que el derecho en sí mismo es verdad abierta y sincera, también el amparo jurídico ha de ser abierto, sincero y libre de artimaña, mentira y engaño. Así se salvaguarda inmaculado lo sagrado del derecho.

De ahí surge la constitución que vincula a todos los hombres a la alianza *una* para el derecho. Ha de corresponder en perfección a la vida del derecho misma y a las formas esenciales del derecho; y ha estar determinada de tal forma que la vida del derecho *una* se haga realidad en arte libre y bellamente social, y que todas las funciones individuales de esta práctica artística estén en movimiento con regularidad y uniformidad, con armonía y belleza y a la vez desinteresadas, verdaderas y abiertas, como *un* todo de fuerzas.

En la base de la idea eterna del derecho se reconoce ahora también la actividad operativa de la Alianza del Derecho en sus ramas individuales. El primer requisito para que haya derecho en la Tierra es el conocimiento del mismo, conocimiento de la [300] idea pura del derecho íntegro y del derecho de la humanidad en particular, que solo puede basarse en el conocimiento de la vida entera de la humanidad en la Tierra; y puesto que lo que ha de formarse es una vida del derecho real, se requiere, adicionalmente a este conocimiento general, también el conocimiento individual de cada uno de los hombres que viven en ella y de sus derechos individuales. Del conocimiento general del derecho nace la legislación del derecho, y del conocimiento individual, la concesión individual del derecho a hombres individuales y sociedades según el organismo de la ley del derecho.

La vida sigue desarrollándose y la humanidad continúa rejuveneciéndose en sus miembros, y por ello también aquel conocimiento y la legislación y concesión del derecho que se basan en él han de seguir determinándose en constante investigación y han de aplicarse cada vez de nuevo a la humanidad viva. Compete a los elegidos de la Alianza del Derecho formar este todo del conocimiento del derecho, utilizar para ello las comunicaciones de la comunidad entera y hacerle saber este conocimiento. Pero aquí no solo se trata de conocimiento, sino más bien de la vivificación del derecho mismo y de su implantación por la comunidad entera, y por ello esta también tiene el derecho de ejecutar constantemente el derecho reconocido y de realizar todas las actuaciones que tiene por objeto. La Alianza del Derecho es a la vez un poder que con necesidad imperiosa ejerce y ejecuta el derecho que le corresponde a sí mismo y originariamente a toda la comunidad del mismo. No obstante, esta ejecución, así como la investigación del derecho, han de
[301] conferirse a los elegidos de la Alianza del Derecho, mientras que cada individuo queda jurídicamente vinculado para promover de forma legal la ejecución del derecho en su lugar. Para ejecutar continuamente el derecho de este modo, no solo es necesario un continuo conocimiento de la vida en desarrollo, sino también la supervisión de esta en el ámbito de la idea del derecho, en tanto que es vida del derecho. El derecho de supervisión sobre la vivificación del derecho, que al igual que el derecho íntegro mismo se expande sobre toda la vida de la humanidad, compete por lo tanto esencialmente a la Alianza del Derecho como poder ejecutivo.

Solo los entendidos en el arte del derecho tienen en sí el derecho de llevar a cabo el amparo jurídico, y solo ellos pueden obtener este derecho en aras del derecho íntegro en la Alianza del Derecho, pero siempre de forma legal. Pues la comunidad no implanta el derecho de constituir el derecho y, por consiguiente, tampoco el derecho del poder ejecutivo, sino que al existir este derecho independientemente de toda personalidad, por este motivo deja que lo ejecuten los expertos, y en

legalmente obligada a que solo estos lo ejecuten; y aunque en primer lugar, es la comunidad la que tiene en manos el mayor poder natural inexpugnable por el individuo, por encima de la humanidad, de todo pueblo y de todo individuo gobierna Dios como el juez infalible, como el poder infinito y originariamente justo, en cuyos ojos el poder como tal no da derecho a nada y no justifica nada injusto, pues el derecho eterno es, como toda verdad eterna, completamente independiente de la arbitrariedad y la violencia.

Y, además, dado que el derecho ha de hacerse realidad, conforme a la razón y a la naturaleza, en bondad moral y belleza y por medio de la voluntad interna libre y justa, que es a la vez más fuerte que toda obligación individual externa, es una parte importante de la actividad operativa de la Alianza del Derecho animarse sociablemente a favor del derecho eterno y sagrado, hacer receptivos para ello al espíritu y al ánimo y consagrar la voluntad al derecho. Por consiguiente, la Alianza del Derecho ha de actuar en este sentido, y formar un todo bien ordenado de costumbres, actos sagrados y exposiciones elocuentes del derecho en doctrina y ejemplo como *una* práctica artística social. En los consejos dedicados a esta sublime finalidad, han de reunirse todas las bellas artes en una obra de arte viva, en la que se encienden y alimentan la clara intuición, la inspiración y la pura voluntad para el derecho. [302]

A fin de que, finalmente, la humanidad conforme en continuo desarrollo su vida del derecho, es fundamental que la Alianza del Derecho eduque a los niños para la vida del derecho, y que conquiste, en instituciones educativas especializadas y dedicadas al derecho, su entendimiento y su corazón a favor del mismo, y que también consiga que los adultos se eduquen continuamente en su conocimiento y ejecución.

Si pretendemos que la Alianza del Derecho preste todo lo anterior, ha de tener a su disposición particular un todo de bienes. Ha de disponer de todas las fuerzas, todas las condiciones internas y externas de su vida artística y ha de poder moverse en tiempo y lugar con libertad, belleza y dignidad. Puesto que

de no darse estas condiciones no se puede ejercer el derecho de constituir la vida del derecho, la propia Alianza del Derecho dispone de un derecho indirecto para llegar a recibir estas
[303] condiciones. Por ello, en el reparto general de los bienes entre los individuos y las sociedades humanas han de considerarse uniformemente estas necesidades del Estado.

Hasta aquí hemos contemplado el Estado de la Tierra como *un* todo, sin haber considerado el organismo interno de sus partes individuales, pero esto se nos presenta ahora en general con facilidad. En la unidad del Estado de la Tierra se forman tantos Estados y alianzas para el derecho subordinados, como sociedades fundamentales y sociedades operativas engloba la humanidad. Las partes principales de tierra firme articuladas por la naturaleza designan también los todos supremos subordinados al Estado de la Tierra de la vida del derecho y de la Alianza del Derecho; y estos contienen, a su vez, el mismo número de Estados indivuales de pueblos, tribus y uniones de familias. Y aunque en nuestro lenguaje actual el amparo jurídico en el seno de las familias no se denomina Estado, a pesar de ello, se forma un todo no menos autónomo y subordinado a las esferas de derecho superiores y, por ello, merece recibir el mismo nombre que estos. La Alianza del Derecho de las familias es la base sólida sobre la que descansa y gana en fuerza el edificio superior íntegro de los todos de Estados superiores. Desde su vida del derecho es desde donde nacen todos los Estados superiores en la humanidad en devenir, y en la que se mantienen y aseguran los derechos más preciados del individuo, por lo que este es conquistado para el amor y el servicio a la justicia eterna. Y de este modo hemos llegado al amparo jurídico particular interno del hombre individual que corresponde al amparo jurídico superior de la familia, de la unión
[304] de familias, de la tribu, del pueblo, de la alianza de pueblos y de la humanidad, pero que, aun con todo, es libre, autónomo y particular, porque el derecho atraviesa también toda su vida individual, autónoma y libre, que nunca puede ser alcanzada por la legislación social.

Y así contemplamos a la humanidad como a *un* ciudadano justo en el Estado de Dios, como un libre artífice del derecho que, en el espíritu de Dios y conforme a su eterno orden del mundo, hace realidad el derecho en la Tierra, para que también en este aspecto sea digna de ser acogida por Dios, la razón y la naturaleza en totalidades gradualmente superiores de la vida del mundo, y de integrarse en ellas con mayor intimidad cada vez.

Ya hemos reconocido anteriormente la justicia como condición general previa al amor y a la vida de intercambio. Del mismo modo en que la justicia nos guió hacia el amor, ahora la consideración de la Alianza del Derecho nos lleva a contemplar la sociabilidad en la que la humanidad se dedica al amor y a la vida de intercambio con todos los seres, y por lo que se dignifica y consagra a sí misma para ser amada por Dios, la razón y la naturaleza.

La Alianza de la Intimidad con Dios

Bajo las eternas formas internas de Dios y de su mundo hemos reconocido también la vida humana de todos los seres y la aspiración interna a obtenerla, el amor. Si todos los seres no fueran formados en semejanza a Dios, de modo que el uno tiene presente al otro en su esencia, y si cada ser no fuera consciente de su límite y a la vez de todo lo que existe y vive por encima, al lado y dentro de él mismo, y si a cada ser no [305]
le hubiera sido otorgado un sentido propio por la vida externa de todos los seres, entonces no existiría aquella orientación interna del ser completo hacia todo lo que existe fuera de él y donde nacen eternamente el amor y la interacción, entonces todos los seres se hallarían cerrados y yermos en sí mismos, y ni siquiera Dios podría unir su vida de intercambio.

Este estado vivo de cada uno de los seres, en el que es dirigido en su interior como ser completo y en sus miembros y

fuerzas individuales hacia los seres fuera de él, y supremamente hacia Dios, en el que siente amor por ellos y se halla en vida de intercambio con ellos, vamos a identificarlo con el nombre de "intimidad de un ser". Este estado es en el que contemplaremos ahora al hombre.

La intimidad humana contiene al mismo tiempo el carácter de la razón y el de la naturaleza. Ella es el estado en el que el hombre se reconoce a sí mismo, en su verdadera esencia y en su verdadero lugar y destino en Dios; es en ella donde intuye su unidad esencial con Dios, con la razón y con la naturaleza. Por medio de la intimidad, el hombre abre con entrega su entendimiento y su ánimo a las expresiones vitales de todos los seres, y se prepara a sí mismo interiormente para ser digno y capaz de su amor y de establecer con ellos una verdadera unión de sus vidas. La intimidad con Ser del hombre es su existencia y vida en Dios, y en todos los seres como órganos de Dios, siendo aquello en lo que aspira a perfeccionarse a sí mismo y a todos los seres como *un* organismo de Dios, y a que Dios y todos los seres se le hagan presentes de todas las maneras a él y, recíprocamente, él a ellos. La intimidad con Ser es el impulso de unir lo más íntimo de uno mismo con lo más íntimo de todos los seres por doquier y de todas las maneras,
[306] llenos de regocijo íntimo por la vida y la belleza de Dios y de todo el mundo y llenos de duelo íntimo por la imperfección de las cosas finitas. La intimidad abarca también toda la vida interna, toda la autoformación interna, en tanto que son referidas a otros seres. Solo en Dios y en su mundo son y viven todas las cosas de modo particular y vigoroso y, por ello, la intimidad con Ser es condición indispensable para la autoperfección interna y una fuente de continuo autofortalecimiento. Así, el amor es, por consiguiente, una expresión individual y la parte esencial de la intimidad, pero le preceden los actos más tempranos de la intimidad, aquel intuir y anhelar, aquel abrirse interno hacia la vida externa. El amor es la aspiración real de vivir en *una* vida con el ser ya íntimamente abrazado, pero antes el ser amado ha de estar íntimamente presente en la idea, antes

de que pueda acogerse amorosamente su vida. Dado que la intimidad mueve al hombre completo, vive uniformemente en el espíritu y en el ánimo, en el reconocer y en el sentir, en el desear y en el actuar; vivifica y dispone particularmente todos los órganos y fuerzas de la naturaleza humana. Sin conocimiento de Dios y del mundo no hay en el hombre más que sordo anhelo, sin sentimiento del ánimo solo se produce una fría iluminación, sin actuar externo, solo un fuego interno que se consume a sí mismo. El hombre completo, espíritu y cuerpo, con todo lo que hay en ellos, ha de estar igualmente orientado hacia Dios y hacia el mundo si ha de florecer la intimidad. Este estado bienaventurado, en el que el hombre goza, con plenitud de vida, de sí mismo, de Dios y de todos los seres y se cura en ellos, se convierte progresivamente en un estado de unión [307]
íntima con Dios y con todos los seres que abarca igualmente espíritu y ánimo, conocimiento y sentimiento, deseo y acción. Pues la intimidad y el amor que nace en ella son la condición interna para la unión de los seres y de su vida de intercambio misma, perduran durante la vida de intercambio individual, la producen y la mantienen por su parte. Por lo tanto, hemos de reconocer primero la intimidad de la humanidad y su sociabilidad interna para la intimidad, antes de contemplar el lugar que prepara la humanidad eternamente a los seres externos para sus actuaciones sociales. Si bien la intimidad es la vida interna de un ser con otros seres externos, sin embargo, se basa en la autonomía y en la libre formación de la vida interna más propia y la presupone constantemente. La autonomía es en cada ser sociable, y también en Dios mismo eternamente, lo precedente, lo que perdura eternamente en el tiempo, y no se suspende por la intimidad ni en la vida de intercambio, sino que es confirmada, reafirmada, formada y perfeccionada armónicamente con todos los seres.

El fundamento eterno de la intimidad general de los seres es Dios, y la intimidad de todos los seres es en sí misma y para Dios solamente la autointimidad una de Dios. En la intimidad y el amor precedentes de Dios, que actúan desde

arriba en todos sus seres impregnándolos omnilateralmente, es y vive la intimidad de todos los seres, incluyendo la humana; y el amor eterno uno de Dios es todo amor y se activa
[308] por sí mismo, para que Dios sea una vida interna y el mundo una creación armónicamente bella. La humanidad, sin embargo, como el ser más interno en Dios, que goza de la semejanza perfecta con Dios y sostiene en sí la armonía de todos los seres, es capaz, como conjunto y en todos sus miembros, incluyendo sus miembros indivisos, y en todos los hombres individuales, de poseer la intimidad con Ser omnilateral y uniforme: se abre tanto ascendiendo en Dios, como en la razón y en la naturaleza; y espíritu y cuerpo, individualmente y en su vida unida, tienen intimidad con Dios, con la razón, con la naturaleza y con la humanidad; y en pura intimidad han de abrazar la humanidad, cada sociedad subordinada de la misma y cada hombre individual a sí mismo y a todos los seres, cada uno según el nivel de su existencia y de su vida y según la relación en la que se halla con ella en la esencia eterna y en la vida eterna de Dios. La intimidad humana hacia Dios, hacia la razón, la naturaleza, la humanidad y hacia todos los seres en ellos, es *un* todo, y ninguna intimidad debilita a la otra o la excluye, sino que todas se promueven, se elevan, se moderan y se embellecen mutuamente. El hombre verdaderamente íntimo con Ser reconoce y ama todas las cosas en cada uno de los rasgos de su vida, como miembros del Ser originario uno y de la vida suprema una. Su sentido abierto se dirige con la misma intimidad hacia lo eterno que hacia la vida individual, igual hacia lo que permanece en todo tiempo que hacia lo que revela lo eterno en el tiempo. Reconoce y ama todo como un ser en Dios, y vive con todo como con un ser cohabitante en Dios. Toda intimidad del hombre y de la humanidad es intimidad con Dios, porque todo lo que es
[309] se halla en Dios, y porque solo Dios es. Sin embargo, distinguimos como autónomas, sin segmentar esta noción, como partes armónicas contenidas en *un* todo, la intimidad con Dios, la intimidad con la razón, la intimidad con la naturaleza

y la intimidad con la humanidad. Pues Dios es todo, como el Ser originario uno; es lo máximo en sí mismo indistinto, sobre y eternamente antes que todos los seres en Él; es además todos los seres mismos a los que Él crea eternamente como Ser originario en su totalidad, en oposición con lo máximo indistinguible en Él. Es decir, que Dios es todos sus seres internos, en tanto que son autónomos y en tanto que están unidos entre sí. Finalmente, Dios es también la unión eterna de sí mismo, en tanto que es y vive sobre todos los seres, con todos los seres, en cuya convivencia y la de su mundo se fundamenta eterna y temporalmente la unión de la vida de todos ellos subordinados entre sí. Por ello, el hombre íntimo con Dios y la humanidad íntima con Dios se dirigen, en esta cuádruple relación hacia Dios como el eterno Ser originario uno; hacia Él, como el Ser supremo eternamente opuesto a su mundo eternamente creado en Él mismo; hacia Él en tanto que es sus mundos internos o seres en su existencia y vida autónomas subordinadas al Dios en su totalidad; y, finalmente y en máximo lugar, hacia Él en tanto que se une eternamente en sí mismo, como Ser supremo, consigo mismo, y en tanto que es todos sus seres internos, en una vida.

Así de múltiple es el conocimiento, el sentimiento, el impulso, la voluntad, la vida del hombre íntimo con Dios e íntimo con todo ser y la vida de la humanidad. La intimidad con la naturaleza, la intimidad con la razón y la intimidad con la humanidad forman juntas una esfera subordinada de la intimidad [310]
con Dios *una* del hombre, que es y vive no solo en sus partes individuales, sino primero y supremamente como *una* intimidad con Dios sin y antes de la oposición del todo y de las partes de la esencia divina. Por medio de esta intimidad *una* con Dios, armónica, rítmica y orgánicamente avivada en su interior, viven el hombre y la humanidad en periodos eternamente predeterminados adentrándose en órdenes superiores, incluso en todos los órdenes de las cosas temporales y eternas, en la medida en que se hacen maduros para ello con la intervención amorosa de Dios.

Pero este estado bienaventurado es adquirido por el hombre, al igual que todo lo que abarca la vida de la humanidad, solo de manera humana, es decir, por medio del impulso libre interno, por la voluntad enérgica prudente y por el arte consciente y bello, y es formado de manera creciente. Alma y cuerpo, espíritu y ánimo, entendimiento y corazón, conocimiento y sentimiento, todos los órganos y facultades del hombre, han de actuar conjuntamente, en consonancia y buen comportamiento, armónica y melodiosamente, para otorgarles a los hombres y a la humanidad la consagración y la perfección de la intimidad con Dios. Solo por medio de sí mismo llega el hombre libre a Dios; e involuntariamente le impulsan y despiertan sus fuerzas vitales particulares, para que se forme a sí mismo, se intuya a sí mismo, se conquiste a sí mismo, y después capte en sí mismo al mundo y a Dios, y se consagre amorosamente a sí mismo, a Dios y al mundo. Dios ha otorgado lo divino a cada ser, y máximamente al hombre como a su reflejo vivo más completo para que todos los seres le encuentren a Él en sí mismos tan pronto como han alcanzado la claridad y la plenitud de fuerzas
[311] de su propia vida. Incluso iría en contra de la esencialidad de Dios y de su omnipotencia si sus seres no fueran capaces de elevarse hacia Él, movidos por la vida interna de las fuerzas particulares que les otorga y purificarse y ofrecerse en pura intimidad como puro sacrificio a Él y a sus acciones amorosas desde arriba. Lo propio esencial es lo más cercano para cada ser, y su vida autónoma es para sí mismo, no para Dios, lo anterior según su condición, visto desde su propia ubicación, no desde Dios; pero su vida social es para cada ser lo segundo y está condicionada por su autovida. Por ello, la intimidad con Dios del hombre solo puede nacer de la constantemente creciente perfección de su vida más propia, libre e interna y, en primer lugar, en su interioridad; y, por lo tanto, solo por medio de sí mismo puede el hombre aspirar a elevarse hacia Dios y avivarse en Él. Cuando ha conseguido desarrollar su vida, bajo el amparo y la actuación divinos, hasta tal punto que ha ganado a Dios en sí mismo, y cuando ha dirigido su

propia esfera por fuerza heredada y en impulso originario interno hacia Dios, como hacia la luz originaria eterna, entonces comienza en él una revelación superior, el amor eterno actúa nuevamente en él, y Dios se le revela emergiendo como el sol de su vida y de toda vida.

La intimidad con Dios del hombre es amigable y edificante en su determinación íntegra, vierte alegría, amor y energía sobre su vida entera, y es un estado bienaventurado, una fuerza constante que penetra y embellece la vida entera del hombre. Pero el hombre es finito en su intuición, inclinación, voluntad [312]
y acción, y en este sentido le es imposible dedicarse en cada momento exclusiva y constantemente a la intimidad con Dios con la misma plenitud y la misma claridad de conciencia. La intimidad con Dios es, por así decirlo, el alma superior de su vida, su alegría y su fuerza; y le dedica periódicamente, y tan pronto como el espíritu y el ánimo le impulsen, momentos sagrados en los que, libre de toda actuación individual y aspiración unilateral, eleva su esencia íntegra hacia Dios para intuirle a Él y a todos los seres en Él y para amarle, para contemplar revisando su propia vida en la armonía general de la vida de Dios y de la vida de todas las cosas en, con y por medio de Dios, y para diseñar su plan de vida intuyendo a Dios y al universo. Estos ejercicios de la intimidad con Dios hacen presentes a Dios, a la naturaleza, a la razón y a la humanidad en el hombre, y en ella se forma el arte de hacerse a sí mismo también presente a Dios, a la razón, a la naturaleza y a la humanidad, en una vida a semejanza de Dios y digno de ser acogido por ellos en órdenes superiores de la vida. Las horas de oración y de recogimiento bienaventurado llevan al nacimiento de pensamientos y actos grandes, buenos y bellos, y por medio de aquellas se completa la vida humana pura, omnilateral y armónica. La intimidad con Dios y su ejercicio en cada hombre, su íntegra vida interna en Dios, la razón, la naturaleza y la humanidad es tan particular como su vida puramente humana, y en ella se refleja lo propio originario de su pensar, su sentir y su querer.

Ahora bien, cuando los hombres se hallan unidos por el
[313] amor personal en libre sociabilidad, en amistad y en la unión de su vida entera, también se les revela mutuamente la particularidad de su intimidad con Dios, les invade el puro amor hacia el otro, y nace en ellos la aspiración íntima de comunicarse como hombres con intimidad con Dios y de practicar su intimidad con Él sociablemente en una obra de arte social continua. La familia y la amistad son los santuarios más originarios de la intimidad social con Dios, pues el amor personal abre lo más íntimo de los espíritus y de los corazones y une a los vivos como en *un* hombre íntimo con Dios. En la familia y en la amistad los hombres aman a Dios y a todos los seres como con *un* amor, y reciben unidos las bellas ofrendas del amor correspondido de Dios. Y en esta vida amorosa superior se transfigura, embellece y fortalece su amor recíproco, el que los une, por medio de los lazos sociales, cada vez con más firmeza e intimidad.

Al igual que varias uniones de familias de un mismo origen en la tribu, varias uniones de tribus en el pueblo, varias uniones de pueblos en la humanidad de la Tierra forman un hombre cada vez superior, con una personalidad cada vez superior y más rica, como un creador de vida cada vez superior y originariamente particular. Del mismo modo, también todas estas personas superiores de la humanidad tienen la vocación de dedicarse, en particular intimidad con Dios, a Dios y a todos los seres, de avivar sociablemente su amor por Dios, la razón, la naturaleza y la humanidad, y de hacerse dignas de entablar relaciones cada vez mayores de sociabilidad y vida de intercambio externas con Dios y con todos los seres. Si ya en la vida de cada hombre individual se refleja Dios, cuánto
[314] más y con cuánto mayor esplendor lo hace en la vida y en los destinos de los hombres superiores, de las familias, tribus, pueblos, pueblos unidos y humanidades de la Tierra. Así, todos los hombres, cuya vida unida en sociedad forma a estas personas superiores, son llamados a unirse sociablemente en intimidad con Dios, y, supremamente, a fundar *una* Alianza de

la Intimidad con Dios en la Tierra. Cada localidad, cada tribu, cada pueblo, cada unión de pueblos, cada humanidad en la Tierra han de congregarse en santuarios comunes, representarse como *un* hombre ante Dios, ante la razón, la naturaleza y la humanidad en el universo; y han de intuir conjuntamente a Dios, animarse recíprocamente para el amor hacia Dios y para su imitación, y han de examinar su vida humana sociable ante los ojos de Dios y de su mundo y ordenarla para que sea de su agrado. Del mismo modo en que los ejercicios periódicos de la intimidad con Dios son esenciales al hombre individual, a las familias y a las amistades para su perfección social externa e interna, también lo son a las tribus, los pueblos y las humanidades de la Tierra. La intimidad con Dios de estos hombres superiores constituye el lugar de sus uniones de vida con todos superiores del mundo y con Dios, y en ella su sociabilidad interna y externa adquiere cada vez más libertad, fuerza, belleza y riqueza colmada en frutos de vida. Las alianzas superiores para la intimidad con Dios actúan de modo afirmativo y embellecedor descendiendo sociablemente a la intimidad con Dios de todas las personas subordinadas y de todo hombre individual. El santuario de la intimidad con Dios del pueblo ofrece un lugar santo superior de la intimidad con Dios de las tribus y familias y de todo hombre individual, para que, en la intimidad con Dios de las tribus y de los pueblos, florezca cada vez con [315]
mayor belleza y plenitud de vida la intimidad con Dios de las familias y de los hombres individuales. Pero también el individuo en intimidad con Dios y amistades y familias individuales en intimidad con Dios actúan en dirección ascendente, ennobleciendo y embelleciendo la intimidad con Dios de las tribus, de los pueblos y de la humanidad entera.

La Alianza de la Intimidad con Dios de la humanidad es el lazo más bello y más firme que mantiene a la vida de la humanidad entera y a los pueblos, las tribus, familias, amistades y los individuos ligados en *un* todo orgánico.

El ejercicio de la intimidad con Dios es libre, al igual que el hombre, y la pura intuición de las ideas, el puro sentimiento, la

libre voluntad sagrada la crea y la mantiene, y establece los lazos de la intimidad con Dios social; y del mismo modo en que la vida de la humanidad encierra en sí la vida del pueblo, y esta la de la tribu, la vida de las familias y la vida de la amistad y de todo hombre individual como todos libres y autónomos, también en la alianza *una* para la intimidad con Dios de la humanidad se forma la intimidad con Dios de todas sus personas subordinadas en esferas libres y autónomas, desde las libres fiestas sociables en honor de Dios de los pueblos, hasta la oración solitaria del piadoso en su cuarto silencioso.

Están destinados a ser miembros de la Alianza de la Intimidad con Dios de la humanidad todos los hombres que viven en la Tierra y en comunidad. Incluso a todos aquellos que ya han vivido y los que vivirán hay que contemplarlos y amarlos como miembros de *una* comunidad de los íntimos con Dios en esta Tierra, como *un* miembro del eterno reino de Dios *uno* eterno, porque son miembros de *una* humanidad en intimidad con Dios. Cuando el hombre íntimo eleva la mirada a humanidades
[316] de otros cuerpos celestes, a todos de humanidades de la Tierra cada vez superiores, y atraviesa todos los cielos hasta llegar a la humanidad del universo, entonces es movido con mayor intensidad por la intimidad con Dios, y el ojo interno se vuelve más claro y más abierto, el ánimo más puro y más receptivo hacia Dios y todos los seres en Él. El íntimo con Dios vive en la intuición de Dios como del Ser originario *uno*, como del amor *uno*, del poder *uno* y de la sabiduría *una*, como de la vida originaria *una*. Y aunque no le es concedido aún contemplar la vida real de los todos superiores de la humanidad, intuye, sin embargo, en el puro ideal de Dios lo eternamente esencial de todos los órdenes de la vida en Dios y de la humanidad en el universo. El íntimo con Dios sabe y siente que los caminos de Dios son, tanto en lo más pequeño como en lo infinito, en la parte como en el todo originario, igualmente sabios, amorosos, bellos y armónicos. Tiene la alegre percepción de que Dios no educa ni forma a esta humanidad de la Tierra como ciudadano solitario del cielo, sino que la introducirá en una unión cada

vez más íntima, polifacética, superior y bienaventurada con Él mismo, con el mundo de los espíritus, con el mundo de la naturaleza y con la humanidad del universo en la medida de su plenitud de vida interna y semejanza a Dios en continuo crecimiento y conforme a la figura particular de su vida. No avista la sociedad de todos los hombres que viven y vivirán hasta el último día en la Tierra establecida solo en esta Tierra, ni solo para esta vida. Ni contempla el recuerdo de esta vida en la Tierra limitado a los anuarios y monumentos de esta Tierra, ni el lazo de la vida en sociedad disuelto con esta muerte. Percibe la humanidad más bien como un miembro con libre vida del reino de Dios, [317]
y en cada hombre con formación superior, con vida originaria y entusiasmado por Dios reconoce al ciudadano de un mundo superior, un regalo de Dios para esta humanidad, constituido por totalidades de vida superiores y vinculado a un sabio plan, que espera una unidad de vida superior con hombres buenos y virtuosos transfigurados superiormente en el más allá.

Pero la vida social de los íntimos con Dios en la Tierra ya es rica e íntimamente bella. En unión libre y justa intuyen, aman y adoran a Dios, la razón, la naturaleza y la humanidad. Una parte de la Alianza que sigue la llamada más íntima del corazón dedica su vida entera a la intimidad con Dios, a la intuición divina, a la constante contemplación de la vida de la humanidad en la luz de Dios, en la luz de la eterna razón y de la eterna naturaleza. La comunidad de los íntimos con Dios les confiere la bella vocación de hacerles presente a Dios, de formar y gobernar la obra de arte social de su intimidad con Dios, colaborando ella misma libremente en ello, y de ordenar y dirigir toda la actividad operativa de la intimidad con Dios de la Alianza. El lazo que une a los elegidos de esta Alianza de la Intimidad con Dios de la comunidad entera es libre justicia, adoración y amor. Ellos no tienen ni desean ningún otro poder que lo justo, bueno y semejante a Dios, y solo actúan libre y abiertamente en el espíritu y el ánimo de la comunidad. La actividad operativa íntegra de la Alianza actúa para que Dios, la razón, la naturaleza y la humanidad global se hagan

presentes en su vida autónoma y en la vida de intercambio sociable de la humanidad en la Tierra en su ser íntegro; y en
[318] que esta configure su vida entera según el ideal de Dios y de su vida y reino, en el espíritu de Dios, y así, a su vez, se haga presente a Dios, a la razón, la naturaleza y la humanidad global en pos de un amor superior. Por tanto, en primer lugar, los elegidos de la Alianza de la Intimidad con Dios preferentemente producen y avivan el conocimiento omnilateral de Dios, al igual que el de la razón, el de la naturaleza y el de la humanidad global, como el supremo ser del mundo en Dios, que es conocimiento de su esencia y vida eternas por intuición ideal, y en conocimiento de su verdadera vida total, tal y como se revela en los sentidos del espíritu y del cuerpo en su realidad; la Alianza enseña cómo contemplar el todo originario y todas sus partes, todo lo eterno y lo temporal, el pasado, el presente y el futuro, en la luz de Dios como Dios, como su autorrevelación eterna y temporal. Todo lo que sucede le aparece como parte y acontecimiento de la vida *una* de Dios; y la propia vida de cada hombre individual y de las personas superiores de la humanidad, así como la historia de la humanidad entera en la Tierra las reconoce y expone como parte subordinada de la vida y de la historia del universo, e ilustra en ellas los caminos del amor divino y de la educación divina. La representación artística de estos conocimientos y convicciones es una parte fundamental del desempeño social de la intimidad con Dios, es el fundamento esencial de una vida en intimidad con Él. En estas intuiciones se llena el ánimo entero de puro amor hacia Dios, de santo anhelo por vivir en Él, de admiración y adoración íntimas, y la vida del sentimiento se representa libre y bella, vestida con las galas de todas las artes, como *una* vida artística
[319] en intimidad con Dios de la comunidad congregada, entusiasmada por Dios, como un puro sacrificio de amor y alegría íntimos. En periodos mayores y menores la vida en la Tierra, en la naturaleza, en la razón y en la humanidad, se desarrollan a través de milenios, edades de hombres, años, meses y fracciones de meses el amor eterno, el poder eterno y la sabiduría

eterna de Dios para el espíritu y el ánimo de los íntimos con Dios. En los periodos vitales del individuo, de las familias, de las tribus, de los pueblos y de la humanidad entera de la Tierra se revela el Dios presente, y el ritmo de la vida despierta al espíritu y al ánimo a la admiración y a la alegría en la intimidad con Él. Este ritmo atrae a los hombres hacia Dios para la alegre adoración en sociedad y el rejuvenicimiento de la vida en Él. Y así se forma, siguiendo a los círculos múltiplemente enlazados de la vida global, un círculo bien ordenado y bello de fiestas en honor a Dios y de actos festivos sagrados como la celebración de la intimidad con Dios. Este círculo, volviendo sobre sí mismo, se abre y se cierra en periodos que corresponden a la vida misma: corresponden a los días y las horas placenteros en los que la humanidad gana en conocimiento superior y en amor más íntimo de Dios y alcanza mayor fuerza y belleza. Pero no solo aquel conocimiento divino, no solo esta fiesta de la intimidad con Dios colma la obra completa de la Alianza de la Intimidad con Dios; pues en sí mismos dignos y bellos, llevan al hombre y a la humanidad a la perfección de la vida en intimidad con Dios. Cuando el ojo del espíritu intuye a Dios, cuando habiéndose elevado a Dios hace al corazón consciente de su pureza, entonces el hombre se reconoce a sí mismo en su dignidad divina, entonces examina su vida ante Dios para comprobar si hasta aquel momento la ha desempe- [320]
ñado gratamente a los ojos de Dios y reconoce lo que ha de hacer en el espíritu divino, en armonía con Dios y con la vida de Dios. Examina cómo ha de ordenar su vida en sí mismo y en todas las relaciones con la humanidad, con la razón, con la naturaleza y con Dios para que resulte grata a los ojos de Dios, semejante a Dios, moralmente libre, justa y bella, y cómo ha de llevar su vida artísticamente. En sagrados momentos de celebración íntima con Dios se despierta la autoconciencia superior del individuo, al igual que la de las familias, las de las tribus, de los pueblos y de la humanidad. En estos momentos el amor de Dios actúa en el interior del hombre, produciendo pureza, fuerza y armonía con Él, y en esos instantes Dios intro-

duce vida individual en la vida de la humanidad y convierte al hombre en ciudadano de un mundo superior.

La vida de la humanidad es un todo en constante crecimiento que renace eternamente en los hombres individuales. *También la intimidad con Dios de la humanidad se forma en la* Tierra desde sus primeros gérmenes hasta su máxima plenitud y claridad. El recuerdo y los frutos de la intimidad con Dios que dejan las generaciones pasadas refrescan y entusiasman a todas las venideras, y así crecen la intimidad con Dios y la alianza consagrada a ella cada vez con más fuerza, riqueza y belleza. Para que esto ocurra, es sagrada obligación para la actividad operativa de la Alianza educar a cada niño desde la más tierna infancia en la pura intimidad con Dios, así como fundar instituciones para que todos los íntimos con Dios se formen recíprocamente y en comunidad en la intimidad con Dios, y que así la flor de tiempos anteriores se mantenga y se *transmita a las generaciones venideras con aún mayor belleza.* Pero, sobre todo, es el amor paternal, en el seno tranquilo e íntimo de la familia, el que se ocupa de educar a los amados
[321] hijos para Dios, y ganarlos para su reino a través del ejemplo de vida íntima con Él. Pues ya los niños en la más tierna edad son capaces de sentir verdadera intimidad con Dios, y la expresión de su sentido y ánimo divinos tiene particular dignidad y belleza. La comunicación social de doctrinas y sentimientos íntimos con Dios renueva su vida más interna, como el primer rayo de sol sobre la flor que se abre buscando su encuentro. El tierno germen de la intimidad con Dios que se despierta por el amor paternal enseguida es cuidado por la íntima amistad entre *los niños y la de los niños y los adultos, y alcanza finalmente* plena fuerza y vida en la visión de la intimidad con Dios de la tribu, del pueblo y de la humanidad.

De este modo, la humanidad está destinada a formarse y avivarse como *un* ciudadano del eterno reino de Dios en la Tierra y ser acogida en los todos de la vida del mundo cada vez superiores. Pero la alianza con Dios de la humanidad no solo se ha formado para esta Tierra; su origen es superior a la

Tierra, su culminación se produce en periodos temporales que solo *se miden según* edades de vida de humanidades de Tierras completas, de sistemas solares completos. Y aunque hasta ahora no se nos ha concedido la suerte de vislumbrar los todos superiores de la vida íntima con Dios más allá de esta *Tierra*, el íntimo con Dios disfruta, sin embargo, de la esperanza de que algún día, todavía en *la Tierra*, también esta humanidad y él mismo, ya sobre su tumba, reciba la consagración de esta vida *superior*, y de que hombres íntimos con Dios de órdenes superiores de la vida del mundo hayan entrado y vayan a entrar también por las puertas de esta vida de la Tierra.

Cuando la humanidad es íntima con *Dios* e *íntima* con todos los seres y desarrolla su vida en el espíritu de Dios, recibe [322] también el *premio* de la *suprema* belleza, que es la semejanza divina en la finitud de cada ser. Toda formación de belleza, es el fruto del intuir y educar en intimidad con Dios. A continuación, vamos a concebir con más claridad a la humanidad en su aspiración social, en la que trata de perfeccionar su vida según el eterno ideal de la belleza para *añadir a* lo bueno, a la justicia y a lo íntimo también lo bello.

La Alianza de la Belleza

Hemos reconocido la belleza como la forma general esencial de todo lo vivo en Dios, así como la perfección, justicia e intimidad internas, y vimos que toda belleza ha de ser parte de la belleza originaria *una* que se *halla en Dios*. Igualmente vimos que el hombre, como el ser más rico en vida en Dios, también *es capaz* de la belleza más rica y polifacética. El hombre intuye la eterna idea pura de lo bello, como de lo finito, lo que imita, dentro de las limitaciones de su ser, a Dios y a su eterno orden del mundo; y reconoce la relación de *la idea de* la belleza con todas las demás ideas, y le embarga el puro anhelo de conformarse a *sí mismo* y *a todas* las cosas libremente

según el ideal de la belleza. Todo lo que es perfecto y conforme a Dios está en elocuente consonancia: lo verdadero, con lo bueno y legítimo, y ambos, con lo bello. Sin embargo, para que el hombre y la humanidad se perfeccionen por doquier, han de mantener continua diligencia artística en la exposición de cada una de estas ideas y de su consonancia en la vida. Solo
[323] en la verdad, en la justicia y en la virtud florece la belleza de la vida, y lo que es contrario a la belleza de la vida también está en disputa con lo verdadero, lo justo y lo bueno. Sin que se reconozca siquiera la ley interna de la vida, lo contrario a la belleza, por donde quiera que se halle, muestra una falta, una equivocación en la vida interna. Igual que la naturaleza perfecciona a la vez al cuerpo humano según todas sus leyes y formas de vida, también el hombre ha de conformar, a la vez, su vida, sin fraccionar su unidad, según las ideas de lo verdadero, justo, moral y bello, de modo que abarque a cada una de ellas con diligencia consciente, diferenciadora y a la vez armónicamente unida. La naturaleza forma todo según sus leyes, y también su obra más íntima y bella, el cuerpo humano. El hombre lo recibe de sus manos, y su espíritu razonable lo eleva a la belleza espiritual. Se le hace evidente la ley de la vida de la razón y de la naturaleza, conociendo su espíritu las fuerzas del cuerpo por medio de Dios a fin de que pueda perfeccionarse simultáneamente según las leyes de la razón y de la naturaleza, suministrándole en esta doble perfección también la dignidad de la belleza divina. De una perfección doble similar, de una belleza particular parecida participa también el espíritu del hombre en la unión del cuerpo. Pero, supremamente, el hombre ha de conferir esta perfección a su esencia y vida enteras, e incluso el hombre completo ha de comparar constantemente su propia vida con la eterna imagen modélica de la belleza,
[324] revisar su pureza según sus leyes y rasgos fundamentales y seguir formándola para que la belleza de su cuerpo y de su espíritu se unan en la belleza del hombre completo. El hombre ha de contemplar todo bajo la luz de la belleza, sentirla pura e íntimamente en todos los seres y poner su vida en armonía

con la belleza de todas las cosas y con la belleza armónica del mundo, desarrollándola artísticamente como una parte de la belleza interna *una* de Dios.

Igual que cada hombre individual ya de por sí, como tal, es capaz de conferir con arte consciente belleza unilateral a su vida, esta capacidad aumenta en todas las asociaciones fundamentales y en todas las sociedades operativas en función del número de las personas que se unen y del número y de la diversidad de oposiciones que se juntan constituyendo personas superiores. Pero con la capacidad aumenta también la obligación de aspirar a vivir sociablemente y en libre asociación según la belleza divina. La mayor riqueza en belleza se halla en la humanidad y, por lo tanto, lo más esencial es su unión general y libre, que abarca a todos los hombres y todas las uniones para lo bello en la vida. Esta asociación autónoma, que comprende las asociaciones para la belleza en los pueblos, las tribus, las familias y amistades, así como las aspiraciones de todos los hombres individuales por la belleza de la vida, está destinada a perfeccionar puramente la vida de la humanidad entera, según el ideal de la belleza, como *una* obra de arte bella. También su constitución es acorde a las formas de la libertad y apertura morales, de la justicia, la intimidad y la belleza misma. Igual que la idea de la bondad moral, del derecho y de la intimidad, también la belleza es infinita y requiere [325] que un número proporcional de hombres, conforme a la distribución establecida en todas las ramas del destino humano, dediquen su vida preferentemente a la belleza y hagan de ella su profesión principal. Que investiguen la idea de la belleza y contemplen a Dios y al mundo, a la naturaleza, a la razón y a la humanidad bajo su luz, y honren examinando la vida de la humanidad según esta idea eterna y, en este sentido, ayuden a perfeccionarla en el ámbito de la misma. Estos hombres consagrados a la belleza son llamados a ser los escogidos para la Alianza de la Belleza, y son destinados por la comunidad para la dirección y el gobierno del todo de su actividad social en pro de la belleza.

En esta alianza se nos presenta también, al igual que en las asociaciones operativas anteriormente consideradas, la imagen similar de la totalidad de la actividad. La primera tarea de la Alianza de la Belleza es el examen social permanente para obtener conocimiento de la belleza, de su idea eterna y de su apariencia individual viva en la vida de todos los seres, en la vida entera de la Tierra, pero, especialmente, en la vida de la humanidad. El hombre también ha de dedicarse periódicamente a la pura intuición de la belleza y expresar en comunidad el puro entusiasmo que le embarga. Por ello, la Alianza de la Belleza *ha de congregarse libremente en dignos santuarios* propios distribuidos uniformemente por la Tierra entera. En ellos recibe el hombre el resplandor armónico de la belleza en *todos sus modos*, y ha de *contemplar la belleza y anunciarla* con libre y puro entusiasmo, así como manifestarla en una vi-
[326] da artística bien ordenada en el espíritu de la belleza. Pero el cometido principal de sus reuniones es despertar al individuo y a todas las sociedades para que desarrollen su vida siguiendo el ejemplo de la belleza. Por ello, la Alianza en su totalidad ha de procurar que la vida de la humanidad íntegra se vista de belleza particular y, del mismo modo, las alianzas de la belleza del pueblo, de la tribu, de la familia y de la amistad han de procurarlo, respectivamente, para la vida del pueblo, la de la tribu, la de la familia y la de la amistad. La Alianza de la Belleza, al igual que cada hombre individual, ha de examinar todo lo que representa la vida real según el ideal de la belleza y proyectar el plan de vida para el futuro con la belleza, dirigiendo el desarrollo de la vida según la idea de la belleza. Puesto que, finalmente, la humanidad se reaviva continuamente en sus individuos, y también ha de crecer constantemente en su sentido de la belleza y en el arte, así como en todo lo humano, la Alianza de la Belleza ha de procurar en su todo y en todas sus ramas que la bella habilidad artística y los monumentos que *esta genera sean custodiados* para las generaciones posteriores, que los hijos sean bien educados e instruidos en sentido, entendimiento y ánimo en pos de la belleza, y que los adultos se

formen recíprocamente y en comunidad en el arte de la belleza de la vida. Y, por último, dado que la Alianza de la Belleza es una parte esencial del destino humano, cada individuo, cada sociedad y la humanidad entera tienen el derecho de que se considere también la Alianza de la Belleza en la distribución de los hombres y de todos los bienes naturales en el destino humano íntegro; y el Estado, a su vez, ha de velar por que esta alianza también reciba y mantenga sus derechos sociales en el [327]
organismo de la vida del derecho.

La Alianza de la Virtud, la Alianza del Derecho, la Alianza de la Intimidad con Dios y la Alianza de la Belleza en su unión

Cada una de las cuatro formas fundamentales de toda vida requiere ser formada puramente como una idea autónoma según su propia ley, por lo que la humanidad les dedica diligentemente una alianza autónoma exclusivamente destinada a ellas. No obstante, cada una de estas formas solo puede ser perfeccionada en, con y por medio de la otra y en unión interactiva, y solo en su disposición armónica se completa la vida en su forma. Estas formas fundamentales se presuponen recíprocamente en un mismo ser y se hallan ya en armonía predeterminada. La perfección moral del hombre y de la humanidad requiere, si ha de tener éxito, una situación del derecho completa en todos sus aspectos. Ella misma contiene la justicia como única convicción moral; la vida moral entera se desarrolla según la ley del derecho, y la constitución de la Alianza de la Virtud es así una esfera del derecho subordinada singular. Por otro lado, la formación de un estado del derecho omnilateral presupone una convicción puramente moral, pues lo que haya de suceder por medio de los hombres solo puede completarse dentro y según la ley interna de la libertad moral; y, aunque la idea del derecho conlleva una necesidad que justifica imponer [328]
la obligación externa cuando se dan condiciones incompletas

en el individuo y en las sociedades, un Estado perfeccionado solo puede conseguirse cuando, en pura moralidad, el derecho se haya convertido en convicción interna y cuando los ciudadanos del mismo se dediquen con puro amor voluntario a la justicia.

En una relación similar se hallan la virtud y la intimidad con Dios. Solo cuando el hombre abarca a Dios, la razón, la naturaleza y la humanidad en pura intuición e íntimo amor puede reconocerse también a sí mismo en su esencia interna y en su actuación autónoma en su interior, sentir su dignidad en Dios y desarrollar su vida conforme a la moral; pues reconoce que imita en la ley de su vida más propia la eterna ley según la cual Dios mismo forma eternamente su vida interna. Del mismo modo, la intimidad con Dios solo es posible en un corazón moralmente puro, pues solo el virtuoso se asemeja a Dios en una vida; solo en la visión de la imagen propia semejante a Dios se aviva el amor y la alegría por Él; y solo el hombre que se forma interiormente en la libre vida de las fuerzas conoce en sí mismo los efectos del amor divino.

Del mismo modo son afines, además, la perfección moral y la configuración de la vida y de todas las cosas según la idea de lo bello. Si el hombre sigue la ley de la libertad moral, se forma a sí mismo en su interior semejante a Dios y adopta, por consiguiente, una belleza particular que se fundamenta en la semejanza a Dios. Es decir, el sentido moral es, en su esencia, un sentido por la belleza de vida particular del hombre, y este sentido no puede
[329] estar avivado si no es en un ánimo que abarca con puro amor todo lo bello. En sí misma bella y afín a todo lo bello, la vida moral general de la humanidad solo puede prosperar cuando *una* belleza se vierte armónicamente sobre todo lo que abarca, sobre la vida de la naturaleza y de la razón. Si, por otro lado, ha de conseguirse la formación de todo lo bello, si el hombre ha de ser un artista libre y bello, entonces es necesario que mantenga su sentido de lo bello primeramente en toda su esencia y vida particulares, y que la vida entera de la humanidad en pos de lo bello se desarrolle según la ley moral.

Si la humanidad ha de formar *una* vida del derecho, ha de vivir en intimidad con Dios armónicamente unida con Dios, con la naturaleza y con la razón. Pues Dios forma la vida del derecho *una* del mundo en sí mismo; y Él es la persona del derecho suprema, el legislador y juez supremo, de Él procede toda fuerza del derecho y solo en su espíritu y en el espíritu de la humanidad del universo que vive en Él puede florecer el derecho, incluso en la esfera del derecho limitada de cada uno de los sujetos de derecho. Y la vida en intimidad con Dios de la humanidad es, a su vez, solo posible si ocurre simultáneamente con la vida del derecho perfeccionada en la Tierra, la cual forma las condiciones externas de la intimidad con Dios sociable, y procura la armonía de la vida de la humanidad con la vida *una* de todas las cosas en Dios en el ámbito del derecho.

Con la misma intimidad está también unida la vida del derecho con la vida bella. Solo en la humanidad perfeccionada se halla la vida del derecho en armonía con lo bello; y lo justo solo se halla en disputa con lo bello en la medida en que se [330] refiere a una humanidad que todavía no ha alcanzado la belleza moral en su vida entera, pues la justicia es un rasgo singular eterno de la belleza de la vida global en Dios. Son, por lo tanto, preferentemente las bellas artes las que están llamadas a glorificar la vida humana del derecho. En sentido inverso, la vida de la humanidad solo puede adoptar la belleza global cuando es perfeccionada según la idea del derecho, pues es el derecho el que forma y mantiene la salud de todos los seres dentro de su interacción.

En armonía igualmente esencial se halla también, finalmente, la intimidad con Dios con la belleza. La belleza es semejanza a Dios en la forma; y la intimidad con Dios despierta y alimenta el sentido por lo bello como por el Dios presente en las formas de las cosas finitas, y por donde viva en el hombre el sentido de la belleza se encuentra el sentido divino. La intimidad con Dios se configura en el ornamento de lo bello; y la formación de todo bello solo es posible en el espíritu y el ánimo del hombre que

vive en intimidad en y con Dios; y la intimidad con Dios otorga a todo bello suprema perfección y dignidad.

Tan íntimamente se hallan ligadas entre ellas las vidas por la virtud, el derecho, la intimidad con Dios y la belleza, que esta cuádruple perfección de la vida de la humanidad solo puede conseguirse en, con y por medio de esa vinculación de unas con las otras. Por ello, las cuatro alianzas dedicadas a las formas fundamentales *han de unir armónicamente* toda su actividad operativa, han de conectarse entre ellas en *una* acción y siempre tienen que estar presentes la una y la otra para prestarse mutuo consejo y ayuda. *Sin renunciar a su autonomía, han de celebrar* en determinada constitución libremente asociada, en reuniones
[331] conjuntas, fiestas compartidas, costumbres y actos sagrados comunes y en toda su actividad operativa una verdadera unión de la vida. Cada una de las alianzas para las formas fundamentales ha de examinar, siguiendo su propia idea, la vida de cada una de las demás para ayudarlas a perfeccionarse en su ámbito. Consejeros mutuos han de mantener esta unidad de vida, incluso en sus trabajos autónomos separados, para que viva y actúe por doquier *un* entusiasmo armónico de los hombres por la virtud, el derecho, la intimidad y la belleza.

También contienen en conjunto recíprocamente ramas de su todo: la Alianza de la Virtud tiene su propia sociedad interna para el derecho que es parte de la Alianza del Derecho, y tiene su propio ejercicio interno de la intimidad con Dios y su propia formación interna de la belleza. De este modo, cada una es recíprocamente una parte de la otra; y todas viven *una* vida armónica unidas como un todo.

La Alianza Total para las Formas Fundamentales

Esta unión interactiva de las alianzas para las formas fundamentales se halla contenida dentro de un todo común superior. Las formas fundamentales de la vida son partes armónicas

complementarias de la forma divina *una* de toda vida, son la semejanza *una* con Dios de todos los seres en su esencia y en sus formas particulares. Por consiguiente, requieren también ser concebidas como *una* forma, como *un* todo y ser formadas por la humanidad como tal. Por este motivo, por encima de las alianzas singulares para la virtud, el derecho, la intimidad y la belleza se halla y vive *una* alianza superior para la forma [332] originaria *una* de la vida, como su alianza total, en la cual están configuradas como sus partes singulares internas según la misma ley. Cada hombre ha de elevarse en su interior para abarcar la forma entera semejante a Dios de su vida con *un* amor, con *una* diligencia; y todas las sociedades de los hombres y la humanidad de la Tierra entera han de unirse sociablemente en *una* alianza para la forma originaria de la vida de la humanidad, como en la Alianza Total para todas las Formas Fundamentales individuales de la misma, a fin de que se culminen la virtud, el derecho, la intimidad y la belleza como *una* perfección y según *un* plan.

Esta alianza también abarca la humanidad entera, porque cada hombre ha de dedicarse a la forma originaria de la vida y ha de perfeccionarse armónicamente en todas sus formas de vida individuales. Sin embargo, también requiere que los que la forman la conviertan en la vocación principal de su vida, y le dediquen por completo el espíritu y el ánimo; y esta alianza también tendrá por ello a sus elegidos que abarquen uniformemente la virtud, el derecho, la intimidad y la belleza en *una* comprensión y *un* amor superiores.

La actividad operativa de la Alianza Total para las Formas Fundamentales de la Vida se dirige, en primer lugar, al conocimiento de su propia idea y de su propia historia, y al conocimiento uniforme de las ideas subordinadas de la virtud, del derecho, de la intimidad y de la belleza. Cada una de estas ideas ha de reconocerse por la Alianza en su esencia particular, en su dignidad autónoma y en su relación sociable con las restantes. A continuación, este conocimiento ha de comunicarse [333] de todas las maneras a todos los hombres y a todas sus socie-

dades, y por medio de un ciclo de fiestas y costumbres y actos sagrados han de despertar y reafirmarse el espíritu y el ánimo de todos para la perfección uniforme de la forma originaria *una* de la vida. Después, la Alianza Total para las Formas Fundamentales ha de velar por que la vida de la humanidad entera se corresponda por doquier con su forma originaria, para que se proyecte el plan de vida entero de la humanidad conforme a ella, para que cada una de las alianzas individuales para las formas fundamentales viva puramente en su idea, reconozca a todas las demás en su dignidad y libertad particulares y se una, conforme a la ley superior expresada por la Alianza Total, en una vida de intercambio armónica con cada una de ellas, a la cual identificamos en sí misma como esencial para la perfección interna de cada una de ellas. Por este motivo, la Alianza Total ha de estar en interacción interrumpida con la Alianza de la Virtud, la Alianza del Derecho, la Alianza de la Intimidad con Dios y la Alianza de la Belleza, y todas han de estar recíprocamente presentes en toda su actividad operativa. La Alianza Total tiene consejeros permanentes en cada una de las alianzas individuales, y cada una de las alianzas tiene las suyas en la Alianza Total. Estos consejeros producen y mantienen esta unidad de la vida incluso para la efectividad autónoma de cada una de las alianzas operativas.

Igual que cada hombre individual requiere una educación e instrucción continuas de su sentido y de su vida entera, también se requiere en el ámbito de la forma originaria de la vida para que abarque amorosamente la virtud, el derecho, la intimidad y la belleza como *un* todo armónico. Esta demanda se
[334] dirige también con creciente intensidad a cada sociedad humana. Por ello, la Alianza Total para las Formas Fundamentales es a la vez una institución formativa en su propio ámbito y se encarga de la educación de los hombres y de todas las sociedades humanas en aras del amor y la perfección de toda forma originaria de la vida. Así la humanidad puede rejuvenecer también en su puro amor armónico en virtud, en el derecho, en la intimidad y en la belleza, y puede acoger cada vez con más

intimidad y belleza la imagen de semejanza divina en la forma de su vida.

Hemos reconocido la actividad operativa social del ser humano, la cual está dedicada a las formas eternas de toda vida en Dios: a la perfección moral interna, al derecho, a la intimidad y a la belleza. A continuación, vamos a mostrar la segunda esfera correspondiente a la Alianza de la Obra, esta sociabilidad que va en pos de la ciencia, del arte y de su armonía y que ha de perfeccionarse como *un* organismo para las obras fundamentales de la humanidad. Este grupo tripartito podría denominarse Alianza de la Obra Fundamental, englobando, por consiguiente, la Alianza de la Ciencia, la Alianza del Arte y la Alianza de la armonía de la Ciencia y del Arte. Sin solución de continuidad vamos a tratar esta temática*.

La Alianza de la Ciencia

La ciencia es la presencia de Dios y del mundo en la conciencia, como en una segunda creación del espíritu; y estando en sí misma ya plenamente digna y bella, es, a la vez, una santa fuerza de toda vida que forma el espíritu, una fuerza originaria del desarrollo histórico de todas las cosas. Su luz divina ilumina los senderos de la vida, y nada ha hecho su entrada en la vida de la humanidad a través del espíritu que no se haya encontrado antes y a la vez en el conocimiento científico. Por [335]
ello, es el santo deber de todo individuo, así como de cada sociedad en orden ascendente hasta la humanidad, dedicar a la ciencia pura diligencia y perfeccionarla como la obra fundamental *una* de su destino.

Hemos reconocido anteriormente la idea de la ciencia en su totalidad y en sus partes principales internas. Es *una* como

* Al final de este apartado, Krause trata el capítulo "La Alianza de la Obra Interna para las Obras Fundamentales de la Vida", que en la edición de 1811 no estaba incluido con un título propio (véase la nota a pie de página de Krause en el apartado "Sumario").

Dios; y su organismo infinito imita fielmente el eterno organismo interno de Dios y su vida eterna en el tiempo. Al igual que Dios es, en supremo lugar, el Ser originario *uno*, es, a la vez, totalidad sobre sus mundos internos y es estos mundos mismos, y al igual que Él es lo *uno* y el *todo*, es eterno, del mismo modo también la parte suprema de la ciencia *una*, que contiene las ciencias individuales como los mundos en Dios, es la intuición originaria o el conocimiento originario del Ser originario como tal. Este conocimiento no se fundamenta en ningún otro conocimiento, del mismo modo en que el Ser originario no existe por medio de ningún otro ser y no se halla en relación de origen y efecto con ningún otro ser externo, pudiendo, por lo tanto, llamarse ciencia originaria. Además, los eternos opuestos originarios en Dios se reconocen, por el contenido y la forma, en la doctrina de la esencia, en la doctrina general de las formas o la matemática, y en la ciencia que considera la esencia y la forma en su unión. Esta segunda parte de la ciencia reconoce, por lo tanto, a Dios como unidad, como lo uno plural y como multi-unidad, o como creador del mundo, como el mundo mismo y como mediador del mundo. Él es un rico
[336] terreno del conocimiento más profundo, que es indispensable para la conformación orgánica de todas las ciencias subordinadas como su ciencia fundamental común. Del mismo modo en que, además, en los seres íntimos con Dios, la naturaleza, la razón y la esfera de su unión de vida, son las tres únicas esferas supremas en Dios, así también la ciencia *una* contiene tres ciencias principales, las cuales completan su interior del mismo modo esencial y digno, es decir, la ciencia natural, la ciencia de la razón y la ciencia de la razón y la naturaleza. Cada una de estas tres es, a su vez, organizada de un modo completamente similar, como la ciencia entera *una*, porque sus esferas mismas están conformadas a semejanza de Dios. La ciencia que contempla a la naturaleza y a la razón en su unión contiene como esfera de unión más íntima a la ciencia de la humanidad. Dado que, además, la naturaleza y la razón se hallan en eterna unión de vida, no solamente entre ellas, sino

también con Dios, como por encima de ellas, así surgen todavía entre estas ciencias la ciencia de Dios con la naturaleza, la ciencia de la unión de vida de Dios con la razón y la ciencia de la unión de vida de Dios con la unión de la naturaleza y la razón. De este modo, la ciencia, al igual que el Ser originario, regresa omnilateralmente a sí misma, y celebra de esta manera la eterna unidad y la infinita plenitud del Ser originario. El objeto de la ciencia *una*, y también de cada parte interna de la misma, se concibe además en su existencia eterna, después en su existencia temporal o con vida temporal y, finalmente, en su existencia eterno-temporal; y todo ello, a su vez, en intuición originariamente esencial, eterna o ideal y temporal o real. Además, la oposición de esencia y forma y la unión de ellas, [337] que ya se mostraba en la ciencia originaria, vuelve a aparecer para cada una de las ciencias, de modo que, en este sentido, la ciencia *una* abarca la doctrina íntegra de la esencia, la doctrina íntegra de la forma y la doctrina íntegra de la esencia y la forma. La omniabarcante doctrina de la forma o *mathesis* atraviesa como parte y órgano esencial al organismo entero de la ciencia y manda ramificaciones individuales a todos los miembros y órganos de este, como un sistema vascular particular. La misma variedad caracteriza la ciencia en relación con su forma interna y externa. Pues, o bien avanza desde el todo a las partes, o bien desde las partes al todo, o unifica armónicamente ambas direcciones. En ello es posible que se dé a la vez la transición de lo incondicionado a lo condicionado, de lo condicionado a lo incondicionado, de lo temporal a lo eterno y de lo eterno a lo temporal, y esto es esencial para la perfección omnilateral de la ciencia y determina su forma interna. Su forma externa, sin embargo, es doblemente diferente: según el modo en el que es representada y según el medio por lo que esto sucede. Pues puede representarse: o bien como una obra de arte objetual y completa, puramente plástica y objetiva, sin tener en cuenta al espíritu creador o aprendiz; o bien puede representarse como obra de arte en devenir, de modo que se aprecia cómo y según qué leyes se crea y ha de aprenderse; o

bien ambas formas se hallan finalmente armónicamente unidas y compenetradas; y en esta triple ejecución se halla la perfec-
[338] ción omnilateral de la forma externa esencial de la ciencia. Del mismo modo, la ciencia es infinita en relación con su medio de representación. Por regla general, se trata del lenguaje: pura lengua de signos para el ojo, pura lengua de signos para el oído; lenguaje que figura imitando al escribir los sonidos, lenguaje tonal que reproduce la escritura; y, finalmente, la unión de los lenguajes para el ojo y el oído. La exposición de la ciencia es aplicada o libre, o bien ambas cosas en unión, es decir, que es, ideal o real o real-ideal; es plástica o musical o ambas cosas a la vez. Si, finalmente, tratamos la fuerza espiritual que forma la ciencia, vemos que, o bien la ciencia es creada como obra de *un* hombre, o de varios, o ambas cosas a la vez, y cuando se trata de una obra de varios, su forma es, o bien épica, o bien dramática y dialógica, o bien, de nuevo, ambas en armonía. Pero todo esto determina la forma externa general de la ciencia. En la ciencia representada se refleja a la vez la individualidad del productor, así como su contemplación figurativa, por lo que se vierte sobre ella un atractivo infinito, una belleza eternamente fresca que nos reconcilia con la finitud del conocimiento humano. Pues, aunque el espíritu finito es capaz de conocer orgánicamente, avanzando simétricamente hacia todos los lados, y conocerlo todo con toda certeza, solo Dios abarca con la mirada lo infinitas veces infinito de la ciencia *una*. Cuanto más sabe el hombre, tanto más claro es su reconocimiento de lo que se le escapa, y lo que primero puede y debe investigar. Y lo que no está permitido contemplar en sí mismo para la eternidad, o en el transcurso de la vida para un
[339] tiempo determinado con claridad y certeza indudable, alborea ante el ojo del espíritu en la tenue luz que eleva el corazón, como astros nebulosos en cielo despejado.

La ciencia es la obra fundamental infinita *una* de la razón *una* que esta conformada por medio del mundo infinito de los espíritus en su vida eterna en el tiempo. También en la razón pura, la ciencia abarca, como obra de espíritus puros, todos los

seres y la vida de todos ellos, incluyendo a la naturaleza. Sin embargo, la razón pura, cuando Dios no unifica el espíritu y el cuerpo con los lazos de la vida, no es capaz de mirar adentrándose en la vida individual de la naturaleza. Del mismo modo en que al espíritu puro se le hacen presentes todas las cosas en la conciencia en su interior en forma de conocimiento, también se reflejan todos los seres, Dios, la razón y la naturaleza, en los sentidos del cuerpo, y se hacen presentes en consciente conocimiento a la fuerza de la naturaleza, que forma el cuerpo al igual que al espíritu. Solo la humanidad se halla en el centro bendito de los seres y de las fuerzas, a fin de que eleve el sentido del espíritu hacia la vida interna de la razón pura levantándolo hacia Dios, y para que sondee con los sentidos de su cuerpo las profundidades del universo y descubra en él a Dios; y para que todo lo que perciban los sentidos del espíritu y del cuerpo se refleje mutuamente y compenetre íntimamente, a fin de que el hombre extraiga la ciencia *una*, según *una* idea, de todas las fuentes del conocimiento, y contemple toda la esencia y vida de Dios en el interior de todos los seres. Todos los hombres en el universo son en cuerpo y espíritu verdaderamente *un* ser, el cual es unificado y sostenido como uno por la fuerza *una* de Dios, con *un* amor y por medio de la razón y la naturaleza. En esta unidad originariamente esencial, que pre- [340]
cede eternamente a toda vida en el tiempo y permanece eternamente por todos los tiempos, empieza a formarse toda vida individual autónoma, y también todos los espíritus, cuerpos y hombres indivisibles, que están destinados a unificarse en libre y bella sociabilidad formando *un* ser rico en vida, y representar aquella unidad originaria también en la vida individual. Todo lo que contiene la vida de la razón y naturaleza *una* y lo que forma eternamente en el tiempo, puede llevarse a cabo, con entereza, perfección y belleza originaria, solo por medio de la aspiración social de la humanidad en el universo, y habla como tarea esencial de aspiración originariamente viva al corazón de todo hombre. Por ello, la ciencia se anuncia a cada alma humana como objeto originariamente digno de esfuerzo

puro, y todo hombre que ha alcanzado la clara conciencia de su ser eterno y de su destino eterno en el tiempo, ve y siente que su propia aspiración al conocimiento, incluso considerada individualmente, solo puede tener éxito cuando se una en sociedad con los miembros de su familia, con los compañeros de su estamento, con su tribu, su pueblo y su humanidad, para formar la ciencia, y, de este modo, acoja dentro de los límites de su naturaleza todo conocimiento, que es obra del Dios que actúa en todos los hombres que le rodean y de la naturaleza y la razón que viven en todos ellos. Cuando ahora, en aspiración armónicamente unida de todos los individuos unidos por Dios en el mismo lugar habitable en el universo, se forman hombres cada vez superiores que investigan en ciencia; y cuando estos hombres superiores se unen en su culmen en *una* humanidad
[341] entera de la Tierra que investiga en ciencia; y cuando esta sociedad de hombres del lugar habitable en el universo, según las leyes de vida de Dios, de la razón y de la naturaleza, es renovada, reforzada y elevada en su constante rejuvenecimiento por espíritus originariamente vivos, que eran grandes y divinos en humanidades de otros cuerpos celestes, solo entonces puede ganar la ciencia en una Tierra elevación, plenitud y claridad, de la que es capaz según el plan del mundo de Dios, y solo entonces puede ser una contraimagen fiel de Dios y de su vida.

Por ello, todos los hombres pueden y deben aspirar a formar ciencia en sus sociedades fundamentales cada vez superiores, y perfeccionar la ciencia como *una* obra de esta humanidad de la Tierra; y todos, cualesquiera que sea la profesión principal de la vida de cada uno, todos deben tomar parte en la investigación misma, y más aun en los resultados de las investigaciones realizadas en sociedad. Aquí se despliega la idea de una alianza de la ciencia en la Tierra, en la cual todos los hombres conforman armónicamente la ciencia entera, para que se perfeccione en contenido y forma como *un* organismo. Esta alianza *una* que abarca a todos los hombres, contendría entonces todas las aspiraciones científicas de todas las sociedades fundamentales subordinadas de forma simétrica y bien

ordenada, hasta ascender en el orden a la vida científica de cada individuo; y en ella, como un todo, adquiriría también la aspiración individual mayor profundidad, fecundidad, actitud y perfección omnilateralmente uniformes.

Todos los hombres son miembros de la Alianza de la Ciencia, y toman parte en su actividad operativa, cada uno a su modo y según las necesidades de su vida. [342] Pero para que la ciencia florezca con toda su fuerza y belleza, es preciso que un número relativamente elevado de hombres se dedique principalmente a la formación de la ciencia, para que se convierta en la vocación primera de su vida entera. Estos formadores de ciencia, siendo ellos mismos parte de la comunidad de toda la alianza, por el hecho de que se dedican principalmente a la ciencia, se contraponen al resto de la comunidad, que únicamente requiere el conocimiento de lo ya investigado. Se hallan, por su comprensión más profunda y más rica, por encima de los demás hombres y uniones de hombres en lo que se refiere al conocimiento; es decir, que son llamados en el interior y en el exterior a presidir la Alianza de la Ciencia como sus elegidos, a idear su constitución y a dirigir y gobernar su vida entera y toda su actividad operativa. La actividad de los elegidos y la actividad de la comunidad entera están íntimimente ligadas y actúan en aras del gran objetivo de que la ciencia *una* sea perfeccionada, de que el Ser originario y sus mundos se hagan presentes a la humanidad entera, y que la luz del conocimiento ilumine el sendero de la vida de todos los hombres.

La Alianza de la Ciencia tiene su constitución particular, que se fundamenta en parte en la naturaleza de su obra, la ciencia, y en parte en las leyes de las fuerzas humanas, por cuya efectividad sociable ha de formarse la ciencia e introducirse omnilateralmente en la vida de la humanidad, de la naturaleza, de la razón y de Dios. Por ello, se asocia con las formas generales por las que se forma toda sociedad general humana, con especial relevancia aquí, la ley de la libre investigación, de la [343] libre comunicación, verificación y acogida de lo comunicado, que es requisito indispensable para que la ciencia pueda pros-

perar con alegría y traer frutos de la vida. Cada individuo ha de poder pensar libremente y con libre elección, comunicar libremente sus pensamientos empleando cualquier medio de exposición conforme a derecho, y todos han de poder expresarse libremente, deliberar libremente y aceptar o rechazar libremente lo comunicado; y este derecho no puede limitarse o arrebatarse a la Alianza de la Ciencia por parte de ninguna sociedad operativa, ni por la Alianza del Derecho ni por la Alianza de la Intimidad. La naturaleza de la ciencia misma requiere: que sea formada conforme a sus leyes internas, que son las leyes de Dios y del mundo mismo reflejados en el conocimiento; y que, en su construcción, cuando se refiera a ella misma, desaparezca cualquier arbitrariedad. Y dado que la ciencia, en contenido y forma, es infinitas veces infinita, no todos aquellos cuya vocación primera de la vida sea la ciencia pueden investigarla en todas sus partes, siendo originariamente activos y creadores, sino que los consagrados a la Alianza de la Ciencia solo pueden aspirar a conformarla uniforme y satisfactoriamente en todos sus miembros internos cuando todos los que hacen la ciencia se hallen sociable y uniformemente distribuidos. Cada uno de ellos ha asumido en libre elección una parte específicamente determinada de la ciencia para su cultivo particular; pero precisamente por ello le incumbe la obligación de cumplir con esta su profesión, para que, gracias a él, sea formado, mantenido y promovido el todo, que es más glorioso que sus partes individuales. La sociedad, sin embargo, recibe por ello el derecho de exigir que cada uno cumpla con la profesión cien-
[344] tífica que haya elegido él mismo; y la sociedad de los elegidos tiene la obligación de instruir a cada individuo en su seno, de ubicarlo en su profesión científica y también de fomentar el libre desarrollo de su efectividad particular. El individuo siente la sagrada obligación de comunicar con libre y buena voluntad lo primeramente conocido como un rayo emanado de la fuente de luz general para que sea propiedad común de la Alianza, y para que se multiplique y refuerce el reino de la verdad y, por ello, el reino de la humanidad y el reino de Dios en la Tierra.

Toda la actividad operativa de la Alianza de la Ciencia va dirigida a que se forme la ciencia y a que su idea se haga realidad de modo completo, uniforme, omniforme, como obra de la humanidad en la consciencia. Para que esto pueda suceder, los formadores de ciencia deben tener en mente la idea de la ciencia, y su inclinación y su impulso originario han de dirigirse hacia esta idea, y han de ejecutarla realmente con diligencia sociable; y su espíritu, ánimo y energía han de entregarse por completo a la ciencia. La idea de la ciencia es, como la ciencia misma, infinita y un objeto de continua investigación. Se presupone cuando se quiere formar ciencia, aunque ella misma es solo una parte subordinada de la ciencia entera. El conocimiento exhaustivo y perfecto de la esencia de la ciencia no es por ello en sí mismo y en lo que sabe del tiempo el primer conocimiento, sino que el conocimiento del Ser originario cierto en sí mismo es el primer conocimiento en el que se forma todo el resto de verdadero conocimiento: sin embargo, para el espíritu que forma ciencia como tal, el conocimiento de su idea [345] es lo más importante; y con cuanta mayor claridad y perfección se intuya esta idea, con tanta mayor amplitud, uniformidad, riqueza y belleza se desarrolla la ciencia. La idea de la ciencia en sí misma, unida con el conocimiento del espíritu que la forma y su ley de vida, constituyen para el investigador *un* todo superior de conocimiento, en el que se proyecta el plan de la estructura de la ciencia mismo, como también el plan de la investigación, según sus leyes y reglas artísticas generales, en su avance individual. Sin esta ciencia sobre la ciencia, la estructura deviene incierta y defectuosa y la investigación se expande sin ley; pero en, con y por medio de esta doctrina de la ciencia, florece también el arte de la organización de la ciencia y su estructura se eleva completa, armónica y bella sobre sólido fundamento.

Mas la ciencia solo puede formarse con éxito cuando el hombre entero se dirige hacia ella con toda el alma y todo el ánimo; y por ello, los investigadores en ciencia han de mantenerse siempre a sí mismos y a la comunidad entera de la

Alianza en este entusiasmo íntimo y únicamente dirigido a lo verdadero, en este anhelar desinteresado, solo por medio del cual el hombre deviene capaz de investigar la verdad y de acoger la verdad comunicada de modo autoactivo en su interior. Por este motivo, el entusiasmo sociable por lo verdadero y por la investigación de lo verdadero es esencial para la Alianza de la Ciencia: en las asambleas de la Alianza ha de resonar el elogio de la ciencia y de la aspiración por ella; y todas las artes bellas han de unirse en *una* vida artística llena de ánimo
[346] y de espíritu, a fin de exponer a todos los miembros la verdad conformada como ciencia en su dignidad y belleza y encender en todas las mentes un entusiasmo puro y viguroso hacia ella. Los periodos rítmicos de la vida de la naturaleza, de la vida de la razón y de la vida de la humanidad tal y como se desarrolla en esta Tierra, de frente al universo; y las diferentes edades de vida de los individuos, de las familias, las tribus, los pueblos y la humanidad, unido con el recuerdo de todos aquellos a los que la ciencia debe superior conformación: todo esto y otros aspectos más reclaman de la Alianza un todo periódico de fiestas de la ciencia y de la verdad, que ganan a todos los hombres siempre en amor y alegría por la ciencia, y unen al espíritu y al ánimo de los elegidos para que conformen la ciencia *una*.

El ámbito más interno de la actividad operativa, que se dedica a la Alianza de la Ciencia, corresponde al investigar, coleccionar, configurar, guardar, comunicar y aplicar de la ciencia. La investigación se forma y avanza según *un* plan sociablemente proyectado en la intuición de la idea de la ciencia y de sus partes, aceptado con plena voluntad y perpetuamente continuado. En tanto que los hombres se unen, como individuos, familias, tribus y pueblos, en la Alianza de la Ciencia, en cuanto alianza en su totalidad o en sus partes individuales, a fin de formar la ciencia *una*, han de dejarse guiar, primero, pura y meramente por los principios orgánicos objetivos de la ciencia y por el eterno orden de las ideas y de la vida; la ciencia ha de estar siempre
[347] como *un* todo orgánico a la vista de todos. Cada ciencia ha de constituirse en el lugar que le corresponde dentro del conjunto,

autónomamente y en armonía con todas las demás; y el ideal eternamente igual de la humanidad lo hallamos en cada una de ellas en forma individual, y las leyes fundamentales de la estructura de la ciencia íntegra son válidas, junto con otras disposiciones, para cada ciencia individual; siguiendo la constitución científica de la ciencia el eterno orden de las ideas y de la vida de modo exacto, ininterrumpido e inequívoco. La ciencia se nutre de todas las fuentes de conocimiento sin confundirlas o permitir que confluyan sin carácter propio, y las une según leyes armónicas. Todos los elegidos de la Alianza se distribuyen por todo el ámbito de la ciencia eligiendo libremente su profesión, e investigan así, tanto cada uno solitariamente para sí mismo, como todos juntos en unión social, unidos por ley, en cuanto miembros de la familia, amigos, compañeros de tribu o pueblo, y miembros de la Alianza de la Ciencia, en sus asambleas. Pero lo investigado en soledad, lo aporta cada uno públicamente a la Alianza para su libre examen y aceptación. Además, todo resultado de las investigaciones en solitario o en comunidad es reunido continua y periódicamente en *un* todo, en el que es valorado según la idea de la ciencia y según el avance esencialmente necesario de su conformación en cuanto a contenido y forma. Pero lo que ha sido recolectado ha de ser socialmente unido y conformado en *un* organismo en determinada, correcta y bella forma, para que el resultado íntegro de la investigación humana pueda abarcarse en *un* todo con *una* mirada. Solo por ello será posible encontrar las consecutivas tareas esenciales e indispensables, proyectar en [348]
todo momento el plan de la futura investigación y distribuir las próximas tareas entre los profesionales de forma simétrica y uniforme. Asimismo, es importante la custodia de la investigación conseguida en escritura e imagen, y la difusión armónica de la misma sobre la Tierra entera. Además, la ciencia ha de exponerse periódicamente para que penetre a todo hombre. En las asambleas de la Alianza han de realizarse continuamente exposiciones omniabarcantes, simétricas y periódicas de todo tipo, relativas a todo lo digno de saber, siendo preferentemente

los elegidos por la Alianza los ponentes. Sin embargo, aquellos conocimientos que son esenciales a cada hombre como tal, e indispensables para la perfecta manera de vivir, que justamente por ello pueden denominarse verdades humanas universales, han de exponerse de modo general y con la máxima frecuencia e insistencia, de todas las maneras, en las asambleas de la Alianza, para que puedan preceder con su luz a la vida de todos. Pero aquellos conocimientos que revisten especial importancia para ambos sexos, para las diferentes edades, los estamentos sociales, pueblos, tribus, familias, amigos e individuos, han de grabarse en la memoria a su debido tiempo y en su debido lugar por las personas adecuadas. Todos como todos, y cada uno a su manera, deben formar parte de los frutos de la investigación científica, y *un* amor por la ciencia y *un* espíritu científico han de colmar su alma.

La vida real entera es objeto esencial del conocimiento científico, el cual contempla en el todo de la ciencia *una* todas las cosas en su esencia y en su lugar en el todo del mundo, y con ello también la vida de la humanidad. Y, ya tan solo por interés puramente científico, esto merece investigarse en toda su evolución temporal, como parte de la ciencia *una*, y entonces, ya tan solo por ello, la Alianza de la Ciencia y, preferentemente, sus elegidos deberían investigar la vida entera de la humanidad, cómo ha sido y cómo es. Sin embargo, dicha vida se desarrolla por medio de la libre actuación de los hombres, según las ideas de obra y los conceptos de finalidad, a través de los cuales la voluntad orienta la libre fuerza de actuación. Pero precisamente en ello consiste la libertad del hombre: contempla la eterna esencia de las cosas como ideal de las mismas, y configura lo real acorde a este e iniciando en cada momento la serie temporal. El hombre determina su actividad según el conocimiento de la obra que ha de realizarse por medio de la actividad; y, del mismo modo en que el conocimiento es un espejo del mundo, la vía y la actuación del hombre y de la humanidad son un espejo de su conocimiento. Por ello, el conocimiento se nos confirma

[349]

como una fuerza originaria creadora esencial de la vida entera de la humanidad.

También este conocimiento está comprendido dentro del todo de la ciencia *una*, y con él la ciencia recibe una nueva consagración, el formador de ciencia una nueva consagración y la Alianza de la Ciencia una nueva vocación: la ciencia deviene digna de honor como luz de la vida, el que investiga en ciencia se consagra al arte de la vida, y la Alianza de la ciencia acoge la vocación de irradiar la luz de la ciencia sobre todas las sendas de la vida. La valoración científica de todo lo real según eternos ideales y la comprensión científica de aquello que haya que emprender ahora para satisfacer a las eternas esencias y las [350] leyes de vida de todas las cosas, es sabiduría, la cual, por ello y en este sentido, es una parte esencial y sagrada de la ciencia *una*. Por este motivo, la Alianza de la Ciencia ha de actuar en todas sus partes y personas acogidas bajo su orden, en el sentido de que la eterna idea de la humanidad y de su vida en su todo y en el organismo global de sus partes sea conocida por los hombres en la medida en que sea posible, a fin de que los hombres reciban, a la luz de este conocimiento, el calor del puro amor, y que este los impulse con vigor para expresar en belleza viva la eterna dignidad de estas ideas en el tiempo. Además, la atención de los miembros de la Alianza, preferentemente de los elegidos, ha de estar dirigida, como con *una* sola mirada inamovible, hacia el desarrollo íntegro de la vida de la humanidad y hacia todo lo que sucede, para conocer lo que hay ahí en realidad y para valorarlo libremente según eternas ideas y las leyes internas de la vida, así como según las leyes artísticas de la formación individual, y para conocer dónde lo real aún es incompleto, deficiente, impuro, en bruto, deforme, y, por ende, adverso al hombre, y dónde es acorde a lo completo, perfecto, puro, formado, bien proporcionado, es decir, a lo digno del hombre. Pero el resultado de este examen merece ser constantemente conformado como parte de la ciencia *una*, ser inscrito en el todo de esta, y comunicado abiertamente a la comunidad de la Alianza, preferentemente a aquellos que

son implicados inmediatamente como personas que actúan, y dárselo a conocer de todas las maneras. Y cuando la Alianza de la Ciencia posea los conocimientos científicos adecuados de lo eterno y de lo temporal, y comparando ambos haya llegado
[351] a una apreciación correcta de lo presente, se le abre, al igual que ya sucede con cada individuo que se halle familiarizado con estas alturas de la ciencia, un nuevo conocimiento doble, que se presenta como la cumbre más alta de la vida misma y como el premio más glorioso de la ciencia íntegra: reconoce lo que ha de hacerse, por parte de la humanidad que camina bajo la luz del conocimiento eterno e histórico, en el todo y en todas las partes de la vida de la humanidad, en todos los lugares y en toda la secuencia del tiempo venidero. También reconoce, con todo, para las edades de la humanidad que aún no estén maduras, lo que probablemente haga y deje de hacer en la constricción del mundo que recibe individualmente *esta* vida de la humanidad, la que solo podrá resolver poco a poco y siguiendo las leyes divinas y gracias a la intervención de Dios y de todos los seres, y, por lo tanto y considerando esta limitación que aún perdura, cómo ha de trazarse ya y mantenerse el plan de vida presente. Por ende, del mismo modo en que la ciencia abarca en *uno* la eternidad y todos los tiempos, también otorga a sus elegidos el poder del consejo, el cual, salvando la libertad, impulsa con vigor hacia lo bueno; y también el poder de la previsión, la cual, iluminando las futuras sendas de la vida con la luz de la ciencia y siendo consciente de las limitaciones humanas, reconoce sin límites y con piadoso amor y humildad el amor y la omnipotencia de Dios. Y es que este santo oficio de la Alianza de la Ciencia de la humanidad, el de aconsejar y de predecir, no puede ni debe limitarse a lo general, sino que ha de penetrar en la plena y rebosante individualidad de la vida, ha de extenderse a todos los pueblos, tribus y
[352] estamentos sociales, a las familias y las amistades y, en general y en los asuntos más singulares, llegar hasta el individuo, al que ha de animar siempre a que investigue toda su esencia y vida conforme a las doctrinas de la sabiduría, y considerando

las condiciones de sus amigos, de su familia, de su pueblo y de su humanidad, brindarle en sucesos singulares consejo y orientación acerca de su futuro. Sin embargo, este modo de aconsejar y predecir no interviene violentamente en el engranaje de las fuerzas, sino que ofrece la libre oportunidad de abrir los ojos a la verdad, y espera tranquilamente a que la eterna fuerza de la verdad penetre en la vida del hombre. Protege la libertad e, incluso, precisamente por medio de la contemplación de las ideas, de lo real y de las leyes de la vida, hace posible la verdadera libertad. De este modo, la Alianza de la Ciencia ha de reflejar a Dios y a su mundo en la conciencia de la humanidad como la de un solo hombre, y refrescar la vida de la humanidad misma con conocimiento eternamente joven.

Finalmente, la actividad operativa de la Alianza de la Ciencia concluye y regresa a sí misma en la educación de la joven humanidad en la ciencia, y en la formación constante y omnilateral de los adultos en la misma. En esta alianza, el arte de educar de la humanidad y del inividuo se debe a lo más esencial, a la ciencia de la educación, la cual solo puede formarse en el interior de la ciencia íntegra orgánicamente conformada. Instruida por la Alianza de la Ciencia con arte sistemático en los monumentos del tiempo científico pasado y actual, la estirpe viva aspira con amor superior y entusiasmo creciente a alcanzar cumbres cada vez más altas; y, de [353]
este modo, florece la ciencia y recolecta la vida sus frutos maduros y bellos.

El tiempo, el lugar y los bienes que requiere la Alianza de la Ciencia para su actuación íntegra, todo ello tendrá derecho a recibirlo durante el reparto general en todas las ramas del destino humano, en justa propoción con todas las demás cosas humanas. Entre los bienes externos, sin embargo, los más importantes son los lugares dignos para la reunión, como templos de la verdad y residencias de la ciencia, repartidos rítmica y simétricamente sobre toda la Tierra –colecciones de los monumentos científicos de todos los tiempos, y las condiciones externas de la educación y formación científicas.

Unida de este modo, la humanidad de cada Tierra es capaz de sondear lo más alto y lo más profundo en Dios y en el mundo, de extraer la doctrina y la predicción de su vida en la plenitud del conocimiento de la vida global en Dios; y, de este modo, también el individuo podrá perserverar hasta alcanzar la luz pura, la plenitud infinita y la configuración uniforme y bella del verdadero conocimiento, en lo cual su espíritu se transfigura, convirtiéndose en la imagen viva del espíritu divino y su vida en la semblanza de la vida divina. La humanidad y el hombre reciben incesantemente, desde el amor y la vida de Dios, de la razón, de la naturaleza y de la humanidad de otros planetas, nuevos motivos para alcanzar un conocimiento más fiel y superior; y, de este modo, la ciencia humana florece a la par como obra de Dios, de la razón, de la naturaleza y de la humanidad superior, y la humanidad acoge libre y amorosamente la revelación de vida superior, con serenidad y contemplación íntimas cada vez más claras.

[354] Este es el trabajo social en la obra fundamental *una* de la humanidad, en la ciencia; pero igualmente esencial, sagrada y grande es la diligencia social en el arte, el cual, unido con la ciencia, complementa la obra fundamental de la humanidad. Por este motivo, también la Alianza del Arte merece que la consideremos con el mismo esmero.

La Alianza del Arte

Del mismo modo en que el hombre es eternamente movido por hacerse presente pensando a Dios y al mundo en conocimiento científico, también tiene predilección por configurar libremente todo lo individual, poetizando según eternos ideales, según ideas, en *un* arte omniabarcante. Son la actividad *una* en la razón y el actuar *uno* en libre obrar, lo que aúna lo ideal y lo real en conocimientos y en obras de arte; y por ello se oponen también la ciencia y el mundo del arte como

la razón y la naturaleza, determinados y dispuestos a fusionar su oposición individual en una sola vida. Cada afán artístico y cada obra de arte nacida de este tienen en sí mismos eterno valor; pero, del mismo modo en que la ciencia regresa a la vida, también el arte actúa por doquier en la vida, para configurarla, como una fuerza sagrada, con semejanza a Dios, y para perfeccionarla como una sola obra de arte. Ensalzar el arte, cuidar el sentido del arte y actuar con todas las fuerzas para que el arte omniabarcante *uno*, como un organismo sano que aglutina todas las artes individuales, cree la vida artística *una*, el mundo artístico *uno*: esta es la sagrada obligación de cada individuo y de cada sociedad fundamental. Y por ello es esencial para la perfección de la vida de la humanidad que todos se unan en *una* Alianza del Arte en la Tierra.

También hemos reconocido la idea del arte en el todo y en sus partes principales. El arte, tal y como lo practica la humanidad, es *uno*, al igual que todo el ámbito de su vida solo es *uno*; pero es un organismo infinito de esferas artísticas individuales, infinito en su objeto, en el modo en el que lo ideal y lo real se fusionan en él, e infinito en su forma interna y externa. El mundo de las ideas refleja a Dios y al mundo, en su vida entera; y los sentidos del espíritu y del cuerpo acogen los rayos de la vida entera de Dios, de la razón, de la naturaleza y de la humanidad. Todo este mundo de lo vivo, que se revela al hombre en lo corporal y en lo espiritual, lo refiere el espíritu creador al mundo de las ideas, insufla a lo individual la vida libre de este, y forma todo lo que le rodea, hasta donde alcanzan sus fuerzas vitales, para crear una sola obra de arte humana, no sin que colaboren armónicamente Dios, la razón y la naturaleza, y la humanidad superior. Cuando lo vivo que ha de formarse se mantiene en la pura razón, es una obra del arte puro de la razón, en el mundo de la poesía pura; sin embargo, cuando algo vivo en la naturaleza es el objeto del afán artístico, y es creado como obra de arte por el espíritu unido con el cuerpo formando un solo artista, nace una obra de arte de la naturaleza; y si, finalmente, lo que ha de ser creado con rique- [355]

za artística es tomado de la esfera de la unión de la naturaleza y la razón, nace una obra del arte que aúna la naturaleza y la razón. Cuando la vida de la naturaleza se refleja en el espíritu y la libre fuerza creadora del espíritu se dirige hacia ella, entonces renace en el espíritu como una obra de libre arte poética.
[356] Si, desde el otro lado, se refleja de modo similar la vida de la razón entera en la naturaleza: todo el arte de la razón interno, puro y libre se convierte en externo; y las obras de arte internas puramente espirituales salen para formar parte del mundo corporal. También estas dos esferas del arte son nuevamente acogidas recíprocamente la una en la otra y renacen la una por medio de la otra. En general, cada una de las esferas del arte contempladas se muestra en su ser y actuar, tanto pura y autónoma, como también socialmente con cualquier otra y, a la vez, con todas las demás en actuación conjunta.

Si contemplamos el modo en el que en todas estas esferas lo real está fusionado con lo ideal, observamos la oposición anteriormente mencionada, a la que asignamos más arriba los nombres de arte íntimo y bello, real e ideal viendo cómo se hallaban unidas en las artes íntimamente bellas o armónicas. La belleza es forma divina, semejanza a Dios en forma finita; es concedida a cada vida y es, a la vez, objeto de afán libre y autónomo; y cada obra de arte, tanto del arte ideal como del real, es, según el nivel de su ser, capaz de tener belleza, habiendo de formarse según las leyes de la belleza; y donde la ley de la belleza gobierna libremente la obra y donde todo es subordinado a ella, ahí el arte será preferentemente arte bello. Otra oposición se muestra cuando contemplamos la obra considerando su finalidad externa: cuando se ha formado solamente por sí misma, para que sea libre en sí misma, entonces el arte que la
[357] crea es libre y la obra misma una obra de arte libre. Sin embargo, cuando existe solo por voluntad de algo externo a ella, no para que sea parte suya, sino para que sirva como cosa externa a una vida extraña, entonces el arte creador de la obra no es libre, sino ligado al cumplimiento de la finalidad, y la obra misma es una obra de arte útil. Sin embargo, las necesidades a las

que se refieren las artes útiles se fundan en parte en la esencia del hombre, que es invariable a lo largo de todos los tiempos, o bien en su estado temporal, que, según las edades del individuo, de cada sociedad fundamental y, en su culmen, de la humanidad, es variable y pasajero. Cuando, finalmente, una obra existe a la vez por sí misma y como algo útil, forma el arte a la vez de modo libre y aplicado, y la obra de arte es libre y útil a la vez. El hecho de que seres subordinados sirvan a seres superiores manteniendo y despertando la vida y siendo útiles, hace que ellos mismos sean transfigurados y elevados a esferas superiores y que se confirme su esencialidad en el todo. El hecho de que cosas que se encuentren a la misma altura sean recíprocamente favorables para la vida, sin renunciar a su libre autonomía, que para ellas es superior y anterior a su utilidad: por ello mantienen su origen superior en un todo superior común y se aproximan para la unión amorosa. Y, finalmente, el que seres superiores sean útiles a seres inferiores, hace que reconozcan a los inferiores como seres iguales en el Ser originario eterno y eleven a los inferiores hacia armonías superiores del mundo. Por último, el que todos los seres sean útiles para todos los demás y que sean mutuamente provechosos y necesarios para su vida, es un venerable monumento de la eterna sabiduría y del amor de Dios. Todo lo útil es sagrado, pues promueve la vida y el orden en el reino de Dios. Pero a pesar de la utilidad de las cosas, no ha de olvidarse su valor propio ni tampoco confundirse [358]
lo útil con aquello que únicamente promueve los fines injustos y egoístas de seres individuales; y, tampoco, ha de llamarse útil a algo porque nos proporciona placer. El afán de perfeccionar el arte útil en el sentido más amplio como un arte único es por ello venerable, divino y esencial a la humanidad, y el ser útil es por doquier una bella gloria. En efecto, la utilidad se halla en sí misma en eterna armonía con la belleza y con la vida autónoma. Cuanto más autónoma y bella sea una obra, tanto más útil puede ser. Lo útil no consiste en lo bello y lo bello no es lo útil; ambos son formas del mundo omniabarcantes, libres y autónomas, que se unen en *una* armonía superior.

La misma infinidad se da en el arte si consideramos la forma interna y externa de sus obras, y en ello sus obras son, o bien obras de un individuo, o bien obras en sociedad de varios, por lo que esta diferencia puede que se exprese en la obra misma o no. Finalmente, al arte también se le abre un ámbito infinito de medios de expresión, que ha de tratar con precisión la ciencia del arte en sus detalles. Pero nosotros abordaremos ahora al artista mismo, al hombre y a la humanidad.

Ya el hombre individual siente la llamada del arte en sus múltiples formas, sintiéndose impulsado a conformarse a sí mismo y a su vida entera según la idea de *una* obra de arte, pero este anhelo supera los límites de su personalidad, y la
[359] obra de este afán supera sus fuerzas. Le es imposible dedicarse con gran éxito a varias artes, y mucho menos a todas. El arte que practica solo puede prosperar en la perfección de todos los demás y, por ello, se siente impulsado a unirse con otros en sociedad para practicar el arte, a fin de que nazca un todo del arte en el que sus obras se glorifiquen como partes individuales y a fin de que se forme y fortalezca su propio sentido artístico, se despierte su diligencia artística y aumente su habilidad artística. De este modo, se forma en el seno de las familias, de las amistades y de todas las sociedades fundamentales, en cuanto han alcanzado verdadera personalidad superior, una vida y un afán por el arte en comunidad, comportándose cada una de ellas como *un* artista. Pero del mismo modo en que el arte, infinitas veces infinito, es demasiado extenso para el individuo, también lo es para la familia y la amistad, para cada estamento, tribu, pueblo, e incluso para cada humanidad en los diferentes lugares de residencia en el universo. Cuanto más aumenta el número de los individuos, con tanto más éxito se podrá practicar el arte *uno* de modo omnilateral y uniforme. Cada número finito de hombres adoptará un carácter artístico individual, y conformará preferentemente un arte o varias artes. Incluso las oposiciones fundamentales del sexo, de la edad, del carácter, de la vida en la ciudad y en el campo, tienen su reflejo en la elección de las artes y en la particulariad de su

ejecución. La diligencia artística tiene en el individuo, en las familias, en las amistades, en las familias que viven congregadas en una localidad, en las tribus, los pueblos y en la humanidad entera, el mismo número de esferas libres, autónomas, subordinadas y coordinadas de su efectividad. Sin embargo, dado que [360] la esencia del arte y su práctica dependen de las oposiciones de las sociedades fundamentales y obedecen más bien a su propia naturaleza y legislación, surge la siguiente demanda: que todos los artistas se unan puramente como artistas en el seno de aquellas sociedades fundamentales y apliquen diligencia libre y autónoma a favor de la perfección de su arte, que seguirá únicamente las leyes del arte, las cuales surgen de la naturaleza de la obra o de las fuerzas que la conforman. El fundamento de una unión más estrecha, formando una sociedad artística, es la igualdad del arte de la que se ocupan los socios, y lo opuesto en esta igualdad, lo que desarrollan los asociados armónicamente en las obras y en su actividad. Dado que las artes individuales son partes subordinadas de *un* mismo arte, pues en él se unen varios en *un* todo superior, porque cada arte ha de convivir con su arte opuesto en *un* arte armónico y porque, además, las artes individuales solo prosperan en, con y a través de las demás, como *un* arte, como miembros de *un* cuerpo, entonces también todas las sociedades del arte, unidas entre ellas según las mismas leyes en todos cada vez superiores, han de ser en su culmen *una* alianza del arte que abarca a todos los hombres y en la cual la humanidad actúa como *un* artista verdaderamente personal, que forma, en un arte que abarca uniformemente a todas las artes individuales, *un* mundo artístico en y alrededor de sí mismo, y perfecciona su propia vida, como toda vida con la que interactúa, según la eterna idea de *una* obra de arte.

La Alianza del Arte abarca a todos los hombres, porque el [361] sentido artístico, la diligencia y la intuición artísticas son esenciales a cada hombre en sí y para la forma de vida artística. Sin embargo, aquellos que dedican preferentemente su vida al arte pertenecen a la Alianza del Arte como elegidos de la misma.

Sin separarse de la humanidad, como la comunidad artística en su todo, forman en unidad comunitaria con ella, como los miembros elegidos para ese fin, el mundo artístico íntegro en *un* solo arte. Distribuidos en todas las áreas artísticas según el plan diseñado en comunidad, forman y trabajan, bien ordenados en tiempo y espacio y en el uso de la fuerza, en talleres individuales o comunitarios del arte libre y no libre, bello y útil, en todas aquellas obras que abarca la vida entera de la humanidad y que requiere para su dignidad, belleza y salud. La comunidad contempla las obras de los artistas, constituye su público y recibe placer espiritual y corporal del mundo artístico creado por ellos, y la humanidad entera en toda su vida recolecta y goza de los frutos de todas sus aspiraciones artísticas. Pero ellos mismos encuentran la recompensa digna y dulce de sus esfuerzos en el aplauso, en el sentido artístico de la comunidad que ellos mismos han formado, en el ennoblecimiento general humano, en el beneficio y la alegría que reparten por doquier con sus creaciones.

También la constitución de la Alianza del Arte se basa, por un lado, en la esencia de su obra y, por otro lado, en la naturaleza y las leyes internas de las fuerzas que han de generarla. En primer lugar, ha de estar totalmente conforme con las formas generales universales del ser y vivir autónomos, del derecho,
[362] de la intimidad y de la belleza. En segundo lugar, cada hombre se destina por libre elección para el arte en general y para un ámbito determinado de este; además, cada uno es libre de elegir los diferentes objetos de arte dentro del ámbito de un arte determinado. Sin embargo, cuando ha tomado su decisión y ha sido confirmado en ella por la Alianza, entonces acepta una doble limitación de su libertad esencial para la perfección superior del arte humano, pues está obligado a actuar dentro de un ámbito elegido, a fin de que la vida artística en comunidad y el mundo artístico social no sean privados de la parte para la que se ha comprometido, y, además, está obligado a actuar según las leyes del arte que emanan de la naturaleza misma de su obra y de sus fuerzas. La legislación interna de la Alianza se

diferencia en las distintas partes del arte *uno*, es decir, según los distintos motivos de clasificación. De este modo, las artes libres son, según su propia esencia y por referirse a la vida de la humanidad, absolutamente libres. Las artes útiles, sin embargo, se encuentran legalmente vinculadas, pues en estas últimas se presupone el reparto de toda propiedad fundamental pertinente que ofrece la naturaleza a la humanidad en toda la Tierra. Este reparto se halla en su mayor parte fuera de la Alianza, porque ha de cubrir a la vez todas las necesidades de la vida de la humanidad y, al mismo tiempo, lograrse con bondad moral.

La actividad operativa de la Alianza del Arte está únicamente destinada a que el arte *uno* florezca y viva en la Tierra, y las partes individuales de esta actividad son formadas de un modo muy similar a las de la Alianza de la Ciencia. Ninguna obra de [363] la humanidad puede tener éxito si la idea de esta y su historia, siempre y cuando ya exista, no se alce en claro conocimiento para el hombre. Por este motivo, la Alianza del Arte aspira en su todo y en todas sus partes a que la formación artística y el mundo artístico mantengan en viva contemplación el eterno ideal, y a que reconozcan con claridad la eterna esencia del arte en general, la esencia de cada una de las esferas de las artes y, en particular, de cada arte individual, y a que determinen las leyes de cada obra de arte, tanto las que se hallan en la naturaleza de la obra, como aquellas que se hallan en la naturaleza del hombre creador de arte. Entonces ha de concebirse también todo el ámbito que se le brinda al arte en la vida real de todas las cosas, y ha de formarse y tener siempre presente la historia de las aspiraciones artísticas anteriores de la humanidad, con el fin de que pueda diseñarse continuamente *un* plan artístico y, en él, planificar las actuaciones que, en la actualidad, demanda cada arte individual y que han de seguir determinándose continuamente según el progreso de la vida de la humanidad. Pero para la formación del arte, el conocimiento no basta. Espíritu y ánimo, el hombre completo, han de sentirse penetrados por el impulso artístico íntimo. Incluso cuando han de contemplarse las obras de arte, reconocerse y

hacerse efectivas para el ennoblecimiento del hombre completo, es esencial que haya actuación continua del sentido artístico y continua vivificación del sentimiento artístico, con el fin de que el contemplador reproduzca la obra espiritualmente y de este modo la haga suya. Para despertar este entusiasmo general
[364] por el arte, mantenerlo y a la vez estimular el gusto de formar el arte en comunidad, la Alianza del Arte necesita una práctica social, en la cual se enseñe y se alabe la esencia del arte, íntimo y bello, libre y útil, así como el arte vital del hombre y de la humanidad, y se expongan las obras más excelentes de todo tipo, y se forme, recompense y anime a los artistas por medio del aplauso de la comunidad congregada.

En lo que se refiere a la práctica del arte mismo, el primer cometido es el proyecto del plan de la obra, que se halla en constante desarrollo, el destino y la ordenación de los trabajadores en arte de todo tipo y el reparto uniforme entre ellos de todos los trabajos, según tiempo y lugar, y el uso de la fuerza en la Tierra entera. En las artes mismas hallamos una escala de dignidad que se fundamenta en la escala de la riqueza vital desplegada por la obra y en la escala de las fuerzas artísticas, dependiendo de su modo, pluralidad, intimidad y armonía, empezando por las obras omniabarcantes de la libre y bella poesía, hasta descender a los más modestos trabajos manuales útiles. Esta escala, basada en la naturaleza de las artes mismas, determina un orden jerárquico similar de los artistas como tales, el cual, sin embargo, no ha de confundirse con la escala de la dignidad que cada hombre adquiere como hombre en general, pues la dignidad que el hombre tiene como artista solo supone una parte de esta. A pesar de ello, cada arte, como parte orgánica del destino *uno* de la humanidad, merece respeto y reconocimiento; y el sacrificio con el que un número de hombres se dedica para el beneficio de la humanidad entera a ocupaciones artísticas menores, merece tanto más amor
[365] y gratitud de los demás, debiendo la comunidad de la Alianza del Arte demostrarles con gozo a los trabajadores profesionales útiles este respeto, amor y gratitud en sus asambleas festivas.

La misma importancia que tiene el reparto de los trabajos artísticos entre los trabajadores, la tiene también su dirección según una ley común, con el fin de alcanzar su objetivo común, es decir, la vida del arte armónica *una* de la humanidad en la Tierra entera y en todas las personas subordinadas. Todos han de unirse armónicamente en obras sociales, y un arte ha de preparar el trabajo al otro, ha de apoyar al otro, elevarlo y unirse libremente con él. Todo lo que el individuo forma y crea en solitario, ha de destacar en el todo, ha de glorificar al todo, y todo lo común, y, en su culmen, el todo, ha de repercutir elevando y transfigurando todo lo individual. Todas las obras de arte han de unirse en *un* mundo artístico, y toda obra de arte excelente ha de reconocerse y exponerse a los congéneres y conservarse para la posteridad: en el círculo periódico de fiestas artísticas, los artistas han de exponer sus obras ante los ojos de la comunidad congregada, para que en ella se refleje su vida artística entera. Y dado que la vida del hombre individual y también la de la humanidad han de perfeccionarse mismamente como una obra de arte, es el deber de la Alianza del Arte examinar y valorar libremente todo lo que ofrece la vida de la humanidad según la idea de la obra de arte, según las leyes del arte de vida, y expresar siempre las exigencias que formula el arte ante la vida de la humanidad presente y futura.

Finalmente, la actividad operativa de la Alianza del Arte regresa a sí misma al practicar el arte de educar a la humanidad [366]
en constante rejuvenecimiento, y de seguir formando en ella a los educados. De este modo, la Alianza del Arte gestiona en su culmen *una* institución general educadora y formadora en el arte, pero, a continuación, mantiene el mismo número de instituciones educadoras y formadoras particulares que artes individuales autónomas contiene el arte *uno*.

La Alianza del Arte requiere para su funcionamiento y actuación un organismo rico en bienes diversos: preferentemente tiempo, lugar y personas para el trabajo, las cosas que han de trabajarse, lugares de reunión y santuarios del arte. Deben proporcionársele estos bienes en el reparto legal de todos los

bienes, al igual que a cualquier otra parte del destino humano, según las leyes de la virtud, del derecho, del amor y de la belleza.

Esta es la esencia general de la Alianza de la Ciencia y de la Alianza del Arte, tal y como se contraponen como uniones operativas igualmente dignas. Pero la ciencia y el arte están hechos la una para el otro, a fin de penetrarse recíprocamente generando *una* vida. Ya tratamos anteriormente esta unión armónica de ciencia y arte, pero ahora nos reclama que contemplemos la aspiración social de la humanidad por alcanzar esta unión.

La Alianza de la Ciencia y el Arte en unión de ambos

Igual que cada hombre individual, también cada sociedad fundamental y, en su culmen, la humanidad han de formar la armonía de la ciencia y del arte de modo completo, uniforme
[367] y omnilateral, y han de completar, a la vez, la vida de la humanidad entera misma en ciencia y arte. La vida de intercambio uniforme de ciencia y arte ya es esencial a cada uno de ellos para alcanzar su perfección interna. Pues la ciencia en general, preferentemente la ciencia empírica, presupone que haya arte para formar libremente los objetos de la contemplación y tratarlos artísticamente. El arte, sin embargo, requiere la consideración científica de su idea entera y de lo esencial en cada obra, y en su creación y contemplación refiere lo individual a la idea de modo pensante. Además, los formadores de ciencia necesitan el arte particular e infinitamente diverso para investigar la verdad y organizar lo verdadero reconocido en *un* organismo de la ciencia. Sin embargo, este arte es una parte subordinada del arte *uno*, y solo podrá completarse en el todo del arte y solo podrá ser adquirido por aquel cuyo sentido del arte se haya alimentado, purificado y agudizado en la diversa contemplación del mundo artístico entero y de las obras de las

artes más diversas, y cuyo ánimo se haya formado para reverenciar y amar lo vivo y bello. En cambio, también el arte necesita la ciencia del arte: le son esenciales la contemplación científica de la idea del arte, de la formación del arte, del ejercicio del arte y de las ideas de las artes singulares y el conocimiento científico del objeto que ha de tratarse artísticamente. La ciencia ha de representarse como *una* obra de arte animada, y el arte ha de ser la verdad animada misma. De este modo, íntimamente unidos, ambos solo pueden completarse mano a mano y solo en progreso uniforme: cada conocimiento nuevo provoca [368]
una ampliación del arte, y cada ampliación del arte lleva a un aumento de la ciencia. Ya tan solo por esta interrelación armónica de la ciencia y del arte, es necesario que se unan socialmente la Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte, con el fin de formar aquella interacción y cumplir con las exigencias de esta. La Alianza del Arte ha de comunicar a la Alianza de la Ciencia todo su mundo artístico, dirigiendo su atención a aquello que pueda servir para formar la contemplación científica y exponer lo verdadero reconocido. La Alianza de la Ciencia, en cambio, ha de dar a conocer a la Alianza del Arte todo lo verdadero ya anteriormente configurado en ciencia o lo hallado nuevo, en la medida en que pueda ser de alguna forma útil para el arte como nuevo objeto de arte, como herramienta o fuerza.

La Alianza del Arte ha de ayudar a los formadores de ciencia en la formación en el arte para investigar y configurar la ciencia, y verificar y valorar su investigación y configuración según la idea de una obra de arte que le es familiar. Sin embargo, la Alianza de la Ciencia ha de apoyar a la Alianza del Arte en la adquisición de la ciencia del arte y verificar y valorar el mundo artístico entero según la idea de la ciencia y de la verdad. Finalmente, ambas han de comunicarse mutuamente las necesidades científicas o artísticas generadas por el progreso de la vida de la humanidad, para que ambas, en unión, se esfuercen y se ayuden mutuamente para alcanzar la vida superior.

Pero en la armonía de la ciencia y del arte que ha de abarcar la Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte se reclama aun [369]

algo superior a esa mutua adecuación a su fin y la prestación de ayuda que acabamos de reconocer. Pues, del mismo modo en que en cada hombre han de animarse la ciencia y el arte armónica y uniformemente y en libre interacción, así también cada persona superior de la humanidad ha de alcanzar esta perfección. Algunos hombres se dedican preferentemente a la ciencia, otros al arte, pero otros incluso aspiran aun a alcanzar la excelencia uniforme en ambos. Lo mismo vale para las familias, las tribus, los pueblos y, en su culmen, la humanidad, la cual, como un todo, solo se halla perfeccionada cuando logra la ciencia y el arte uniformemente. Por este motivo, para formar esta unidad superior, que es más de lo que es cada uno de ellos, la Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte han de unirse armónicamente en toda su vida y actuación, como en *un* actuar de la humanidad, sin renunciar por ello a su autonomía. Por tanto, ambos han de disponer reuniones conjuntas, consejos, trabajos y festividades comunes, costumbres y actos artísticos todos, en los que se despierte aquel sentido armónico y aquel amor íntimo que abarca uniformemente a ciencia y arte, y así, mano a mano, aspirar a la perfección superior. Por ello, la Alianza de la Ciencia ha de presentar a la Alianza del Arte sus resultados, sus tareas y el todo de sus trabajos, y viceversa. [370] Por ello, han de unir sus exposiciones sociales supremas en *un* todo científico y artístico, elevadamente bello y festivo. En sus reuniones autónomas han de asistir consejeros de la otra alianza para hacerse mutuamente presentes; ambas unidas han de valorar la vida de la humanidad entera según la idea de la armonía de ciencia y arte y ayudar a diseñar el plan de vida de la humanidad. Entonces se hace realidad en cada individuo, al igual que en todas las familias y personas superiores, y en lo más elevado, en la humanidad entera, aquel alzarse lleno de espíritu y ánimo y libremente vivo por encima de la ciencia y del arte, de lo verdadero y vivo. Entonces se anima aquel libre trato perfeccionado con uno mismo y con los demás, en el que ya anteriormente reconocimos la perfección interna uniforme del hombre y de la humanidad.

Bastante similar a la Alianza de la Ciencia y a la Alianza del Arte, también la alianza de ambos en unión dispone de una constitución social similar, cuya legislación procede de la unión armónica de las legislaciones de ambas. Las reuniones y los trabajos conjuntos han de suceder y anteceder a las reuniones autónomas de cada una de las alianzas, bien distribuidos en tiempo y lugar. Los miembros de la comunidad no elegidos son comunes a ambas alianzas; pero los elegidos se unen sin borrar su carácter opuesto. También para la educación y la formación, esta alianza en unión demanda una institución propia, que procede de modo similar a la unión de las dos instituciones formadoras autónomas. Además, la alianza en unión necesita ser provista de nuevos bienes, santuarios de la alianza propios para sus reuniones más numerosas, equipados con todo lo que sea necesario para la exposición social de sus obras [371]
y el ejercicio de su actividad operativa.

La Alianza Total para las Obras Fundamentales

Todas las cosas verdaderamente opuestas entre sí lo son dentro de *un* todo común superior, en cuya fuerza se hallan ambas mantenidas y unidas en *un* tercero. Por este motivo, dado que hasta aquí hemos contemplado la Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte en su autonomía y en su unión interactiva, ahora nos requiere el todo en el que ambas se hallan opuestas y a la vez unidas, para que lo reconozcamos y determinemos uniformemente.

Ciencia y arte son las dos obras fundamentales de la humanidad, y en ellas se unen en sí y en la conciencia lo ideal y lo real, lo relativo a la imagen originaria y a lo individual, lo eterno y lo vivo. Son, contempladas en sí mismas, *una* obra fundamental, como la formación entrelazada de lo ideal y lo real. El hombre se hace consciente de ella como de *una* tarea de la vida, y solo por y en esta equidad esencial se fundamenta

eternamente su oposición y su unión. Las mismas facultades y fuerzas surten efecto en la formación de la ciencia y del arte, siguiendo las mismas leyes generales. En ambos se halla presente la contemplación del Ser originario, la contemplación suprasensible de lo eterno y lo permanente y la contemplación sensible de lo temporal y lo vivo; en ambos actúa la imaginación, en ambos se piensa, imagina, desea, actúa. Pero todo esto en direcciones opuestas, que se compenetran armónica-
[372] mente en la armonía de la ciencia y del arte sin anular por ello su diferencia. Ahora bien, siendo ciencia y arte en sí mismos solo *una* obra fundamental, entonces requieren ser formados como *una* obra y solo así pueden lograrse. Por este motivo, el individuo, al igual que todas las sociedades fundamentales, ha de concebir la idea de ambos como *un* todo, para perfeccionar la obra fundamental íntegra de la humanidad y, en ella, ciencia y arte en oposición y en armonía. Hemos hablado de la aspiración social por la ciencia y el arte en contraposición y en su armonía, pero nos resta hablar de la Alianza de la Obra Fundamental de la Humanidad en su conjunto, de la Alianza Total para la Ciencia y el Arte. La efectividad de la unión de lo ideal y lo real, antes y por encima de la separación en esferas opuestas, es superior y anterior a la efectividad de la ciencia y el arte y su armonía. La comunidad de la Alianza Total abarca igualmente la humanidad entera, porque cada hombre ha de tener esta contemplación y formación general. Pero los elegidos de esta han de tener una formación temperada en ciencia y arte armónica, y no deben permitir que en su actividad operativa entera destaque la oposición entre ciencia y arte. La constitución es, según su esencia, la quintaesencia de aquello que tienen en común las constituciones de la Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte.

La actividad operativa de la Alianza Total para la Obra Fundamental de la Humanidad se dirige, en primer lugar, al
[373] conocimiento del ideal, a la historia y al plan de la obra de este. Esta alianza ha de reconocer las ideas fundamentales de la ciencia y del arte, su verdadera oposición, así como su idéntica

dignidad y esencialidad, haciéndoselo presente a todos los hombres por medio de enseñanzas constantes. A través de una bella práctica del arte, que consiste en costumbres y exposiciones significativas, han de despertarse, ganarse, alimentarse y formarse uniformemente, a favor de la ciencia y del arte, el sentido, la facultad imaginativa, la capacidad de observación, la memoria, el entendimiento, la inclinación y la voluntad y la facultad de la razón entera que domina todas estas facultades. En las asambleas de esta alianza total, ambas, la Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte, han de rendir cuentas de su actividad operativa y han de recibir su veredicto, así como las instrucciones para su próximo negocio, según la idea de la obra fundamental íntegra. La Alianza Total ha de velar por que la Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte crezcan uniformemente en organización perfectamente similar. Para ello, es preciso que la Alianza de la Ciencia, la Alianza del Arte y su alianza en unión de ambas tengan consejeros permanentes en su Alianza Total, y que esta última los tenga también en cada una de ellas, a fin de que no se interrumpa su relación de vida. Y, finalmente, esta Alianza Total ha de reconocer y valorar la vida entera del individuo, de las sociedades fundamentales y, en última instancia, de la humanidad, según la idea total de la unión de lo ideal y lo real, dando libremente instrucción para que siga formándose uniformente en ciencia y arte como algo eterno en el tiempo. Si finalmente la Alianza de la Ciencia, la Alianza del Arte y su alianza en unión de ambas demandaban una institución educadora particular, esto es válido también para su Alianza [374] Total, la cual presupone una formación que no es capaz de brindar ni la ciencia ni el arte, porque existe por encima de ambos. La institución educativa de esta Alianza Total educa uniformemente a todas las fuerzas del espíritu y del cuerpo para que después sean capaces de recibir la formacion particular para la ciencia y el arte. También esta Alianza requiere bienes particulares para su actividad operativa íntegra, que han de tenerse en cuenta en el reparto general de los bienes.

Así de orgánica, rica y armónica es la actividad operativa social de la humanidad a favor de su obra fundamental. Pero formada del mismo modo se halla también aquella para la autoobra de la humanidad, para la formación del hombre y de la humanidad hacia un ser en Dios perfeccionado en sí mismo y en sociedad. En ello, la humanidad se materializa a sí misma, deviene su propia obra y crece por su propia diligencia artística consciente, convirtiéndose en vida cada vez más rica, íntima y bella. También esta sociabilidad autooperativa requiere ser contemplada uniformemente y con esmero.

La Alianza para la Formación de la Humanidad

Formación de un ser en general es dirección artística de su vida interior, para que desarrolle sus capacidades y las dirija y utilice adecuadamente para expresar su esencia eterna. Todo ser que desarrolla su vida en la constricción del mundo requiere de la formación, pues experimenta su brotar, su florecer, su crecer, su máxima plenitud vital, su encoger, su marchitar
[375] y su morir en períodos regularmente recurrentes y entrelazados en la vida general del mundo. Todo ser vivo ha de ser orientado de tal modo, por decirlo así, que se paute según los puntos cardinales de su vida en Dios, para que desarrolle su propia vida interior en secuencia regular, y entre en interacción omnilateral con toda la vida exterior. Sin embargo, la necesidad de la formación no solo se debe a las limitaciones externas de la vida, sino originariamente a las internas y a las leyes generales del crecimiento. Al hombre, como el ser más vitalmente rico y más sociable en Dios, también le es esencial la formación más artística y polifacética; y es una gran ventaja de su naturaleza que prudentemente pueda establecer como objetivo su propia perfección como hombre y pueda trabajar en ella con arte consciente y libre. Las limitaciones internas y externas de su vida son de dos tipos, corporales y espirituales, y aquellas

que el cuerpo y el alma se imponen mutuamente; pues ambos solo pueden acompasar su vida y enraizarse el uno en el otro cuando esto sucede paulatinamente.

La exigencia de formarse se dirige a todo hombre individual y a todos los individuos mutuamente, así como a todas las personas superiores de la humanidad, pero supremamente a esta misma como *un* todo social. Todos los individuos son, considerados en sí eternamente, *un* ser, y han de volver temporalmente en todas las partes de la vida a aquella unidad originariamente primera; y del mismo modo en que el hombre individual, y cada sociedad subordinada, solo es y vive en el todo de la humanidad, la formación no puede perfeccionarse por su propio esfuerzo, sino solo en unión con los múltiples [376]
esfuerzos sociales de los demás y, supremamente, de la humanidad misma. La humanidad entera ha de unirse en *una* alianza de la formación, de manera que, empezando por el individuo, en todos sus miembros y personas, en la vida entera y en todas sus partes, se plenifique libre, sabia y artísticamente como *un* ser vivo, de modo que manifieste en belleza individual su eterna idea dentro de los límites del espacio, del tiempo y de la fuerza.

Esta aspiración artística de la formación de la humanidad se dirige al ser vivo mismo como tal, a sus miembros y fuerzas, no a sus obras. Las fuerzas del hombre han de formarse, ejercitarse y fortalecerse según su idea, de tal modo que sean capaces de completar todas las obras que corresponden a su destino. Esta formación de la humanidad es un arte íntimo, bello y armónico, que presupone a la vez ciencia de la idea, de la historia y de la armonía de las mismas. En primer lugar, todo hombre tiene la capacidad y la obligación de formarse a sí mismo, de ser a la vez su obra y su maestro; después siente él también su vocación y deber de actuar a favor de la formación de otros hombres y sociedades de hombres. Esto se repite en cada persona superior de la humanidad en relación consigo misma y con todas las demás; y, supremamente, todas estas aspiraciones entran en consonancia con la autoformación *una* de la huma-

nidad, en la que entonces todas las aspiraciones subordinadas encuentran su verdadera dirección, solidez, verdadera medida y relación, y cada persona de la humanidad su verdadera plenitud y belleza de vida.

[377] La humanidad es órgano de Dios y de su universo, y su vida parte de la vida global en Dios. Se halla eterna y esencialmente bajo los influjos formativos superiores de la naturaleza, la razón y Dios; su autoformación solo puede, por tanto, tener éxito en armonía y en relación periódica con la autoformación interna de la naturaleza y de la razón, y con todos los influjos de estas sobre la formación de la humanidad. Así como todo ser queda múltiplemente fortalecido y se hace más rico en plenitud de vida mediante el intercambio de vida formativo con el mundo y con Dios, así la humanidad, como el ser mundano más íntimo, gana con ello más que con cualquier otra cosa. Y Dios, que forma a todos sus seres con *un* amor, no puede dejar sin perfección a su obra suprema, la humanidad.

La formación es necesaria a cada ser, sobre todo a la humanidad, preferentemente en el comienzo de las etapas principales de la vida y de nuevas condiciones fundamentales con Dios y el mundo. Tales etapas son el nacimiento, la elección de profesión y la muerte, la fundación de una familia, de una tribu, de un pueblo, de una humanidad de la Tierra. Entonces el ser necesita nuevas fuerzas y nuevos órganos se forman en él que requieren ser ejercitados. Por todos lados se enfrenta con nuevos e insólitos obstáculos y poderosos impedimentos que rebasan sus tiernas fuerzas, a no ser que seres externos le ayuden amorosamente, protegiéndolo y formándolo. Mientras dura una etapa principal de la vida, durante ese tiempo, la idea del ser vivo no se ha manifestado plenamente en él y por eso es necesario que aquel arte de formación le acompañe constantemente en la vida.

Si consideramos lo esencial de toda formación en general,
[378] encontramos en ella una ayuda artística para el crecimiento de la autovida del ser que se ha de formar. Los puntos principales del arte de la formación se basan, por tanto, en la presentación

de las condiciones internas y externas de la vida en *un* todo orgánico. La presentación de las condiciones internas está dirigida sobre todo a la perfección general del ser como ser total, y luego a la unidad, pluralidad y armonía de sus miembros y fuerzas como un ser de esa especie, como un individuo con esa particularidad propia y como un ser en íntima vida de intercambio con Dios y con el mundo. En lo que toca a las condiciones externas de la vida, hay que adquirir, fortalecer y mantener aquellas que la afirman, según los diversos órdenes de su esencia; y hay que evitar, debilitar y destruir aquéllas que niegan la vida y la inhiben, perturban, desorientan, desgarran, debilitan, tensionan excesivamente, mutilan y desfiguran sus organos y fuerzas. Durante toda actuación conforme a las reglas del arte sobre el ser en formación, es necesario guardar santamente sus leyes de vida y toda la situacion de su vida en el universo, así como las leyes de vida del formador, y nunca han de violarse las leyes universales de lo bueno, lo justo, lo íntimo y lo bello. Estas doctrinas fundamentales acerca de cualquier formación son especialmente válidas para la formación de la humanidad, que es la más complicada y la más difícil de todas.

La formación de la vida de la humanidad abarca en sí dos esferas que son esencialmente opuestas en razón de la relación del ser en formación con aquel que le ha de formar, relación derivada del estado interno de ambos. Pues el que es formado [379]
se relaciona con su formador en el ámbito de la formación como un subordinado, o bien como un igual a él. El primer tipo de formación lo denominaremos *educación*. Bien es cierto que los hombres, según su esencia fundamental, nunca son subordinados unos de otros, sino que son siempre totalmente iguales y ocupan el mismo plano; pero cada uno forma su vida solo poco a poco desde el primer germen hasta la plenitud suprema que pueda alcanzar. Mientras en unos se encuentran aún germinando miembros y fuerzas de la vida, en otros están en pleno florecimiento, y todavía en otros ya en plena madurez. Ya sea que un hombre se encuentre aún en germen como hombre

en su totalidad, o en algunos de sus miembros y algunas de sus fuerzas, en cualquiera de esos casos, siente la necesidad de la educación. Algunas personas pueden en diversas facetas incluso hallarse entre ellas en relación recíproca de educador y pupilo, pero no a la vez. Por eso son sobre todo los niños, desde la primera huella de su vida, los necesitados de educación, así como cualquiera que permanezca, por lo que sea y en la medida que sea, en estado infantil; y no menos las familias, tribus, pueblos y, finalmente, la humanidad entera mientras se hallen en estado infantil. En la relación de intercambio de la educación, el educador da y el pupilo recibe; el educador actúa con libertad y con arte consciente, el pupilo recibe con libre obediencia y lleno de confianza, aun cuando al comienzo de la educación ni siquiera intuya la intención del educador o, al menos, no la comprenda en sus detalles. El carácter propio de la educación es la formación de un ser subordinado a uno
[380] superior en un ámbito determinado; el educador puede ser por lo demás, según su esencia fundamental, una persona igual o superior al pupilo. E incluso como el hombre total, una vez ha alcanzado la autoconciencia clara, se halla como hombre total por encima de sí mismo, en cuanto es su organismo interior de miembros y partes individuales, puede y debe el hombre ser su propio educador; y toda educación que recibe el hombre desde el exterior es propiamente una autoeducación inconsciente, cuya consciencia y fuerza directora está fuera, en el educador. Un educador diestro en su arte ha de dirigir por tanto al pupilo hacia la autoeducación, comunicarle su arte educativo a la vista del ejemplo del propio pupilo para que aprenda a educarse a sí mismo con consciencia y libertad. Cuando el pupilo ha llegado a ese arte de la autoeducación, su educación desde el exterior ha concluido, se hace consciente de sí mismo, se hace libre, se hace adulto en ese terreno y deja de estar subordinado al educador. Cuando, por el contrario, los formadores y formandos son completamente iguales en el terreno de la formación, pueden alternativamente dar y recibir, actuar y recoger, mandar y obedecer; pues cualquier campo del destino de la humani-

dad es infinito y capaz de formación y exteriorización infinitas de la vida adquirida. Por tanto, a esta esfera de la formación podemos llamarla preferentemente instrucción, puesto que ya presupone, al menos en parte, la educación. La instrucción le es tan esencial al hombre como la educación, y ambas juntas constituyen toda la formación que el hombre y la humanidad deben dar y recibir. En ambas se ejercita un arte común de la formación, es decir, que tienen una doctrina de arte común, [381]
que después recibe diversas determinaciones según el distinto carácter de ambas para convertirse en la doctrina del arte de la educación y del de la instrucción como tales. Dirijamos entonces nuestra mirada en primer lugar a las verdades fundamentales de la formación de la humanidad.

Según su objeto, la formación se refiere al hombre completo, al cuerpo y al espíritu y a la interrelación vital de ambos. Así como las formas fundamentales del universo son unidad, pluralidad y armonía, así también el hombre y la humanidad han de formarse como *un* ser verdaderamente total, indivisible, y distinguiendo en ese ser total con igual cuidado el cuerpo y el espíritu, cada uno para sí mismo y en la armonía de su vida de intercambio, para que así habite en un cuerpo sano y bello un alma sana y bella, y que ambos convivan en *un* hombre totalmente sano y bello. Cuerpo y espíritu y su interrelación vital deben ser equilibradamente formados de manera polifacética y armónica, según las formas eternas del mundo de la perfección ética interna, de la justicia, de la intimidad y de la belleza; y el espíritu y el ánimo, la inclinación y la voluntad deben dirigirse inmutablemente a ellas. Y dado que en todos los seres lo eterno u originariamente esencial en ellos es también lo que permanece en todo tiempo, en lo que se va configurando su vida individual, resulta entonces esencial para la formacion general humana, para la corporal y la espiritual, que el espíritu y el ánimo, la inclinación y la voluntad se ganen y formen armónicamente para lo eterno y permanente y para lo individual y viviente. En cada hombre se halla lo esencial de la naturaleza humana, y la vida individual de todos sigue las mismas reglas. [382]

Estas leyes humanas generales han de llevarse a la conciencia de todos mediante el arte de la formación de la humanidad, para que la voluntad las obedezca y la vida individual entera las siga. Una formación fundamental es esencialmente necesaria para todos los hombres; y del mismo modo en que en lo que es común a todos se desarrolla lo individual de cada uno, así también solo en del arte de formación general inmutable para todos los hombres puede surgir el arte de formar a cada persona subordinada de la humanidad y a cada hombre individual como tal individuo. Pues ningún hombre es un hombre en general, sino un ser originalmente particular en todas las manifestaciones exteriores de vida y en todas las relaciones interiores de sus miembros y fuerzas; su vida se forma según su ideal particular, único en el universo, y comienza en brote libre y autoconsciente solo desde el momento en el que llega a tenerse conciencia de ese ideal particular. Por eso, el formador de hombres tiene que contemplar ese ideal particular del formando y configurar conforme a él su plan educativo general, concretándolo cada vez más hasta convertirlo en un plan totalmente individual, según el cual se rija y perfeccione toda la vida del formando siguiendo aquel ideal. Es decir, que el individuo ha de formarse, en primer lugar, conforme a la esencia general de la naturaleza humana, y después, y a la vez, conforme a su ideal individual en el espíritu total y en el cuerpo total y como hombre completo. El destino total del hombre es infinito en todos sus lados, y es cierto que el hombre individual es capaz sin duda de instruirse uniformemente en todo lo humano, pero
[383] a la vez siente dentro del todo de la humanidad la llamada a reconocer y cultivar una parte de su destino como la preponderante y particular suya para un período de vida determinado; para que así gane el todo de la humanidad y él mismo siga el impulso más interno de su espíritu y su ánimo. Si según esto la formación humana general familiariza al hombre individual con todas las partes del destino humano, con todas las obras y relaciones de este destino, y le hace así receptivo para él, entonces la educacion especial que afecta a su estamento profesional

particular le encuentra suficientemente preparado para producir en un todo sano la excelencia en lo individual. Aquí encontramos las oposiciones fundamentales que ya conocemos entre la naturaleza masculina y la femenina, entre la diversidad del carácter, entre la vida de la ciudad y la del campo, entre la vocación cientifica y la artística: todas estas oposiciones han de ser armónicamente cuidadas por aquella formación omniabarcante que ha de darse la humanidad a sí misma en su interioridad total. También aquí entra la oposición entre la vida interior y la exterior, y exige que cada hombre y cada persona de la humanidad sea formada armónicamente como un ser autónomo y sociable con Dios y con el mundo. Si el hombre ha de vivir humanamente, debe tener conocimiento correcto, inclinación íntima, voluntad libre y vigorosa y fuerza activa artística; estos son los puntos cardinales en la esencia del hombre en los que actúa el arte de la formación enseñando, insuflando, instruyendo y ejercitando. De aquí se derivan las leyes objetivas fundamentales del curso de toda la formación y, en particular, del método docente. La formación ha de ir del todo a las par- [384]
tes, a su interacción con el todo y por medio del todo entre sí y, al revés, de las partes individuales ascendiendo hasta el todo; ha de guiar al espíritu y al ánimo de lo eterno a lo temporal y eterno-temporal y, al revés, de lo temporal y eterno-temporal a lo eterno; también ha de considerar tanto lo general como lo viviente individual y llevar lo uno a lo otro. Y aquí ha de tomar lo supremo y lo más profundo, tanto, por un lado, lo supremamente verdadero, el todo verdaderamente infinito, como, por otro lado, las últimas partes o elementos que ya no pueden dividirse más; y ya descienda o ascienda por la escala de los seres, haga su tarea relacionándolo todo plenamente, simétrica y euritmicamente; pero allí donde por razón de su vocación particular se instruye al que es formado sobre todo un lado, instrúyasele con una actitud por decirlo así perspectivística; además, avance sin saltos, sin olvidar ningún eslabón intermedio y uniformemente, para que el crecimiento del que es formado y su vida madura se hagan ejemplo de plenitud, orden y

belleza de la vida del mundo en Dios. La educación ha de dirigirse uniformemente a excitar y llevar a su plenitud las fuerzas del pupilo, igual que ha de esforzarse a la vez por situarle en todas las relaciones externas favorables, poniendo delante de los ojos del espíritu y del cuerpo toda la vida del mundo de la manera más abarcante, íntima y polifacética que sea posible. Las leyes generales de la vida de la humanidad piden que toda educación e instrucción del hombre no solo no hiera la libertad
[385] ética, sino que la promueva, despierte, agudice, refuerce, aún más, que propiamente haga que el formando se eduque a sí mismo mediante su propia libertad ética; que la educación despierte en particular en el pupilo la autoactividad, le deje producir todo por sí mismo, dirija su fuerza de tal manera que aprenda a dirigirla él mismo, que su mundo surja ante sus ojos como su propia y familiar creación, que llegue a hacerse lo más pronto posible adulto, verdaderamente libre y autónomo, y precisamente así, verdaderamente digno de amor, íntimo y sociable. El educador debe procurar por todos sus medios que el pupilo visualice, conciba y comprenda el arte de la formación que se le aplica, tanto en lo que se refiere a las leyes artísticas de las obras, como a las leyes artísticas de la formación de las capacidades propias. Por lo que toca al educador mismo, debe estar libre de todo egoísmo; ámese en el pupilo a sí mismo y a la humanidad; no le aprecie menos que a sí mismo, temiendo el educador con satisfacción reverente no encontrar en el pupilo a un hombre más lleno de vida, más capaz de recibir una vida más elevada, que él mismo; esfuércese con todas sus energías para hacerle más excelente de lo que él mismo es; no exija más señorío sobre el pupilo del que este último siente de por sí; esté invadido de amor, sea paciente, y que el sentimiento de su divina vocación le ayude a superar todos los sinsabores de su obra; sírvase exclusivamente de motivaciones y medios educativos que sean nobles, puros, armónicos con el ideal de la humanidad, que sean coincidentes con la virtud, el derecho y la belleza; que el pupilo venere en él al hombre verdadero, vea amorosamente en él al amigo amoroso,

Estos son los fundamentos de toda formación de la humanidad, de la educación y de la instrucción; quien construye así [386] construye algo indestructible. Toda doctrina exhaustiva de la formación ha de reconocer ese fundamento y solo puede desplegarlo más para desarrollar toda la infinita riqueza interna de la ciencia de la formación. También cada hombre ha de proceder estrictamente según estos principios fundamentales, hasta incluso su ancianidad, si quiere hacerse siempre más hombre, cada vez más semejante a Dios en la vida, cada vez más grande en ciencia y arte y cada vez más íntimo y digno de amor en todas las relaciones sociales.

Pero a nosotros nos llama ahora la tarea social de la humanidad como un todo y de todas sus personas, en donde ella realiza continuamente la autoobra *una* de su autoeducación.

La formación de la humanidad solo puede lograrse como *un* todo orgánico, creado y mantenido por una Alianza de todos los hombres.

Ha de haber en la Tierra una institución para la formación de la humanidad que comprenda dentro de sí orgánicamente todas las instituciones formativas subordinadas, hasta descender a la formación de uno mismo, con la que cada hombre individual se perfecciona. Esta Alianza *una* para la formación de la humanidad ha de cuidarse tanto de la educación como también de la enseñanza en toda su extensión, como también finalmente de la armonía, para acompasar la educación y la enseñanza conforme a *un* plan superior. La educación es en todo su organismo interno una tarea santa de la humanidad; mediante ella se hará posible que crezca toda la vida de la humanidad sobre la Tierra, que cada generación posterior reciba la formación de todas las anteriores, cuando la Alianza general para la educación, la humanidad se haga claramente conscien- [387] te de arte educativo y comience a ejercitarlo con habilidad artística. Esta Alianza ha de formarse y vivificarse como *un* todo, y comprender dentro de sí, de acuerdo con las diversas razones para la partición de la formación según el organismo del destino de la humanidad, un organismo de miembros, así

como otras tantas instituciones particulares de formación. Y como para cada parte del destino de la humanidad se vivifica una sociabilidad omnilateral, así también cada sociedad fundamental y cada sociedad operativa tiene su propia institución formativa. Por eso hemos visto ya para cada una de las sociedades que hemos considerado hasta ahora la necesidad de que sea activa para la formación de la humanidad en su propio terreno. Pero como la formación es un arte particular que ha de ejercitarse según un plan común, todas esas instituciones formativas particulares pertenecen a la Alianza *una* para la formación de la humanidad como *un* todo; y es necesario que todas ellas se configuren según el plan del todo, que tengan también asambleas y trabajos comunes, y que las instituciones subordinadas se mantengan responsables ante las superiores. La Alianza de la Formación se parece así a un sistema vascular autónomo del cuerpo humano, que reparte sus ramas y derivaciones a todos los órganos restantes de todo el cuerpo sin perder por ello su vida independiente. Para cada parte de la formación de la humanidad ha de haber una institución formativa que esté organizada de tal forma que estén vivas, a la vez y de manera órganica, una libre sociabilidad de los adultos entre sí para el continuo intercambio formativo entre ellos, una libre sociabilidad de los adultos y de los formandos, en cuanto educadores y pupilos, una libre sociabilidad de los pupilos entre sí para un intercambio formador bajo el consejo y la dirección de los
[388] educadores y, finalmente, una libre autoformación individual. Pero cada sociedad individual forma sobre todo al hombre en su propio terreno y, a través de ello, también de manera mediata, a todo el hombre unilateralmente. De aquí surge una red de instituciones formativas interconectadas por todos lados, que solo juntas pueden llevar a término la formación de cada hombre y de la humanidad. Todas las instituciones formativas han de ser libres, independientes, pero armónicas, colmadas de *un* espíritu verdaderamente humano, y han de mantenerse en *un* todo cuya esfera suprema se ocupa de la formación del hombre como hombre total. Cada hombre individual ha de ser

formado a su tiempo, tanto en cuanto hombre como para su profesión determinada, en todas las instituciones que le ofrecen su familia, su lugar de residencia, su pueblo e incluso la humanidad entera; y él, a su vez, ha de colaborar activamente, contribuyendo con lo suyo, en todas esas instituciones según se lo permita el resto de su actividad profesional.

Todos los hombres constituyen la comunidad de la Alianza de la Formación, pues todos los hombres tienen constante necesidad de ser formados y de formar, y la formación de la humanidad solo puede lograrse como una tarea general de todos. Sin embargo, el arte de la formación exige, igual que los demás artes humanos, a todo el hombre; también ese arte exige que quienes se consagran a él hagan de él la profesión dominante de su vida. Su ámbito es incluso tan amplio, y su trabajo tan polifacético, que un hombre solo no puede encargarse de toda su ciencia, por no hablar de todo su ejercicio, sino que solo un número relativamente grande de artistas de la formación, repartidos planificada y equilibradamente en todo su campo, [389] pueden satisfacer las elevadas exigencias de la formación de la humanidad. Solo cuando un grupo relativamente numeroso de elegidos de la Alianza de la Formación, que deseen dedicar exclusivamente toda su vida o, al menos, una parte de ella a la formación de la humanidad, dirija los esfuerzos de los demás, solo entonces será posible que también el resto de los miembros de la comunidad, que no se dedican principalmente a la formación, actúen sobre otros educando y enseñando como padres, madres, amigos, compatriotas de estirpe y de pueblo. Pues a estos hay que comunicarles la doctrina artística de la formación de la humanidad de manera ya concluida, dado que no tienen tiempo para configurársela ellos mismos; y por eso, durante su ejercicio han de ser dirigidos y aconsejados por los elegidos de la Alianza como los expertos en ese terreno.

La constitución de la Alianza de la Formación es ética, justa, íntima, bella y absolutamente digna de la humanidad. Los elegidos son tomados de todas las otras sociedades fundamentales y activas. Proyectan, con la libre colaboración de toda la

comunidad, una legislación para la Alianza, ordenan conforme a ella toda la actividad de la Alianza, comprueban según ella el ejercicio real y cuidan de que el arte de la formación crezca continuamente con la humanidad. Por ello, el todo es presidido por una selección de los elegidos, en cuanto asamblea consultiva general en colaboración con la comunidad. Y aunque las instituciones educativas individuales están repartidas entre las sociedades fundamentales y las operativas, la Alianza de la Formación celebra asambleas diarias, en las que comparecen
[390] los representantes de todas las instituciones educativas subordinadas, y en cada institución educativa subordinada comparecen representantes de la instancia más elevada; más aún, en plazos determinados deben reunirse todas las instituciones subordinadas como *un* todo, y actuar sociablemente para que la unidad orgánica de vida del todo anime a todas las partes, para que *un* espíritu y sentido penetre todo vivificándolo, y la humanidad se forme a sí misma como *una* obra de arte, como *un* artista. Incluso a las familias, y hasta la autoeducación del individuo, se extienden los influjos ennoblecedores y benefactores de toda la Alianza de la Formación sin perturbar la autonomía y libertad de su vida. Y, a su vez, cada familia y cada individuo pueden influir efectiva y ennoblecedoramente hacia arriba sobre las instituciones formativas superiores y, en su culmen, sobre toda la Alianza de la Formación.

La actividad de toda la Alianza de la Formación está ordenada siguiendo el mismo modelo que, según hemos visto, sigue la actividad de toda otra asociación. También a la Alianza de la Formación la ha de iluminar, en primer lugar, la luz del conocimiento, y también ella tiene que encender esa luz divina cada vez con más intimidad. La Alianza de la Formación investiga así la idea de la formación de la humanidad, como un todo y en todas sus partes y en todo su organismo interno; ella conoce su obra y el arte de formarla; y contempla en el espíritu de la idea la formación real de la humanidad de esta Tierra, tanto la pasada como la presente y, desde ese doble punto de vista, configura continuamente su propio plan de la obra. Los elegidos de

la Alianza expanden este conocimiento esencial a la misma, de manera planificada y artística, y a toda la comunidad, es decir, [391] a todos los hombres. Para formar con éxito al hombre y a la humanidad es necesario que se halle activo un amor puro y santo a este sublime arte, un anhelo íntimo de ennoblecimiento de todo lo humano, un celo incansable; e incluso en cada uno de los formandos es necesaria una entrega al formador llena de amor, confiada pero libre, y ha de vivir en él la convicción de que es necesario y esencial el ser formado. Por ese motivo, la Alianza de la Formación ha de despertar, a través de asambleas, usos íntimos y bellos, enseñanzas sabias y fiestas periódicas, esa veneración y ese amor hacia la obra santa de la formación de la humanidad, ese celo por formar y esa entrega a los formandos; y debe también crear entusiasmo para que *un* espíritu de formación aliente a todos los hombres. Esos esfuerzos de la Alianza fundamentan ahora su tarea principal, el ejercicio real de la formación de la humanidad como *un* todo orgánico sobre toda la Tierra, que solo puede alcanzar su objetivo en libre trato con todas las sociedades fundamentales, las asociaciones operativas y con todos los hombres individuales. Del mismo modo en que la humanidad se vuelve sobre sí misma como un ser orgánico en toda su vida y actividad, así también el arte de la formación se vuelve sobre sí mismo. La Alianza de la Formación necesita también esencialmente su propia institución formadora, los formadores han de ser formados según sus propias leyes, y los hombres han de educarse e instruirse para ser educadores e instructores. Así como el corazón impulsa toda la sangre a través de las venas, que luego vuelven a él en diversas ramas para alimentarlo median- [392] te la sangre, así el arte de la formación vuelve a sus propios consagrados formándolos continuamente. Formar a formadores, educar e instruir educadores e instructores es la parte más sublime y más fructífera de todo el arte de la formación, y la culminación de toda la actividad operativa de la Alianza de la Formación; solo así puede la Alianza de la Formación, especialmente en sus elegidos, rejuvenecerse continuamente, ganar

constantemente nueva fuerza, sabiduría superior y un sentido cada vez más íntimo del arte.

Para que la Alianza de la Formación viva su vida, necesita un rico caudal de bienes externos, que el Estado le ofrece lleno de veneración para promover así la perfección artística de toda la vida de la humanidad. Santuarios generales y particulares de la formación de la humanidad se levantan armónica y equilibradamente por toda la Tierra, e incluso a cada familia, a cada individuo, se les hace partícipes de los bienes externos que necesitan para educar e instruirse conforme a la dignidad humana.

Así se rejuvenece continuamente la humanidad a través de su Alianza de la Formación, así adquiere en ella vida cada vez más elevada y bella; y aunque las generaciones caen como hojas, aun con todo, crece así el árbol de la vida por la joven fuerza formadora más alto y bello, y muestra continuamente una creciente plenitud de brotes y frutos a la vez.

[393] ***La interacción de todas las sociedades operativas individuales entre sí en* un *todo en cuanto Alianza de la Obra* una**

Hasta aquí hemos reconocido las ideas de todas las sociedades operativas individuales; y en todas ellas constatamos una conformación totalmente similar en cuanto a constitución y actividad. Vimos cómo todas se fundían en tres todos superiores: en la Alianza de las Formas Fundamentales, la Alianza de las Obras Fundamentales y la Alianza de las Autoobras. Estas tres se contraponen libre y autónomamente como asociaciones individuales, capaces y necesitadas de establecer entre sí una unión superior, como conjuntos y en todas sus partes. Ya anteriormente, cuando comenzamos a contemplar las sociedades operativas, reconocimos la actividad humana entera como *un* todo que se desarrolla en *un* organismo interno de obras individuales y asociaciones operativas. Ahora, que vislumbramos

los ideales de estas asociaciones individuales, somos capaces de reconocer su unidad y su unión orgánica en *un* todo de la vida.

La necesidad de unión interactiva de todas las sociedades operativas se fundamenta en la naturaleza de la obra y de las obras, y en la naturaleza del hombre y de la humanidad que han de formar. Pues no es posible completar una obra sin completar todas las demás. El ámbito de cada una de ellas abarca de modo particular todas las cosas humanas. Además, cada hombre y cada sociedad de hombres han de completarse uniformemente en todas las partes del destino humano. Por [394]
consiguiente, como la actividad entera ha de estar vivificada en cada uno de los hombres, él habrá de instruirse por igual en todas sus partes uniformemente, siguiendo siempre las relaciones impuestas por su profesión, y compenetrando así orgánicamente todas las actividades, si es que se pretende lograr una sola obra y todas ellas y él mismo a sí mismo. Estas exigencias son también válidas para las familias, amistades, localidades, tribus, pueblos y para la humanidad entera.

Es decir, que todas las sociedades operativas individuales han de compenetrarse llenas de vida, tanto como asociaciones al mismo nivel, igualmente libres y autónomas, como mantenidas en *un* todo común superior. En primer lugar, estudiamos sus uniones interactivas libres para elevarnos, a continuación, a la idea de la alianza total de la actividad humana íntegra. La unión interactiva de las sociedades operativas individuales se compone de cuatro esferas supremas, de las cuales cada una contiene varios miembros individuales. Estas cuatro esferas son: la vida de intercambio de la Alianza de las Formas Fundamentales con la Alianza de la Obra Fundamental; la vida de intercambio de esta con la Alianza de la Autoobra; la vida de intercambio de la Alianza de la Obra Fundamental con la Alianza de la Autoobra y la vida de intercambio de las tres entre ellas. Cada una de estas uniones es rica en vida interna, cada una tiene su propia idea, su propia membresía, constitución y actividad, y es objeto digno de consideración

más profunda. Aquí será suficiente hablar de todas ellas en general y reconocer su aspecto más esencial.

[395] La idea fundamental de cada una de estas esferas de asociación es que cada sociedad esté configurada interiormente con la idea de aquella con que se halla unida, y que vivan en unión individual de toda su actividad, pero que mantengan su autonomía y libertad y formen así con la otra un todo de vida superior. Su unión ha de ser omniabarcante, y la membresía de cada una de ellas abarca la humanidad entera y, en sus partes subordinadas, todas las personas fundamentales que comprende. Por consiguiente, es necesario que las asambleas y la actividad de cada una de las alianzas estén bien ordenadas en tiempo, lugar y fuerza, para que todas tomen armónicamente parte en todo y su vida esté en consonancia con *un* todo uniforme y rítmico, de modo que todas las aspiraciones humanas se unan orgánicamente en *un* solo hombre bien formado y armónico. Los elegidos de una alianza no siempre son a la vez elegidos de la otra, pero por medio de ellos ha de estar ligada y mantenida la unión de vida constante de sus sociedades, estando estas asociaciones presentes de modo omnilateral e ininterrumpido. Por ello, los elegidos de las sociedades que han de unirse comparten constantemente, con la aprobación de la comunidad, las noticias sobre el estado y la eficacia individual de sus sociedades, además de que un número proporcional de sus elegidos ha de hacerse presente mutuamente en las sociedades como consejeros permanentes. Así se hacen posibles las comunicaciones y consultas libres y recíprocas, las decisiones
[396] y ejecuciones conjuntas; en resumen, una verdadera unidad de vida. De este modo, cada una de ellas puede examinar la otra según su propia idea, pudiendo así perfeccionarse recíprocamente todas según sus ideas fundamentales. La Alianza de la Virtud hace que la actividad humana entera se desarrolle en bondad moral, en pura virtud; y forma en todas ellas lo moral. La Alianza del Derecho valora todo lo que hacen los hombres según la idea del derecho, y exige que también en todas las sociedades operativas se aplique tanto la legislación del dere-

cho general como la legislación del derecho particular, la cual deriva de la naturaleza de cada asociación y de sus condiciones externas, y le concierne exclusivamente a la Alianza. La Alianza de la Intimidad despierta y mantiene en todas sus aspiraciones operativas la intimidad con Ser y el amor, y cuida de que todo suceda en este espíritu. La Alianza de la Belleza examina todo según la idea universal de la belleza, para que la actividad entera de la humanidad se configure en formas semejantes a Dios. La Alianza de la Obra Fundamental concede a todas las demás aspiraciones luz y vida mediante la ciencia y el arte, y vela por que todo lo que hagan los hombres esté en consonancia con la eterna verdad y con las leyes generales de la vida. La Alianza de la Ciencia y la Alianza del Arte actúan con efecto elevador y embellecedor en la Alianza para las Formas Fundamentales y en la Alianza de la Formación. Virtud, derecho, intimidad y belleza despiertan en el científico y en el artista un particular entusiasmo, para que así se hagan presentes, con obras individualmente bellas de la ciencia y del arte y de la armonía de ambas, a todas las demás asociaciones operativas, tomando parte en la vida [397]
artística interna de estas según sus leyes respectivas, con lo que cada una aspira a aportar animación pura para la vida conforme al espíritu de su idea. La Alianza de la Formación, finalmente, recibe de la contemplación de la actividad íntegra de la humanidad la clara consciencia de aquello que ha de hacer en favor de cada asociación de hombres. Forma para ellas miembros dignos y, tras completar la educación y madurar la formación, los introduce con arte en la vocación de la vida libremente elegida, procurando que la actividad entera de la humanidad se mueva armónicamente conforme a las eternas leyes de la formación de la humanidad, de la educación y de la enseñanza. Y así como cada sociedad operativa actúa individualmente sobre todas las demás, ennobleciéndolas y elevándolas, así también se asocia libremente con cada una de ellas para completar a todas las demás en el terreno que comparten.

Tan plural y rica en vida es la libre interacción de las sociedades operativas individuales y unidas entre sí, donde se

comportan como sociedades libres, conformes a su propia ley y autónomas. Pero este interactuar orgánico no sería posible si no vivieran todas como miembros de un todo orgánico y si este todo, como tal todo, no actuara realmente de modo orgánico en todas sus asociaciones. Si se pretende completar la actividad humana, la humanidad ha de unirse en *una* alianza de la obra
[398] y, dentro de este todo social y acorde a la actividad de este, ha de formar, gobernar y examinar cada una de las asociaciones operativas y su actividad, uniendo todas con todas según leyes de vida superiores.

La tarea de la Alianza de la Obra, como alianza total, consiste en que se logre la obra *una* de la humanidad, como un todo bien ordenado, según *un* plan, en *un* espíritu. Abarca a todos los hombres, porque cada hombre está destinado a la actividad orgánica; requiere de sus propios elegidos, porque su eficacia necesita una dirección particular y formación del espíritu y del ánimo particulares. Su constitución ha de ser conforme a las eternas formas del mundo y a la esencia de su obra y de la humanidad que la crea. Mediante ella debe posibilitar que la obra y la actividad que la genera existan y vivan como un todo, que en el todo se formen todas las partes y vivan entre ellas autónoma y armónicamente, y que el todo actúe en todas las partes y todas las partes en el todo. Esta culminación orgánica de la obra y de la actividad como *un* todo solo puede ser posible en donde aliente *un* entusiasmo, *una* aspiración íntima, al hombre individual, a todas las asociaciones de los hombres y a la humanidad entera. Esta animación se mantiene y propaga mediante la expresión bella artística y libremente social, con costumbres señaladas y bellas y actos sociales, también dando instrucciones abiertas y manteniendo un calendario bien ordenado de festividades de la Alianza. Ello no ha de ser óbice para que la actividad de esta Alianza de la Obra Total sea rica y polifacética. En primer lugar, ha de llevar a la conciencia su propia idea e historia, y, contemplando la vida de la humani-
[399] dad global, proyectar su plan de la obra. En la idea de la Alianza de la Obra Total han de quedar claras las ideas de todas las

alianzas individuales de la obra y sus uniones interactivas, así como en su plan de la obra los planes de obra de cada una de las alianzas y de su unión. Esta alianza debe propagar estos conocimientos sobre la humanidad entera, plantearle encarecidamente su idea a cada una de las alianzas parciales internas, así como la idea de la alianza individual misma, instruyéndolas en lo que el plan de la obra total requiere de su plan de la obra particular. Debe cuidar de que cada una de las alianzas satisfaga la idea del todo y de sí misma, de que vivan todos los individuos autónoma y libremente uno al lado del otro en el todo, y en unión ética, justa, amorosa y bella entre sí y con el todo, para, de este modo, procurar que todos cooperen a favor de *un* gran objetivo. Por consiguiente, la Alianza de la Obra Total ha de prescribir a todas las sociedades operativas individuales una legislación general a la que debe someterse su vida autónoma y social. Esta legislación es un organismo rico que encuentra su lugar en una exposición detallada de la vida de la humanidad. A ella pertenecen las leyes generales sobre los derechos, obligaciones y circunstancias recíprocos de todos los estamentos profesionales, según los cuales se distribuye la humanidad uniformemente en un número proporcional a todas las partes de su obra, y se hallan en consonancia todos los trabajos en *un* plan de la obra. En ello se reconoce toda la plenitud y la concatenación de todos los estamentos profesionales, pues, así como la obra *una* se desarrolla hasta descender a sus partes indivisibles como un organismo de muchos todos subordinados, también se forma un organismo de alianzas correspondientes de la obra o corporaciones de la obra, que solo [400]
hemos considerado exhaustivamente en sus partes supremas. La constitución y configuración correcta y equitativa de los estamentos profesionales es un asunto sagrado para la humanidad que compete, en primer lugar, a la Alianza de la Obra Total, la cual consideramos en estas líneas. Las supremas exigencias a la organización de las corporaciones de la obra son, hasta descender a sus partes últimas, las siguientes: Todas las corporaciones de la obra han de formar *un* todo libremente vi-

vo, y cada corporación en sí ha de ser también un todo libre y autónomo que convive justa y libremente con todas las demás corporaciones, ordenadas al mismo nivel o superior. Además, todas deben distribuirse por la Tierra entera uniformemente en tiempo y espacio, siguiendo leyes de la razón y de la naturaleza, y deben promoverse en todas las sociedades fundamentales. Todas las corporaciones de la obra han de organizarse puramente según las leyes de su obra y de las fuerzas que las generan; por consiguiente, aunque sean promovidas en el seno de las sociedades fundamentales, han de ser independientes de estas en lo que se refiere a la elección, la contratación y la valoración de sus trabajadores. El motivo de ello es que los hombres no deben ser contratados para esta o aquella profesión activa porque pertenezcan a esta familia, mantengan esta amistad, sean de esta localidad o de este pueblo, sino porque la obra esencial para la humanidad requiere trabajadores y porque estos hombres tienen su vocación interna y habilidad precisamente para esta actividad operativa en concreto. Dios mismo no es partícipe del reparto reprobable de los estamentos profesionales en castas hereditarias; pues reparte los dones del espíritu y del cuerpo sin considerar estamento ni profesión de
[401] los procreadores, a fin de preservar la libertad divina de toda vida verdaderamente humana en ciencia y arte y en cualquier parte del destino humano. Además, la actividad operativa en la Tierra ha de distribuirse equitativamente entre las mujeres y los hombres y a lo largo de todas las edades de la vida. Ambos, la mujer y el hombre, portan en sí lo generalmente humano, ambos tienen el mismo destino, ambos deben formarse uniformemente y en sí mismos completa y particularmente, y han de ser igualmente perfectos en todo lo humano. También la mujer es capaz de virtud, justicia, intimidad y belleza particulares, de ciencia y arte particulares. Puede y debe tener en todo la misma excelencia que el hombre. La particularidad de todo el ser y toda la vida en la que la mujer es contrapuesta en cuerpo y espíritu al hombre, se refleja íntima y bellamente en su perfección omnilateral, que reparte encanto infinito y gra-

cia celestial sobre toda la vida femenina en ciencia y arte, en virtud, justicia, intimidad y belleza. Es esencial la culminación uniforme y armónica de los sexos masculino y femenino en todo lo humano, el desarrollo del uno al lado del otro con paso uniforme, y la unión socialmente bella de sus aspiraciones en *una* vida conjunta para que la humanidad en la Tierra alcance su particular plenitud de vida y belleza suprema. Según estas leyes fundamentales, también la Alianza de la Obra Total ha de distribuir la actividad operativa humana entera entre los sexos masculino y femenino, para que la obra íntegra y cada parte de esta sea promovida uniformemente por ambos, y para que [402] el carácter de lo masculino y de lo femenino y de lo puramente humano se exprese perfectamente en ella. Pero, dado que en la oposición de lo masculino y de lo femenino se fundamenta la primera sociedad fundamental, la familia, y dado que constituye el santuario más íntimo de la humanidad en creciente rejuvenecimiento, y dado que Dios, la razón y la naturaleza han vinculado al amor conyugal sus interacciones más íntimas con la humanidad: por eso también la actividad operativa que se cede a las mujeres ha de estar absolutamente conforme y por ello en armonía con la plenitud de vida, libertad y belleza de la vida familiar y con la profesión natural de la mujer. Debe, de hecho, elevar, embellecer y vivificar la vida familiar y la profesión familiar de la mujer. Con el mismo cuidado, como el caso de los dos sexos, la Alianza de la Obra Total ha de abarcar finalmente también las diferentes edades de la vida. Niños, adultos y ancianos son capaces y están necesitados de actividad particular. La obra de la humanidad requiere la ayuda de todos ellos, pero en consideración armónica de sus fuerzas y necesidades particulares.

Si se pretende que toda la Alianza de la Obra viva orgánicamente en el todo y en todas sus partes, es necesario que se haga presente sin tregua y recíprocamente, como Alianza Total, a todas sus alianzas parciales, y estas a la Alianza Total, y que unan su vida con ella constantemente. La Alianza de la Obra Total comunica todas sus negociaciones verbalmente y

por escrito a todas las alianzas parciales de la obra, y lo mismo hacen las sociedades subordinadas de obra. Para que su unidad sea continua, han de estar constantemente presentes en las asambleas de la Alianza de la Obra Total representantes de
[403] las alianzas particulares de la obra, y en las asambleas de cada una de las alianzas parciales de la obra representantes de la Alianza de la Obra Total como consejeros permanentes.

También para la Alianza de la Obra Total es fundamental que se dé una continua formación tanto de sus elegidos, como de todos los hombres en cuanto miembros, y que haya posesión de bienes particulares. Aquella formación ha de dársela a sí misma en una institución propia, como parte de la Alianza de la Formación en su totalidad y en interacción con la misma, pero los bienes los exige, según las leyes generales del derecho, a la Alianza del Derecho.

Con esto hemos completado el diseño de la actividad operativa humana social íntegra como *un* todo autónomo. Hemos visto que la actividad íntegra se forma dentro de las sociedades fundamentales, sin perder por ello lo libre y autónomo que le es propio. La sociabilidad operativa se halla, por consiguiente, en unión esencial e indisoluble con la sociabilidad originaria de la que nacen las sociedades fundamentales. Esta unión interactiva sigue las leyes generales universales de toda vida y es esencial a la humanidad, por lo que hemos de considerarla antes de dirigir nuestra mirada hacia un ámbito nuevo.

La interacción entre las sociedades operativas y las sociedades fundamentales

En cada hombre individual y en la sociedad fundamental
[404] regresa el destino humano íntegro en todas sus partes y, por consiguiente, también en todas las tareas de la actividad humana: donde se asocian los hombres como familias, amistades, poblaciones, tribus y pueblos en una personalidad verdadera-

mente superior, también deben dedicarse como *una* persona, en reparto simétrico y eurítmico, a la actividad operativa íntegra. Asimismo, las fronteras que rodean las sociedades fundamentales han de englobar un todo concluso en sí de actividad operativa; y la actividad vivificada en el interior de estas fronteras ha de ser absolutamente conforme a las leyes de vida de las personas fundamentales incluidas en estas. Las sociedades operativas, sin embargo, son autónomas como tales y siguen puramente las leyes de la obra y de las fuerzas que la generan; es decir, que la actividad social subordinada que es propia a las sociedades fundamentales ha de ser conforme, a la vez, a las leyes objetivas de la actividad humana íntegra y a su plan orgánico, vivificado en la Alianza de la Obra. Dado que las sociedades fundamentales se comportan en su actividad verdaderamente como *una* persona, la Alianza de la Obra ha de reconocerlas también con esta personalidad y acogerlas en sí como *una* persona operativa. En cuanto las sociedades fundamentales y las activas se acercan con respeto y amor, forman una unión interactiva perfecta que debemos esbozar aquí en sus principales partes internas.

La primera esfera de unión de las sociedades operativas y las fundamentales se muestra en la familia. En ella encuentran aplicación las eternas ideas de la moral, del derecho, de la intimidad y de la belleza. La familia se forma como *un* hombre [405]
moral y sus miembros tienen *una* voluntad social, *un* plan de la obra, y viven *una* vida moral. Cada uno de sus miembros amplía la diligencia artística serena, con lo que se forma moralmente a sí mismo, aplicándola a la vida moral de toda la familia y a la parte que le incumbe en esta última. A su vez, los asuntos morales de cada miembro individual se convierten en asunto de todos los demás, y los del conjunto en asunto de cada individuo, habiendo confidencialidad personal íntima, para que sean *un* corazón y *un* alma. Así como la vida moral interna de cada individuo es un santuario autónomo, cuyo secreto solo podrá resolver el amor personal, también la vida moral de la familia, como de *un* hombre, es un templo cerrado

a todos los que se encuentran fuera de ella y que solo se abre gracias al respeto y al amor personal. Además, así como cada individuo requiere reflexión consciente acerca de su perfección moral y consideración reposada, así también la familia congregada debe consagrar a su perfección moral reflexión consciente y libre vivificación artística en momentos consagrados, para de este modo formar la primera Alianza de la Virtud de la humanidad. Así se presenta esta persona en perfeccionamiento moral a las personas superiores de la humanidad, a su localidad, su tribu, su pueblo, y participa con libertad y arte en la vida moral social superior, sin violentar la castidad de su autovida moral interna. Empero, los elegidos de la Alianza de la Virtud, a los que une el amor personal con la familia, vincu-
[406] lan la confidencialidad moral de las familias con las personas superiores de la humanidad.

Del mismo modo, lo autónomo y la vida social externa de cada familia forman una esfera de derecho autónoma, conclusa en sí, pero armónica con la vida completa del derecho de la humanidad. La familia posee su propio derecho de sociedad interno y externo. El interior se refiere a todas las condiciones de vida de los miembros familiares como tales, y el exterior a todas las condiciones de vida en las que se halla la familia como *una* persona y cada uno de sus miembros como tal en relación con cada individuo y cada sociedad fuera de ella. La vida completa del derecho de la humanidad es un todo orgánico que abarca la vida jurídica de todas sus partes internas, como vida autónoma y armónica en su totalidad. Por lo tanto, la situación del derecho de la humanidad global se halla en armonía con la situación del derecho de cada pueblo, cada familia y cada amistad. La situación del derecho de la familia, de la amistad, del pueblo y de cada persona superior se halla armónicamente subordinada a la situación del derecho del todo. Obedece las leyes de derecho superiores y generales, determinándolas ulteriormente, y vive en su interior su propia vida particular y justa. La familia es la primera sociedad fundamental, y por ello se configura en la Tierra en primer lugar el

derecho de familia. Todas las instituciones de derecho superiores se adhieren paulatinamente al estado de familia, ganan vida en él y se elevan solo poco a poco libremente por encima de él. El Estado del pueblo y, supremamente, el Estado de la humanidad reconocen por ello a cada familia como el sujeto de derecho inmediatamente superior al hombre individual y subordinada a la unión de familias, a la tribu, al pueblo y a [407]
la humanidad. Pero la familia se presenta como tal a todas las asociaciones del derecho superiores, manteniendo con ellas una ininterrumpida vida de intercambio, la cual, sin embargo, no suspende las condiciones de derecho mediatas del individuo como tal en relación con el Estado del pueblo y con los todos superiores de la vida del derecho, con lo que este se halla inmediata e íntimamente ligado a estos últimos. Las asociaciones del derecho superiores a la familia velan por que en la familia y en su vida del derecho se mantengan sagrados todos los derechos del individuo, los cuales le corresponden como hombre, como miembro del pueblo y de la tribu en general en cada circunstancia y, además, en la vida familiar y en su relación con la vida familiar.

Del mismo modo también la familia se halla vivificada por *una* intimidad conjunta con Dios, y sus miembros forman, igual que la primera Alianza del Derecho, también la primera Alianza de la Intimidad con Dios de la humanidad. La familia se presenta a Dios, a la razón, a la naturaleza y a la humanidad como *un* hombre íntimo con Dios, y unifica lo íntimo con Dios particular de cada uno de sus miembros, formando *un* todo bello, lleno de carácter y ánimo. El individuo, aunque íntimo con Dios en su vida entera, se consagra en los momentos más íntimos con consciencia a la intimidad con Ser, eleva toda su esencia a Dios, a la razón, a la naturaleza y a la humanidad y gana en bienaventurada intuición la fuerza originaria de su propia vida; de ese modo, los miembros de la familia son unidos por la contemplación armónica íntima y el mismo amor de Dios, despertados por lo divino en la vida de cada individuo y en la vida total de la familia, según los periodos de la vida de

[408] la naturaleza y de la razón, a los miembros de la familia para la adoración en comunidad, en la alegría y el dolor en intimidad con Dios y celebrados en comunidad, y para la oración íntima en el santuario de la casa, lo que solo el amor personal revela a los hombres con sentido armónico. En Dios, en la razón, en la naturaleza y en la humanidad se hacen conscientes de su unidad y de la suerte de su amor correspondido, y así, transfigurados, se unen para un nuevo amor y una nueva vida bella en ejercicio sociable de su intimidad con Dios particular. Las alianzas para la intimidad con Dios del pueblo y de la humanidad reconocen a cada familia como la persona íntima con Dios inmediatamente superior por encima del individuo, y la acogen como tal en su vida sociable de la intimidad con Dios. En bella unión interactiva se glorifican las expresiones y las obras de la intimidad con Dios de las familias con aquellas de las personas superiores, exhibiendo a Dios a todos los hombres en la Tierra como *un* hombre armónico.

También el cuidado social de lo bello encuentra en la familia su primer templo, por encima del ánimo de cada individuo. Los miembros de la familia se unen en el afán por contemplar el eterno ideal de la belleza pura en la profundidad de su interior, así como en percibirla con puro amor e imitarla en su vida familiar entera, en su interior y en sus interacciones con el exterior, a fin de que la belleza vital de cada uno de los miembros familiares gane, en la belleza superior y más rica de la familia, una superior dignidad y sublimación. La vida familiar misma alcanzaría así a unirse armónicamente con la vida de la humanidad en el espíritu de lo bello fuera y por encima de ella, y supremamente con lo bello originario de la vida *una* en
[409] Dios, formando una parte bella con la bella totalidad. La familia unida con la Alianza de la Belleza que vincula a la humanidad entera vive su vida particularmente bella.

Del mismo modo, es en las familias donde las obras fundamentales encuentran el primer lugar de trabajo social. Ciencia, arte y su armonía alcanzan ahí su primer florecimiento superior. Como cada individuo, también cada familia ha de estar

formada con orden y proporción en ciencia y arte, abarcando en las dos el todo como todo, las partes como partes, y también el todo en las partes, las partes en el todo y las partes en las partes, es decir, el todo de la ciencia y del arte como *un* organismo. Sin embargo, tal como la limitación individual, como condición esencial de toda vida personal verdadera y originariamente particular, obliga al individuo a elevar una parte de la ciencia o del arte o de su armonía para que se constituya como el centro de toda su vida científica y artística, y a formar todo lo demás solo proporcionalmente desde este centro de la simetría, pero uniformemente así también revierte esta necesidad en cada familia, mas en un límite esencialmente ampliado. También cada familia se dedica o bien a la ciencia, o bien al arte, o bien a la armonía de ambas; ya sea que todos sus miembros se dediquen a la misma profesión o que algunos se dediquen a profesiones distintas unidas vivamente entre sí. Esta vida común para las obras fundamentales no va en detrimento de la vida originariamente particular de cada miembro de la familia, hombre individual *uno*, en provecho de esta última, sino que [410]
el esfuerzo individual gana en la armonía con su todo inmediatamente superior, la familia, una vida superior, nueva fuerza y nuevos logros. De este modo, la actividad humana entera se distribuye armónica y uniformemente sobre todas las familias. La Alianza Total para las Obras Fundamentales reconoce a cada familia que se haya formado para este propósito como a *un* trabajador. Su trabajo en pro del plan íntegro de obras fundamentales de la humanidad no perturba la vida de su amor familiar, no anula la libre elección de profesión ni de trabajo, sino que une a todos los elementos de libre actividad operativa en *un* todo de vida libremente vivo y bien calculado según leyes superiores. Debido a que toda actividad operativa obedece a las leyes de la obra y del plan general de la obra, que, como tales, se hallan por encima y fuera de la vida familiar, y dado que, además, la mayor parte de los trabajos son por su naturaleza sociales y requieren continua convivencia en tiempo y lugar y constante apoyo, la actividad social resulta en el en-

riquecimiento de cada familia que se dedica a ella, dotándola de colaboradores. A ellos el matrimonio aún no los une en *una* familia, sino que están libremente unidos como hombres libres a través de los lazos de la bondad humana o de la íntima amistad en libre unión, con lo que el hogar se amplía de este modo formando un gremio profesional libre. No obstante, también se forman lugares sociales de trabajo superiores, al margen de esas familias, ocupándose de todas las partes de la ciencia, del arte y de su armonía, en casas y espacios específicos, en los cuales participan también individuos y familias, según las estrictas leyes y exigencias del trabajo, meramente como vecinos,
[411] como miembros de tribu y pueblo y, en su culmen, puramente como hombres.

Finalmente, la familia también es, en lo relativo a la formación de la humanidad, la esfera fundamental para la vida íntima originaria. La formación que a lo largo de su vida recibe el hombre con cariño de parte de sus padres, hermanos y amigos de la familia, es la más importante, porque es la más temprana y continua, pero, más aun, porque concierne decisivamente al hombre completo, en cuerpo y espíritu, en sentido, ánimo y carácter, y porque establece con toda intención el fundamento sobre la que ha de edificarse toda educación y enseñanza ulterior e individual. Además, porque no hay otra formación externa que se le iguale en fecundidad, ya que en la familia el amor más íntimo y tierno abraza tanto a formadores como a formandos, abriéndoseles recíprocamente lo más entrañable del espíritu y del ánimo. La confianza íntima y llena de cariño que muestran todos los miembros de la familia da vida a una formación mutua ininterrumpida en todo lo bueno y bello. El padre y la madre de la familia despiertan y alientan este esfuerzo sociable dirigido a alcanzar la formación omnilateral, iluminando por adelantado el camino con su propia vida.

Junto a la familia, es la amistad la que ofrece un suelo sagrado y fecundo para toda actividad operativa humana. Los verdaderos amigos son y viven como un solo hombre, y cada

amigo emerge de la amistad con el otro siempre rejuvenecido y duplicado en fuerza y vida. Pues en el amigo se gana a sí mismo fuera de sí, aún más que a sí mismo, gana lo que le falta para elevarse a unidad superior y plenitud de la vida. La virtud social, la justicia, la intimidad y la belleza de amigos [412] íntimamente unidos es una fuente inagotable de deleite y de vida para los amigos y para la humanidad entera. De ahí que la Alianza de la Virtud, así como las Alianzas para el Derecho, para la Intimidad y para la Belleza reconocen a los amigos como *una* persona, como *un* hombre, cosechando los frutos de su vida amorosamente social. A lo que espíritu y ánimo impulsan a los amigos armoniosos en ciencia y en arte, ellos lo ejecutan con fuerzas unidas y más que duplicadas. En donde el amigo supera al amigo, se convierte en su amable educador, y en donde los amigos viven en igual claridad y plenitud de la ciencia y del arte, se forman continuamente el uno en el otro: el amigo se refleja en el puro amigo, y dirigen el esfuerzo social en la obra que ambos aman y en sí mismos, como los creadores de esta, para que su obra y su fuerza sean como las de *un* hombre superior. La investigación solitaria y autónoma en pos de la verdad y del obrar en el arte es esencial y beatífica, pero el esfuerzo conjunto de amigos armoniosos es aún más fecundo y bello y concede un deleite más íntimo.

Ya hemos reconocido anteriormente en la libre sociabilidad una esfera de toda actividad humana, ya que su esencia es la exposición libre y animosa de la propia individualidad en un juego artístico de la vida. La libre comunicación de lo verdadero, de lo artístico, de las convicciones y los sentimientos en virtud, derecho, intimidad y belleza y la libre exposición de obras de arte que han sido formadas para la alegría compartida mantienen y vivifican a toda sociedad libre. Por otro [413] lado, también todas las sociedades operativas acogen a la libre sociabilidad, con preferencia la puramente humana, pues ella constituye el lazo esencial que une libres a los hombres en pos de cada actividad especial y de la exposición y contemplación social de todas sus obras.

Asociaciones de la vida superiores son las que contraen las sociedades operativas con las sociedades fundamentales de órdenes superiores. Cada unión de familias constituye, como una estructura íntima de sus familias, *un* todo de vida superior en el que se mueven libremente la vida de las familias y de cada individuo. El entorno natural común, influencias de Dios y del mundo compartidas, que unen las familias en lugares de residencia comunes, en pueblos y en ciudades, que a su vez forman *un* todo, pueden ser aprovechados por los miembros de la unión de familias para ejercitar *una* actividad sociable en todo lo humano. De este modo, cada una de las uniones de familias conforma *una* alianza de la obra, cuya actividad interna adopta el carácter particular de su vida entera. La confidencialidad de la vida personal en familia, en amistad y libre sociabilidad, el lazo de la consanguinidad estrechamente tejido en la unión de familias y la costumbre social compartida, vierten un encanto originariamente particular sobre la actividad operativa entera de una asociación de familia, otorgándole el aumento del número de personas activas dignidad superior. En cada residencia rural en la que se reúnen varias familias, así como en
[414] cada ciudad, se erige y forma *un* santuario de la Alianza para la Actividad Operativa íntegra, que imita en el espacio al organismo de la actividad operativa misma. Está formado ajustándose al número de uniones de familias, y según el modo y la ley de la vida rural y de la urbana en extensión y forma, mas asume el modelo del santuario superior de la alianza, de la tribu, del pueblo y de la humanidad, en el cual se mueve la vida activa entera de la humanidad rítmicamente en periodos bien medidos y en armonía bien entonada. Así como la tribu se comporta en relación con cada una de sus uniones de familias, así se comporta también la actividad operativa social de la tribu en relación con cada una de las uniones de familias. Ella también constituye *una* alianza de la obra social en fuerza y dignidad superiores, pues en ella se hallan armónicamente unidas la vida rural y la urbana. En la ciudad de la tribu se compenetran todas las uniones de familias destinadas a ser *una* persona

superior. Allí se erige un santuario superior de la Alianza de la Obra, que se comporta en relación con los santuarios de la alianza de cada una de las localidades como su cabeza y todo superior. En este lugar de trabajo superior se desarrolla la vida activa suprema de la tribu entera como un todo, siendo las sociedades operativas de las localidades subordinadas de la tribu, así como sus santuarios y toda su actividad operativa partes orgánicas de la misma. En esta actividad operativa social, la tribu es acogida como persona completa en la alianza *una* de la obra de la humanidad, presentándose al pueblo, a la alianza de pueblos y a la humanidad de la Tierra entera como *una* persona en *una* obra, unida vivamente con su actividad [415]
operativa superior.

Algo muy similar rige para la actividad operativa particular de cada una de las uniones de tribus en su región ampliada, y para su capital como la sede de su vida profesional superior.

Ahora bien, lo que es válido para cada tribu y cada unión de tribus, también vale en mayor medida para cada pueblo, cuya actividad operativa respecto a las uniones de tribus es análoga a la de estas últimas respecto a la de las tribus. Cada pueblo es *una* persona verdaderamente superior, *una* vida superior para todo lo humano. La lengua y las costumbres compartidas y un carácter común superior de la naturaleza que lo rodea determinan la particularidad de cada pueblo. Ahora bien, esta vida particular del pueblo ha de mantener y desarrollar bellamente su unidad y plenitud también como una alianza de la obra. Una ciudad principal conforma el centro de la vida del pueblo y debe formar también el centro de toda su vida. En ella ha de erigirse un santuario de la alianza de la actividad operativa íntegra adecuado para la dignidad del pueblo. Este ha de incluir orgánicamente los santuarios de la vida del pueblo en sus variadas facetas sociales, morales, justas, íntimas y bellas, de su ciencia y su arte y de su formación de la humanidad. Desde ahí ha de vertirse la unidad de la vida y de la acción sobre todas las uniones de tribus, tribus, uniones de familias, familias e individuos del pueblo. En este santuario

se muestran las tribus, familias y los amigos e individuos en su personalidad particular, como personas autónomas, libres, bien unidas en justicia y amor y activas. Cuando entonces se
[416] unen varios pueblos en amor y amistad formando *un* pueblo superior, *una* persona superior, se unen también armónicamente en toda su actividad operativa, convirtiéndose en un todo superior con carácter sociable superior. De resultas, en la ciudad principal que comparten los pueblos unidos se forma su alianza social por la obra total y su santuario supremo, para, desde ahí, distribuirse la unidad, la plenitud y la particularidad armónica entre la actividad operativa opuesta de los pueblos unidos y proclamarse la dignidad propia de la persona superior en obras sociales superiores.

Así hemos llegado hasta la unión que establece la humanidad de un lugar habitable en el universo como sociedad fundamental suprema en este, con toda su actividad operativa interna propia. Los hombres, unidos firmemente por Dios, la razón y la naturaleza en el universo, son llamados a formar en libre actividad la máxima unidad orgánica posible en todo lo humano. También ha de unirles una alianza para *una* actividad operativa y *un* santuario sociable de la Tierra entera ha de glorificar la unidad de esta alianza como Alianza Total. Obra y artista solo pueden alcanzar su máxima grandeza, plenitud y belleza, cuando las ideas del mundo omniabarcantes, que tienen por sagrada la actividad operativa, sean socialmente vivificadas en el ámbito más amplio que les conceden Dios, la razón y la naturaleza. Virtud, derecho, intimidad y belleza; ciencia y arte y su armonía, educación e instrucción, solo pueden alcanzar su cima a través de la humanidad, como humanidad, como *una* persona operativa: a ellos ha de consa-
[417] grar la humanidad *una* diligencia artística bien organizada que gobierne las aspiraciones subordinadas de todas las personas subordinadas, las anime a todas, las purifique, modere y una armónicamente según *una* imagen modelo y *una* ley, según *un* plan de la obra. Solo por ello es posible que cada individuo alcance lo supremo en su aspiración profesional, que

cada individuo pertenezca de inmediato, independientemente de sus amigos, de familia, tribu y pueblo, a la humanidad por la vocación de su actividad operativa y actúe en la humanidad y reciba de ella las influencias más sublimes. Solo así es posible que artistas, investigadores científicos y formadores de la humanidad sean como *una* familia unida en amistad por toda la Tierra, independientemente de todas las aparentes separaciones que constituirían las sociedades fundamentales entre los trabajadores profesionales como tales. Solo por ello, porque la humanidad como humanidad conciba íntimamente las tareas infinitas de la virtud, de la justicia, intimidad, belleza, ciencia y formación de la humanidad, solo porque sea *una* Alianza de la Virtud, *un* Estado, *una* Alianza de la Intimidad con Dios, *una* Alianza de la Belleza, *una* Alianza de la Ciencia, del Arte y de la Formación de la Humanidad, solo por ello los hombres se vuelven capaces en su vida y actuación internas de formarse omnilateralmente para ser una familia de Dios en la Tierra, *un* hombre verdadero, y recibir de este modo la máxima belleza y dignidad en la que una humanidad originariamente particular y armónicamente vivificada de un lugar de residencia celeste íntegro está destinada a manifestarse y unirse cada vez con más intimidad a los todos superiores de la humanidad y a Dios mismo, al artista eterno.

En efecto, ¿quién será capaz de concebir en estos momentos [418] las limitaciones con las que, según eternas leyes de la vida global en Dios, se atraviesan con armonía los todos superiores del reino de los espíritus y de la humanidad en el universo para alcanzar una actividad operativa sociable superior? ¿Acaso es la humanidad de la Tierra más que un pueblo de la galaxia de nuestro Sol? ¿Es, acaso, ahora más que un hijo en la familia de la humanidad de esta galaxia? ¿Acaso no fluye en espíritus con vida originaria que nacen entre nosotros, que forman en niveles superiores ciencia y arte, virtud, justicia, intimidad y belleza, y superan con creces lo más bello de los tiempos de antaño, acaso no fluye en ellos la vida de esferas superiores atravesándonos, y acaso no estamos unidos gracias a ellos con mayor

intimidad, ya en estos momentos, con Dios, con la razón y la naturaleza, con la humanidad superior? Las barreras de nuestro campo de experiencias actuales no son las barreras de las esferas de vida superiores a las que estamos destinados. La etapa de la vida que alcanza ahora la humanidad no es todavía la de su edad madura con plenitud de sus fuerzas, en las que será acogida en las supremas relaciones sociales que unen los mundos y en las que se perfeccionará a sí misma en bienaventuranza y belleza particular.

La sociabilidad externa de la humanidad

Ahora contemplamos con más claridad e intimidad cómo la actividad operativa humana forma *un* organismo autónomo libre al igual que las sociedades fundamentales; cómo su vida
[419] penetra armónicamente las sociedades fundamentales y cómo estas se glorifican por doquier en la actividad operativa en comunidad. Con ello hemos completado la consideración de las sociedades internas y hemos alcanzado el nivel desde donde podemos vislumbrar a la humanidad como *un* todo creado dentro de sus individuos y su vida interna como *una* vida total. Pero esta vida *una* de la humanidad abarca en *un* todo también su sociabilidad externa y la unidad recíproca de la externa en relación con la interna, y concilia también este opuesto esencial de lo interior y de lo exterior en *una* armonía. Por ello, antes de contemplar a la humanidad en su vida total, es preciso que dirijamos toda nuestra atención hacia su sociabilidad externa, su trato con Dios, con la razón y con la naturaleza.

Hablamos de un todo orgánico en el que lo que despliega su vida en todo tiempo es a la vez en, con y por medio de lo otro, donde se requieren, despiertan y mantienen mutuamente uno y otro. Ya la compleción de las sociedades fundamentales y de las activas presupone la existencia y la vida interna de

cada hombre individual y la comunidad de vida íntima con Dios, con la razón y con la naturaleza, pues el hombre y la humanidad son creados eternamente en la vida de intercambio de Dios, la razón y la naturaleza como la obra más íntima de la creación. La sociabilidad interna y externa se condicionan mutuamente y avanzan uniformemente una al lado de la otra, en y por medio de la otra. Cada individuo es por sí mismo capaz y necesitado de sociabilidad externa y autónoma, pero más aún cada persona superior, y en mayor medida la humanidad entera. También la sociabilidad externa está formada según las ideas universales de la autolegalidad, del derecho, del amor y [420] de la belleza como *un* organismo. Pero es solo en este lugar donde podemos dedicarnos a la consideración de las uniones de vida externas. Y es así, porque el hombre solo por sí mismo, solo porque contempla a todas las cosas en sí mismas, como en la imagen fiel, solo por medio del hombre y solo partiendo desde lo humano, puede elevarse íntimamente hacia Dios, la razón y la naturaleza y abrirse a sus influencias superiores; dado que la culminación social interna de la vida interior puramente humana prepara un lugar puro y santificado para la unión de vida íntima de Dios, la razón y la naturaleza con la humanidad.

La vida de intercambio de la humanidad con Dios

Aquí, sobre todo, merece conocerse y apreciarse el trato del hombre íntimo y de la humanidad íntima con Dios. En lo que es originariamente esencial en él, cada ser es completamente idéntico a lo esencial de Dios, y su vida es hasta cierto punto la imagen de la vida de Dios. Colmando estos límites con libre actividad, se configura semejante a Dios con belleza propia. Y es que, en cada organismo finito, cuyos órganos reciben diversamente tantos estímulos externos, cada miembro es de la misma naturaleza que el todo y su vida está íntimamente ligada a la vida del todo. Tanto más en Dios, en tanto que Ser,

organismo y vida originarios, el que es libre y completo eternamente en sí mismo y en el que todo es lo que es. Todo en Dios es parte del todo, finito, para que sea de una naturaleza
[421] determinada, pero es también infinito en su naturaleza, como un todo de su naturaleza. El límite por el cual es aquel ser, es diferente de Dios y, a la vez, está indisolublemente unido con Dios. Las ideas de lo infinito y de lo finito no se anulan mutamente, sino que son *una* cosa indivisible en el mismo ser, que es un verdadero todo, que existe en sus partes y mantiene en ellas todo lo que es esencial en él. De este modo, los seres finitos no son por su finitud no divinos, no están extrañados de Dios, sino que dentro de su finitud están íntima y divinamente con Dios como con el todo supremo, manteniendo en sus límites, en su ser y vida interna, al Dios entero a su propia manera. La conformación de lo divino, es decir, de lo esencial en el tiempo es vida. Así como cada ser es en determinados límites divino, conforma lo divino en sí mismo a su propia manera y según propias leyes: tiene una vida particular. Esta autovida de cada ser tiene en sí misma origen divino; no es ajena a Dios, pues es en, con y por medio de Dios, sino que lleva a Dios y acoge a Dios internamente en cada ser. Bien es cierto que cada ser es, en su esencia originaria, libre y autónomo, pero está estrechamente ligado con la vida de todos los seres en Dios y con la vida total de Dios. Pues todos los seres se atraviesan vivamente en sus límites y en su conformación, y *una* vida total de Dios los impregna a todos. Vivir pura y alegremente en sí mismo y colmar los límites de la propia esencia con virtud y belleza es divino y hace capaz y digno de ser acogido amorosamente por Dios en circunstancias vitales cada vez más
[422] íntimas y elevadas. El no colmar aquellos límites, desviarse de la ley de la vida más propia y así enajenarse de la verdad que otorga la libertad divina de la vida, solo esto no es semejante a Dios y es pecado. La autovida libre y con fuerza originaria es en Dios tan esencial como la vida de intercambio armónica: ambas son eternamente a la vez en Él, pero considerado en el tiempo, el desarrollo de la vida libre de cada ser antecede

parcialmente en sí misma a la vida de intercambio armónica, a la que acompaña como su condición más interna en lo viviente. Dios repite su eterna creación en el tiempo infinitas veces y con multiplicidad infinita, y se glorifica en la formación de vida de todos sus seres, porque hace que su vida brote de la constricción del mundo y como providencia amorosa completa a todos en eterna virtud y en un bello ciclo como su viva imagen. Pero la vida total de Dios es a sí misma eternamente igual, y en el realce de la particularidad que otorga en cada momento de su eterna vida interna a todas las cosas es eternamente idéntica. En la vida de Dios, su idea es con su existencia una y a la vez; al igual que en la vida de todas las cosas la idea total de su vida se desarrolla eternamente en el tiempo, en periodos que retornan eternamente a sí mismos y a Dios. Pensar y sentir a todos los seres en Dios, contemplar su autovida y su vida de intercambio entre ellos y con Dios como mismamente divinas, pero a Dios como el todo supremo y como la vida suprema, reconocer en todas las cosas a Dios, en Dios a todas las cosas, y todas las cosas entre ellas, sentirlo y vivir en este espíritu mismo, esta es la vocación bienaventurada del hombre íntimo con Dios. Incluso en sí mismo reconoce y siente al Dios presente; y [423] en la conciencia de su eterna dignidad es totalmente en Dios, mueve toda su vida en armonía con la vida de Dios y de todas las cosas. Piensa, desea y actúa en el espíritu divino; y forma cuerpo y espíritu y su vida de intercambio para que sean un templo y, más aún, para que sean un órgano, una vida parcial de Dios, semejante al todo eterno. A aquellos que viven en tal espíritu se les hará concebible y bienaventurado lo que aquí expresamos con íntimo presentimiento acerca de la unión de vida de todas las cosas con Dios.

Todos los seres son y viven en Dios, incluidos el hombre y la humanidad. Cuanto más rico sea un ser en organismo interno y opuestos internos de la vida, tanto más íntimo vive en, con y por medio de Dios. Dios se revela en la máxima riqueza, belleza y elevación en la imagen fiel más perfecta de Dios en la humanidad del universo, así como en cada parte orgánica

de la misma. La humanidad vive en la máxima intimidad en y con Dios, y Dios en y con ella, pues en ella confluyen armónicamente las fuentes originarias de la vida de Dios en la razón y la naturaleza, y la eterna creación de Dios, regresando a sí misma, se halla comprendida en este ser omniarmónico. Dios ha creado eternamente la unidad de vida de razón y naturaleza, y la conforma eternamente en el tiempo. Logra con fuerza individual que tanto los mundos del espíritu y las especies orgánicas, como los espíritus y cuerpos individuales, se unan amorosamente, y está presente en cada espíritu y cuerpo formados como hombre, en cuanto fuerza individual superior que une a ambos. Por este motivo, la humanidad como todo hombre encuentra aquí y allá el camino abierto hacia Dios. En
[424] primer lugar, se encuentra con Dios en la estructura interna y la vida de sí mismo y de la humanidad, pudiendo, por medio de la autocontemplación interna, hacerse cada vez más maduro para contemplar a Dios en cuanto su eterno ideal. Encuentra el hombre a Dios en la pura vida de la naturaleza, la cual, como algo infinito, se refleja finitamente en los sentidos del cuerpo, y el cuerpo, a su vez, se comporta con la naturaleza como obra suprema e imagen fiel completa de su vida total, tal como el hombre lo hace con Dios: y de este modo el cuerpo mismo llega a ser para el hombre un órgano puro de actuaciones divinas. Contempla a Dios, además, en la esencia y la vida de la razón *una*, al modo en que se retrata en las profundidades de su espíritu, la cual está en la misma relación con la vida y la actuación de la razón que el cuerpo con la naturaleza y que el hombre entero con Dios. Finalmente, Dios se glorifica ante el hombre en la convivencia armónica del espíritu y del cuerpo como la esfera más íntima de la eterna convivencia de naturaleza y razón. En la humanidad íntima con Dios en el universo, el hombre intuye la presencia más íntima y completa del Dios entero en su organismo interno y vida. El hombre y la humanidad que alcanzan esta comprensión, cuyo espíritu se halla iluminado por la ciencia divina, cuyo ánimo se halla colmado de amor íntimo hacia el Dios presente en todas las

cosas, cuyo cuerpo es a su modo igual de puro, lleno de vida y armónico como lo son su espíritu; y ellos mismos como hombres completos, cuya inclinación y voluntad son puras y cuya vida es semejante a Dios, el hombre y la humanidad que han alcanzado una intimidad con Dios tan pura, se hacen dignos de recibir renovadamente el amor eterno de Dios, y que Dios mismo actúe en ellos de infinita manera, y que a su amor vivo [425]
por Dios responda el amor vivamente activo de Dios. Mientras antes identificamos la intimidad con Dios como destino esencial del hombre y de la humanidad, en este punto la identificamos como la condición interna de una unión de vida de intercambio del hombre y de la humanidad con Dios. Mientras veíamos que todos los individuos, todas las familias, amistades y personas fundamentales superiores de la humanidad y la humanidad misma, se reunían en *una* Alianza para la Intimidad con Dios, para hacerse presente a Dios en la vida, para brindar su amor puro social a Dios en sacrificio y ganar en él perfección, fuerza y belleza de la vida, ahora identificamos en esta alianza y en el cuerpo, el espíritu y el ánimo del hombre que es íntimo con Dios, la esfera consagrada donde Dios responde con eterna voluntad y lleno de vida en la pura intimidad de la humanidad, se les hace presente y actúa en ella elevándola. La Alianza de la Intimidad con Dios se amplía en una alianza con Dios, en una vida bienaventurada de intercambio de Dios y de la humanidad. Pero del mismo modo en que Dios se asemeja a sí mismo en todo, también su intimidad y su amor por la humanidad y por el hombre íntimo con Dios son conformes a aquella intimidad global y aquel amor supremo con los que abraza a todos los seres.

Si pretendemos intuir los momentos principales de la unidad de vida que une a Dios y la humanidad, es nuestro deber pensar en primer lugar la intimidad y el amor de Dios hacia todos sus seres de modo completo e ilimitado.

La eterna creación de Dios y su eterna vida de intercambio con sus eternas obras son dos secuencias infinitas de su actuación. [426]
En los opuestos y en las barreras internas que cada ser en

Dios porta eternamente desde su nacimiento, se halla el impulso incesante de su autovida y de su vida de intercambio, para que configuren en sí mismos en el tiempo entero, es decir, en el tiempo infinito, su esencia divina. Por medio de su vida interna y autónoma mantienen su origen divino, imitan la eterna autonomía de Dios en su propia esfera y se vuelven capaces y necesitados de unir su vida con la vida de todas las esferas que se hallan por encima y junto a ellos. Esta unión de la vida de todos los seres en Dios, como partes eternas internas de Dios, es eternamente esencial a Dios mismo, pues Él es *uno* en sí mismo e indiviso. Los seres autónomos, siendo igualmente libres y originarios en Dios, sin embargo, no son capaces de compenetrarse viva y amorosamente por sus propias fuerzas, sino que es su esfera inmediatamente superior y común a ellos, en la que son y viven ambos y en su culmen todos, la que congrega sus vidas y las une. Es decir, que, en su culmen, Dios los une como el todo originario y lo supremo en lo que se opone todo lo opuesto y en donde vive todo. La causalidad eterna de la existencia y la causalidad temporal de la vida son, en Dios, una e igualmente esencial; son ellas mismas la eterna actuación de Dios como eterna causa *una*. Dios se halla, por lo tanto, unido con sus seres internos no solo eternamente, sino también temporalmente, es decir, actuando viva e individualmente. Esta actuación y vida individual de Dios, como el Ser supremo, que influye en todos sus seres internos parciales, no anula
[427] su eterna actuación en la creación del mundo. Todo ser en Dios vive libre y autónomo con la fuerza eternamente heredada. En la vida de intercambio con otros seres en la que es instalado por Dios, no se destruye su opuesto, sino que se colma con vida, y no se anula su libre autonomía, sino que se confirma y se eleva. Incluso los influjos de vida individuales que ejerce Dios sobre ella presuponen la libre formación interna y la confirman y elevan. Dios, que influye viva e individualmente en todos los seres, no modifica o destruye por ello a sus seres, ni perturba el libre uso de las fuerzas que Él mismo les ha otorgado desde tiempos eternos, sino que solo actúa de

nuevo en ellos en el momento y en la medida en que ellos, en el libre uso de sus fuerzas internas, completan su vida interna con pureza y castidad. Esta vida de intercambio de Dios, como el todo originario, con todos sus seres internos es, como Dios mismo, un todo originario en sí misma, infinita, omnilateral, uniforme, igual a sí misma, en cada momento de la eternidad igual de perfecta de una manera individual y bella. Los rayos de la vida divina actúan por doquier atravesando todos los seres y se reunen entre sí y con Dios, como el Ser originario; y Dios actúa en cada ser directa e indirectamente por medio de todos los seres superiores y equivalentes. Pues en Dios no hay nada cercano ni lejano, en Él se halla en todas partes el centro de la vida, y en el hombre y en la humanidad, en donde toda vida individual del mundo se compenetra armónica, rítmica y uniformemente, se reunen todos los rayos de la actuación de Dios eterna en el tiempo, que enlaza eternamente en el tiempo su vida originaria con la vida de todas sus criaturas. Dios [428]
actúa en cada hombre, en cada unión social, en la humanidad de todo cuerpo celeste directa e indirectamente por medio de espíritu y cuerpo, por razón y naturaleza; y con tanta más intimidad cuando la vida de la humanidad y del hombre por medio del libre uso interno personal de la fuerza eternamente otorgada florezca con más libertad y belleza. El hombre y la humanidad no se desvanecen en esta vida de intercambio con Dios, no desaparecen ni se disuelven en Dios, sino que es solo entonces cuando ganan verdadera alegría y plenitud de la vida autónoma. Sus fuerzas internas se vuelven cada vez más libres, actúan cada vez con más pureza y particularidad y acogen en sí belleza cada vez superior. Esta vida de intercambio del hombre con Dios se halla con toda su esencia y con todas sus fuerzas en armonía predestinada; y solo a aquel hombre que se halle en perfección como hombre completo, cuyo espíritu y cuerpo, cada uno por sí y ambos con el otro, sean formados en su totalidad y armónicamente y cuya razón y entendimiento y sentimiento se hallen en consonancia y actúen juntos en compenetración uniforme, se hace Dios individualmente cada vez

más presente. No son la fe irracional, la admiración sin entendimiento, ni el ensimismamiento profundo los que unen con Dios, sino que es el libre uso de la razón, en armonía con el entendimiento agudo e investigador del todo, y el sentimiento puro, claro e iluminado el que lleva a Él. Cuanto más fuerza e igualdad en temperamento haya en la armonía de todas las fuerzas internas del hombre, cuanta más perfección haya en la vida autónoma que nazca de ella, tanta más dignidad y capa-
[429] cidad ganan el hombre y la humanidad para que Dios se les haga presente cada vez con más intimidad y se les revele cada vez con más esplendor.

Si contemplamos con más profundidad la unidad del hombre y de la humanidad con Dios, la encontramos vivificada en tres esferas. La humanidad se halla unida con Dios, en tanto que eterno Ser originario que es por encima de sus mundos internos; con Dios en tanto que es y vive Él mismo en sus mundos internos; finalmente, con Dios en tanto que su vida penetra armónicamente la vida de todos sus mundos. Así como la intimidad entera de la humanidad es la intimidad con Dios *una* que abarca a todos los seres, siendo en Dios, también su unidad de vida real con todos los seres externos, anhelada y ansiada en aquella intimidad, es, en sí, solo *una* unidad de vida con Dios en la medida en que es y vive por fuera y por encima de la humanidad, siendo, aún con todo, la sociabilidad externa entera del hombre y de la humanidad *una* vida de intercambio, *una* unión de amor con Dios. Dirigiremos por ello nuestra mirada hacia las tres esferas que acabamos de identificar para tratar de dibujar un esbozo de la sociablidad externa del hombre y de la humanidad.

Hacia Dios, como el Ser originario que es y vive por encima de todos los seres, que crea todas las cosas y rige amorosamente su vida, se eleva el hombre íntimo con Dios como hombre entero, en cuerpo y espíritu, en los momentos más íntimos de su vida libre y autónoma, aquellos en los que se encuentra en su propia vida con el Dios amoroso entero. Entonces reconoce a Dios, a sí mismo y a todas las cosas en Dios,

se ofrece como sacrificio a Dios en adoración íntima y en amor [430]
puro a sí mismo y a su ser completo, y en la contemplación bienaventurada de Dios, como el Ser supremo, y en su eterno amor, se conquista a sí mismo en su existencia verdadera y originariamente esencial y despiertan sus pensamientos y sentimientos más íntimos. Aprecia su vida como vida en Dios y el impulso originario se apodera de él para formar su propia vida como vida parcial en la vida global de Dios, de forma libre y bella y asemejándose a Dios. Así como la Tierra se manifiesta a sí misma en los rayos del sol, así como el cuerpo solo puede contemplarse a sí mismo cuando la luz ilumina su vista, así también el hombre y la humanidad solo toman plena conciencia de sí mismos y se reconocen con claridad cuando la luz originaria de Dios los atraviesa por completo y se contemplan íntegramente en ella. Entonces examinan la vida que han llevado ante Dios, y proyectan el plan de la vida futura en la viva contemplación de Dios, según sus leyes supremas, eternas y que abarcan al mundo entero. Las leyes internas de la vida humana se les hacen sagradas como leyes divinas; y en la voz de la conciencia adoran a la voz de Dios, y en la virtud humana contemplan una parte esencial de la autoperfección interna de Dios. El íntimo con Dios reconoce que Dios, como Ser originario, está siempre presente en la vida; y el pensamiento en Dios y el sentimiento de su presencia le acompañan sin cesar y le anteceden con su luz para llevarle a la autoperfección superior y a la sociabilidad armónica. Esta vida eleva su fuerza, aumenta su valor y es fuente de inagotable alegría.

Cuando en el hombre se halla viva la contemplación de Dios como el Ser originario, entonces reconoce a todas las cosas en Dios como eternas obras de Dios, y su vida como vida [431]
parcial de Dios. El pensamiento de Dios, como el Ser originario, le acompaña en el descenso hasta la contemplación divina de la naturaleza, la razón y la humanidad, despierta puro amor hacia ellas y hace madurar la decisión de vivir sociable y amorosamente con ellas como seres en Dios según las eternas leyes de Dios. En el nacer de una galaxia como en el nacimiento de

un gusano, en la constitución de un reino de espíritus como en el germinar del más mínimo pensamiento, encuentra al mismo Dios. Todos los seres le devienen sagrados y reconoce a todos ellos en su autonomía y armonía social fundadas por Dios. Cuida a todo lo vivo y aspira a mantener la vida de todas las cosas, embellecerla y tratar de perfeccionarla. Se hace merecedor de su amor correspondido y gana la madurez para que Dios le una cada vez con más intimidad con la naturaleza y la razón.

Así como razón, naturaleza y humanidad del universo constituyen las tres esferas superiores en Dios, se abren estas también al hombre y a toda humanidad subordinada como las tres esferas supremas de sociabilidad externa íntima con Dios, la cual abarca a su espíritu y a su ánimo con amor uniforme para unir su vida con la de ellos cada vez con más intimidad. Razón, naturaleza y humanidad son en Dios como el organismo del ser divino mismo, y cada una de ellas es semblanza e imagen fiel particulares de Dios, formando, de este modo, la sociabilidad externa de la humanidad con ellas la segunda esfera de su
[432] unidad de vida con Dios, tal y como reconocimos la intimidad referida a ellas como una parte de la intimidad con Dios *una*.

La sociabilidad externa de la humanidad con la naturaleza

El hombre íntimo con Dios vive la contemplación de la naturaleza como la contemplación de *un* ser verdaderamente completo y a su manera infinito, que imita eternamente en su interior con viveza originaria al Ser originario mismo de modo libre y autónomo, que es en la riqueza de su vida interna eternamente igual a sí mismo. No obstante, crea en todo momento, con eterna novedad y juventud y belleza particular, todo lo que contiene su ser eterno, en cuanto todos supremos en número infinito de sí mismo en el cosmos, en cuanto galaxias ordenadas con arte y entendimiento, desarrollando en cada cuerpo celeste su vida entera con particularidad y fiel

reflejo, formando y manteniendo todo con *una* fuerza eternamente igual en sí misma y con *un* amor. Al íntimo con Dios le parece todo lo individual que le expone la naturaleza, en su autonomía y armonía, como *un* gran pensamiento de la naturaleza, como *una* gran vida de la naturaleza diseñada a su manera, tan originaria, tan libre y tan bella como la razón diseña sus mundos internos; y reconoce la naturaleza en tanto que tiene la misma dignidad y el mismo nivel de esfera horizontal en Dios, como autovida libre, como amable amiga de la razón. Lo reconoce así porque la razón no ha de someter a la naturaleza, sino que se ha de unir a ella en justicia y amor, alcanzando una vida superior en Dios, para que ambas [433] se sirvan mutuamente sin despojarse de su idéntica libertad y dignidad. De este modo, el íntimo con Dios confiesa el mismo amor y respeto por naturaleza y razón, por cuerpo y espíritu, y aspira a vivificar y conformar armónicamente a ambas. Estas contemplaciones despiertan y mantienen la intimidad con la naturaleza de cada hombre íntimo con Dios, en la que dedica puro amor a la naturaleza entera como *una* vida, y a todo lo individual vivo en ella, como partes de la vida *una*, y aspira en íntimo anhelo a fundar con la naturaleza una asociación de vida omnilateral, y adentrarse en ella en vida de intercambio armónica cada vez con más elevación, profundidad y extensión. El hombre íntimo con la naturaleza trata de reconocerla, actuar en ella con arte y recibir las bendiciones de su vida en una interacción cada vez más íntima. El conocimiento de la naturaleza se convierte en vocación sagrada y bella de la humanidad íntima con Dios; y aspira a descubrir todas las fuentes de conocimiento de la naturaleza, de hacerse digno y capaz ante sus comunicaciones y, abasteciéndose de todas ellas, de perfeccionar la ciencia de la naturaleza como *un* todo. En las profundidades del espíritu el hombre encuentra el puro ideal de la naturaleza y de su vida, como esfera en Dios. Esta ciencia de la naturaleza, en cuanto ideal, exige formarse en pura razón de modo puro y autónomo, para que el ojo del espíritu pueda comprender la exposición que la naturaleza misma le

confía de su vida global en los sentidos del cuerpo, y en este cuerpo mismo como en su obra más íntima y bella misma. La ciencia de la naturaleza puramente razonable y el puro conoci-
[434] miento de las eternas formas naturales del espacio, del tiempo y del movimiento ayudan al espíritu a descifrar el cosmos, para que así su mirada se eleve por encima de esta Tierra y de este Sol hasta los todos supremos de la vida de la naturaleza; para que aprenda a conocer y valorar la Tierra y su vida en el todo, y a reconocer en ella una semejanza libre y completa de la naturaleza en la cual esta se revela amorosamente a sí misma. El íntimo con la naturaleza aspira en cada momento a contemplar la vida de su sistema solar, la interacción y la particularidad de todos los cuerpos celestes en él, su posición recíproca y todas sus condiciones de vida en una imagen clara y completa en la medida en que alcance su ámbito de visión. Solo entonces, cuando el hombre ha reforzado su mirada en la vida global de la naturaleza y cuando ha reconocido los todos superiores del cielo, regresa con entusiasmo a la Tierra, como a un bello hijo de la naturaleza, y su vida se le hace más elocuente, sagrada y valiosa, pues reconoce cómo se halla en el espacio celeste y cómo este se halla parcialmente en ella. Cuando esta percepción, esta convicción se ha vuelto más generalizada, entonces la humanidad conforma también el conocimiento de la vida de la naturaleza en la Tierra como *una* ciencia completa y bien estructurada, respaldada por observaciones y experimentos artísticos y colecciones científicas. Entonces, rinde tributo con profundidad a toda la vida real en la Tierra, a cada obra individual de la naturaleza y a las condiciones sociales de todo lo vivo según la idea de la naturaleza y según las ideas de todo lo individual que descansan en ella. Se despierta el sentido artístico de los íntimos con la naturaleza y su ámbito de fuerza se amplía con el conocimiento; se vuelven capaces de actuar
[435] omnilateralmente, en *un* gran arte de la naturaleza con las fuerzas del cuerpo que reinan libremente según las ideas, en la vida de la Tierra, y elevar y perfeccionarla según su propio ideal puro. Pero, a continuación, también según el ideal de la

vida y de la belleza puramente razonables. Del mismo modo en que aumenta el conocimiento de las leyes generales de la naturaleza y de la vida de todo lo vivo, tanto más ricas son las fuentes de fuerza que se brindan a los espíritus que han ganado vida en la naturaleza como hombres. El conocimiento maduro arma la fuerza de la naturaleza más delicada y omniabarcante de la especie humana íntegra, y esta se convierte en maestro de todas las fuerzas de la naturaleza para que una y perfeccione la pura vida y la pura belleza de la naturaleza con la vida y la belleza del espíritu.

La vida de la Tierra se muestra en dos esferas, en una omniabarcante, la supraorgánica y la preorgánica, que incluye la segunda más estrecha y más íntima, la orgánica. Pero orgánico es en el entendimiento general de esta palabra todo lo que existe, Dios, naturaleza, razón y humanidad, pues el Ser originario mismo es *un* organismo eterno, *una* vida orgánica eterna en el tiempo. Es cierto que a la esfera de unión interna armónica en la naturaleza que se desarrolla en el mundo vegetal y en el animal se le ha atribuido preferentemente el nombre de naturaleza orgánica. Si entendemos, sin ánimo de desenmarañar el uso lingüístico aún sin formar de la ciencia de la naturaleza en esta temática, por lo supra y preorgánico todo lo que contiene y forma la vida de la naturaleza en la Tierra y en todos los cielos, por encima y anterior a la vida orgánica del mundo vegetal y del animal, entonces identificamos en la vida de la [436] naturaleza supraorgánica la esfera superior como la naturaleza preferentemente orgánica cuyas fuerzas y obras opuestas, por nueva actuación de la naturaleza íntegra, ganan vida nueva e intimísima en su unión completa. A la vez, encontramos en lo preorgánico el suelo consagrado en el que se forman y viven plantas y animales. Es por ello que la naturaleza supraorgánica merece ser reconocida en primer lugar por el hombre íntimo con Dios en todas sus obras y fuerzas. Si no se conocen sus leyes de vida, permanece también oculta la vida orgánica, y si no se aprecia su interacción con la naturaleza orgánica, serán misterio inescrutable la creación, la alimentación, la vida

y la muerte de los cuerpos orgánicos; y, finalmente, sin actuar artísticamente en la naturaleza preorgánica de la Tierra, la humanidad no será capaz de dar vida superior al reino de la organización en la Tierra, ni convertir a la Tierra en una imagen fiel de la vida de la razón interna libre, ni otorgarle la libre belleza de la razón en tanto arte bello de la naturaleza. La humanidad ha de actuar artísticamente en la naturaleza supraorgánica y en la preorgánica, y ha de promover, mantener y elevar en ella, por medio de arte libre, las condiciones de la bella prosperidad de la creación orgánica entera, manteniendo sana toda la condición de vida de lo orgánico y de lo supraorgánico, en la medida en que alcance el ámbito de la fuerza que la naturaleza misma ha otorgado a la humanidad en las fuerzas de la naturaleza de especie orgánica. Sin embargo, la creación orgánica despierta en el hombre amor aún más íntimo y diligencia
[437] artística aun más delicada y bella en confidencia más íntima con todas las fuerzas de la naturaleza y del espíritu. El hombre íntimo con la naturaleza contempla en los reinos orgánicos en la Tierra solo *un* individuo orgánico, en el que se desarrolla la vida *una* de la naturaleza en individuos en número infinito y esenciales para el todo, en todas las relaciones recíprocas posibles de las fuerzas de vida. Reconoce en todos los reinos, clases, órdenes, géneros, especies y subespecies cada vez más divisibles de los organismos el espíritu *uno* de la naturaleza entera, que se proclama en cada uno, dentro de las barreras particulares, de forma íntegra e indivisa; y reconoce en la vida en la Tierra la aspiración de la naturaleza a distribuir este organismo *uno* uniforme y ordenadamente en todos sus miembros, pero con los opuestos característicos de los continentes y climas. Y para el arte de la naturaleza de la humanidad es tarea suprema apoyar a la naturaleza en este afán, actuar libremente en ella en el espíritu propio de la naturaleza según sus propias leyes, otorgarle a la distribución armónica de la creación orgánica sobre toda la Tierra el elevado carácter de la libertad de la razón y, de este modo, unir orgánicamente la vida de la naturaleza y la del espíritu, así como la belleza de la naturaleza y la de la ra-

zón. La naturaleza misma ha preparado en la configuración originaria de la tierra firme una bella red de lugares de residencia particulares para el hombre y para toda la naturaleza orgánica que lo rodea. Conforme a su configuración, la humanidad ha de llenar con vida orgánica característica a continentes enteros, grupos de territorios, territorios y regiones, hasta incluso cada colina y cada valle. El género orgánico supremo es destinado por la naturaleza misma a actuar, educando y formando en [438]
todas las demás esferas del mundo animal y del vegetal, en unión de vida con los espíritus que la habitan, y disponerlos a todos con todos en la relación del derecho, del amor y de la vida de intercambio, distribuirlos a todos armónicamente por la Tierra entera, unir sus vidas, participar en sus penas y sus alegrías, curar sus enfermedades y completar su vida con arte. La gracia serena y alegre de las plantas no merece menor amor y cuidado que la vida con libre movimiento de los animales. Sin embargo, reconocemos en el mundo animal la esfera de la naturaleza que es más próxima al hombre. Pues lo que en el cuerpo humano hay animado como sistema de miembros y fuerzas, en plena relación con la equidad armónica, emerge como individual, libre, autónomo y separado en el variado reino de los animales, oponiéndose al género humano como semblanza vivificada en partes individuales, en pos de amorosa interacción. En la educacion y en el ennoblecimiento artísticos del reino animal, en la tierna preocupación por sus penas y alegrías y en el puro amor desinteresado por ellos, se refleja la perfección de la humanidad en semejanza con Dios. Los animales han de reunirse, en función de su cercanía o lejanía de la especie humana y en calidad de dependientes, alrededor de la humanidad que los quiere y cuida de ellos como sus padres, para que reciban de ella los beneficios de la vida superior. El mismo espíritu inmortal de la naturaleza vive en todas las plantas y animales y edifica también el cuerpo del hombre; y así como la estructura visible del individuo perece en interacción con la naturaleza supraorgánica, y siguiendo las [439]
leyes preorgánicas se descompone regresando al todo superior

de la vida en la Tierra, permanece viviendo libre el rayo de su espíritu natural, imperecedero en la naturaleza, que edificó su cuerpo orgánico para volver a revelarse en otro lugar y nueva formación. Es decir, que mientras a la humanidad íntima con Dios se le muestran plantas y animales como obras de la misma fuerza vital inmortal de la naturaleza que también dio a luz al cuerpo humano en el tiempo originario de su amor, en la Tierra, no sin Dios, reconoce con admiración cómo la naturaleza, elevándose de sus formaciones subordinadas anteriores, alcanzó lo orgánico supremo en el cuerpo del hombre: así se siente legitimada por Dios, la naturaleza y la razón para utilizar con veneración y piedad la vida de las plantas y de los animales para crear, formar y ennoblecer la especie humana y la vida entera de la humanidad, con reverencia y agradecimiento hacia la naturaleza creadora global y con dulce misericordia hacia la vida subordinada que es sacrificada a la naturaleza misma sirviendo a lo superior. La humanidad íntima con Dios está libre de toda destrucción insolente y reprobable de las obras de la naturaleza al servicio de una avidez de placer desenfrenada.

La vida de intercambio de la naturaleza y de la humanidad está destinada a ser omnilateral y uniforme. Por ello no debemos determinar los límites de esta según los que nos encierran ahora en esta Tierra, donde la humanidad se halla todavía en su tierna infancia, donde incluso la vida orgánica de la Tierra no se ha desarrollado aún por completo, y donde incluso la
[440] vida ya existente solo es reconocida en una ínfima parte por la humanidad dedicada a investigar la naturaleza. Pues una mitad de la creación orgánica situada en las áreas del fondo de mar se halla aún oculta casi por completo a nuestros ojos, y la tierra firme posee todavía amplias regiones fértiles en cuya vida no se ha adentrado aún ninguna mirada investigadora científica.

Si el hombre y la humanidad han de integrar cada vez con más intimidad su vida en la naturaleza, esto solo es factible mediante nueva actuación de la naturaleza entera con participación de Dios en el cuerpo humano que se haya hecho merece-

dor de ello, y por medio de la vida de intercambio más íntima, libre y más uniforme del espíritu y del cuerpo. El hombre y la humanidad solo pueden hacerse merecedores de esta suerte por medio de la pureza del corazón, de la reverencia íntima, del puro amor por la naturaleza y de la formación continuada con inteligencia y entendimiento profundo de la ciencia y del arte de la naturaleza. ¡De qué modo vemos abrirse el ámbito de los sentidos corporales y espirituales y ampliarse en las apariencias de la vida superior y de las compenetraciones más íntimas de espíritu y cuerpo, a cuyo primer esbozo damos la bienvenida con el nombre de magnetismo animal! ¡Cómo será la vida de intercambio de la naturaleza y de la razón que empiece también con nuestra humanidad, cuando las condiciones de vida superiores a las que apuntan sus primeras experiencias, aún en tierno brote y llenas de misterio, se hagan más generales! El hombre íntimo con Dios e íntimo con la naturaleza tiene la convicción segura de que la humanidad que florezca cada vez con más elevación se unirá con la naturaleza cada vez con más intimidad, libertad y belleza, y repartirá dádivas cada vez más nobles y bellas a la naturaleza y las recibirá de ella, [441]
hasta que en el futuro se unan en esta humanidad la naturaleza y la razón formando una vida de intercambio armónica y plenamente uniforme y se compenetren por completo.

La sociabilidad externa de la humanidad con la razón

Así como el hombre recibe a través del cuerpo, en cuanto parte orgánica de la naturaleza, vida de intercambio superior con la naturaleza, en tanto que está fuera y por encima del cuerpo, así también se le abre al hombre la razón en el espíritu como en su parte orgánica. La razón proyecta y forma eternamente en sí los mundos del espíritu, reinos de espíritus, como la naturaleza sus mundos estelares, cuya vida une y embellece. Cada espíritu es un ser autónomo y con fuerza originaria en sí

mismo, como una parte de la fuerza *una* de la razón, que une en la razón las dos esferas supremas, el mundo de las ideas y de lo real, es decir, de lo relativo al ideal y de lo relativo a su contraimagen. Todos los espíritus son uno en este todo *uno* según su esencia, indiviso e indivisible; y en cada espíritu, como espíritu íntegro, se revela la razón por encima de él. Así como la razón tiene eternamente en sí misma sus dos esferas internas supremas, anterior a la unión que ella realiza como mundo de espíritus, así también actúa constantemente en ambas como opuestas: en el eterno mundo de las ideas, de modo eterno; en el mundo de lo real eterno en el tiempo, sin embargo, de modo temporal. Por ello, ambas aparecen ante el espíritu co-
[442] mo algo dado, y el mundo de lo real vive ante sus ojos, por la fuerza e interacción de la razón entera, su vida autónoma, en la que él actúa uniendo a ambas como facultad de la razón. Es difícil convertir lo que en este ámbito nos enseña la pura idea en intuición individual, porque nosotros, como hombres según el nivel de formación de esta humanidad, ensimismados en la vida de intercambio del espíritu con la naturaleza, no hemos alcanzado aún la conciencia pura y completamente clara de nuestra esencia y vida puramente espirituales. Por ello, la vida puramente espiritual sin la corporal es para nosotros en estos momentos un terreno poco conocido. Nuestros cuerpos se comunican entre ellos inmediatamente de modo corporal sin necesitar al espíritu como medio de transición; sin embargo, no somos aun capaces de tratarnos de manera puramente espiritual sin necesitar para ello al cuerpo. No obstante, es igualmente maravilloso el modo en que lo corporal se refleja inmediatamente en lo corporal al igual que lo sería, si nos pudiéramos reconocer inmediatamente como espíritus, amarnos e interactuar como tales. Pero nuestro ámbito actual de experiencias no es la experiencia completa, y la alianza actual para la formación de la humanidad no es la suprema. Quiero expresar aquí con franqueza lo que me enseña la idea originaria de Dios aplicada a la humanidad. La simetría perfecta, semejante a Dios y uniforme de los seres y de la vida requiere que la relación

de los cuerpos y de los espíritus en sí y entre ellos, sea una in-
teracción completamente igual. Del mismo modo que los cuer-
pos se unen inmediatamente con otros cuerpos y se reflejan
el uno en el otro, así también se unen en el universo espíritus
puramente como tales para la intuición recíproca y la vida so- [443]
ciable. Dado que en el hombre se hallan unidos cuerpo y espí-
ritu en armonía y uniformidad, sin anular su autonomía en su
oposición, la vida colmada de la humanidad en su edad madu-
ra ha de integrar todas estas relaciones sociales puramente y en
todos sus nexos de unión. Los hombres han de ser accesibles
entre ellos puramente como espíritus y puramente como cuer-
pos en intuición y para ejercer influjos interactivos. Así como
en nuestra experiencia actual los espíritus de los hombres se
reconocen y unen amorosamente por medio de los cuerpos,
también los cuerpos han de poder unirse intuitiva y sociable-
mente de forma mediata a través de los espíritus. Más aún,
dado que el mundo de espíritus *uno* completo ha de vivir tanto
autónomamente una vida puramente espiritual como, armóni-
camente unido con la naturaleza, una vida puramente humana,
no hallándose en el mundo figura opuesta a otra con la que no
llegue a unirse, así también se forma en nosotros el alegre pre-
sentimiento de una interacción social y consciente de los que
viven puramente como espíritus y como sociedades de espíritus
con aquellos que, unidos con la naturaleza, viven como hom-
bres. En esta última relación se completa el ámbito de todas
las interacciones que unen a los hombres y a la humanidad en
la razón como esfera completa: pues la razón actúa inmediata-
mente en el espíritu de cada hombre cuando se eleva para su
contemplación y el amor; pero el espíritu del hombre une con
la razón entera, moviéndose en sentido ascendente, la vida
de la naturaleza, que se refleja en él y es formada por él con
arte según las reglas de la razón. Los influjos de la razón en el [444]
espíritu pasan a la naturaleza por medio de la actuación de su
cuerpo, y lo que la razón íntegra crea y forma en el puro reino
de espíritus, incluso eso se le hace intuible al hombre y a la
humanidad y es exhibido con arte en la naturaleza. Finalmente,

al reino de espíritus puramente vivo también se le hace intuible y accesible la vida individual de la naturaleza, por influjos mediatos, en las imágenes infinitamente numerosas de la misma que se dibujan en los espíritus de los hombres. El hecho de que nuestra experiencia actual en esta Tierra aún no exponga estas relaciones sociales de forma real, y de que los espíritus se reflejen y se reconozcan en otros espíritus solo mediatamente por medio de los cuerpos, se nos hace comprensible por qué para toda unión armónica de los seres se requiere una madurez interna determinada de esta, y por qué especialmente en nuestra humanidad la interrelación íntima de los cuerpos y de los espíritus, de la especie orgánica íntegra y de la sociedad de espíritus que la habita, dista mucho de hallarse omnilateral e íntimamente perfeccionada, como nos enseñan en la experiencia con seria dignidad las manifestaciones vitales del magnetismo animal, así como varias expresiones de la vida enfermiza, donde objetos externos se vuelven sensiblemente presentes al hombre de un modo superior a las vías habituales de los órganos sensoriales, sintiéndose los hombres inmediatamente íntima y uniformemente como espíritu y cuerpo. Cuando en el futuro se alcance la integración recíproca de los espíritus y de los cuerpos de modo más completo, íntimo, uniforme, libre y bello, entonces el eterno amor alegrará y embellecerá también esta humanidad por me-
[445] dio de uniones de vida superiores con razón y naturaleza. Solo entonces la humanidad alcanzará su vida pura y libre en, con y por medio de la razón íntegra y de todo lo que haya en la razón. Mas yo he proclamado abiertamente lo que intuyo en el espíritu y estoy convencido de que la experiencia futura confirmará lo que yo he extraído de la fuente de la verdad eterna.

La sociabilidad externa de la humanidad con la naturaleza y la razón en su unión

La naturaleza, la razón y la unión de ambas son las tres esferas supremas en Dios. Con cada una de ellas han de mante-

ner una vida de intercambio íntima el hombre y la humanidad para que puedan unirse a Dios en su totalidad en tanto que Él es sus mundos internos. Ya hemos vislumbrado la sociabilidad externa del hombre y de la humanidad con la razón y con la naturaleza, cada una considerada por sí misma, y, por consiguiente, ahora también requiere nuestra atención la vida de intercambio sociable del hombre y de la humanidad con la razón y la naturaleza en tanto que son *un* tercer ser armónicamente unido.

La naturaleza y la razón, que en su origen son un ser igual en Dios, pero esencialmente opuesto a Él, se compenetran en su esencialidad *una* y en el mismo espacio infinito íntegro *uno*, unidos por medio de Dios, y convirtiéndose en *una* vida armónica. El ámbito más íntimo y más rico de esta compene- [446]
tración de naturaleza y razón es la humanidad del universo, pero el ámbito íntegro de la compenetración de razón y naturaleza es infinitamente más amplio y abarcante en su culmen, anterior a la creación interna de sus mundos internos. Naturaleza y razón se compenetran como seres íntegros indivisos con toda su fuerza; dentro de esta unión general se compenetran también en cada uno de estos mundos internos, y finalmente, también en la fusión interna de sus mundos internos con las esferas de unión internas recíprocas, esto es, con el reino de espíritus y con la especie orgánica suprema. Solo a partir de esta última esfera de la compenetración de razón y naturaleza, la humanidad será el miembro más íntimo, más completo en todas sus facetas y vivificado en su totalidad. Aunque la estrechez de la mirada presa en esta humanidad y el sagrado respeto ante la eterna verdad que en el futuro se verá con claridad nos impiden hablar con más detalle de lo que ahora solo podemos vislumbrar en relación con estos órdenes superiores de circunstancias, no podemos reprimir la afirmación de que la humanidad del universo y también la humanidad de esta Tierra están destinadas a ser acogidas vivamente en esferas de unión superiores y más generales de la razón y de la naturaleza. A través del reino entero de las organizaciones de la naturaleza,

según la diferente receptividad de cada una de ellas conforme a la etapa de su vida, vemos emerger rasgos inequívocos de la vida espiritual. Así como el cuerpo del hombre concibe todas
[447] las organizaciones en *una*, completa y equitativa, así también es el hombre la suma de todas las compenetraciones de la vida espiritual de la razón con la vida orgánica de la naturaleza. Así, en tanto que la humanidad se halla, por medio del cuerpo, como pura vida de la naturaleza, unida con la vida orgánica y supraorgánica de la naturaleza, la conforma con arte más íntima y bellamente, a la par según las leyes de la naturaleza y de la razón, y se alza en este sentido ante una unión de la vida cada vez más elevada y fecunda con la naturaleza. Del mismo modo íntimo, sublimanado y embelleciendo, actúa también la naturaleza, por medio de su reflejo infinito en los espíritus en medio de los cuerpos, en la razón íntegra, y acerca así, por su parte, a esta humanidad al estado superior de armonía vital global según eternas leyes.

En el todo de esta sociabilidad de la humanidad con la naturaleza y la razón unidas sale de nuevo a nuestro encuentro, como el miembro más íntimo, la sociabilidad de la humanidad con la humanidad misma y, por ende, aquel ámbito de la sociabilidad humana que anteriormente hemos opuesto a la sociabilidad externa y hemos tratado de describir en su organismo. Esto es conforme al todo esférico y orgánico del mundo en Dios y de la ciencia, en donde viven armónicamente todos los seres con todos los seres, también consigo mismos en su propio interior, y son reconocidos como tales. La oposición entre sociabilidad humana interna y externa se muestra en la ubicación de la humanidad como *un* ser del mundo en Dios, desde donde contemplamos en este escrito a Dios y a todos los seres. Pero, dado que nos encontramos aquí a la humanidad
[448] en el universo, en toda su infinitud y eternidad y como esfera superior, cuya vida ha de unirse individualmente con la vida de las humanidades de cuerpos celestes individuales, gozamos en este lugar de la convicción íntima con Dios de que también la humanidad del universo sea *un* todo de vida armónico, íntima-

mente unido con todos sus miembros y fuerzas internos hasta llegar al hombre individual; y de que también la humanidad de esta Tierra, con la creciente plenitud de su vida particular por medio de Dios, razón, naturaleza y todos superiores de la humanidad del universo mismo, sea vivamente unida con todos cada vez superiores de la humanidad en el cosmos. El trato puramente espiritual no se encadena a las condiciones espaciales y acordes con las leyes de la naturaleza a las que obedece la vida corporal, siéndonos, incluso, las leyes de la comunicación sensorial corporal y sus limitaciones más externas en la naturaleza muy poco conocidas. Prácticamente no nos atrevemos a vislumbrar las leyes según las cuales espíritus y cuerpos se adentran uno en el otro; y la muerte, el sagrado momento íntimo con Dios, momento de luz superior, constituye para nosotros aún el secreto más absoluto. ¿Cómo podríamos osar transferir la imposibilidad de la vida de intercambio con todos superiores de la humanidad en el universo, que percibimos en el ámbito de nuestras experiencias actuales, al mundo mismo, habida cuenta de que la eterna idea del Ser originario requiere que cada todo superior sea unido en Dios en vida de intercambio con todos sus miembros internos?

Lo que la ciencia a la luz de la idea originaria afirma con eterna certeza, encuentra en el santuario más íntimo del espíritu y del ánimo presentimiento consolador y esperanza inamovible. [449]
Ambos acatan la obligación bella y llena de bendición que dicta que cada hombre y la humanidad entera de esta Tierra se levanten a la intuición ideal de los todos superiores de la humanidad sobre todos superiores del universo y, en su culmen, a la humanidad íntima con Dios en el universo, que se eleven hacia ella íntimamente con espíritu y ánimo, y que piensen, sientan y deseen conforme a su espíritu y sus eternas leyes; que ganen fuerzas en esta visión espiritual alcanzando autovivificación superior; que desarrollen su particularidad cada vez con más plenitud y belleza y, de este modo, se hagan cada vez más dignos de ser amorosamente acogidos en órdenes superiores de la vida con todos superiores de la humanidad en el universo.

La vida de intercambio de la humanidad con Dios como el Ser originario unido con sus seres internos

Así hemos identificado la vida de intercambio de la humanidad con Dios, en tanto que es por encima de sus mundos internos y en tanto que Él mismo es estos mundos internos. Nos queda la tercera esfera de la vida de intercambio de la humanidad con Dios, en tanto que Él mismo, como por encima de sus mundos, se halla unido con ellos en *una* vida de intercambio y desarrolla eternamente en el tiempo esta unidad en *una* vida eterna. Así como Dios crea como eterno origen *uno* en sí mismo, como el todo originario, todos los mundos en *un* organismo de efectos eternos, y los une eternamente con Él mismo, cada uno consigo mismo, todos entre ellos y todos
[450] como unidos, así también se halla presente, como el origen temporal *uno*, en *un* organismo de efectos temporales en todas las cosas, y une su vida eternamente en el tiempo con su vida total, enlazándolos a todos entre ellos y, unidos de este modo, con Él mismo. Toda vida es vida *una*, la vida de Dios *uno* como la vida del Ser originario total: es decir, que la vida total de Dios se opone a la vida de todos los mundos individuales y unidos que se hallan en Él, y se une esencial, completa y eternamente igual con la vida de todos los mundos. Dios une a la naturaleza y a la razón en eterno acto *uno*, que se desarrolla formando en ambos *un* organismo con impronta de Dios eterno en el tiempo. Las une para que se compenetren con libertad y autonomía en su vida entera formando una vida social superior cuya esfera más interna es la humanidad del universo y su vida. También en esta vida unida y con máxima intimidad en su interior, en la vida de la humanidad, la vida total de Dios actúa educando y formando; y así como Dios está vivamente presente en la razón y la naturaleza, en el reino de espíritus y en la especie orgánica suprema, como en seres autónomos, así también se revela nuevamente en su vida de intercambio más íntima, la vida de la humanidad, y acoge sus propios influjos con los que actúa armónicamente en el espíritu y el cuerpo,

como seres individuales, eternamente en el tiempo, en su propia vida total eterna en el tiempo. Perfección interna, justicia, intimidad y belleza son lo que reconocemos como las formas omniabarcantes de la vida *una* de Dios. El reino de Dios se nos manifiesta como el reino *uno* de la virtud en su máxima [451] dignidad, pues Dios es en sí mismo eterno y perfecto en tiempo eterno. Conforme a las mismas leyes de esta autoperfección divina, la vida de cada ser ha de perfeccionarse en sí misma en virtud particular, en armonía con la vida de todos los seres y con la vida *una* de Dios. La perfección moral de la humanidad también es una imitación fiel de la eterna autoformación de Dios. El derecho *uno* es real en la vida de Dios como la vida del derecho *una*, como el Estado *uno* de Dios. En armonía con él ha de formarse, como parte suya, la vida del derecho de la humanidad en el universo, de la humanidad de cada cuerpo celeste, así como la vida del derecho de cada hombre individual. La vida de intercambio de todos los seres es la vida de intercambio *una* de Dios en sí mismo y consigo mismo, y la intimidad de todos los seres es la intimidad *una* de Dios. Y toda la belleza de todos los seres es su parte armónica de la belleza interna originaria *una* de Dios. Todo saber como saber *uno* está en Dios, y el saber de la humanidad y de cada hombre individual imita el saber divino, el cual es eternamente perfecto y sin tiempo y en todos los tiempos y a la vez, en su limitación omnilateral y en devenir. La vida artística de la humanidad es un contrapunto finito de la vida artística *una* de Dios. En esta vida *una*, Dios nos aparece como el educador y formador de todos los seres, en ella se forma la constricción del mundo de todos los seres y en ella se disuelve en todo momento para convertirse en armonía general de la vida. Todos los seres comienzan y terminan su vida en Dios siguiendo eternas leyes. Con el progreso de su perfección interna, Dios les revela su vida superior y los acoge amorosamente en su seno. La vida [452] divina es eternamente igual a sí misma como el todo, comienza en todo momento, es en todo momento, es en todo momento perfecto en belleza particular, y regresa a sí misma en la vida

periódica de todos sus seres, en su rejuvenecimiento periódico, en su nacimiento, en su crecer y fallecer. En ella, como el todo, no hay mal ni infortunio. La idea y lo real son uno en ella, indivisos, y esencialmente únicos en creación eterno-temporal.

En esta intuición de toda vida como la vida *una* de Dios, en el *convencimiento de que la vida del hombre y de la humanidad es la parte más íntima y bella de la vida en la que Dios vive en seres finitos individuales*; en aquel sentido íntimo con Dios, que reconoce en la vida de todas cosas, como también en la vida propia, expresiones de la vida divina *una*, solo en esto surgen en el hombre el amor y la alegría, y solo en ello se vuelve consciente del sagrado deber de llevar su vida en armónia en sí mismo y con la vida global de Dios, para que se *desarrolle libre y bella, en correcta medida* en todas sus partes, como una semblanza finita de la vida divina, y se haga digno del amor divino.

Ciertamente, también la humanidad de esta Tierra se elevará hacia estas contemplaciones, hacia este arte de la vida en el espíritu de Dios, y en ellos también *surgirá un futuro más bello*, y Dios se le revelará también cada vez con más intimidad.

Un conjunto rico y armónico en todas sus partes de este *tipo lo forma la sociabilidad externa*. Dios y todos los seres en Él van al encuentro de la humanidad, estableciendo amorosamente la unión de sus vidas. De ese modo responden a la
[453] intimidad omnilateral que la humanidad consagra a Dios y a todos los seres por medio de influjos superiores, acogiendo la vida de la humanidad como parte orgánica en *la vida una* de Dios. La humanidad vive en libre actividad en alianza con Dios, con la razón y con la naturaleza, en la triple alianza con Dios *como el Ser originario y la vida originaria*. El organismo de la sociabilidad humana externa, formado pura y autónomamente en sí mismo según las eternas leyes del mundo de la interacción armónica, corresponde exactamente al organismo de la sociabilidad interna. Tal y como todo lo que es verdaderamente opuesto se compenetra y enlaza armónicamente, *así también* se unen la sociabilidad interna y la externa formando *un*

todo vivo. Por consiguiente, antes de que nos elevemos para contemplar la Alianza Total de la Humanidad que vive formando *por encima de todos los opuestos de la vida*, incluso por encima de la interna y de la externa, hemos de esbozar aún la unión interactiva de la sociabilidad humana interna y externa.

La unión interactiva de la sociabilidad humana interna y externa

Bien es cierto que la vida externa de la humanidad, su vida de *intercambio armónica con Dios*, se halla verdaderamente opuesta a la vida autónoma interna, y su vida autónoma es para ella misma, considerada desde el punto de vista de su ser, anterior a su vida externa. No obstante, aquel opuesto solo es posible porque la vida externa y la vida interna existen en todo tiempo simultáneamente, en, con y por medio de la otra. El ser anterior de su vida interna no se muestra distinto en el [454] tiempo en la medida en que la perfección autónoma interna de la humanidad es la condición interna y, considerando a Dios, la inferior, según la cual puede ser acogida en interacción superior y más íntima con las esferas externas en relación *con el límite, a fin de que, en la medida en que progresa* la autoformación interna, se revele a la humanidad también el amor y la fuerza de Dios cada vez con más intimidad y belleza. La vida externa y la vida interna de todos los seres se hallan en viva unión, siempre a la vez, siempre condicionándose y elevándose mutuamente. Es más, este opuesto de lo interior y de lo exterior es en sí mismo un interior en el Ser originario *uno*, siendo toda vida una vida interna en la vida *una* de Dios. La humanidad entera, con todos sus miembros, sus personas, fuerzas y obras, ha de vivir unida como *un* ser con Dios, la razón y la naturaleza. Toda su esencia y vida han de hallarse recíprocamente presentes en toda la esencia y vida de Dios, en toda la esencia y vida de la humanidad, en la medida en que

las limitaciones particulares de la humanidad sepan concebir lo divino. Ahora nos hallamos ante el hecho de que la sociabilidad interna humana entera es la vida de intercambio interna de todos los miembros y personas de la humanidad, en la que representan en vida su eterna unidad esencial. Por tanto, la sociabilidad externa se halla presente íntegramente en la interna, y la interna íntegramente en la externa. Ahora debemos reconocer esta unión interactiva en general y, a continuación, en sus miembros individuales.

[455] La sociabilidad externa de la humanidad es acogida en la interna, siempre y cuando los hombres, que se hallan unidos en sociedades internas, se dediquen sociablemente a ella y, de ese modo, que la sociabilidad externa actúe sobre la interna. Pues la demanda de enlazar la propia vida con todos los seres externos que, ya de por sí cada hombre individual percibe de modo íntegro e indiviso y trata de alcanzar, regresa fortalecida y ampliada para cada persona superior, para todos los miembros, para todas las uniones activas de los hombres, y ello de modo particular. Cada sociabilidad interna forma una esfera orgánica de vida superior según *una* idea social. Por ello ofrece también a Dios, a la razón y a la naturaleza una esfera conclusa en sí y característica para la interacción, logrando formar con ellos una verdadera unidad de la vida conforme a *un* ideal social. En consecuencia, todos los hombres unidos en una sociedad determinada deben obtener consciencia clara de esta su vocación social por la vida de intercambio externa, y deben llevar como *un* hombre, como *una* alianza para la sociabilidad externa esta vida de intercambio superior y conformarla con arte, en la medida en que Dios, la razón y la naturaleza se les abran amorosamente en su ámbito. Así han de proceder las sociedades fundamentales, las operativas y las autooperativas, cada una por sí sola y todas ellas en sus asociaciones cada vez superiores, hasta su vida social omnilateral como *una* humanidad. Es decir, que si cada sociedad humana individual forma a la vez una alianza de la sociabilidad externa, una alianza con Dios, con la razón y la naturaleza, entonces todas estas alianzas

individuales se funden en la Alianza *una* de la Humanidad para la sociabilidad externa, en la Alianza *una* de la Humanidad con Dios, la razón y la naturaleza, la cual es, en sí misma, en tanto que Dios mantiene orgánicamente en sí mismo a la razón y a la naturaleza, *una* unión de la vida de la humanidad con Dios. Así como cada alianza ha de formarse pura y autónomamente según su propia idea, así también ha de formarse la Alianza *una* de la Humanidad con Dios, como vida de intercambio y en el rico organismo de todas sus partes, libremente según su idea, según la idea de la vida de intercambio de seres libres y autónomos. Esto es, que sigue en toda su institución una doble ley simultánea, concibiéndola en su interacción: en primer lugar, las leyes de vida de Dios, de la naturaleza y de la razón; después, pero simultáneamente, las leyes internas de la vida de la humanidad. Que los seres que han de unirse se tengan mutuamente presentes en su interior y como ideal, que se respeten, deseen estar unidos y se amen, esto lo reconocimos como condición de toda vida de intercambio, tanto de seres superiores e inferiores, como también de seres al mismo nivel en su relación entre ellos. Reconocimos el amor de todos los seres en cuanto amor interno *uno* de Dios, y la vivificación interna entera en pos de la unión de vida con los seres externos la denominamos intimidad de un ser. En la intimidad interactiva de todos los seres reconocimos la autointimidad *una* de Dios y vimos cómo se unirá la humanidad en sociedad, para conformar su intimidad con Dios de forma omnilateral y armónica y hacerse digna del amor de Dios, de la razón y de la naturaleza, a fin de que pueda ser acogida con ellos en una unión de vida superior. En la Alianza de la Intimidad de la Humanidad [457] y en la Alianza de la Intimidad de cada sociedad subordinada, así como en la intimidad de cada hombre individual, reconocimos la preparación interna para la sociabilidad externa, y en el temple íntimo del espíritu, del ánimo y del hombre íntegro vimos el lugar sagrado, el centro más interno, para el comienzo, la formación y la perfección de la sociabilidad externa de la humanidad. Por este motivo, la Alianza de la Intimidad y la

alianza de la sociabilidad externa realmente vivificada forman *un* verdadero todo, y todas las actuaciones superiores de Dios, de la razón y de la naturaleza se enlazan con la intimidad en cada hombre y en cada sociedad; y por ende, en la medida más libre, más sublime y más íntima con la intimidad que ejerce la humanidad como humanidad íntegra en la Alianza de la Intimidad. La intimidad de Dios y de sus esferas supremas precede eternamente a la intimidad de la humanidad, la acompaña y es, de modo interactivo, lo eternamente esencial en lo cual comienza y se completa su unión de vida. En la verdadera vida de intercambio, empero, crece entonces la intimidad y el amor, y con ella el hombre deviene cada vez más capaz y más digno para unirse en asociación cada vez más íntima de la vida.

La autovida de la humanidad, que esta lleva como ser libre y autónomo en Dios, no se anula en su vida de intercambio con Dios. Por el contrario, su libertad y autonomía se sostienen, fortalecen y embellecen. Pues Dios, la razón y la naturaleza se revelan en su vida de intercambio con la humanidad a cada hombre íntimo individual, a cada amistad y familia, a cada
[458] tribu y pueblo, a cada asociación activa, de manera particular y cada vez con más claridad y armonía. El conocimiento y el amor de Dios y de todos los seres crece en ellos, y en la vida del todo reconocen cada vez con más claridad y diversidad su propio ser, su propio destino lleno de dignidad. También reconocen las barreras de su naturaleza, pero aumenta su aprecio por las mismas, porque en ellas se forman a semejanza de Dios y crece el afán de colmarlas libre y bellamente, dado que ven cómo se une su autovida libre y semejante a Dios cada vez con más intimidad con la vida superior de Dios. La vida de Dios actúa animando y embelleciendo, fortaleciendo y formando toda vida interna de la humanidad íntima con Dios: su sociabilidad externa perfecciona la vida, la dignidad y la belleza de la interna, y la vida de intercambio con Dios, ya en sí misma digna y bella, es, a la vez, lo más salvífico para la autovida interna de la humanidad, que formándose en el todo solo podrá perfeccionarse con ella en la vida de intercambio omnilateral.

De este modo, la sociabilidad externa se une con la interna. Pero con la misma intimidad la externa acoge a la interna en su seno, pues cada hombre individual y cada asociación de hombres, así como toda la humanidad se ofrecen a la razón, a la naturaleza y a Dios como todos vivos y orgánicos para recibir influjos íntimos, haciéndose presentes a la vida interna de estos seres superiores. Por este motivo participan también todos los individuos y todas las sociedades de la humanidad, como personas autónomas, en la vida de intercambio sociable con aquellos seres superiores, conforme a lo que vimos. Esto es, que también en el ejercicio social de la intimidad cada persona como tal es efectiva. La sociabilidad externa actúa educando y [459]
formando en la interna, y la sociabilidad interna sublima, amplía y embellece recíprocamente a la externa. Cuanto más íntima sea la unión de los hombres entre sí, cuanto más perfectos sean en ciencia y arte, en virtud, justicia, intimidad y belleza, tanto más dignos y capaces serán para celebrar la vida de intercambio con razón, naturaleza y Dios en sociabilidad armónica.

Así actúa la vida externa de la humanidad en la interna, y la interna en la externa. Se compenetran, elevan y embellecen una a otra en interacción continua, y perfeccionan la humanidad como ser social y amoroso con todo en Dios.

Es hermoso y agradable reconocer esta interacción armoniosa de las sociabilidades externas e internas humanas en su organismo interno, aunque nuestro propósito requiere recordar solo lo más importante.

Las sociedades fundamentales internas ganan en vida interna y externa en, con y por medio de la vida de intercambio con la razón, la naturaleza y con Dios, se enriquecen en frutos de la alegría y de la belleza. Unidas en intimidad de todos los seres con Dios y su mundo en una vida superior, alcanzan ahora a Dios en personalidad superior en constante ascenso. Cada una de las sociedades fundamentales percibe en Dios y en su vida originaria su propio modelo infinito: el individuo reconoce y ama en Dios el propio ser y la propia vida únicos y originariamente íntegros, y lo imita en pureza e inocencia del

corazón, empleando todas sus fuerzas dentro de las limitacio-
[460] nes de su vida más propia. Las familias contemplan y aman a todos los seres como *una* familia infinita presidida por Dios; los amigos reconocen y veneran en la vida de intercambio del mundo a la amistad de todos los seres buenos, pero en Dios aman al amigo de todo lo bueno y bello; y la humanidad de la Tierra percibe en Dios y en la vida de Dios, del modo en que se le manifiestan en la razón, la naturaleza y en su propio interior, el eterno ideal según el cual se siente y se reconoce destinada a conformarse con la ayuda de Dios de modo particular.

La Alianza de la Forma Originaria y todas sus partes, individualmente y en su interacción armónica, ganan en la interacción de la humanidad con Dios y con el mundo un terreno superior y más amplio y unidad superior de la vida, y, por ello, fuerza y armónia de su actuación particular, pues la bondad interna según la ley de la vida más propia, la justicia, la intimidad y la belleza son formas internas de Dios, que abarcan a todos los seres en Dios y a toda vida. Así como la vida de Dios es solo *una*, así como todos los seres son un único ser orgánico en Dios, así también la perfección interna, la justicia, la intimidad y la belleza de todos los seres es *un* todo, y el mundo entero es *un* reino de la virtud, *una* vida del derecho, *una* vida íntima, *una* vida bella en Dios. Es solo al levantar su mirada hacia la razón, hacia la naturaleza y hacia Dios, y en la unidad de vida con ellos, cuando se eleva la Alianza de la Forma Originaria de la Humanidad como íntegra, también en todas sus partes internas, formando su todo originario, contemplándose a sí mismo, en su pura dignidad como parte orgánica de *una* institución del mundo de Dios para la exhibición de las formas originarias en todos
[461] sus seres. Solo en esta unidad del conocimiento y de la vida, la virtud, la vida del derecho, la intimidad de la humanidad y su vida en favor de la belleza ganan luz, calor y fuerza. Solo de este modo será capaz, como órgano de Dios en sí misma, como ciudadano del Estado de Dios *uno*, como ser íntimo en la vida del eterno amor *uno*, y como parte armónica de la

belleza originaria de Dios, de perfeccionarse de forma omnilateral y armoniosa.

Sin embargo, vimos cómo la Alianza de la Intimidad se unía esencialmente con la sociabilidad externa íntegra de la humanidad, y la identificamos como el lugar elegido propio, donde se compenetran la vida de la humanidad y la vida superior de Dios, y desde donde propaga con eficacia, a continuación, la humanidad unida en *una* alianza con Dios, con conciencia clara y verdadera libertad en pureza moral, esta sociabilidad externa por toda su vida interna. La Alianza de la Intimidad con Dios prepara a la humanidad para ser un templo de Dios, y Dios se revela en ella en influjos individuales, siendo la Alianza de la Intimidad elevada por colaboración de Dios hacia una alianza de la vida con Dios, para una alianza de Dios, desde la cual se propaga la vida y el amor de Dios sobre todas las partes de la vida de la humanidad. La Alianza de la Intimidad con la naturaleza consagra a los ánimos para que profesen puro amor, trato libre y bello con la naturaleza y con su vida entera, en la medida en que se abra a la vida de la especie orgánica. Enseña a respetar a la naturaleza como la hermana de la razón en Dios, como en sí misma digna y bella, igual a la razón; acompaña a la humanidad para el encuentro con la naturaleza como socia digna de su vida más interna; despierta y mantiene en la humanidad el puro impulso de actuar con arte [462]
libre y bello vigorosamente en la naturaleza y de adentrar cada vez con más intimidad su vida en ella. Incita a la investigación y alimenta la diligencia artística. La humanidad, así formada, recibe de la naturaleza cada vez amor más íntimo, revelación y mayor fuerza. Se eleva a contemplar el ideal individual de la vida de la naturaleza en esta Tierra, y lo abarca con la vista en todo momento como *un* organismo íntegro en su belleza individual y en el todo individual de este sistema solar y de este universo. Entonces actúa en la vida de la naturaleza entera en la Tierra con arte consciente, de modo omnilateral y armónico, para perfeccionar a la Tierra como *un* todo armónico conforme a su propia ley y a la vez libre de ideas de la razón. Aspira a

resolver armónicamente las disonancias de la plenitud de fuerzas anterior que se hallaba anteriormente sin moderación en la naturaleza preorgánica en esta Tierra, y *sembrar la paz* entre ella y la vida orgánica. Con la ayuda de la humanidad amorosa, la Tierra será habitada por plantas, animales y hombres con belleza y armonía uniformes. *Un* arte omniabarcante de cultivo de la naturaleza perfeccionará en bellos jardines la esfera de vida del individuo, de las familias, de las amistades y de la libre sociabilidad, en zonas individuales de montaña y de valle las sedes de las tribus, en territorios en mayor medida pacificados, el lugar de vida de los pueblos, y en el terreno entero habitable *una* casa de la humanidad, *una* residencia sagrada de Dios. La humanidad entera sella una alianza del amor y de la vida con
[463] la naturaleza, y la Tierra se convierte en un Edén y los hombres en sus ángeles.

Finalmente, igual de bueno y bello es también lo que reciben la Alianza de la Obra y la Alianza de la Autoobra de la humanidad por su interacción con la sociabilidad externa íntegra de la humanidad en Dios. La ciencia imita en sus formaciones a Dios y a su universo. *Dios es su fundamento, su inicio, su centro infinito, su fin, su objeto y su fuente de conocimiento.* Donde florece la ciencia en pureza y figura divina, consagra al hombre para la bella intimidad y le hace digno de que Dios se le revele con claridad y viveza. *El amor por Dios es el impulso originario* de la ciencia, el amor por Dios es su efecto en continuo crecimiento. La verdadera ciencia reconoce que solo en Dios como el Ser originario se halla también el conocimiento infinito íntegro, eternamente igual en el tiempo, pero que *todo conocimiento* de los seres finitos es fiel semejanza de la ciencia total divina dentro de los límites de su naturaleza y de la formación temporal. En el afán puro y semejante a Dios, en la belleza del devenir artístico, en la certeza y la perfección orgánica de *su saber, el espíritu se reconcilia* con su finitud. Dios reconoce con sagrado beneplácito en todos los espíritus finitos, en cada individuo y en su investigación sociable, *una* bella imagen, finita de sí mismo y de su mundo en devenir y

siempre juvenil. A los espíritus que investigan en intimidad con Dios, les abre y amplía Dios la esfera de su experiencia interna y externa. El mundo de las ideas les deviene claro en la luz de la razón, la naturaleza les despliega continuamente maravillas más elevadas y ricas, y también la humanidad del universo se enlaza con ellos con más proximidad y viveza. De este modo, la ciencia que se halla en continuo crecimiento favorece la vida de intercambio de la humanidad con Dios. Ella misma aparece entonces en eterna dignidad y su formación en santidad. La ciencia de la humanidad se forma en entusiasmo con belleza armónica y serena y en movimiento bien ordenado y sabio, a semejanza del conocimiento divino. [464]

También la Alianza del Arte recibe por la sociabilidad externa una transfiguración similar, pues vive en ella como parte orgánica de la vida artística interna *una* de Dios, se amplía su ámbito de acción y en la vida de intercambio con Dios todo lo bello gana suprema dignidad. Dios es el artista *uno* del mundo que perfecciona todo en *una* vida y lo decora con una belleza originaria, encarnando el artista finito la semblanza eterna de Dios. Son semejantes a Dios su afán y su efectividad, y la belleza de sus obras una semblanza finita de la belleza originaria eterna. Bienaventurado en sí mismo, contempla el eterno artista los afanes artísticos de todos sus seres, la belleza en devenir de sus obras y su realización, y los acoge amorosamente como belleza viva en la belleza originaria de su vida eterno-temporal, en lo que revela, eternamente satisfecho, en cada momento y de modo particular al Dios íntegro.

También la Alianza de la Formación recibe en la sociabilidad externa vida nueva y superior. Toda formación que ejerce la humanidad educando y formando es parte de la formación *una* de Dios, con la que educa y forma amorosamente a todos los seres. En la vida de intercambio con Dios, con la razón y la naturaleza, acoge la humanidad todos los influjos superiores, educadores y formadores de Dios, la razón y la naturaleza. Su autoformación se desarrolla en consonancia artística con la educación y la formación que Dios mismo, la razón y [465]

la naturaleza le imparten. De acuerdo con las mismas leyes según las cuales Dios educa y forma al mundo, también el individuo se forma a sí mismo, las sociedades al individuo, los individuos a las sociedades y las sociedades entre sí. Y así como la autoeducación y formación de la humanidad ganan fuerza y vida por la sociabilidad externa, también la Alianza de la Formación, por su lado, forma a la humanidad con arte prudente para alcanzar una sociabilidad externa cada vez más íntima y armónica.

De este modo, hemos considerado uniformemente el organismo interno de la sociabilidad humana. En primer lugar, reconocimos la unidad eterna y originariamente esencial de la humanidad en Dios, como el ser unitivo *uno*, en el cual Dios conecta la razón *una* y la naturaleza *una* formando eternamente en el tiempo una vida armónica. Vimos que los innumerables individuos libres de la especie orgánica *una* son perpetuamente enlazados por la actuación amorosa de Dios en *una* vida con los incontables individuos libres del reino de espíritus *uno*, teniendo en cuenta que el número infinito de hombres individuales de los que se compone la humanidad *una* del universo en Dios no existe de forma dispersa, aunque sí dividida. En esta unidad eterna y originariamente esencial de todos
[466] los seres reconocimos el fundamento de la igualdad interna esencial de todos los hombres individuales, el fundamento de sus opuestos y de su particularidad, así como el fundamento de su amor, su comunidad y su vida de intercambio sociable. En aquella eterna unidad identificamos la necesidad de que cada individuo solo podía formar la particularidad de su vida en sociedad, incluso como individuo, y en ella vimos brotar eternamente el impulso que mueve el corazón de cada hombre individual en todo su ser y en todas las partes de su destino, para unirse con otros hombres formando una verdadera asociación de vida. Por ello se nos planteó la tarea de reconocer en la organización de todas las sociedades humanas el modo en que los individuos, en armonía con las esferas y periodos de vida de la naturaleza y la razón, exhiben aquella eterna unidad

originariamente esencial también en la unidad social de su vida temporal. Y así consideramos, a continuación, cómo los opuestos fundamentales más internos de la humanidad, primero son unidos en las socidades fundamentales formando *una* vida, y cómo los hombres se elevan, a partir de la personalidad de cada individuo ya no susceptible de división, unidos en personas cada vez superiores, hasta exhibir su eterna unidad originariamente esencial en *una* persona suprema en cada cuerpo celeste y en totalidades cada vez superiores del universo. A continuación, exploramos cómo estas personas fundamentales de la humanidad perfeccionan como un solo hombre en *una* sociabilidad operativa su vida en las formas originarias de la vida, en la Alianza de la Virtud, del Derecho, de la Intimidad y de la Belleza; cómo abarcan las obras fundamentales de la humanidad, ciencia, arte y su armonía, y la formación de la humanidad en *una* actividad operativa; y cómo conforman orgánicamente esta actividad íntegra como *una* alianza de la obra. [467] Seguidamente finalizó nuestra consideración de la sociabilidad humana interna llegando a la comprensión de cómo se reparte orgánicamente la actividad operativa íntegra en las personas fundamentales y cómo se glorifican las sociedades fundamentales y las operativas insuflándose vida unas en las otras. A continuación, dirigimos nuestra mirada a las circunstancias sociales de vida, las cuales unen a la humanidad organizada de este modo en su interior con Dios, con la razón y la naturaleza, y mantienen eternamente en el tiempo la eterna unidad originariamente esencial de la humanidad con Dios en la vida. La sociabilidad externa entera de la humanidad se nos transfiguró como *una* alianza de la vida con Dios, de la cual identificamos el modo en el que dota de vida a las sociedades fundamentales y las operativas y recibe estas dotes de ellas. Finalmente, exploramos el modo en que la sociabilidad externa e interna forman una verdadera unidad en interacción orgánica esencial.

De este modo, nos elevamos, después de haber reonocido el eterno origen de todos los hombres individuales en la eterna unidad de todos, desde los hombres individuales y su vida in-

dividual hacia la unidad social de la humanidad en el universo, ascendiendo en cada caso siempre desde lo individual a lo unido en sociedad, desde la unión del opuesto subordinado a la del superior. Seguimos en ello al orden de la vida global misma, la cual desarrolla en cada cuerpo celeste, partiendo de hombres individuales, en una secuencia similar, en un avanzar
[468] coordinado similar, según leyes inamovibles, *una* humanidad sociable orgánicamente completada. Pero cada desarrollo temporal imita el eterno orden de las cosas en secuencia inversa. Lo originariamente esencial del ser vivo es lo que permanece en su vivificación temporal. En él aparece, en primer lugar, en perpetua conformación de vida, lo que en el eterno orden es lo inferior y lo exterior, y avanza en el tiempo desde lo inferior hasta lo supremo, desde lo más sencillo hasta lo completo, desde el individuo hasta el todo, desde la vida parcial hasta la vida orgánica total. Pero si un ser ha alcanzado esta vida orgánica total en figura particular, entonces su vida está en su culmen y comienza la madurez de su vida, y cuando ha pasado el tiempo predeterminado a ella y ha glorificado a Dios en sí mismo, entonces el influjo amoroso de la vida global disuelve según las leyes de vida de Dios los lazos de su vida y este círculo de vida se abre. Liberado de ese modo, es transferido por la muerte a una nueva esfera de la vida, un nuevo círculo de vida en el que despliega nuevamente lo que tiene de originariamente esencial en nueva fuerza y belleza. Así lo hace el hombre individual y lo hace la humanidad en cada cuerpo celeste, en cada totalidad superior del universo.

En todas las sociedades que se comportan como miembros uniformemente opuestos o subordinados entre sí, reconocimos, por encima de ellas y de su unión interactiva, un miembro superior en el que se forma en el origen su opuesto y, negando este opuesto, se desarrolla su vida según ley uniforme. Así,
[469] nos elevamos del hombre individual a la humanidad en cuanto su persona fundamental suprema *una*, que engloba en sí las sociedades fundamentales individuales. Se nos impuso por encima de todas las asociaciones operativas la Alianza Total *una*

para la Actividad Operativa Íntegra, que contiene las sociedades operativas para las formas y las obras fundamentales, así como la Alianza de la Formación. De esa manera, se nos mostró toda sociabilidad externa de la humanidad como parte de la alianza de la vida *una* de la humanidad con Dios. También identificamos la unión interactiva de las sociedades fundamentales con la Alianza de la Obra, así como la de la sociabilidad externa con la interna. Pero incluso por encima de estos dos miembros opuestos, la ley de toda existencia y vida requiere aún un todo social superior que desarrolle en sí, por encima de sus opuestos y anterior a ellos en lo que se refiere a la dignidad, la vida opuesta según *un* ideal y *una* ley. Hemos llegado al punto de reconocer a la humanidad como *un* todo social por encima y anterior a todos sus opuestos internos, superior y previo a todas las divisiones internas en miembros, personas y fuerzas, ya que abarca en *una* vida total a cada uno de los hombres y a todas las personas fundamentales, la actividad operativa del individuo y de sí misma como un todo, su sociabilidad interna y externa; dado que todos los individuos son llamados a unirse en *una* alianza total de la vida, en *una* alianza de la humanidad, para de este modo exhibir la unidad eternamente esencial de la humanidad perfeccionada en el tiempo en *una* vida verdaderamente orgánica.

Sobre esta alianza de la vida suprema y omniabarcante de todos los hombres hemos de dirigir ahora la mirada del espíritu. Fortalecidos en la contemplación de lo individual, reconoceremos, de forma clara y luminosa, en la intuición de la imagen ideal, lo que nuestra experiencia aún no expone en la vida [470]
de esta humanidad y para lo cual solo ha de elevarse con libre actividad a la intuición del eterno ideal. Tanto más es nuestro deber aspirar en esta parte, la más importante de nuestra consideración, a conseguir claridad y exhaustividad de la intuición. Con mucho gusto renunciaré aquí al adorno del discurso en favor de la precisión y la comprensibilidad. Del mismo modo en que la alianza que consideraremos de aquí en adelante abarca todo lo humano, lo que hasta aquí solo identificamos en

lo individual, no evitaré intencionadamente alguna repetición de ideas incluidas en lo que precede, pues es bueno que lo esencial se aproxime repetidamente ante la vista del espíritu, donde ha de englobarlo en *un* todo, no pudiendo prevenirse los malentendidos de buena fe de otra forma. Así comenzamos esta intuición recordando las eternas verdades fundamentales acerca de la humanidad.

La Alianza de la Humanidad, en cuanto alianza de la vida total de la humanidad

La humanidad del universo es *un* ser orgánico en Dios, como el ser unitivo *uno* de la razón y la naturaleza, eternamente creado por Dios. Es eternamente el todo supremo de su especie, que no tiene nada análogo fuera de sí. En ella se hallan las humanidades de las totalidades supremas de vida en el
[471] universo, las humanidades de cada sistema solar, de cada cuerpo celeste y cada continente; y en ella se hallan eternamente contenidas cada unión de pueblos, cada pueblo, tribu, familia y cada individuo, en cuanto miembros autónomos conforme a lo eternamente esencial que les es propio y conforme a su vida. Únicamente desde la idea de la humanidad global emana luz sobre todo lo individual en ella, y solo al elevarse hacia ella es cuando cada vida subordinada gana en ella la totalidad, simetría, serenidad y belleza; y solo en la vida del todo puede subsistir, crecer y perfeccionarse. Todos los hombres individuales, en tanto que las últimas partes indivisibles de la humanidad global, son conformes a lo eternamente esencial en ellos y a lo que perdura en el tiempo y según las leyes de su vida perfectamente iguales entre sí. Tienen en sí el mismo organismo, las mismas fuerzas, la misma vocación, gozan de la misma relación con Dios, la razón y la naturaleza y con la humanidad del universo. Cada hombre individual, incluso cada parte de ser y cada fuerza del mismo, es en su propio círculo libre y

autónomo, a la vez solo y unido con toda totalidad superior de la humanidad global y con ella misma. Solo son sanos y bellos cuando su vida se mantiene en la vida del todo y se halla íntimamente ligada a esta. La unidad originariamente esencial de todos los hombres es, según la esencia, no según el tiempo, eterna, anterior y superior a toda vida; y la humanidad, como unidad originaria de su esfera, diseña eternamente en sí a todos los hombres individuales con la plenitud eterno-temporal de lo particular de cada uno de ellos. Es, en eterna existencia, la condición, la fuente, incluso la fuerza originaria de toda su vida interna. Por ello, esta unidad originaria es también la fuente del amor, la creadora de la comunidad y de la unión de vida [472]
dentro de los límites de la individualidad.

Reconocimos, como ley universal general en Dios, que la eterna unidad de todo ser se ha de desarrollar en *una* vida eterno-temporal de su interior orgánico, que esta unidad ha de ser lo que crea, una y mantenga la vida interna íntegra y, además, que esta unidad misma se exponga en el tiempo al fusionar en *una* vida de intercambio las partes del interior que ya no sean susceptibles de división, todas entre ellas, y por orden ascendente con todas las partes superiores y, en su culmen, consigo misma, para que, de este modo, regrese su vida a sí misma perfeccionándola como una semblanza de su eterno ser y se mantenga a sí misma en su pluralidad interna. Vimos que esta ley también tenía validez para la humanidad. Las consideraciones precedentes han mostrado cómo se expresa esta ley desde el individuo, ascendiendo a uniones sociales cada vez superiores. Al elevarnos ahora por encima de todo lo individual y de todos los opuestos, reconoceremos cómo, finalmente, la eterna unidad de la humanidad, la cual gobierna por encima y de modo anterior a todas las divisiones y opuestos de la existencia y de la vida, gana en la vida de todos los hombres individuales su plena sublimación en el tiempo, cuando congrega en sociedad a todos, puramente como hombres, para conformar la vida de la humanidad de todos como *un* todo orgánico.

Ahora bien, aquella unidad originariamente esencial de la humanidad es la unidad de la suprema esfera de unión en Dios, la unidad de la razón y la naturaleza unidas vivamente por Dios. La suprema unión social de los hombres, en tanto que aquella unidad originariamente esencial impulsa a los hombres
[473] a establecerla, también es una obra armónica de la razón y de la naturaleza, pero supremamente de Dios, porque asocia la razón y la naturaleza a la humanidad y está vivamente presente en toda la naturaleza, la razón y la humanidad, así como en cada hombre individual. También la unidad temporal, como una semblanza perfecta de la unidad eterna, es eternamente esencial y en el universo eternamente igual e incorruptible. Por ello se mueve en cada humanidad parcial que se forma en el tiempo, al igual que en cada hombre, la aspiración conjunta de congregarse en *una* humanidad y de unir todos los miembros, personas y fuerzas para que se hallen unidos en *un* eterno todo esencial y también en *un* todo de fuerzas con vida temporal. Esta alianza, que merece recibir el nombre de Alianza de la Humanidad, es la vida en unión de todas las personas y fuerzas de la humanidad en *un* todo, conforme a la razón y la naturaleza, al cuerpo y al espíritu, de la humanidad en sí misma y en unión amorosa con Dios, la naturaleza y la razón. Así como razón y naturaleza son originariamente *un* ser en Dios, pero a la vez se mantienen como seres opuestos y eternamente vivos, sin anular su libre autonomía, su eterna unidad originaria también en su vida de intercambio temporal como *un* ser; así también han de defender todos los hombres, íntimamente unidos en la Alianza de la Humanidad, su autonomía y conformarla armónicamente, y no han de anular los opuestos de su esencia, sino cumplirla en todas las formas, y así unir su vida formando a *un* hombre, bajo los continuos influjos con nueva vivificación que recibe de Dios, de la razón y de la naturaleza.
[474] Por encima y anterior a la división en hombres individuales y en humanidad masculina y femenina, por encima del opuesto de las sociedades fundamentales y de las asociaciones operativas y autooperativas, y en la medida en que lo permiten los

límites de sociedad trazados por Dios, la razón y la naturaleza, todos los hombres han de unirse, puramente como hombres, en vida de intercambio, con lo eternamente esencial que les es común a todos, como el todo básico de su particularidad de vida, a fin de completar su vida como *una* vida orgánica total. Esta su aspiración engloba, por tanto, la vida de la humanidad como todo, y todo lo individual en ella, en tanto que es parte y miembro de este todo, en tanto que ha de surgir como tal según la idea del todo en y a partir del todo, y en tanto que ha de completarse en interacción con todas las partes que conviven; y solo puede completarse de este modo. La Alianza de la Humanidad es, pues, no igual a la vida entera de la humanidad compuesta por todas sus partes internas, sino que es la parte suprema de esta vida, en tanto que existe como todo anterior y por encima de todas sus partes internas. En esta alianza, los hombres, en cuanto individuos, regresan a aquella eterna unidad esencial en la que se hallan originalmente; y en ella, como la Alianza Total de su vida, celebra la humanidad su eterna unidad originaria en la vida eterno-temporal de sus individuos. Dado que esta alianza se funda sobre el estado eterno en el cual razón y naturaleza son en y por medio de Dios *un* ser unitivo, se halla, a la vez, como todo superior, por encima y anterior a lo opuesto de las sociedades fundamentales y de las asociaciones operativas, y se muestra en este sentido, a la vez, como la suprema sociedad fundamental y como la suprema Alianza de la Obra y la suprema Alianza de la Autoobra; y como [475] la asociación de la vida total, en la cual y por medio de la cual se forma cada una de las asociaciones de vida, a las que gobierna ella misma por encima del opuesto de las asociaciones operativas y de las fundamentales. Además, su aspiración abarca también uniformemente lo corporal y lo espiritual y lo divino en el hombre. La Alianza de la Humanidad une a todos los hombres en todo el ámbito de su comunidad espiritual, corporal y divina, puramente como hombres, como hombres íntegros, como miembros de la humanidad global, enteramente, en el espíritu y el ánimo, en la inclinación y la voluntad,

para que vivan su vida como *una* vida total en el espíritu de la humanidad global. Por ello, cuando cada hombre individual y cada unión social a los que hemos reconocido solo abarca una parte de la vida entera de la humanidad y se apropia de todas las demás partes solo en una relación, por así decirlo, disminuyendo en perspectiva, entonces por encima y anterior a ellos abarca la Alianza de la Humanidad el ser eterno y la vida temporal de la humanidad como un todo, en tanto que es un todo, y un todo orgánico y vivo en cada uno de sus miembros, el cual contiene todo lo individual, en cuanto sus partes internas, lo que sea real en los hombres individuales y en sus aspiraciones individuales y uniones sociales. En la alianza de unión de la sociabilidad interna y la externa se unen todos los opuestos subordinados, pero en la Alianza de la Humanidad los hombres se elevan por encima de estos opuestos y forman *un* ente verdaderamente superior y supremo en esta esfera.

Es decir, que el destino de la Alianza de la Humanidad es que la humanidad actúe en cada ámbito de su vida y con toda su fuerza indivisa en todas sus personas, miembros y fuerzas
[476] individuales como *un* ser vivo, para conformar y exponer su todo eternamente esencial, como todo al tiempo que también en todas sus partes, como ser autónomo y armónico con Dios, la razón y la naturaleza.

Por consiguiente, la humanidad deviene en esta alianza, como persona íntegra y, por ello, en todas sus personas y miembros subordinados, completa e íntegramente consciente de sí misma, emancipada y libre. Es decir, que, en tanto vive en ella como un todo, es anterior y superior a cada individuo en su interior, superior a cada persona, superior a cada expresión de vida individual, superior a cada asociación operativa. Los hombres se unen en la Alianza de la Humanidad formando *un* ánimo armónico, devienen *un* cuerpo y *un* alma, *un* hombre, y actúan en *una* voluntad que abarca proporcionadamente todo lo humano. Por este motivo, la Alianza de la Humanidad, donde se halle en una Tierra completamente desarrollada, vivifica y gobierna a todas las personas internas de la humanidad,

a todas las fuerzas y obras individuales, a todas las sociedades fundamentales y asociaciones operativas individuales. Pero, para ella misma, es sagrado todo lo individual en la humanidad, cada persona, cada fuerza, cada unión que se dirija a algo verdaderamente humano; y garantiza su libertad y autonomía, coloca a todo lo individual en la justa medida y proporción hacia todo lo demás y hacia la humanidad entera, fundando entre todo lo humano individual comunidad pacífica, armonía amorosa y cooperación jovial. Concede a todos la libre oportunidad de formarse a sí mismos en todo lo humano, en el espíritu de la humanidad, movidos por fuerzas internas, y, a la vez, en la unión de fuerzas intensificadora con todos los seres. [477]
Este influjo creador, conservador y vivificador de la Alianza de la Humanidad sobre todo lo humano individual es similar al influjo de la conciencia sobre la vida de cada hombre: actúa solamente por medio de las fuerzas libres internas del espíritu y del ánimo, por el eterno poder originario de lo verdadero, lo bueno y lo bello. No interviene nunca violentamente con fuerzas únicamente mediadas y externas en los círculos de vida subordinados; y no despierta ni forma por medio del temor y de la esperanza, sino por la comprensión y el amor, pues la Alianza está libre de temor y llena de esperanza. La Alianza de la Humanidad se inhibiría y destruiría a sí misma y a la humanidad si quisiera influir de modo inhibidor y destructivo en cualquier parte individual humana, que solo puede prosperar en un organismo libre. Se degradaría a sí misma si quisiera emplear en sus medios formativos algo inhumano. Entonces perecería ella misma, como la estructura del cuerpo cuya fuerza de vida total inhibiría y destruiría el libre juego de vida de sus órganos subordinados.

Ya vimos esencial para cada hombre individual que alcanzara clara conciencia de su dimensión humana íntegra, y que viviera como ser íntegro, indiviso y armónico; que se elevara para la contemplación de esta Tierra íntegra y de su humanidad íntegra e, incluso, para la contemplación del universo y de la humanidad global y viviera en intimidad con Dios y en el

espíritu de la vida global en Dios, su propia vida con plenitud y belleza particulares. Vimos cómo se repetía esta exigencia para las familias, para las amistades y sociedades libres y, a
[478] continuación, también para todas las sociedades superiores, que deben vivir, según la creciente proporción de su alcance, con plenitud y belleza crecientes, como *un* hombre armónico, para conformar esta eterna esencialidad como esfera de unión suprema en Dios cada vez con más dignidad en el tiempo. El destino de la Alianza de la Humanidad abarca, por consiguiente, tanto al hombre individual como a la humanidad entera. Ya el individuo puede y debe vivir en el espíritu de la humanidad íntegra, y la humanidad ha de actuar en pos de la perfección libre y armónica de cada individuo. La Alianza de la Humanidad se encuentra integrada en todas las personas fundamentales en parte y en la humanidad en su totalidad, como ella misma integra a cada individuo, a todas las personas fundamentales y a la humanidad entera en su ámbito particular. El individuo puede y debe ya iniciar la obra de esta alianza, pero solo la humanidad íntegra es capaz, no como mera multitud que convive, sino como libre sociedad orgánica de hombres que viven y trabajan en, con y por medio del otro, según un proyecto común y fiel al mismo ideal de conformar y ejecutar íntegra y uniformemente esta obra en todo el ámbito de vida de la Tierra. Ya solo por su esencia y su destino es la Alianza de la Humanidad la sociedad esencial y primera entre los hombres; y esta su dignidad se prueba entonces eficaz precisamente porque solo la humanidad entera en cooperación de cada hombre individual puede satisfacer el destino de esta alianza en sociabilidad omnilateral. En el orden de las cosas eternas la Alianza de la Humanidad
[479] es, por consiguiente, anterior y superior a todo lo humano individual y a toda unión social individual; y en la conformación de todas las cosas en la vida *una* de Dios es eternamente inamovible y en cada momento real con idéntica compleción: solo en cada todo subordinado de la humanidad se muestra según el tiempo como el eslabón final omniabarcante en el desarrollo de la vida de la humanidad. Pues cada todo subordinado de

la humanidad obedece a la ley general de la vida: es decir, que en el todo originario de este tipo, y en lo que de este permanece eternamente en todo tiempo, se desarrollen en cada germen, con vida originaria y por el crecimiento de este, todos los miembros y fuerzas de modo individual y paulatino para irse conformando en la lucha contra la constricción del mundo y hasta alcanzar ya en la madurez de la vida, cada uno en su justa medida y en completa configuración, en íntima unión con todo lo demás y con el todo, una vida verdaderamente orgánica y completa. De esta forma, el universo contiene un número ilimitado de todos subordinados de la humanidad, cuya vida se revela en la naturaleza en el mismo número de todos subordinados de cuerpos celestes; y, entre ellos, un número infinito de cada grado de la vida de la humanidad, siendo cada uno de ellos vivificado en todo momento libre y particular y en consonancia con la vida global. Por consiguiente, aunque cada todo subordinado de la humanidad describe el mismo recorrido de vida de modo particular, aun así, la humanidad del universo es también en el plano temporal en todo momento totalmente idéntica a sí misma; y en todo momento abarca compleción individualmente bella en todas las circunstancias de su vida, y en todo momento Dios es, uniendo en su vida a la razón y la naturaleza en su totalidad, igualmente perfecto. Sin que por ello [480] se reste algo de la eterna compleción de la vida global en Dios, en cada lugar de residencia individual en el cielo se forma la humanidad, movida por el impulso originario que anima el alma de todos los individuos y es contenido en su eterna unidad originariamente esencial, partiendo desde los individuos y las familias hasta alcanzar sociedades fundamentales cada vez superiores, desde las ramas individuales de la actividad operativa hasta alcanzar la Alianza de la Obra omniabarcante. Solo posteriormente se eleva hacia la actividad autooperativa y hacia la autoformación conscientes; y solo entonces pueden brotar los primeros inicios de la Alianza de la Humanidad en el hombre individual entusiasmado por Dios, elevarse desde las familias y las amistades de los individuos formando uniones de familias

y sociedades fundamentales cada vez superiores; y, al mismo tiempo, pueden integrarse paulatinamente las sociedades operativas y autooperativas individuales en el círculo de vida de la Alianza de la Humanidad. Hasta que, finalmente, en el inicio de la madurez de su vida entera se halle unida la humanidad íntegra de un lugar de residencia celeste formando *una* Alianza de la Humanidad. Solo a través de la unidad originariamente esencial de la humanidad, que permanece en todo tiempo y estimula toda vida, es posible que la vida se despliegue ascendiendo en continuo desarrollo desde lo individual hacia el todo hasta alcanzar su madurez armónica y exponga en sí aquella eterna unidad originaria como la semblanza eterno-temporal de esta.

Contemplar a la humanidad en su surgimiento y conformación gradual en un lugar habitable autónomo en el universo, y seguir en el todo de esta contemplación también a la Alian-
[481] za de la Humanidad en continuo desarrollo desde un primer germinar hasta su madurez, que abarca a todos los hombres, observando que no se omita ninguna etapa de la vida: esto es una parte esencial de la ciencia. Sin embargo, con ello se sobrepasan los límites de nuestro propósito que se ciñe a intuir la humanidad idealmente en lo esencial general de su vida, para así obtener la pura imagen modélica que pueda anticiparla con su luz, que la eleve y consuele en las circunstancias aún más imperfectas y que pueda exponerse en un lugar de residencia particular en el cosmos en la madurez de su vida de modo completo en su belleza propia, aunque siempre limitado. Cuando hablamos, entonces, al igual que hicimos anteriormente, de muchas cosas diferentes, ahora también nos referimos a la Alianza de la Humanidad, que en nuestra Tierra puede mostrar ya sus primeros brotes, pero solo en un futuro lejano podrá hacer feliz en su completo florecimiento a esta humanidad. Cuando hablamos de ella como de algo real, hablamos de su realidad en el universo eternamente esencial y en todo tiempo igual, que sucederá también en esta Tierra de modo particular cuando haya llegado su tiempo. Así como toda la vida de la humanidad y, como su parte superior, también la Alianza

de la Humanidad se desarrollará según el tiempo en continua transición cuando los hombres, solo por la vida social, hayan alcanzado la capacidad de suprema sociabilidad para partes individuales del destino humano. Espero poder mostrar este desarrollo en el futuro y en otro lugar, tanto en el ideal según las leyes generales que abarcan al universo, como en su contrapunto, en la historia de vida real de esta humanidad, y de esta doble comprensión surgirá con plena claridad lo que cada individuo, cada sociedad fundamental y cada asocación operativa, preferentemente autooperativa, tenga que emprender en nuestro presente y en todo futuro, en lo que se refiere a su parte, [482] que la Alianza de la Humanidad se fundará también para esta humanidad y que abarcará en el futuro en plena prosperidad esta Tierra íntegra. Pero ahora dirigiremos la mirada puramente hacia la compleción, en cuanto ideal, de la Alianza de la Humanidad, que solo puede abarcar a una humanidad ya madura.

De este modo, la Alianza de la Humanidad nos aparece a la vez como la suprema obra de arte social que desarrollan los hombres en la Tierra con la ayuda de Dios. Las leyes que la rigen han de determinarse, en parte, por lo esencial de la obra que ha de producirse, es decir, de la vida de la humanidad misma en cuanto que es obra de la propia humanidad, en parte por lo esencial de las fuerzas internas de la humanidad que producen a la misma, así como, finalmente, también por la fuerza de Dios, de la razón y de la naturaleza que participan en ello, en cuanto que se hallan por encima y fuera de la humanidad. La Alianza de la Humanidad ejerce el arte de la vida de la humanidad entera, por el que se conforma por fuerzas internas a sí misma en sí misma y en todas sus circunstancias de la vida con Dios y el mundo, y se completa puramente según las leyes de la vida global de Dios en su esfera finita, pero bellamente colmada. La plenitud de vida de la humanidad en el universo es inagotable e infinitamente nueva en cada parte de tiempo; y sus fuerzas son eternamente jóvenes, y ella misma y cada una de sus obras son receptivas a la belleza continuamente renovada. Esta totalidad originaria o infinitud de la vida de la

humanidad global se prueba eficaz en la infinitud subordina-
[483] da de todos sus miembros y obras; incluso el ideal particular de cada pueblo, cada familia y cada hombre individual abarca aun la eternidad temporal. El reino de la verdad concebible para la ciencia, y el reino de todo lo vivo y bello exponible para el arte es infinito e inagotable para cada número finito de hombres y sociedades de hombres, hasta para un número infinito de hombres y sociedades humanas, incluso en un tiempo infinito y aplicándose la mayor diligencia armónicamente social. Así la humanidad se podría seguir formando sin fin en lo verdadera y puramente humano y semejante a Dios, con pura bondad, justicia, intimidad y belleza, y con autoformación en continuo crecimiento sin necesitar nunca llenar el tiempo con algo inhumano, erróneo, feo o malo. Cuanto mayor sea el desarrollo de su vida, tanto más alto sería su afán; y cuanto más consiga, de mayor magnitud y más glorioso sería lo que vislumbrara ante ella. Lo eternamente esencial y perfecto, lo moralmente bueno, lo justo, lo íntimo y lo bello, lo verdadero y repleto de vida, es decir, lo humano, vive en sí mismo y se muestra a sí mismo sin requerir como atracción o espanto lo adverso a la esencia y lo incompleto, es decir, lo inhumano. Bien es cierto que la humanidad de cada lugar de residencia en el universo ha de atravesar el miedo y el espanto ante lo malo y el infortunio, manteniendo su propia fuerza originaria y su plenitud de vida, para ascender en esta lucha hacia lo digno de la humanidad, hacia la plenitud armónica de su vida: pero después de haber demostrado su fuerza propia sufriendo y luchando, da comienzo su pura vida inalterada, y solo entonces
[484] podrá conocerse y formarse a sí misma con plena dignidad, ya no en disputa destructiva, sino construyendo el amor; y solo entonces gana también la Alianza de la Humanidad su figura uniforme, su vida plena, en la que dirigirá todas sus fuerzas pura e inmediatamente hacia lo esencial y perfecto. Cuando esta alianza, en las circunstancias anteriores, aún impuras, ya había sido el único medio suficiente para la purificación de la humanidad de una Tierra, al haber alcanzado la madurez de

la vida ya ha devenido totalmente esencial y tanto más beatífica. Entonces nunca volverán a agotarse sus fuentes de vida, en tanto que viva esta humanidad, y ella misma podrá decrecer desde el cenit de su vida conforme a las leyes de la vida global en Dios, y podrá ser acogida en todos superiores de la vida, en la bella muerte bienaventurada, pero nunca más podrá reencontrarse en esta vida con lo inhumano y con lo malo.

Aunque la Alianza de la Humanidad, como la sociedad primeramente esencial, alcanza tarde entre los hombres su figura determinada y su vida particular, desarrollándose paulatinamente a partir de varios gérmenes dispersos, sí que reconoce en su primer devenir, y también en su suprema madurez, a todos los hombres que viven desde la primera pareja hasta la última en su lugar de residencia en el universo, como partes y órganos esenciales de *una* humanidad, incluso como sus propios miembros que van preparando a la Alianza. Y aunque miles de millones de hombres hayan fallecido antes de su surgir autónomo, también ellos participaron en el organismo de la humanidad y le prepararon a él mismo su surgir y su actuación. Brindaron, en circunstancias imperfectas de esta humanidad y [485]
en un presente fatal, su existencia y su vida superiores como honorable sacrificio a favor de un futuro más salvífico. El hombre íntimo con Dios y formado en ciencia no ve en la muerte la eterna separación indisoluble de los hombres individuales, sino principios de uniones superiores en un ámbito más puro y libre, en un reencuentro consolador y conciliador, cuando se hayan hecho dignos de ello. Un presentimiento íntimo de Dios le dice que los que fallecen aquí con mayor inmadurez, e incluso los que han descendido y han sido profanados en la constricción del mundo, serán formados con superioridad en el otro mundo en esferas adecuadas, serán mejorados, purificados y entregados de nuevo a la dignidad humana. En esta intuición, en este puro amor, contempla la Alianza de la Humanidad también todas las generaciones anteriores, desde el primer hombre hasta el último, como *un* todo orgánico, y todo lo bueno y bello individual de esta vida particular de la humanidad. Por el

contrario, todo lo inhumano que desfiguraba la vida anterior, todas las heridas que la humanidad se infringía anteriormente a sí misma, lo reconoce como sacrificio en la lucha por la libre autonomía; y a sí misma se ve como el poder semejante a Dios, que ha de salvar a la humanidad en todo el futuro de aquella autoprofanación, ha de salvarla de aquellas heridas, y ha de consolidar la salud y pureza de su vida hasta el final de sus días.

La humanidad misma es y vive en todas sus personas internas y, por ende, también en sus elementos individuales no susceptibles de división ulterior, es decir, en todos los hombres
[486] individuales. Todos ellos, sin excepción alguna, son seres completamente iguales, y como hombres completamente iguales han de ser unidos, por ello, en la Alianza de la Humanidad en *una* vida. A pesar de todas las diferencias de edad, sexo, estamento profesional, modo particular de vida, pueblo o época, se halla en todos los hombres lo mismo originaria y primeramente esencial, la misma esencia eterna fundamental, lo mismo en todo tiempo duradero, la misma condición de hombre. Todas aquellas diferencias solo son posibles en y por medio de esta identidad originariamente esencial e inamovible de todos, como conformación diferente y con vida y belleza particulares de lo mismo eternamente esencial, de la misma humanidad inmutable en todas sus partes internas. Aunque todas estas diferencias y formaciones opuestas se diferencian en las situaciones todavía imperfectas de la humanidad aún más por su deficiencia e incorrección opuestas, a pesar de toda malformación permanece intacto el fundamento interno, eterno y originariamente esencial de la dignidad de la humanidad, y nunca descansa el impulso originario hacia la pura plenitud y belleza de la vida. Irrumpe en el tiempo establecido para subsanar aquellos defectos, para purificarse de todo lo inhumano, a fin de que, a partir de ahí, todos los hombres, unidos íntimamente en todo lo puramente humano como hombres en un ámbito común de la Alianza de la Humanidad, se diferencien únicamente por la conformación opuesta igualmente digna y

excelente de su eterna condición de hombres, como lo eternamente esencial que todos tienen en común, en bondad y belleza particulares como miembros íntimamente unidos del mismo ser, sin distanciarse por ello entre ellos. Pues todo lo humano [487]
individual sobre lo que se fundan los opuestos esenciales de los hombres, que en las situaciones imperfectas de la humanidad los hacen apenas reconocibles como seres de la misma especie al entendimiento no formado y al corazón que va enfriándose, todo esto humano individual no concierne según lo que le es propiamente esencial inmediatamente al hombre entero como hombre íntegro. Aunque esencial en el todo, como parte de este, a pesar de ello todo lo individual que diferencia a los hombres no es lo primeramente esencial, sino que está contenido en lo primeramente esencial como algo esencial de orden inferior. Es más, al existir lo primeramente esencial, lo eterno en el hombre inmutable en todo tiempo, desarrolla en eterno impulso originario, en su interior y en sí, una plenitud infinita de configuración, de vida y belleza de todas las partes, miembros y fuerzas individuales. Y al exigir lo primeramente esencial en todo momento plenitud de vida y belleza originariamente particulares, todo lo individual en él cambia continuamente de aspecto. No solo es perecedero lo inmaduro e inhumano en todos los hombres individuales y cosas humanas, sino que también cambia con los tiempos la configuración verdadera, pura y bella en tanto que es temporal, y cada humanidad individual vive en un lugar de residencia individual en el cosmos hasta que se haya desarrollado todo el esplendor de lo eternamente esencial, plena y armónicamente en su vida.

Ser hombre es, por lo tanto, más que ser uno como tal, más que ser precisamente este hombre: pues en lo eterna y generalmente humano, que es completamente idéntico en todos, y por medio de ello, se desarrolla la excelencia originalmente propia, el bello modo propio de vivir de cada hombre, cada familia, [488]
cada pueblo, cada humanidad. Con esta comprensión de la eterna igualdad originaria de todos, cuando trasciende como sabiduría a la vida, queda entonces establecido el fundamen-

to de la construcción que la Alianza de la Humanidad ha de completar; y la completa igualdad puramente como hombres, teniendo cada individuo una configuración de su vida originariamente propia. Este es el primer tesoro común de todos sus miembros. Esta igualdad no anula la inagotable diversidad llena de vida de los hombres según su conformación particular e igualmente digna en todo lo humano para que la envidien y la comprendan mal, sino que buscan y encuentran, en todas las figuras originariamente propias, a pesar de su diversidad, lo bueno y lo bello como lo verdaderamente humano, y lo identifican, lo reconocen y lo aman; y conforman uniformemente, cada vez con mayor superioridad, todas aquellas diferencias de la vida individual con virtud, justicia e intimidad, según el ideal de *una* vida de la humanidad armónica y originariamente propia.

Sobre esto se halla fundada la universalidad de la Alianza de la Humanidad. Abarca, conforme a su idea, la humanidad del universo y, en cada lugar de residencia subordinado en el cosmos allí donde ha alcanzado la madurez, a todos los hombres como verdaderos miembros. La idea de la vida de la humanidad, en la que vive la humanidad como *un* ser orgánico con fuerza indivisa, es, en primer lugar, esencial a cada hombre individual; y cada hombre individual puede y debe vivir dentro del límite de su propia persona en el espíritu de la humanidad y de la Alianza de la Humanidad con libertad y autonomía, conectando su colaboración libre interna a favor de la vida de la humanidad con los esfuerzos de la comple-
[489] ta Alianza de la Humanidad. En esta idea ha de pensar cada hombre, sentir, desear y actuar cuando ha de completarse en sí mismo y en todas sus circunstancias de vida externas. Esta vida en la idea de la humanidad del universo, que se dirige a todas las sociedades fundamentales, a todas las asociaciones operativas y autooperativas, a la vida autónoma y social, y en la que el hombre se reconoce a sí mismo como hombre íntegro, puramente como miembro de la humanidad global, y se educa a sí mismo, esta vida es para cada individuo, así como

para cada unión social, lo supremo, lo primeramente esencial y según la dignidad lo más primigenio. Sin ella no puede prosperar absolutamente nada humano en lo individual y nada puede llevarse a su madurez. Por el hecho de que el individuo pueda vivir, en todo tiempo, autónomo y libre en el espíritu de la humanidad y de su alianza, en cuanto la idea de esta le ilumine y caldee, se hace posible que aun antes de la generación social de la Alianza de la Humanidad pueda prosperar en situaciones aún inmaduras algo individual humano en el individuo, en tanto que depende de los hombres individuales que preceden a la generación entera en formación puramente humana. Es en ello precisamente en lo que se funda la posibilidad de que los hombres, como estirpe entera, puedan elevarse, guiados por aquellos individuos, a la pura dimensión humana y a la Alianza Total de *una* vida de humanidad orgánica.

Así como la Alianza de la Humanidad abarca a todos los hombres individuales, y ellos la abarcan, sucede lo mismo también para todas las personas superiores de la humanidad, para todas las sociedades fundamentales, para todas las asociaciones operativas y autooperativas. Todas ellas pueden y deben ele- [490]
varse hacia la idea de la humanidad y de la vida total de esta, así como la visión histórica de la humanidad que vive en esta Tierra; valorarse y probarse a sí mismos en este todo superior y diseñar, entonces, el propio plan de vida y, así, vivir humanamente en la diligencia artística particular como miembros de la humanidad y aspirar en el círculo de vida particular a formar y promover todo lo humano con las fuerzas que les son propias. Tal como la intimidad con Dios tiene para el individuo, para las familias, los amigos, los vecinos, para pueblos y humanidades de cuerpos celestes enteros, santuarios propios, autónomos y únicamente accesibles para sus miembros, así debe también la Alianza de la Intimidad de la humanidad que se ejerce en la Alianza de la Humanidad, acoger en ella santuarios similares; y así como, además, todos aquellos ejercicios de la intimidad con Dios son en círculos limitados, a pesar de ello, partes internas de la Alianza de la Intimidad con Dios de la hu-

manidad entera, así también son todas las expresiones y ejercicios separados y en su ámbito autónomos de la intimidad de la humanidad, a pesar de ello, partes internas, subordinadas y orgánicas de la vida interna de la Alianza de la Humanidad de la Tierra entera. Han de formarse según la idea de este todo y hallarse con este todo en vida de intercambio omnilateral y armónica. Y aunque veamos, según alcance nuestra experiencia actual, a la Alianza de la Humanidad limitada como ámbito supremo a esta Tierra, la ciencia pura de acuerdo con el ideal, sí que la reconoce como *una* alianza eterna y eternamente igual
[491] de la humanidad en el universo. Ya el alegre presentimiento cuyas causas señalamos anteriormente, amplía esta alianza a todos superiores de la humanidad. Tal como el presentimiento íntimo de Dios nos elevó desde la humanidad de esta Tierra hacia la humanidad de este sistema solar, este todo solar, y hacia la humanidad del universo, así también vislumbramos aquí, en el espíritu, la futura alianza de la vida total de la humanidad de esta Tierra contenida con vida global en círculos cada vez más amplios en la Alianza de la Humanidad del universo.

Al igual que a todos los individuos y todas las sociedades, así también abarca la Alianza de la Humanidad uniformemente a hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos. Pues ya anteriormente hemos reconocido que la niñez tenía en sí dignidad, viveza y belleza particulares, y que no debía considerarse como mera preparación y medio para la edad madura. Todas las edades de la vida dependen del mismo modo de la Alianza de la Humanidad, así como esta, considerada como sociedad, requiere esencialmente a cada edad de la vida para su plena actuación y belleza. Por ello, ya como lactante ha de reconocerse y cuidarse al hombre como miembro de la humanidad, y hasta como anciano glorifica la actividad total de la Alianza de la Humanidad. Pues cuando en el futuro haya vuelto la humanidad, en su edad esplendorosa, a la encantadora niñez e inocencia de pureza angelical, entonces llevará su vida social en la Alianza de la Humanidad hacia la nueva esfera vital que Dios le haya preparado.

La mitad femenina de la humanidad es perfectamente igual a la masculina en dignidad, plenitud de vida y belleza originariamente particulares; y también es igualmente esencial para la Alianza de la Humanidad como lo es la masculina; y así como [492]
la humanidad solo gana en la perfección uniforme y opuestamente particular de ambos sexos su propia perfección, así también se hallan la vida entera y la actuación de la Alianza de la Humanidad únicamente en su pleno vigor si abarca en sí uniformemente a la humanidad femenina y a la masculina.

Por consiguiente, la Alianza de la Humanidad acoge a cada hombre individual, a todas las personas subordinadas y a las sociedades operativas, tanto individualmente, como todas unidas con todas. Los reconoce a todos, a cada uno a su manera, como partes orgánicas esenciales de la humanidad y como totalidades parciales semejantes al todo en su ámbito, libres y autónomos; participa en toda su vida interna y la eleva, modera y refuerza. Por ello, cada hombre individual y todas las uniones de hombres han de hacerse presentes a la Alianza de la Humanidad incluso como todos, han de exponerse en las asambleas de modo particular como *una* persona y colaborar como todos en la vida entera de la Alianza. Incluso las aspiraciones internas de cada uno de ellos a favor de la formación de la humanidad y sus ejercicios internos de la intimidad de la humanidad han de unirse íntima y bellamente con la vida de la Alianza de la Humanidad como alianza total. Y de este modo, ha de vivir también la Alianza de la Humanidad de modo interactivo en unión con todo lo individual de la humanidad y hacerse a él proporcionadamente presente.

A fin de adentrarnos ahora con más profundidad en la organización de la Alianza de la Humanidad, hemos de dirigir nuevamente nuestra mirada hacia el ámbito determinado que le distingue según su objeto de todas las demás aspiraciones solitarias y sociables. Vimos que este ámbito particular es la [493]
vida de la humanidad como un todo, vimos cómo actúa como unidad por encima de sus miembros y partes, cómo engloba en sí, aviva y forma a todo lo individual, cómo funda y afirma

la autonomía de cada individuo e introduce y promueve su interacción orgánica con todas las demás partes de la vida de la humanidad y, de este modo, acoge en sí con perfección a todo lo individual según la medida y el plan del todo. Con este fin se halla formado el organismo entero y la actividad operativa entera de la Alianza de la Humanidad y, para que se alcance este destino particular de la alianza, han de interactuar armónicamente todos los miembros de la misma. Que ello sea posible requiere una dirección, un talante y una formación particulares del hombre íntegro en espíritu y ánimo, una consagración particular de su vida entera, un sentido artístico particular y una formación y un ejercicio artísticos particulares. Sin embargo, la limitación individual de todo individuo, que en nuestra consideración anterior reconocimos como esencial para la humanidad, le permite únicamente consagrar la actividad autoproductiva principalmente a una parte determinada del destino humano, y ello solo en comunidad con otros, y conformar todo lo restante humano con intensidad decreciente desde el centro de su profesión y en relación con lo que se halla fuera de ella, comportarse más bien en actitud acogedora agradecida, de modo que cada uno reciba para su propia colaboración productiva en la profesión individual todo lo demás desde la actividad productiva de la humanidad entera.
[494] Reconocimos, por tanto, que la idea de la humanidad solo puede ser conformada por medio del reparto justo y armónico de todas sus expresiones vitales individuales entre todas sus personas en el interior y exponerse completamente en la eternidad temporal. Por ello, la diferencia entre los estamentos que, sin embargo, no es ni establece alguna diferencia de los hombres en lo pura y generalmente humano, ha de ser esencialmente permanente en la humanidad, y solo en el estado maduro de la vida entera de la humanidad será configurada con uniformidad y perfección. Es decir, que, aunque todos los hombres y todas las uniones sociales, como seres completamente iguales, son verdaderos miembros de la Alianza de la Humanidad y participan con idéntico derecho en su actividad

operativa íntegra, esta Alianza, y todas las demás que hemos considerado hasta aquí, requieren para su organización interna, su constitución y toda su actividad operativa interna y externa, como un estamento especial, a aquellos miembros que consagran su vida principalmente a los conocimientos y habilidades artísticas esenciales para la vida de la Alianza y a su actividad operativa íntegra misma, ya sea exclusivamente o según la proporción de su colaboración solo en parte, ya sea de por vida o solo durante un tiempo determinado. La sociedad de estos consagrados a la Alianza ha de ser a imagen y semejanza completa de la humanidad misma y, por consiguiente, ha de componerse de hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, de elegidos de todos los estamentos y sociedades humanas. Una parte de los consagrados se halla formada en todo lo humano, y así también en ciencia y arte, uniforme y armónicamente; y otros pertenecen al estamento de los investigadores en ciencia y otros al de los artistas; algunos son habitantes de [495]
las ciudades y otros de pueblos. Algunos se dedican a sí mismos a la Alianza y le consagran su propia vida personal, sin referirse a la vida de otra persona o representarla ante la Alianza; otros, sin embargo, pertenecen a la Alianza como delegados que representan ininterrumpidamente a personas y uniones sociales superiores y son elegidos de entre los hombres más excelentes de aquel todo social cuyo lugar representan en la Alianza de la Humanidad. Otros consagrados a la Alianza son recíprocamente delegados de la Alianza misma que la hacen presente a todas las demás sociedades fundamentales humanas y asociaciones operativas y, de este modo, fundan y mantienen la unidad de vida íntima y libre de la Alianza con todo lo humano individual.

Pero el todo de todos los consagrados y elegidos para la Alianza forma con todos los demás miembros de la misma, que han elegido una parte individual del destino humano para su vocación principal, la comunidad íntegra de la Alianza; y no se oponen a esta como un todo al todo, sino que son con ella, como el todo, uno en cuanto parte individual de la misma.

Son del mismo modo miembros de la Alianza y tienen el mismo derecho que todos los demás, y no tienen ninguna preferencia ante ellos en lo primeramente esencial. La comunidad íntegra se halla por encima de los consagrados a ella, es anterior y superior a ellos, y también en relación con cualquiera de los miembros restantes. La diferencia entre los consagrados a la Alianza y el número mucho más amplio de miembros restantes no tiene mayor alcance que el hecho de que para aquellos la actividad operativa de la Alianza de la Humanidad
[496] es su profesión de vida particular y principal, y que en la vida de los miembros restantes es preponderante cualquier otra profesión. Por ello, los consagrados a la Alianza se comportan en el ámbito de la Alianza de la Humanidad conforme a su destino o a lo que les es esencial, de modo autoproductivo y dadivoso, y todos los demás miembros se comportan más bien de modo acogedor y formador. Ello no excluye ni la libre cooperación autoproductiva de cada uno de los miembros de la Alianza, los cuales, sin haber elegido el asunto de la misma como profesión de vida principal, son no obstante capaces de dicha cooperación. Tampoco queda excluida la recepción agradecida de los consagrados a la Alianza cuando cualquiera de los miembros de la comunidad ofrezca algo verdaderamente humano. Por ello, la constitución de la Alianza ha de determinarse de tal modo que cada uno que sea capaz de dar pueda hacerlo en su ámbito, y que cada uno que sea capaz de recibir, reciba; y que a la Alianza todo lo bueno le sea irrenunciable y fructífero. El número de los elegidos o, más bien, la relación de su número con el resto de la comunidad no es arbitraria, sino que procede para una Tierra entera, así como para cada uno de los continentes subordinados, hasta descender a cada comunidad local, de la ley del reparto equitativo de todas las ramas del destino humano entre todos los miembros de la sociedad fundamental, que es una parte de la Alianza de la Humanidad de esta Tierra, pero en su culmen, del reparto de la misma entre la humanidad entera de esta Tierra que contiene íntegramente a su Alianza de la Humanidad.

Al haber contemplado el destino de la Alianza de la Humanidad hemos podido reconocer ahora también su constitución. Cada sociedad ha de unir a sus miembros de forma determinada, para que convivan en tiempo y lugar y con reparto de fuerza formando la obra que han de producir en sociedad. Ambas formas, tanto la de la unión de los miembros, como la de la actividad operativa social misma, vistas en su todo conforman la constitución *una* de la sociedad. La constitución de toda sociedad ha de ser, en general, conforme a las leyes de la moral, del derecho, de la intimidad y de la vida de intercambio, de la belleza, así como también a las leyes de la autoformación, que se halla en constante desarrollo y transformación en el transcurso de la vida. Sin embargo, cada constitución solo se convierte precisamente en constitución de aquella sociedad cuando se siguen determinando las condiciones generales según aquellas leyes del mundo generales que son comunes a todas las condiciones, conforme a la idea particular de precisamente aquella sociedad y de todas sus relaciones con todos los seres y sociedades que se hallan en vivo contacto con ella, de tal modo que satisfagan completamente tanto la idea de las personas unidas en esta sociedad, como la idea de la obra que ha de generarse por ellas en sociedad. Por lo tanto, la constitución particular de la Alianza de la Humanidad ha de unir conforme a su destino a todos los hombres, pura e íntegramente como hombres, y como hombres completamente iguales, verdaderamente en *una* persona, para que actúen juntos con todas sus fuerzas indivisas y libres formando *una* vida total de la humanidad, en todos los lugares y en todos los tiempos, en distribución uniforme y circulatoria por toda la Tierra. [497]

Ahora bien, cuando se ha de establecer la constitución de cualquier sociedad según lo que le es esencial, en primer lugar, han de unirse libremente los miembros de la Alianza para llevar a cabo una misma idea. Esto solo puede suceder cuando están de acuerdo acerca de la idea misma que ha de representarse en sociedad, cuando conforman esta idea para que sea un ideal y cuando tratan de realizar este ideal según *un* plan conforme a [498]

la condición de vida de la humanidad. Así, se hallan de acuerdo acerca de la esencia, el destino y el alcance de su vida social superior, y entonces se conforma *una* voluntad común de la Alianza total que se siente segura de su éxito, porque se funda en la eterna esencia y la situación histórica de la humanidad misma. Esta voluntad general verdaderamente social ha de ejecutarse por doquier y siempre en sana y bella relación de las fuerzas y las obras, para que se desarrolle la actividad operativa de la Alianza toda, al igual que una obra de arte libre de *una* sola persona, pero sin borrar el carácter propio o eliminar la propiedad originaria de la voluntad y de la colaboración de miembros individuales de la Alianza. Mediante esta voluntad general ha de distribuirse en primer lugar la vida social entera de cada alianza entre todos los miembros en tiempo, lugar y fuerza, en justa y bella armonía y en círculos temporales conforme a la naturaleza y, a continuación, tendrá lugar la administración de los bienes de la Alianza y la ordenación de todas las circunstancias externas de cada alianza en relación con todas las demás uniones sociales y asuntos humanos. Es decir, que todo ello es también esencial para que prospere la Alianza de la Humanidad, y merece ser adaptado a la misma y continuar determinándose conforme a su idea.

[499] Las formas de unión de la Alianza de la Humanidad, así como la distribución y el establecimiento de toda su actividad operativa, son libertad, apertura, justicia y amor humano general. Libres son el lazo y la actividad operativa de los miembros de la Alianza, en tanto que cada uno como hombre íntegro, en clara contemplación de las ideas eternas, de los ideales formados según ellas y de la vida real, determine su voluntad desde el puro amor por lo bueno conforme al modo en que lo exige la obra de arte individual de la propia vida externa y la de todos los demás con la que interactúa, según las exigencias de la justicia, del amor y de la belleza. Ahora bien, la obra de la Alianza de la Humanidad, es decir, la vida de la humanidad misma como vida entera, es la suprema y primera de todas. Por ello, la voluntad general de sus miembros nace puramente

del impulso originario y conforme a la idea de la vida de la humanidad misma, y, en tanto que es esta, ha de reconocerse también por cualquier otra unión social. Precisamente por ello, siendo libre en su ámbito hacia el interior y hacia el exterior, es independiente de la arbitrariedad de sus miembros y de cualquier otra unión social, en tanto que es fiel y conforme a su idea y se abstiene escrupulosamente de cualquier intervención violenta en la vida autónoma de sus miembros y de todas las demás instituciones y personas de la humanidad.

La Alianza de la Humanidad abarca la vida de la humanidad como un todo, a todos los hombres como hombres íntegros, a todas las fuerzas y obras humanas en tanto que se hallan en el todo e interactúan con el todo. Por este motivo, la libertad de la Alianza va esencialmente ligada a la apertura, es decir, plena apertura en el entendimiento más estricto de la palabra y [500]
sin excepción alguna. Pues en la vida colmada se halla el todo íntimamente unido con sus partes, traspasa vivamente todo su interior y es en sí mismo omnipresente, abierto. Solo en ello se revela tanto el todo como también todas sus partes en su verdadera y plena esencialidad. Por ello, si ha de lograrse la vida de la humanidad, ha de hallarse abierto al espíritu y al ánimo de cada hombre individual todo lo pura y generalmente humano, y las fuerzas de todos han de unirse abiertas sin reticencia en este ámbito. Nunca es suficientemente pronto para despertar en el hombre individual y en todas las sociedades de los hombres el conocimiento de la humanidad y de su vida y el cálido interés por todo lo humano, y cuando se haya formado este conocimiento conforme a las leyes, es decir, cuando este mismo exista verdadera y realmente, entonces no puede causar ningún mal, sino que es puramente beneficioso, se conforma hasta alcanzar el reconocimiento histórico y conforme al ideal de todas las cosas humanas, deviniendo así una fuente pura de verdadera vida. Hasta donde alcanza hay vida, y donde no existe hay enfermedad y muerte violenta.

Por ende, gracias a este conocimiento abierto, la Alianza de la Humanidad es como un ojo superior y, al unir este co-

nocimiento con su puro amor abierto por todo lo humano, es la conciencia de la humanidad. Por tanto, su vida entera está abierta y su voz se oye por doquier y por todos los hombres, y su fuerza se halla incesantemente presente en todos ellos. Es, además, la vida de la humanidad entendida como la de *una* persona superior en la Tierra que abarca a todas las sociedades
[501] y todos los hombres individuales, como personas subordinadas, y ha de formar a estos por su fuerza íntegra puramente como hombres, como partes armónicas del todo. Por ello, ha de hallarse siempre presente a todos ellos de forma abierta y actuar ante los ojos de todos los hombres. Su santuario se halla siempre abierto a todos; y toda su exploración, su ejercicio artístico, todo su pensar y hacer lo ven y oyen todos que lo deseen, y todos participan en ello en la medida en que la propia fuerza y la pura voluntad se lo ordenen. Sin embargo, si la Alianza quisiera ocultar cualquier parte de su actuación general humana ante los ojos de cualquier hombre individual o sociedad humana, entonces actuaría en contra de su propia idea y destruiría su propia eficacia. Se asemejaría a una conciencia muda, a un sol que ha de caldear e iluminar, pero que se cubre a sí mismo con un velo. Mas, si obedece a aquella apertura, entonces ilumina, caldea y penetra todo, y reparte gloria y bendición por toda la Tierra. Todo lo que es esencial a la humanidad como un todo, lo que la concierne como todo y lo que se halla contenido dentro de la naturaleza pura, íntegra y general del hombre o lo que se refiere a ella, todo lo que concierne al hombre individual y a cada unión social en tanto que son hombres en general y participan en la vida de la humanidad: todo ello es, conforme a su naturaleza, público y no puede ocultarse sin caer en injusticia, falta de amor y corrupción. Por otro lado, todo lo que en la vida interna del hombre individual concierne a este como individuo, en tanto que es justamente este hombre, que así es y vive solo una vez en el
[502] universo y en la eternidad temporal íntegra; y, además, todo lo que pertenece a la vida particular de cualquier unión social y es esencial para ella, ha de ocultarse casta y pudorosamente al

exterior, en la medida en que no se halle conectado con la vida externa con esencialidad individual, y se abrirá solo al amor personal a fin de que que los seres unan íntimamente su vida independiente formando una unidad superior. Ni siquiera el amor humano general puede resolver externa o arbitrariamente los límites de vida de la personalidad, sino tan solo el libre amor correspondido. Bien abierto en su ámbito particular, en tanto que actúa en sí misma, reconoce la Alianza de la Humanidad a la vez la libre autonomía de cada hombre individual y cada persona superior de la humanidad en el ámbito de su personalidad; y así, también el derecho de estos a permanecer en secreto dentro de su ámbito personal, en la medida en que este no se halle esencialmente enlazado con vidas externas. Pero lo que de todas las cosas humanas singulares puede y debe permanecer en secreto en qué esfera, en qué alcance, cuánto tiempo y bajo qué circunstancias, esto ha de reconocerse y determinarse mismamente a la luz de toda la humanidad y de su vida total. Por este motivo, la Alianza de la Humanidad que ejerce la vida de la humanidad como humanidad íntegra está llamada a ser la legisladora y sustentadora tanto del secreto personal autónomo, como de la apertura social de todas las personas internas y uniones sociales, y a proteger los derechos del secreto dentro de cada esfera de personalidad autónoma. Tiene por sagrada la vida tranquila y secreta de cada individuo, de las familias y de la amistad, y ella misma educa y forma a [503]
la juventud en casto pudor en lo corporal y espiritual y en sagrado respeto a las condiciones fundamentales más íntimas de la humanidad. Y dado que la vida social de la Alianza de la Humanidad, como la vida total de la humanidad, es más abarcante y superior que la vida de cada individuo y de cualquier otra asociación individual, por ello estos abrirán a los ojos de la humanidad en la Alianza de la Humanidad, si desean completarse armónicamente con la vida entera de la humanidad y en sí mismos, todo lo que es general humano, todo con lo que expresan en su vida particular lo general humano en sí y todo con lo que actúan personalmente en la vida total de la huma-

nidad, sin que hayan sido incitados por ella por ninguna otra fuerza que la eterna fuerza de lo verdadero, lo bueno y bello que les impulsa mismamente desde el interior. La proporción de nuestra exposición nos impide vislumbrar el modo en que se abren a la Alianza de la Humanidad los hombres y las asociaciones individuales, así como los santuarios de su personalidad, en donde necesitan la voz de la sabiduría y del amor, y reciben fuerza y nueva vida de esta. Pero también frente a cada individuo observa la Alianza, incluso en el ámbito confidencial de la personalidad, aquella justa apertura que es esencial a toda su actuación. La Alianza de la Humanidad misma funda una sociabilidad llena de vida, libre y casta entre todos los individuos y todas las personas y asociaciones subordinadas de la humanidad, para que el libre y puro amor disuelva los lazos de la castidad y no los rompan temerariamente la lujuria y el interés propio.

[504] Mediante la confiada apertura en todas las cosas general y puramente humanas por medio de serena exposición de lo esencial en palabra y obra, adquiere y mantiene la Alianza de la Humanidad, asemejándose en ello a Dios mismo, a la razón, a la naturaleza, al sol y a todas las fuerzas buenas del universo, el poder supremo en la Tierra, es decir, el poder de lo verdadero, lo bueno y lo bello, que es más fuerte que el del dolor, más poderoso que el del metal. El poder semejante a Dios al que ha de subordinarse cualquier otro poder, y servirle y unirse con él. Sin embargo, mediante el ocultamiento premeditado, la Alianza misma corrompería a la humanidad y paralizaría sus propias fuerzas. Se forzaría con ello a sí misma a rebajarse, usando perversamente la esperanza y el miedo, recurriendo a la violencia del profanado brazo del hombre y a los suplicios del dolor físico, y corrompería en lo más profundo de su ser a la humanidad que ha de formar. El ocultamiento premeditado es el triunfo del mal, mientras que la apertura libre y justa en lo generalmente humano es un flujo de Dios, una roca en la que finalmente naufraga todo lo inhumano.

Tan esencial como es la apertura para la constitución de la Alianza, lo es también la justicia. Ella es, como constatamos anteriormente, una forma originaria general de la vida global en Dios y, por ende, también de la vida total de la humanidad. En la medida en que la Alianza de la Humanidad misma es un todo orgánico que se desarrolla como *una* vida en su organismo interno, en esta medida le corresponde un derecho interno, como su derecho societario particular interno que tiene aplicación íntegra para los miembros de la Alianza y a la actividad [505]
operativa entera de la misma. Pero en la medida en que la Alianza se opone, como todo individuo libre y autónomo, a todas las demás partes individuales de la humanidad, a todos los demás seres, a todas las expresiones individuales de la vida global *una* en Dios y a Dios mismo como el Ser originario, para poder vivir puramente en sí misma, y entonces poder formar con todos ellos comunidad y entablar vida de intercambio, en esta medida le pertenece y se refiere a ella un círculo orgánico de derecho externo, relativo tanto a lo que ella misma ha de aportar a otros seres como a lo que otros seres le han de aportar a ella. El derecho societario interno de la Alianza de la Humanidad es el todo orgánico de las disposiciones que recibe y otorga cada parte orgánica interna de la misma según lo que le es propio esencial, es decir, según su propia idea, según lo esencial de su todo y según lo esencial de todas sus partes colaterales, a fin de que cada parte en sí misma y en todas sus relaciones con todas sus partes colaterales y con el todo sean perfectos, y a fin de que cada unión interactiva de todas las partes y el todo en todas sus partes como todo sean también perfectos, es decir, que expresen lo que es eternamente esencial en ellos en el tiempo. Por ello, en primer lugar, hemos de determinar, desde el punto de vista jurídico, la vida interna de cada parte de la Alianza de la Humanidad en armonía con el derecho de la razón, de la naturaleza y de la humanidad; pero, a continuación, también de tal forma que la vida interna propia de la Alianza, dentro del círculo que le es atribuido por la voluntad social general, se mueva armónicamente en relación

con la vida del todo y de todas las partes colaterales en este todo, pero de modo libre y originariamente particular. Dado que
[506] en la Alianza de la Humanidad se trata de producir libremente lo bueno, y que toda su actividad operativa se funda en libre comprensión y amor, pero se halla en consonancia con todo lo verdadero, bueno y bello, en el estado maduro de la Alianza de la Humanidad todos los miembros de la misma adquieren su derecho societario interno de modo libre y autoactivo y le obedecen sin coacción; incluso en el estado en devenir, la Alianza de la Humanidad tiene por ley que todo hombre haga suyo el derecho interno de la Alianza simplemente por comprender los fundamentos del mismo, y, cuando su convicción difiera de la de la Alianza, tenga el derecho a exponer abiertamente a todos los miembros los fundamentos de su convicción divergente, y si, a pesar de ello, no se puede alcanzar una consonancia, alejarse en este sentido de la actividad operativa de la Alianza. Del mismo modo, en este mismo estado, la comunidad tiene igualmente el derecho de excluir de su actividad operativa social a cualquier miembro hasta donde alcance el ámbito de la convicción divergente, después de haber escuchado, considerado y rechazado los motivos de esta conforme a la legalidad. La Alianza de la Humanidad, similar a la conciencia en cada hombre individual, no tiene en general, ni en su devenir ni en su madurez, ningún otro poder para obligar al derecho que el de obligar a la libre comprensión y al reconocimiento del derecho por medio de la exposición de los motivos y continua instrucción digna para el ser humano. Pero este derecho lo exige también, en su ámbito, para sí misma, requiriéndolo a todas sus partes y todos sus miembros.

El derecho externo de la Alianza de la Humanidad exige
[507] que ella misma reconozca a cada miembro, a cada unión social y a todos los individuos de la humanidad, como autónomos y libres en su ámbito, y que, del mismo modo interactivo, le contemple a ella todo lo humano individual, y que ella y todo lo humano individual entablen de modo interactivo todas las relaciones de vida que sean esenciales para la perfección

armónica de la vida de la humanidad íntegra, a fin de actuar armónicamente como *un* ser para la perfección del todo. Los círculos especiales de las disposiciones de derecho externas de la Alianza de la Humanidad se rigen por las leyes según las cuales los miembros y uniones sociales de la humanidad se hallan subordinados o coordinados. También en ello es de importancia decisiva que la Alianza de la Humanidad sea la suprema sociabilidad de todos los hombres para el mayor fin social omniabarcante posible, es decir, para la vida de la humanidad misma como vida total. Hablaremos más adelante con más detalle del derecho externo de la Alianza cuando lo abordemos con claridad en su relación social con todo lo demás humano; pero, en general, la armonía de nuestra consideración prohíbe desarrollar en su organismo interno la constitución de derecho interna y externa según los principios que acabamos de establecer.

Esta libertad, apertura y justicia se asocia, además, con la intimidad y el amor puramente humanos, que trata de formar con todos los hombres y uniones sociales un todo armónico de vida superior. Un amor que reconoce y trata a todos los hombres en la Tierra como hermanos exactamente iguales de la misma familia en Dios, y que respeta y honra en cada figura externa posible al hombre, a la dignidad y soberanía de la [508]
naturaleza humana. El amor de la Alianza de la Humanidad abarca, como con *un* corazón fiel, a cada hombre, pone remedio a las preocupaciones del sufriente y calma las necesidades puramente humanas de cada hombre, aun antes de que las conozca él mismo y antes de que pueda pedir por ellas. Teniendo por igual de sagrados los derechos del lactante como los del adulto que por sí mismo es capaz de luchar por ellos. Este amor puro por los hombres se propaga desde la Alianza hasta cada miembro de esta y es el éter en el que vive y se conforma todo amor personal, donde se unen los corazones, incluso aun cuando ya se ha extinguido el amor personal. En él se funda la constitución interna y externa íntegra de la Alianza. Cada miembro colabora en la vida total de la Alianza siendo pene-

trado por ella, libre y voluntariamente, y obedece a la ley con buena disposición y siguiendo el impulso interno: pues solo aquel amor puro por los hombres es el bello estado de ánimo que reúne a los hombres, como hombres, hacia la humanidad.

A fin de que se forme la actividad operativa íntegra de la Alianza según estas formas fundamentales de libertad, apertura, justicia y amor, para que dicha Alianza pueda recibir su Constitución, las personas que la conforman han de honrar todas las partes de la actividad de la Alianza en la idea, conforme al ideal, según estas eternas formas originarias. A continuación, han de concebir con claridad e íntegramente la vida particular que se está conformando en el presente en este lugar de residencia en el universo, han de aplicar aquello que se ha reconocido en general correctamente a lo dado en tiempo y lugar, han de determinar según ello el plan de vida íntegro de la Alianza siguiendo aquellas formas originarias y actuar con
[509] fidelidad a este plan. De este modo, forman una legislación general de la Alianza, una jurisprudencia de la Alianza conforme a esta ley y una ejecución que sea acorde a ambos. La ley de la Alianza es, como la humanidad misma, solo una; solo ella contiene en sí un organismo de leyes, igual que la vida de la humanidad íntegra contiene un organismo de la vida. Así como la membresía de la Alianza vive en general como una persona, también se otorga su ley como *una* persona, dicta sentencias y ejecuta como tal. Dado que, además, estos tres procedimientos solo son posibles porque son desarrollados, moderados y armónicamente unidos por *una* actividad superior según *una* idea superior, por ello también vive toda la membresía como *una* persona íntegra, reinando por encima de su legislación, su sentencia y su ejecución.

Pero también la Constitución es una obra social. En su origen, solo la Alianza íntegra, es decir, la membresía íntegra de la misma, como *una* persona, tiene el derecho de legislar, después de enjuiciar y ejecutar y gobernarse a sí misma en esta triple actuación. No obstante, ello también requiere una dirección propia del espíritu y del ánimo. Por ello, la Constitución

solo puede formar y vivificarse, como una obra de arte de una sociedad que se dedica exclusivamente a ella y ha recibido el mandato para ello por la comunidad, en estas actuaciones fundamentales suyas. Esta sociedad que procura la Constitución es una parte de los elegidos de la Alianza y recibe su poder únicamente de la comunidad. Su actuación completa y todas sus disposiciones individuales reciben únicamente su fuerza del derecho porque la comunidad le otorga libremente el poder de otorgar la Constitución: justamente por ello [510] sigue estando bajo la responsabilidad de la comunidad misma. También esta sociedad dedicada a la Constitución ha de organizarse según lo esencial de su obra, es decir, según el ideal de la Constitución de la Alianza y según la idea de la Alianza total misma: también ella ha de tener una Constitución social. Y dado que, en su origen, es la comunidad la que tiene el derecho de otorgar la Constitución de la Alianza, también compete, en su origen, a la comunidad establecer la Constitución de esta sociedad parcial que proporciona la de la Alianza total. Justamente por ello, sin embargo, ha de establecerse la Constitución de la sociedad que proporciona la de la Alianza total de tal modo que también esta sea absolutamente abierta y accesible a todo miembro de la Alianza, a fin de que cada miembro de la misma pueda valorar libremente acerca de ella y de toda la actividad de los que proporcionan la Constitución (legislación, sentencia y ejecución), pueda desarrollar los fundamentos de su valoración y pueda ser oído a este respecto por la Alianza completa.

Después de haber reconocido las condiciones internas de la vida de la Alianza de la Humanidad, somos también capaces de vislumbrar el entorno de las condiciones de vida externas de esta. Pero las condiciones externas de toda vida del ser vivo son facilitadas por otros seres, en parte, según la idea del derecho, también en parte, según la idea de la pura vida de intercambio, y, en otra parte, según ambas a la vez. El derecho abarca todo lo que se exige de todos los seres, para que todos existan juntos como seres autónomos y libres; es decir, todo lo que

cada ser ha de proporcionar a todos según la idea de la vida
[511] autónoma de aquel que lo recibe. Por ello, ha de reconocerse en primer lugar lo que ha de proporcionarse a la Alianza de la Humanidad, como su derecho externo, procedente de la vida total de la humanidad, en cuanto que se compone de un organismo con partes internas, y ha de completarse floreciendo en sí misma y en la libre unión interactiva con todo lo humano. El fundamento de derecho general es la eterna esencialidad de la Alianza en sí misma en la vida de la humanidad y, en su culmen, en Dios. Sin embargo, el fundamento de toda reclamación jurídica individual de la misma es que es precisamente esto lo que se reclama para aquella culminación. Pero, al igual que para todas las esferas individuales del derecho *uno*, y con ello también para el derecho de la Alianza de la Humanidad, tanto en general como en consideración de cada uno de sus derechos individuales, acontece la ley restrictiva: que lo solicitado ha de proporcionarse de modo y en la medida en que con ello vaya ligada la satisfacción uniforme de todas las demás partes del derecho *uno* y que lo permita el organismo de la vida *una* del derecho en Dios. Dado que, además, cada relación del derecho es recíproca, ha de proporcionar también la Alianza a la vida de la humanidad misma, en todas sus partes internas, todo lo que sea menester para su culminación autónoma y social como condición externa. Por ello, reconoce también a la Alianza del Derecho, según la describimos en su lugar a modo de ideal, como el todo autónomo supremo en el ámbito del derecho. Sin embargo, la Alianza del Derecho tiene la obligación de proporcionar a la Alianza de la Humanidad su derecho íntegro, como parte del derecho *uno*. A pesar de ello, la Alianza de la Humanidad, como vida total de la humanidad, percibe al Estado, en cuanto que este es obra de la humanidad,
[512] como parte interna de la vida de la humanidad íntegra y tiene por ello la potestad de mantener siempre presente a la Alianza del Derecho la idea del derecho y de todo su destino, sin intervenir, no obstante, de ningún modo en la vida del Estado inhibiendo o recurriendo a la violencia externa. En cambio,

tambien la Alianza del Derecho tiene el derecho de velar por que la Alianza de la Humanidad por su parte viva a todos los efectos conforme a derecho y proporcione su derecho a todos los seres. Por consiguiente, la Alianza de la Humanidad se halla subordinada en el ámbito del derecho a la Alianza del Derecho y le ha de responder en materia de derecho, por cuanto que la Alianza del Derecho misma coincide con el derecho y no sobrepasa el ámbito de la idea del derecho.

El todo del derecho que ha de proporcionarse a la Alianza también contiene una esfera orgánica de bienes o propiedad externos, que ha de formarse según las leyes anteriormente expresadas. Estos bienes consisten en la posesión física de seres naturales y en el libre uso de estos, pero preferentemente en el libre uso de las fuerzas corporales y espirituales de los miembros, esenciales a los fines de la Alianza, para que puedan llevar a cabo, en consonancia armónica referida a tiempo y lugar y distribución de la fuerza, todo lo que pertenece a la vida de la Alianza conforme a derecho. Así como el individuo, la familia, los amigos y toda unión social tienen por esencial la casa, la granja y el jardín y la libertad de acceso a ello, y la vida autónoma sin dificultades en este ámbito, así también reclama la Alianza de la Humanidad algo completamente similar, y ello en la medida en que sea adecuado para su vida y su dignidad. Ya al considerar las sociedades fundamentales aparece ante nuestros ojos el ideal de un santuario de la Alianza de la Vida [513]
Total de la Humanidad y, al mismo tiempo, en su relación viva con los santuarios de vida de todas sus personas restantes. Aunque no es este el lugar para diseñar en detalle la esfera de la propiedad de la Alianza, la veremos en sus partes principales, ahí donde vislumbremos con perfecta claridad la vida total de la Alianza misma.

En aquella constitución digna para la humanidad y en esta esfera de bienes externos se mueve ahora libre, uniforme y bella la actividad entera de la Alianza. Abarca con *un* amor y con *una* diligencia todo su destino, a todas las personas y todos los miembros, todas las sociedades y todas las aspiraciones de la

humanidad. Tal como toda vida es perpetua e ininterrumpida, lo ha de ser también la vida, esto es, la actividad de la Alianza de la Humanidad. Vamos ahora a repartir nuestra atención entre las partes individuales de esta, para volver a continuación al santuario en el que se desarrolla con uniformidad.

A todas las cosas humanas el conocimiento ilumina el camino y, por ende, esto sucede también con la vida total de la humanidad. El conocimiento de la humanidad y de su vida entera es, por ello, según su condición, el primer asunto de la Alianza; y es que, por un lado, se busca por sí misma, como una parte autónoma y digna en sí misma de la vida total de la humanidad, pero también, por otro lado, se busca como condición y medio de toda la actividad completa restante y de la prosperidad de todas las personas y obras de la humanidad. Cierto es que esta comprensión esencial para la Alianza de
[514] la Humanidad solo puede obtenerse en aquel todo *uno* de la ciencia que la Alianza de la Ciencia trata de formar. Gracias a este organismo global de la ciencia ha de constituirse para el destino de la Alianza de la Humanidad un todo en cierto modo en perspectiva y aun así completo y orgánico del conocimiento, que expone toda verdad en su relación con la vida total de la humanidad. Este todo contiene, por lo tanto, conocimiento de Dios, de la razón y de la naturaleza desde el punto de vista de la humanidad y en relación con la vida de esta, y conocimiento de la humanidad misma. Por este motivo, una parte de los consagrados a la Alianza se compone de investigadores en ciencia, que pertenecen a la vez a la Alianza de la Ciencia y relacionan continuamente todo lo cognoscible con la vida de la humanidad como a un todo armónico. Este conocimiento esencial para la humanidad ha de ser íntegro y completado según las fuentes del conocimiento. En primer lugar, ha de agotar lo esencial de la humanidad según la idea y, a continuación, reconocer históricamente cómo ha sido y cómo es la humanidad real. Además, este conocimiento ha de exponer completamente a la Tierra como *un* todo de vida, no solamente como el escenario, sino como la esfera en la que

vive esta humanidad en cooperación con Dios, la razón y la naturaleza, como miembro de la humanidad global. Finalmente, también ha de valorar a la humanidad real eternamente en el tiempo según su ideal, es decir, valorar si ha sido y es lo que en sí y en este tiempo y esta situación debería y podría ser. Ha de valorar todas las cosas humanas en el todo, en el todo de la idea y de su vida real, para que se pueda determinar en [515]
qué medida son perfectas o imperfectas, y cómo pueden ser sabiamente depuradas, mejoradas, configuradas, completadas y perfeccionadas. Así el conocimiento de la Alianza ha de dar origen a un plan de vida de la humanidad que capte, a continuación, la voluntad general de la Alianza y que ejecute el arte de vida de la humanidad. Este tesoro fructífero de conocimiento solo puede prosperar por medio de la investigación social. Los elegidos por la Alianza han de meditarlo, ampliarlo y elevar su formación continuamente, y de este modo conservarlo como un libro cada vez más perfecto de la humanidad. Solo los elegidos por la Alianza pueden producir este conocimiento en el genuino método científico y en diligencia social continua; y solo su contenido es esencial para el conocimiento de la Alianza total y de cada miembro de esta. Por ello constituye una tarea esencial de la Alianza exponer el libro de la humanidad a todos los miembros en su contenido íntegro y de todas las maneras, y que lo consoliden en intuición y memoria, a fin de que a cada miembro de la Alianza se le haga verdaderamente intuible la vida de la humanidad entera, pero, preferentemente, sus inquietudes, trabajos y esperanzas actuales, con el propósito de que su vida individual se conecte armónicamente con la vida total de la humanidad y con todas las partes internas de esta, y pueda en el espíritu del todo contribuir a este todo. Dado que las fuerzas, las necesidades y la formación del espíritu difieren entre las diferentes personas y los miembros de la humanidad según su vocación de vida principal, es esencial que el contenido entero del libro de la humanidad pueda ser intuible según esta diversidad de todas las maneras: al niño, al adulto y al anciano, al hombre y a la [516]

mujer, al hombre rural y al urbano, al investigador científico y al artista, a los elegidos por la Alianza de la Forma Fundamental y a los de la Alianza con Dios, a cada uno a su propia manera y según su necesidad particular; y ello tanto en frases breves y contundentes, como en tratados detallados; tanto en forma de cuestionario, como dialogal; o en discurso artístico como poema; y de tal forma que cada una de estas maneras de exposición sean idénticas, pero diferentes según las edades de vida, los sexos, las sociedades y los estamentos. Pero, en todo conocimiento, lo primeramente esencial es la intuición, es decir, la intuición de cualquier forma. Por ello, no se trata solamente de la exposición por medio del lenguaje, del sonido y de la escritura, sino, muy preferentemente, en las cosas espaciales y temporales de la reproducción sensible. Por tanto, la Alianza de la Humanidad vela por la exposición de la vida de la humanidad entera, en cuanto que aparece sensiblemente en la Tierra entera, en cuadros e ilustraciones fieles a la naturaleza, en obras de cualquier tipo de las artes plásticas y gráficas bellas, íntimas y armónicas. También son esenciales las exposiciones de alegorías y contraimágenes, pues, aunque estas solo tienen valor cuando el conocimiento no figurado e inmediato ya se ha instalado en el hombre, aún así fijan lo reconocido en el espíritu mediante la intuición de la similitud con otras cosas y le conceden un alegre despertar al reflejar la armonía total de las cosas en Dios. Todas estas representaciones de imágenes y
[517] contraimágenes han de exhibirse preferentemente en los santuarios de la Alianza, en un orden conveniente para la continua visión por parte de todos los miembros, pero también cada sociedad, cada familia y cada individuo han de rodearse de ellas de manera propiamente bella.

Así reconoce la Alianza de la Humanidad en continua investigación cómo ha vivido y vive la humanidad, y cómo ha de vivir ahora, lo que ha de hacer y formar. Si este conocimiento es intuible, entonces despierta por sí solo la buena voluntad y entusiasmo para tomar la sabia decisión y potencia la fuerza para ejecutar lo conocido. Pero el hombre tiene alta prelatura para

reforzar este entusiasmo con clara conciencia y poder propagarlo y potenciarlo en expresión social y bella en arte. Constituye, por ello, una parte esencial de la actividad de la Alianza de la humanidad expresar socialmente el entusiasmo por la dimensión humana y la humanidad: en el bello brotar del discurso, en la música, en las obras de la poesía, de la pintura, la arquitectura, el arte de la jardinería, en alegre, pero digna celebración de la danza y de la comida en comunidad, en un todo sabio y bello de costumbres verdaderamente humanas y actos consagrados, que desarrolla todo, convenientemente dispuesto según tiempo, lugar y fuerza, imitando en forma cíclica los periodos internos del espíritu, los tiempos de los periodos supremos de la vida de la Tierra, del año, de los meses y del día, formando *un* todo bello en arte acompasado en la Alianza de la Humanidad entera de la Tierra e incluso en cada uno de los santuarios de esta con belleza particular y dignidad. Así se le despliega a la Alianza *una* vida artística libremente sociable e íntimamente bella, que deviene, en consonancia con los periodos de la vida global en Dios, en cuanto esta humanidad sepa concebirla, y [518]
en armonía con la actuación global de la Alianza misma, *una* celebración que abarca a la vida de la humanidad entera, en la que el ánimo entero de la humanidad se desarrolla libremente en alegría y tristeza, en riguroso trabajo y libre sociabilidad, y se contempla a sí mismo a fin de que se despierte y potencie el entusiasmo por todo lo humano y sea entonado y unido por doquier para que se logre la eficiencia social.

En este entusiasmo por la vida de la humanidad claramente intuida y por todo lo humano individual, se forma ahora la voluntad social de la Alianza, según la cual se desarrolla después el reparto uniforme y armónico de la toda la actividad entre los miembros, en sabia consideración de tiempos, lugares y fuerzas. Todas las decisiones han de tomarse públicamente en el santuario de la Alianza y el trabajo ha de distribuirse en bella celebración. A esta honorable empresa se une la constante mirada examinadora sobre la actividad acabada y sobre el enlazamiento lleno de arte de la futura actividad a la precedente, así

como la rendición de cuentas que cada miembro, pero sobre todo los consagrados a la Alianza, deben continuamente a toda la comunidad.

Conocimos que la Alianza de la humanidad ha de velar como un ojo y una conciencia superior sobre todo lo humano individual, a fin de que la vida de la humanidad se desarrolle como *un* todo orgánico en la Tierra completado uniformemente en su interior. Por este motivo, la Alianza ha de exponer, periódicamente y de todas las maneras, las ideas de todos los
[519] asuntos humanos, su historia, y el reconocimiento de la historia para el pasado y el presente y, finalmente, también el plan de vida para el futuro fundado sobre ello, y acompañar el modo de vida de todo lo humano individual examinando, asesorando y ayudando en ello. Ha de evaluar todo lo individual que contiene el presente contrastándolo con la idea total de la humanidad, con su propia idea concluida en esta como su parte y con las ideas de sus partes colaterales, y, de este modo, exhibir a todas las partes individuales de la humanidad, a todas las edades de vida, a ambos sexos, a todos los estamentos profesionales y todas las asociaciones su destino entero para su libre contemplación desde el ánimo. Pues todas las actuaciones de la Alianza de la Humanidad solo son libres ocasiones y no perturban el desarrollo autónomo de lo humano individual por fuerza propia. La Alianza forma claro el conocimiento y despierta así de manera mediata solo la libre y pura voluntad para lo bueno fundada en clara intelección, semejante en ello a la fuerza total orgánica del cuerpo que penetra a todos sus órganos y miembros, formando, dirigiendo y manteniéndolo, sin inhibir o perturbar de ningún modo la libre vida autónoma y el movimiento de este.

Si, además, la Alianza ha de cumplir aquella elevada vocación de completar como fuerza total de la humanidad la vida de esta como una unidad orgánica, ha de establecer con todo lo individual humano una unidad de vida omniabarcante, uniforme y recíproca, que sea perfectamente conforme con las formas originarias de la virtud, la justicia, la vida de intercam-

bio y la belleza. La Alianza ha de estar continuamente presente en todas las sociedades humanas por medio de sus elegidos, y cada sociedad lo ha de estar recíprocamente en ella por medio de los suyos; y ha de dedicar a esta parte de su actuación una [520] sociabilidad bien ordenada según tiempo, lugar y fuerza, cuya descripción ulterior sobrepasa la medida de esta consideración.

Pero merece todavía mención una parte importante de la actividad de la Alianza: la formación que imparte a sus miembros en su ámbito. Ha de procurarles aquella educación e instrucción general y puramente humana por la que el hombre deviene verdadera y plenamente hombre; por la que alcanza la excelencia uniforme, armónica y verdaderamente orgánica de su ser completo, siendo la única sobre la que puede fundarse su excelencia individual, la alta formación originariamente propia del individuo y en partes individuales, el destino de la humanidad. Solo por medio de esta será posible que, finalmente, los hombres se unan en intimidad con la humanidad y, distribuidos armónicamente en el destino completo de esta, la perfeccionen como *un* todo de vida. Intuir la idea de la humanidad y del hombre individual y de lo eternamente esencial de la propia persona; avivar el impulso originario puramente moral, exponer lo eternamente esencial en la vida temporal de modo originariamente propio en sí mismo y mediante la colaboración armónica en personas superiores y en la humanidad entera; fomentar entusiasmo por el arte puramente humano de la vida y continua instrucción, práctica y sabia ayuda para ello: estos son los objetos principales de la formación que la Alianza de la Humanidad ha de llevar a la madurez en sus miembros. La mera contemplación del ejercicio artístico entusiasta y de la actividad entera de la Alianza, que ya se halla abierta a los niños, ofrece al hombre en su desarrollo [521] libres ocasiones para la autoformación puramente humana al hacer presente la humanidad a cada hombre en pensamiento, palabras y obras. Mas, si ha de alcanzarse este elevado fin de la formación, la Alianza ha de dedicar aun a esta educación y enseñanza puramente humanas especial diligencia artística.

En cada uno de sus santuarios se debe hallar una institución educativa autónoma, íntimamente ligada a la vida entera de la Alianza, en la que constantemente surge de nuevo de sí misma y en la que constantemente la humanidad se rejuvenece a sí misma como humanidad entera. Así como la Alianza de la Humanidad, como fuerza total de la humanidad, se comporta en relación con todas las cosas humanas individuales, así también se comporta la formación general humana, como educación y como enseñanza, en relación con la formación que imparte cada persona individual y cada unión social individual en su ámbito. La Alianza de la Formación como parte de la Alianza de la Humanidad es, por lo tanto, la parte suprema y omnivivificante de la Alianza de la Formación íntegra *una* cuyo organismo hemos descrito en su lugar de acuerdo con la uniformidad de nuestra consideración. Con todas las partes individuales de la Alianza de la Formación íntegra, sin embargo, se halla la Alianza de la Formación puramente humana en unión de vida orgánica.

Dado que, finalmente, la Alianza ha de formar, según las sociedades fundamentales individuales, según los lugares de residencia, según pueblos, ciudades, regiones de tribus, tierra de los pueblos y continentes, un todo orgánico, bien distribuido y unido en el globo terráqueo, así también han de vivificarse cada familia individual, cada comunidad local, cada sociedad
[522] de comunidades locales individuales, cada tribu, cada pueblo, cada humanidad de continente, hasta ascender a la humanidad de la Tierra entera, en la constitución descrita y según el mismo modelo de la Alianza en su totalidad. Cada actividad individual ha de hallarse unida, según el ideal de *un* organismo, con toda otra y con la Alianza entera, a una vida de intercambio íntima. Pues cada parte individual de la Alianza ha de comportarse en su vida entera como miembro y órgano de *un* cuerpo en relación con la Alianza entera. Por ello, todas las comunidades parciales han de ordenar su actividad entera según el plan de vida del todo que les ha sido comunicado por la Alianza total, han de comunicar en la historia su actividad recíprocamente entre

ellas, y todas a la Alianza, y han de hallarse abiertas todas para recibir la libre visita de todos sus miembros, sin que guarden ningún secreto entre ellas, sin excepción, permaneciendo activas al unirse en obras comunes en plena socialidad. Las visitas mutuas periódicas y la constante presencia de consejeros mutuos, la información regular de partes individuales de la Alianza entre ellas y cada parte con el todo, y un periódico general de la Alianza de la vida de la humanidad formado por los periódicos particulares de la Alianza de la vida de la humanidad y dirigido a todos los miembros: todo ello aviva y mantiene el trato libre, global societario, interno y la unión de fuerzas de la Alianza de la Humanidad en su totalidad.

En estas partes principales se constituye la vida entera de la Alianza que ha de desarrollarse bien ordenada, uniforme, armónica, libre y bella en la Tierra. El trabajo y la vida artística se hallan ordenados según tiempo, lugar, fuerza y personas, de tal [523]
modo que, interactuando todo de modo íntimo, pacífico, amoroso y bello, puedan, al ojo que vislumbre el todo, aparecerle todos los hombres como *un* hombre completo y armónico. Esta vida de la Alianza abarca a todas las personas y sociedades de la humanidad y, por ello, ha de tener su lugar consagrado en la vida doméstica de cada hombre individual, de cada familia y cada amistad, en los lugares de congregación de cada sociedad operativa y autooperativa: pero, precisamente por ello, también ha de elegirse en el centro neurálgico de cada lugar de residencia, en cada población, en cada ciudad, en la ciudad principal de cada pueblo, en cada unión de pueblos, en cada continente y en la Tierra entera, un lugar consagrado exclusivamente a la vida de la Alianza de la Humanidad, en el cual se congregan los hombres puramente como hombres para la vida total como *una* humanidad, como santuario de la humanidad. Ha da comprender una casa que se erija con dignidad en el centro de toda la instalación, con un patio amplio y libre, rodeada de un bello jardín, que anuncie la dignidad de la naturaleza y de la humanidad, con accesos uniformes, bien ordenados y libres desde todos los lados. Estos santuarios han de equiparse según

la dimensión de las comunidades y según su carácter rural o urbano, local, tribal o del pueblo. Aunque todos se forman según *un* modelo en lo esencial, tienen, aun así, toda la diversidad de los destinos individuales y de la medida de su dimensión, a fin de que también se manifieste en ello el amor y el sentido artístico de los hombres con libertad y particularidad
[524] originarias. Lo fundamentalmente esencial de un santuario de la Alianza de la Humanidad es tan sencillo que puede expresarse incluso a cielo raso, sin ninguna complicación añadida, simplemente por la posición de la comunidad según lo que le es primeramente esencial. Por ello se puede asegurar que ese santuario es ya viable desde los albores de la Alianza de la Humanidad, en las condiciones más limitadas, sin que deje de reconocerse el mismo modelo en el máximo esplendor y belleza de aquel santuario que acoge en sí la vida de la Alianza madura de la Tierra entera. Así como, finalmente, la vida entera de esta se halla justa y abierta, también cada uno de sus santuarios se halla abierto a su comunidad entera día y noche, y nada en él ocurre de forma secreta, exceptuando aquello que se refiera a la vida individual de cada hombre como tal. Cada uno ha de ser libre para visitar el santuario de su lugar, según el impulso de su espíritu y su corazón, para la contemplación voluntaria. Pero también en la libre sociabilidad que regresa en curso circular, se unen en él todos los miembros de la Alianza para la actividad bien ordenada; y en él han de congregarse sin cesar los consagrados a la Alianza trabajando en comunidad y accesibles para todos. Pero aquí hablo de la humanidad completada, tal y como sea y viva cuando haya crecido y alcanzado aquella madurez completa y desarrollo uniforme de todos sus miembros y fuerzas, que glorifica el culmen de su vida. Así como cada ser orgánico requiere un tiempo medido según su plenitud de vida para alcanzar la madurez, así también la humanidad requiere, como el ser más íntimo con Dios y más lleno de vida que hay en la Tierra, el tiempo más largo. Tampoco su crecimiento progresivo es solo obra suya propia, sino
[525] que es a la vez la obra de la influencia amorosa y formativa de

Dios, de la naturaleza y de los todos superiores de la humanidad en el universo. Solo cuando la humanidad de la Tierra haya desarrollado por completo su vida, esta se encontrará en pacífica consonancia con su constricción del mundo; y cuando se haya unido con Dios, la razón, la naturaleza y los todos superiores de la humanidad en intimidad con todo ser, solo entonces podrá florecer la Alianza de la Humanidad conforme al ideal de su madurez que aquí hemos descrito. Entonces será también cuando la humanidad se exhibirá, en sí misma verdaderamente *una* y completa, a Dios, la razón, la naturaleza y los todos superiores de la humanidad, cada vez con mayor belleza y más digna de su amor superior y de la unión de vida en creciente intimidad con ellos. Sin embargo, el modo en que la Alianza de la Humanidad sea equipada desde su primer surgir para ser digna de su ideal y de las leyes por las que pueda ser llevada escalonadamente hacia su perfeccionamiento superior requiere consideración aparte. Aquí solo podemos mostrar el aval de su brotar en la vida de los hombres individuales y de sus asociaciones.

Dado que cada hombre individual porta en sí todo lo generalmente esencial de la humanidad a su propio modo, también podrá elevarse autónomamente hacia la humanidad, perfeccionarse a sí mismo autónomamente en el espíritu de la humanidad e influir en todos los hombres y todos los seres que tocan su vida y abarcar amorosamente en espíritu y ánimo a la humanidad de la Tierra y del universo. De este modo, cada hombre que alcanza la conciencia de lo que tiene de esencial propio es un germen vivo de la Alianza de la Humanidad. Es capaz de dibujar el ideal de esta y vivir libremente según sus doctrinas [526]
y leyes, independientemente de cómo sea su entorno. Lo mismo es válido para las familias, en cuanto que forman un todo social. En su interior brotan ya los primeros inicios sociales incluso de esta alianza, al igual que de todos los demás asuntos humanos. Así también es la actividad puramente humana de la Alianza de la Humanidad, que describimos anteriormente, un libre ámbito de actuación originalmente particular para toda

amistad. De este modo se halla preparado y asegurado el surgir de la Alianza de la Humanidad en cualquier lugar de residencia celeste. Solo a partir de ahí es posible la actuación social conjunta de una localidad entera, como una parte de la Alianza que abarca al lugar de residencia celeste íntegro, bajo el carácter de libre sociabilidad puramente humana, a fin de que entonces se propague sobre tribus, pueblos y humanidades de continentes enteros y, finalmente, sobre el lugar de residencia en el cosmos entero. Y aunque en un cuerpo celeste no se halle aún fundada una Alianza de la Humanidad que lo abarque íntegramente, a pesar de ello, cada individuo, cada familia, cada localidad y cada sociedad fundamental superior puede elevarse para intuir el ejemplo de la Alianza omniabarcante y adoptar el propósito de colaborar en su lugar según la medida de sus fuerzas para que en el futuro se haga realidad, y vivir del modo en que esa Alianza, si fuera real, les instaría a vivir.

Todo lo vivo de la misma especie es capaz, aunque coincida en lo esencial, de infinita configuración originariamente particular, y así también ocurre con la Alianza de la Humanidad. Ya la vida humana general de cada hombre individual
[527] se forma de modo originariamente particular según su ideal personal que le es propio; más aún la actividad similar de cada familia y cada amistad. En cada localidad, cada tribu y en cada sociedad fundamental superior, la Alianza de la Humanidad gana tanto en volumen y riqueza de las fuerzas como en particularidad originaria. La Alianza de la Humanidad de cada pueblo ha de ser por ello coincidente en lo esencial con la de cualquier otro pueblo, un fiel reflejo de la particularidad originaria de este pueblo, de su espíritu y carácter, al igual que de su vida natural que le rodea; y la alianza superior de uniones de pueblos enteras, hasta ascender a la Alianza de la Humanidad del cuerpo celeste entero, ha de acoger en su seno a todas estas alianzas singulares libremente como sus partes orgánicas con toda su particularidad originaria, a fin de que ella misma glorifique a esta de modo particular en su vida entera. Los mismos límites de la demarcación que engloban a las personas

fundamentales de la humanidad, determinan también a la Alianza de la Humanidad. Pero cuando considerábamos a las sociedades fundamentales, intuimos por encima de la humanidad de una Tierra uniones sociales de vida de las humanidades de varias Tierras, incluso de sistemas solares enteros y todos superiores de soles, hasta ascender a la humanidad *una* del universo. En esta intuición vemos aquí también a la Alianza de la Humanidad como *una* eterna obra social de la humanidad global, y reconocemos que, en el todo del mundo, por medio de la participación de Dios, es eternamente igual a sí misma, completada en cada momento, como la humanidad global misma, de forma originariamente particular. La naturaleza forma y mantiene a nuestra Tierra y a sus hermanas, como partes [528] orgánicas de este sistema solar, en número y particularidad, y unidas esencialmente en toda su vida: y una unidad de vida similar en un organismo similar enlaza, como intuimos, también las sociedades individuales del reino de los espíritus, que corresponden a este sistema solar en el organismo interno de la razón y están destinadas, con la naturaleza como hombres y unidas por Dios, a reconocer en este sistema solar la naturaleza, amarla y glorificarla artísticamente. Pero, independientemente de cómo le parezca a cada uno, es la voz de Dios, de la razón, de la naturaleza y de la humanidad la que le ordena en su pecho vivir en su lugar en el espíritu de la humanidad y hasta donde alcance el ámbito de su actuación, que abrace en obras a todos los hombres, como un solo hombre, en puro amor y se una con ellos para la actividad puramente humana en un ámbito tan amplio como le sea concedido por Dios.

La idea de la humanidad como *un* todo orgánico es lo que también ahora han de reconocer los hombres en esta Tierra y han de aspirar a hacer realidad en un sentido superior. Esto ya lo profesamos anteriormente, cuando iniciamos nuestra consideración. Sobre esta verdad histórica se funda también la llamada para exponer esta eterna idea, en la medida en que la vislumbramos, a la humanidad de la que participamos los congéneres. Pero en la idea de la humanidad se reconoce,

como suprema parte principal de toda aspiración solitaria y sociable de los hombres, la vida pura en el espíritu de la humanidad, y se halla la idea de la Alianza de la Humanidad, sin la cual no podrá nunca y en ningún lugar hacerse realidad la idea entera de la humanidad. En eso se basa la esperanza de [529] que tampoco esta exposición sea en vano. Los hombres más nobles de los tiempos actuales y del futuro concebirán la idea de la Alianza de la Humanidad con clara comprensión y aspirarán a ejecutarla con amor puro y bondad y de modo social en su propia vida: y así se fundará la Alianza de la Humanidad primero en el santuario de los corazones puros, para elevarse después a las familias y amistades, abarcando desde allí localidades enteras, pueblos y continentes, y pasados miles de años, alcanzará a la humanidad como *una* familia de Dios en paz y amor, en alegría y belleza, al agrado de Dios.

Desde el templo de la virtud, de la justicia, del amor y de la belleza alcanzamos la estructura de la sociabilidad humana. Guiados por la idea originaria de Dios y de la humanidad hemos recorrido todos sus trazados y la hemos considerado en todas sus partes. La observación de cada una de sus partes subordinadas nos hizo regresar a la unidad de la humanidad y de todas las cosas en Dios, en la que habíamos iniciado y conformado nuestra consideración entera, y en la que ya anteriormente percibimos la llamada general según la cual también los hombres de esta Tierra estaban destinados a congregarse en *una* humanidad. Bien es cierto que aquí no hemos podido exponer todos los miembros asociativos de la sociabilidad humana ni tampoco todas las relaciones interactivas de estos, dado que nos limitamos a las partes individuales y a las uniones de dos segmentos, dejando de considerar empero todas las uniones con multiples segmentos que se hacen realidad en la madurez de la vida de la humanidad. Sin embargo, hemos considerado íntegra y uniformemente las partes principales y [530] sus uniones, y lo que falta aún solo es desarrollo adicional y configuración interna de lo que aquí hemos expresado, con lo que se abre ese organismo maravillosamente bello cada vez

con más intimidad a aquel que profundice en esta consideración. Después de haber reconocido la sociabilidad de la humanidad en todo su interior, consideramos también el miembro supremo de esta, la Alianza de la Humanidad, que representa su eterna unidad en los hombres unidos en una sola persona. Aunque esta alianza es la vida total de la humanidad como tal, se opone aun así, precisamente por ello, como individuo a todo lo individual interno de la humanidad, en cuanto que humanidad consciente de su vida total en sus hombres individuales y que actúa como vida total sobre todo lo que hay de individual en su interior. Sin embargo, la vida de la humanidad abarca su vida, en la que vive en tanto que totalidad; y, a continuación, cada una de sus vidas parciales internas como tales y, finalmente, también la armonía de su vida total en la Alianza de la Humanidad con cada una de sus vidas parciales internas. Ahora que abarcamos con la mirada todas las partes internas en su esencialidad y en sus relaciones interactivas, se nos concede, contemplando la vida de la humanidad como *un* todo en su organización interna íntegra, englobar todo lo individual, que ya reconocimos, en esta unidad suprema, en la que la humanidad aparece como la semejanza más perfecta de Dios, que incluye las armonías de todos los seres y se halla inmediatamente subordinada como *un* todo supremo a la vida *una* de Dios y al reino *uno* de Dios. Para esta contemplación, todo lo previo es preparatorio, y lo que se ha probado en cada uno de sus aspectos individuales merece resumirse ahora en [531]
una consideración superior en su todo supremo y expresarse de forma general.

Quisimos describir el ideal de la humanidad en la contemplación de su eterna unidad originariamente esencial en todas sus partes internas: con la comprensión de la Alianza de la Humanidad hemos concluido por lo tanto esta nuestra consideración. Pero contemplar ahora la humanidad como *un* todo en su ser y vida es ahora nuestra próxima y, en este ámbito, suprema tarea, a cuya resolución invitamos amablemente al lector. A fin de preparar ahora esta contemplación superior y

mostrar por adelantado la base sobre la que fundaremos dicha contemplación superior, queremos concluir la actual, enlazándola con aquella superior, recordando las leyes fundamentales según las cuales se ordena el organismo de la ciencia, y, a la vez, prefigurar en su esbozo, según estas mismas leyes, el organismo de la doctrina de la humanidad, cuya parte constituye tanto lo que hemos reconocido hasta ahora, como también aquello superior que pretendemos exponer todavía. Pero para que podamos contemplar con serena claridad este ámbito especial de la ciencia, es preciso que preparemos espíritu y ánimo dirigiendo una mirada atisbadora sobre las leyes originarias de todo ser y vida en Dios, en la medida en que el ojo humano pueda percibirlo.

Porque las leyes según las cuales es y vive la humanidad global en el universo y, en la esfera determinada finita, la humanidad de cada lugar de residencia en el universo, son las leyes del ser *uno* y de la vida global *una* de Dios mismo, solo [532] más especificadas y limitadas según lo esencial propio de la humanidad en general y según cada una de sus esferas de vida limitadas en especial: por ello, una doctrina de la vida de la humanidad científica general presupone la contemplación científica de las leyes de vida eternas de Dios, y solo puede formarse como parte interna singular de las mismas. La doctrina general de las leyes originarias de la vida global en Dios es parte de la ciencia originaria, en cuanto ciencia de Dios: esta es, por lo tanto, esencial como base de la ciencia de la humanidad, la doctrina de la humanidad. Aquí, donde no pretendíamos describir el organismo global de la ciencia misma, nos contentamos con iniciar nuestra consideración alzando la mirada a Dios y dirigir nuestro vislumbrar hacia las eternas verdades fundamentales de todo ser y vida en Él. Incluso aquí, donde nuestra mirada se halla ya ampliada y reforzada, perseverando en la conformación de nuestras anteriores contemplaciones de Dios, solo podemos considerar en lo general las eternas formas fundamentales del ser y de la vida de todas las cosas, en la medida en que es necesario para aplicarlas al organismo de

la humanidad, para que lo podamos reconocer con la misma claridad como todo y en sus partes.

La pura intuición de lo esencial, es decir, de la esencialidad, tanto originalmente de Dios, como de todo ser finito, antes y por encima de tiempo y espacio y de cualquier oposición interna, es la esencial, la más sencilla y primera de todas las intuiciones, en cuanto contenido originario. Sin embargo, lo esencial no puede intuirse sin intuir la igualdad y la integridad, y es únicamente la pura esencialidad eterna la que el espíritu [533] tiene en mente en cada conocimiento, al menos en su alborear, incluso cuando pretende luchar contra ello o rechazarlo. Dado que lo esencial está ulteriormente determinado en Dios y es semejante a Él en cada ser, y aborda por ello varias esferas individuales de lo esencial, puede entonces, en oposición a lo esencial individual interno, denominarse lo esencial íntegro, lo originaria o primeramente esencial, y en oposición a lo esencial de la vida temporal puede denominarse lo eternamente esencial. De ahí que, si se pretende reconocer a cualquier ser, hay que hacerlo en primer lugar en su esencia originaria sencilla y eterna; y cuando se pretende reconocer a un ser finito, entonces lo originariamente esencial de este es igualmente finito, como algo esencial parcial ulteriormente limitado en lo originariamente esencial de Dios, y, a la vez, lo originariamente esencial propio según el cual el ser finito que ha de reconocerse, existe como todo originario y como algo idéntico en sí mismo en su especie.

Entonces, en el reconocimiento de la esencialidad originaria, integridad y semejanza a sí mismo de cada ser, se constituye, a través de nueva actuación del espíritu, la contemplación de las partes internas que le son esenciales, lo propiamente esencial de cada una de estas y sus relaciones entre ellas y con el todo. Las partes aparecen como lo plural interno, como la desigualdad interna y esencialidad parcial de cada ser: las formas originarias de la esencialidad parcial, de la desigualdad propia y de la esencialidad parcial emergen unas con otras. La pluralidad presupone contraposición en lo esencial, es decir,

la determinación opuesta de lo esencial originario, en tanto [534] que totalidad, en lo que se halla contenida la pluralidad como la forma de sus partes. Pero la contraposicionalidad consiste en que en lo idéntico originariamente esencial se halla dispuesto al mismo tiempo lo idéntico y lo desigual; lo que solamente es eterno al tener las partes en el interior del todo un límite común. Es decir, que a la contemplación de la contraposición se añade la contemplación de la limitación compartida.

Ahora bien, acerca de estas formas originarias se le muestran al investigador científico los siguientes principios como verdaderos. El límite, así como la oposición, según la cual el todo contiene sus partes, no se hallan en contacto con el todo, sino dentro de él y en todas sus partes que las demarcan en él como seres propios. Las partes están en el todo, no fuera del todo. Es cierto que en su límite se hallan separadas o divididas en su esencia del todo como un todo y en sí, pero no se hallan desconectadas o arrancadas ni del todo ni entre ellas; y el todo se divide en su interior en ellas, pero no se separa. Las partes son mismamente el todo y esenciales al todo, complementándolo solo en la medida en que el todo es sus partes internas y las contiene en sí; pero el todo no es solamente sus partes, sino que también es en cuanto aquello por encima de sus partes y donde se encuentran. Es por encima y anterior a sus partes, opuesto a ellas, y en este sentido más y superior que todas ellas en su todo. Las partes mismas se hallan esencialmente opuestas en el todo, pero no dispersas, no disueltas. Su oposición solo es originaria dentro de, en y por medio de su semejanza originaria. Todas las partes son, con su esencia pri-
[535] mera común, iguales al todo y entre sí, pero el fundamento de su oposición es contenido en su mismidad en lo primeramente esencial de su todo superior. Un espíritu que sepa elevarse por encima de espacio y tiempo y de sus relaciones con las cosas, sabrá reconocer la verdad. Dado que todas las partes de este todo existen con su esencia originaria, en la medida en que en el todo y con este sean semejantes, en y con el otro, no fuera y sin el otro, en una unidad originaria eterna anterior y por enci-

ma del tiempo y del espacio. Solo con aquello que es en cada una de ellas en cuanto partes lo esencial propio son las partes originarias de cada todo fuera de ellas, pero no fuera del todo. Solo en la unidad originaria de los seres en *un* Ser originario se resuelve el enigma de sus opuestos y de su autonomía, y de su unión interactiva como opuestos.

La parte es, además, limitada en el todo, pero su autonomía es eterna, es decir, que existe anterior a y en todo tiempo; pues solo así es la parte semejante al todo. Por su condición de ser limitada, la parte se opone al todo y es desigual con él, como un todo, pero, dentro de su límite, es igual al todo, es decir, semejante. Por esta razón, ser finito no es ser malo, ser pequeño no es ser contingente, sino que es ser esencial en un límite determinado, cuyo límite mismo es esencial en el todo en el que existe lo finito como parte de este. Fundado sobre ello, se forma, después de haber reconocido también lo esencial de los límites eternos del espacio, del tiempo y del movimiento, el siguiente conocimiento: que también la separación espacial, incluso cuando hay algo desigual en medio, no separa las co- [536]
sas entre sí según lo primeramente esencial, no según el ser y la fuerza; que existe una unidad de lo esencial y de la fuerza, como de lo que permanece en el tiempo global, por encima y en todo cambio temporal, que hace posible toda acción conjunta e interacción temporal.

Las partes originarias opuestas de cada todo son entre sí iguales, en lo que comparten de esencial, como parte del mismo todo, dado que en este todo tienen un límite común. Sin embargo, son diferentes en lo que se oponen como seres igualmente esenciales, igualmente autónomos y coordinados entre sí. Su igualdad originaria en el todo funda su comunidad en el interior del todo superior del que son como partes de este. Pero, semejante al todo superior, expresan su semejanza interna también porque, dado que son unidas en lo que tienen de esencial, también como partes opuestas, sin renunciar a su carácter de oposición y con ello su existencia como estos seres parciales, y porque, además, el todo las une, como unidas

entre sí, consigo mismo como superior. La igualdad en la oposición interna y la unidad plural son, por lo tanto, las eternas formas internas de todo ser. La observación del cuerpo humano, sus miembros, fuerzas y sistemas, pueden explicar a todo hombre la verdad de estos conceptos, pero solo en la intuición originaria del Ser originario podemos reconocer su necesidad. Por ello, si hemos de reconocer un ser en su interior, han de reconocerse en primer lugar los seres parciales opuestos en él,
[537] cada uno en lo que tiene de esencial particular; a continuación, todos en su comunión con el todo y entre sí; finalmente, en su comunión de ser con el todo y entre sí. Todo ser se exhibe al formador de ciencia como uno, plural y pluriunitario; como un todo, como sus partes internas y como todo en unión; como similar, como diferente y semejante en su diversidad interna. Al Ser originario le corresponden estas formas originarias de modo esencial en su totalidad o infinito, pero a cada ser parcial en él solo le corresponden parcialmente, solo en su esfera limitada, es decir de modo finito. Y por ello se halla también determinada la estructura de la ciencia en su totalidad, y cada una de sus partes internas según su contenido o lo conocido, e incluso su forma; es decir, la ciencia misma aparece y se forma como unidad, pluralidad y unidad plural, conforme a la eterna estructura esencial en Dios mismo. Únicamente conforme a este ejemplo puede surgir la doctrina de la humanidad.

La unidad originariamente esencial y eterna del todo y de sus partes, la relación originaria de la existencia eterna misma, es la de la causa y de lo causado, o el ente en la causa y por medio de ella, es decir, la relación de la causalidad. En su origen, el todo mismo se halla con cada una de sus partes, siendo estas pensadas de forma separada y unida, en la relación de causalidad, en la cual las partes son dependientes del todo, pero no en cambio el todo con las partes; pero entonces también son pensadas en la relación de causalidad las partes entre sí, como seres semejantes al todo, en cuanto que ya existen en su todo por la eterna causa y como opuestas entre ellas. Es decir,
[538] que la condición de causado corresponde a cada parte y la

causación a cada todo como tal. El Ser originario, en tanto que todo originario, es, a la vez la causa *una*, y porque no es, a su vez, parte de otro todo, no ha sido causado por algo. Pero cada ser parcial en él se halla en este sentido únicamente causado u ocasionado en el todo originario, y tiene el fundamento íntegro y único de lo que tiene de esencial en el Ser originario. Solo en su interior, en su esfera limitada, en cuanto que es un todo de su especie, es mismamente causa finita de sus partes internas. La relación de su causalidad es una relación eterna e independiente de tiempo y espacio; se refiere en su origen a lo eternamente esencial de las cosas y solo después a su vida, a su existencia en espacio, tiempo y movimiento: pues espacio, tiempo, movimiento y vida son mismamente causados por Dios y son mismamente efectos eternos de la causa eterna. Sin haber reconocido la relación de la causalidad como eterna es imposible comprender o reconocer la relación de la causalidad temporal. En cuanto que la parte en el todo se halla opuesta a este, aparece como causada por el todo, y esa misma parte, considerada *como* todo, aparece separada; pero, a pesar de ello, en el todo, porque es parte del todo mismo. Lo ocasionado nunca coincide con el todo, sino que se halla eternamente subordinado a él y depende de él, aunque se halle en el todo. Sin embargo, en la relación de la causalidad recíproca o interacción intervienen dos o más seres, los cuales, separados, son autónomos, de modo que ambos o todos se comportan, actuando y sufriendo, con libre actuación de su influjo acogiendo y respondiendo. [539]
En la relación de la causalidad descendente, el influjo se halla dentro de la causa, pero en la de la interacción se halla fuera de la causa, en cuanto que los seres en interacción son autónomos. En la causalidad interactiva los seres mantienen su unidad originariamente esencial y semejanza en el Ser originario y con él. Es decir, que la causalidad interactiva misma es originada dentro de la causalidad eterna; es una relación subordinada, fundada sobre la comunión eterna de todas las cosas en el Ser originario y contiene en lo supremo la interacción del todo y de sus partes, la de las partes del mismo todo entre sí, y la

de las partes unidas y de su todo. Los seres opuestos en la relación eterna de la causa y la dependencia y en la relación subordinada de la interacción, lo actuante y aquello en lo que la actuación del primero produce efecto, no se hallan por ello separados en su eterno ser y existencia, sino que todo se halla en el Ser originario como la causa eterna.

El Ser originario mismo y todo en él se halla con lo que tiene de originariamente esencial, como anterior y por encima de todo tiempo, es un todo y eterno. En el Ser originario mismo, como el todo, no hay cambio, su existencia es infinita. Pero todo ser finito se halla, como un todo, dentro de un límite determinado, y en lo que tiene de esencial hay eternamente ciertas determinaciones, las cuales, aunque igual de esenciales para él, se excluyen esencialmente, por lo que no pueden estar en el mismo ser a la vez, a pesar de que solo unidas pueden
[540] ser su esencia íntegra. Es decir, que el ser finito desarrolla como fuerza originaria de su esfera en sí mismo, con la colaboración de sus seres superiores y cohabitantes, toda la plenitud de estas determinaciones opuestas e igualmente esenciales, sucesivamente en perpetua secuencia; vive para ser su esencia íntegra. Pero la pura forma de la vida es el tiempo, como la forma del ser sucesivo de determinaciones opuestas esenciales de los seres. Aquí se nos exponen las verdades supremas sobre la vida y sobre el tiempo, que ya reconocimos anteriormente en nuestra consideración. Solo hay *una* vida en Dios, y como en Dios son todos los seres, también es en la vida de Dios la vida de todos los seres. La vida en sí misma es eterna y eternamente igual: pues la vida, y el tiempo como la forma pura de esta, es eternamente causada en Dios. Así como Dios es eternamente igual a sí mismo, también lo es su vida, esto es, Dios mismo como vida. Solo el tiempo global o total, que nunca ha empezado y nunca terminará en el tiempo, contiene por ello la vida entera de Dios; pero también en cada tiempo parcial la vida de Dios es igual a sí misma, aunque originariamente particular. La esencia originaria de Dios y la esencia originaria de cada ser en Él, en cuanto que es inmutable, es lo

que permanece en todo tiempo; y el orden según el cual las determinaciones opuestas, como *una* configuración junta a Él y dentro de Él se suceden en el tiempo, es causado eternamente en Dios. Lo generalmente esencial en la vivificación o la configuración es la ley de vida. Por ello, es *una* ley de la vida en Dios, y toda ley de la vida subordinada es semejante a ella en un límite determinado. La vida *una* tiene *una* ley originaria a la que obedece toda su vida parcial; pero precisamente según esa ley originaria *una*, toda vida es particular en cada parte del [541]
tiempo. Sin embargo, la particularidad de cada parte del tiempo no surge de la legalidad, sino del impulso originario del ser vivo mismo por medio de su causalidad temporal. Y de ahí se reconocen también las oposiciones de lo eterno, de lo temporal y de lo eterno-temporal, que avistamos ya anteriormente en su esencia fundamental.

Además, en lo eterno, todo es íntegro y simultáneo, pero en lo temporal solo es parcial y sucesivo, aunque no separado ni aislado. Es decir, que en lo eterno no hay oposición de lo necesario, real y posible, oposición que solo se halla en lo temporal y en su relación con lo eterno. Pues lo temporal es real, en cuanto es en general en un tiempo determinado; y es posible, en cuanto que es en un tiempo determinado como consecuencia de condiciones causales determinadas; y, finalmente, es necesario, en cuanto que estas condiciones causales son unas con la eterna esencia originaria del ser vivo. Bien es cierto que el ser real, el ser posible y el ser necesario son en sí también diferentes, pero a la vez en cada parte temporal en cada ser vivo. Solo en el conocer del espíritu, en cuanto que es aún incompleto, surgen por separado la posibilidad o la realidad con la posibilidad; pero la necesidad contiene incluso en el conocer el ser posible y el ser real. Sin embargo, los tres se fundamentan en sí y en el conocimiento y contienen en la eterna esencialidad originaria todo ser vivo mismo. Todo ser, como originariamente esencial, tiene afán desde *un* impulso originario, y actúa como *una* fuerza originaria de su especie [542]
para configurar como *una* vida toda su eterna esencia en lo

que tiene de permanente en el tiempo, es en sí mismo, como lo que perpetuamente ha de configurarse, su finalidad o destino, y determina perpetuamente toda su expresión de fuerza, de tal modo que esta finalidad sea alcanzada completamente y en todas sus partes para que se complete íntegramente su vida. Así deviene para sí mismo causa final: pues su causalidad temporal íntegra se dirige a sí mismo, como a su finalidad, es decir, que es causal final. La finalidad de un ser es, por ende, el todo de la existencia temporal misma en su plenitud, pensado desde el primer brote hasta la plena madurez. Es la vida misma en cuanto que ha de producirse en lo permanente con la fuerza originaria del ser vivo en todo tiempo. El fundamento para ser finalidad a sí mismo existe eternamente en la esencia originaria de todo ser; y la finalidad es en sí misma eterno efecto del ser como eterna causa. El ser vivo determina por ello, como esencia originaria, antes de y sobre todo tiempo, su actuar temporal íntegro conforme a toda su esencia, tal y como ha de expresarse en el tiempo global. Se determina en toda parte temporal a sí mismo, conforme a su pasado íntegro y su futuro íntegro, como el presente *uno* en el que ha de devenir real su vida. Así como toda la finalidad de la vida es una esencia y tiene dignidad en sí misma, así también se halla eternamente originada toda parte esencial de esta en la finalidad entera de la vida y es en sí misma esencial. Pero dado que todas las partes de la finalidad de vida *una* se comportan, entre sí y con el todo, según las eternas leyes de un organismo,
[543] son en este sentido para el otro unión interactiva de su existencia en el tiempo: lo uno es para que sea lo otro, y todo lo individual es para que sea el todo. Por ello, cada ser se orienta en su impulso originario hacia la finalidad entera de la vida, y precisamente por ello hacia todas las partes individuales de esta y, en primer lugar, como hacia las partes sustanciales y autodignas de la finalidad total, pero también, a la vez, porque son condiciones recíprocas de su existencia y de la consecución de la finalidad total, es decir, porque y en la medida en que son medios. Cada parte interna de sí mismo y de su vida,

y todos los seres que se hallan con el ser vivo en comunión e interacción, en su ser y vida, son en sí mismos esenciales, pero también a la vez condiciones recíprocas para su configuración de vida, y son a sí mismos medio para cualquier fin. Sin embargo, según el eterno orden de las cosas, existen en primer lugar en sí mismos, por sí mismos, y, a continuación, también como medio, en cuanto que se lo permita y requiera su fin en sí mismo y la armonía de toda vida parcial en la vida *una* de Dios. Dado que solo hay *un* Ser originario y en Él solo *una* vida, es esta a sí misma eternamente el fin originario *uno*, y toda causalidad final es en ella *una*. Sin embargo, en su fin de vida originaria se hallan contenidos los fines de la vida de todos sus seres internos, como partes subordinadas. Estas se asemejan al todo y son en sí mismas esenciales y dignas, pero se comportan, a la vez, esencialmente como medio para la finalidad *una* de la vida originaria del Ser originario. Por ello, ningún ser es y vive solamente o en primer lugar como medio para otro, es decir, solamente como algo útil, pero es en la armonía de todas las cosas en Dios a la vez medio y es útil para toda vida externa con la que interactúa; y aquí se ve claramente lo que [544]
ya expresamos anteriormente acerca del valor originario de lo útil en el arte útil. Al tratar de alcanzar en su impulso originario perpetuamente y como autofuerza el fin o el destino de su vida, cada ser es semejante al Ser originario mismo, incluso en la esfera limitada. Esto le es ejemplo para su vida entera y, a la vez, el fin supremo, a la que subordina su vida como finalidad parcial y trata de formarla según esta. El fin de toda actuación espiritual es la vida misma, es a cada ser su bien originario según el cual se orienta en todo tiempo; pero Dios, como el Ser originario, es el bien originario de todos los seres, al que trata de seguir todo ser como parte esencial, aunque finita, en su bien originario particular. Solo Dios es a sí mismo su bien supremo; pero cada ser en Él es a sí mismo su bien originario, aunque solo subordinado a la vida de Dios como el bien supremo *uno* para todos los seres finitos. Todo ser es bueno, en cuanto se dirige en puro impulso originario a sí mismo, como

a su propio bien, como parte subordinada del bien supremo. Sin embargo, solo Dios es originariamente bueno, es decir, en su esencia originaria entera y eternamente buena; y todo ser finito lo es solo de modo finito en su esfera de vida limitada, cuando imita con fuerza propia la bondad originaria de Dios como su imagen modelo. Así sabemos, por lo tanto, reconocer la actuación en el tiempo, dirigida a la causa final, de todos los seres en su unidad con la eterna causalidad y con la eficacia eterna *una* dirigida a la causalidad final en la actuación de Dios, y, en esta comprensión, intuir las leyes supremas de la autoperfección interna de la vida, que en el hombre es llamada
[545] la perfección moral, y, en cuanto el hombre que actúa orienta su vida hacia ella, es su virtud.

En esta comprensión de la unidad de vida de Dios y de todos los seres finitos en Él reconocimos, próximos a la bondad interna o pura perfección autoregulada interna de todo ser, también el derecho, la intimidad, la vida de intercambio y la belleza como formas originarias eternas de toda vida, que contienen un organismo de formas subordinadas eternas cuya exposición nos impide la justa medida de este escrito. Las leyes del eterno ser son también las leyes de la vida en el tiempo. La unidad, pluralidad y unidad plural, la semejanza, diversidad y la armonía de estas, la causalidad descendente e interactiva que reconocimos como formas originarias de la esencia originaria, son también las formas originarias de toda vida. Y así como estas formas originarias, pensadas infinitamente, han sido reconocidas como esenciales al Ser originario mismamente en su interior, son válidas en el organismo global de todas las cosas finitas en Dios, para el ser y la vida, y se muestran como las leyes de su subordinación y coordinación eternas y temporales en su ser y vida autónomos, así como en su unión interactiva. A estos conocimientos se añade, en la ciencia originaria, un todo orgánico de doctrinas en el que se reconocen intuitivamente la eterna perfección y el ciclo eterno-temporal de la vida *una* y de toda vida parcial en ella, la ley originaria del nacer y del fallecer como manifestaciones internas de la vida global, el

origen y el límite de la constricción del mundo, del infortunio y de la fortuna, del mal, de la enfermedad, la malformación y la [546] carencia, del pecado, de la purificación y sanación, en lo que Dios como el único todo santo y originariamente bueno, como el eterno amor y el eternamente justo, pero su vida en Él como *una*, como perpetuamente completa y en toda parte de tiempo con belleza originariamente propia, en cuanto el hombre sea receptivo para estas intuiciones en su límite de ser. Pero aquí debemos dejar que el lector sensato profundice por sí mismo en estas supremas intuiciones científicas.

Mas en la medida en que ha sucedido, he tenido que indicar las formas fundamentales y leyes originarias del ser y de la vida, para que pudiera revelarse sobre qué fundamento se basaba también y debía erigirse la ciencia de la humanidad, y para que se entendiera y reconociera en general el plan según el cual pretendo exponer la humanidad como *un* todo orgánico. Bien es cierto que aquí más bien he extraído estas doctrinas del tesoro de la ciencia originaria, en lugar de demostrarlas en conexión científica desde la idea del Ser originario, como el fundamento y contenido de toda ciencia y certeza. Pero espero haber expuesto con la suficiente inteligibilidad al lector, cuyo espíritu esté en general familiarizado con lo suprasensible, y haber alentado a todo el que aspire con diligencia a obtener estos conocimientos con ánimo íntimo con Dios a profundizar en investigaciones propias. La verdad de estas doctrinas se verifica tanto en la formación de la Tierra y la curvatura de las aguas, como en el universo y en la vida de los astros; en la vida del animal más sencillo y también en la vida del cuerpo humano, en la razón y la naturaleza y en la vida de la humanidad. Mas para poder asegurar estas pretensiones ante cualquier [547] malentendido perjudicial posible, quiero añadir aquí la explicación de que ni el contenido ni la intención de lo dicho en el transcurso de este escrito es que Dios sea o aparezca equivocadamente uno con sus criaturas o se confunda de cualquier modo con ellas. Lo finito, lo malo, lo pecaminoso e imperfecto de todos los seres finitos no puede ser atribuido erróneamente

a Dios mismo, ni imputársele como origen de ello, oscureciendo sacrílegamente la santidad de Dios en el conocimiento. Más bien, la quintaesencia de las doctrinas expuestas es: que Dios existe infinita y santamente por encima de todos los seres puramente para sí mismo y en sí mismo; que lo malo y lo imperfecto no sucede por voluntad de Dios, sino por la finitud y la convivencia omnilateral de los seres imperfectos mismos, esto es, la constricción del mundo, pero que es anulado por Dios como lo bueno originario, como el amor eternamente justo. Pero si a cualquier lector le parece que algo que se haya dicho en este escrito esté en desacuerdo con estas verdades fundamentales, entonces mi exposición no ha sido acertada en este sentido, o el fundamento de este malentendido no se halla en mí. Yo mismo lo reconozco claramente, cómo *todo* lo que intuyo coincide con aquellas verdades fundamentales, cómo las hace aparecer en sí mismas en su armonía, y cómo solo en ellas nace aquella esperanza íntima con Dios y repleta de alegría de la que profesamos al inicio de este escrito nuestra pertenencia como a la verdaderamente humana, y mediante cuya descripción preparamos la intuición de la humanidad y su
[548] destino. Pero ahora aplicamos estos conocimientos generales al ser y a la vida de la humanidad en el universo, para que podamos intuir el destino íntegro también de nuestra humanidad en esta Tierra y podamos convencernos de querer colaborar con diligencia en su vida.

Así como se muestran ciertas estas eternas leyes de la existencia y vida en el todo, también la humanidad se halla ordenada según ellas en el universo y de ello se sigue la estructura de la doctrina de la humanidad. En primer lugar, brilla en estas intuiciones la verdad según la cual la humanidad en el universo sea *una* según el ejemplo de Dios, que sea *una* sustancia en Dios, igual que el reino infinito de los espíritus, en cuanto que se halla vivamente unido mediante la fuerza de Dios, que une eternamente en el tiempo a ambas, razón y naturaleza, con el supremo reino orgánico de los cuerpos. En el género orgánico del cuerpo humano, la naturaleza se ha hecho perfectamente

igual en sí misma, se halla presente en él como en su imagen reflejada completa. El género orgánico del cuerpo supremo es una exposición completa de la naturaleza eterna, íntegra e infinita, dentro de todos sus límites internos, como la naturaleza que ha devenido libre en sí misma. La fuerza originaria de la naturaleza, que produce en el universo en cualquier lugar donde una Tierra haya devenido libre para ello, el género orgánico supremo, es eternamente *una* y según el tiempo perpetua, como la parte más íntima de la fuerza *una* creadora del reino total de las organizaciones; y todas las fuerzas que forman los cuerpos humanos individuales son rayos inmortales de aquella fuerza *una*; e incluso el genéro humano de esta Tierra es como un solo cuerpo, como *una* parte subordinada de aquella fuerza originaria.

Y precisamente así es, por otro lado, el reino de los espíritus [549]
la fuerza más íntima *una* de la razón, como la que enlaza eternamente en el tiempo sus dos esferas más íntimas supremas, la de las ideas y la de lo individual. Finalmente, también la fuerza originaria de Dios, que une amorosamente razón y naturaleza, es eternamente *una*, antes y por encima del reino de los espíritus que ha de unirse y el reino natural orgánico supremo; está presente con amor total en la humanidad entera, como en todo hombre. En este eterno origen en Dios y en la verdadera unidad de vida con Dios, se basa la eterna dignidad de la humanidad y de todo hombre individual; de tal modo que la máxima dignidad del espíritu es reconocer esto, y formarse a sí mismo y al cuerpo para que sean dignos de lo divino superior que une a ambos y vivir como un hombre armónico en unión con él. Pues todo hombre individual aparece en el todo supremo de la humanidad como una parte autónoma, semejante al todo y eterna y vivamente unida a él, como espíritu-cuerpo unido por Dios. Cuando este conocimiento originario acerca de la humanidad se conforma científicamente según el ejemplo de la idea originaria del Ser originario, entonces aparece la idea del reino de la humanidad en la Tierra, es decir, de su vida interna y externa, como parte de la idea *una* del reino

de la humanidad en el universo, el cual mismamente es la parte esencial más íntima del reino *uno* de Dios; y se transfigura a la luz armónica de sus ideas subsidiarias del reino *uno* de la razón y del reino *uno* de la naturaleza.

Cuando según este esbozo se haya completado la intuición de la humanidad como la de *una* sustancia, como la unidad
[550] originaria de su esfera, entonces sigue como segunda parte de la doctrina de la humanidad el conocimiento de esta en su pluralidad interna; y como tercera parte, el conocimiento de su unidad plural, es decir, de la unidad de su pluralidad interna en su unidad originaria y por medio de esta. Y dado que la humanidad vive autónomamente, pero en unidad esencial con Dios, la razón y la naturaleza, ha de reconocerse como unidad, como pluralidad y como unidad plural: primero como sustancia y autovida; a continuación, como ser íntimo en el ser, es decir, como órgano del reino de Dios en su unidad con Dios y la razón y la naturaleza; finalmente, también en la unidad de su autovida y de su vida social externa. Dado que, además, la unidad de vida de la humanidad con Dios, razón y naturaleza se basa en su semejanza originaria con Dios en lo primeramente esencial: así vemos cómo las formas originarias eternas de la autonomía, la comunidad y la vida de intercambio se introducen en el organismo de la doctrina de la humanidad y se convierten en una doctrina general sobre la ley de vida de la humanidad. A raíz de nuestras consideraciones anteriores, sabemos cómo a estas formas originarias les corresponden libertad y juventud, respeto y derecho, amor y vida social en comunidad, y cómo la belleza y la autoformación se adhieren aquí como formas de vida esenciales. Cada lector que nos haya acompañado con espíritu y ánimo en nuestras consideraciones sobre la plenitud de vida interna de la humanidad, podrá intuir cuál es la abundancia y profundidad del conocimiento que abarca la doctrina de la humanidad y cómo presupone esencialmente el conocimiento originario de Dios, de la razón y de la naturaleza.

La consideración de la humanidad como unidad, como pluralidad y como unidad plural, es decir, como ser total, como ser

orgánico y como ser orgánico global de su esfera, determina la clasificación suprema de la doctrina de la humanidad. Pero el desarrollo interno de estas partes suyas funda las oposiciones del ser y de la forma, de lo interior y de lo exterior, de lo eterno y de lo temporal, y los miembros asociativos de estas oposi- [551] ciones, como la unidad del ser y de la forma, de lo interior y de lo exterior, de lo eterno y de lo temporal. En cada una de estas tres partes se halla, además, el ámbito de la vida, y los medios para la sociabilidad en su ámbito común, una parte esencial de la consideración, a la que pertenece también la doctrina de la lengua en el sentido más amplio. En la contemplación de la humanidad en su pluralidad interna se la reconoce en las partes fundamentales de su esencia, como reino de los espíritus y como reino de los cuerpos, y como ser unitivo de ambos por medio de Dios. Aquí prosigue la exposición de la oposición corporal y espiritual de la humanidad masculina y femenina y de la unión de esta oposición. A ella, está también esencialmente ligada la consideración de las fuerzas de la humanidad, de sus fuerzas espirituales, corporales y unitivas, así como las autoobras que son, igualmente, en parte obras espirituales, en parte obras corporales y en otra parte obras unitivas. Con estas partes de la doctrina de la humanidad se concatena entonces la doctrina de sus miembros y personas internos por orden descendente, desde la humanidad del universo hasta las personas individuales, y por orden ascendente desde estas hasta regresar a la humanidad global. La humanidad se intuye como *un* todo de vida social; y se reconoce cómo los individuos regresan en la Alianza Total *una* de la vida a la unidad originaria eterna de la humanidad, y cómo esta Alianza Total, cuyo ideal hemos descrito, se comporta en su relación con todo lo individual en la humanidad y todo lo individual en relación con ella. Sin embargo, no se deben pensar todas estas partes de la doctrina de la humanidad como meramente sucesivas, sino que están relacionadas omnilateralmente en, con y por medio de la otra, y han de configurarse científicamente del modo en que se hallan eternamente en la humanidad misma, para que

la ciencia de la humanidad sea un organismo semejante a esta misma. Si se configura la doctrina de la humanidad de tal mo-
[552] do, entonces aparece en ella la humanidad como *un* ser verdaderamente semejante a Dios, y su vida como *un* todo que se desarrolla eternamente igual en el universo, pero en cada lugar de residencia celeste armónico en tiempo, espacio y fuerza. De este modo, profundamente fundada y ejecutada uniforme y armónicamente, la pura doctrina de la humanidad en su ideal se convertirá en antorcha también para nuestra vida y para la vida de la humanidad entera; y bajo su luz comprenderemos y respetaremos la historia de esta humanidad y de su vida actual; y según la imagen originaria que establece, seremos entonces capaces de diseñar el plan para nuestra propia vida y para la humanidad entera de esta Tierra.

Desarrollar este ideal de la humanidad en sus fundamentos, hacer al hombre receptivo para un conocimiento profundo y científico de ella, despertar y vivificar en él el amor hacia la humanidad misma y el deseo de vislumbrar completamente su ideal e imitarlo en su vida, ha sido la intención de este nuestro escrito. Esperamos haber tenido éxito en nuestro empeño. Pero igual que al caminante que atraviesa un valle poblado de vida y bañado por la alegre luz del cielo, a medida que asciende en su camino se le amplía la vista y se le aparece en la cumbre de la sierra circundante de *un* vistazo la plena abundancia y belleza de la Tierra: así también exploramos a la luz de Dios la humanidad y su vida, y elevándonos progresivamente, partiendo de lo individual, arribamos a la altitud. Nos separamos con un saludo afectuoso y prometemos otear algún día desde aquí, en comunidad el todo y la belleza vital de todas sus partes.

SUMARIO*

Preparación. El conocimiento y el amor de Dios son la condición para el conocimiento y el amor de la humanidad (pp. 1-2).

Dios. Hay un Ser originario, Dios; el mundo y todo lo que hay en él es una obra a semejanza de Dios, 3 s. Ningún ser es Dios, excepto Dios solo, 5. Todo ser en Dios, incluyendo al hombre y a la humanidad, es limitado, pero dentro de esta limitación es de manera particular semejante a Dios, es autónomo y esencial. El hombre, la criatura más semejante a Dios, 6. Incluso el tiempo es esencial, como forma de la vida, 7. Perspectiva religiosa de las cosas, 8. *Un* orden divino en todo, 9. El universo como *un* todo orgánico, 10. Los números y las condiciones fundamentales del cosmos, 10-12.

La razón y el reino de los espíritus. Toda intelección del hombre parte del autoconocimiento, 13. La libre actividad es la esencia del espíritu, y la conciencia y autoconciencia su forma, 13. La actividad del espíritu es *una*, pero se dirige a la vez hacia la unión de las ideas con lo individual, es decir, al conocer, y a la unión de lo individual con las ideas, es decir, al poetizar, o bien a ambas en equilibrio armónico,

* Reproducimos aquí el sumario de la edición original de 1811 en la que hemos mantenido las incongruencias existentes en relación con los títulos de los apartados y alguna incorrección relativa a números de página.

14-17. Todo espíritu es un ser indivisible; su actividad es *una*, la cual contiene un organismo de actividades individuales; entendimiento, facultad imaginativa y facultad racional (razonabilidad, racionalidad), 17. Todos los espíritus son semejantes y en su origen *uno* en la razón, 18 s. Idea del reino *uno* de los espíritus, 20; y de su organismo, 20-23.

[II] *La naturaleza y el género orgánico.* El alcance y la profundidad del conocimiento humano de la naturaleza, 23. Los reinos orgánicos del santuario más íntimo de la naturaleza, 24. Todo el reino natural orgánico es *un* organismo, *un* cuerpo, 24. La actividad que lo forma es en la naturaleza aquello que en la razón es la unidad del reino de los espíritus, 24. La eterna esencialidad de las obras naturales orgánicas, 24. La obra natural en armonía global es el género humano, cuyas partes son los cuerpos humanos, 25; es un espejo de la naturaleza misma, y el lugar digno de los influjos de Dios y de la razón en la naturaleza, 25-28.

La razón y la naturaleza unidas por Dios, y la humanidad. La razón y la naturaleza son unidas por Dios en *una* armonía omniconcordante, 28. La parte más íntima y gloriosa de ambas, en cuanto que son y viven unidas, se nos revela en la humanidad. Espíritu y cuerpo son unidos por Dios, 29, y son partes igualmente esenciales del hombre, 29. También los espíritus unidos con los cuerpos son miembros del reino de los espíritus *uno*, 30, a saber, todos los que viven en la misma Tierra son una parte orgánica del mismo, 30, 31. Así se concentran en cada uno de los hombres individuales rayos de vida de Dios, de la razón, de la naturaleza y de todas las esferas en ellos; y con todos ellos está en unión de la vida, 31-33. Lo que recibe el hombre individual es infinito, sin embargo, lo que podrá dar es poco, pero bello e imperecedero, 33. El individuo solo podrá completarse, en cuanto individuo, como miembro de la humanidad, 34. La humanidad es y debe ser en la Tierra como *un* gran ser humano, al igual que *un* espíritu sano y bello en *un* cuerpo sano y bello; *un* hijo de Dios,

La ley moral y la virtud. La libre voluntad, 85 s.; la bondad y la belleza morales, la virtud, 86 s.; la particularidad moral de todo espíritu y toda sociedad de espíritus, 87 s. Lo que corresponde a la virtud del espíritu en el organismo del cuerpo (como fuerza viva), 88 s. La virtud armónica del hombre, 89.

El derecho y la justicia. La derivación y exposición del concepto de derecho y de justicia, 90-93. Sujeto de derecho, obligatoriedad del derecho, 94. La humanidad es el sujeto de derecho supremo y primero en la Tierra, 95. La mentalidad justa, 95. s. El derecho *uno* de la humanidad es un todo orgánico, 97 s. *Un* Estado de la humanidad en la Tierra, 98 s.

[IV] *El amor y la vida de intercambio*. La vida de intercambio armónica es la forma de toda vida en Dios, 100. La relación vital de Dios con la naturaleza y la razón, y ambas entre sí; 101. La vida de intercambio interna de la razón, de la naturaleza y de la humanidad, 102 s.; y de todos los seres individuales, 103. La comunidad es la condición para la vida de intercambio, 103-106. El concepto de la vida de intercambio y de la sociabilidad, 106 s. Toda sociedad es una obra de arte, 107. El concepto de una obra de arte social, 108. La humanidad es capaz de comunidad y sociabilidad omnilaterales, 108. Toda sociabilidad de los seres es *una*, 110. El concepto originario del amor de Dios, 110; y de todos los seres, 110. El amor de todos los seres por Dios, 111. El origen y el efecto del amor, 112. El amor del hombre es omniabarcante, 112. El amor es libre y está libre de lujuria, 113. El amor del hombre por Dios y la intimidad con Dios (religiosidad) de este, 114 ss. Su amor por la razón y la naturaleza, 116 s.; y por el hombre, así como por la humanidad en general, 118; y el amor personal en particular, 119. El pudor y la castidad, 120 s. La particularidad de todo hombre en el amor, 121. La armonía de todo amor, 123. La armonía de la virtud, de la justicia y del amor, 124 s.

conformación del opuesto de la atmósfera, del agua y de la tierra de un cuerpo celeste determina la situación y el número de pueblos y uniones de pueblos, así como, en general, el número de escalas en las que se elevan las sociedades fundamentales hasta alcanzar la humanidad de este cuerpo celeste entero, 240-244.

La congregación de las uniones de pueblos en la humanidad de los continentes de la segunda partición. La perfección de la vida humana no aumenta en la misma relación que el número de hombres, sino que lo hace en una relación mucho mayor, 245. Los opuestos mayores y más elevados de la vida de las uniones de pueblos en comparación con las sociedades fundamentales precedentes, 245 s. La relación del lugar de residencia de una unión de pueblos con el cuerpo celeste entero, 246. El organismo de una unión de pueblos se repite en un orden superior en la humanidad de cada continente subordinado, en cada todo de pueblos unidos (cada unión de pueblos, cada pueblo de un continente), 247. La descripción de la vida de un todo de pueblos en un continente de segunda partición, 247-251.

La unión de las humanidades en los continentes de segunda partición formando humanidades en continentes de primera partición, o en los continentes principales. La descripción de la estructura fundamental de la tierra firme de un cuerpo celeste, explicado mediante el ejemplo de la partición natural de nuestra Tierra, que corresponde en ello, de modo particularmente bello y completo, a las cifras fundamentales y principios de la vida omnilateral en Dios, 251-258. El organismo de una humanidad de un continente principal, 259-262.

[VIII] *La humanidad de la Tierra* (de un lugar de residencia celeste entero y autónomo). La vocación de todos los hombres a congregarse en *una* persona en la Tierra, 262-264. Las características generales de esta suprema vida en unión en una Tierra, 264. Su organismo, 265-271.

nidad *uno*, y de la vivificación del mismo en *una* obra de arte, como en el Estado *uno* de la Tierra, 289 s. El Estado *uno* de la Tierra es un organismo de varios Estados, 290. El derecho: la vida del derecho, formar al Estado, 290; es mismamente una parte del derecho *uno*, 290 s. La actividad de la humanidad a favor de la vida del derecho es entre las aspiraciones similares de todas las criaturas la más elevada, la más uniforme y más abarcante; el Estado mismo es una obra esencial y legítima de la humanidad, pero solo es individual y subordinada a su vida total, 291 s. La armonía del derecho y de la Alianza del Derecho con la virtud y la Alianza de la Virtud; el camino hacia el derecho puro y completo nunca es el camino del vicio, sino exclusivamente el camino de la virtud, 292 s. *Una* Alianza del Derecho en la Tierra, 293. La determinación de la Alianza del Derecho, 294. Todos los hombres son miembros de la Alianza del Derecho y forman *una* comunidad del derecho en la Tierra, 295; sin embargo, es esencial para la Alianza del Derecho albergar una sociedad de sus elegidos, en cuanto formadores del Estado o artistas del Estado, 295 s.; facultad y obligación de esta, 296. Formas generales de la formación del derecho, de la general y de la particular para la humanidad; necesidad y uniformidad autónomas del derecho, 296-299. La santidad del amparo jurídico y la limpieza de este de artimaña, mentira y engaño, 299. Sobre esto se funda la constitución de la Alianza del Derecho, 299. La actividad de la Alianza del Derecho, 299-302, se dirige al conocimiento del derecho, 300, y al ejercicio de este, 300 s. Entusiasmo por el derecho en ejercicio artístico sociable, 302. Institución formativa particular de la Alianza del Derecho en su ámbito, 302. Partes internas, subordinadas de la Alianza del Derecho, 303 s.

* Este título se omitió por error en la p. 334.

puede lograrse en armonía con los influjos formativos de la razón, de la naturaleza y de Dios, 377. Los aspectos principales del arte formativo, 378. La formación abarca, como sus dos partes principales, la educación y la instrucción, 379 s. Según el objeto, la formación se refiere al hombre íntegro, al cuerpo, al espíritu y a la vida de intercambio de ambos, 381. Es, además, general humana e individual, 381 s. y determinada según todos los opuestos internos de la humanidad, según la naturaleza masculina y femenina, y, ulteriormente, según la vida urbana y rural, 383. Las leyes fundamentales objetivas de la trayectoria formativa completa y del método docente en especial, 383-386. La idea de la Alianza para la Formación de la Humanidad, que abarca tanto la educación como la instrucción, 386-388. Su comunidad, 388 s. y constitución, 389, actividad operativa, 390-392 y bienes, 392.

[XIII] *La interacción de todas las sociedades operativas individuales entre sí en* un *todo como en la Alianza de la obra* una, 393-403. El fundamento de esta vida asociativa en *un* todo superior, 393 s.

La unión interactiva de las alianzas de las formas fundamentales, de la obra fundamental y de la formación de la humanidad. Cuatro esferas principales de esta, 394. La idea de esta, 395 ss.

La Alianza de la Obra Total. Su necesidad, 397; su tarea consiste en: que se logre orgánicamente la obra *una* de la humanidad, como *un* todo bien ordenado, según *un* plan; en *un* espíritu, 398. La descripción de su comunidad, constitución y actividad operativa, 398-402. Logra en lugar preeminente la constitución y conformación correcta y uniforme de los estamentos profesionales, 400, y la participación uniforme de la humanidad masculina y la femenina en toda actividad, 401 s.

La interacción entre las sociedades operativas y las sociedades fundamentales, 403-418. El fundamento y la naturaleza de esta interacción, 403 s. La esfera de esta unión en la familia,

cia celeste, desde la pareja primera hasta la última, como partes y órganos esenciales de una humanidad, y como sus propios miembros, 484 s. La Alianza de la Humanidad abarca a *todos* los hombres, como seres completamente iguales, y los une a que sean *una* vida, 485-488. Los hombres han de distinguirse entre sí únicamente, en bondad y belleza particulares, por la conformación opuesta e igualmente digna y excelente de su eterna condición humana, como lo esencial que tienen eternamente en común, como miembros íntimamente unidos del mismo ser, 486 s. La igualdad total puramente como hombres en la conformación de vida originariamente propia de cada individuo es el primer tesoro social de los miembros de la Alianza de la Humanidad, 488. Sobre ello se fundamenta su generalidad; abarca a la humanidad del universo y de cada uno de los lugares de residencia en el cielo, 488, y a todo hombre individual, como tal, 489. Todas las sociedades fundamentales y asociaciones operativas, 490 s. Hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, 491; y todos ellos tanto como individuos como todos en unión con todos, 492. Para alcanzar su destino particular requiere un estamento profesional para sus elegidos, los cuales, sin embargo, se hallan subordinados a la comunidad entera formando parte de ella, 492-496. La constitución de la Alianza de la Humanidad, 496-510. Lo esencial general de toda constitución social, 497 s. Las formas de constitución de la Alianza de la Humanidad son la libertad, la apertura, la justicia y el amor humano general, 499-508. La libertad, 499; la apertura, 499-504; la justicia, 504-507; la intimidad y el amor puramente humanos, 507 s. La legislación, la jurisprudencia, la ejecución y el gobierno de esta alianza, 508. Las condiciones externas de su vida; sus bienes, 510-513. La actividad operativa de la alianza, 513-525: el conocimiento de la humanidad, libro de la humanidad, representación omniforme de la vida de la humanidad, 513-517. El entusiasmo social por la dimensión humana y la humanidad

[XVI] en una vida de arte íntima y bella, 517. La voluntad social y el reparto del trabajo, 518. En cuanto fuerza total de la humanidad completa su vida como unidad orgánica, 518 s. La formación, educación e instrucción puramente humanas en su ámbito, 519 s. La subordinación y coordinación de las partes individuales de la Alianza y su unión vital, 521 s. Un santuario de la Alianza de la Humanidad en la Tierra; y los santuarios subordinados a ella de los pueblos de los continentes, los pueblos, las tribus, amistades y familias, 522-525. El garante del nacimiento de la Alianza de la Humanidad, en la vida de los hombres individuales y de las asociaciones, 525 s. La inagotable conformación variada con particularidad originaria de esta alianza, 526 s. Constituye una eterna obra social de la humanidad total, 527 s. La esperanza eternamente fundada de que esta alianza sea constituida, conformada y completada con particular belleza, 528 s.

La contemplación de la sociabilidad humana se completa con el conocimiento de la Alianza de la Humanidad, como su miembro supremo, 529 s. Pero también esta alianza como tal se opone, mismamente como individuo, a todo el resto de las individualidades en la humanidad; mientras que la vida de la humanidad misma abarca, como todo supremo, a esta y a todas las demás individualidades. Es decir, que aquí se muestra la tarea suprema: representar a la humanidad como todo en su existencia y vida, y comprender y representar todas sus individualidades en el todo, 530 s. Como preparativo para ello es necesario recordar las leyes fundamentales de la existencia y vida de la humanidad en Dios y basar en ello el trazado de la doctrina íntegra de la humanidad, 531.

Las leyes según las cuales la humanidad existe y vive imitan las eternas leyes de toda existencia y vida en Dios según lo que es particularmente esencial para la humanidad, 531. Recordatorio de estas formas y leyes originarias: la esencialidad originaria, 532 s., la esencialidad propia, 533,

GERMANIZACIÓN DE LAS EXPRESIONES EN LENGUA EXTRANJERA QUE SE ENCUENTRAN EN EL TEXTO PRECEDENTE

[XVII]

(Como ayuda para aquellos que no las comprendan o para determinar con más precisión el significado que encierran)

En general, el autor ha germanizado la mayoría de los extranjerismos. Conviene precisar que lo hizo en menor medida en los primeros once pliegos, impresos en la primavera y el verano del año 1808, y más abundantemente en los siguientes pliegos. La mayoría de estos cambios se encuentran ya insertados en la segunda mitad de este texto que salió de la imprenta en los dos últimos años. Las palabras extranjeras que aún se encuentran en el texto pueden sustituirse por las siguientes y mejores términos en alemán.

7) *Moment*, Zeittheil. *Charaktervoll*, ureigenthümlich, eigenleblich. 8) *Harmonie*, Samklang, Vereinklang, Einklang, Vereinleben; *harmonisch* vereinleblich, einklangig. *Weltharmonie*, Allvereinleben, *dissonirend*, widerklangig. *Symphonie*, Tonspiel. 9) *Sphäre*, Kreis, Lebenkreis. 10) *Organisch*, gliedlebig, gliedbaulich. *Resultat*, Endergebniß. *Metaphysik*,

Urwissenschaft. *Phantasie*, die Urbildkraft, (die Urbilde, die Einbilde). 11) *Hemisphäre*, Halbkugel, Halbkreis, Urhälfte. *Idee*, Urbegriff, Urwesenbild. *Das Individuelle*, das Einzelne, das Ureinzelne, das Urbestimmte. *Individualität*, Ureinzelheit, Ureigenthümlichkeit, Eigenlebenheit. 14) *Organismus*, Gliedgebilde, Gliedbau, Gliedbildung, Gliedganzes, Gliedleben. 15) *Poesie*, Dichtung, Schöndichtung. *Organisation*, Gliedbildung, Gliedbelebung, der Gliedbau, die Gliedung. 17) *Konstruktion*, der *Bau*, der Aufbau, die Lebenbildung. *Konstruktion einer Idee*, die Darbildung (Sinnbildung) eines Urbegriffes. 19) *Substanz*, Selbstwesen, Selbwesen. 20) *Symmetrisch*, ebenmäßig, mitmaßlich. *Eurhythmisch*, wohlgeordnet, gliedmaßlich, verhaltmaßlich. 21) *Universalität*, Allumfassung. 22) *Proportional*, verhaltlich, wohlverhaltlich, verhaltgemäß, verhaltmäßig, gleichverhaltig, gleichverhaltlich. 23) *Organ*, Glied, Lebenglied, Lebentheil. *Structur*, Bau. *Infusionthier*, Aufgußthier, Kleinthier. *Das Sonnensystem*,
[XVIII] (wenn von Einer Sonne geredet wird, richtiger das *Sonnsystem*), der Sonnbau, das Sonnganze, das Sonnleben. *Firmament*, die Himmelveste, das Himmelganze. 24) *Parallelismus*, Nebengleichlauf, Nebenlauf, Nebengleichbildung. 25) *Individuen*, Einzelwesen, Ur-Theilwesen. 31) *Planetarisch*, erdsternlich. 35) Sich als etwas *constituiren*, sich aufstellen, erklären, beleben. *Humanität*, Menschlichkeit, Menschwürdigkeit. 41) *rhythmisch*, verhaltfoglich. *Musikalisch*, tonlich, schöntonlich. Die *Klimate*, die Landlagen, die *Sonnlagen* (Lagen gegen die Sonne), Himmelneigen; *klimatisch*, sonnlaglich, himmelneiglich. *Producte*, Werke, Lebenwerke, Kunstwerke, Erwirknisse. 43) *Genius*, Urgeist, Ureigengeist, Urlebengeist (das Gegentheil ist ein Abgeist oder Ahmgeist). Ein *Paradies*, eine Schönflur, *paradiesisch*, schönflurig. *Concentrisch*, gleichmittig, selbmittig, in gleichmittigen Kreisen. 45) *tragisch*, urgeschicklich, schicksalvoll, weltkampflich. 50) *Experiment*, Versuch, Versuchforschung. *Psychologisches Phänomen*, *seelenlehrliche Erscheinung*, geistlehrliche Lebenäußerung. *Sympathie*, Mitleidenheit. 59) *Myriaden*, Tau-

sende. 62) *Ideale oder philosophische Erkenntniß*, urbegriffliche, urwesentliche Erkenntniß, Urlehre. *Reale Erkenntniß*, lebenwirkliche, geschichtliche, eigenwesliche Erkenntniß; oder Kunde. *Harmonische**) *Erkenntniß*, urgeschichtliche, urlebliche, urwesenlebliche Erkenntniß. *Mathematik*, Formlehre, Ganzheitlehre. 63) *Politik*, Staatlebenlehre. *Theodicee*, Rechtfertigung Gottes. 64) *Der Horizont*, richtiger *Horizon*, Sehkreis. 66) *Individualisirt*, theilgebildet, theilbelebt, einzelgebildet. 72) *mechanische Künste*, Bewegkünste. 74) *Potenz*, Wesenstufe, Wesenordnung (das Höherwesen oder Niederwesen), Steigerung, Stufe. *Kolonisirung*, Urbarung, Beurbarung. 79) *Die Perspective*, der Einschein, der Fernschein, die Fernscheingestalt; *perspectivisch*, fernscheinig. *Das Kolorit*, die Farbengebung, die Farbeigenheit, die Farbheit, Farbenschöne, Farbenspiel. 82) *melodisch*, tonfolglich, schöntonlich, tonfluß- [XIX]
lich. 83) *Lebenprincip*, Lebenursache, Lebengrund (das ist: das Selbwesen, als Grund seines Lebens). 88) *Die Individualität des tugendhaften Geistes*, die Eigengüte, die tugendliche Eigenschöne des Geistes. *Charakter*, Eigenlebenweise. 106) *Heroismus*, Heldsinn, Heldmuth. 108) *originell*, ureigen, ureigenlebig. 112) *Die ideale Liebe*, urbildliche Liebe. 116) *Genien*, Reingeister, Urgeister. 123) *Nationalliebe*, Vatervolkliebe. 132) *Grazie*, Anmuthschöne, Zartschöne, Zartverhaltschöne. 136) *Monogamisch*, eingemahlig, *polygamisch*, vielgemahlig, entweder vielmannig oder vielweibig. 139) *Akt*, Handlung. 140) *national und klimatisch*, volklich und landlaglich. 142) *Familie*, Ehethum. 152) *Periodisch*, zeitkreislich, kreisgangig. 153) *Elemente*, Ur-Theile, Ureinzelne, Urstoffe. 175) *Höflichkeit und Artigkeit***), gesellige Zartheit, Anmuth und Freund-

* A falta de otras expresiones ya existentes se ha empleado la palabra *harmonisch* siempre en los contextos en los que se habla de un elemento unitivo de dos cosas esencialmente opuestas, p.ej. p. 80 por *verstandvernünftig* (racional con el entendimiento) y *vernunftverstandig* (entendiendo con la razón), o 135 y 164 *harmonischer* por *leibgeistlicher* (corporoespiritual), es decir, donde interactúan cuerpo y espíritu.

** Aun siendo alemanes, se trata de términos de origen extranjero y no encajan.

lichkeit, Zartgeselligkeit, Anmuthfreundlichkeit. 265) *Ideal*, Urbild, Musterbild. 346) *Enthusiasmus*, Feuerleben, Feuerstreben. 384) *Lehrmethode*, Lehrweg, Lehrgang. 361) *Publikum*, der Empfangkreis, die Empfangheit, Empfangschaft. 508) *Aether*, Sonnluft, Himmelluft, Weltluft.

CORRECCIONES

Que el lector introduzca amablemente antes de que se disponga a la lectura.

(La primera cifra indica la página, la segunda la línea. "o" significa contado desde arriba, "u" contado desde abajo. "l." significa léase, "f." en lugar de; los pasajes marcados con * desfiguran el sentido).

Desearía que en todo este escrito se aplicara lo siguiente:

1) Que se eliminen las "s", "en" (cuando no se trata del plural), "ens" y "ent" o "st" innecesarias y desfavorables para el habla en las palabras compuestas, por ejemplo, *Lebenäußerungen, Menschleib, tadelwürdig, weslich, selbstständig.*
2) Que nunca se cambien las vocales puras "a", "o", "u" sin motivo sustituyéndolas por las vocales derivadas "ä", "ö", "ü", por ejemplo, z. B. *empfanglich, gewohnlich, mannlich, klarer*, etc.

[Nota de los editores]:

A continuación de estos apuntes, Krause inserta una relación de enmiendas y correcciones que en su mayor parte se refieren a erratas y cambios menores de algunas palabras o expresiones. Las correcciones de Krause han sido incorporadas en el texto principal.